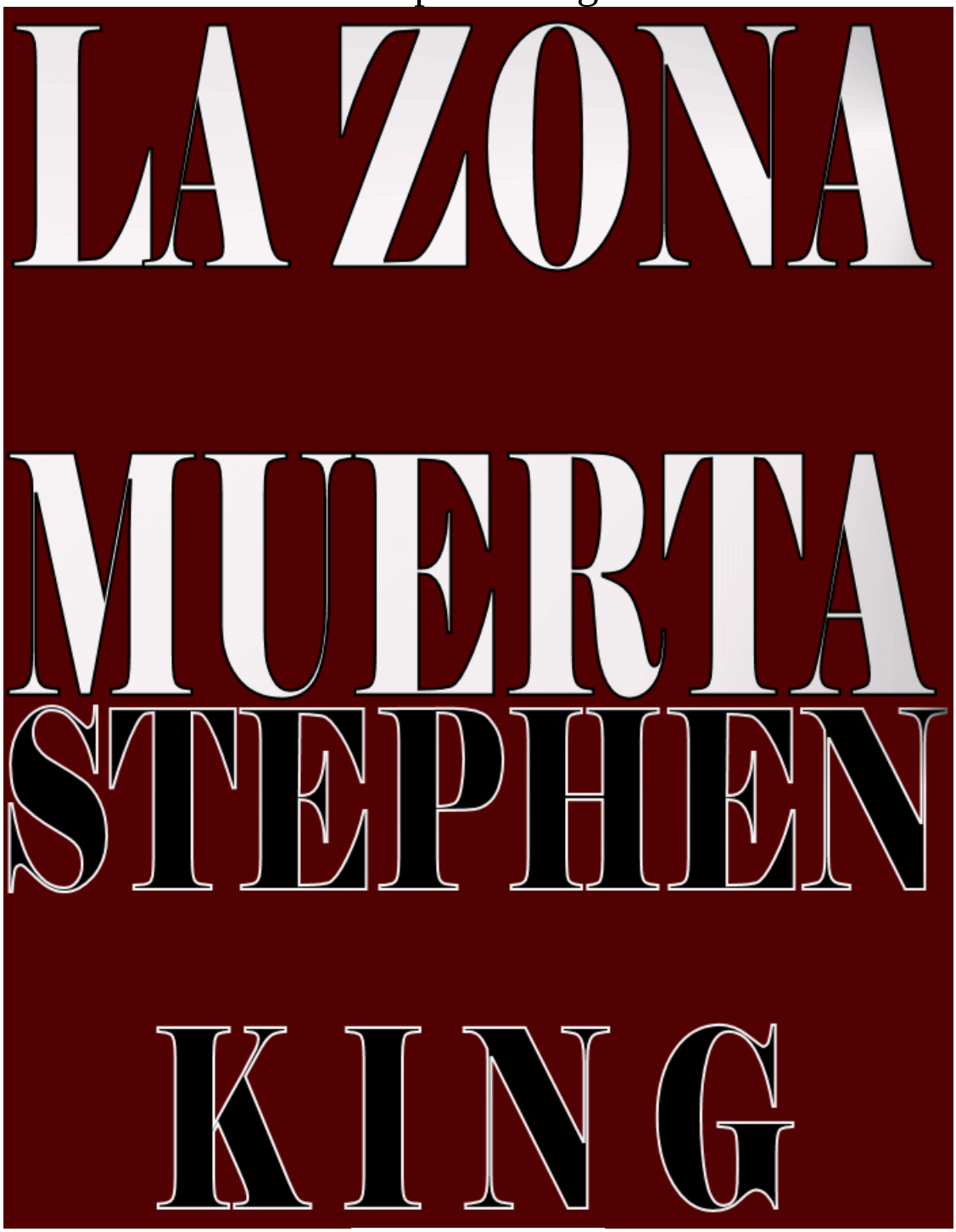
LA ZONA MUERTA

Stephen King



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Esto es para Owen
Te quiero, viejo oso

NOTA DEL AUTOR

Esta es una obra de ficción. Todos los protagonistas son imaginarios. Puesto que la novela tiene como telón de fondo la historia de la última década, es posible que el lector reconozca a determinados personajes de la vida real que desempeñaron sus papeles en los años setenta. Espero que ninguno de estos personajes aparezca desfigurado. En New Hampshire no existe un tercer distrito electoral y en Maine no existe ninguna ciudad que se llame Castle Rock. La lección de lectura de Chuck Chatsworth ha sido extraída de Fire Brain, de Max Brand, cuya primera edición norteamericana fue publicada por Dodd, Mead and Company, Inc.

Prólogo

1.

Cuando terminó sus estudios universitarios, John Smith había olvidado por completo la fea caída que había sufrido en el hielo en aquel día de enero de 1953. En verdad, le habría resultado difícil recordarlo cuando terminó la escuela primaria. Y su madre y su padre nunca se enteraron de que se había producido.

Estaban patinando en un tramo despejado del estanque Runaround, en Durham. Los niños mayores jugaban al hockey con viejos palos remendados y utilizaban como metas un par de cestos de patatas. Los críos más pequeños se entretenían como han venido haciéndolo desde tiempos inmemoriales, arqueando cómicamente los tobillos hacia dentro y hacia afuera, resollando en la atmósfera helada a ocho grados bajo cero. En un ángulo del tramo despejado, dos neumáticos ardían despidiendo abundante hollín, y unos pocos padres permanecían sentados en las inmediaciones vigilando a sus chicos. La época de los quitanieves todavía estaba lejos, y la diversión invernal aún consistía en. ejercitar el cuerpo y no un motor de gasolina.

Johnny había bajado de su casa, situada un poco más allá del límite de Pownal, con los patines colgados al hombro. A sus siete años era un patinador bastante diestro. Todavía no estaba en condiciones de participar en los partidos de hockey de los niños mayores, pero podía describir círculos alrededor de la mayoría de los otros críos de su edad, que hacían girar constantemente los brazos para conservar el equilibrio o caían despatarrados sobre sus asentaderas.

En ese momento patinaba lentamente por el perímetro exterior del tramo despejado, lamentando no poder deslizarse hacia atrás como Timmy Benedix, mientras escuchaba cómo el hielo retumbaba y crujía misteriosamente más adelante bajo la capa de nieve, y mientras escuchaba también los gritos de los jugadores de hockey, el traqueteo de un camión cargado de madera que cruzaba el puente rumbo a U. S. Gypsum en Lisbon Falls, el murmullo de la conversación de los adultos. Se sentía muy feliz de estar vivo en ese frío y hermoso día de invierno. No tenía ningún problema, nada lo inquietaba, no deseaba nada... excepto poder patinar hacia atrás como Timmy Benedix. Pasó patinando junto al fuego y vio que dos o tres de los adultos hacían circular una botella de licor.

–¡Dame un trago! –le gritó a Chuck Spier, que estaba abrigado con una gruesa camisa de leñador y unos pantalones de franela verde para la nieve.

Chuck le sonrió.

–Lárgate de aquí, mocoso. Oigo que tu madre te está llamando.

Johnny Smith, el crío de seis años, también sonrió y se alejó patinando. Y vio que Timmy Benedix en persona se acercaba cuesta abajo, seguido por su padre, por el lado de la pista que correspondía a la carretera.

–¡Timmy! –exclamó–. ¡Mira esto!.

Se volvió y empezó a patinar desmañadamente hacia atrás. Sin darse cuenta de ello, se estaba introduciendo en la pista de hockey.

–¡Eh, renacuajo! –gritó alguien–. ¡Quítate de en medio!.

Johnny no lo oyó. ¡Lo estaba logrando! ¡Patinaba hacia atrás! Había encontrado el ritmo... repentinamente. Consistía en una especie de balanceo de las piernas...

Bajó la vista, fascinado, para observar lo que hacían sus piernas.

El disco de hockey de los niños mayores, viejo y maltrecho y lleno de muescas en los bordes, pasó zumbando junto a él, sin dejarse ver. Uno de los jugadores, que no era un gran patinador, lo estaba siguiendo con una arremetida ciega, frontal.

Chuck Spier previó lo que iba a ocurrir. Se puso en pie y vociferó:

–¡Johnny! ¡Cuidado!

John levantó la cabeza ...y a continuación el mal patinador lo embistió a toda velocidad, con sus ochenta kilos.

Johnny salió despedido, con los brazos estirados. Una fracción de segundo después su cabeza golpeó contra el hielo y se sumergió en una bruma negra.

Bruma negra... hielo negro... bruma negra... hielo negro... negro. Negro.

Le dijeron que se había desvanecido. De lo único que estaba realmente seguro era de que se le había ocurrido esa extraña idea reiterativa y de que súbitamente había visto un círculo de caras inclinadas sobre él... jugadores de hockey asustados, adultos preocupados, críos curiosos. Timmy Benedix sonreía con una mueca burlona.

Chuck Spier lo estaba sosteniendo.

–Hielo negro. Negro.

–¿Qué dices? –preguntó Chuck–. Johnny... ¿te encuentras bien? Te diste un porrazo tremendo.

–Negro –respondió Johnny con voz gutural–. Hielo negro. No volveré a saltarlo, Chuck.

Chuck miró en torno, un poco asustado, y después nuevamente en dirección a Johnny. Palpó el bulto que se estaba formando sobre la frente del niño.

–Lo siento –dijo el jugador torpe–. Ni siquiera lo vi, Los críos tienen prohibida la entrada en la pista. Así lo estipulan las reglas–.Paseó su mirada insegura sobre quienes lo rodeaban, buscando apoyo.

–Johnny? –insistió Chuck. No le gustaba la expresión de los ojos de Johnny. Oscuros y lejanos, distantes y fríos–. ¿Te encuentras bien?

–No volveré a saltarlo –contestó Johnny, sin tener conciencia de lo que decía, pensando sólo en el hielo... el hielo negro–. La explosión. El ácido.

–¿Crees que debemos llevarlo al médico? –le preguntó Chuck a Bill Gendron–. No sabe lo que dice.

–Dale un minuto para que se reponga –aconsejó Bill.

Le dieron un minuto, y a Johnny se le despejaron las ideas.

–Estoy bien –murmuró–. Dejen que me levante.

Timmy Benedix seguía ostentando su mueca burlona, el muy maldito. Johnny resolvió darle una lección. Antes del fin de semana daría vueltas patinando alrededor de Timmy... hacia atrás y adelante.

–Ven a sentarte un rato junto al fuego –dijo Chuck–. Te diste un porrazo tremendo.

Johnny se dejó guiar hasta la fogata. El olor del caucho derretido era fuerte y penetrante, y le revolvió un poco el estómago. Le dolía la cabeza. Tanteó con curiosidad el chichón que tenía sobre el ojo izquierdo. Le pareció que la protuberancia medía un kilómetro de altura.

–¿Recuerdas quién eres y todo lo demás? –inquirió Bill.

–Sí. Claro que sí. Estoy bien.

–¿Cómo se llaman tu padre y tu madre?

–Herb y Vera. Herb y Vera Smith.

Bill y Chuck intercambiaron una mirada y se encogieron de hombros.

–Creo que se encuentra bien –comentó Chuck, y entonces repitió, por tercera vez–: Pero recibió un porrazo tremendo, ¿no es cierto? Qué barbaridad.

–Así son los críos manifestó Bill. Miró con ternura a sus mellizas de ocho años, que patinaban cogidas de la mano, y después otra vez a Johnny–. Si hubiera sido un adulto, probablemente el golpe le habría matado.

–No si hubiera sido polaco –replicó Chuck, y los dos se ,echaron a reír. La botella de Bushmill empezó a circular nuevamente.

Diez minutos más tarde Johnny estaba de vuelta en el hielo. El dolor de cabeza ya había empezado a amainar y el chichón resaltaba sobre su frente como una extraña marca grabada a fuego. Cuando volvió a su casa para almorzar, la alegría de haber aprendido a patinar hacia atrás le había hecho olvidar la caída y el desvanecimiento.

–¡Válgame Dios! —exclamó Vera Smith cuando le vio,. ¿Cómo te has hecho eso?

–Me caí –respondió Johnny, y comenzó a sorber su sopa de tomate Campbell's.

–¿Te sientes bien, John? –preguntó su madre, palpándole delicadamente.

–Por supuesto, mamá.

Y eso era cierto... si se exceptuaban las pesadillas esporádicas que tuvo durante más o menos un mes; las pesadillas y la propensión a experimentar de cuando en cuando una fuerte modorra a determinadas horas del día en que nunca había estado somnoliento antes. Y esto cesó aproximadamente cuando cesaron las pesadillas.

Estaba en perfectas condiciones.

A mediados de febrero, Chuck Spier se levantó una mañana y descubrió que la batería de su viejo De Soto modelo 48 estaba descargada. Trató de cargarla con el camión de su granja. Cuando estaba ciñendo la segunda grapa a la batería del De Soto, ésta le estalló en la cara, salpicándosela con esquirlas y ácido corrosivo. Chuck perdió un ojo. Vera comentó que sólo por la gracia divina no había perdido los dos. Johnny pensó que se trataba de una tragedia atroz y acompañó a su padre cuando éste fue a visitar a Chuck en el Lewiston General Hospital, una semana después del accidente. Johnny experimentó una fuerte emoción cuando vio al corpulento Chuck postrado en la cama del hospital, con un aspecto extrañamente consumido y enjuto... y esa noche soñó que era él quien estaba postrado allí.

De vez en cuando, en los años subsiguientes, Johnny tuvo algunas premoniciones –sabía cuál sería el próximo disco que propalaría la radio antes de que el disc jockey lo pusiera y cosas por el estilo– pero nunca las asoció con el accidente que había sufrido en el hielo. Para entonces ya lo había olvidado.

Y las premoniciones no eran nunca muy asombrosas, ni tampoco muy frecuentes. Nada muy sorprendente ocurrió hasta la noche de la feria del condado y de la máscara. Antes del segundo accidente.

Más tarde pensó en eso a menudo.

El episodio de la Rueda de la Fortuna se produjo antes del segundo accidente.

Como una advertencia de su propia infancia.

2.

Durante aquel verano de 1955 el viajante de comercio recorrió incansablemente Nebraska y Iowa de un lado a otro bajo el sol quemante. Iba al volante de un Mercury

sedán modelo 53 que ya había recorrido más de cien mil kilómetros. Las válvulas del Mercury empezaban a producir un marcado resuello. El viajante era un hombre robusto que aún tenía el aspecto de un muchacho del Medio Oeste alimentado con maíz y, en aquel verano de 1955, sólo cuatro meses después de la quiebra de su empresa de pintura de casas, situada en Omaha, Greg Stillson tenía apenas veintidós años.

El maletero y el asiento posterior del Mercury estaban repletos de cajas, y las cajas estaban repletas de libros. La mayoría de éstos eran ejemplares de la Biblia. Los había de todas las formas y tamaños. El producto básico era la American Truth Way Bible, ilustrada con dieciséis láminas a color, pegada con cola de aviación, a un dólar sesenta y nueve, capaz de resistir por lo menos diez meses sin desencuadernarse; luego había un libro de bolsillo más humilde, el American Truth Way New Testament, a sesenta y cinco centavos, sin láminas a color pero con las palabras de Nuestro Señor Jesucristo impresas en rojo; y para los grandes despilfarradores llevaba la. American Truth Way De Luxe Word of God, a diecinueve dólares noventa y cinco, encuadernada en una imitación de cuero blanco, con un vale para grabar en oro el nombre del propietario de la cubierta, veinticuatro láminas a color, y una sección en el medio para anotar nacimientos, bodas y defunciones. Y la De Luxe Word of God duraba hasta dos años sin desencuadernarse. También había una caja de libros en rústica titulados America the Truth Way: The Communist Jewish Conspiracy Against Our United States, o sea «la conspiración judeo-comunista contra nuestros Estados Unidos».

Greg ganaba más con este libro de bolsillo, impreso en papel muy económico, que con todas las Biblias. Su texto explicaba detalladamente cómo los Rothschild, los Roosevelt y los Greenblatt se estaban apoderando de la economía y el gobierno norteamericanos. Contenía gráficos que demostraban que los judíos estaban directamente asociados con el eje comunista-marxista-leninista-trotskista y, a través de éste, con el Anticristo en persona.

No hacía mucho que había terminado la era del maccarthysmo en Washington. La estrella de Joe McCarthy aún no había llegado a su ocaso en el Medio Oeste y a Margaret Chase Smith de Maine la llamaban «la perra» por su famosa Declaración de Conciencia. La clientela rural y agrícola de Greg Stillson parecía tener un interés morboso no sólo en el material sobre el comunismo sino también en la idea de que los judíos dominaban el mundo.

En ese momento Greg giró por el polvoriento camino particular de una granja situada a unos treinta kilómetros al oeste de Ames, en Iowa. Tenía aspecto de estar desierta, clausurada –con las persianas bajas y las puertas del granero cerradas– pero no podías estar seguro de nada si no probabas antes. Este lema le había dado buenos resultados a Greg Stillson en los aproximadamente dos años transcurridos desde que él y su madre se habían mudado de Oklahoma a Omaha. El negocio de la pintura de casas no había sido muy lucrativo, pero él había necesitado quitarse por un tiempo de la boca el sabor de Jesús, con perdón de la pequeña blasfemia. Sin embargo ahora volvía al terruño, aunque esta vez no como predicador u organizador de ceremonias evangélicas primitivas, y le consolaba un poco el hecho de haber dejado por fin las milagrerías.

Abrió la portezuela del auto y cuando pisó el polvo del camino particular vio salir del granero un amenazador perrazo de campo, con las orejas gachas. Soltó una andanada de ladridos.

–Hola, chucho –dijo Greg por lo bajo, con voz grata pero sonora. A los veintidós años

ya tenía la voz de un experto hipnotizador de multitudes.

El perro no respondió a la cordialidad de su voz. Siguió avanzando, descomunal y torvo, con la idea fija de almorzarse a un viajante de comercio. Greg volvió a sentarse en el auto, cerró la portezuela, y pulsó dos veces el claxon. El sudor le chorreaba por la cara y hacía virar el traje de hilo blanco a un color gris oscuro en las manchas circulares de las axilas y en el árbol ramificado que le trepaba por la espalda. Volvió a pulsar el claxon pero no obtuvo respuesta. Los palurdos habían montado en su International Harvester o en su Studebaker y se habían ido a la ciudad.

Greg sonrió.

En lugar de poner la marcha atrás y retroceder por el camino particular, tanteó el asiento posterior y empuñó un pulverizador de insecticida... que no estaba cargado con Flit sino con amoníaco.

Greg tiró del émbolo y se apeó nuevamente, sonriendo mansamente.

El perro, que se había sentado, volvió a alzarse inmediatamente y avanzó hacia él, gruñendo.

Greg no dejó de sonreír.

–Así me gusta, chucho –dijo, con su voz grata, sonora–. Ven aquí. Ven a buscar lo que te corresponde.

Odiaba a esos feos perros campesinos que se enseñoreaban sobre sus parcelas de patio como pequeños Césares arrogantes. Eran el reflejo de sus amos.

–Maldito atajo de patanes –siseó entre dientes. Seguía sonriendo–. Ven, perrito.

El perro se acercó. Se tensó sobre las patas traseras, listo para precipitarse sobre él. Una vaca mugió en el establo y el viento susurró dulcemente en el maizal. Cuando el animal se abalanzó, la sonrisa de Greg se trocó en una mueca dura y cruel. Empujó el émbolo del pulverizador y roció los ojos y el hocico del perro con una nube abrasadora de gotitas de amoníaco.

Los ladridos coléricos se transformaron enseguida en breves gemidos de dolor, y después, cuando la causticidad del amoníaco hizo sentir realmente sus efectos, en aullidos desgarradores. Inmediatamente dio media vuelta. Ya no era un perro guardián sino sólo un chucho derrotado.

Las facciones de Greg Stillson se habían ensombrecido. Sus ojos se habían reducido a grotescas ranuras. Se adelantó rápidamente y descargó un fuerte puntapié contra las ancas del perro con uno de sus fuertes zapatos. El animal soltó un gañido ululante y, azuzado por el dolor y el miedo, selló su propia perdición al volverse nuevamente para enfrentar al responsable del infortunio, en lugar de correr a ocultarse en el granero.

Embistió ciegamente, con un gruñido, mordió el bajo de la pernera derecha de los pantalones de hilo blanco de Greg, y lo desgarró

–¡Hijo de puta! –exclamó Greg, furioso y sorprendido, y pateó nuevamente al perro, esta vez con la fuerza necesaria para hacerlo rodar por el polvo. Avanzó de nuevo hacia el animal y le asestó otro puntapié, sin dejar de vociferar. Entonces el perro, con los ojos lacrimosos y el hocico afiebrado, con una costilla fracturada y otra dislocada, comprendió que corría peligro en presencia de ese loco. Pero ya era demasiado tarde.

Greg Stillson lo persiguió por el patio polvoriento de la granja, resollando y gritando, con las mejillas empapadas en sudor, y siguió pateándolo hasta que el animal quejumbroso apenas pudo arrastrarse por la tierra. Perdía sangre por media docena de heridas. Estaba agonizando.

–No deberías haberme mordido –susurró Greg–. ¿Me oyes? ¿Me oyes? No deberías haberme mordido, perro de mierda. Nadie se cruza en mi camino. ¿Me oyes? Nadie.

Le asestó otra patada con la puntera ensangrentada del zapato, pero el animal apenas pudo emitir un gorgoteo ahogado. No era algo que pudiera darle mucha satisfacción. A Greg le dolía la cabeza. Era el sol. La carrera bajo el sol en pos del perro. Podría considerarse afortunado si no se desmayaba.

Cerró un momento los ojos, respirando rápidamente. Las gotas de transpiración le chorreaban por la cara como lágrimas y se anidaban como gemas en su cabello cortado en cepillo, en tanto el perro descalabrado agonizaba a sus pies. Unas motas de luz coloreada, que palpitaban al ritmo de los latidos de su corazón, flotaban en la oscuridad detrás de sus párpados.

Le dolía la cabeza.

A veces se preguntaba si estaba enloqueciendo. Como en ese trance. Había querido arrojarle al perro una nube de amoníaco con el pulverizador y ahuyentarlo hacia el granero para poder dejar su tarjeta de visita en la rendija de la puerta mosquitera. Habría vuelto en otra oportunidad y habría hecho una venta. ¿Y ahora? Había que ver ese estropicio. Desde luego, no podía dejar la tarjeta.

Abrió los ojos. El perro yacía a sus pies, jadeando aceleradamente, perdiendo sangre por el morro. Cuando Greg Stillson bajó la mirada, le lamió humildemente el zapato, como si quisiera confesar su derrota, y después siguió muriendo pocoa poco.

–No deberías haberme desgarrado los pantalones –le dijo–. Me costaron cinco dólares, perro de mierda.

Tenía que irse de allí. No lo pasaría bien si Clem Destripaterrones y su esposa y sus seis críos volvían ahora de la ciudad en el Studebaker y encontraban a Fido exhalando su último suspiro en presencia del viejo y abyecto viajante.

Perdería su empleo. La American Truth Way Company no contrataba vendedores que mataban perros de amos cristianos.

Greg volvió al Mercury, con una risita nerviosa, montó en el coche y salió rápidamente del camino interior, en marcha atrás. Giró hacia el este por la carretera polvorienta que atravesaba el maizal, recta como un cordel, y pronto estaba avanzando a cien por hora, dejando una estela de polvo de tres kilómetros de longitud.

Ciertamente no quería perder su empleo. Aún no. Embolsaba mucho dinero: a las actividades que conocía la American Truth Way Company Greg había sumado algunas otras, propias, de las que la firma no tenía noticia. Ahora estaba prosperando. Además, sus viajes le daban la oportunidad de conocer a mucha gente... a muchas chicas. Era una buena vida, pero...

Pero no estaba satisfecho.

Siguió conduciendo, con la cabeza palpitante. No, sencillamente no estaba satisfecho. Intuía que estaba predestinado para algo más portentoso que deambular en auto por el Medio Oeste y vender Biblias y adulterar los formularios de comisiones con el fin de ganar dos dólares más por día. Intuía que estaba predestinado para... para...

Para la grandeza.

Sí, se trataba de eso, claro que se trataba de eso. Hacía unas pocas semanas se había tirado a una chica en el pajar, mientras sus padres estaban en Davenport vendiendo un cargamento de gallinas, y ella había empezado por preguntarle si quería un vaso de limonada y una cosa había llevado a otra, y después de haberla poseído ella había dicho

que casi era como si la hubiera montado un cura y él la había abofeteado, sin saber por qué. La había abofeteado y después se había ido.

Bueno, no.

En realidad, la había abofeteado tres o cuatro veces. Hasta que ella había gritado y chillado pidiendo auxilio y entonces él se había controlado y de alguna manera –había tenido que emplear hasta la última pizca de seducción que le había dado Dios– había hecho las paces con ella. Entonces también le había dolido la cabeza, y las motas pulsátiles de luz se habían disparado y habían danzado en su campo visual, y había tratado de decirse que eso era efecto del calor, del calor explosivo del pajar, pero no era sólo el calor el que le hacía doler. la cabeza. Era lo mismo que había sentido en el patio cuando el perro le había desgarrado los pantalones: algo oscuro y demencial.

–No estoy loco –dijo en voz alta, en el coche. Bajó rápidamente el cristal de la ventanilla y dejó entrar el calor del verano y el olor del polvo y el maíz y el estiércol. Encendió la radio, elevó el volumen y sintonizó una canción de Patti Page. Su jaqueca amainó un poco.

Todo era cuestión de controlarse y... y de no ensuciar su expediente. Así, no podían fastidiarte. Y él se estaba especializando en lo uno y lo otro. Ya no soñaba tan a menudo con su padre, esos sueños en que su padre se erguía sobre él con el casco echado hacia atrás, rugiendo: «¡No sirves para nada, enano! ¡No sirves para una mierda!.

Los sueños no se repetían con tanta frecuencia porque sencillamente no respondían a la realidad. Ya no era un enano. Claro que en su infancia había estado enfermo muchas veces, que había sido enclenque, pero después había crecido; mantenía a su madre...

Y su padre había muerto. Su padre no podía verle. Él no podía hacerle tragar sus palabras porque había muerto en la explosión de una torre de petróleo y estaba muerto y a Greg le habría gustado desenterrarlo una vez, una sola vez, y gritarle en su cara putrefacta: ¡Te equivocaste, papá, te equivocaste conmigo!, para asestarle luego un buen puntapié como...

Como el que le había asestado al perro.

El dolor de cabeza había vuelto, pero iba disminuyendo.

–No estoy loco –repitió por debajo del ruido de la música. Su madre le había dicho a menudo que estaba predestinado para algo grande, para algo extraordinario, y Greg la creía.

Bastaría con que controlara sus actos, como el de abofetear a la chica o patear al perro, y no ensuciara su expediente.

Cualquiera que fuese su grandeza, la reconocería cuando se le presentara. Se sentía muy seguro de ello.

Volvió a pensar en el perro, y esta vez la evocación le hizo esbozar una sonrisa, totalmente desprovista de humor o compasión.

Su grandeza estaba en gestación. Tal vez tardaría años en materializarse... él era joven, por supuesto, y no había nada de malo en el hecho de ser joven con tal de que entendiera que no podía tenerlo todo al mismo tiempo. Con tal de que creyera que lo conseguiría al fin. Y lo creía.

Y que Dios y Su Hijo Jesús se apiadaran de cualquiera que se cruzase en su camino.

Greg Stillson asomó por la ventanilla un codo bronceado por el sol y empezó a silbar al compás de la radio. Apretó el pedal del acelerador, aumentó la velocidad del viejo Mercury a ciento cinco, y enfiló por la recta carretera rural de Iowa hacia lo que le

deparaba el futuro.

I. La Rueda de la Fortuna

Capítulo 1

1.

Lo que Sarah siguió recordando más tarde acerca de aquella noche fue la racha de suerte de él en la Rueda de la Fortuna, y la máscara. Pero a medida que transcurría el tiempo, un tiempo que se contaba por años, en lo que pensaba era en la máscara... cuando se atrevía a evocar de alguna manera aquella noche horrible.

Él vivía en un bloque de apartamentos de Cleaves Mills. Sarah llegó allí a las ocho menos cuarto, estacionó a la vuelta de la esquina y pulsó en el portero electrónico, para que le abriera la puerta. Esa noche utilizarían el coche de ella porque el de Johnny estaba inmovilizado en el Tibbets' Garage, de Hampden, con un cojinete atascado o algo parecido. Algo costoso, le había informado Johnny por teléfono, y después había soltado la risa típica de Johnny Smith. Sarah se habría echado a llorar si se hubiera tratado de su coche... de su dinero.

Sarah atravesó el vestíbulo en dirección a la escalera y pasó frente al tablero que colgaba allí. Estaba cubierto de tarjetas con anuncios de motocicletas, de componentes de equipos estereofónicos, de servicios de mecanografía, y de propuestas de personas que necesitaban un medio de transporte para viajar a Kansas o California, y de personas que se disponían a ir en coche a Florida y necesitaban acompañantes para turnarse al volante y compartir el gasto de gasolina. Pero esa noche sobresalía en el tablero un cartel de grandes dimensiones que mostraba un puño cerrado sobre un fondo de color rojo furioso que sugería un incendio. La única palabra impresa en el cartel era ¡ATACAD! Estaban en los últimos días del mes de octubre de 1970.

Johnny ocupaba el apartamento del frente del segundo piso –el ático, lo llamaba él– donde podías plantarte con tu frac como Ramón Novarro,. con una abundante ración de vino Ripple en una copa combada, y contemplar desde lo alto el vasto corazón palpitante de Cleaves Mills: sus multitudes ajetreadas después de la hora de los espectáculos, sus taxis bulliciosos, sus letreros de neón. Hay casi siete mil historias en la ciudad desnuda. Esta ha sido una de ellas.

En realidad Cleaves Mills consistía esencialmente en una calle mayor con un semáforo en la intersección (a las seis de la tarde empezaba a parpadear intermitentemente), más o menos dos docenas de tiendas y una pequeña fábrica de mocasines. Su auténtica industria, como la de la mayoría de las ciudades que rodeaban a Orono, donde estaba la universidad de Maine, era el suministro de los productos que consumían los estudiantes: cerveza, vino, gasolina, música de rock and roll, alimentos preparados, droga, comestibles, viviendas, películas. El cine se llamaba The Shade. Durante la época de clases proyectaba películas de arte y filmes nostálgicos de los años cuarenta. En el verano reincidía en los spaghetti western de Clint Eastwood.

Hacía un año que Johnny y Sarah habían terminado sus estudios y ambos enseñaban en la Cleaves Mills High School, uno de los pocos colegios secundarios de la comarca

que no prestaba servicios a un distrito formado por' tres o cuatro ciudades. Los miembros del claustro y de la administración de la universidad, así como sus alumnos, utilizaban Cleaves como dormitorio, y la ciudad tenía un sistema fiscal envidiable. También tenía una excelente escuela secundaria, con un flamante departamento de periodismo. Los vecinos podían despotricar contra la población universitaria que utilizaba un lenguaje pedante, que organizaba marchas comunistas para poner fin a la guerra y que se entrometía en la política local, pero nunca rechazaban los dólares que entraban todos los años en concepto de impuestos por las refinadas casas de los profesores y por los edificios de apartamentos de la zona que algunos estudiantes llamaban Barrio de Pringue y otros Callejón de la Miseria.

Sarah golpeó la puerta con los nudillos y la voz de Johnny, extrañamente apagada, respondió:

–¡Está abierta, Sarah!

Sarah frunció un poco el ceño y empujó la puerta. El apartamento de Johnny estaba sumido en la oscuridad total, si se exceptuaba el espasmódico destello amarillo del cartel luminoso intermitente situado en la mitad de la manzana. El mobiliario estaba compuesto por una serie de sombras negras gibosas.

–Johnny... ?

Ella avanzó un paso, con cierta cautela, mientras se preguntaba si había saltado un fusible o había sucedido algo por el estilo... y entonces el rostro apareció delante de ella, flotando en la oscuridad, un rostro horrible salido de una pesadilla. Tenía una espectral fosforescencia verde, putrefacta. Un ojo estaba desmesuradamente abierto y parecía mirarla con espanto dolorido. El otro tenía los párpados fuertemente apretados, con un aire siniestro. La mitad izquierda de la cara, la del ojo abierto, parecía normal. Pero la mitad derecha correspondía al rostro de un monstruo, crispado e inhumano, con los gruesos labios replegados para dejar al descubierto unos sobredientes también fosforescentes.

Sarah emitió un chillido débil y estrangulado y retrocedió un paso, trastabillando. Entonces se encendieron las luces y ese volvió a ser ni más ni menos que el apartamento de Johnny, y no un limbo tenebroso. En la pared, Nixon trataba de vender autos usados, la alfombra trenzada que había confeccionado la madre de Johnny seguía desplegada sobre el piso, las botellas de vino hacían las veces de candeleros. La cara perdió su fosforescencia y Sarah descubrió que sólo era una de esas máscaras que vendían en los bazares económicos para, disfrazarse en la noche de Halloween, la víspera de Todos los Santos. El ojo azul de Johnny la miraba por la abertura, titilando.

Se quitó la máscara y le sonrió plácidamente, vestido con su vaquero descolorido y un suéter marrón.

–Feliz Halloween, Sarah –dijo.

El corazón de ella aún latía aceleradamente. La había asustado de veras.

–Muy gracioso –sentenció, y se volvió para irse. No le gustaba que la asustaran así.

Él la detuvo cuando llegaba a la puerta.

–Eh... lo siento.

–Es lo menos que puedes decir.

Le miró fríamente... o eso 'fue lo que intentó hacer. Su cólera ya se estaba disipando. Nadie podía quedarse enfadado con Johnny, ésa era la verdad. Le amara o no –y esto era algo que Sarah aún trataba de descifrar– no podía sentirse disgustada con él por mucho

tiempo, ni guardarle rencor. Se preguntó si alguna vez alguien había logrado guardarle rencor a Johnny Smith, y la idea le pareció tan ridícula que no tuvo más remedio que sonreír.

–Así me gusta más. Hombre, pensé que ibas a dejarme plantado.

–No soy un hombre.

Johnny clavó los ojos en ella.

–Lo he notado.

Sarah tenía puesto un voluminoso abrigo de piel –mapache de imitación o algo vulgar por el estilo– y su inocente lascivia la hizo sonreír nuevamente.

–Con esto encima no se distingue.

–Oh, sí, yo lo distingo –afirmó Johnny. La rodeó con el brazo y la besó. Al principio ella no iba a devolverle el beso, pero por supuesto se lo devolvió–. Lamento haberte asustado –continuó él, y frotó cordialmente su nariz contra la de ella antes de soltarla. Blandió la máscara–. Pensé que te divertiría. El viernes me la pondré en clase.

–Oh, Johnny, eso no favorecerá la disciplina.

–Me las apañaré de alguna manera –respondió Johnny con una sonrisa. Y lo curioso era que efectivamente se las apañaría.

Todos los días ella concurría al colegio luciendo unas grandes gafas magistrales, con el cabello estirado en un moño tan severo que parecía estar al borde del grito. Usaba las faldas apenas por encima de la rodilla en una época en que la mayoría de las chicas las llevaban justo por debajo del borde de las bragas (y mis piernas son más bonitas que las de cualquiera de ellas, pensaba Sarah rencorosamente). Sentaba a los alumnos por orden alfabético, lo cual, por lo menos según la ley de probabilidades, debería haber mantenido separados a los revoltosos, y enviaba resueltamente a los chicos insubordinados al despacho del vicerrector, en razón de que éste cobraba quinientos dólares adicionales por año para desempeñarse como cancerbero, y ella no. A pesar de todo, sus días estaban consagrados a una lucha constante con ese demonio de los profesores novatos: la disciplina. Lo más inquietante era que había empezado a intuir que existía un jurado colectivo, tácito –tal vez una especie de conciencia de la escuela– que deliberaba acerca de cada nuevo profesor y cuyo veredicto respecto de ella no era muy favorable.

Desde esa perspectiva, Johnny parecía la antítesis de todo lo que debía ser un buen profesor. Deambulaba de una clase a otra sumido en una especie de sopor agradable, y a menudo llegaba tarde al aula porque se había detenido a conversar con alguien entre un toque de campana y otro. Dejaba que los chicos se sentaran donde se les antojaba de manera que nunca había dos veces una misma cara en un pupitre (y los estólidos de la clase gravitaban invariablemente hacia el fondo del aula). En esas condiciones Sarah no habría podido aprender sus nombres hasta marzo, pero Johnny ya parecía saberlos de memoria.

Era alto, con tendencia a encorvarse, y los chicos le apodaban Frankenstein. Esto parecía divertir a Johnny, en lugar de indignarle. Y sin embargo sus clases se desarrollaban generalmente en silencio y en orden, faltaban pocos alumnos (Sarah siempre tenía el problema de los ausentes) y ese mismo jurado parecía estar inclinándose a favor de él. Era uno de esos profesores a los cuales, al cabo de diez años, les dedicarían el anuario del colegio. Con ella no ocurría lo mismo. Y a veces enloquecía preguntándose por qué.

–¿Quieres una cerveza antes de salir? ¿Un vaso de vino? ¿Alguna otra cosa?

–No, pero espero que vayas bien provisto de dinero –respondió ella, tomándole por el brazo y resolviendo desechar su enojo–. Siempre como por lo menos tres salchichas. Especialmente cuando se trata de la última feria del año.

Planeaban ir a Esty, treinta kilómetros al norte de Cleaves Mills, una ciudad cuyo único mérito discutible para conquistar la fama consistía en que allí se celebraba LA ULTIMÍSIMA FERIA AGRÍCOLA DEL AÑO EN NEW ENGLAND. La feria se clausuraba el viernes por la noche, en la víspera de Todos los Santos.

–Si consideramos que el viernes es día de pago, no puedo quejarme. Tengo ocho dólares.

–Válgame... Dios –exclamó Sarah, poniendo los ojos e blanco–. Siempre supe que si me mantenía pura algún día encontraría un protector millonario.

Él sonrió e hizo un ademán de asentimiento.

–Nosotros los rufianes ganamos muuuucho, nena. Déjame coger el abrigo y nos iremos.

La miró con exasperado afecto, y la voz que afloraba cada vez con más frecuencia en su mente –bajo la ducha, mientras leía un libro o preparaba una clase o guisaba su cena solitaria– volvió a machacar, como uno de esos anuncios de interés público que difunden por TV y que duran treinta segundos: es un hombre encantador y todo lo demás, con el que resulta fácil congeniar, divertido, que nunca te hace llorar. ¿Pero eso es amor? Quiero decir, ¿no hace falta nada más? Incluso cuando aprendiste a montar en tu bicicleta tuviste que caerte unas cuantas veces y desollarte ambas rodillas. Llamémoslo un rito i transición. Y eso no era más que una insignificancia.

–Voy al baño –anunció él.

–Ajá. –Sarah esbozó una sonrisa. Johnny era una de ese personas que siempre mencionaban sus funciones naturales. Dios sabía por qué.

Se acercó a la ventana y miró hacia la Calle Mayor. Unos chicos entraban en el aparcamiento contiguo de O'Mike's, pizzería y cervecería local. De pronto deseó estar de nuevo con ellos, ser uno de ellos, relegando el pasado –o dejando para el futuro– toda esa confusión. La universidad era un lugar seguro. Era un especie de mundo quimérico donde todo, incluso los profesores, podían formar parte de la banda de Peter Pan y no crecer nunca. Y siempre habría un Nixon o un Agnew para desempeñar el papel del capitán Hook.

Había conocido a Johnny cuando habían empezado ejercer como enseñantes en setiembre, pero antes lo había visto en las clases de pedagogía que compartían. A ella le había prendido una insignia de la fraternidad Delta Tau Delta, ninguno de los juicios que valían para Johnny había valido para Dan.

Éste había sido casi impecablemente bello, dueño de un ingenio cáustico e inquieto que siempre la había hecho sentir un poco incómoda, aficionado a la bebida, apasionado en el amor.

A veces, cuando bebía, se volvía peligroso. Ella recordaba una noche en que se había producido un episodio de esa naturaleza en el Brass Rail de Bangor. El hombre del compartimiento vecino tomó a chacota algo que Dan había dicho acerca del equipo de fútbol de la universidad de Maine, y Dan le preguntó si le gustaría volver a casa con el cuello retorcido. El hombre se disculpó, pero Dan no quería disculpas; lo que buscaba era una gresca. Empezó a hacer comentarios ofensivos acerca de la mujer que acompañaba al otro hombre. Sarah apoyó la mano sobre el brazo de Dan y le pidió que se callara. Dan le

apartó la mano y la miró con un extraño fulgor opaco en los ojos grisáceos que le secó en la garganta cualesquiera otras palabras que hubiera podido pronunciar. Finalmente, Dan y el otro sujeto salieron del local y Dan lo molió a golpes. Le pegó hasta que el otro sujeto, que se aproximaba a los cuarenta y que tenía un barriga incipiente, empezó a gritar. Sarah nunca había oído gritar a un hombre... ni quería volver a oírlo. Tuvieron que marcharse deprisa porque el barman vio lo que sucedía y llamó a la policía. Esa noche ella habría vuelto sola a casa (¿Ob? ¿estás segura?, le preguntó aviesamente una voz interior), pero el campus estaba a dieciocho kilómetros y los autobuses habían dejado de circular a las seis y tenía miedo de hacer autostop.

Dan permaneció callado durante el viaje de regreso. Tenía un rasguño en la mejilla. Sólo un rasguño. Cuando llegaron a Hart Hall, su residencia, Sarah le dijo que no deseaba volver a verle. «Como tú quieras, nena», respondió él con una indiferencia que la dejó helada... y la segunda vez que Dan le telefoneó después del incidente del Brass Rail, volvió a salir con él. Una parte de su ser la había aborrecido por ello.

La relación continuó durante todo el semestre de otoño de su último año de estudios. Él la asustaba y la atraía al mismo tiempo. Fue su primer amante verdadero, y aún ahora, cuando faltaban dos días, para la Víspera de Todos los Santos de 1970, seguía siendo el único amante verdadero que había tenido. Ella y Johnny no se habían acostado juntos.

Dan había sido fenomenal. La había usado pero había sido fenomenal. No se avenía a tomar precauciones, de modo que ella se había visto obligada a concurrir a la enfermería de la universidad, donde había dado una explicación balbuceante sobre sus menstruaciones dolorosas y había conseguido la píldora. En el terreno sexual, Dan siempre la había dominado. No había tenido muchos orgasmos con él, pero su misma rudeza le había producido algunos, y en las semanas previas a la ruptura había empezado a experimentar, como una mujer madura, la avidez de disfrutar de la sana sexualidad, y este deseo se combinaba asombrosamente con otros sentimientos: encono contra Dan y contra sí misma, la presunción de que ninguna sexualidad que dependía tanto de la humillación y la dominación podía considerarse realmente «sana», y autoaversión por su propia incapacidad para poner fin a una relación que parecía fundada sobre tendencias destructivas.

Todo terminó expeditivamente, a comienzos de ese año. Él fracasó en sus exámenes y debió dejar los estudios.

–¿A dónde irás? –le preguntó Sarah tímidamente, sentada en la cama del compañero de habitación de Dan, mientras éste arrojaba sus cosas dentro de dos maletas. Habría querido formularle otras preguntas más personales. ¿Vivirás cerca de aquí? ¿Trabajarás? ¿Estudiarás por la noche? ¿Hay un lugar para mí en tus planes? Esta pregunta, sobre todo, fue la que no atinó a formular. Porque no estaba preparada para ninguna de las respuestas posibles. La que dio a su única pregunta neutra fue suficientemente tremenda.

–Supongo que a Vietnam.

–Cómo?

Estiró la mano hacia un estante, hojeó brevemente los papeles allí acumulados y le arrojó una carta. Era del centro de reclutamiento de Bangor: una citación para el examen físico.

–¿No puedes zafarte?

–No. Quizá. No sé. –Encendió un cigarrillo–. Creo que ni siquiera deseo intentarlo.

Ella le miró con los ojos desencajados, atónita.

–Estoy harto de esta vida. Estudiar y conseguir empleo y buscar esposa. Supongo que tú aspirabas a llenar esta última vacante. Y no creas que no lo he pensado. No resultaría. Tú lo sabes y yo también. No congeniamos, Sarah.

Ella huyó de allí. Tenía las respuestas a todas sus preguntas y nunca volvió a verle. Sí vio unas pocas veces a su compañero de habitación. Entre enero y junio éste recibió tres cartas de Dan. Le habían enrolado y le enviaron a un campamento de adiestramiento básico en algún lugar del Sur. Y ésta fue la última noticia que recibió su compañero de habitación. Y también la última que tuvo Sarah Bracknell.

Al principio pensó que se sentiría bien. Esas canciones tristes, sentimentaloides, que hablaban del amor perdido y que siempre parecías oír en la radio del auto después de la medianoche, no se aplicaban a ella. Ni los lugares comunes acerca del fin del romance ni las crisis de llanto. No se lió con un tipo por despecho ni empezó a recorrer los bares. Esa primavera pasó la mayoría de las noches estudiando tranquilamente en su habitación de la residencia. Era un alivio. Nada de complicaciones.

Sólo después de conocer a Johnny –el mes anterior, en un baile de presentación de nuevos alumnos al que ambos habían concurrido acompañando a otras personas, por pura casualidad– comprendió que el último semestre que había pasado en el colegio había sido atroz. Se trataba de una de esas cosas de las que no podías tomar conciencia mientras la vivías, porque estaban demasiado integradas en tu ser. Dos burros se encuentran en un pueblo del Oeste, donde están atados al mismo poste. Uno es un burro de ciudad, que sólo lleva encima una silla. El otro es el burro de un explorador, cargado de bultos, equipos para acampar y cocinar y cuatro sacos de mineral de veinticinco kilos cada uno. El peso le comba el espinazo como si fuera un acordeón. El burro de ciudad comenta: «Vaya carga que llevas ahí». Y el burro del explorador responde: «¿Qué carga?»

Lo que la aterraba, retrospectivamente, era el vacío. Habían sido cinco meses de respiración patológica, como si tuviera el síndrome de Cheyne-Stokes. Ocho meses si se contaba ese verano, cuando había alquilado un pisito en Flagg Street, en Veazie, y no había hecho nada más que buscar empleo como maestra y leer novelas encuadernadas en rústica. Se levantaba, tomaba el desayuno, iba a clase o a las entrevistas concertadas con posibles empleadores, volvía a casa, comía, dormía la siesta (que a veces duraba cuatro horas), comía nuevamente, leía más o menos hasta las once y media, miraba el programa de Cavett hasta que se adormecía y se iba a la cama. No recordaba haber pensado durante ese lapso. La vida era rutinaria. A veces experimentaba una suerte de vaga ansiedad en el bajo vientre, una ansiedad insatisfecha, como creía que la llamaban en algunas ocasiones las novelistas de sexo femenino, y esto lo solucionaba con una ducha fría o un lavado vaginal. Después de un tiempo los lavados se hicieron dolorosos, y esto le produjo una satisfacción amarga, apática.

Durante este período se felicitaba de cuando en cuando por la forma adulta con que encaraba la situación. Casi nunca pensaba en Dan... ¿Qué Dan? Ja, Ja. Más tarde se dio cuenta de que durante ocho meses no había pensado en nada ni en nadie más. Durante esos ocho meses todo el país había padecido una sucesión de convulsiones espasmódicas pero ella casi no lo había notado. Las manifestaciones, los polizontes con sus cascos y sus máscaras antigás, los ataques cada vez más furibundos de Agnew contra la prensa, las muertes en la universidad de Kent, el verano violento cuando los negros y los grupos radicales se lanzaron a la calle... estos episodios podrían haberse desarrollado en un programa nocturno de TV. Sarah estaba totalmente cautivada por la forma maravillosa en

que se había repuesto de la ruptura con Dan, por su capacidad de adaptación y por el alivio que le producía comprobar que todo marchaba a pedir de boca. ¿Qué carga?

Entonces empezó a dar clases en la Cleaves Mills High, y ése fue un cataclismo personal. Sentarse del otro lado del escritorio después de desempeñarse durante dieciséis años como estudiante profesional. Conocer a Johnny Smith en aquel baile de presentación (y con un nombre tan absurdo como John Smith, ¿acaso podía ser realmente de carne y hueso?). Salir de su ensimismamiento para ver cómo la miraba, no lascivamente, sino con una sana valoración del aspecto que ella tenía con el vestido de punto gris claro que llevaba puesto.

Él la había invitado al cine –en The Shade proyectaban Ciudadano Kane– y Sarah aceptó. Lo pasaron bien y ella se dijo: Nada excepcional. Le gustó el beso de despedida que él le dio y pensó: ciertamente no es Errol Flynn. La hizo sonreír constantemente con su cháchara, que era delirante, y ella pensó: quiere convertirse con el tiempo en actor cómico.

Más tarde, mientras estaba sentada en el dormitorio de su apartamento viendo cómo Bette Davis interpretaba a una profesional malvada en la película de la noche, algunos de estos pensamientos volvieron a su mente y se inmovilizó con los dientes hincados en una manzana, casi espantada por su propia actitud injusta.

Y una voz que había permanecido muda durante la mayor parte del año –no tanto la de la conciencia como la de la perspectiva– se alzó bruscamente. Lo que quieres decir es que ciertamente no es Dan. ¿Verdad?

¡No!, se juró a sí misma, sin que ningún "casi" matizara su espanto. Ya no pienso para nada en Dan. Eso sucedió... hace mucho tiempo.

No le harás creer a nadie que sucedió hace mucho tiempo, replicó la voz. Dan se fue ayer.

De pronto comprendió que estaba sola en un apartamento por la noche, comiendo una manzana y mirando en la TV una película que no le interesaba en absoluto, y que todo esto lo hacía porque era más fácil que pensar. Pensar era en realidad muy aburrido, cuando el único tema de meditación eras tú misma y tu amor perdido.

Ahora estaba muy espantada.

Se había echado a llorar.

Salió con Johnny la segunda y la tercera vez que él la invitó, y esto también fue una revelación de aquello en lo que ella se había convertido, exactamente. No podía argüir que tenía otro amigo porque no era así. Era una chica espabilada, hermosa, y la habían invitado a salir muchas veces después de la ruptura con Dan, pero las únicas invitaciones que había aceptado habían sido las del compañero de habitación de Dan, para comer hamburguesas en la cantina, y ahora comprendía (con su disgusto atemperado por un humor amargo) que sólo había concurrido a esas citas totalmente inocuas para sonsacarle información sobre Dan al pobre tipo.

¿Qué carga?

La mayoría de sus amigas de la universidad se habían perdido de vista después de la graduación. Bettye Hackman estaba en África, con el Cuerpo de Paz, para mayor consternación de sus opulentos padres, miembros de una familia de rancio abolengo de Bangor, y a veces Sarah se preguntaba qué podían opinar los ugandeses de Bettye, con su tez blanca, imposible de broncear, y con su cabello rubio ceniciento y su belleza fría, propia de una fraternidad universitaria. Dennie Stubbs seguía un curso para

postgraduados en Houston. Rachel

Jurgens se había casado con su hombre y ahora estaba gestando en algún lugar agreste del oeste de Massachussetts.

Ligeramente aturdida, Sarah había llegado obligadamente a la conclusión de que Johnny Smith era el primer amigo nuevo que ella había encontrado en mucho, mucho tiempo... y eso que había sido la Reina de la Popularidad en el último año del colegio secundario. Aceptó invitaciones de otros dos profesores de Cleaves, sólo para conservar la perspectiva. Uno de ellos era Gene Sedecki, el nuevo profesor de matemáticas... pero se trataba obviamente de un pesado consuetudinario. El otro, George Rounds, había intentado llevarla inmediatamente a la cama. Ella le había abofeteado... y al día siguiente él había tenido la audacia de guiñarle un ojo cuando se cruzaron en el pasillo.

Pero Johnny era entretenido y su compañía resultaba agradable. Y la atraía sexualmente... aunque con sinceridad no podía decir hasta qué punto. Al menos todavía. Hacía una semana, después del viernes en que les habían dado asueto por la convención de profesores que se celebraba en Waterville, en el mes de octubre, él la había invitado a su apartamento para comer espaguetis caseros. Mientras hervía la salsa, él corrió hasta la esquina a comprar vino y volvió con dos botellas de zumo de naranja. Ésta era una modalidad de Johnny, como la de anunciar sus visitas al cuarto de baño.

Después de cenar miraron TV y a continuación empezaron a hacerse arrumacos y sólo Dios sabía en qué podría haber terminado aquello si dos amigos de él, profesores en la Universidad, no hubieran aparecido con una declaración del claustro sobre libertad académica. Querían que Johnny le echara un vistazo y diese su opinión. Esto fue lo que hizo, pero con menos ganas que de costumbre. Ella lo notó con una tierna satisfacción secreta, y la ansiedad de su bajo vientre –la ansiedad insatisfecha– también la regocijó, y aquella noche no la aplacó con un lavado vaginal.

Le volvió la espalda a la ventana y se encaminó hacia el sofá donde Johnny había dejado su máscara.

–Feliz Halloween –exclamó, y se rió un poco.

–¿Qué dices? –preguntó Johnny a gritos.

–Digo que si no vienes enseguida me iré sin ti.

–Ya salgo.

–¡Estupendo!

Deslizó un dedo sobre la máscara de Jekyll-y-Hyde, con el afable doctor Jekyll en la mitad izquierda, y el feroz e infrahumano Hyde en la mitad derecha. ¿Dónde estaremos cuando llegue el Día de Acción de Gracias?, se preguntó Sarah.

¿O la Navidad?

Esta idea le hizo correr un extraño escalofrío de excitación por el cuerpo.

Él le gustaba. Era un hombre totalmente normal, muy dulce.

Volvió a mirar la máscara, donde el horrible Hyde crecía de las facciones de Jekyll como un abultado carcinoma. La habían recubierto con pintura fluorescente para que refulgiera en la oscuridad.

¿Qué es lo normal? Nada, nadie. No en realidad. Si era tan normal, ¿cómo podía urdir planes para usar algo semejante en el aula sin perder por ello la esperanza de mantener el orden? ¿Y cómo era posible que los chicos lo llamaran Frankenstein y siguieran respetándole y estimándole? ¿Qué es lo normal?

Johnny salió, apartando la cortina de abalorios que separaba el dormitorio y el baño de

la sala.

Si me pide que me acueste esta noche con él, creo que accederé.

Y fue un pensamiento reconfortante, como un retorno al hogar.

–¿Qué te hace sonreír?

–Nada –respondió ella, y volvió a arrojar la máscara sobre el sofá.

–No, de veras. ¿Fue algo agradable?

Johnny –murmuró ella, mientras le apoyaba la mano sobre el pecho y se ponía de puntillas para besarle ligeramente–, hay cosas que no se dicen nunca. Vámonos de aquí.

2.

Hicieron una pausa abajo, en el vestíbulo, mientras él se abrochaba la chaqueta de dril, y Sarah sintió que sus ojos eran atraídos nuevamente por el cartel donde se leía la palabra ¡ATACAD!, con el puño cerrado y el fondo llameante.

–Este año habrá otra huelga de estudiantes –comentó él, siguiendo la dirección de su mirada.

–¿Por la guerra?

–En esta oportunidad la guerra no será el único motivo. Vietnam, y la disputa por los centros de entrenamiento de oficiales de reserva y por la universidad de Kent han estimulado a un número sin precedentes de estudiantes. Dudo que alguna vez haya habido menos individuos indiferentes en la universidad.

–¿Indiferentes?

–Chicos que estudian con el único fin de obtener un título, y a los que no les interesa el sistema, salvo en la medida en que éste les suministra un empleo de diez mil dólares anuales cuando se gradúan. Los indiferentes son estudiantes a los que les importa una mierda todo lo que no sea su zamarra. Eso ha terminado. La mayoría de ellos han abierto los ojos. Se producirán grandes cambios.

–¿Y te parece importante? ¿Aunque ya hayas egresado?

El se erizó.

–Señora, soy wl ex alumno Smith, de la clase del setenta. Llenen los vasos en homenaje a la vieja universidad de Maine.

Sarah sonrió.

–Vámonos. Quiero dar una vuelta en el látigo antes de que lo cierren por esta noche.

–Estupendo –asintió él, cogiéndola por el brazo–. Casualmente tengo tu coche aparcado a la vuelta de la esquina.

–Y ocho dólares. Nos aguarda una noche maravillosa.

El cielo estaba encapotado pero no llovía, y la temperatura era agradable, a pesar de que corría el mes de octubre. Una luna en cuarto creciente pugnaba por asomar entre las nubes. Johnny la rodeó con el brazo y ella se acurrucó contra él.

–Sabes, pienso muchísimo en ti, Sarah.

Su tono era casi despreocupado, pero sólo casi. El corazón de ella se aplacó un poco y después latió más deprisa unas doce veces.

–¿De veras?

–Sospecho que este fulano Dan te hizo sufrir, ¿no es cierto?

–No sé qué fue lo que me hizo –contestó Sarah sinceramente.

El cartel luminoso amarillo, parpadeante, que había quedado cien metros más atrás, hacía aparecer y desaparecer sus sombras sobre la acera, a sus pies.

Johnny adoptó un talante pensativo.

–Yo no quisiera hacerte sufrir –dijo, finalmente.

–Lo sé. Pero Johnny... Démosle tiempo al tiempo.

–Sí –respondió él–. Tiempo. Supongo que es algo que no nos falta.

Dieron la vuelta a la esquina y Johnny abrió la portezuela para que ella subiera. Él contorneó el auto y se instaló al volante.

–¿Tienes frío?

–No –respondió ella–. Es una noche ideal para esto.

–Lo es –asintió Johnny, y arrancó.

Los pensamientos de Sarah volvieron sobre la ridícula máscara. El lado de Jekyll con el ojo azul de Johnny visible detrás de la O dilatada de la cuenca ocular del atónito doctor.

–Fíjate, anoche inventé un cóctel muy raro, pero no creo que tenga mucha aceptación en los bares– y ésta era una mitad potable porque se veía un poco de Johnny en el interior. La parte que la había espantado era la de Hyde porque el ojo estaba reducido a una ranura. Podría haber pertenecido a cualquiera. Absolutamente a cualquiera. A Dan, por ejemplo.

Pero cuando llegaron a la feria de Esty, donde las bombillas desnudas de la avenida central titilaban en la oscuridad y donde los grandes rayos de neón de la noria gigante giraban hacia arriba y abajo, ella había olvidado la máscara. Estaba junto a su hombre y lo iban a pasar en grande.

3.

Caminaron por la avenida central cogidos de la mano, sin hablar mucho, y Sarah sintió que revivía las ferias rurales de su juventud. Se había criado en South Paris, un pueblo del oeste de Maine cuya industria principal era el papel, y la feria mayor había sido la de Fryeburg. Para Johnny, que venía de Pownal, la feria mayor probablemente había sido la de Topsham. Pero todas eran iguales, en realidad, y no habían cambiado mucho con el transcurso de los años. Estacionabas el auto en un aparcamiento de tierra y pagabas tus dos dólares en la verja, y apenas entrabas en el territorio de la feria te asaltaba el olor de las salchichas, los pimientos y las cebollas fritos, el tocino, los copos de azúcar, el serrín, y el dulce y aromático estiércol de caballo. Oías el pesado rumor chirriante de la montaña rusa en miniatura, la que llamaban El Ratón Salvaje. Oías los estampidos secos de los calibres 22 de la galería de tiro, la estridencia metálica del animador del Bingo desde el equipo de altavoces montado en torno de la gran tienda llena de largas mesas y sillas plegables traídas de la sala de velatorios local. La música de rock and roll se disputaba la primacía con la del órgano del tiovivo. Oías la vociferación sistemática de los pregoneros: dos tiros por veinticinco centavos, gane uno de estos perritos de peluche para su crío, eh-eh-por-aquí, juegue hasta ganar. No cambiaba nunca. Te transformaba nuevamente en un niño, ansioso por dejarse engatusar.

–¡Aquí! –exclamó Sarah, deteniéndole–. ¡El látigo! ¡El látigo!

–Por supuesto –asintió Johnny, con tono reconfortante. Le dio un dólar a la mujer de la taquilla, quien le entregó a su vez dos billetitos rojos casi sin levantar la vista de su Photoplay.

–¿Qué significa ese «por supuesto»? ¿Por qué me sigues la corriente con ese tono de voz?

Johnny se encogió de hombros. Su expresión era demasiado inocente.

–No se trata de lo que dijiste, John Smith, sino de cómo lo dijiste.

La vuelta había terminado. Los pasajeros se estaban apeando y desfilando ante ellos, en su mayoría adolescentes con camisas de estilo marinero, de cuello abierto, confeccionadas con una gruesa tela de lana, o enfundados en anoraks desabrochados. Johnny subió con ella por la rampa de madera y entregó los billetes al encargado del látigo, que parecía el ser consciente más aburrido del universo.

–Nada –dijo él, mientras el encargado los instalaba en una de las pequeñas cabinas redondas y enganchaba la barra de seguridad–. Sólo se trata de que estos vagones están montados sobre pequeños rieles circulares, ¿no es cierto?

–Sí.

–Y los pequeños rieles circulares están empotrados en un gran plato redondo que da vueltas y vueltas, ¿no es cierto?

–Sí.

–Bueno, cuando este viaje llega a su apogeo, la cabina en la que estamos sentados gira sobre un pequeño riel circular y a veces desarrolla una aceleración de hasta 7 g, o sea apenas 5 menos que la que sienten los astronautas cuando despegan en Cabo Kennedy. Y yo conocí a un chico... –En ese momento Johnny se inclinaba solemnemente sobre ella.

–Oh, estás a punto de soltar uno de tus grandes embustes –comentó Sarah, intranquila.

–Cuando este chico tenía cinco años se cayó en la escalera de entrada de su casa y se produjo una pequeña fractura, delgada como un cabello, en una vértebra cervical. Entonces, diez años después, subió al látigo de la feria de Topsham... y... –Se encogió de hombros y le palmeó compasivamente la mano–. Pero probablemente no te pasará nada, Sarah.

–Oh... quiero bajaaaaar...

Y el látigo se los llevó girando, trocando violentamente la feria y la avenida central en un oblicuo manchón de luces y rostros, y ella chilló y se rió y le dio de puñetazos.

–¡Una fractura delgada como un cabello! –le gritó–. ¡Cuando bajemos de aquí te produciré a ti una fractura delgada como un cabello, grandísimo embustero!

–¿Aún no sientes que algo empieza a ceder en tu cuello? –le preguntó Johnny dulcemente.

–¡Oh, grandísimo mentiroso!

Giraban cada vez más vertiginosamente, cuando pasaron frente al encargado por –¿décima? ¿decimoquinta?– vez, él se inclinó y la besó, y la cabina rotó zumbando sobre su riel, uniendo los labios de él y de ella de una manera ardiente y excitante e imposible de despegar. Después perdieron velocidad, y su cabina traqueteó sobre el riel con menos ganas, y finalmente se detuvo, meciéndose y oscilando.

Se apearon y Sarah le apretó el cuello.

–¡Una fractura delgada como un cabello, sinvergüenza! –susurró ella.

Una mujer gorda, con pantalones azules y zapatillas baratas, pasó junto a ellos. Johnny le habló, mientras señalaba a Sarah con el pulgar.

–Esta chica me está fastidiando, señora. Si ve a un policía, ¿quiere tener la gentileza de decírselo?

–Ustedes los jóvenes se creen muy listos –comentó la gorda desdeñosamente. Se encaminó con paso bamboleante hacia la tienda del Bingo, apretando su bolso con más fuerza bajo el brazo. Sarah se reía incontrolablemente.

–¡Eres imposible!

–Terminaré mal –asintió Johnny–. Mi madre siempre lo decía.

Avanzaron de nuevo por la avenida central, esperando que el mundo se estabilizara delante de sus ojos y bajo sus pies.

–Tu madre es muy religiosa, ¿verdad? –preguntó Sarah.

–No podría ser más bautista –respondió Johnny–. Pero es buena. Sabe dominarse. Cuando estoy en casa no resiste la tentación de pasarme algunos folletos, pero ésa es su manía. Papá y yo la soportamos. Antes trataba de discutir con ella... le preguntaba con quién diablos pudo irse a vivir Caín en Nod si su padre y su madre habían sido los primeros habitantes de la tierra, y cosas por el estilo... pero resolví que mi comportamiento no era correcto y desistí. Hace dos años yo pensaba que McCarthy podría salvar el mundo, y al menos los bautistas no piensan en presentar a Jesús como candidato a presidente.

–¿Tu padre no es religioso?

Johnny se rió.

–Eso no lo sé, pero ciertamente no es bautista. –Reflexionó un momento y agregó–: Papá es carpintero –como si ésta fuera una explicación suficiente.

Sarah sonrió.

–¿Qué pensaría tu madre si supiera que sales con una católica renegada?

–Me pediría que te llevara a casa –respondió Johnny inmediatamente–, para poder endilgarte unos folletos.

Sarah se detuvo, sin soltarle la mano.

–¿Te gustaría llevarme a tu casa? –preguntó, mirándole fijamente.

En la cara larga, afable, de Johnny, apareció una expresión seria.

–Sí –dijo–. Me gustaría que los conocieses... y viceversa.

–¿Por qué?

–¿No sabes por qué? –inquirió él dulcemente, y de pronto ella sintió que se le oprimía la garganta y que le palpitaba la cabeza como si estuviera a punto de llorar, y le apretó la mano con fuerza.

–Oh, Johnny, me gustas mucho.

–Tú me gustas aún más –afirmó él con voz seria.

–Llévame a la noria –pidió ella repentinamente, sonriendo. No volvería a hablar de eso hasta que tuviera oportunidad de reflexionar, de pensar dónde podrían terminar–. Quiero remontarme a un lugar desde donde podamos verlo todo.

–¿Arriba podré besarte?

–Dos veces, si eres rápido.

Dejó que ella le condujera hasta la taquilla, donde soltó otro dólar. Mientras pagaba, le dijo a Sarah:

–En el colegio secundario conocí a un chico que trabajaba en la feria, y me contó que la mayoría de los tipos que manejan estos artefactos son unos borrachos perdidos que dejan toda clase...

–Vete al demonio –exclamó ella de buen humor–. Nadie vive eternamente.

–Pero todos lo intentan, ¿no lo notaste? –replicó él, siguiéndola al interior de una de las cabinas oscilantes.

En verdad consiguió besarla varias veces allá arriba, mientras el viento de octubre le alborotaba a ella la cabellera y mientras la avenida central se desplegaba a sus pies como

la esfera luminosa de un reloj en medio de la oscuridad.

4.

De la noria pasaron al tiovivo, aunque él le advirtió con toda seriedad que se sentía ridículo. Sus piernas eran tan largas que podría haberse instalado a horcajadas sobre uno de los caballitos de escayola. Ella le dijo maliciosamente que en el colegio secundario había conocido a una chica que estaba enferma del corazón, aunque nadie sabía que lo estaba, y había montado en el tiovivo con su novio y...

–Algún día te arrepentirás –le contestó él con plácida sinceridad–. Una relación asentada sobre embustes no es nada bueno, Sarah.

Ella hizo chasquear los labios muy húmedos en son de burla.

Del tiovivo pasaron al laberinto de espejos, un laberinto en verdad muy bien montado, que le hizo pensar a Sarah en el de Something Wicked This Way Comes, de Bradbury, donde la maestrita casi se extravió para siempre. Vio a Johnny que, en otro tramo, se desplazaba desmañadamente, haciéndole señas. Docenas de Johnnies, docenas de Sarahs. Se cruzaban, contorneaban ángulos no euclidianos y parecían desaparecer. Ella giraba a la izquierda, a la derecha, se daba de narices contra las lunas de cristal traslúcido, y soltaba risitas incontrolables que en parte eran producto de una nerviosa reacción de claustrofobia. Uno de los espejos la trocó en un rechoncho enano de Tolkien. Otro generó una apoteosis de desgarbo adolescente con espinillas de un kilómetro de largo.

Por fin escaparon y él compró un par de salchichas y un cucurucho lleno de patatas fritas grasientas con un sabor que casi nunca lo encuentras después de haber superado los quince años.

Pasaron por una barraca de espectáculos picarescos. En el tablado exterior había tres chicas con sostenes y faldas tachonados de lentejuelas. Se meneaban al son de una vieja tonada de Jerry Lee Lewis mientras el pregonero ofrecía su mercancía por el micrófono. «Acércate chico –vociferaba, mientras el piano de Jerry Lee Lewis repicaba enérgicamente entre las barracas rociadas con serrín–. Acércate chico, chico agarra al toro por los cuernos... no mentimos... aquí tiembla el mundo... »

–El Club Playboy –se maravilló Johnny, y se rió–. Había un local como éste en Harrison Beach. El pregonero acostumbraba a jurar que las chicas podían quitarle las gafas de encima de la nariz con las manos sujetas detrás de la espalda.

–Parece una forma interesante de contraer una enfermedad social –comentó Sarah, y Johnny lanzó una carcajada atronadora.

Detrás de ellos, la distancia ahuecó la voz amplificada del pregonero, en contrapunto con el piano aporreado de Jerry Lee, cuya música hacía pensar en un auto reacondicionado, enloquecido y abollado, que se resistía a morir y que salía bramando como un presagio de los años cincuenta muertos y silenciosos. «Vamos, caballeros, acérquense, no sean tímidos porque estas chicas ciertamente no lo son todo, ¡ni un poquito! Está todo dentro... no habrán completado su educación mientras no hayan visto el espectáculo del Playboy Club... »

–¿No quieres volver atrás y completar tu educación? –le preguntó Sarah.

El sonrió.

–Ya hace tiempo que terminé el curso básico sobre este tema. Creo que podré esperar un poco antes de obtener el doctorado.

Sarah consultó su reloj.

–Eh, se hace tarde, Johnny. Y mañana hay clases.

–Sí, pero por lo menos es viernes.

Sarah suspiró, pensando en su hora de repaso de quinto año y en su curso de nueva ficción de séptimo año, ambos insoportablemente bulliciosos.

Habían vuelto a la sección principal de la avenida. La concurrencia empezaba a escasear. La rueda del diablo había bajado la persiana por esa noche. Dos operarios a los que les colgaban de la comisura de la boca sendos cigarrillos sin filtro desplegaban una lona sobre el Ratón Salvaje. El encargado de la barraca de anillas arrojadizas apagaba las luces.'

–¿Harás algo el sábado? –preguntó él, súbitamente apocado–. Sé que falta muy poco...

–Tengo planes –le interrumpió Sarah.

–Oh.

Ella no pudo soportar su expresión afligida. Era realmente demasiado cruel hostigarle de esa manera.

–Haré algo contigo.

–¿De veras?... Oh, de veras. Oye, eso es bueno. –Le sonrió y ella le devolvió la sonrisa.

La voz interior de Sarah, que a veces era tan real como la de otro ser humano, se hizo escuchar súbitamente.

Te sientes bien de nuevo, Sarah. Te sientes feliz. ¿No es estupendo?

–Sí, lo es –dijo ella. Se puso de puntillas y le besó rápidamente. Hizo un esfuerzo para tomar la iniciativa antes de acobardarse–. A veces me siento muy sola en Veazie, ya sabes. Quizá podría... digamos, pasar la noche contigo.

Él la miró con una tierna expresión pensativa y con una curiosidad que la hizo vibrar por dentro.

–¿Eso es lo que deseas, Sarah?

Ella hizo un ademán afirmativo.

–Vaya si lo deseo.

–De acuerdo –asintió Johnny, y la ciñó con el brazo.

–¿Estás seguro? –preguntó Sarah, con un poco de timidez.

–Lo único que temo es que cambies de idea.

–No cambiaré, Johnny.

La abrazó con más fuerza.

–Entonces esta es mi noche de suerte.

Lo dijo mientras pasaban frente a la Rueda de la Fortuna, y más tarde Sarah habría de recordar que ésa era la única barraca que seguía abierta de ese lado de la avenida en un radio de treinta metros. El hombre apostado del otro lado del mostrador acababa de barrer la tierra apisonada del interior en busca de las monedas que podían haber caído de la mesa de juego durante la noche. Probablemente su última faena antes de cerrar, pensó ella. Detrás de él se levantaba la gran rueda de rayos, circundada por pequeñas bombillas eléctricas. Debió de oír el comentario de Johnny, porque reanudó su discurso de manera más o menos mecánica, mientras sus ojos seguían escudriñando el suelo de tierra a la pesca de un destello de plata.

–Je, je, je, si se siente con suerte, caballero, haga girar la Rueda de la Fortuna y transforme sus centavos en dólares. La Rueda lo puede todo. Bastan diez centavos para poner en movimiento la Rueda de la Fortuna.

Johnny se volvió hacia el lugar de donde brotaba la voz.

–Johnny.

–Me siento con suerte, como dijo el hombre. –Le sonrió a Sarah–. A menos que te moleste...

–No, haz lo que te plazca. Pero no tardes demasiado.

Volvió a mirarle con esa expresión reflexiva que la hacía sentir un poco débil, preguntándose cómo serían las cosas con él. Su estómago se revolvió lentamente y el súbito anhelo sexual le produjo una ligera náusea.

–No, no tardaré. –Miró al crupier. Ahora la avenida estaba casi completamente desierta a espaldas de ellos, y desde que las nubes se habían disipado sobre sus cabezas el aire se había enfriado. Los tres expelían sendas nubes de vapor blanco al respirar.

–¿Quiere probar su suerte, joven? –Sí.

Cuando habían llegado a la feria había pasado todo su dinero al bolsillo delantero, y en ese momento extrajo lo que quedaba de los ocho dólares. Sumaba un dólar ochenta y cinco.

La mesa de juego consistía en una franja de plástico amarillo con números y alternativas pintados sobre ella dentro de las casillas. Se parecía un poco a una mesa de ruleta, pero Johnny comprendió enseguida que la desigualdad de probabilidades habría puesto lívido a un jugador de Las Vegas. Una decena sólo pagaba doble. Había dos números de la banca, el cero y el doble cero. Se lo hizo notar al crupier, que se limitó a encogerse de hombros.

–Si desea jugar como en Las Vegas, vaya allá. ¿Qué quiere que le diga?.

Pero esa noche el buen humor de Johnny era inconmovible. Las cosas habían empezado mal con la máscara, pero a partir de –entonces todo había salido a pedir de boca. En verdad, ésa era la mejor noche que Johnny recordaba en muchos años,– y quizás era incluso la mejor de su vida. Miró a Sarah, que estaba congestionada, con los ojos refulgentes.

–¿Qué dices, Sarah?

Ella meneó la cabeza.

–Para mí es chino. ¿Qué hay que hacer?

–Apostar a un número. O a colorado o negro. O a pares o impares. O a una serie de diez números. Las ganancias son distintas. –Miró al crupier, que le devolvió la mirada mansamente–. O por lo menos deberían serlo.

–Apuesta a negro –dijo ella–. Es excitante, ¿verdad?

–Negro –dijo él, y dejó caer sus diez centavos sueltos en la casilla negra.

El crupier miró la moneda solitaria depositada sobre la mesa de juego y suspiró.

–Derrochador. –Se volvió hacia la Rueda.

La mano de Johnny se alzó distraídamente hasta su frente y la tocó.

–Espere –exclamó bruscamente. Empujó una de sus monedas de veinticinco centavos hasta la casilla donde se leía

11–20.

–¿Ya está?

–Sí –contestó Johnny.

El crupier empujó la Rueda y ésta giró dentro de su

perímetro de luces, amalgamando los rojos y los negros.

Johnny se frotó distraídamente la frente. La Rueda empezó a perder velocidad y

entonces oyeron el tic–tac semejante al de un metrónomo que producía el pequeño taco de madera al rozar las púas que separaban los números. Llegó al .8, al 9, pareció detenerse en el 10, y se deslizó en la muesca del 11 con un chasquido final. Allí se inmovilizó.

–La dama pierde, el caballero gana –anunció el crupier.

–¿Has ganado, Johnny?

–Parece que sí –respondió Johnny, mientras el crupier agregaba dos monedas de veinticinco a la que él había puesto. Sarah soltó un gritito, casi sin notar que el crupier barría los diez centavos–. Te advertí que ésta es mi noche de suerte –agregó Johnny.

–Dos veces es suerte, una es sólo una casualidad –comentó el crupier–. Je, je, je.

–Otra vez, Johnny –dijo ella. –De acuerdo.

–¿Lo dejamos donde está? –Sí.

El crupier accionó nuevamente la Rueda, y mientras ésta giraba Sarah le susurró a Johnny:

–¿Estas ruedas de feria no tienen trampa, todas ellas?

–Antes la tenían. Ahora el estado las inspecciona y se conforman con el vergonzoso exceso de probabilidades a favor. La Rueda había perdido velocidad y se aproximaba a su tictac final. El indicador pasó el 10 y entró en la decena de Johnny, siempre frenando.

–¡Vamos, vamos! –gritó Sarah.

Dos adolescentes que se encaminaban hacia la salida se detuvieron.

El indicador de madera, que ahora se desplazaba muy lentamente, pasó el 16 y el 17, y fue a detenerse en el 18.

–El caballero ha vuelto a ganar. –El crupier agregó otras seis monedas de veinticinco centavos a la pila de Johnny.

–¡Eres rico! –alardeó Sarah, y le besó en la mejilla.

–Tiene una buena racha, amigo –asintió con entusiasmo el crupier–. Y nadie se retira cuando está ganando. Je, je je.

–¿Quieres que continúe? –le preguntó Johnny a Sarah.

–¿Por qué no?

–Sí, adelante, hombre –exclamó uno de los adolescentes. Llevaba en la chaqueta un botón con la efigie de Jimmy Hendrix . Esta noche ese fulano me timó cuatro dólares. Me encantaría verlo morder el polvo.

–Entonces tú también –le dijo Johnny a Sarah. Le dio la moneda impar de su pila de nueve. Después de vacilar un momento, ella la depositó sobre el 21. Los números aislados se pagaban a razón de diez por uno, anunciaba el tablero.

–¿Sigue apostando a la decena del medio, amigo?

Johnny miró las ocho monedas apiladas sobre la mesa de juego y después empezó a frotarse nuevamente la frente, como si sintiera los primeros atisbos de una jaqueca. De pronto retiró las monedas de la mesa y las hizo tintinear en sus manos ahuecadas.

–No. La dama jugará sola. Esta vez me limitaré al papel de espectador.

Ella le miró con curiosidad.

–¿Johnny?

El se encogió de hombros.

–No es más que un presentimiento.

El crupier puso los ojos en blanco como si pidiera al cielo que le diese fuerzas para soportar a semejantes pelmas y activó nuevamente la Rueda. Ésta giró, perdió velocidad

progresivamente y se detuvo. En el doble cero.

–Gana la banca, gana la banca –entonó el crupier, y los veinticinco centavos de Sarah desaparecieron en el delantal del hombre.

–¿Esto es justo, Johnny? –preguntó Sarah, ofendida.

–El cero y el doble cero sólo pagan a la banca –respondió él.

–Entonces fuiste muy listo al levantar tu dinero de la mesa.

–Supongo que sí.

–¿Quieren que accione la Rueda o que me vaya a tomar un café? –inquirió el crupier.

–Acciónela –replicó Johnny, y depositó sus monedas sobre la tercera decena, en dos pilas de cuatro.

Mientras la Rueda zumbaba en su jaula de luces, Sarah le preguntó a Johnny, sin apartar la vista de aquélla:

–¿Cuánto puede recaudar una barraca como ésta en una noche?

Un cuarteto de personas mayores, dos hombres y dos mujeres, se había sumado a los adolescentes. Un individuo con aspecto de albañil comentó:

–Entre quinientos y setecientos dólares.

El crupier volvió a poner los ojos en blanco.

–Ojalá fuera así –exclamó.

–Eh, no me venga con cuentos –insistió el hombre con aspecto de albañil–. Yo trabajé en este tugurio hace veinte años. Entre quinientos y setecientos por noche, y dos mil el sábado, fácilmente. Eso, si la Rueda no tiene trampa.

Johnny tenía la vista fija en la Rueda, que ahora giraba con suficiente lentitud como para que pudiera leer los números a medida que los recorría el indicador. Pasó sobre el 0 y el 00, sobre la primera decena, más lentamente, sobre la segunda decena, más lentamente aún.

–Lleva demasiado impulso, hombre –comentó uno de los adolescentes.

–Espera –respondió Johnny, con un tono peculiar. Sarah lo miró, y observó que su cara larga, afable, estaba inusitadamente tensa, con los ojos azules más oscurecidos que de costumbre, lejanos, remotos.

El indicador se detuvo sobre el 30 y no volvió a moverse.

–Una buena racha, una buena racha–canturreó resignadamente el crupier mientras el corrillo reunido detrás de Johnny y Sarah lanzaba un hurra.

El hombre que parecía un albañil le palmeó la espalda a Johnny con tanta fuerza que lo hizo trastabillar un poco. El crupier metió la mano en la lata de cigarros que guardaba bajo el mostrador y dejó caer cuatro dólares junto a las ocho monedas de veinticinco.

–¿Ya basta? –preguntó Sarah.

–Una vez más –dijo Johnny–. Si gano, este fulano nos habrá pagado la feria y la gasolina. Si pierdo, el déficit no pasará de medio dólar, más o menos.

–Je, je, je –entonó el crupier. Ya se estaba reanimando, recuperando su ritmo–. Apueste donde quiera. Ustedes, los otros, aproxímense. Este no es un deporte para espectadores. Va a dar vueltas y vueltas y nadie sabe dónde se detendrá.

El hombre con aspecto de albañil y los dos adolescentes se colocaron a la par le Johnny y Sarah. Después de intercambiar unas consultas, los adolescentes sumaron medio dólar en calderilla, entre los dos, y los depositaron sobre la decena del medio. El hombre que parecía un albañil, y que dijo llamarse Steve Bernhardt, depositó un dólar sobre la casilla donde se leía PARES.

–¿Y usted, amigo? –le preguntó el crupier a Johnny–. ¿Lo dejará donde está?

–Oh, eso es tentar al destino –exclamó uno de los adolescentes.

–Supongo que sí –asintió Johnny, y Sarah le sonrió.

Bernhardt miró pensativo a Johnny y de pronto desplazó su dólar a la tercera decena.

–Qué diablos –suspiró el adolescente que le había dicho a Johnny que tentaba al destino. Empujó hacia la misma decena los cincuenta centavos que habían reunido entre él y su amigo.

–Todos los huevos en una cesta –canturreó el crupier–. ¿Lo prefieren así?

Los jugadores permanecieron callados, asintiendo. Un par de rústicos se había acercado para mirar, uno de ellos en compañía de una amiga. Ahora había un grupo respetable de personas frente a la concesionaria de la Rueda de la Fortuna en la feria cada vez más oscura. El crupier empujó con fuerza la Rueda. Doce pares de ojos la miraron girar. Sarah descubrió que estaba observando nuevamente a Johnny, y pensó que su rostro tenía una expresión muy extraña bajo esa iluminación chillona y sin embargo un poco furtiva. Recordó la máscara: Jekyll y Hyde, impar y par. El estómago le dio un vuelco de nuevo y se sintió ligeramente debilitada. La Rueda perdió velocidad, empezó a chasquear. Los adolescentes le gritaron, azuzándola.

–Un poco más, nena –la halagó Steve Bernhardt . Un poco más, cariño.

La Rueda entró chasqueando en la tercera decena y se detuvo en el 24. Los espectadores volvieron a aclamarla.

–¡Lo has logrado, Johnny, lo has logrado! –gritó Sarah.

El crupier silbó entre dientes, disgustado, y pagó las apuestas. Un dólar a los adolescentes, dos a Bernhardt, un billete de diez y dos de uno a Johnny. Ahora éste tenía dieciocho dólares frente a él, sobre la mesa de juego.

–Una buena racha, una buena racha, je, je, je. ¿una vez más, compañero? Esta noche la Rueda es su amiga.

Johnny miró a Sarah.

–Decídelo tú, Johnny. –Pero se sintió súbitamente inquieta.

–Adelante, hombre –lo urgió el adolescente que lucía la efigie de Jimmy Hendrix–. Me encanta ver cómo hace polvo a este tipo.

–Está bien –sentenció Johnny–. Por última vez.

–Colóquelo donde quiera.

Todos miraron a Johnny, que permaneció un momento pensativo, frotándose la frente. Sus facciones generalmente joviales estaban impasibles, serias y compuestas. Miraba la Rueda circundada por su jaula de luces y sus dedos masajeaban sistemáticamente la tez suave sobre el ojo derecho.

–Déjelo donde está –dictaminó por fin.

El público dejó escapar un débil murmullo de incertidumbre.

–Hombre, esto sí que es tentar a la suerte.

–Tiene una buena racha –dijo Bernhardt con tono dubitativo. Miró a su esposa, que estaba detrás de él, y ella se encogió de hombros para expresar su desconcierto–. Le seguiré la corriente, así largo, alto y feo como es.

El adolescente que lucía el botón miró a su amigo, que también se encogió de hombros y asintió con la cabeza.

–Está bien –murmuró, girando de nuevo hacia el crupier–. Nosotros también mantenemos la apuesta.

La Rueda giró. Sarah oyó que uno de los rústicos colocados atrás le apostaba cinco dólares a su compañero, diciendo que no se repetiría la tercera decena. Su estómago dio otro vuelco pero esta vez no se detuvo. Continuó dando vueltas y vueltas y Sarah comprendió que se estaba descomponiendo. Una película de sudor frío le cubrió la cara.

La Rueda empezó a perder velocidad en la primera decena, y uno de los adolescentes hizo un ademán de disgusto. Pero no se apartó. El indicador pasó chasqueando sobre el 11, el 12, el 13. El crupier por fin parecía feliz. Tic–toc–tic, 14, 15, 16.

–Sigue adelante –dijo Bernhardt. Su voz rezumaba admiración. El crupier miraba su Rueda como si quisiera poder estirar la mano y detenerla. Pasó chasqueando por el 20, el 21, y se detuvo en la muesca marcada con el 22.

La concurrencia, que ya se había engrosado hasta sumar casi veinte personas, lanzó otro grito triunfal. Aparentemente todos los que quedaban en la feria se habían agolpado allí. Sarah oyó vagamente que el rústico que había perdido la apuesta mascullaba algo acerca de la «suerte de mierda» mientras pagaba. Le retumbaba la cabeza. Sintió las piernas súbita y horriblemente inestables, con los músculos trémulos e indignos de confianza. Parpadeó deprisa varias veces y el esfuerzo sólo le sirvió para generar una oleada nauseabunda de vértigo. El mundo pareció ladearse peligrosamente, como si estuvieran todavía en el látigo, y después volvió poco a poco a la posición normal.

Comí una salchicha en mal estado, pensó afligida. Esto es lo que ganas por probar suerte en una feria rural, Sarah.

–Je, je, je –articuló el crupier sin mucho entusiasmo, y pagó. Dos dólares a los adolescentes, cuatro a Steve Bernhardt y después un fajo a Johnny: tres billetes de diez, uno de cinco y uno de uno.

El crupier no se sentía demasiado feliz, pero estaba pletórico de confianza. Si el tipo alto y flaco acompañado por la rubia bonita volvía a apostar a la tercera decena, él casi seguramente recuperaría todo lo que había pagado. El dinero no sería del flaco hasta que lo levantara de la mesa. ¿Y si se iba? Bueno, ese día la Rueda le había rendido mil dólares, y podía darse el lujo de desembolsar parte de las ganancias. Correría la voz de que habían limpiado la Rueda de Sol Drummore y al día siguiente apostarían más que nunca. Un ganador era buena publicidad.

–Pongan el dinero donde quieran –canturreó. Varios espectadores se habían acercado a la mesa y depositaban monedas de diez y veinticinco centavos. Pero el crupier miraba sólo a su principal apostante–. ¿Qué dice, amigo? ¿Quiere ganar la luna?

Johnny miró a Sarah.

–¿Tú qué...? Eh, ¿te sientes bien? Estás pálida como un fantasma.

–El estómago –respondió ella, forzando una sonrisa–. Creo que fue la salchicha. ¿Podemos volver a casa?

–Por supuesto.

Estaba recogiendo de la mesa el manojo de billetes arrugados cuando sus ojos volvieron a posarse por casualidad sobre la Rueda. La tierna preocupación por Sarah que se había reflejado en ellos se disipó. Parecieron oscurecerse nuevamente, adoptar una fría expresión reflexiva.

Mira esa rueda tal como un niño miraría su colonia particular de hormigas, pensó Sarah.

–Espera un momento –dijo.

–Está bien –asintió Sarah. Pero en ese momento se sintió mareada, además de

indispuesta. Y de su bajo vientre escapaban unos ruidos sordos que no le gustaban nada. Por favor, Dios mío, que no sea una diarrea.

Pensó: No se quedará conforme hasta que lo pierda todo de nuevo.

Y luego, con una extraña certidumbre: Pero no lo perderá.

–¿Qué dice, amigo? –preguntó el crupier–. Entra o sale, juega o se va.

–Oro o mierda –exclamó uno de los rústicos, y se oyeron risas nerviosas.

A Sarah le daba vueltas la cabeza.

De pronto Johnny empujó los billetes y las monedas de veinticinco hacia el ángulo de la mesa.

–¿Qué hace? –inquirió el crupier, realmente pasmado.

–Todo al 19 –dijo Johnny.

Sarah sintió deseos de gemir y se contuvo con un esfuerzo.

La concurrencia exhaló un murmullo.

–No exagere –susurró Steve Bernhardt junto al oído de Johnny. Este no contestó. Miraba la Rueda con algo semejante a la indiferencia. Sus ojos parecían casi violetas.

Se oyó un súbito tintineo y Sarah pensó al principio que debía de provenir de sus propios oídos. Pero entonces vio que los otros jugadores retiraban su dinero de la mesa, y dejaban a Johnny que apostara solo.

Sintió deseos de gritar: ¡No! Así no, solo no, no es justo...

Se mordió los labios. Tenía miedo de vomitar si abría la boca. Ahora su estómago estaba muy revuelto. La pila de las ganancias de Johnny se alzaba aislada bajo las bombillas desnudas. Cincuenta y cuatro dólares, y los números aislados se pagaban a razón de diez por uno.

El crupier se humedeció los labios.

–Caballero, el Estado me prohíbe aceptar apuestas superiores a dos dólares sobre un solo número.

–Vamos –gruñó Bernhardt... También le prohíbe aceptar apuestas superiores a diez dólares sobre las decenas, y hace un momento le permitió apostar dieciocho. ¿Qué pasa? ¿Empiezan a sudarle las pelotas?

–No, sólo se trata...

–Vamos –espetó Johnny bruscamente–. Decídase en un sentido u otro. Mi amiga está indispuesta.

El crupier estudió la concurrencia. Esta le devolvió la mirada con expresión hostil. Nadie entendía que ese tipo no hacía más que tirar su dinero y que él intentaba frenarlo. Joder. A esa gente no la conformaría nada de lo que él hiciera. Pues entonces lo mejor sería que el tipo se pusiera cabeza abajo si eso era lo que quería y que perdiera su dinero y así él podría cerrar la barraca por esa noche.

–Bueno –dijo–, con la condición de que ninguno de ustedes sea un inspector del Estado... –Giró hacia su Rueda–. Va a dar vueltas y vueltas y nadie sabe dónde se detendrá.

Empujó la Rueda, y los números se borraron inmediatamente. Durante un lapso que pareció más largo de lo que en realidad podría haber sido, no se oyó más que el zumbido de la Rueda de la Fortuna, el aleteo de una lona que el viento nocturno agitaba en alguna parte, y el sordo retumbar dentro de la cabeza de Sarah. Esta rogaba interiormente que Johnny la rodeara con el brazo, pero él se limitó a permanecer callado con las manos apoyadas sobre la mesa de juego y los ojos fijos en la Rueda, que parecía resuelta a seguir

girando eternamente.

Por fin perdió suficiente velocidad como para que ella pudiera leer los números y vio el 19, con el 1 y el 9 pintados de rojo brillante sobre un fondo negro. Arriba y abajo, arriba y abajo. El uniforme zumbido de la Rueda se fragmentó en un sistemático tica-tica-tica que sonaba con mucha fuerza en medio del silencio.

Ahora los números desfilaban frente al indicador con decreciente premeditación.

Uno de los rústicos exclamó maravillado:

–Jesús, de todos modos caerá cerca!

Johnny se mantenía sereno, contemplando la Rueda, y entonces le pareció a Sarah (aunque eso debió de ser producto de su descompostura, la cual le rodaba por el vientre en ondas constrictoras, peristálticas) que sus ojos casi habían adquirido un color negro. Jekyll y Hyde, pensó, y súbita, insensatamente, tuvo miedo de él.

Tica-tica-tica.

La Rueda entró chasqueando en la segunda decena, pasó el 15 y el 16, chasqueó sobre el 17 y, después de una fugaz vacilación, también sobre el 18. Con un último ¡tic! el indicador se introdujo en la muesca del 19. La concurrencia contuvo la respiración. La Rueda giró lentamente, desplazando el indicador contra la pequeña púa insertada entre el 19 y el 20. Durante un cuarto de segundo pareció que la púa no podría retener el indicador en la muesca del 19, y que el último vestigio de su velocidad agonizante lo llevaría al 20. Entonces la Rueda rebotó, con su empuje agotado, y se detuvo.

Por un momento la concurrencia no emitió ningún sonido. Absolutamente ninguno.

Hasta que uno de los adolescentes dijo en voz baja, pasmado:

–Hombre, acaba de ganar quinientos cuarenta dólares.

Steve Bernhardt barbotó:

–Nunca vi una racha como ésta. Nunca.

Enseguida la concurrencia lo aclamó. Johnny sintió que le palmeaban la espalda, que lo manoteaban. La gente apartaba a Sarah para llegar hasta él, para tocarlo, y en el breve lapso en que quedaron separados ella experimentó un pánico atroz, descarnado. Impotente, fue zarandeada de un lado a otro, mientras su estómago se convulsionaba de forma demencial. Una docena de imágenes residuales de la Rueda giraban, negras, ante sus ojos.

Un momento después Johnny estuvo a su lado y ella comprobó con una débil satisfacción que ése era realmente Johnny, y no la figura compuesta, con aires de maniquí, que había observado la última vuelta de la Rueda. Parecía azorado y preocupado por ella.

–Lo siento, nena –dijo, y ella le amó por esto.

–Estoy bien –respondió Sarah, sin saber si lo estaba o no. El crupier carraspeó.

–La Rueda ha cerrado –anunció–. La Rueda ha cerrado.

La concurrencia emitió un rumor de malhumorada resignación.

El crupier miró a Johnny.

–Tendré que darle un cheque, joven. No guardo tanto dinero en la barraca.

–Está bien, como quiera –asintió Johnny–. Pero de prisa. La señorita está realmente descompuesta.

–Claro, un cheque –intervino Steve Bernhardt con infinito desdén–. Le dará un cheque sin fondos y él se irá a pasar el invierno a Florida.

–Estimado señor –protestó el crupier–, le aseguro...

–Oh, asegúreselo a su madre, que tal vez le creerá –le interrumpió Bernhardt. De pronto estiró la mano sobre la mesa de juego y hurgó bajo el mostrador.

–¡Eh! –chilló el crupier–. ¡Esto es un robo!

La concurrencia no pareció impresionada por sus protestas.

–Por favor –murmuró Sarah. Le daba vueltas la cabeza.

–El dinero no me interesa –exclamó de pronto Johnny–. Déjennos pasar, por favor. La señorita está descompuesta.

–¡Hombre! –dijo el adolescente que lucía la efigie de Jimmy Hendrix, pero él y su camarada se apartaron renuentemente.

–No, Johnny –murmuró Sarah, aunque ahora debía desplegar toda su fuerza de voluntad para contener el vómito–. Recoge tu dinero. –Quinientos dólares era lo que Johnny ganaba en tres semanas.

–¡Págale, fullero de pacotilla! –rugió Bernhardt. Sacó la lata de cigarros de debajo del mostrador, la dejó a un lado sin siquiera mirar en su interior, volvió a meter la mano, y esta vez extrajo una caja de caudales de acero pintada de color verde industrial. La depositó violentamente sobre la mesa de juego–. Si aquí dentro no hay quinientos cuarenta dólares, me comeré mi propia camisa delante de toda esta gente. –Dejó caer una mano dura y pesada sobre el hombro de Johnny–. Espere un momento, hijo. Va a cobrar lo que le corresponde o yo no me llamo Steve Bernhardt.

–Realmente, señor, no tengo tanto...

–Pague –espetó Steve Bernhardt, inclinándose sobre el crupier–, o me ocuparé de que le clausuren la barraca. De veras. Se lo digo en serio.

El crupier suspiró y hurgó bajo su camisa. Extrajo una llave unida a una cadena de pequeños eslabones. La concurrencia también suspiró. Sarah ya no aguantaba más. Sentía el vientre hinchado y de pronto tan estático como la muerte. Todo iba a saltar, todo, a una velocidad de tren expreso.

Se alejó de Johnny con paso incierto y se coló entre la concurrencia.

–¿Te sientes bien cariño? –le preguntó una voz femenina y Sarah meneó la cabeza a ciegas.

–¡Sarah! –gritó Johnny.

No puedes esconderte de... Jekyll y Hyde, pensó incoherentemente. La máscara fluorescente pareció flotar morbosamente delante de sus ojos en la oscuridad de la avenida mientras él pasaba junto al tiovivo. Golpeó con el hombro contra el poste de una farola, se tambaleó, se aferró a él, y vomitó. Parecié subirle desde los talones, convulsionándole el estómago como un puño perverso, resbaladizo. Se dejó llevar por el impulso tanto como pudo.

Huele a copos de azúcar, pensó, y con un gemido repitió la operación, una y otra vez. Unas motas danzaban frente a sus ojos. Con la última arcada no expulsó mucho más que mucosidades y aire.

–Dios mío –murmuró débilmente, y se sujetó al poste de la farola para no caer. Johnny la llamaba en alguna parte, a sus espaldas, pero ella aún no podía, no quería, contestar. Su estómago se estaba asentando un poco y por un momento sintió deseos de quedarse allí en la oscuridad, felicitándose por estar viva, por haber sobrevivido a su noche en la feria.

–¿Sarah? ¡Sarah!

Escupió dos veces para despejar un poco su boca.

–Estoy aquí, Johnny.

El se acercó contorneando el tiovivo con sus caballos de escayola petrificados en mitad del salto. Vio que apretaba en una mano un grueso fajo de billetes verdes.

–¿Estás bien?

–No, pero estoy mejor. He vomitado.

–Oh. Oh, Jesús. Vamos a casa. –La cogió delicadamente por el brazo.

–Cobraste tu dinero.

El miró el fajo de billetes y se lo guardó distraídamente en el bolsillo del pantalón.

–Sí. Una parte o todo, no lo sé. El gigante lo contó. Sarah extrajo un pañuelo de su bolso y se frotó la boca. Un trago de agua, pensó. Vendería mi alma por un trago de agua.

–Ten cuidado –dijo ella–. Es mucho dinero.

–El dinero que no has ganado con tu trabajo trae mala suerte –sentenció lúgubremente–. Uno de los proverbios de mi madre. Los tiene por millones. Y aborrece el juego.

–Una bautista fanática –comentó Sarah, y se estremeció convulsivamente.

–¿Estás bien? –inquirió él, preocupado.

–Son escalofríos, nada más –contestó ella–. Cuando lleguemos al auto pondrás la calefacción al máximo y... oh, cielos, otra vez.

Le volvió la espalda y vomitó saliva con un gemido. Se tambaleó. El la sostuvo tierna pero firmemente.

–¿Puedes caminar hasta el auto?

–Sí, ya estoy bien. –Pero le dolía la cabeza y tenía un sabor inmundo en la boca y sentía que los músculos de su espalda y su abdomen estaban desquiciados y tensos y agarrotados.

Caminaron juntos por la avenida, lentamente, pisoteando el serrín, dejando atrás las barracas que habían sido cerradas por esa noche. Una sombra se deslizó detrás de ellos y Johnny volvió la cabeza bruscamente, quizá consciente de la pequeña fortuna que llevaba en el bolsillo.

Era uno de los adolescentes... que tenía alrededor de quince años. Les sonrió tímidamente.

–Espero que se sienta mejor –le dijo a Sarah–. Apuesto a que fueron las salchichas. Es muy fácil comer una en mal estado.

–Puaj, no me las nombres –murmuró Sarah.

–¿Necesita ayuda para llevarla hasta el auto? –le preguntó a Johnny.

–No, gracias. Estamos bien.

–De acuerdo. De todos modos debo irme. –Pero hizo una pausa, y su sonrisa tímida se ensanchó–. Me encantó que hiciera polvo a ese tipo.

Se perdió en la oscuridad con paso rápido.

El pequeño coche familiar blanco de Sarah era el único vehículo que quedaba en el aparcamiento. Estaba agazapado bajo una lámpara de sodio como un cachorro perdido y olvidado. Johnny le abrió la portezuela a Sarah y ella se acurrucó cuidadosamente en el asiento. Él se sentó al volante y puso el motor en marcha.

–La calefacción tardará unos minutos en hacerse sentir –manifestó.

–No importa. Ahora tengo calor.

El la miró y vio que la transpiración le cubría el rostro.

–Quizá debería llevarte a la sala de urgencias del Eastern Maine Medical –dijo–. Si es la salmonella podría ser grave.

–No, estoy bien. Sólo quiero volver a casa y dormir. Mañana por la mañana sólo me levantaré el tiempo necesario para telefonear al colegio y decir que estoy enferma, y después seguiré durmiendo.

–Ni siquiera te levantes para eso. Yo me ocuparé de todo, Sarah.

Ella le miró agradecida.

–¿De veras?

–Por supuesto.

Ahora se dirigían nuevamente hacia la carretera principal.

–Lamento no poder acompañarte a tu casa –murmuró Sarah–. Te juro que lo siento.

–Tú no tienes la culpa.

–Claro que la tengo. Comí una salchicha en mal estado. ¡La infortunada Sarah!

–Te amo, Sarah.

Ya estaba dicho, no podía retractarse, y las palabras flotaban entre ellos en el coche en marcha esperando que alguien hiciera algo al respecto.

Ella hizo lo que pudo.

–Gracias, Johnny.

Siguieron viajando en medio de un confortable silencio.

Capítulo 2

1.

Era casi medianoche cuando Johnny giró con el coche por el camino particular de ella. Sarah dormitaba.

–Eh –exclamó él, desconectando el motor y sacudiéndola suavemente–. Hemos llegado.

–Oh... está bien. –Sarah se irguió y se ciñó el abrigo con más fuerza.

–¿Cómo te sientes?

–Mejor. Me arde el estómago y me duele la espalda, pero me siento mejor. Johnny, vete en el coche a Cleaves.

–No, prefiero no hacerlo –respondió él–. Alguien lo vería aparcado toda la noche frente a la casa de apartamentos. No nos hacen falta esos rumores.

–Pero igualmente yo pensaba ir contigo...

Johnny sonrió.

–Entonces habría valido la pena arriesgarse, aunque hubiéramos tenido que caminar trescientos metros. Además, quiero que conserves el auto por si cambias de idea respecto a la sala de emergencias.

–No cambiaré.

–Quién sabe. ¿Puedo entrar a pedir un taxi?

–Claro que sí.

Entraron y Sarah encendió las luces antes de tener otro acceso de escalofríos.

–El teléfono está en la sala. Me acostaré y me cubriré con una colcha.

La sala era pequeña y funcional, y lo único que la salvaba de tener un aire de cuartel eran las cortinas llamativas –flores de configuraciones y colores psicodélicos– y los posters alineados a lo largo de una pared: Dylan en Forest Hills, Baez en el Carnegie Hall, Jefferson Airplane en Berkeley, los Byrds en Cleveland.

Sarah se tumbó en el sofá y se cubrió con una colcha hasta el mentón. Johnny la miró sinceramente preocupado. Tenía las facciones blancas como el papel, si se exceptuaban las ojeras oscuras. Aparentemente no podía estar más enferma de lo que estaba.

–Quizá debería pasar la noche aquí –dijo Johnny–. Por si ocurriera algo, como...

–¿Por ejemplo una fractura delgada como un cabello en una vértebra cervical? –Le miró con una expresión de humor macabro.

–Bueno, tú sabes. Lo que sea.

Los ominosos gruñidos de sus tripas la decidieron. Se había propuesto rematar esa noche durmiendo con Johnny. No sería así. Pero esto tampoco significaba que tuviera que rematar la noche reteniéndole allí mientras ella vomitaba, corría al baño y vaciaba casi todo un frasco de Pepto-Bismol.

–No me pasará nada –afirmó–. Sólo fue una salchicha en mal estado, Johnny. Podría haberte tocado a ti. Telefonéame mañana cuando tengas un rato libre.

–¿Estás segura?

–Sí, lo estoy.

–De acuerdo, nena.

Cogió el teléfono sin más discusión y pidió un taxi. Ella cerró los ojos, acunada y reconfortada por su voz. Una de las cosas que más le gustaban en él era que siempre trataba de hacer lo que era correcto, lo mejor, sin monsergas autocomplacientes. Eso estaba bien. Se sentía demasiado cansada y demasiado deprimida para entretenerse con los ritos de la cortesía.

–Ya está hecho –anunció Johnny, mientras colgaba el auricular–. El taxi llegará dentro de cinco minutos.

–Por lo menos tienes con qué pagarlo –comentó Sarah sonriendo.

–Y pienso darle una buena propina –replicó él.

Se acercó al sofá, se sentó junto a ella y le tomó la mano.

–¿Cómo lo hiciste, Johnny?

–¿A qué te refieres?

–A la Rueda. ¿Cómo lo hiciste?

–Fue una buena racha, y nada más –contestó Johnny con expresión incómoda–. Todo el mundo la tiene, de cuando en cuando. En el hipódromo o con los dados o jugando sencillamente con monedas.

–No –insistió ella.

–¿Eh?

–No creo que todo el mundo tenga una buena racha de cuando en cuando. Fue casi sobrenatural. Me... asustó.

–¿De veras?

–Sí.

Johnny suspiró.

–De vez en cuando tengo corazonadas, eso es todo. Desde que tengo uso de memoria, desde que era apenas un crío. Y siempre me las he apañado para encontrar lo que pierden los demás. Como la pequeña Lisa Schumann, en la escuela. ¿Sabes a quién me refiero?

–¿La pequeña, triste y tímida Lisa? –Sarah sonrió–. La conozco. Deambula entre nubes de perplejidad por mi curso de redacción comercial.

–Extravió la sortija de su curso –prosiguió Johnny–, y vino a contármelo llorando. Le pregunté si había buscado en el fondo del estante superior de su armario. Fue sólo una

conjetura. Pero estaba allí.

–¿Y siempre has tenido esa facultad?

El se rió y meneó la cabeza.

–Siempre no. –La sonrisa se torció un poco–. Pero esta noche la sensación fue intensa, Sarah. Tenía la Rueda... Cerró suavemente los puños y los miró, ahora con el ceño fruncido–. La tenía en mi poder. Y me traía unas asociaciones de ideas muy raras.

–¿Por ejemplo?

–Caucho –respondió él lentamente–. Caucho quemado. Y frío. Y hielo. Hielo negro. Todo eso estaba en el fondo de mi mente. Dios sabe por qué. Y un mal presentimiento. Como si debiera cuidarme.

Ella le miró fijamente, en silencio, y las facciones de Johnny se relajaron poco a poco.

–Pero ahora ha desaparecido, fuera lo que fuere. Probablemente nada.

–De todos modos fueron quinientos dólares de buena suerte –comentó Sarah.

Johnny rió y asintió con la cabeza. Se calló y ella se adormeció, satisfecha de tenerle allí. Se despertó nuevamente cuando unos faros iluminaron la pared desde afuera. El taxi.

–Te llamaré –dijo él, y le besó tiernamente la cara–. ¿Estás segura de que no deseas que me quede?

Súbitamente eso fue lo que ella deseó, pero meneó la cabeza.

–Telefonéame –murmuró.

–En el tercer recreo –prometió Johnny. Se encaminó hacia la puerta.

–Johnny.

El se volvió.

–Te amo, Johnny –dijo, y el rostro de él se encendió como una lámpara.

Johnny le arrojó un beso.

–Cuando te sientas mejor hablaremos.

Sarah asintió con una inclinación de cabeza, pero pasaron cuatro años y medio antes de que volviera a hablar con Johnny Smith.

2.

–Le molesta que me siente adelante? –le preguntó Johnny al taxista.

–No. Pero no golpee el taxímetro con la rodilla. Es delicado.

Johnny deslizó con un poco de esfuerzo sus largas piernas debajo del taxímetro y cerró la portezuela. El taxista, un hombre de edad mediana, calvo y panzón, bajó la bandera y el coche avanzó por Flagg Street.

–¿A dónde?

–A Cleaves Mills–respondió Johnny–. Calle Mayor. Le mostraré dónde.

–Debo aplicarle un recargo del cincuenta por ciento sobre la tarifa –dijo el taxista–. No me gusta hacerlo, pero volveré sin pasajeros desde allí.

La mano de Johnny se cerró distraídamente sobre el fajo de billetes que llevaba en el bolsillo del pantalón. Trató de recordar si alguna otra vez había tenido tanto dinero encima. Una vez. Había comprado un Chevy de dos años de antigüedad por mil doscientos dólares. Por un capricho había pedido dinero en efectivo en la caja de ahorros, sólo para ver qué aspecto tenía semejante suma. No había sido algo excepcional, pero en cambio sí había sido prodigioso observar la expresión de asombro del vendedor de autos cuando Johnny le había puesto en la mano doce billetes de cien dólares. Pero este fajo de dinero no le hacía sentir nada feliz, sino sólo vagamente incómodo, y recordó la sentencia

de su madre: El dinero que no has ganado con tu trabajo trae mala suerte.

–Un recargo del cincuenta por ciento me parece bien –le contestó al taxista.

–Por lo menos nos entendemos –manifestó el conductor con ánimo más locuaz–. Llegué enseguida porque había recibido una llamada de Riverside y cuando me presenté allí nadie reconoció haberla hecho.

–¿De veras? –preguntó Johnny sin mucho interés.

Las casas oscuras desfilaban velozmente. Había ganado quinientos dólares y nunca le había pasado algo ni remotamente parecido a eso. El olor espectral de caucho quemado... la sensación de estar reviviendo un episodio que se remontaba a su primera infancia... y aún experimentaba la premonición de que iba a ocurrir algo malo para compensar lo bueno.

–Sí, esos borrachos telefonean y después se arrepienten –continuó el taxista–. Odio a los malditos borrachos. Telefonean y después piensan que al fin y al cabo pueden tomar unas cuantas cervezas más. O mientras esperan gastan en bebidas el dinero que tenían reservado para pagarme, y cuando llego y pregunto: «¿Quién pidió un taxi?», no se dan por enterados.

–Sí –contestó Johnny.

A la izquierda fluía el río Penobscot, oscuro y aceitoso.

Después Sarah se había indispuesto y para colmo le había dicho que lo amaba. Probablemente la había sorprendido en un momento de debilidad y eso era todo, ¡pero por Dios! ¡Y si lo había dicho en serio! Había perdido la chaveta por ella casi desde el primer encuentro. En eso consistía su buena suerte de esa noche, y no en el hecho de haberle ganado a la Rueda de la Fortuna. Pero era en la Rueda en la que pensaba sin cesar, era la Rueda la que le preocupaba. Aún la veía girar, allí en la oscuridad, y seguía oyendo el tica-tica-tica cada vez más lento del indicador que rebotaba sobre las púas, como si se tratara de algo oído en medio de un sueño sobresaltado. El dinero que no has ganado con tu trabajo trae mala suerte.

El taxista dobló por la ruta 6, ahora muy lanzado a su monólogo.

–Entonces le digo: «Puedes irte ya sabes dónde». Quiero decir, el chico se pasa de listo, ¿no es verdad? No tengo por qué soportar esas insolencias de nadie, ni siquiera de mi propio hijo. Hace veintiséis años que manejo este taxi. Me han atracado seis veces. He tenido incontables abolladuras, aunque nunca un choque grave, por lo cual les doy las gracias a María, Madre de Jesús, y a San Cristóbal y a Dios Padre Todopoderoso, no sé si me entiende. Y todas las semanas, aunque haya sido una semana muy floja, aparto cinco dólares para pagarle la universidad. Desde que no era más que un crío prendido al biberón. ¿Y esto para qué? Para que un buen día venga a casa y me diga que el Presidente de los Estados Unidos es un cerdo. ¡Maldición! El chico probablemente piensa que yo soy un cerdo, aunque sabe que si se atreviera a decirlo le dejaría sin dientes. Así es la joven generación, para que sepa. Y por eso le digo: «Puedes irte ya sabes dónde».

–Sí –murmuró Johnny.

Ahora unos bosques flotaban en torno a ellos. Carson's Bog estaba a la izquierda. Faltaban diez kilómetros para llegar a Cleaves Mills, kilómetro más, kilómetro menos. El taxímetro marcó otros diez centavos.

Diez pobres centavos, la décima parte de un dólar. Je, je, je.

–¿A qué se dedica usted, si se puede saber? –preguntó el taxista.

–Soy profesor en el colegio secundario de Cleaves.

–¿Ah, sí? Entonces sabe a qué me refiero. ¿Qué les pasa a estos chicos, al fin y al cabo?

»Bueno, han comido una salchicha en mal estado que se llama Vietnam y les produjo botulismo. Se las vendió un fulano que se llamaba Lyndon Johnson. Entonces recurrieron a este otro tipo, sabe, y le dijeron: «Jesús, señor, estoy muy enfermo». Y este otro tipo, que se llamaba Nixon, les contestó: «Yo sé cómo se cura eso. Coman unas cuantas salchichas más». Y esto es lo que le sucede a la juventud norteamericana.

–No lo sé –murmuró Johnny.

–Uno planifica toda su existencia y hace lo que puede –explicó el taxista, y ahora su voz reflejaba una auténtica perplejidad, una perplejidad que no duraría mucho más porque se había embarcado en el último minuto de su vida. Y Johnny, que ignoraba esto, sintió verdadera compasión por ese hombre, por su incapacidad para comprender.

Acércate, chico, aquí tiembla el mundo.

–Uno sólo quiere darle lo mejor, y el chico vuelve a casa con una melena que le llega al culo y dice que el Presidente de los Estados Unidos es un cerdo. ¡Un cerdo! Mierda, yo no...

–¡Cuidado! –gritó Johnny.

El taxista giró a medias para mirarlo, con su cara de miembro de la Legión Americana rechoncha y adusta y colérica y afligida a la luz del tablero de instrumentos y en el súbito resplandor de los faros que se acercaban de frente. Entonces volvió a mirar hacia adelante, pero ya era demasiado tarde.

–Jeeeeesús...

Había dos autos, uno a cada lado de la raya blanca. Habían estado corriendo una carrera, el uno a la par del otro, cuesta arriba, un Mustang y un Dodge Charger. Johnny oyó el rugido de la aceleración de sus motores. El Charger avanzaba en línea recta hacia ellos. Ni siquiera intentó desviarse y el taxista se quedó petrificado en el volante.

–Jeeeee...

Johnny apenas tuvo conciencia de que el Mustang pasaba como una exhalación por la izquierda. Entonces el taxi y el Charger se embistieron de frente y Johnny sintió que se alzaba y salía despedido. No experimentó ningún dolor, aunque se dio cuenta vagamente de que sus muslos habían golpeado el taxímetro con suficiente fuerza como para arrancarlo de su armazón.

Se oyó un ruido de vidrios trizados. Una inmensa bola de fuego se remontó en la noche. La cabeza de Johnny se estrelló contra el parabrisas del taxi y lo destrozó. La realidad empezó a sumirse en un pozo. Un dolor, débil y remoto, en sus hombros y sus brazos cuando el resto de: su cuerpo siguió a la cabeza a través del parabrisas astillado. Volaba. Volaba rumbo a la noche de octubre.

Un pensamiento fugaz: ¿Estoy muriendo? ¿Esto me va a matar?

Una voz interior que respondía: Sí, probablemente te ha llegado la hora.

Volaba. Las estrellas de octubre dispersas por la noche. El estruendo de la gasolina deflagrada. Un resplandor anaranjado. Después la oscuridad.

Su viaje por el vacío terminó con un fuerte impacto y un chapuzón. Una fría humedad a medida que se hundía en la marisma, en Carson's Bog, a ocho metros del lugar donde el Charger y el taxi, soldados entre sí, disparaban una columna de llamas hacia el cielo nocturno.

Oscuridad.

Dilución

Hasta que lo único que quedó pareció ser una gigantesca rueda roja y negra que giraba en un vacío como el que puede existir entre las estrellas, pruebe su suerte, la primera vez es casualidad, la segunda es suerte, je, je, je. La rueda giraba hacia arriba y abajo, roja y negra, y el indicador chasqueaba sobre las púas, y él hizo un esfuerzo para ver si iba a terminar en el doble cero, el número de la banca, gana la banca, pierden todos menos la banca. Hizo un esfuerzo para ver pero la rueda había desaparecido. Sólo quedaban la oscuridad y ese vacío universal, negativo, buen amigo, la nada. El limbo helado.

Johnny Smith permaneció allí mucho, mucho tiempo.

Capítulo 3

1.

Un poco después de las dos de la mañana del 30 de octubre de 1970, el teléfono empezó a repicar en la planta baja de una casita situada más o menos doscientos veinte kilómetros al sur de Cleaves Mills.

Herb Smith se sentó en la cama, desorientado, se arrastró a medias por el umbral del sueño, y allí se quedó, aturdido.

La voz de Vera junto a él, amortiguada por la almohada.

–¡Teléfono!

–Sí –respondió él, y se bajó de la cama. Era un hombre corpulento, ancho de hombros, próximo ya a los cincuenta, que empezaba a perder el cabello, y que en ese momento estaba vestido con el pantalón del pijama. Salió al pasillo del primer piso y encendió la luz. Abajo el teléfono seguía repicando.

Bajó a lo que a Vera le gustaba denominar «el nicho del teléfono». Este se hallaba compuesto por el teléfono y una curiosa y pequeña mesa escritorio que ella había canjeado hacía aproximadamente tres años por los vales de sus compras. Herb se había negado desde el principio a sentarse sobre ella con sus ciento veinte kilos. Cuando hablaba por teléfono se quedaba en pie. El cajón de la mesa escritorio estaba lleno de revistas: Upper Room, Reader's Digest y Fate.

Herb tendió la mano hacia el teléfono y después lo dejó repicar nuevamente.

Una llamada en mitad de la noche generalmente significaba una de estas tres cosas: un viejo amigo había pillado una curda y había resuelto que lo escucharías con gusto aunque fuera a las dos de la mañana; una llamada equivocada; malas noticias.

Con la esperanza de que se tratara de la segunda alternativa, Herb levantó el auricular.

–¿Diga?

–¿Es ahí la casa de Herbert Smith? –preguntó una fría voz masculina.

–Sí.

–¿Con quién hablo, por favor?

–Soy Herb Smith. ¿Quién... ?

–¿Puede esperar un momento?

–Sí, ¿pero quién... ?

Demasiado tarde. Oyó un ruido débil, como si su interlocutor hubiera dejado caer uno de sus zapatos. Lo habían desconectado. Entre las muchas cosas que le disgustaban del teléfono –comunicaciones equivocadas, bromistas que preguntaban si ése era el

zoológico y si podían hablar con el señor León, telefonistas que hablaban como computadoras, y melosos que te ofrecían suscripciones a revistas– lo que más odiaba era que lo desconectasen. Este era uno de los elementos insidiosos que se habían infiltrado casi inadvertidamente en la vida moderna durante los últimos diez años, más o menos. En otra época su interlocutor se habría limitado a decir «¿Quiere esperar, por favor?», y habría dejado el auricular a un lado. Por lo menos en aquellos tiempos podías oír conversaciones lejanas, el ladrido de un perro, una radio, el llanto de un niño. Estar desconectado era completamente distinto. La línea permanecía oscura y blandamente vacía. No estabas en ninguna parte. ¿Por qué no te decían sencillamente: «Tenga paciencia mientras lo dejo un rato enterrado»?

Comprendió que estaba un poco asustado.

–¿Herbert?

Se volvió, .con el auricular pegado, a la oreja. Vera se hallaba en lo alto de la escalera, enfundada en su bata marrón desteñida, con los rizadores en la cabeza, y una suerte de crema endurecida como un molde sobre las mejillas y la frente.

–¿Quién es?

–Aún no lo sé. Me dejaron desconectado.

–¿Desconectado? ¿A las dos ;y cuarto de la mañana?

–Sí.

–¿No es Johnny, verdad? ¿No le ha pasado nada malo a Johnny?

–No lo sé –respondió él, mientras hacía un esfuerzo para no levantar la voz. Alguien te telefonea a las dos de la mañana, te deja desconectado, y tú pasas revista a tus parientes y evalúas su estado de salud. Confeccionas listas de viejas tías. Haces el balance de las enfermedades de tus abuelos, si todavía viven. Y procuras no pensar que tienes un hijo al que quieres mucho, ni que las llamadas de esta naturaleza siempre parecen producirse a las dos de la mañana, ni que de pronto tus pantorrillas se están poniendo rígidas y pesadas por efecto de la tensión.

Vera había cerrado los ojos y había entrelazado las manos en el centro de su pecho flaco. Herb trató de controlar la irritación que sentía. Se contuvo para no decir: «Vera, la Biblia sugiere vehementemente que vayas a hacer eso en un armario». Esto le haría acreedor a la Dulce Sonrisa de Vera Smith para Maridos Descreídos y Condenados al Infierno. No creía que pudiera soportar dicha sonrisa a las dos de la mañana, y para colmo desconectado.

El teléfono emitió otro ruido sordo y otra voz masculina, de más edad, preguntó:

–¿Señor Smith?

–Sí, ¿quién habla?

–Lamento haberlo hecho esperar, señor. Soy el sargento Meggs de la policía del estado, destacamento de Orono.

–¿Se trata de mi hijo? ¿Le ha pasado algo a mi hijo?

Inadvertidamente, se sentó en la banqueta del nicho del teléfono. Lo había vencido la debilidad.

–¿Tiene un hijo llamado John Smith, sin inicial intermedia? –prosiguió el sargento Meggs.

–¿Está bien? ¿Está sano?

Pisadas en la escalera. Vera estaba junto a él. Durante un momento conservó un aspecto sereno, y después manoteó el teléfono como una tigresa.

–¿De qué se trata? ¿Qué le ha sucedido a mi Johnny?

Herb le arrancó el auricular, partiéndole una uña. Mientras la miraba implacablemente, espetó:

–Esto lo manejo yo.

Vera se quedó observándole con sus descoloridos ojos azules y mansos, muy abiertos sobre la mano que se había llevado a la boca.

–¿Sigue ahí, señor Smith?

De la boca de Herb brotaron palabras que parecían untadas con novocaína.

–Sí, tengo un hijo que se llama John Smith, sin inicial intermedia. Vive en Cleaves Mills. Es profesor en el colegio secundario local.

–Ha sufrido un accidente de auto, señor Smith. Su estado es muy grave. Siento mucho tener que darle esta noticia. –La voz de Meggs era cadenciosa, formal.

–Oh, Dios mío –murmuró Herb. Un torbellino se apoderó de sus pensamientos. Una vez; en el ejército, un chico sureño, robusto, cruel y rubio, que se llamaba Childress, le había molido a golpes detrás de un bar de Atlanta. En aquella oportunidad Herb se había sentido igual que ahora: desguarnecido, con todas sus ideas revueltas en un fárrago inútil y pringoso–. Oh, Dios mío –repitió.

–¿Está muerto? –inquirió Vera–. ¿Está muerto? ¿Johnny está muerto?

Herb cubrió el micrófono.

–No –dijo–. No está muerto.

–¡No está muerto! ¡No está muerto! –gritó ella, y cayó de rodillas en el nicho del teléfono con un ruido audible–. Oh, Señor Te damos las gracias de todo corazón y Te suplicamos que dispenses a nuestro hijo Tu tierno cuidado y Tu amante misericordia y que lo ampares con Tu mano benigna y esto Te lo imploramos en el nombre de Tu único hijo Jesús y...

–¡Cállate, Vera!

Los tres permanecieron un momento en silencio, como si analizaran el mundo y sus circunstancias nada agradables: Herb, con su mole comprimida en la banqueta del nicho del teléfono y con las rodillas incrustadas contra la cara inferior del escritorio y un ramo de flores de plástico en la cara; Vera con las rodillas hincadas sobre la reja de la estufa de la sala; el invisible sargento Meggs que asistía como un extraño auditorio a esa comedia de humor negro.

–¿Señor Smith?

–Sí... Por favor, disculpe el escándalo.

–Es muy comprensible –respondió Meggs.

–Mi hijo... Johnny... ¿conducía su Volkswagen?

–Trampas mortales, trampas mortales, esos pequeños escarabajos son trampas mortales –balbuceó Vera. Las lágrimas le rodaban por el rostro, y resbalaban sobre la superficie lisa y dura del maquillaje nocturno como la lluvia sobre el cromo.

–Iba en un taxi de la compañía Bangor and Orono –contestó Meggs–. Le describiré la situación tal como la interpreto ahora. Intervinieron tres vehículos, dos de ellos conducidos por chicos de Cleaves Mills. Corrían una carrera. Llegaron a lo alto de lo que se conoce por el nombre de colina Carson, en la ruta 6, en dirección al Este. Su hijo viajaba en el taxi, en dirección al Oeste, hacia Cleaves. El taxi y el coche que iba por el carril que no le correspondía se embistieron de frente. El taxista murió, lo mismo que el chico que conducía el otro auto. Su hijo y una pasajera del otro auto están en el Eastern

Maine Med. Entiendo que ambos se hallan en estado crítico.

–Crítico –repitió Herb.

–¡Critico! ¡Critico! –gimió Vera.

»Dios mío, hablamos como los protagonistas de uno de esos extravagantes espectáculos de los teatros de vanguardia, pensó Herb. Se sentía avergonzado por Vera, y por el sargento Meggs, que seguramente la oía, como si se tratara de un demencial coro griego que hablaba desde el fondo del escenario. Se preguntó cuántas conversaciones como ésa había mantenido el sargento Meggs en el curso de su carrera. Llegó a la conclusión de que debían de haber sido muchas. Posiblemente ya les había telefoneado a la esposa del taxista y a la madre del chico muerto para comunicarles la noticia. ¿Cómo habían reaccionado ellas? ¿Y qué importaba esto? ¿Acaso Vera no tenía derecho a llorar por su hijo? ¿Y por qué un ser humano debía pensar tantos disparates en un trance como ése?

–Eastern Maine Med –dijo Herb. Lo anotó en un bloc. La ilustración impresa en la parte superior de la hoja mostraba un auricular sonriente. El cable dibujaba las palabras AMIGO TELÉFONO–. ¿Qué lesiones tiene?

–¿Puede repetirlo, señor Smith?

–¿Dónde recibió las heridas? ¿En la cabeza? ¿En el vientre? ¿Qué le sucedió? ¿Sufrió quemaduras?

Vera lanzó un chillido.

–Vera, ¿puedes callarte, por favor?

–Para pedir esa información deberá telefonear al hospital –respondió Meggs con cautela–. Hasta dentro de un par de horas yo no recibiré un parte completo.

–Está bien. Está bien.

–Señor Smith, siento haberle telefoneado en la mitad de la noche para darle tan malas noticias...

–Sí, son malas –asintió Herb–. Debo llamar al hospital, sargento Meggs. Adiós.

–Buenas noches, señor Smith.

Herb colgó el auricular y lo miró estúpidamente. Así es como suceden las cosas, pensó. Qué te parece. Johnny. Vera emitió otro chillido y él vio un poco alarmado que se mesaba los cabellos, con rizadores y todo.

–¡Es un castigo! ¡Un castigo por nuestra forma de vivir, por nuestros pecados, por algo! Herb, arrodíllate conmigo...

–Debo telefonear al hospital, Vera. No quiero hacerlo arrodillado.

–Rezaremos por él... prometeremos enmendarnos... sé que si me acompañaras más a menudo a la iglesia... quizá son tus cigarros... las cervezas que bebes con esos hombres de Dios en vano... un castigo... es un castigo...

El le colocó las manos sobre el rostro para detener sus frenéticos y ofuscados vaivenes. El contacto del maquillaje nocturno era desagradable, pero no las retiró. Se apiadó de ella. Durante los últimos diez años su esposa había transitado por un área ambigua situada entre la devoción a su fe bautista y lo que se podía definir como una moderada manía religiosa. Cinco años después del nacimiento de Johnny, el médico le había encontrado varios tumores benignos en el útero y el canal vaginal. Su extirpación la había dejado estéril. Cinco años más tarde, la aparición de nuevos tumores había obligado a practicarle una histerectomía radical. Fue entonces cuando aquello empezó de veras: un profundo sentimiento religioso extrañamente asociado con otras creencias. Devoraba

ávidamente panfletos sobre la Atlántida, sobre las naves que procedían del cielo, sobre las razas de «cristianos puros» que probablemente vivían en las montañas de la Tierra. Leía la revista Fate casi tan frecuentemente como la Biblia, y muchas veces se valía de la una para interpretar a la otra.

–Vera –dijo.

–Nos enmendaremos –susurró ella, implorándole con los ojos–. Nos enmendaremos y él se salvará. Ya verás. Tú...

–Vera.

Ella se calló, mirándolo.

–Telefonearemos al hospital y averiguaremos si está realmente grave –dijo afablemente.

–Es... está bien. Sí.

–¿Puedes sentarte en la escalera y permanecer totalmente callada?

–Quiero rezar –respondió ella con talante infantil–. No puedes prohibírmelo.

–Tampoco quiero prohibírtelo. Siempre que lo hagas en silencio.

–Sí. En silencio. Está bien, Herb.

Se encaminó hacia la escalera y se sentó y se envolvió recatadamente en la bata. Entrelazó las manos y sus labios empezaron a moverse. Herb telefoneó al hospital. Dos horas más tarde rodaban hacia el Norte por la autopista casi desierta de Maine. Herb iba al volante de su coche familiar Ford modelo 66. Vera se mantenía muy erguida a su lado. Sobre el regazo de ella descansaba una Biblia.

2.

El teléfono despertó a Sarah a las nueve menos cuarto. Cuando fue a atenderlo dejó la mitad de su mente aún dormida en la cama. Le dolía la espalda por efecto de los vómitos de la noche anterior y sentía tensos los músculos del vientre, pero por lo demás estaba mucho mejor.

Levantó el auricular, segura de que era Johnny.

–¿Diga?

–Hola, Sarah. –No era Johnny. Era Anne Strafford, del colegio. Anne era un año mayor que Sarah y hacía dos años que enseñaba en Cleaves. Enseñaba español. Era una chica jovial, efervescente, y Sarah la estimaba mucho. Pero esa mañana parecía apagada.

–¿Cómo estás, Annie? Es algo pasajero. Probablemente Johnny te lo advirtió. Supongo que fueron las salchichas de la feria...

–Oh, Dios mío, no lo sabes. No... –Se tragó las palabras con una serie de ruidos raros, ahogados. Sarah los escuchó, frunciendo el ceño. Su desconcierto inicial se trocó en una tremenda alarma cuando se dio cuenta de que Annie lloraba.

–¿Anne? ¿Qué pasa? ¿No se trata de Johnny, verdad? No...

–Hubo un accidente –contestó Anne. Ahora sollozaba sin disimulo–. Viajaba en un taxi. Se produjo una colisión frontal. El conductor del otro coche era Brad Freneau, un alumno mío del segundo curso de español, ha muerto, y su amiguita murió esta mañana, Mary Thibault, estaba en una de las clases de Johnny, según me contaron, es horrible, horri...

–Johnny! –gritó Sarah frente al teléfono. Se sintió nuevamente descompuesta. De pronto sus manos y sus pies estuvieron tan fríos como cuatro lápidas–. ¿Qué le pasó a Johnny?

–Está grave, Sarah. Dave Pelsen telefoneó esta mañana al hospital. No creen que... bueno, está muy grave.

El mundo se tornaba de color gris. Anne seguía hablando pero su voz sonaba lejana y pequeña, como E. E. Cummings había dicho del hombre de los globos. Un maremagno de imágenes que se precipitaban las unas sobre las otras, y ninguna era inteligible. La rueda de la feria. El laberinto de espejos. Los ojos de Johnny, extrañamente violetas, casi negros. Su amado y plácido rostro bajo la iluminación desapacible de la feria, las bombillas desnudas colgadas del cable eléctrico.

»Johnny no –murmuró la voz, lejana y pequeña, lejana y pequeña–. Te equivocas. Estaba bien cuando se fue de aquí.

Y la voz de Anne que volvió como una pelota de tenis servida rápidamente, su voz tan espantada e incrédula, tan indignada por el hecho de que algo semejante le hubiera ocurrido a alguien de su misma edad, a alguien joven y vital.

–Le dijeron a Dave que no despertará nunca aunque sobreviva a la operación. Tienen que operarle porque su cabeza... su cabeza estaba...

¿Iba a decir aplastada? ¿Que la cabeza de Johnny había sido aplastada?

Entonces Sarah se desmayó, posiblemente para eludir la palabra irrevocable, el horror final. El teléfono se desprendió de sus dedos y ella se desplomó violentamente en un mundo gris y después se deslizó y el auricular quedó oscilando en un arco decreciente, mientras la voz de Anne Strafford brotaba de su interior:

–¿Sarah?... ¿Sarah?... ¿Sarah?

3.

Cuando Sarah llegó al Eastern Maine Medical, eran las doce y cuarto. La enfermera de la recepción estudió sus facciones blancas, tensas, calculó su capacidad para asimilar nuevas verdades, y le informó que John Smith seguía en el quirófano. Agregó que el padre y la madre de Johnny estaban en la sala de espera.

–Gracias –respondió Sarah. Giró hacia la derecha en lugar de hacerlo hacia la izquierda, terminó en un armario de instrumental médico, y debió volver sobre sus pasos.

La sala de espera estaba pintada con colores brillantes, sólidos, que le hirieron los ojos. Había unas pocas personas sentadas, hojeando revistas maltrechas o con la vista perdida en el espacio. Una mujer de cabellos grises salió del ascensor, le entregó su pase de visitante a una amiga, y se sentó. La amiga se alejó haciendo repicar sus tacones altos. Las otras personas siguieron sentadas, esperando la oportunidad de visitar al padre al que le habían extraído los cálculos biliares, a la madre que había descubierto un pequeño bulto debajo de uno de sus pechos apenas tres días atrás, al amigo que había recibido en el tórax el impacto de un martillo invisible mientras practicaba jogging. Los rostros de quienes esperaban estaban cuidadosamente compuestos. La preocupación había sido barrida de ellos como el polvo que se oculta bajo la alfombra. Sarah volvió a sentir la presencia de la irrealidad. En alguna parte tintineaba una campanilla amortiguada. Se oía el chirrido de los zapatos con suela de crep. El estaba bien cuándo había salido de su casa. Era imposible imaginar que se hallaba en una de esas torres de ladrillo, en trance de morir.

Reconoció enseguida al señor y la señora Smith. Hurgó en su memoria buscando sus nombres de pila y no los encontró inmediatamente. Estaban sentados juntos cerca del fondo de la habitación, y a diferencia de las otras personas congregadas allí aún no habían

tenido tiempo de asimilar lo que había ocurrido en sus vidas.

La madre de Johnny había dejado el abrigo sobre la silla que tenía a sus espaldas y sostenía la Biblia entre las manos. Movía los labios a medida que leía, y Sarah recordó que Johnny había dicho que era muy religiosa... quizá demasiado religiosa, situada en esa vasta zona ambigua que se extiende entre las convulsiones místicas y la manipulación de serpientes, según recordaba haberle oído decir. El señor Smith –Herb, afloró en su memoria, se llamaba Herb– tenía una de las revistas sobre las rodillas, pero no la miraba. En cambio miraba por la ventana hacia donde el otoño de New England se abría paso rumbo a noviembre y al invierno ulterior.

Se acercó a ellos.

–¿El señor y la señora Smith?

Levantaron la vista hacia ella, con las facciones preparadas para el golpe temido. Las manos de la señora Smith apretaron con fuerza la Biblia, que estaba abierta en el Libro de Job, hasta que se le pusieron blancos los nudillos. La joven plantada frente a ellos no usaba la bata blanca de las enfermeras o los médicos, pero en ese momento eso no importaba. Esperaban el golpe final.

–Sí, somos los señores Smith –respondió Herb parsimoniosamente.

–Soy Sarah Bracknell. Johnny y yo somos buenos amigos. Amigos íntimos, supongo que se podría decir. ¿Puedo sentarme?

–¿La amiga de Johnny? –preguntó la señora Smith con voz tajante, casi acusadora. Unas pocas personas miraron fugazmente en torno y después volvieron a sus maltrechas revistas.

–Sí –contestó Sarah–. La amiga de Johnny.

–Nunca nos escribió que tuviera una amiga –comentó la señora Smith con el mismo tono cortante–. No, nunca.

–Silencio, madre –intervino Herb–. Siéntese, señorita... Bracknell, ha dicho, ¿verdad?

–Sarah –replicó ella, agradecida, y ocupó una silla–. Yo...

–No, nunca –insistió la señora Smith, sin cambiar de tono–. Mi hijo amaba a Dios, pero es posible que últimamente se haya distanciado un poco. El castigo de Dios es súbito, ¿entiende? Por eso la apostasía es tan peligrosa. No se sabe el día ni la hora...

–Silencio –espetó Herb. La gente volvía nuevamente la cabeza. El miró a su esposa con expresión adusta. Ella a su vez le devolvió una mirada desafiante, por un momento, pero él no se inmutó. Vera bajó los ojos. Había cerrado la Biblia pero sus dedos recorrían las páginas, inquietos, como si. anhelaran volver a la colosal carrera de destrucción de la vida de Job, suficientemente trágica como para colocar la suya y la de su hijo en una suerte de cruel perspectiva.

–Estuve con él anoche –explicó Sarah, y al oír esto la mujer volvió a mirarla, acusadora. Entonces Sarah recordó la connotación que tenía en la Biblia el hecho de estar «con» alguien, y sintió que empezaba a ruborizarse. Esa mujer parecía poder leerle los pensamientos–. Fuimos a la feria del condado...

–Antros de pecado e iniquidad –sentenció Vera Smith claramente.

–Te diré por última vez que te calles –exclamó Herb hoscamente, y su mano se cerró sobre una de las de su esposa–. En serio. Ésta parece una buena chica y no permitiré que la ofendas. ¿Entiendes?

–Antros pecaminosos –repitió Vera tercamente.

–¿Te callarás?

–Suéltame. Quiero leer mi Biblia.

La soltó. Sarah se sintió confundida y ofuscada. Vera abrió la Biblia y reanudó la lectura, moviendo los labios.

–Vera está muy alterada –murmuró Herb–. Los dos lo estamos. Usted también, a juzgar por su talante.

–Sí.

–¿Anoche lo pasó bien con Johnny? –preguntó–. ¿En la feria?

–Sí –contestó Sarah, con la verdad y la mentira de esta sencilla palabra mezcladas en su mente–. Sí, lo pasamos bien hasta que... bueno, yo comí una salchicha o algo en mal estado. Habíamos ido en mi auto y Johnny me llevó a mi casa, en Veazie. Yo estaba muy descompuesta. Llamó un taxi. Dijo que hoy comunicaría al colegio que estaba enferma. Y ésa fue la última vez que le vi.

Entonces se le desbordaron las lágrimas y no quiso llorar delante de ellos, y menos aún delante de Vera Smith, pero no tenía cómo evitarlo. Sacó un Kleenex de su bolso y se lo llevó a la cara.

–Cálmese –dijo Herb, y la rodeó con el brazo–. Cálmese.

Sarah lloró, e intuyó vagamente que a él le reconfortaba tener a alguien a quien consolar. Su esposa había encontrado en la historia de Job una forma personal de consuelo tenebroso que no le incluía a él.

Algunas personas se volvieron para mirarlos. A través de los prismas de sus lágrimas parecían una multitud. Sabía amargamente qué era lo que pensaban: Me alegro de que le ocurra a ella y no a mí, me alegro de que les ocurra a ellos tres y no a mí o los míos, el tipo debe de estar agonizando, debe de tener la cabeza aplastada para que ella llore así. Tarde o temprano se acercará un médico y les llevará a una sala privada y les comunicará que...

Quién sabe cómo, Sarah consiguió ahogar las lágrimas y controlarse. La señora Smith estaba erguida en su asiento, como si se hubiera despertado sobresaltada de una pesadilla, sin prestar atención a las lágrimas de Sarah ni a los esfuerzos de su marido por consolarla. Leía su Biblia

–Por favor –dijo Sarah–. ¿Es muy grave? ¿Podemos confiar?

Vera habló antes de que Herb atinara a contestar. Su voz fue un seco rayo de segura condenación:

–Se puede confiar en Dios, señorita.

Sarah captó el destello de aprensión que titiló en los ojos de Herb y pensó: Él cree que esto la ha enloquecido. Y quizá no se equivoca.

4.

Una larga tarde que se trocó en crepúsculo.

Después de las dos, cuando los colegios cerraron sus puertas, empezaron a desfilar algunos alumnos de Johnny, vestidos con cazadoras de corte militar, sombreros extravagantes y vaqueros desteñidos. Sarah no vio a muchos de los chicos que a su juicio formaban parte del grupo responsable: futuros triunfadores, futuros universitarios, de ojos y ceño despejados.

La mayoría de los chicos que se molestaron en acudir eran los extravagantes y los melenudos.

Unos pocos se acercaron a Sarah y le preguntaron en voz baja qué sabía acerca del

estado del señor Smith. Ella sólo atinó a menear la cabeza y a responder que no le habían dicho nada. Pero una de las chicas, Dawn Edwards, que estaba chalada por Johnny, leyó en el rostro de Sarah la magnitud de su miedo. Prorrumpió en llanto. Una enfermera se acercó y le pidió que se fuera.

–Estoy segura de que se le pasará –intercedió Sarah. Había rodeado los hombros de Dawn con un brazo protector–. Concédale uno o dos minutos.

–No, no quiero quedarme –murmuró Dawn, y se fue deprisa, derribando estrepitosamente una de las sillas con armazón de plástico. Poco después Sarah la vio sentada en los escalones de afuera, bajo el frío y postrer sol de octubre, con la cabeza sobre las rodillas.

Vera Smith leía su Biblia.

Alrededor de las cinco se habían ido la mayoría de los estudiantes. Dawn también se había ido, aunque Sarah no la había visto partir. A las siete de la tarde entró en la sala de espera un joven que llevaba prendida a la solapa de su bata blanca una chapa de identificación ladeada con el nombre DOCTOR STRAWNS. Miró en torno y se encaminó hacia ellos.

–¿El señor y la señora Smith? –inquirió.

Herb inhaló profundamente.

–Sí. Somos nosotros.

Vera cerró la Biblia con un golpe seco.

–¿Quieren acompañarme, por favor?

Ha llegado la hora, pensó Sarah. El trayecto hasta la sala privada y después la noticia. Cualquiera que ésta fuese. Ella aguardaría, y cuando volviesen Herb Smith le informaría lo que necesitaba saber. Era un hombre bondadoso.

–¿Tiene noticias de mi hijo? –preguntó Vera con la misma voz clara, potente y casi histérica.

–Sí. –El doctor Strawns miró a Sarah–. ¿Usted es de la familia, señora?

–No –contestó Sarah–. Soy una amiga.

–Una amiga íntima –acotó Herb. Una mano cálida, fuerte, se cerró sobre su codo, así como otra se había cerrado sobre el brazo de Vera. Las ayudó a levantarse a ambas–. Iremos todos juntos, si no le molesta.

–En absoluto.

Pasaron de largo frente a los ascensores y avanzaron por un corredor hasta un despacho en cuya puerta se leía SALA DE CONFERENCIAS. Les hizo entrar y encendió los tubos fluorescentes del techo. La habitación estaba amueblada con una mesa larga y una docena de sillas de oficina.

El doctor Strawns cerró la puerta, encendió un cigarrillo y dejó caer la cerilla consumida en uno de los ceniceros que se alineaban de un extremo a otro de la mesa.

–Esto es difícil –murmuró, casi como para sus adentros.

–Entonces será mejor que hable claro –manifestó Vera.

–Sí, quizá será lo mejor.

Sarah no era la persona indicada para formular preguntas, pero no pudo contenerse.

–¿Ha muerto? Por favor no diga que ha muerto...

–Está en coma. –Strawns se sentó y le dio una fuerte chupada a su cigarrillo–. El señor Smith ha sufrido heridas graves en la cabeza y una lesión cerebral de magnitud indeterminada. Tal vez han oído la expresión «hematoma subdural» en algún programa

sobre temas médicos. El señor Smith tiene un hematoma subdural muy grave, o sea una hemorragia craneal localizada. Fue necesario practicarle una operación prolongada para aliviar la presión, y también para extirparle del cerebro astillas de hueso.

Herb se sentó pesadamente, con la cara pastosa y aturdida. Sarah observó sus manos toscas, cubiertas de cicatrices, y recordó que Johnny le había dicho que era carpintero.

–Pero Dios le ha perdonado la vida –dijo Vera–. Lo sabía. Yo recé pidiéndole una señal. ¡Alabado sea Dios Todopoderoso! ¡Todos en la Tierra alabad Su nombre!

–Vera –articuló Herb débilmente.

–En coma –repitió Sarah. Procuró encajar la información en algún marco emocional y no lo consiguió. Johnny no había muerto, había salido con vida de una seria y peligrosa operación de cerebro... estos datos deberían haber renovado sus esperanzas. Pero no era así. No le gustaba la palabra coma. Tenía una connotación siniestra, furtiva. ¿No significaba «sueño de la muerte» en latín?

–¿Qué le reserva el futuro? –preguntó Herb.

–Todavía nadie lo sabe con certeza –respondió Strawns. Empezó a jugar con su cigarrillo, golpeándolo nerviosamente sobre el cenicero. Sarah intuyó que estaba contestando literalmente la pregunta de Herb al mismo tiempo que eludía por completo la que había formulado realmente–. Por supuesto, está conectado a un equipo de supervivencia.

–Pero tiene que saber algo acerca de sus probabilidades –insistió Sarah–. Tiene que saber... –Hizo un ademán de impotencia y dejó caer las manos a los costados del cuerpo.

–Es posible que se recupere dentro de cuarenta y ocho horas. O dentro de una semana. O dentro de un mes. O nunca. Y... es muy probable que muera. Debo advertirles con franqueza que esto es lo más probable. Sus lesiones... son graves.

–Dios quiere que viva –afirmó Vera–. Lo sé.

Herb se cubrió el rostro con las manos y lo frotó lentamente.

El doctor Strawns miró a Vera, incómodo.

–Sólo les pido que estén preparados para... cualquier eventualidad.

–¿Puede ofrecernos una estimación de las probabilidades que tiene de recuperarse? –preguntó Herb.

El doctor Strawns vaciló, y le dio una chupada nerviosa a su cigarrillo.

–No, no puedo –contestó al fin.

5.

Los tres esperaron una hora más y después se fueron. Había oscurecido. Se había levantado un viento frío y borrascoso que silbaba a través del vasto aparcamiento. La larga cabellera de Sarah flameaba detrás de ella. Más tarde, cuando llegara a su casa, encontraría una crujiente hoja amarilla de roble atrapada entre el pelo. La luna se desplazaba por el cielo, como un frío navegante de la noche.

Sarah introdujo un fragmento de papel en la mano de Herb. En él había escrito su dirección y su número de teléfono.

–¿Me llamará si tiene alguna noticia? ¿Cualquier noticia?

–Sí, desde luego. –Se inclinó súbitamente y la besó en la mejilla, y Sarah le retuvo un momento el hombro en medio de la oscuridad azotada por el viento.

–Siento mucho haber sido tan hosca con usted, querida –dijo Vera, con tono sorprendentemente afable–. Estaba ofuscada.

–Claro que sí –asintió Sarah.

–Pensé que mi hijo podía morir. Pero he rezado. He hablado con Dios de ello. Como dice la canción: «¿Nos sentimos débiles y abrumados? ¿Oprimidos por incontables pesares? Nunca debemos desalentarnos. Elevemos nuestras preces al Señor».

–Debemos irnos –intervino Herb–. Es hora de que durmamos un poco y después veremos cómo pintan las cosas...

–Pero ahora he oído la palabra de mi Dios –continuó Vera, mirando la luna con expresión soñadora–. Johnny no va a morir. La muerte de Johnny no entra en los planes de Dios. He escuchado y he oído esa vocecilla queda que habla dentro de mi corazón, y me siento reconfortada.

Herb abrió la portezuela del coche.

–Vamos, Vera.

Vera miró a Sarah por encima del hombro y sonrió. De pronto Sarah vio en esa sonrisa la de Johnny, plácida, despreocupada... pero pensó al mismo tiempo que era la sonrisa más macabra que había visto en su vida.

–Dios ha estampado su marca en mi Johnny –afirmó Vera–, y esto me llena de júbilo.

–Buenas noches, señora Smith –murmuró Sarah, entre sus labios entumecidos.

–Buenas noches, Sarah –dijo Herb. Montó en el auto y lo puso en marcha. Salió de su plaza y atravesó el aparcamiento en dirección a State Street, y Sarah recordó que no les había preguntado dónde se alojaban. Tal vez ellos mismos aún no lo sabían.

Se volvió para encaminarse hacia su propio coche y se detuvo, impresionada por el río que corría detrás del hospital, el Penobscot. Fluía como seda oscura, y el reflejo de la luna estaba atrapado en su centro. Alzó la vista hacia el cielo, ahora sola en el aparcamiento. Miró la luna.

Dios ha estampado su marca en mi Johnny y esto me llena de júbilo.

La luna flotaba sobre ella como un vulgar juguete de feria, una Rueda de la Fortuna implantada en el cielo con todas las probabilidades a favor de la banca, para no hablar de los números de la casa, todos pagan a la banca, je, je, je.

El viento soplaba arremolinando las hojas alrededor de sus piernas. Se encaminó hacia su auto y se sentó al volante. Súbitamente tuvo la certeza de que lo iba a perder. La acometieron el terror y la soledad. Empezó a temblar. Por fin arrancó y enderezó hacia su casa.

6.

Durante la semana siguiente los alumnos de Cleaves Mills fueron pródigos en palabras de consuelo y buenos deseos. Herb Smith le contó más tarde que Johnny había recibido más de trescientas tarjetas. Casi todas contenían un vacilante mensaje personal que expresaba la esperanza de que Johnny se restableciera pronto. Vera las contestó una por una con una frase de agradecimiento y un versículo de la Biblia.

El problema de disciplina que Sarah tenía en sus clases se solucionó. Su sentimiento anterior de que un jurado de conciencia colectiva había dictado un veredicto contra ella se transformó en otro opuesto. Comprendió gradualmente que los chicos la veían como una heroína trágica, el amor perdido del señor Smith. Esta idea se le ocurrió en la sala de profesores durante su hora libre, el miércoles que siguió al accidente, y tuvo un súbito acceso de risa que se trocó en una crisis de llanto. Antes de poder recuperar el control de sí misma se había asustado mucho. Sus noches eran turbadas por sueños incesantes en los

que aparecía Johnny: Johnny con la máscara de Jekyll-y-Hyde, Johnny plantado frente a la barraca de la Rueda de la Fortuna mientras una voz incorpórea canturreaba una y otra vez: «Me encantaría que lo hiciese polvo». Johnny decía: «Ya está arreglado, Sarah, todo está bien», y después entraba en la habitación con la cabeza mutilada por encima de las cejas.

Herb y Vera Smith pasaron la semana en el Bangor Hoyse, y Sarah les veía todas las tardes en el hospital, donde esperaban pacientemente que sucediera algo. No sucedía nada. Johnny yacía en una habitación de la unidad de cuidados intensivos del sexto piso, rodeado de equipos de supervivencia, y respiraba con ayuda de un aparato. El doctor Strawns alimentaba menos esperanzas.

El viernes que siguió al accidente, Herb telefoneó a Sarah y le informó que él y Vera se irían a casa.

–Ella no quiere –añadió–, pero la he hecho entrar en razón. Eso creo.

–¿Su esposa está bien? –inquirió Sarah.

Hubo una larga pausa, suficientemente larga como para que Sarah pensara que había sido indiscreta. Entonces Herb respondió

–No lo sé. O quizá sí lo sé y sencillamente no quiero decir sin eufemismos que está mal. Siempre fue una fanática religiosa, y su fanatismo se agudizó después de la operación. Su histerectomía... Ahora ha vuelto a empeorar. Habla mucho sobre el fin del mundo. Ha asociado de alguna manera el accidente de Johnny con la Resurrección. Se supone que poco antes del Armagedón, Dios transportará a todos los fieles al cielo en sus envolturas corporales.

Sarah recordó un adhesivo que había visto en alguna parte: ¡SI ÉSTE ES EL DÍA DE LA RESURRECCIÓN, QUE ALGUIEN COJA MI VOLANTE!

–Sí –contestó ella–. Sé de qué se trata.

–Bueno –prosiguió Herb, incómodo–, algunos de los grupos con los cuales intercambia correspondencia... creen que Dios vendrá a buscar a los fieles en platillos volantes. Que los llevará a todos al cielo en platillos volantes, quiero decir. Estas... sectas... han demostrado, por lo menos para su propia satisfacción, que el cielo está en algún punto de la constelación de Orión. No, no me preguntes cómo lo han demostrado. Vera podría explicártelo. Esto es... bueno, Sarah, es un poco difícil para mí.

–Claro que debe serlo.

La voz de Herb se fortaleció.

–Pero todavía puede distinguir lo real de lo que no lo es. Necesita tiempo para adaptarse. Así que le dije que podría enfrentar lo que nos aguarda tan bien en casa como aquí. Tengo... –hizo una pausa, turbado, y después carraspeó y continuó–: Tengo que volver al trabajo. Hay faenas pendientes. He firmado contratos.

–Sí, desde luego. –Se interrumpió–. ¿Y los seguros? –, quiero decir, esto debe de costar una fortuna... –ahora fue ella quien se sintió turbada.

–He hablado con el señor Pelsen, el vicerrector de Cleaves Mills –dijo Herb–. Johnny tenía el seguro habitual de la Blue Cross, pero no el nuevo, el de Major Medical. Sin embargo su seguro cubrirá parte de los gastos. Y Vera y yo tenemos ahorros.

A Sarah le dio un vuelco el corazón. Vera y yo tenemos ahorros. ¿Durante cuánto tiempo podría sufragar una libreta de ahorros unos gastos de doscientos o más dólares diarios? ¿Y para qué, en última instancia? ¿Para que Johnny pudiese estar colgado como un animal insensible, orinando mecánicamente por un tubo, mientras arruinaba a papá y

mamá? ¿Para que su estado provocara la locura de su madre con una ilusión frustrada? Sintió que las lágrimas le corrían por las mejillas y ésa fue la primera vez –aunque no la última– que deseó que Johnny muriera y descansase en paz. Una parte de su ser se sublevó horrorizada por la idea, pero ésta no se disipó.

–Les deseo lo mejor –dijo Sarah.

–Lo sé Sarah. También nosotros te lo deseamos a ti. ¿Nos escribirás?

–Claro que sí.

–Y ven a visitarnos cuando puedas. Pownal no está lejos –titubeó–. Me parece que Johnny eligió una buena chica. ¿Iba en serio, verdad?

–Sí –respondió Sarah. Sus lágrimas seguían fluyendo y el tiempo pretérito no le pasó inadvertido–. Iba en serio.

–Adiós, querida.

–Adiós, Herb.

Colgó el auricular, apretó la horquilla durante uno o dos segundos, y después llamó al hospital y preguntó por Johnny. No había habido cambios. Le dio las gracias a la enfermera de cuidados intensivos y se paseó sin propósito concreto por el apartamento. Pensó en un Dios que enviaba una flota de platillos volantes para recoger a los creyentes y llevarlos a Orión. Esto era tan sensato como todo lo referido a un Dios suficientemente loco como para desbaratar los sesos de John Smith y hacerlo entrar en un coma que probablemente no terminaría nunca... a menos que se produjera una muerte inesperada.

Tenía que corregir una carpeta llena de composiciones de alumnos de primer año. Se preparó una taza de té y se sentó frente a ellas. Si hubo un momento en que Sarah Bracknell tomó las riendas de su vida post Johnny, fue precisamente ése.

Capítulo 4

1.

El asesino era escurridizo.

Estaba sentado en un banco del parque de su ciudad, cerca del pabellón de conciertos, y tarareaba una canción del álbum blanco de los Beatles: «no sabes qué suerte tienes, chico, allá en la, allá en la allá en la URSS... ».

Aún no era un asesino, no en realidad. Pero hacía mucho tiempo que eso figuraba en sus pensamientos, el asesinato. Le escocía sin cesar. Y tampoco era desagradable. Se sentía muy optimista al respecto. Era un buen momento. No tenía por qué preocuparle la idea de que le pillaran. No tenía por qué preocuparle la pinza de la ropa. Porque era escurridizo.

Empezó a nevar ligeramente. Era el 12 de noviembre de 1970, y doscientos cuarenta kilómetros al noreste de esa ciudad mediana del oeste de Maine, el oscuro sueño de John Smith seguía sin parar.

El asesino escudriñó el parque... el parque comunal de la ciudad, como preferían llamarlo los turistas que acudían a Castle Rock y a la región de los lagos. Pero ahora no había turistas. El parque, tan verde en verano, estaba ahora amarillo, ralo y muerto. Esperaba que el invierno lo cubriera decorosamente. La valla de tela metálica situada detrás de la base meta del campo de béisbol del equipo juvenil alzaba sus herrumbrosos rombos superpuestos, recortados contra el cielo blanco. El pabellón de conciertos

necesitaba una mano de pintura.

Era un cuadro deprimente, pero el asesino no estaba deprimido. Casi deliraba de júbilo. Sentía deseos de zapatear, de chasquear los dedos. Esta vez no habría retrocesos.

Aplastó una colilla bajo el tacón de la bota y encendió inmediatamente otro cigarrillo. Consultó el reloj. Las tres y dos minutos de la tarde. Se quedó sentado, fumando. Dos chicos atravesaron el parque, pasándose un balón de fútbol el uno al otro, pero no vieron al asesino porque los bancos se hallaban en una hondonada. Suponía que ése era un lugar donde los cochinos jodedores se congregaban por la noche cuando hacía más calor. Lo sabía todo acerca de los cochinos jodedores y acerca de las cosas que hacían. Su madre se lo había contado y él los había visto.

La evocación de su madre le borró un poco la sonrisa. Recordó un día en que él tenía siete años y en que ella había entrado en su habitación sin golpear –nunca golpeaba– y le había sorprendido jugando con su cosa. Casi había perdido la chaveta. Él había intentado explicarle que no tenía importancia. Que no era malo. Sencillamente se había empinado. El no había hecho nada para que se empinara; había ocurrido espontáneamente. Y él se había quedado allí sentado, frotándolo hacia atrás y adelante. Ni siquiera era tan divertido. Era casi aburrido. Pero su madre casi había perdido la chaveta.

–¿Quieres ser uno de esos cochinos jodedores?, le había chillado.

Él ni siquiera sabía lo que significaba aquella palabra –no cochino, porque ésta la conocía bien, sino la otra aunque había oído que algunos de los chicos mayores la utilizaban en el campo de juegos de la escuela elemental de Castle Rock.

–¿Quieres ser uno de esos cochinos jodedores y pillarte una de esas enfermedades? ¿Quieres que te chorree pus de allí? ¿Quieres que se te ponga negro? ¿Quieres que se te pudra? ¿Eh? ¿Eh? ¿Eh?

Entonces ella empezó a zarandearle, y él balbuceó despavorido, pues ya entonces era una mujer corpulenta, una mujer dominante e imponente como un trasatlántico, y él aún no era el asesino, no era escurridizo, era un crío que balbuceaba despavorido, y su cosa se había derrumbado y trataba de encogerse dentro del cuerpo.

Ella le hizo usar una pinza de ropa durante dos horas, para que supiese qué sensación producían esas enfermedades.

El dolor era insoportable.

La ligera nevada se interrumpió. El apartó de su mente la imagen de su madre, lo cual le resultaba fácil cuando se sentía bien, e imposible cuando estaba deprimido y desanimado.

Ahora su cosa estaba empinada.

Consultó su reloj. Las tres y siete. Dejó el cigarrillo a medio consumir. Alguien se acercaba.

La reconoció. Era Alma, Alma Frechette del Coffee Pot de la acera de enfrente. Acababa de terminar su turno. Conocía a Alma: habían salido juntos una o dos veces y él le había hecho pasar un buen rato. La había llevado a Serenity Hill, en Naples. Bailaba bien. A menudo las cochinas jodedoras bailaban bien. Se alegró de que quien se acercaba fuera Alma.

Estaba sola.

Allá en los EE.UU., allá en los EE.UU., allá en la U.R.S.S...

–¡Alma! –exclamó, y le hizo señas. Ella se sobresaltó un poco, miró en torno y le vio. Sonrió y se acercó al banco donde él estaba sentado, diciéndole hola y llamándolo por su

nombre.

Él se puso en pie, sonriendo. No lo preocupaba la posibilidad de que apareciera alguien. Era intocable. Era el Superhombre.

–¿Por qué tienes puesto eso? –preguntó Alma, mirándole.

—¿Escurridizo, verdad? –replicó él, sonriendo.

–Bueno, yo no diría precisamente...

–¿Quieres que te muestre algo? –inquirió él–. En el pabellón de conciertos. Es increíble.

–¿De qué se trata?

–Ven y lo verás.

–De acuerdo.

No pudo ser más sencillo. Le acompañó hasta el pabellón de conciertos. Si hubiera aparecido alguien él habría desistido. Pero no apareció nadie. No pasó nadie. Tenían el parque a su disposición. El cielo blanco les cobijaba. Alma era una chica menuda con una cabellera rubia de color claro. Rubita teñida, seguramente. Las golfas se teñían el pelo.

La condujo hasta el pabellón circundado por una baranda. Sus pies produjeron ruidos huecos, opacos, al pisar las tablas. En un rincón se veía un atril volcado. Había una botella vacía de Four Roses. Sí, ése era el lugar adonde iban los cochinos jodedores.

–¿Qué? –preguntó ella, que ahora parecía un poco perpleja. Un poco nerviosa.

El asesino sonrió jubilosamente y señaló hacia la izquierda del atril.

–Allí. ¿Ves?

Ella siguió la dirección que marcaba su dedo. Un preservativo usado descansaba sobre las tablas como la piel arrugada de un reptil.

Las facciones de Alma se pusieron tensas y se volvió tan rápidamente que casi consiguió eludir al asesino.

–Esto no es muy gracioso...

El la atrapó y la empujó hacia atrás.

–¿A dónde crees que irás?

En los ojos de ella apareció súbitamente una expresión alerta y temerosa.

–Déjame salir de aquí. O lo lamentarás. No tengo tiempo para bromas morbosas...

–Esta no es una broma –respondió él–. No es una broma, cochina jodedora.

La alegría de poder llamarla por su, nombre le producía vértigos. El mundo giraba.

Alma echó a correr hacia la izquierda, en dirección a la baranda de escasa altura que rodeaba el pabellón de conciertos, con la intención de trasponerla de un salto. El asesino manoteó por el cuello la parte superior de su abrigo de paño barato y volvió a atraerla hacia atrás. La tela se rasgó con un ruido apagado y ella abrió la boca para gritar.

El le cubrió violentamente la boca con la manó, aplastándole los labios contra los dientes. Sintió que un hilo de sangre tibia le corría por la palma. Ahora ella le golpeaba con la otra mano, arqueando las garras en busca de un lugar donde hincarlas, pero sin encontrar apoyo. No lo había porque él era...

¡Escurridizo!

La arrojó sobre la plataforma de tablas. Levantó la mano con la que le cubría la boca, pero él se desplomó sobre ella, resollando, sonriendo, y el aire se le escapó de los pulmones con una exhalación silenciosa. Ahora ella lo sentía, duro como la roca, gigantesco y palpitante, y desistió de gritar y siguió forcejeando. Sus dedos se hincaban y resbalaban, se hincaban y resbalaban. Él le separó brutalmente las piernas y se instaló

entre ellas. Uno de los manotazos de ella le rozó la nariz y le hizo lagrimear

–Cochina jodedora –susurró él, y cerró las manos alrededor de su cuello.

Empezó a estrangularla, levantándole la cabeza de la plataforma de tablas del pabellón de conciertos para luego golpearla contra ésta. Ella tenía los ojos desorbitados. Sus facciones viraron al rosa, después al rojo y por último a un violeta congestionado. Sus forcejeos empezaron a amainar.

–Cochina jodedora, cochina jodedora, cochina jodedora –jadeaba roncamente el asesino. Ahora era realmente el asesino. Alma Frechette no volvería a frotar su cuerpo contra toda la concurrencia de Serenity Hill. Sus ojos estaban desencajados como los de algunas de esas muñecas extravagantes que vendían a lo largo de las avenidas de las ferias. El asesino jadeaba roncamente. Las manos de ella ya descansaban fláccidas sobre las tablas. Los dedos de él se habían perdido de vista. Le soltó el cuello, listo para volver a apretarlo si ella se movía. Pero no se movió. Después de un momento le desgarró el abrigo por delante con manos temblorosas, y levantó la falda de su uniforme rosa de camarera.

El cielo blanco miraba desde lo alto. El parque de Castle Rock estaba desierto. En verdad nadie encontró el cuerpo estrangulado y violado de Alma Frechette hasta el día siguiente. La teoría del sheriff consistió en que el culpable había sido un vagabundo que pasaba por allí. La noticia apareció en los titulares de todos los diarios del estado, y en Castle Rock todos aprobaron la teoría del sheriff.

Ciertamente ninguno de los chicos del lugar podría haber perpetrado semejante atrocidad.

Capítulo 5

1.

Herb y Vera Smith volvieron a Pownal y retomaron la filigrana de sus días. Ese mes de diciembre Herb terminó una casa en Durham. Sus ahorros se diluyeron realmente tal como lo había previsto Sarah, y solicitaron al estado la Asistencia para Catástrofes Extraordinarias. Esto envejeció a Herb tanto como el accidente mismo. A su juicio la ACE sólo era un eufemismo para designar la «filantropía» o la «caridad». El había pasado toda una vida trabajando afanosa y honradamente con sus manos y había pensado que nunca llegaría el día en que debería aceptar un dólar del Estado. Pero ese día ya había llegado.

Vera se suscribió a tres nuevas revistas que llegaban por correo con intervalos irregulares. Las tres estaban mal impresas y parecían ilustradas por niños talentosos. God's Saucers, o sea «Los platillos de Dios», The Coming Transfiguration, o sea «La transfiguración que se aproxima», y God's Psyshic Miracles, o sea «Los milagros parapsicológicos de Dios». The Upper Room, que seguía llegando mensualmente, ahora quedaba a veces arrumbada durante hasta tres semanas seguidas, pero las otras las leía hasta dejarlas hechas jirones. En ellas encontró muchas cosas que parecían tener afinidad con el accidente de Johnny, y a la hora de la cena le leía estas joyas a su exhausto marido con voz atiplada, penetrante, trémula de entusiasmo. Herb le ordenaba cada vez más a menudo que se callara, y en, algunas oportunidades le gritaba que terminara con esos desvaríos y lo dejase en paz. Cuando reaccionaba así, ella: le miraba con expresión

sufrida, compasiva y ofendida... y después se escabullía escaleras arriba para continuar sus estudios. Empezó a escribir a esas revistas y a intercambiar correspondencia con los colaboradores y con otros amigos epistolares que habían tenido experiencias análogas en la vida.

La mayoría de esos amigos epistolares eran seres bondadosos como la misma Vera, personas que deseaban ayudarla y mitigar el peso casi insoportable de su pena. Le enviaban plegarias y piedras rituales, le enviaban amuletos, le enviaban promesas de incluir a Johnny en sus devociones nocturnas. Sin embargo había otros que no eran más que timadores de ambos sexos, y a Herb le alarmaba la creciente incapacidad de su esposa para distinguirlos. Le ofrecieron una astilla de la Vera Cruz de Nuestro Señor por solo 99,98 dólares. Le ofrecieron una ampolla de agua extraída del manantial de Lourdes, que obraría casi con certeza el milagro si la frotaba sobre la frente de Johnny: costaba 110 dólares más el franqueo. Más económicamente (y más atractivo para Vera) era un cassette que repetía continuamente el Salmo Veintitrés y el Padrenuestro recitados por el evangelista sureño Billy Humbarr. Según el panfleto, si lo hacía funcionar durante varias semanas junto al lecho de Johnny, éste experimentaría casi con seguridad una recuperación maravillosa. Como gracia adicional se adjuntaría (Sólo por Poco Tiempo) una fotografía autografiada del mismo Billy Humbarr.

Herb se vio obligado a intervenir cada vez con más frecuencia a medida que aumentaba el entusiasmo de su esposa por estas supercherías seudo religiosas. A veces rompía subrepticiamente sus cheques y se limitaba a corregir el saldo de la cuenta bancaria. Pero cuando la oferta especificaba que había que pagar en efectivo y sólo en efectivo, a él no le quedaba otra alternativa que negarse rotundamente... y Vera empezó a apartarse de él, a mirarle con desconfianza, como un pecador y un descreído.

2.

Sarah Bracknell seguía dando clases durante el día. Sus tardes y sus noches no eran muy distintas de como habían sido después de la ruptura con Dan: vivía en una especie de limbo, esperando que pasara algo. En París, las conversaciones de paz se hallaban estancadas. Nixon había ordenado que continuaran los bombardeos de Hanoi a pesar de que aumentaban las protestas interiores y exteriores. En una rueda de prensa mostró fotos que probaban concluyentemente que los aviones norteamericanos no bombardeaban los hospitales nordvietnamitas, pero él iba a todas partes en un helicóptero del ejército. La investigación del brutal asesinato y violación de Castle Rock se paralizó cuando hubo que dejar en libertad a un pintor de carteles itinerantes que una vez había pasado tres años en el Augusta State Mental Hospital... contra todo lo previsto, la coartada del pintor de carteles había resultado ser inatacable. Janis Joplin vociferaba los blues. París decretó (por segundo año consecutivo) que las faldas debían alargarse, pero no se alargaron. Sarah asimilaba vagamente todos estos hechos, como si se tratara de voces que procedían de otra habitación donde se desarrollaba incesantemente una fiesta incomprensible.

Cayó la primera nevada –sólo un espolvoreo– y después hubo un segundo espolvoreo, y diez días antes de Navidad se desencadenó una tempestad que obligó a cerrar las escuelas durante toda la jornada, y ella se quedó en casa, mirando cómo la nieve cubría Flagg Street. Su breve contacto con Johnny –ni siquiera se podía hablar de una relación– ya formaba parte de otra época, y sintió que él empezaba a escabullírsele. Esta era una sensación aterradora, como si una parte de su ser se estuviera ahogando. Ahogando de día

en día.

Leyó mucho acerca de heridas en la cabeza, estados de coma y lesiones cerebrales. Nada era muy alentador. Descubrió que en una pequeña ciudad de Maryland vivía una chica que había pasado seis años en coma; un joven de Liverpool, Inglaterra, que había sido golpeado por el gancho de una grúa mientras trabajaba en los muelles, había estado catorce años en coma antes de expirar. Este joven y robusto estibador había cortado poco a poco las amarras que lo unían al mundo: se había consumido, había perdido el pelo, sus nervios ópticos se habían transformado en puré detrás de sus ojos cerrados, su cuerpo había asumido gradualmente la posición fetal y sus ligamentos se habían acortado. Había retrocedido en el tiempo, se había convertido nuevamente en un feto que nadaba en las aguas placentarias del coma a medida que degeneraba su cerebro. La autopsia practicada después de su muerte había demostrado que las anfractuosidades y circunvoluciones de su cerebro se habían nivelado, dejando los lóbulos frontal y pre-frontal casi totalmente lisos y en blanco.

Oh, Johnny, esto no es justo, pensaba, mientras miraba caer la nieve que poblaba el mundo con su blancura inmaculada, sepultando el verano caído y el otoño rojo-dorado. No es justo, deberían dejarte ir al lugar a donde se vaya, cualquiera que éste sea.

Cada diez días o dos semanas recibía una carta de Herb Smith: Vera tenía sus amigos epistolares y él tenía los suyos. Escribía con trazos grandes, extendidos, utilizando una anticuada estilográfica. «Los dos estamos sanos y bien. Esperando como usted lo que ocurrirá a continuación. Sí, he leído un poco y sé lo que usted es demasiado buena y compasiva para decir en su carta, Sarah. Las perspectivas son malas. Pero por supuesto conservamos las esperanzas. No creo en Dios como Vera, pero creo en él a mi modo, y me pregunto por qué no se llevó inmediatamente a Johnny si eso figuraba en sus planes. ¿Hay una razón? Supongo que nadie lo sabe. Sólo cabe esperar».

En otra carta:

«Este año tengo que hacer casi todas las compras de Navidad porque Vera ha decidido que los regalos de Navidad son un hábito pecaminoso. Es a esto a lo que me refiero cuando digo que está cada vez peor. Siempre pensó que era un día de recogimiento y no un día festivo, si es que me entiende. Siempre decía que debíamos recordar que se trataba del nacimiento de Jesucristo y no del de Santa Claus, pero antes nunca le fastidiaban las compras. En verdad, le gustaban. Ahora lo único que hace es despotricar contra ellas, según me parece. Asimila muchas de estas ideas absurdas de las personas con las que se escribe. Ojalá renuncie a esto y vuelva a su estado normal. Pero por lo demás estamos los dos sanos y bien. Herb».

Y una tarjeta de Navidad que la hizo llorar un poco:

«Nuestros mejores deseos en estas fiestas, y si quiere venir a pasar la Navidad con un par de viejos chochos, la habitación de huéspedes está lista. Vera y yo estamos sanos y bien. Esperamos que el Nuevo Año sea mejor para todos nosotros, y estoy seguro de que lo será. Herb. y Vera».

No fue a Pownal en las vacaciones de Navidad, en parte porque Vera seguía replegándose en su mundo personal –su ingreso en ese mundo podía leerse muy bien entre líneas, en las cartas de Herb– y en parte porque ahora su vínculo recíproco le parecía extraño, y remoto. En otra época había visto en primer plano la figura postrada en el hospital de Bangor, pero ahora, siempre parecía mirarla por el extremo incorrecto del telescopio de la memoria: como el hombre de los globos, aparecía lejano y pequeño.

Quizás Herb también lo intuía. Cuando 1970 se transformó en 1971 sus cartas empezaron a espaciarse. En una de ellas estuvo tan próximo como podía estarlo a decirle que era hora de que volviera a vivir su vida, y la acababa afirmando que indudablemente a una chica tan bonita como ella no le faltarían pretendientes.

Pero ella no había tenido pretendientes, ni quería tenerlos. Gene Sedecki, el profesor de matemáticas con el que había salido una noche que había parecido durar por lo menos mil años, había empezado a hacerle proposiciones con premura indecorosa después del accidente de Johnny, y era un hombre que no se desanimaba fácilmente, pero Sarah creía que por fin empezaba a entender la actitud de ella. Debería haberla entendido antes.

De cuando en cuando otros hombres la invitaban a salir, y uno de ellos, un estudiante de Derecho llamado Walter Hazlett, la atraía bastante. Le había conocido en la fiesta de Nochevieja organizada por Anne Strafford. Sarah había tenido el propósito de hacer sólo una breve aparición, pero se había quedado un largo rato, conversando sobre todo con Hazlett. Le había resultado sorprendentemente difícil decirle que no, pero se lo había dicho, porque el factor de atracción había sido demasiado obvio: Walt Hazlett era un hombre alto con un mechón rebelde de cabello castaño y una sonrisa sesgada, medio cínica, que le traía muchos recuerdos de Johnny. Esta no era una base correcta para interesarse en un hombre.

A comienzos de febrero recibió una invitación del mecánico que cuidaba su coche en el Cleaves Mills Chevron. Nuevamente estuvo a punto de aceptar, y después se retractó. Ese hombre se llamaba Arnie Tremont. Era alto, de tez olivácea, y atractivo a su manera: sonriente, rapaz. Le recordaba bastante a un cierto miembro de la fraternidad Delta Tau Delta llamado Dan. Sería mejor esperar. Esperar a ver si ocurría algo. Pero no ocurrió nada.

3.

En aquel verano de 1971, Greg Stillson, dieciséis años mayor y más prudente que el vendedor de Biblias que había matado un perro a puntapiés en un patio desierto de Iowa, estaba sentado en el interior de su agencia de seguros y propiedades recientemente matriculada, en Ridgeway, New Hampshire. No había envejecido mucho en el ínterin. Ahora tenía una red de arrugas alrededor de los ojos y llevaba el cabello más largo (aunque siempre dentro de límites tradicionales). Seguía siendo corpulento, y su silla giratoria crujía cuando se movía.

Estaba fumando un Pall Mall y miraba al hombre cómodamente repantigado en la silla de enfrente. Greg estudiaba a ese hombre como un zoólogo podría estudiar a un nuevo ejemplar interesante.

–¿Ve algo verde? –le preguntó Sonny Elliman.

Elliman medía un metro noventa y dos. Vestía una vieja chaqueta de dril, endurecida por la grasa, a la que le habían arrancado las mangas y los botones. No llevaba camisa debajo. Sobre su pecho desnudo colgaba una cruz de hierro nazi, esmaltada en negro sobre cromo blanco. La hebilla del cinturón ceñido justo por debajo de su considerable abdomen hinchado por la cerveza consistía en una gran calavera de marfil. Las punteras desgastadas y cuadradas de un par de botas Desert Driver asomaban por los bajos tachonados de sus vaqueros. La melena desgreñada le caía hasta los hombros, y brillaba por una acumulación de sudor grasiento y de aceite de máquina. Del lóbulo de una de sus orejas colgaba un arete con una esvástica, también esmaltada en negro sobre cromo

blanco. Hacía girar un casco de minero alrededor de la punta de un dedo romo. Sobre la espalda de la chaqueta tenía bordado un diablo rojo, burlón, de lengua bífida. Encima del diablo se leía The Devil's Dozen. Abajo: Sonny Elliman, Pres.

–No –respondió Greg Stillson–. No veo nada verde, pero sí veo a alguien que se parece sospechosamente a una mierda con patas.

Elliman se puso un poco rígido, y después se relajó y se rió. A pesar de la mugre, del olor corporal casi palpable, y de las insignias nazis, sus ojos, verde oscuros, no estaban desprovistos de inteligencia ni tampoco de sentido del humor.

–Si quiere haga de cuenta que soy un perro, hombre –dijo–. Al fin y al cabo, no será la primera vez. Ahora usted es el que manda.

–¿Te das cuenta de esto, verdad?

–Claro que sí. Dejé a mis muchachos en Hampton y vine solo. Sé apañármelas sin ayuda, hombre –sonrió–. Pero si alguna vez lo pillamos en una situación parecida, lamentará no tener los riñones blindados.

–Correré el riesgo –asintió Greg. Midió a Elliman. Los dos eran fornidos. Calculó que Elliman pesaba veinte kilos más que él, pero muchos de esos músculos eran producto de la cerveza–. Podría hacerte polvo, Sonny.

Una mueca divertida volvió a arrugar las facciones de Elliman.

–Quizá sí. Quizá no. Pero ésta no es nuestra táctica. Esas bravuconadas norteamericanas estilo John Wayne –se inclinó hacia adelante, como si se dispusiera a confiar un gran secreto–. Ahora, personalmente, cuando consigo un trozo de tarta de manzana de mamá, tengo la precaución de cagarme encima.

–Eres un guarro, Sonny.

–¿Qué quiere de mí? –preguntó Sonny–. ¿Por qué no vamos al grano? Va a perderse su asamblea de la Joven Cámara de Comercio.

–No –replicó Greg, sin perder la serenidad–. La Cámara se reúne los martes por la noche. Disponemos de todo el tiempo del mundo.

Elliman resopló coléricamente..

–Lo que pensé –continuó Greg–, es que tú querrías algo de mí.

Abrió el cajón del escritorio y extrajo de su interior cuatro bolsitas de plástico llenas de marihuana. Con la hierba se mezclaban varias cápsulas de gelatina

–Encontré esto en tu saco de dormir –explicó Greg–. Malo, malo, malo, Sonny. Eres un chico incorregible. Si no pasas la mercancía no cobrarás tus doscientos dólares. Irás directamente a la prisión del estado de New Hampshire.

–Usted no tenía una orden de registro –espetó Elliman–. Incluso un aprendiz de abogado podría ponerme en libertad, y usted lo sabe.

–No sé nada de eso –contestó Greg Stillson. Se reclinó hacia atrás en su silla giratoria y apoyó sobre el escritorio sus mocasines, comprados en L. L. Bean, en Maine, al otro lado del límite del estado–. Soy un personaje importante en esta ciudad, Sonny. Hace unos años llegué a New Hampshire más o menos con una mano atrás y otra delante, y ahora tengo un negocio próspero. He colaborado con el Ayuntamiento en la resolución de un par de problemas, entre los que se cuenta precisamente lo que se debe hacer con todos estos chicos que el jefe de policía atrapa por consumo de drogas... oh, no me refiero a los forajidos como tú, Sonny, claro que sabemos qué hacer con los vagabundos como tú cuando les pillamos con un tesoro como éste que tengo aquí sobre mi escritorio... me refiero a los buenos chicos del lugar. Nadie quiere castigarles en serio, ¿sabes? Yo resolví

el dilema. Pónganles a trabajar en proyectos comunitarios en lugar de mandarles a la cárcel, dije. Los resultados fueron excelentes. Ahora el peor drogadicto de la comarca es el entrenador del equipo infantil de béisbol. Y lo hace muy bien, además.

Elliman parecía aburrido. Greg bajó repentinamente los pies con un ruido tremendo, cogió un florero con las siglas UNH que descansaba junto a él, y lo arrojó delante de la nariz de Sonny Elliman. Le erró por casi dos centímetros, atravesó la habitación dando vueltas en el aire, y se hizo trizas contra los archivos del rincón. Por primera vez Elliman se sobresaltó. Y el rostro de este Greg Stillson, mayor y más prudente, fue fugazmente el de su precursor más joven, el que había matado al perro a golpes.

–Será mejor que escuches cuando te hablo –dijo parsimoniosamente–. Porque lo que estamos discutiendo, aquí es lo que harás en los próximos diez años, más o menos. Si no quieres hacer carrera estampando la leyenda LIBRES o MORIR en las placas de los coches, te conviene escuchar, Sonny. Hazte cuenta que éste es tu primer día de escuela, Sonny. Aprende las cosas bien desde el principio. Sonny.

Elliman miró los fragmentos del florero hecho añicos, y después volvió a mirar a Stillson. Un sentimiento de auténtico interés había sustituido a su anterior calma inquieta. Ya hacía mucho que nada le interesaba realmente. Había optado por la cerveza porque estaba aburrido. Había acudido solo porque estaba aburrido. Y cuando este gigantón le había detenido, utilizando una luz azul titilante montada sobre el tablero de instrumentos de su auto familiar, Sonny Elliman había supuesto que tendría que habérselas con otro colaborador voluntario de la policía local, que protegía su territorio y hostigaba al peligroso motociclista que montaba una Harley-Davidson modificada. Pero este tipo era distinto. Era... era...

¡Está loco!, comprendió Sonny, súbitamente regocijado por el descubrimiento. De su pared cuelgan dos premios por servicios prestados a la comunidad y fotos que lo muestran disertando ante los rotarios y los leones, y es vicepresidente de la Jóven Cámara de Comercio de este pueblo de mierda y el año próximo será presidente, ¡y está loco como una cabra!.

–Está bien –asintió–. Le escucho atentamente.

–Mi carrera ha sido lo que se podría llamar desigual –le explicó Greg–. He subido, pero también he bajado. He tenido algunos roces con la justicia. Lo que quiero hacerte entender, Sonny, es que no tengo prejuicios contra ti. No soy como los otros nativos. Éstos leen en el Union-Leader lo que tú y tus amigos motociclistas estáis haciendo en Hampton este verano y les gustaría castrarte con una hojita Gillete oxidada.

–Ésos no son los Devil's Dozen –contestó Sonny–. Vinimos de un tirón desde el norte del estado de Nueva York para disfrutar de la playa, hombre. Estamos de vacaciones. No nos dedicamos a demoler tabernas. Hay una pandilla de Hell's Angels que anda jodiendo, y un grupo de Black Riders de New Jersey, ¿pero sabe quiénes son los principales responsables de todo? Un atajo de tipos salidos de la Universidad –Sonny frunció el labio–. Pero a los diarios no les gusta dar esas informaciones, ¿verdad? Prefieren colgarnos el sambenito a nosotros y no a Susie o Jim.

–Ustedes son mucho más pintorescos –dijo Greg plácidamente–. Y a Wilbur Loeb, del Union-Leader, no le gustan los clubes de motociclistas.

–Ese crápula pelado –masculló Sonny.

Greg abrió el cajón de su escritorio y extrajo una botellita chata de bourbon Leader's.

–Brindo por eso –exclamó–. Rompió el precinto y bebió la mitad del contenido de un

trago. Soltó una larga exhalación con los ojos aguachentos, y después tendió la botellita por encima del escritorio–. ¿Quieres?

Sonny terminó de vaciarla. Un fuego quemante le bulló desde el estómago hasta la garganta.

–Aclárese, hombre –jadeó.

Greg echó la cabeza hacia atrás y se rió.

–Nos entenderemos, Sonny. Presiento que nos entenderemos.

–¿Qué pretende? –insistió Sonny, sosteniendo la botellita vacía.

–Nada... por ahora. Pero tengo un presentimiento... –Los ojos de Greg se perdieron en la distancia, casi perplejos–. Te he dicho que soy un personaje importante en Ridgeway. La próxima vez que haya elecciones presentaré mi candidatura para el cargo de alcalde, y triunfaré. Pero eso...

–¿Será sólo el comienzo? –le interrumpió Sonny.

–Por lo menos será un punto de partida. –La expresión de perplejidad seguía allí–. Soy eficiente. La gente lo sabe. Las cosas que hago, las hago bien. Intuyo... que tengo un gran porvenir por delante. El cielo es el límite. Pero no estoy... muy seguro... de lo que quiero decir. ¿Sabes?

Sonny se limitó a encogerse de hombros.

La expresión de perplejidad se borró.

–Pero hay una fábula, Sonny. Una fábula acerca de un ratón que extrajo una espina de la zarpa de un león. Lo hizo en agradecimiento porque no lo hubiera comido pocos años atrás. ¿Conoces la fábula?

–Es posible que la haya oído cuando era pequeño.

Greg hizo un ademán de asentimiento.

–Bueno, estamos viviendo pocos años antes... de, lo que sea, Sonny –empujó las bolsitas de plástico hacia el otro extremo de la mesa–. No te voy a comer. Podría hacerlo si quisiera, ¿sabes? Un aprendiz de abogado no conseguiría sacarte de la cárcel. Con los tumultos que hay en Hampton a, menos de treinta kilómetros de aquí, ni el mejor jurista podría salvarte en Ridgeway. A esta buena gente le encantaría meterte entre rejas.

Elliman no respondió, pero sospechó que Greg tenía razón.

Ese cargamento de droga no contenía nada excepcional, pero a los padres colectivos de los buenos Susie y Jim les regocijaría verle picando piedra en Portsmouth, con el pelo cortado al rape.

–No te voy a comer –repitió Greg–. Espero que lo recuerdes dentro de pocos años si me clavo una espina en la zarpa... o si tengo un trabajo para ti. ¿No lo olvidarás?

La gratitud no figuraba en el limitado catálogo de sentimientos humanos de Sonny Elliman, pero el interés y la curiosidad sí figuraban. Stillson había despertado en él el uno y la otra. La demencia reflejada en sus ojos insinuaba muchas cosas, entre las cuales no se contaba el aburrimiento.

–¿Quién sabe dónde estaremos todos dentro de pocos años? –murmuró–. Podríamos estar todos muertos, hombre.

–Acuérdate de mí. Esto es lo único que te pido.

Sonny miró los fragmentos del florero roto.

–Le recordaré –asintió.

4.

Pasó el año 1971. Los tumultos de las playas de New Hampshire amainaron, y los rezongos de los empresarios de la zona fueron acallados por el engrosamiento de sus cuentas bancarias. Un individuo poco conocido que se llamaba George McGovern anunció con ridícula anticipación que presentaría su candidatura a la presidencia. Todos los que seguían el proceso político sabían que el candidato del partido Demócrata en 1972 sería Edmund Muskie, y no faltaban quienes pensaban que sería capaz de levantar en vilo al Duende de San Clemente para luego inmovilizarle sobre la lona del ring.

A comienzos de junio, justo antes de que empezaran las vacaciones de verano, Sarah volvió a encontrarse con el estudiante de Derecho. Ella estaba en el bazar Day, comprando una tostadora y él había ido a buscar un regalo para el aniversario de bodas de sus padres. Él le preguntó si quería acompañarle al cine: estaban proyectando en la ciudad la nueva película de Clint Eastwood, Dirty Harry. Sarah aceptó la ;evitación. Y los dos lo pasaron en grande. Walter Hazlett se había dejado la barba, y ya no se parecía tanto a Johnny. En verdad, le resultaba cada vez más difícil recordar cómo era Johnny. Su rostro sólo se le aparecía claramente en sueños, sueños en los que él se hallaba frente a la Rueda de la Fortuna, mirando cómo giraba, con expresión impasible y los ojos azules habían adquirido ese tono violeta oscuro tan desconcertante y un poco intimidatorio, contemplando la Rueda como si éste fuera su coto de caza particular.

Ella y Walt empezaron a verse con frecuencia. Era fácil entenderse con él. No tenía exigencias... o si las tenía, éstas eran de una naturaleza tan gradual que pasaban inadvertidas. En octubre le preguntó si podía comprarle un pequeño diamante. Sarah le pidió que la dejara reflexionar durante ese fin de semana. Ese sábado por la noche fue al Eastern Maine Medical Center, solicitó en la mesa de entradas un pase especial ribeteado de rojo, y subió a la unidad de cuidados intensivos. Permaneció una hora sentada junto al lecho de Johnny. Fuera, el viento de otoño ululaba en la oscuridad, augurando frío, augurando nieve, augurando una estación letal. Faltaban dieciséis días para que se cumpliera un año de la noche de la feria, de la Rueda, de la colisión frontal cerca de la marisma.

Permaneció sentada y escuchó el viento y contempló a Johnny. Le habían quitado los vendajes. La cicatriz nacía en su frente dos centímetros y medio por encima de la ceja derecha y seguía una trayectoria sinuosa bajo el borde de la cabellera. El pelo se le había puesto blanco, lo que le hizo pensar en el detective de ficción de las historias de la comisaría 87... Cotton Hawes, se llamaba. Para los ojos de Sarah no había sufrido ninguna degeneración, exceptuando la inevitable pérdida de peso. Era sencillamente un joven que apenas conocía, profundamente dormido.

Se inclinó sobre él y le besó suavemente en la boca, como si se pudiera invertir el cuento de hadas y su beso bastara para despertarlo. Pero Johnny se limitó a seguir durmiendo.

Sarah se fue, volvió a su apartamento de Veazie, se tumbó en la cama y lloró mientras el viento deambulaba por el mundo exterior, esparciendo a su paso su cosecha de hojas amarillas y rojas. El lunes le dijo a Walt que si quería comprarle un diamante –pequeño, eso sí– ella lo luciría con alegría y orgullo.

Ese fue el 1971 de Sarah Bracknell.

A comienzos de 1972, Edmund Muskie se echó a llorar mientras pronunciaba un vehemente discurso frente a las oficinas del hombre que Sonny Elliman había definido como «ese crápula pelado». George McGovern ganó las primarias y Loeb anunció

gozosamente en su diario que a la población de New Hampshire no le gustaban los llorones. En julio, McGovern fue designado candidato. En ese mismo mes Sarah Bracknell se convirtió en Sarah Hazlett. Ella y Walt se casaron en la Primera Iglesia Metodista de Bangor.

A menos de tres kilómetros de allí, Johnny Smith continuaba durmiendo. Y la imagen de él se le apareció a Sarah, súbita y pavorosamente, mientras Walt la besaba frente a los seres queridos que se habían congregado allí para la boda... Johnny, pensó Sarah, y le vio tal como le había visto cuando se habían encendido las luces, mitad Jekyll y mitad grotesco Hyde. Se puso rígida por un momento entre los brazos de Walt, y después desapareció. El recuerdo, la visión, lo que fuere, desapareció.

Tras muchas cavilaciones y discusiones con Walt, había invitado a la boda a los padres de Johnny. Herb concurrió solo. Durante la recepción, ella le preguntó si Vera estaba bien.

Herb miró en torno, observó que se habían quedado solos, y bebió rápidamente el whisky con soda que quedaba en el vaso. En los últimos dieciocho meses había envejecido cinco años, pensó ella. Le raleaba el pelo. Las arrugas de su rostro eran más profundas. Usaba gafas con el aire cuidadoso y afectado de las personas que empiezan a usarlas, y detrás de los cristales de ligera corrección sus ojos tenían una expresión recelosa y dolorida.

–No, sinceramente no está bien, Sarah. La verdad es que se halla en Vermont, en una granja. Esperando el fin del mundo.

–¿Cómo?

Herb le contó que seis meses atrás Vera había empezado a intercambiar correspondencia con un grupo que se autodenominaba Sociedad Norteamericana de los Últimos Tiempos. La sociedad estaba presidida por el señor Harry L. Stonkers, de Racine, Wisconsin, y su esposa. El señor y la señora Stonkers afirmaban que mientras andaban de camping les había recogido un platillo volante. Este los había transportado al cielo, que no se hallaba en la constelación de Orión sino en un planeta semejante a la Tierra que giraba alrededor de Arturo. Allí había convivido con la sociedad de los ángeles y habían visto el Paraíso. Los Stonkers habían recibido la noticia de que los últimos tiempos estaban próximos. Les habían conferido poderes telepáticos y habían sido despachados de regreso a la Tierra para que reclutaran un pequeño grupo de creyentes... para el primer vuelo al cielo, por así decir. Y así se habían congregado ellos diez, habían comprado una granja al norte de St. Johnsbury, y residían allí desde hacía unas siete semanas, esperando que el platillo bajara a buscarles.

–Parece... –empezó a decir Sarah, y entonces se calló.

–Sé qué es lo que parece –asintió Herb–. Parece demencial. La finca les costó nueve mil dólares. No es más que una casa destartalada con menos de una hectárea de matorrales. La participación de Vera fue de setecientos dólares... todo lo que consiguió reunir. Sólo podría haberlo impedido si la hubiera internado en un instituto psiquiátrico –hizo una pausa y después sonrió–. Pero éste no es un tema de conversación para el día de tu boda, Sarah. Tú y tu compañero disfrutareis de lo mejor. Lo sé.

Sarah hizo todo lo posible por devolverle la sonrisa.

–Gracias, Herb. ¿Piensas... quiero decir, crees que ella...?

–¿Volverá? Oh, sí. Si en invierno no se acaba el mundo, creo que volverá.

–Oh, sólo puedo desearte lo mejor –exclamó, y le abrazó.

5.

La granja de Vermont no tenía caldera, y cuando el platillo aún no había llegado a fines de octubre, Vera volvió a casa. El platillo no había venido, dijo, porque ellos aún no eran perfectos... no habían incinerado la hez superflua y pecaminosa de sus vidas. Pero se sentía realzada y espiritualmente exaltada. Había tenido una señal en un sueño. Quizá no estaba destinada a remontarse al cielo en un platillo. Estaba cada vez más convencida de que la necesitarían para guiar a su hijo, para señalarle el camino justo, cuando saliera de su trance.

Herb la acogió, la amó lo mejor que pudo, y la vida continuó. Hacía dos años que Johnny estaba en coma.

6.

Nixon asumió la presidencia por segunda vez. Los chicos norteamericanos empezaron a regresar de Vietnam. Walter Hazlett rindió examen en el foro y lo exhortaron a rendirlo nuevamente más adelante. Sarah Hazlett seguía dando clases mientras él se afanaba con sus pruebas. Los estudiantes que cuando ella había empezado a enseñar habían sido principiantes medios y torpes ya eran alumnos de tercer año. A las chicas de tórax liso se les había desarrollado el busto. Los novatos que no habían sabido orientarse por el edificio jugaban ahora al baloncesto en el equipo de primera categoría que representaba a la escuela.

La segunda guerra árabe-israelí empezó y llegó a su fin. El boicot petrolero empezó y llegó a su fin. El precio de la gasolina se disparó y no volvió a bajar. Vera Smith se convenció de que Cristo saldría de debajo de la tierra en el Polo Sur. Esta certidumbre descansaba sobre un nuevo panfleto (diecisiete páginas, precio 4,50 dólares) titulado God's Tropical Underground, o sea, «El subterráneo tropical de Dios». La asombrosa hipótesis del panfletista consistía en que el cielo estaba en realidad bajo nuestros pies y en que la vía de acceso más fácil era el Polo Sur. Una de las secciones del panfleto trataba sobre «Experiencias parapsicológicas de los exploradores del Polo Sur».

Herb le recordó que menos de un año atrás ella había estado convencida de que el cielo se hallaba en algún punto del espacio exterior, muy probablemente girando en torno de Arturo.

–Ciertamente me resultaría mucho más fácil creer aquello que esta absurda patraña sobre el Polo Sur –le dijo–. Al fin y al cabo, la Biblia dice que el cielo está en el firmamento. Ese lugar tropical situado bajo tierra está presuntamente...

–¡Basta! exclamó ella enérgicamente, con los labios apretados hasta formar una fina línea blanca–. No tienes por qué burlarte de lo que no entiendes.

–No me burlaba, Vera –respondió Herb afablemente.

–Dios sabe por qué el descreído hace escarnio y el pagano se enfurece –afirmó ella.

Tenía ese brillo inexpresivo en sus ojos. Estaban sentados a la mesa de la cocina, Herb con un viejo perno en J de fontanería frente a él, Vera con una pila de números antiguos de la National Geographic que había reunido para buscar fotos y crónicas del Polo Sur. Fuera, las nubes inquietas se desplazaban de Oeste a Este y las hojas llovían de los árboles. Corrían los primeros días de octubre, y octubre siempre parecía ser el mes que peor le sentaba. Era el mes en que ese brillo inexpresivo aparecía en sus ojos con más frecuencia y perduraba más tiempo. Y era siempre en octubre cuando los pensamientos

de él se encauzaban alevosamente hacia la posibilidad de abandonarles a los dos. A su esposa, que tal vez reunía las condiciones necesarias para hacerla declarar loca, y a su hijo dormido, que probablemente ya estaba muerto desde el punto de vista de cualquier definición práctica. Precisamente en ese momento había estado haciendo girar el perno en J entre sus manos mientras miraba el cielo convulsionado por la ventana y pensaba: Podría levantar el campamento. Bastaría con arrojar mis cosas a la caja de la camioneta y partir. Rumbo a Florida, quizás. A Nebraska. A California. Un buen carpintero puede ganarse la vida en cualquier maldito lugar. Sólo tendría que levantarme y partir.

Pero sabía que no lo haría. Se trataba sencillamente de que octubre era el mes en que a él le tocaba pensar en huir, así como parecía ser el mes en que a Vera le tocaba descubrir alguna nueva vía de comunicación con Jesús y de eventual salvación para el único hijo que había podido nutrir en su matriz defectuosa.

Entonces estiró la mano sobre la mesa y cogió la de ella, que era delgada y atrozmente huesuda: la mano de una anciana. Vera alzó la vista, sorprendida.

–Te amo mucho, Vera –dijo Herb.

Ella le devolvió la sonrisa, y por un instante se pareció extraordinariamente a la chica que había cortejado y conquistado, la chica que le había amenazado con un cepillo de pelo en su noche de bodas. Era una sonrisa mansa, con sus ojos fugazmente despejados, tiernos y enamorados como retribución. Fuera, el sol irrumpió desde atrás de una nube voluminosa, se zambulló detrás de otra y volvió a asomar, proyectando grandes sombras que corrían por el campo.

–Lo sé, Herbert. Y yo te amo a ti.

Herb apoyó su otra mano sobre la de ella y la apretó.

–Vera.

–¿Sí? –Sus ojos estaban tan claros... de pronto ella estuvo con él, totalmente con él, y esto le hizo comprender a Herb que durante los últimos tres años se habían distanciado espantosamente.

–Vera, si no despertara nunca... que Dios no lo permita, pero si fuera así... seguiremos teniéndonos el uno al otro, ¿no es cierto? Quiero decir...

Ella zafó bruscamente su mano. Las dos de él, que la habían estado reteniendo suavemente, se quedaron vacías.

–Jamás digas eso. Jamás digas que Johnny no despertará.

–Sólo quise...

–Claro que va a despertar –prosiguió ella, y miró por la ventana en dirección al campo, donde las sombras continuaban pasando y pasando–. Es el destino que Dios le ha reservado. Oh, sí. ¿Piensas que no lo sé? Lo sé, créeme. Dios le reserva grandes portentos a Johnny. Lo he oído interiormente.

–Sí, Vera –asintió él–. Está bien.

Los dedos de ella buscaron a tientas los ejemplares del National Geographic, los encontraron, y empezaron a hojearlos de nuevo.

–Lo sé –repitió Vera, con tono infantil, petulante.

–Está bien –respondió él parsimoniosamente.

Vera miró las revistas. Herb apoyó el mentón sobre las palmas de las manos y contempló los juegos de luces y sombras en el campo, y pensó que el invierno llegaba muy pronto después del dorado y traicionero octubre. Deseó que Johnny muriera. Había amado al chico desde el principio. Había visto el asombro reflejado en su carita cuando

había llevado una diminuta rana arbórea hasta su cochecito y había depositado el minúsculo ser viviente en las manos del niño. Le había enseñado a pescar, o a patinar y a cazar. Había pasado toda la noche sentado junto a su cama durante un tremendo acceso de gripe en 1951, cuando la temperatura del niño había subido más allá de los vertiginosos cuarenta y un grados. Había ocultado sus lágrimas con la mano cuando Johnny se había ganado el derecho a pronunciar el discurso de bienvenida en la escuela secundaria y lo había recitado de memoria sin un traspié. Tenía tantos recuerdos de él... le había enseñado a conducir, había navegado con él en la proa del Bolero cuando fueron un año de vacaciones a Nova Scotia, y entonces Johnny tenía ocho años y reía excitado por el rolar de la embarcación... le había ayudado a hacer sus deberes, le había ayudado a construir su casa en la copa de un árbol, le había ayudado a aprender el manejo de su brújula Silva cuando había sido boy scout. Todos los recuerdos se agolpaban sin orden cronológico. Johnny era el único común denominador; Johnny a la hora de descubrir el mundo que al final lo había lisiado tan espantosamente. Y ahora deseaba que Johnny muriera, vaya si lo deseaba, que muriera, que su corazón cesara de latir, que las últimas ondas bajas del electroencefalograma se nivelaran totalmente, que se extinguiera sencillamente como una vela derretida en un charco de cera, que muriera y les devolviera a ellos la libertad.

7.

El vendedor de pararrayos llegó a la taberna Cathy's, en Somersworth, New Hampshire, en las primeras horas de la tarde de un abrasador día de verano, cuando había pasado menos de una semana desde el 4 de julio de aquel año 1973; y en algún lugar no muy lejano acechaban, quizá, tormentas que sólo esperaban el momento de nacer en el caluroso hueco de las corrientes térmicas ascendentes.

Tenía mucha sed, y se había detenido en Cathy's para saciarla con dos cervezas, no para hacer una venta. Pero empujado por la fuerza de la costumbre levantó la vista hacia el techo del edificio bajo, estilo hacienda, y la línea continuada que vio recortada contra el lacerante cielo metálico le hizo volver sobre sus pasos en busca de la desgastada maleta de ante donde transportaba sus muestras.

Dentro, la taberna estaba oscura, fresca y silenciosa, si se exceptuaba el rumor amortiguado del televisor en colores adosado a la pared. Había unos pocos clientes habituales, y el propietario estaba detrás de la barra, siguiendo las alternativas de «As The World Turns» junto con sus parroquianos.

El vendedor de pararrayos se instaló sobre un taburete de la barra y depositó el maletín de muestras sobre el taburete de su izquierda. El propietario se acercó.

–Hola, amigo. ¿Qué toma?

–Una. Bud –respondió el vendedor de pararrayos–. Y sírvase otra usted, si quiere.

–Siempre quiero –dijo el propietario. Volvió con dos cervezas, cogió el dólar del vendedor y dejó tres monedas de diez centavos sobre la barra–. Bruce Carrick –se presentó, y tendió la mano.

El vendedor de pararrayos la estrechó.

–Mi nombre es Dohay –anunció–. Andrew Dohay –y vació la mitad de su cerveza.

–Mucho gusto –asintió Carrick. Se alejó para servirle otro Tequila Sunrise a una joven de facciones duras, y después volvió a donde estaba Dohay.

–¿Forastero?

–Sí –contestó Dohay–. Vendedor.

Miró en torno.

-¿Siempre hay tanto silencio?

–No. Esto se anima los fines de semana y en el ínterin viene bastante gente. Con lo que ganamos dinero es con las fiestas privadas... cuando lo ganamos. No me muero de hambre pero tampoco conduzco un Cadillac –señaló el vaso de Dohay con un dedo que parecía una pistola–. ¿Vuelvo a llenárselo?

–Y otro para usted, señor Carrick.

–Bruce –se rió–. Sospecho que quiere venderme algo.

Cuando Carrick volvió con las cervezas, el vendedor de pararrayos dijo:

–Entré aquí para sacudirme el polvo, no para vender nada. Pero ahora que usted lo menciona... –levantó el maletín y lo depositó sobre la barra con un movimiento experto–. Algo tintineó en su interior.

–Lo sabía –exclamó Carrick, y se rió nuevamente.

Dos de los parroquianos habituales de la tarde, un viejo con una verruga en el párpado derecho y un hombre más joven con una chaqueta militar gris, de campaña, se aproximaron para curiosear lo que vendía Dohay. La mujer de facciones duras continuó mirando «As The World Turns».

Dohay extrajo tres pararrayos: uno largo con una bola de bronce en el extremo, otro más corto, y un tercero con conductores de porcelana.

–Qué demonios... –murmuró Carrick.

–Pararrayos –explicó el parroquiano viejo, y se rió con una suerte de cacareo–. Quiere salvar este antro de perdición de la cólera de Dios, Bruce. Será mejor que le escuches.

Volvió a reír, y el hombre de la chaqueta gris le imitó. Las facciones de Carrick se ensombrecieron y el vendedor de pararrayos comprendió que acababa de esfumarse cualquier posibilidad que pudiera haber tenido de concretar una transacción. Era un buen vendedor, suficientemente apto para comprender que a veces se producía una confluencia tan extraña como ésa de personalidad y circunstancias, la cual desbarataba cualquier posibilidad de materializar una operación aun antes de que él tuviera oportunidad de enunciar sus argumentos. Se resignó filosóficamente y de todas maneras se embarcó en su arenga, empujado sobre todo por la fuerza de la costumbre.

–Al apearme de mi auto, observé que este magnífico establecimiento no se halla equipado con conductores de rayos... y que está construido de madera. Pues bien, por un módico precio, y con grandes facilidades de crédito si usted así lo desea, puedo garantizarle que...

—Que aquí caerá un rayo hoy a las cuatro de la tarde –completó con una sonrisa el hombre de la chaqueta gris. El parroquiano viejo volvió a cacarear.

–No lo tome a mal, señor –dijo Carrick–, ¿pero ve eso? –señaló un clavo dorado hincado en una pequeña placa de madera contigua al televisor, cerca de la refulgente hilera de botellas. Del clavo colgaba un manojo de papeles–. Todas esas son facturas. Debo pagarlas antes del día 15 de este mes. Y después las anoto en tinta roja. ¿Ve cuántos parroquianos beben aquí en este momento? Debo ser prudente. Debo...

–No le disgustaría –acotó el parroquiano viejo–. Cobraría el seguro y se iría a Florida. ¿No es así, Bruce?

Carrick miró fastidiado al viejo.

–Bueno, entonces hablemos de seguros –terció el vendedor de pararrayos. El hombre

de la chaqueta gris se había burlado y se había ido–. Las primas de sus pólizas se reducirán...

–Es un seguro general –le interrumpió Carrick secamente–. Escuche, sencillamente no puedo permitirme ese desembolso. Lo siento. Si volviera el año próximo...

–Bueno, quizás eso es lo que haré –respondió el vendedor de pararrayos, dándose por vencido–. Quizás eso es lo que haré.

Nadie creía que pudiera alcanzarlo un rayo, hasta que el rayo lo alcanzaba. Este era un factor que siempre debía considerar en su profesión. Era imposible hacerle entender a un tipo como Carrick que ése era el seguro contra incendios más barato. Pero Dohay era un filósofo. Al fin y al cabo, no había mentido al decir que había entrado allí para sacudirse el polvo.

Para demostrarlo, y para demostrar que no guardaba rencor, pidió otra cerveza. Pero esta vez no convidó a Carrick.

El parroquiano viejo se sentó en el taburete contiguo al suyo.

–Hace aproximadamente diez años a un tipo le cayó encima un rayo en el campo de golf –evocó–. Lo hizo mierda. A él sí que le habría convenido llevar un pararrayos en la cabeza, ¿no le parece? –cacareó, y exhaló una ráfaga de aliento rancio, impregnado de cerveza, en la cara de Dohay. Este sonrió dubitativamente–. Todas las monedas que tenía en el bolsillo se fundieron y formaron una sola masa. Así me lo contaron. El rayo es un fenómeno muy curioso. Ya lo creo. Ahora bien, recuerdo que una vez...

Muy curioso, reflexionó Dohay, mientras dejaba, que las palabras del viejo le resbalaran inofensivamente por encima, y asintiendo por instinto en los momentos oportunos. Sí, muy curioso, porque no discrimina sobre quién ni sobre qué cae. Ni cuándo cae.

Terminó la cerveza y salió, llevando consigo su maleta de seguros contra la ira de Dios... quizá los únicos que se habían inventado. La ola de calor le golpeó como un martillo, pero igualmente se detuvo un momento en el aparcamiento casi desierto, y miró el caballete ininterrumpido del techo. Diecinueve dólares noventa y cinco, veintinueve noventa y cinco el modelo más caro, y el hombre no podía hacer el desembolso. Se ahorraría setenta dólares el primer año en su seguro total, pero no podía hacer el desembolso... y delante de esos payasos que lo tomaban todo a chacota no había podido explicarle que se equivocaba.

Quizás algún día se arrepentiría.

El vendedor de pararrayos montó en su Buick, activó el dispositivo de aire acondicionado y enfiló hacia el Oeste por Concord y Berlin, con el maletín de muestras a su lado, sobre el asiento, adelantándose a cualesquiera tormentas que el viento pudiese estar azuzando a sus espaldas.

8.

A comienzos de 1974, Walt Hazlett aprobó sus exámenes de ingreso en el foro. Walt y Sarah organizaron una fiesta para todos los amigos de él, los amigos de ella y los amigos comunes: más de cuarenta personas en total. La cerveza fluyó como agua, y cuando terminó la fiesta Walt dijo que podían considerarse muy afortunados de que los vecinos no los hubieran hecho expulsar. Cuando se hubieron ido los últimos invitados (a las tres de la mañana), Walt volvió de la puerta del apartamento y encontró a Sarah en el dormitorio, desnuda. Lo único que conservaba encima eran los zapatos y los pendientes

de pequeños diamantes que él le había regalado para su cumpleaños, a costa de empeñarse. Hicieron el amor no una sino dos veces antes de sumirse en un sueño pesado del que despertaron a primera hora del mediodía, con una resaca paralizante. Aproximadamente seis semanas más tarde Sarah descubrió que estaba embarazada. Ninguno de los dos dudó jamás de que la concepción se había producido la noche de la gran fiesta.

En Washington acorralaban poco a poco a Richard Nixon, que estaba enredado en una maraña de cintas magnetofónicas. En Georgia, un cultivador de cacahuetes, ex marino y actual gobernador, que se llamaba James Earl Carter, había empezado a conversar con algunos amigos íntimos acerca de la posibilidad de optar al cargo que el señor Nixon no tardaría en dejar vacante.

En la habitación 619 del Eastern Maine Medical Center, Johnny Smith continuaba durmiendo. Había empezado a colocarse en posición fetal.

El doctor Strawns, el médico que había conversado con Herb, Vera y Sarah en la sala de conferencias un día después del accidente, había muerto quemado a fines de 1973. Su casa se había incendiado el 26 de diciembre. Según el veredicto del servicio de bomberos de Bangor, el incendio había sido provocado por unos ornamentos defectuosos del árbol de Navidad. Otros dos médicos, los doctores Weizak y Brown, se interesaron por el caso de Johnny.

Cuatro días antes de que renunciara Nixon, Herb Smith cayó en los cimientos de una casa que estaba construyendo en Gray, aterrizó sobre una carretilla, y se fracturó la, pierna. El hueso tardó mucho en soldarse, y nunca volvió realmente a su estado normal. Herb cojeaba, y empezó a usar un bastón los días húmedos. Vera rezaba por él y le acosaba para que cada noche, al acostarse, se envolviera la pierna en un paño que el reverendo Freddy Coltsmore, de Bessemer, Alabama, había bendecido personalmente. El Paño Bendito de Coltsmore (como lo llamaba Herb) costaba treinta y cinco dólares. El saberlo no le producía ningún provecho.

A mediados de octubre, poco después de que Gerald Ford indultara al ex presidente, Vera volvió a tener la certeza de que se aproximaba nuevamente el fin del mundo. Herb descubrió a tiempo lo que se proponía hacer: había tomado recaudos para donar a la Sociedad Norteamericana de los últimos Tiempos el escaso dinero y los pocos ahorros que habían reunido desde el accidente de Johnny. Vera había intentado poner la casa en venta, y había concertado un acuerdo con una sociedad filantrópica que dos días más tarde enviaría un camión para recoger todos los muebles. Herb se enteró de ello cuando el agente de propiedades le telefoneó para preguntar si un posible comprador podía ir a ver la casa por la tarde.

Por primera vez se enfadó realmente con Vera.

–En nombre de Dios, ¿qué te imaginas que estás haciendo? –bramó, después de sonsacarle hasta los últimos pormenores de la increíble historia. Estaban en la sala. Él acababa de telefonear a la sociedad filantrópica para decir que suspendiera el envío del camión. Fuera, la lluvia caía formando una monótona cortina gris.

–No tomes en vano el nombre del Salvador, Herbert. No...

–¡Cállate! ¡Cállate! ¡Estoy harto de oírte desvariar sobre esa bazofia!.

Vera contuvo una exclamación de asombro.

Herb cojeó hacia ella, golpeando el suelo con el bastón a modo de contrapunto. Vera se acurrucó un poco en su silla y le miró con esa dulce expresión de mártir que le

despertaba deseos –y que Dios le perdonara– de asestarle un garrotazo en la cabeza con su propio condenado bastón.

–No estás loca hasta el punto de no saber lo que haces –espetó Herb–. No tienes esa excusa. Conspiras a mis espaldas, Vera. Tú...

–¡No! ¡Mientes! No hice...

–¡Lo has hecho! –rugió él–. Bueno, ahora escúchame, Vera. Aquí es donde fijo el límite. Reza todo lo que quieras. Rezar no cuesta nada. Escribe todas las cartas que se te antojen. Un sello de correos sólo cuesta trece centavos. Si deseas zambullirte en las vulgares patrañas de mierda que te endilgan esos charlatanes religiosos, y si deseas perseverar en los desvaríos y las quimeras, allá tú. Pero no me mezcles a mí. Recuérdalo. ¿Me entiendes?

–Padre-nuestro-que-estás-en-los-cielos-santificado...

–¿Me entiendes?

–¡Crees que estoy loca! –vociferó ella, con las facciones espantosamente arrugadas y crispadas. Prorrumpió en el ululante y atroz llanto de la derrota y la desilusión totales.

–No –respondió Herb, con tono más circunspecto–. Aún no. Pero quizás ha llegado la hora de hablar claramente, Vera, y lo cierto es que creo que si no cambias de actitud y empiezas a enfrentar la realidad, perderás la chaveta.

–Ya verás –murmuró ella, entre sus lágrimas–. Ya verás. Dios sabe la verdad pero espera.

–Me conformo con que entiendas que no le regalaré nuestros muebles mientras espera –sentenció Herb hoscamente–. Me conformo con que nos pongamos de acuerdo en eso.

–¡Vivimos en los últimos Tiempos! –exclamó Vera–. Se aproxima el Apocalipsis.

–¿De veras? Con eso y quince centavos te podrías pagar una taza de café, Vera.

Fuera la lluvia caía sistemáticamente. Ése fue el año en que Herb cumplió cincuenta y dos, Vera cincuenta y uno, y Sarah Hazlett veintisiete.

Hacía cuatro años que Johnny estaba en coma.

9.

El niño nació en la noche de la Víspera de Todos los Santos. La contracciones de Sarah duraron nueve horas. Le hacían aspirar breves bocanadas de gas cuando las necesitaba, y en una circunstancia extrema se le ocurrió pensar que estaba en el mismo hospital que Johnny y le llamó a gritos una y otra vez. Después apenas recordó este detalle, y ciertamente nunca se lo mencionó a Walt. Pensó que quizá lo había soñado.

Fue un varón. Lo llamaron Dennis Edward Hazlett. Dennis y su madre se fueron a casa tres días más tarde y Sarah reanudó sus clases después de la jornada festiva del Día de Acción, de Gracias. Walt ; había conseguido un puesto aparentemente remunerador en un bufete de Bangor, y si todo marchaba bien Sarah dejaría el colegio en junio de 1975. Ella no estaba muy segura de que esta idea la entusiasmase. Se había encariñado con su profesión.

10.

El primer día de 1975, dos críos pequeños, Charlie Norton y Norm Lawson, ambos de Otisfield, Maine, estaban librando una batalla con bolas de nieve en la parte de atrás de la casa de los Norton. Charlie tenía ocho años, y Norm nueve. El cielo estaba encapotado , y lloviznaba.

Norm, intuyó que se aproximaba el fin de la batalla –era casi la hora de comer– y arremetió contra Charlie, lanzándole una andanada de bolas de nieve. Al principio Charlie se vio obligado a retroceder, mientras reía y se agachaba, y después dio media vuelta, echó a correr y saltó el pequeño muro de piedra, que se levantaba entre la casa de los Norton y el bosque. Bajó corriendo por el sendero que conducía hacia el arroyo Strimmer. Mientras se alejaba, Norm le acertó de lleno en la parte posterior de su capucha.

Entonces Charlie se perdió de vista.

Norm traspuso el muro y se quedó un momento inmóvil, escudriñando el bosque nevado y escuchando el goteo del agua que se desprendía de los abedules, pinos y abetos.

–¡Vuelve, gallina! –gritó Norm, y emitió una serie de cacareos agudos.

Charlie no le hizo caso. Ahora no había señales de él, pero el sendero bajaba en una pendiente empinada hacia el arroyo. Norm volvió a cacarear y desplazó su peso de un pie a otro. Ese era el bosque de Charlie, no el suyo. El territorio de Charlie. A Norm le encantaba una buena batalla con bolas de nieve cuando él triunfaba, pero no tenía muchas ganas de bajar allí si Charlie estaba emboscado, con media docena de proyectiles de nieve apelmazada listos para arrojárselos.

Sin embargo había avanzado media docena de pasos por el sendero cuando se alzó desde abajo un alarido estridente, jadeante.

Norm Lawson se quedó tan helado como la nieve en la que estaban implantadas sus botas de goma verde. Las dos bolas de nieve que empuñaba se le desprendieron de las manos y reventaron en el suelo. El alarido volvió a vibrar, apenas audible por lo agudo.

Madre mía, se cayó en el arroyo, pensó Norm, y esta idea despejó la parálisis del miedo. Corrió por el sendero, resbalando y patinando, y en una ocasión se cayó sentado. Las palpitaciones del corazón le rugían en los oídos. Antes de caer por tercera vez imaginó con una fracción de su mente que sacaría a Charlie del arroyo y que las revistas infantiles le describirían como un héroe.

En el último tramo de la pendiente el sendero describía un recodo, y cuando Norm lo sorteó vio que al fin y al cabo Charlie Norton no había caído en el arroyo Strimmer. Estaba plantado allí donde el sendero se nivelaba y miraba algo que yacía en la nieve parcialmente derretida. La capucha de su anorak había caído hacia atrás y su rostro estaba casi tan blanco como la misma nieve. Al oír que se aproximaba Norm, volvió a emitir ese sobrecogedor grito jadeante.

–¿Qué pasa? –preguntó Norm, acercándose–. ¿Qué ocurre de malo, Charlie?

Charlie se volvió hacia él, con los ojos desencajados y la boca abierta. Intentó hablar pero de sus labios sólo brotaron dos gruñidos incoherentes y un hilo plateado de saliva. En cambio señaló con el dedo.

Norm se acercó más y miró. De pronto se le aflojaron las piernas y se sentó bruscamente. El mundo giró alrededor de él.

De la nieve semiderretida sobresalían dos piernas enfundadas en vaqueros. Un pie estaba calzado en un mocasín; pero el otro estaba desnudo, blanco, indefenso. Un brazo asomaba de la nieve, y la mano que lo remataba parecía suplicar un rescate que nunca había llegado. El resto del cuerpo seguía piadosamente oculto.

Charlie y Norm habían descubierto el cadáver de Carol Dunbarger, de diecisiete años, la cuarta víctima del estrangulador de Castle Rock.

Hacía casi dos años que había matado por última vez y los habitantes de Castle Rock

(el arroyo Strimmer formaba el límite sur entre las ciudades de Castle Rock y Otisfield) habían empezado a serenarse, pensando que la pesadilla había terminado.

Craso error.

Capítulo 6

1.

Once días después del hallazgo del cadáver de la joven Dunbarger, se desencadenó sobre New England una tormenta de aguanieve y granizo. En razón de ello todo funcionaba con un poco de atraso en el sexto piso del Eastern Maine Medical Center. Muchos miembros del personal habían tropezado con dificultades para llegar al hospital y los que habían llegado debían hacer un esfuerzo adicional para compensar así las ausencias.

Eran las nueve y pico de la mañana cuando una de las asistentes, una joven llamada Allison Conover, le sirvió un desayuno ligero al señor Starret. Éste se recuperaba de un infarto y aquél era ya su «decimosexto día» en la unidad de cuidados intensivos: una estancia de dieciséis días después de un infarto era normal. El señor Starret evolucionaba favorablemente. Se hallaba en la habitación 619, y le había dicho en privado a su esposa que el mayor incentivo para su recuperación era la perspectiva de alejarse del cadáver viviente que ocupaba la segunda cama del cuarto. El susurro constante del respirador del pobre hombre no le dejaba dormir en paz, le explicó. Después de un tiempo llegabas al extremo de no saber si preferías que siguiera susurrando... o que se detuviera.

Cuando entró Allison, el televisor estaba encendido. El señor Starret se hallaba sentado en la cama, con el mando remoto en una mano. Había terminado «Today» y el señor Starret aún no se había decidido a quitar «My Back Yard», el programa de dibujos animados que seguía a continuación. Eso le habría dejado a solas con el ruido del respirador de Johnny.

–Esta mañana pensé que no vendría –comentó el señor Starret, mientras miraba sin mucho entusiasmo la bandeja del desayuno, con su cargamento de zumo de naranja, yogur natural, y copos de trigo. Lo que realmente anhelaba eran dos huevos saturados de colesterol, poco fritos y exudando mantequilla, acompañados por cinco tajadas de tocino no demasiado crujiente. El menú responsable, en verdad, de que estuviera allí. Por lo menos según su médico, ese cabeza de chorlito.

–Hoy hace muy mal tiempo –respondió Allison concisamente. Seis pacientes ya le habían dicho que pensaban que no vendría, y la frase estaba gastada. Allison era una chica amable, pero esa mañana se sentía apremiada.

–Oh, lo siento –murmuró el señor Starret humildemente–. Supongo que las carreteras están en malas condiciones. ¿verdad?

Ya lo creo –asintió Allison, un tanto apaciguada–. Si hoy no hubiera contado con el jeep de mi marido, que tiene tracción en las cuatro ruedas, no habría podido venir.

El señor Starret pulsó el botón que levantaba su cama para así poder desayunarse cómodamente. El motor eléctrico que la elevaba y la bajaba era pequeño pero ruidoso. El volumen del televisor también estaba muy alto... el señor Starret era un poco sordo, y como le había dicho a su esposa el tipo de la cama vecina nunca se había quejado por el volumen adicional. Tampoco le había dicho que quería ver los programas de los otros

canales. Probablemente ése era un chiste de mal gusto, pero, cuando has tenido un infarto y has terminado compartiendo la habitación con un vegetal humano, aprendes un poco de humor negro o te vuelves loco.

Allison alzó ligeramente la voz para hacerse oír por encima del zumbido del motor y del ruido del televisor, mientras terminaba de colocar la bandeja del señor Starret.

–Había coches en la cuneta, a todo lo largo de la carretera que sube y baja la loma de State Street.

En el lecho vecino Johnny Smith dijo en voz queda:

–Todo al diecinueve. Decídase en un sentido u otro. Mi chica está indispuesta.

–Sabe una cosa, este yogur no es tan malo –comentó el señor Starret. Aborrecía el yogur, pero no quería que lo dejaran solo hasta que fuera absolutamente indispensable. Cuando estaba solo no hacía más que tomarse el pulso–. Sabe un poco a nuez silvestre...

–¿Ha oído algo? –preguntó Allison. Miró dubitativamente en torno.

El señor Starret soltó el mando del costado de la cama y el zumbido del motor eléctrico se extinguió. En la pantalla del televisor, Elmer Fudd le disparó a Bugs Bunny y erró.

–Sólo el televisor –respondió el señor Starret–. ¿Me he perdido algo?

–Nada, supongo. Debió de ser el viento en la ventana.

Allison sintió el comienzo de una jaqueca de tensión –demasiado trabajo y poca gente para prestarle ayuda– y se frotó las sienes, como si quisiera alejar el dolor antes de que éste asentara firmemente.

Antes de salir hizo una pausa y miró fugazmente al hombre de la otra cama. ¿Tenía un aspecto ligeramente distinto? ¿Cómo si hubiera modificado su posición? Claro que no.

Allison salió de la habitación y se alejó por el pasillo, empujando el carrito de los desayunos. Fue una mañana atroz, como ella lo había previsto. Todo estuvo desquiciado y al mediodía le retumbaba la cabeza. Era comprensible que hubiese olvidado cualquier cosa que pudiera haber oído en la habitación 619.

Pero en los días siguientes algo la indujo a mirar cada vez con más frecuencia a Smith, y hacia el mes de marzo Allison ya estaba casi convencida de que se había enderezado ligeramente, de que había salido un poco de lo que los médicos denominaban la posición pre-fetal. No mucho... sólo un poco. Pensó comentarlo con alguien, pero al fin no lo hizo. Después de todo no era más que una asistente, apenas algo más que una pinche de cocina.

Realmente no era nada de su incumbencia.

2.

Supuso que era un sueño.

Estaba en un lugar oscuro, tenebroso... una especie de corredor. El techo estaba demasiado alto y no lo veía. Se perdía en las sombras. Las paredes eran de acero cromado, oscuro. A medida que subían se expandían hacia afuera. Estaba solo, pero una voz flotaba hasta él, como si llegara desde muy lejos. Una voz que conocía pronunciaba palabras que le habían dicho en otro lugar, en otra época. La voz le asustaba. Era una voz plañidera y perdida, y rebotaba contra ese oscuro acero cromado como, un pájaro prisionero que recordaba de su infancia. El pájaro se había introducido volando en el cobertizo de herramientas de su padre y no había sabido salir. Se había espantado y había seguido revoloteando de un lado a otro, piando aterrorizado, golpeándose contra las paredes hasta morir. Esta voz tenía la misma modulación desahuciada que el piar de

aquel pájaro lejano. Nunca iba a poder escapar de allí.

«Uno planifica toda su existencia y hace lo que puede –gemía la voz espectral–. Uno sólo quiere darle lo mejor, y el chico vuelve a casa con una melena que le llega al culo y dice que el Presidente de los Estados Unidos es un cerdo. ¡Un cerdo! Mierda, yo no ... »

Cuidado, quería gritar él. Quería alertar a la voz, pero estaba mudo. ¿De qué debía cuidarse? No lo sabía. Ni siquiera sabía con certeza quién era él, aunque sospechaba que alguna vez había sido maestro o predicador.

«¡Jeeeeesús! –gritaba la voz lejana. La voz perdida, desahuciada, ahogada–. Jeeee... »

Luego el silencio. Los ecos se apagaban. Entonces, al cabo de un rato, volvería a empezar.

Así que después de un tiempo –no sabía cuánto, porque allí el tiempo no parecía tener sentido ni importancia– empezó a avanzar a tientas por el corredor, gritando a su vez (o quizá sólo gritando mentalmente), a lo mejor con la esperanza de que él y el dueño de la voz pudieran encontrar la salida juntos, a lo mejor sólo con la esperanza de suministrar un poco de consuelo y de recibir otro tanto como retribución.

Pero la voz seguía alejándose cada vez más, más tenue y débil... (lejana y pequeña) hasta reducirse al eco de un eco. Y entonces desaparecía. Ahora él estaba solo y caminaba por ese lúgubre y desierto corredor 'de sombras. Y empezaba a parecerle que no se trataba de una ilusión ni de una alucinación ni de un sueño... por lo menos no de un sueño común. Era como si hubiera entrado en el limbo, en un extraño pasaje que unía el mundo de los vivos con el de los muertos. ¿Pero hacia qué extremo se desplazaba?

Empezaron a volver los recuerdos. Recuerdos inquietantes. Parecían fantasmas que se sumaban a su deambular, que se colocaban a ambos lados de él, delante de él, hasta rodearle en un círculo macabro... describe tres círculos alrededor de él y unge sus ojos con santo pavor, ¿decía así el texto? Casi las veía. Todas las voces susurrantes del purgatorio. Había una Rueda que giraba y giraba en la noche, una Rueda del Futuro, rojo y negro, vida y muerte, aminorando la marcha, ¿A qué había apostado? No lo recordaba y debería recordarlo, porque lo que estaba en juego era su existencia. ¿Dentro o fuera? Tenía que ser lo uno o lo otro. Su chica estaba indispuesta. Debía llevarla a casa.

Después de un tiempo, el pasillo empezó a parecer más luminoso. Al principio pensó que eso era obra de su imaginación, una especie de sueño, dentro de otro sueño si ello era posible, pero al cabo de un lapso indeterminado la luminosidad fue tan evidente que ya no pudo catalogarla como una ilusión. Toda la experiencia del pasillo pareció hacerse menos onírica. Las paredes se alejaron casi hasta perderse de vista, y, el opaco color oscuro se trocó en un gris triste y brumoso, el color del crepúsculo en una tarde calurosa y encapotada de marzo. Empezó a parecerle que ya no estaba en un pasillo sino en una habitación... casi en una habitación, separado de ella por la, más fina de las membranas, una suerte de bolsa de aguas, como un feto que esperara la hora de nacer. Ahora oía otras voces, no reverberantes sino amortiguadas y retumbantes, como voces de dioses anónimos que hablaran lenguas olvidadas. Poco a poco estas voces se fueron aclarando, hasta que casi pudo discernir lo que decían.

Empezó a abrir los ojos de cuando en cuando (o creía abrirlos) y podía ver, realmente a los dueños de esas voces: siluetas brillantes, radiantes, espectrales, que al principio carecían de rostro, que a veces se movían por la habitación, que otras veces se inclinaban sobre él. No se le ocurrió la idea de intentar hablarles. Porto menos, no al principio. Se le antojó que ésa podía ser una especie de vida de ultratumba y que las siluetas brillantes

correspondían a los ángeles.

Los rostros, como las voces, empezaron a aclararse con el tiempo. Una vez vio a su madre que se inclinaba en su campo visual y que vociferaba en dirección a su cara supina algo totalmente ininteligible. Otra vez vio a su padre. A Dave Pelsen del colegio. Se familiarizó con una enfermera. Creía que se llamaba Mary o posiblemente Mare... Caras, voces, que se aproximaban cada vez más, que se fusionaban entre sí.

Algo más se infiltró: la sensación de que había cambiado. No le gustó esta sensación. Desconfiaba de ella. Le parecía que cualquiera que fuese el cambio, no era para bien. Le parecía que auguraba aflicciones y malos momentos. Había entrado en la oscuridad con todo, y ahora tenía la impresión de que salía de ella sin llevar absolutamente nada consigo... excepto un prodigio secreto.

El sueño estaba terminando. El sueño, cualquiera que hubiese sido su naturaleza, estaba terminando. Ahora la habitación era muy concreta, estaba muy próxima. Las voces, los rostros...

Él iba a entrar en la habitación. Y de pronto le pareció que lo que deseaba hacer era dar media vuelta y echar a correr... internarse nuevamente en el pasillo oscuro, para siempre. El pasillo oscuro no era nada bueno, pero era mejor que esta sensación de congoja y de pérdida inminente.

Se volvió y miró atrás y sí, allí estaba el lugar donde las paredes de la habitación se trocaban en cromo oscuro, un rincón contiguo a una de las sillas donde, sin que los seres radiantes que iban y venían lo notaran, la habitación se convertía en un pasadizo que llevaba a lo que ahora él sospechaba que era la eternidad. El lugar adonde se había ido aquella otra voz, la voz del...

Del taxista.

Sí. Ahora ese recuerdo estaba plenamente presente. El viaje en taxi, el taxista que se quejaba de la melena de su hijo, que se quejaba de que éste pensara que Nixon era un cerdo. Después los faros remontando la cuesta, un par a cada lado de la raya blanca. La colisión. Ningún dolor, pero sí la certeza de que sus muslos habían golpeado el taxímetro con fuerza suficiente para desprenderlo de su armazón. Había habido una sensación de fría humedad y después el pasillo oscuro y ahora esto.

Elige –susurró algo dentro de él–. Elige o ellos elegirán por ti, te arrancarán de este lugar, cualquiera que sea su naturaleza y su ubicación, como los médicos arrancan al hijo del vientre materno mediante una cesárea.

Y entonces se le apareció el rostro de Sarah. Ella tenía que estar en alguna parte, aunque la suya no había sido una de las caras radiantes que se habían inclinado sobre la suya. Tenía que estar allí fuera, preocupada y asustada.

Era casi suya, ahora. Lo sentía. Iba a pedirle que se casara con él.

La sensación de desasosiego recrudeció, más intensa que nunca, y ahora estaba totalmente asociada con Sarah. Pero el deseo de tenerla fue más fuerte, y se decidió. Le volvió la espalda al lugar oscuro, y cuando miró un momento después por encima del hombro ya había desaparecido. Junto a la silla no había nada más que la pared blanca y lisa de la habitación donde él yacía. Antes de que pasara mucho tiempo empezó a comprender dónde debía de estar la habitación: era un cuarto de hospital, por supuesto. El pasillo oscuro se redujo a un recuerdo onírico, nunca totalmente olvidado. Pero había algo más importante, más inmediato: él era John Smith, tenía una chica llamada Sarah Bracknell y había sufrido un terrible accidente de auto. Sospechaba que debía

considerarse muy afortunado por el hecho de seguir con vida, y sólo le restaba alimentar la esperanza de que todo su equipo original estuviera en el lugar apropiado y siguiera funcionando. Tal vez se hallaba en el Cleaves Mills Community Hospital, aunque era más probable que se tratara del Eastern Maine Medical Center, o EMMC. A juzgar por la forma en que se sentía debía de hacer bastante tiempo que estaba allí... quizás había pasado hasta una semana o diez días sin conocimiento. Era hora de reemprender la actividad.

Es hora de reemprender la actividad. Esto fue lo qué pensó Johnny cuando las cosas volvieron a cristalizar y recomponerse, y cuando abrió los ojos.

Era el 17 de mayo de 1975. Hacía mucho que el señor Starret había vuelto a su casa con orden categórica de caminar tres kilómetros por día y de eliminar el colesterol de su dieta. Del otro lado de la habitación yacía un anciano que libraba cansadamente el decimoquinto round con ese eterno campeón de peso pesado: el cáncer. Dormía bajo los efectos de la morfina, y por lo demás la habitación estaba vacía. Eran las tres y cuarto de la tarde. La pantalla del televisor era una cortina verde corrida.

–Aquí estoy –graznó Johnny Smith, sin hablarle a nadie en particular–. Lo asustó la debilidad de su voz. En la habitación no había un calendario, y no tenía cómo saber que había pasado cuatro años y medio en coma.

3.

La enfermera entró aproximadamente cuarenta minutos después. Se acercó al anciano de la otra cama, le cambió el frasco de suero endovenoso, entró en el baño y salió con una jarra de plástico azul. Regó las flores del anciano. Había más de media docena de ramos, y sobre su mesa y el alféizar de la ventana descansaba una veintena de tarjetas abiertas, con buenos deseos de restablecimiento. Johnny la observó mientras ejecutaba esa faena doméstica, sin prisa aún por volver a probar la voz.

La enfermera dejó la jarra en el lugar de donde la había sacado y se acercó a la cama de Johnny. Va a dar vuelta la almohada, pensó él., Sus miradas se cruzaron fugazmente, pero en la expresión de ella no hubo ningún cambio. No sabe que estoy despierto. He tenido los ojos abiertos antes. Esto no le dice nada.

Ella le apoyó la mano sobre la nuca. Una mano fresca y reconfortante, y Johnny supo que tenía tres hijos y que el menor había perdido la vista de un ojo el cuatro de julio pasado. Un accidente con un petardo. El niño se llamaba Mark.

Le levantó la cabeza, invirtió la posición de la almohada, y le acostó nuevamente. Empezó a volverse, ciñéndose la bata de nylon sobre las caderas, y después se giró nuevamente en dirección a él, intrigada. Pensando tardíamente que había visto algo nuevo en sus ojos. Algo que no había estado antes allí.

Lo miró pensativamente, empezó a volverse otra vez, y él le dijo:

–Hola, Marie.

La enfermera se petrificó, y Johnny oyó un chasquido de marfil cuando sus dientes castañetearon súbita y violentamente. Sé llevó las manos al pecho justo por encima de la curva de los senos. Allí colgaba un pequeño crucifijo de oro.

–Válgame Dios –exclamó–. Está despierto. Me pareció que algo había cambiado. ¿Cómo sabe mi nombre?

–Supongo que lo habré oído. –Le resultaba difícil hablar, muy difícil. Su lengua, era una oruga torpe, que aparentemente no estaba lubricada por la saliva.

Ella hizo un ademán de asentimiento.

–Ya hace un tiempo que se estaba recuperando. Será mejor que baje a la sala de enfermeras y haga llamar al doctor Brown o al doctor Weizak. Ellos querrán saber que está de nuevo entre nosotros–. Pero se quedó un momento más, mirándole con una franca fascinación que lo inquietó.

–¿Me ha crecido un tercer ojo? –preguntó Johnny.

Ella soltó una risita nerviosa.

–No... claro que no. Excúseme.

La mirada de Johnny abarcó el alféizar de su ventana y su propia mesa adosada a aquélla. Sobre el alféizar descansaban una violeta marchita y una imagen de Jesucristo... una de las imágenes predilectas de su madre, en las que Jesús parecía a punto de batear para los New York Yankees o de hacer algo de naturaleza igualmente pura y atlética. Pero la imagen estaba... amarilla. Estaba amarilla y empezaba a curvarse en los ángulos.

Un miedo súbito se desplomó sobre él.

–¡Enfermera! –gritó–. ¡Enfermera!

Ella se volvió en el hueco de la,puerta.

–¿Dónde están mis tarjetas? –de pronto le resultó difícil respirar–. El otro paciente tiene... ¿a mí nadie me envió sus buenos deseos?

Ella sonrió, pero con una mueca forzada. Era la sonrisa de alguien que oculta algo. Repentinamente Johnny quiso tenerla junto a su lecho. Para estirar la mano y tocarla. Si la tocaba, sabría qué era lo que le ocultaba.

–Haré llamar al doctor –dijo la enfermera, y se fue antes, de que él pudiera añadir algo. Miró la violeta, la envejecida imagen de Jesús, perplejo y asustado. Después de un rato volvió a dormirse.

4.

–Estaba despierto –afirmó Marie Michaud–. Habló con total coherencia.

–De acuerdo –asintió el doctor Brown–. No lo pongo en duda. Si se despertó una vez, se despertará de nuevo. Probablemente. Sólo es una cuestión de...

Johnny gimió. Sus ojos se abrieron. Estaban en blanco, parcialmente vueltos hacia arriba. Después pareció ver a Marie y sus ojos se reenfocaron. Sonrió un poco, Pero su cara seguía fláccida, como si sólo sus ojos estuvieran despiertos y el resto de él siguiese durmiendo. Marie experimentó la sensación súbita de que no la miraba a ella sino dentro de ella.

–Creo que se curará –dijo Johnny–. Cuando le limpien la córnea lesionada, el ojo quedará como nuevo. Deberá ser así.

Marie soltó una exhalación ronca y Brown la miró.

¿De qué se trata?

–Habla de mi hijo susurró–. De mi Mark.

–No –afirmó Brown–. Habla en sueños, eso es todo. No confunda una mancha de tinta con una ilustración, enfermera.

–Sí. De acuerdo. Pero ahora no está dormido, ¿verdad?

–¿Marie? –preguntó Johnny sonriendo experimentalmente–. Me adormecí, ¿no es cierto?

–Sí –contestó Brown–. Habló en sueños. Le dio un susto a Marie. ¿Soñaba algo?

–No... no que yo recuerde. ¿Qué dije? ¿Y quién es usted?

–Soy el doctor James Brown. Tocayo del cantante. Pero yo soy neurólogo. Lo que dijo fue: «Creo que se curará cuando le limpien la córnea lesionada.» Fue eso, ¿verdad, enfermera?

–Van a operar a mi hijo –dijo Marie–. A mi hijo Mark.

–No recuerdo nada –murmuró Johnny– Supongo que dormía.

Miró a Brown. Ahora sus ojos estaban despejados, y reflejaban miedo.

–No puedo levantar los brazos. ¿Estoy paralizado?

–No. Pruebe los dedos.

Johnny lo hizo. Se movieron todos. Sonrió.

–Estupendo –dictaminó Brown–. Dígame cómo se llama.

–John Smith.

–Muy bien. ¿Y su segundo nombre?

–No lo tengo.

–Excelente, ¿quien lo necesita? Enfermera, baje a su oficina y averigüe quién estará mañana en neurología. Me gustaría iniciarle una nueva serie de exámenes al señor Smith.

–Sí, doctor.

–Y puede telefonearle a Sam Weizak. Lo encontrará en su casa o en el campo de golf.

–Sí, doctor.

–Y nada de periodistas, por favor... ¡le va la vida en ello! –Brown, sonreía pero hablaba en serio.

–No, claro que no. –Marie se fue, con un ligero chirrido de sus zapatos blancos.

Su hijito se curará, pensó Johnny. Tengo que decírselo sin falta.

–Doctor Brown, ¿dónde están las tarjetas que me han enviado con buenos deseos? ¿O nadie se acordó de mí?

–Unas pocas preguntas más –replicó el doctor Brown parsimoniosamente–. ¿Recuerda cómo se llama su madre?

–Claro que sí. Vera.

–¿Su apellido de soltera?

–Nason.

–¿El nombre de su padre?

–Herbert. Herb. ¿Y por qué le dijo que no debían enterarse los periodistas?

–¿Su dirección postal?

–Distribución Rural número 1, Pownal –contestó Johnny inmediatamente, y luego se interrumpió. Una expresión de cómica sorpresa le cruzó por el rostro–. Quiero decir... bueno, ahora vivo en Cleaves Milis, en North Main Street 110.

»¿Por qué demonios le he dado la dirección postal de mis padres? No vivo con ellos desde los dieciocho años.

–¿Y qué edad tiene ahora?

–La encontrará en mi carné de conducir –respondió Johnny–. Quiero saber por qué no he recibido tarjetas de mis amigos. ¿Cuánto tiempo hace que estoy en el hospital, al fin y al cabo? ¿Y qué hospital es éste?

–Este es el Eastem Maine Medícal Center. Y ya nos ocuparemos de responder sus restantes preguntas si usted me permite.

Brown estaba sentado junto a la cama en una silla que había acercado desde el rincón... el mismo rincón donde Johnny había visto antes el pasadizo que llevaba a otra parte. Tomaba notas sobre un tablero, con un tipo de pluma que Johnny no recordaba

haber visto antes. Tenía un grueso tubo de plástico y una punta fibrosa. Parecía un extraño híbrido de estilográfica y bolígrafo.

El sólo mirarla reavivó aquel temor informe, y Johnny cogió repentinamente la mano izquierda del doctor Brown con la suya, sin pensarlo dos veces. Su brazo se movió dificultosamente, como si tuviera adosadas unas pesas invisibles de treinta kilos: un par por debajo del codo y otro par por encima. Apresó la mano del médico entre sus dedos débiles y tiró de ella. La extraña pluma dejó un grueso trazo azul sobre el papel.

Brown lo observó, al principio sólo con curiosidad. Después su rostro palideció. La penetrante mirada de interés se borró de sus ojos y fue sustituida por otra, velada, de miedo. Zafó su mano. Johnny no tenía fuerzas para retenerla y una expresión de repugnancia cruzó fugazmente por sus facciones como si lo hubiera tocado un leproso. Después se eclipsó y sólo pareció perplejo y desconcertado.

–¿Por qué hizo eso? Señor Smith...

Le falló la voz. En el rostro de Johnny se había estampado un gesto de comprensión gradual. Sus ojos eran los de un hombre que ha visto moverse y deslizarse entre las sombras algo sobrecogedor, algo desmedidamente' atroz, que no sólo era indescriptible sino que además era innombrable.

Pero era un hecho. Había que nombrarlo.

–¿Cincuenta y cinco meses? –preguntó Johnny roncamente–. ¿Casi cinco años, no? Oh, Dios mío, no.

–Señor Smith –exclamó Brown, ahora totalmente alterado–. Por favor, no le conviene excitarse...

Johnny levantó la mitad superior del cuerpo, separándola quizá diez centímetros de la cama, y después se dejó caer hacia atrás, con el rostro reluciente de sudor. Sus ojos giraron impotentes en las cuencas.

–¿Tengo veintisiete años? murmuró–. ¿Veintisiete? ¡Jesús!

Brown tragó saliva 'y captó un chasquido audible. Cuando Smith le había cogido la mano, había experimentado una súbita acometida de sensaciones desagradables, dotadas de una intensidad infantil. Lo habían asaltado imágenes descarnadas de repulsión. Había recordado imprevistamente un picnic en el campo al que había concurrido cuando tenía siete u ocho años, y durante el cual se había sentado y había metido la mano en algo tibio y resbaladizo. Había vuelto la cabeza y había visto que se trataba de despojos agusanados de una marmota que había yacido bajo un arbusto de laurel durante todo ese caluroso mes de agosto. Entonces había lanzado un alarido, y ahora sentía una parecida necesidad de gritar... aunque esta sensación menguaba, declinaba, para dejar paso a un interrogante: ¿Cómo lo supo? Me tocó y lo supo.

Pero luego prevalecieron implacablemente veinte años de educación, y apartó esta idea. Había incontables pacientes comatosos que despertaban con una conciencia onírica de muchas de las cosas que habían sucedido mientras dormían. El coma, como todo, era una cuestión de grados. Johnny Smith nunca había sido un vegetal. Su electroencefalograma nunca se había nivelado, y si ello hubiera ocurrido Brown no habría estado hablando ahora con él. A veces estar en coma era un poco como situarse detrás de un espejo con una cara transparente. Para el ojo del observador el paciente se hallaba totalmente anulado, pero era posible que sus sentidos continuaran funcionando discretamente, con su potencia amortiguada. Y éste era uno de esos casos, desde luego.

Volvió a entrar Marie Michaud.

–He confirmado la hora para los exámenes de neurología, y el doctor Weizak viene hacia aquí.

–Creo que Sam deberá esperar hasta mañana para entablar relación con el señor Smith –comentó Brown–. Le daremos cinco miligramos de Valium.

–¡No quiero sedantes! –exclamó Johnny–. ¡Quiero salir de aquí! ¡Quiero saber lo que sucedió!

–Lo sabrá todo a su debido tiempo –respondió Brown–. Ahora es importante que descanse.

–¡He descansado cuatro años y medio!

–Entonces otras doce horas no cambiarán nada –sentenció Brown inexorablemente.

Pocos minutos después la enfermera le frotó el brazo con alcohol, y entonces sintió el pinchazo de una aguja. Johnny empezó a adormecerse casi enseguida. Desde ese momento le pareció que Brown y la enfermera tenían cuatro metros de estatura.

–Dígame una cosa, por lo menos –murmuró. Su voz parecía llegar desde muy, muy lejos. Súbitamente eso se le antojó inmensamente importante–. Esa pluma. ¿Cómo se llama esa pluma?

–¿Esta? –Brown la tendió desde su portentosa estatura. Un tubo de plástico azul, una punta fibrosa–. Es un rotulador, marca Flair. Ahora duérmase, señor Smith.

Y Johnny se durmió, pero la palabra lo siguió en su sueño como un conjuro místico, impregnado de un sentido estúpido.: Flair... Flair... Flair...

5.

Herb colgó el auricular y lo miró. Lo miró durante un largo rato. Desde la habitación contigua llegaba el sonido del televisor, casi al máximo del volumen. El predicador Oral Roberts disertaba sobre el fútbol y el amor terapéutico de Jesús... eso tenía algún nexo, pero a Herb se le había escapado. En razón de la llamada telefónica. La voz de Oral retumbaba y atronaba. El programa no tardaría en terminar y Oral se despediría de sus oyentes diciéndoles que algo bueno les sucedería. Aparentemente Oral tenía razón.

Mi hijo, pensó Herb. Mientras Vera rezaba pidiendo un milagro, Herb había rezado pidiendo que su hijo muriera. La plegaria que había surtido efecto había sido la de Vera. ¿Qué significaba esto y en qué situación quedaba él? ¿Y cómo reaccionaría ella?

Entró en la sala. Vera estaba sentada en el sofá. Sus pies, calzados en unas chinelas elásticas de color rosado, descansaban sobre un escabel. Tenía puesta su vieja bata gris. Comía palomitas de maíz directamente de la sartén donde las había frito. Desde el accidente de Johnny había engordado casi veinte kilos y su tensión sanguínea se había disparado. El médico deseaba someterla a un tratamiento, pero Vera no quería ni oír hablar de eso: si era la voluntad de Dios que tuviera la tensión alta, alegaba, pues entonces la tendría. En una oportunidad Herb le había recordado que la voluntad de Dios nunca la había disuadido de tomar un analgésico cuando le dolía la cabeza. Ella le había respondido con la más dulce de sus sonrisas de resignación y con su arma más poderosa: el silencio.

–¿Quién llamó por teléfono? –le preguntó, sin apartar la vista del televisor. Oral rodeaba con el brazo al archiconocido defensa derecho de un equipo de la Liga Nacional. Le hablaba a una multitud silenciosa. El jugador sonreía modestamente.

–...y todos han oído confesar a este excelente atleta cómo mancillaba su cuerpo, su Templo de Dios. Y le han oído...

Herb apagó el televisor.

–¡Herb Smith! –Vera casi volcó las palomitas al levantarse–. ¡Estaba mirando! Ese era...

–Johnny ha despertado.

–...Oral Roberts y...

Las palabras se le quebraron en la boca. Pareció agazaparse en su asiento, como si él le hubiera asestado un revés. Herb le devolvió la mirada, incapaz de decir algo más, con ganas de alegrarse pero asustado. Muy asustado.

–Johnny... –Ella se interrumpió, tragó saliva y repitió la tentativa–. Johnny... ¿nuestro Johnny?

–Sí. Conversó con el doctor Brown durante casi quince minutos. Aparentemente no fue lo que ellos temían... un falso despertar... después de todo. Habla coherentemente. Puede moverse.

–Johnny está despierto?

Vera se cubrió la boca con las manos. La sartén, que conservaba la mitad de su contenido, resbaló lentamente sobre su regazo y cayó a la alfombra, diseminando palomitas por todas partes. Sus manos le tapaban la mitad inferior del rostro. Encima de ellas sus ojos se dilataron más y más hasta que Herb temió, durante un segundo espantoso, que se desprendieran de las órbitas y quedaran colgados de sus pedúnculos. Después se cerraron. Un sonido débil, semejante a un maullido, brotó de atrás de sus manos.

–¿Vera? ¿Te sientes bien?

–Oh mi Dios Te lo agradezco se hará Tu voluntad me devolviste a mi Johnny yo lo sabía, mi Johnny, oh Dios amado Te tributaré mi gratitud todos los días de mi vida por mi Johnny Johnny JOHNNY –su voz se elevaba para trocarse en un alarido histérico, triunfal. Él se adelantó, la cogió por las solapas de la bata y la zarandeó.

De pronto el tiempo parecía haberse revertido, doblado sobre sí mismo como una tela extraña: era como si estuviesen reviviendo aquella noche en que habían recibido la noticia del accidente, comunicada mediante el mismo teléfono instalado en el mismo nicho.

Nicho y hecho, pensó Herb Smith absurdamente.

–Oh mi Dios precioso mi Jesús oh mi Johnny el milagro como dije el milagro...

–¡Basta, Vera!

Los ojos de su esposa estaban oscuros, velados e histéricos.

–¿Lamentas que haya vuelto a despertar? ¿Después de burlarte de mí durante todos estos años? ¿De decirle a la gente que estaba loca?

–Vera, nunca le he dicho a nadie que estabas loca.

–¡Lo decías con la mirada! –le gritó–. Pero nadie ha hecho escarnio de mi Dios. ¿Verdad, Herbert? ¿ Verdad?

–No –respondió él–. Supongo que no.

–Te lo advertí. Te advertí que Dios tenía un plan para mi Johnny. Ahora puedes ver que Él pone manos a la obra –se levantó–. Debo ir a reunirme con Johnny. Debo decírselo.

Se encaminó hacia el armario donde colgaba su abrigo, aparentemente ajena al hecho de que estaba en bata y camisón. Sus facciones estaban estáticas. Le recordaba de una manera extravagante y casi blasfema el aspecto que había tenido el día de su boda. Sus

chinelas rosadas hacían crujir las palomitas de maíz esparcidas por el suelo.

–Vera.

–Debo comunicarle el plan de Dios.

–Vera.

Se volvió hacia él, pero sus ojos estaban muy lejos, con su Johnny.

Herb se acercó a ella y le colocó las manos sobre los hombros.

–Dile que le amas... que rezaste... que esperaste... que velaste. ¿Quién tiene más derecho? Eres su madre. Supiste por él. ¿Acaso no te he visto sufrir por él durante los últimos cinco años? No lamento que vuelva a estar entre nosotros. No fue justo que dijeras eso. No creo poder tomarlo como lo tomas tú, pero no lo lamento. Yo también– sufrí por él.

–¿De veras? –su mirada era dura, orgullosa, incrédula.

–Sí. Y te diré algo más, Vera. Cerrarás el pico y no hablarás de Dios ni de milagros ni de Grandes Planes hasta que Johnny esté en pie y pueda...

–¡Diré lo que debo decir!

–...y pueda meditar sus actos. O sea que le darás la oportunidad de sacar sus propias conclusiones antes de atosigarle.

–¡No tienes derecho a hablarme así! ¡Ningún derecho!

–Ejercito el derecho que me otorga mi condición de padre de Johnny –replicó él hoscamente–. Quizá por última vez en, mi vida. Y será mejor que no te cruces en mi camino, Vera. ¿Entiendes? Ni tú, ni Dios, ni el bendito Jesús. ¿Me explico?

Vera lo fulminó con la mirada y no contestó.

–Ya le resultará bastante difícil acostumbrarse a la idea de que ha pasado cuatro años y medio a oscuras. No sabemos si podrá volver a caminar, no obstante la intervención del fisioterapeuta. Sabemos que tendrán que operarle los ligamentos, si él está dispuesto a intentarlo. Nos lo advirtió Weizak. Probablemente le operarán más de una vez. Y deberán someterle a más tratamientos, muchos de los cuales serán espantosamente dolorosos. De modo que mañana te limitarás a desempeñar tu papel de madre.

–¡No te atrevas a hablarme así! ¡No te atrevas!

–Si empiezas a pronunciar sermones, Vera, te sacaré de su habitación arrastrándote por los cabellos.

Ella le miró, pálida y temblorosa. El regocijo y la furia batallaban en sus ojos.

–Será mejor que te vistas –añadió Herb–. Debemos ponernos en marcha.

El viaje hasta Bangor fue largo y silencioso. La dicha que deberían haber experimentado en común no se manifestaba. Sólo el júbilo vehemente y militante de Vera. Viajaba muy erguida en el asiento vecino al del conductor, con la Biblia sobre el regazo, abierta en el salmo veintitrés.

6.

A las nueve menos cuarto de la mañana siguiente, Marie entró en la habitación de Johnny y dijo:

–Su madre y su padre están aquí, si quiere verles.

–Sí, me gustaría.

Esa mañana se sentía mucho mejor, más fuerte y menos desorientado. Pero la idea de verles le asustaba un poco. En el plano de su recuerdo consciente los había visto hacía aproximadamente cinco meses. Su padre trabajaba en los cimientos de una casa que

probablemente ya estaba en pie desde hacía tres años o más. Su madre le había servido habas guisadas en casa y un pastel de manzanas como postre, y había refunfuñado que estaba cada día más flaco.

Cuando Marie se volvía para irse, la retuvo débilmente por la mano.

–¿Tienen buen aspecto? Quiero decir... –Están muy bien.

–Oh. Estupendos.Ahora sólo puede pasar media hora con ellos. Esta tarde dispondrán de más tiempo si los exámenes neurológicos no le agotan demasiado.

–¿Orden del doctor Brown?

–Y del doctor Weizak.

–Está bien. Por ahora. No sé hasta cuándo aguantaré que me empujen y me manejen.

Márie vaciló.

–¿Desea algo? –preguntó Johnny.

–No... ahora no. Debe de estar ansioso por ver a sus padres. Les haré pasar.

Esperó, nervioso. La otra cama estaba vacía. Habían sacado al paciente canceroso mientras Johnny dormía bajo los efectos del Valium.

Se abrió la puerta. Entraron su madre y su padre. Johnny experimentó una sensación simultánea de conmoción y alivio: conmoción porque habían envejecido, eso era cierto; alivio porque los cambios que se habían producido en ellos aún no parecían mortales. Y si se podía decir esto de, ellos, quizá también se podía decir de él.

Pero algo había cambiado en él, había cambiado drásticamente... y esto sí podía ser mortal.

Esto fue lo único que tuvo tiempo de pensar antes de que su madre le rodeara con los brazos, impregnándolo con el fuerte aroma de violetas que se desprendía de su bolsita perfumada y susurrándole:

–Gracias a Dios, Johnny, gracias a Dios, gracias a Dios que estás despierto.

El la abrazó a su vez lo mejor que pudo. Sus brazos aún carecían de fuerzas suficientes para apretar y se aflojaron rápidamente, y de pronto, en seis segundos, supo en qué condiciones se hallaba, lo que pensaba, y lo que iba a sucederle. Después eso se eclipsó, borrándose como el sueño del corredor oscuro.

Pero cuando ella aflojó el abrazo para mirarle, la expresión de júbilo fanático de sus ojos había sido sustituida por otra de consideración más reflexiva.

Las palabras parecieron brotar espontáneamente de los labios de él.

–Toma el medicamento que te han recetado, mamá. Es lo mejor.

Los ojos de Vera se dilataron, se humedeció los labios... y entonces Herb se adelantó para colocarse a su lado, con los ojos desbordantes de lágrimas. Había perdido un poco de peso... no tanto como el que Vera había ganado, pero estaba visiblemente más delgado. Perdía rápidamente el pelo pero su rostro era el mismo de siempre: plácido y sencillo y muy amado; Sacó un pañuelo de grandes dimensiones del bolsillo posterior y lo usó, para enjugarse los ojos. Después tendió la mano.

–Hola, hijo –exclamó–. Me alegra tenerte de vuelta.

Johnny estrechó la mano de su padre lo mejor' que pudo. Sus dedos pálidos y débiles desaparecieron dentro de la mano roja de Herb. Johnny los miró alternadamente: su madre vestida con un voluminoso traje sastre azul, su padre con una americana a cuadros realmente horribles que debería haber pertenecido, por su aspecto, a un vendedor de aspiradores de Kansas... y prorrumpió en llanto.

–Lo siento –dijo–. Lo siento, pero...

–Sigue –dijo Vera, mientras se sentaba en la cama junto a él. Ahora sus facciones estaban serenas y despejadas. Reflejaban más sentimientos maternales que demencia–. Sigue llorando. A veces es lo mejor.

Y Johnny le hizo caso.

7.

Herb le informó que la tía Germaine había muerto. Vera le informó que finalmente habían recaudado los fondos para construir el Salón Comunal de Pownal y que habían empezado a levantar el edificio un mes atrás, apenas se había derretido la escarcha que cubría la tierra. Herb acotó que él había pujado en la licitación, pero suponía que el coste de un trabajo bien hecho era demasiado alto y no querrían pagarlo.

–Oh, cállate, mal perdedor –dijo Vera.

Hubo una breve pausa y entonces Vera retomó la palabra.

–Espero que sepas comprender que tu recuperación ha sido un milagro de Dios, Johnny. Los médicos habían perdido las esperanzas por completo. En Mateo, capítulo noveno, leemos...

–Vera –la amonestó Herb.

–Claro que fue un milagro, mamá. Lo sé.

–¿Lo... lo sabes?

–Sí. Y quiero hablar de eso contigo... oír lo que piensas acerca de su significado... apenas esté nuevamente en pie.

Ella le estudiaba con la boca abierta. Johnny miró a su padre, de soslayo, y sus ojos se encontraron fugazmente. Johnny captó una expresión de gran alivio en los de su padre. Este hizo un ademán imperceptible con la cabeza.

–¡Una Conversión! –proclamó Vera a voz en grito–. ¡Mi hijo se ha convertido! ¡Oh, alabado sea Dios!

–Silencio, Vera –intervino Herb–. Cuando estás en un hospital, es mejor alabar a Dios en voz baja.

–No entiendo cómo alguien podría negar que se trata de un milagro, mamá. Y vamos a hablar mucho acerca de esto. Apenas salga de aquí.

–Vendrás a casa –sentenció ella–. Volverás al hogar donde te criaste. Te cuidaré hasta que termines de curarte y rezaremos juntos para que nos comprendan.

El le sonreía, pero debía hacer un esfuerzo para que la sonrisa no se borrara.

–Ya lo creo. Mamá, ¿quieres hacer el favor de ir a la sala de enfermeras y preguntarle a Marie si puede servirme un zumo? ¿O quizás un ginger ale? Supongo que he perdido la costumbre de hablar, y la garganta...

–Claro que sí. –Vera le besó la mejilla y se levantó–. Oh, estás muy delgado. Pero ya me ocuparé de eso cuando vuelvas a casa.

Salió de la habitación, y al pasar frente a Herb le echó una sola mirada triunfal. Oyeron el repiqueteo de sus zapatos en el corredor.

–¿Cuánto hace que está así? –preguntó Johnny en voz baja.

Herb meneó la cabeza.

–Empeoró gradualmente a partir de tu accidente. Pero todo había empezado mucho antes. Tú lo sabes. Lo recuerdas.

–¿Está... ?

—Lo ignoro. En el Sur hay personas que manipulan serpientes. Yo las definiría como

locas. Tu madre no hace eso. ¿Cómo te encuentras, Johnny? De veras.

–No lo sé –respondió Johnny–. Papá, ¿dónde está Sarah?

Herb se inclinó hacia adelante y unió las manos entre sus rodillas.

–No me gusta decirte esto, John, pero...

–¿Se ha casado? ¿Se ha casado?

Herb no contestó. Sin mirar de frente a Johnny, hizo un ademán afirmativo con la cabeza.

–Dios mío –exclamó Johnny, inexpresivamente–. Era lo que me temía.

–Va a hacer tres años que se casó con Walter Hazlett. Un abogado. Tuvieron un varón. John... nadie creía realmente que ibas a despertar. Excepto tu madre, por supuesto. Ninguno de nosotros tenía ninguna razón para creer que despertarías. –Ahora su voz temblaba, enronquecida por el remordimiento–. Los médicos dijeron... bah, no importa lo que dijeron. Incluso yo me di por vencido. Aborrezco tener que confesarlo, pero es la verdad. Lo único que puedo decirte es que trates de entender mi actitud... y la de Sarah.

Intentó contestar que entendía, pero lo único que consiguió articular fue una especie de extraño graznido. Su cuerpo se sentía enfermo y viejo, y súbitamente naufragó en un sentimiento de pérdida. El tiempo perdido pesaba repentinamente sobre él como un cargamento de ladrillos... un elemento concreto, no un concepto vago.

–No te desanimes, Johnny. Hay otras cosas. Cosas buenas.

–Necesitaré... acostumbrarme –logró balbucear.

–Sí. Lo sé.

–¿La ves, a veces?

–Nos escribimos, de cuando en cuando. Nos conocimos después de tu accidente. Es una chica simpática, muy simpática. Sigue dando clases en Cleaves, pero creo que dejará su puesto en junio. Es feliz, Johnny.

–Estupendo –murmuró él con voz pastosa–. Me alegra que alguien lo sea.

–Hijo...

–Espero que no estén intercambiando secretos –exclamó Vera Smith animadamente, cuando volvió a la habitación. Llevaba en la mano una jarra llena de hielo–. Dijeron que aún no estás en condiciones de beber zumos de fruta, Johnny, así que te he traído el ginger ale.

–Está bien, mamá.

Vera miró alternadamente a Herb, a Johnny, y luego una vez más a Herb.

–¿Han estado intercambiando secretos? ¿Por qué esas caras largas?

–Sólo le decía a Johnny que tendrá que trabajar duro si quiere salir de aquí –replicó Herb–. Deberá hacer mucha fisioterapia.

–¿Y por qué teneis que hablar de eso ahora? –Vertió el ginger ale en el vaso de Johnny–. Todo se arreglará. Ya vereis. Metió una pajita flexible en el vaso y se lo alcanzó. Johnny lo bebió todo. Tenía un sabor amargo.

Capítulo 7

1.

–Cierre los ojos –dijo el doctor Weizak.

Era un hombre menudo, regordete, con una melena de dimensiones increíbles y

patillas como espátulas. Johnny no podía acostumbrarse a semejante cabellera. En 1970, un hombre con tanto pelo habría tenido que liarse a puñetazos en todos los bares del este de Maine, y si dicho hombre tenía la edad de Weizak lo habrían considerado un candidato ideal para el manicomio.

Vaya melena, hombre.

Cerró los ojos. Tenía la cabeza cubierta de electrodos. Éstos se hallaban conectados con cables que alimentaban la consola de un encefalógrafo embutido en la pared. El doctor Brown y una enfermera se hallaban junto a la consola, de cuyo interior emergía parsimoniosamente una hoja ancha de papel cuadriculado. Johnny habría preferido que la enfermera fuese Marie Michaud. Estaba un poco asustado.

El doctor Weizak le tocó los párpados y Johnny dio un brinco.

–Vamos... quédese quieto, Johnny. Estos son los dos últimos. Aquí... mismo.

–Está bien, doctor –dijo la enfermera.

Un zumbido tenue.

–Estupendo, Johnny. ¿Se siente cómodo?

–Es como si tuviera monedas sobre los párpados.

–¿De veras? Enseguida se acostumbrará. Ahora permita que le explique el procedimiento. Le pediré que imagine visualmente una serie de objetos. Dispondrá de diez segundos para cada uno, y en total serán veinte objetos. ¿Entiende?

–Sí.

–Muy bien. Empecemos. ¿Doctor Brown?

–Todo listo.

–Excelente. Johnny, le pido que vea una mesa. Sobre esta mesa descansa una naranja.

Johnny pensó en eso. Vio una mesita para jugar a las cartas, con patas plegables de acero. Sobre ella descansaba, un poco hacia un costado, una gran naranja con la palabra SUNKIST estampada sobre su piel rugosa.

–Bien –asintió Weizak.

–¿Este artefacto ve mi naranja?

–Vaya... bueno sí, la ve simbólicamente. El aparato traza sus ondas cerebrales. Estamos buscando bloqueos, Johnny. Áreas lesionadas. Posibles indicios de presión intracraneal continua. Ahora le pido que se atenga a las preguntas.

–De acuerdo.

–Ahora le pido que vea un televisor. Está encendido, pero no sintoniza ninguna emisora.

Johnny vio el televisor que estaba en su apartamento... que había estado en su apartamento. La pantalla mostraba una nieve gris radiante. Las puntas de la antena portátil estaban envueltas en papel de aluminio para mejorar la recepción.

–Bien

Continuó la serie. Al llegar al undécimo elemento, Weizak dijo:

–Ahora le pido que vea una mesa de picnic a la izquierda de un prado.

Johnny pensó en eso y vio mentalmente una silla de jardín. Frunció el entrecejo.

–¿Ocurre algo?

–No, nada –respondió Johnny. Pensó con más vehemencia. Picnics. Salchichas de Viena, un brasero de carbón... asocia, maldito seas, asocia. ¿Acaso es tan difícil ver mentalmente una mesa de picnic? Has visto sólo un millar de ellas en tu vida. Llega a ella mediante asociaciones de ideas. Cucharas y tenedores de plástico, platos de cartón, su

padre tocado con un gorro de cocinero, empuñando un tenedor largo en una mano y luciendo un delantal atravesado por una leyenda escrita con letras trémulas: EL COCINERO NECESITA UN TRAGO. Su padre preparaba hamburguesas y entonces todos podrían ir a sentarse a la...

¡Ahí se aproximaba!

Johnny sonrió y su sonrisa se desvaneció enseguida. Esta vez la imagen que afloró en su mente fue la de una hamaca.

–¡Mierda!

–¿La mesa de picnic no aparece?

–Es muy extraño. No puedo terminar... de imaginarla. Quiero decir... sé lo que es, pero no la veo mentalmente. ¿Es extraño o no es extraño?

–No se preocupe. Pruebe con esto: un mapamundi que descansa sobre el capó de una camioneta.

Fue fácil.

Al llegar al decimonoveno elemento, un bote de remos que descansaba al pie de la placa de una calle –¿quién inventa estas cosas, se preguntó Johnny–, se repitió el fenómeno. Era descorazonador. Vio un balón para jugar en la playa que descansaba junto a una lápida. Se concentró más aún y vio un viaducto. Weizak lo apaciguó, y poco después le quitaron los cables de la cabeza y los párpados.

–¿Por qué no podía ver esos elementos? –inquirió, mirando alternadamente a Weizak y a Brown–. ¿En qué consiste el problema?

–Es difícil contestar con precisión –dijo Brown–. Tal vez se trata de una especie de amnesia localizada. O quizá el accidente destruyó una pequeña porción de su cerebro... quiero decir una zona realmente microscópica. No sabemos con exactitud en qué consiste el problema, pero es muy obvio que ha perdido una serie de recuerdos latentes. Hemos identificado dos, por azar. Probablemente usted tropezará con otros.

–¿Sufrió una lesión en la cabeza cuando era pequeño, verdad? –preguntó Weizak bruscamente.

Johnny lo miró con expresión dubitativa.

–Tiene una vieja cicatriz –añadió Weizak–. Existe una teoría, Johnny, apuntalada por numerosos datos estadísticos...

–Que distan mucho de haber sido completados –acotó Brown, con tono casi petulante.

–Es cierto. Pero dicha teoría postula que las personas que tienden a recuperarse de un estado de coma de larga duración son aquellas que han sufrido previamente algún tipo de lesión cerebral... como si la primera lesión hubiera activado en el cerebro un proceso de adaptación que le permite sobrevivir a la segunda.

–Eso no ha sido demostrado –afirmó Brown. Parecía desaprobar incluso que Weizak hubiera tocado el tema.

–La cicatriz existe –insistió Weizak–. ¿No recuerda lo que le sucedió, Johnny? Sospecho que debió de sufrir un desvanecimiento. ¿Se cayó de la escalera? ¿Un accidente de bicicleta, quizá? La cicatriz indica que ocurrió cuando no era más que un crío.

Johnny pensó afanosamente y después hizo un ademán negativo.

–¿Se lo ha preguntado a mis padres?

–Ninguno de ellos recuerda que haya sufrido una lesión en la cabeza... ¿A usted no se le ocurre nada?

Por un momento le pareció que sí... un recuerdo de humo, negro y grasiento, que olía a

caucho. Frío. Después se eclipsó. Johnny meneó la cabeza.

Weizak suspiró y se encogió de hombros.

–Debe de estar cansado.

–Sí, un poco.

Brown se sentó sobre el borde de la mesa de reconocimiento.

–Son las once menos cuarto. Esta mañana ha trabajado mucho. Si quiere, el doctor Weizak y yo contestaremos algunas de sus preguntas, y después irá a echar un sueñecito en su habitación. ¿De acuerdo?

–De acuerdo –asintió Johnny–. Las fotos que tomaron de mi cerebro...

–El estudio TAC –respondió Weizak–. La Tomografía Axial Computarizada. –Sacó una caja de Chiclets y se echó tres a la boca–. El estudio TAC consiste, en realidad, en una serie de radiografías del cerebro, Johnny. La computadora da relieve a las imágenes y...

–¿Qué reveló? ¿Cuánto tiempo me queda?

–¿Qué es esto de «cuánto tiempo me queda»? –exclamó Brown–. Parece un parlamento de una vieja película.

–He oído que las personas que se recuperan de comas prolongados no siempre duran mucho –dijo Johnny–. Tienen recaídas. Es como si una bombilla se iluminara al máximo antes de quemarse definitivamente.

Weizak lanzó una carcajada. Una carcajada rotunda, sonora, y fue casi milagroso que no se ahogara con la goma de mascar.

–Oh, vaya con el melodrama. –Apoyó la mano sobre el pecho de Johnny–. ¿Cree que Jim y yo somos principiantes en esta especialidad? Caramba. Somos neurólogos. Lo que ustedes los norteamericanos llaman talentos de primera. Y esto significa que cuando se trata de las funciones del cerebro humano sólo somos estúpidos, en lugar de ser perfectos ignorantes. Así que le informo que, efectivamente, ha habido recaídas. Pero ése no es su caso. Creo que podemos afirmarlo, ¿no es cierto, Jim?

–Sí –contestó Brown–. No hemos encontrado nada que pueda definirse como una lesión importante. Johnny, en Texas vive un tipo que estuvo nueve años en coma. Ahora es gerente de créditos de un banco, y hace seis años que desempeña ese cargo. Antes fue cajero durante dos años. En Arizona hay una mujer que pasó doce años en coma. Algo falló en la anestesia cuando estaba dando a luz. Ahora anda en una silla de ruedas, pero está viva y lúcida. Salió del coma en 1969 y conoció a la criatura que había alumbrado doce años atrás. La criatura estaba en séptimo grado y era una alumna distinguida.

–¿Yo tendré que andar en una silla de ruedas? –preguntó Johnny–. No puedo estirar las piernas. Los brazos están un poco mejor, pero las piernas... –Su voz se apagó gradualmente, y meneó la cabeza.

–Los ligamentos se acortan –explicó Weizak–. ¿Entiende? Ésa es la razón por la que los pacientes que permanecen largo tiempo en coma empiezan a colocarse en lo que denominamos posición pre-fetal. Pero ahora sabemos más que antes acerca de la degeneración física que se produce durante el estado de coma y nos hallamos en mejores condiciones para detenerla. La fisioterapeuta del hospital le hizo ejecutar ejercicios regularmente, incluso mientras dormía. Y cada paciente reacciona ante el coma de manera distinta. Su deterioro ha sido muy lento, Johnny. Como usted dice, sus brazos reaccionan notablemente y conservan su aptitud. Pero es cierto que ha habido un menoscabo. Su tratamiento será largo y... ¿acaso debo mentirle? Bueno, creo que no. Será

largo y doloroso. Le hará llorar. Es posible que termine por odiar a su fisioterapeuta. Es posible que termine por enamorarse de su cama. Y le operarán... sólo una vez, si tiene mucha, muchísima suerte, pero quizás hasta cuatro veces... para estirarle los ligamentos. Estas operaciones se realizan desde hace poco tiempo. El éxito podrá ser total, parcial o nulo. Y sin embargo pienso que, con la ayuda de Dios, volverá a caminar. No creo que jamás pueda esquiar o saltar obstáculos, pero es posible que corra y seguramente nadará.

–Gracias –respondió Johnny. Experimentó un súbito acceso de afecto por ese hombre de acento extranjero y melena extravagante. Quería hacer algo por Weizak, como compensación... y este sentimiento fue acompañado por el deseo, casi la necesidad, de tocarle.

Estiró súbitamente las manos y tomó entre ellas la de Weizak. Era una mano grande, surcada por arrugas profundas, cálida.

–¿Y bien? –murmuró Weizak afablemente–. ¿Qué significa esto?

Y de pronto las cosas cambiaron. No habría podido explicar de qué manera. Pero de pronto Weizak se le apareció muy nítidamente. Weizak pareció... adelantarse recortado contra una luz hermosa, clara. Todas las señales y lunares y rasgos del rostro de Weizak sobresalieron en relieve. Y cada rasgo contó su propia historia. Empezó a entender.

–Déme su billetera –dijo Johnny.

–¿Mi ... ? –Weizak y Brown intercambiaron una mirada de sorpresa.

–En su billetera hay una foto de su madre y la necesito –insistió Johnny–. ¡Por favor!

Weizak fijó un momento la vista en el rostro de Johnny, y después metió la mano lentamente bajo la bata y extrajo una vieja billetera, abultada y deforme.

–¿Cómo supo que llevo conmigo una foto de mi madre? Ha muerto, murió cuando los nazis ocuparon Varsovia...

Johnny arrebató la billetera de la mano de Weizak. Tanto éste como Brown parecían perplejos. Johnny la abrió, ignoró los compartimentos de plástico para fotos, y hurgó en cambio en la parte posterior, deslizando los dedos entre viejas tarjetas de visita, facturas saldadas, un cheque cancelado, una entrada a un mitin político. Encontró una pequeña instantánea plastificada. La foto mostraba a una mujer joven, de facciones vulgares, con el cabello recogido bajo un pañuelo de cabeza. Su sonrisa era radiante y juvenil. Retenía la mano de un niño. Junto a ella estaba un hombre vestido con el uniforme del ejército polaco.

Johnny apretó la foto entre las manos y cerró los ojos y hubo una oscuridad fugaz de la que después salió velozmente un carromato... *no, un carromato no: un carruaje fúnebre. Un carruaje fúnebre tirado por caballos. Las lámparas habían sido amortiguadas con bolsas negras. Claro que era un carruaje fúnebre porque estaban muriendo por centenares, sí, por millares, no podían competir con los panzers, con la Wehrmacht, la caballería del siglo XIX contra los tanques y las ametralladoras, explosiones, alaridos, hombres agonizantes, un caballo despanzurrado que revolvía desesperadamente los ojos, mostrando la esclerótica, con un camión volcado detrás de él, y siguen arremetiendo. Weizak arremete, erguido sobre los estribos, blandiendo el sable bajo la lluvia sesgada de fines del verano de 1939, seguido por sus hombres, bamboleándose en el lodo, la torreta artillada del tanque Tiger lo rastrea, le apunta, dispara, y de pronto su cuerpo desaparece por debajo de la cintura, el sable vuela despedido de su mano, y camino abajo está Varsovia. El lobo nazi anda suelto por Europa.*

–Realmente esto no puede seguir –exclamó Brown, con voz remota y ofuscada–. Se

está excitando demasiado, Johnny.

Las voces llegaban desde muy lejos, desde un corredor del tiempo.

–Ha entrado en una especie de trance –dictaminó Weizak.

Aquí dentro hace calor. Sudaba. Sudaba porque *la ciudad está incendiada, la gente huye por millares, un camión zigzaguea rugiendo por tina calle adoquinada, y la parte posterior del camión está llena de soldados alemanes que agitan las manos, tocados con cascos de acero, y ahora la mujer joven no sonríe, sino que huye, no hay ninguna razón para que huya. El niño ha sido enviado a un lugar seguro y ahora el camión salta sobre el bordillo, el guardabarros la embiste, le fractura la cadera y la despide a través de la luna de un escaparate y caedentro de una relojería y empiezan a sonar campanadas. Las campanadas de la hora. La hora que marcan las campanadas es...*

–Las seis –dijo Johnny con voz pastosa. Sus ojos habían girado en las órbitas y mostraban las esclerótica tensas, hinchadas–. El 2 de setiembre de 1939, y todos los cuclillos cantan.

–Dios mío, ¿qué es esto? –susurró Weizak. La enfermera se había acurrucado contra la consola del encefalógrafo, pálida y asustada. Ahora todos están asustados porque la muerte flota en el aire. Aquí siempre flota en el aire, en este *hospital. olor de éter. gritan en la casa de la muerte. Polonia ha muerto, Polonia ha caído ante la guerra relámpago la blitzkrieg de la wehrmacht. fractura de cadera. el hombre dei lecho vecino pide agua, pide, pide. ella recuerda «EL NIÑO ESTÁ A SALVO.» ¿qué niño? no lo sabe. ¿qué niño? ¿cómo se llama ellas no lo recuerda. sólo recuerda que...*

–El niño está a salvo –dijo Johnny con voz pastosa–. Ajá. Ajá.

–Esto no puede seguir –repitió Brown.

–¿Qué sugieres que hagamos? –inquirió Weizak con voz crepitante–. Ha ido demasiado lejos para...

Las voces se extinguen. Las voces están lejos. Las voces están bajo las nubes. Todo está bajo las nubes. Europa está baja las nubes de la guerra. Todo está bajo las nubes menos los picos, los picos de las montañas de S*uiza. Suiza y ahora ella se llama BORENTZ. su nombre el JOHANNA BORENTZ y su marido es ingeniero o arquitecto, cualquiera que sea la profesión de quienes construyen puentes. los construyen en Suiza y hay leche de cabra, queso de cabra. un bebé. ¡oooooh los dolores del parto! los dolores del parto son tremendos y ella necesita drogas, morfina, esta JOHANNA BORENTZ, debido a la cadera, la cadera fracturada se ha curado, se ha dormido, pero ahora se despierta y prorrumpe en alaridos cuando la pelvis de la mujer se dilata para dejar pasar el bebé, un bebé. dos. y tres. y cuatro no nacen todos simultáneamente, no... son la cosecha de años. Son...*

–Los bebés. –Johnny canturreó, y entonces habló con voz de mujer, una voz que no era en absoluto la suya. Era una voz de mujer. Después brotó de su boca una canción en jerigonza.

–En nombre de Dios, qué... –empezó a decir Brown.

–¡Polaco, eso es polaco! —exclamó Weizak. Tenía los ojos desencajados, :las facciones pálidas–. Es una canción de cuna y la está cantando en polaco, Dios mío, Jesús mío, ¿qué es esto?

Weizak se inclinó hacia adelante como si quisiera atravesar los años junto con Johnny, como si quisiera sortearlos, como si quisiera *cruzar un puente, un puente, en Turquía. después un puente en un lugar caluroso, ¿acaso es Laos? no lo sé, perdimos a un hombre*

allí, perdimos a HANS allí, después un puente en Virginia, un puente sobre el Río RAPPAHANNOCK y otro puente en California. ahora hemos solicitado la nacionalidad y asistimos a clase en una pequeña habitación calurosa en el fondo de una estafeta donde siempre huele a cola. corre el año 1963, noviembre, y cuando oímos que han asesinado a Kennedy en Dallas lloramos y cuando el crío saluda el ataúd de su padre ella piensa «EL NIÑO ESTÁ A SALVO» y esto le trae recuerdos de algo ardiente, de un gran ardor y una gran aflicción, ¿qué niño? ella sueña con el niño, lo cual hace que le duela la cabeza. y el hombre muere, HELMUT BORENTZ muere y ella y los niños viven en Carmel California. en una casa en, en, en. no veo la placa con el nombre de la calle, está en la zona muerta, como el bote de remos, como la mesa de picnic en el prado. está en la zona muerta. como Varsovia. los chicos parten, ella asiste a las ceremonias de graduación de cada uno de ellos, y le duele la cadera. Uno muere en Vietnam. los restantes se encuentran bien. uno de ellos construye puentes, se llama JOHANNA BORENTZ y ahora cuando está sola en medio de la noche a veces piensa en la oscuridad donde se oye el tictac del reloj: «EL NIÑO ESTÁ A SALVO».

Johnny levantó la vista hacia ellos. Experimentaba una sensación extraña en la cabeza. El halo peculiar que había rodeado a Weizak había desaparecido. Se sentía reencontrado consigo mismo, pero débil y sentía náuseas. Miró un momento la fotografía que conservaba entre las manos y la devolvió.

–Johnny –dijo Brown–. ¿Se siente bien?

–Cansado –murmuró.

–¿Puede explicarnos lo que le sucedió?

Miró a Weizak.

–Su madre vive –afirmó.

–No, Johnny. Murió hace muchos años, en la guerra.

–Un camión que trasportaba tropas alemanas la despidió a través de la luna de un escaparate y cayó dentro de una relojería –prosiguió Johnny–. Se despertó en un hospital, con amnesia. No tenía documentos de identificación. Adoptó el nombre de Johanna... y un apellido. El apellido no lo recuerdo, pero cuando terminó la guerra se fue a Suiza y se casó con un suizo.., un ingeniero, según creo. Se especializaba en la construcción de puentes y se llamaba Helmut Borentz..De modo que su nombre de casada era... es... Johanna Borentz.

Los ojos de la enfermera se iban dilatando cada vez más. Las facciones del doctor Brown estaban tensas, ya fuera porque había llegado a la conclusión de que Johnny les tomaba el pelo a todos o quizá sólo porque no le gustaba que le desquiciaran su pulcro programa de pruebas. Pero el rostro de Weizak ostentaba una expresión mansa y pensativa.

–Ella y Helmut Borentz tuvieron cuatro hijos —continuó Johnny con esa misma voz serena, desvaída–. Su profesión lo obligó a viajar por todo el mundo. Estuvo un tiempo en Turquía. En algún país del Lejano Oriente, creo que era Laos, o tal vez Camboya. Después vino aquí. Primeramente á Virginia, después a algunos otros lugares que no identifiqué, finalmente a California. Él y Johanna se convirtieron en ciudadanos norteamericanos. Helmut Borentz ha muerto. Uno de sus hijos también ha muerto. Los otros viven y están bien. Pero a veces ella sueña con usted. Y en sueños piensa: «el niño está a salvo». Sin embargo no recuerda su nombre, el de usted. Quizá piensa que es demasiado tarde.

–¿California? –musitó Weizak pensativamente.

–Sam –intervino el doctor Brown–. Realmente no debes alentarle.

–¿En qué lugar de California?

–En Carmel. Junto al mar. Pero no puedo decirle el nombre de la calle. Estaba allí, pero no lo vi. Estaba en una zona muerta: Como la mesa de picnic y el bote de remos. Pero se encuentra en Carmel, California. Johanna Borentz. No es vieja.

–No, claro que no sería vieja –respondió Weizak con el mismo tono meditabundo, lejano–. Sólo tenía veinticuatro años cuando los alemanes invadieron Polonia.

–Debo insistir, doctor Weizak ––exclamó Brown hoscamente.

Weizak pareció salir de una meditación profunda. Miró a su entorno como si viese por primera vez a su colega más joven.

–Por supuesto –asintió–. Claro que debe insistir. Y la sesión de preguntas y respuestas de Johnny ya ha terminado... aunque creo que él nos ha dicho más que lo que nosotros le hemos dicho a él.

–Eso es absurdo –sentenció Brown tajante, y Johnny pensó: Tiene miedo. Está muerto de miedo.

Weizak sonrió a Brown y después a la enfermera. Esta estudiaba a Johnny como si se tratara de un tigre encerrado en una jaula endeble.

–No hable de esto, enfermera. Ni con su supervisora, ni con su madre, ni con su hermano, ni con su amante, ni con su confesor. ¿Me entiende?

–Sí, doctor –respondió la enfermera.

»Pero va a hablar, pensó Johnny, y después miró a Weizak. Y él lo sabe.

2.

Durmió durante casi toda la tarde. Aproximadamente a las cuatro le trasportaron en una camilla rodante por el pasillo hasta el ascensor, le bajaron a la sala de neurología y le sometieron a nuevos exámenes. Johnny lloró. Parecía ejercer poco dominio sobre las funciones que, se supone que los adultos deben estar en condiciones de controlar. En el trayecto de regreso a su habitación se orinó encima y tuvieron que cambiarle de ropa como si fuera un bebé. El primer acceso de profunda depresión –que distó mucho de ser el último– le acometió, le arrastró como si fuera un peso inerte, y él deseó estar muerto. La depresión fue acompañada por un sentimiento de autocompasión y pensó que eso era muy injusto. Se había convertido en un Rip van Winkle. No podía caminar. Su chica se había casado con otro hombre y su madre era presa de un fanatismo religioso. No veía en el futuro nada que lo estimulara a vivir.

Cuando estuvo de nuevo en su habitación la enfermera le preguntó si deseaba algo. Si hubiera sido Marie, le habría pedido un vaso de agua helada. Pero Marie había terminado su turno a las tres.

–No –contestó, y se volvió de cara a la pared. Al cabo de poco tiempo se durmió.

Capítulo 8

1.

Esa tarde sus padres pasaron una hora con él y Vera le dejó un paquete de folletos.

–Nos quedaremos hasta el fin de semana –anunció Herb–, y después, si sigues bien,

volveremos por un tiempo a Pownal. Pero te visitaremos todos los fines de semana.

–Quiero quedarme con mi hijo –proclamó Vera en voz alta.

–Será mejor que no, mamá –respondió Johnny. La depresión se había mitigado un poco, pero recordaba que había sido tenebrosa. Si mientras se hallaba en ese estado su madre se ponía a divagar acerca del plan maravilloso que Dios había concebido para él, difícilmente podría contener los graznidos de su risa histérica.

–Me necesitas, John. Necesitas que te explique...

–Primeramente necesito curarme –la interrumpió–. Cuando ya pueda caminar me explicarás todo lo que quieras. ¿De acuerdo?

Vera no contestó. En su rostro se reflejaba una expresión casi cómica de terquedad... aunque en realidad eso no tenía nada de gracioso. Absolutamente nada. No había sido más que un capricho del destino. Todo habría cambiado si hubiera pasado por esa carretera cinco minutos antes o después. Ahora aquí estamos todos soberanamente jodidos. Y ella cree que es el plan divino. Supongo que debe optar entre creerlo y enloquecer.

Para romper el incómodo silencio, Johnny preguntó:

–Bueno, papá, ¿reeligieron a Nixon? ¿Quién fue el candidato que se le opuso?

–Lo reeligieron –asintió Herb–. Su rival fue McGovern.

–¿Quién?

–McGovern. George McGovern. Senador por South Dakota.

–¿No fue Muskie?

–No. Pero Nixon ya no es presidente. Renunció.

–¿Cómo?

–Era un embustero –explicó Vera severamente–. Se hinchó de soberbia y el Señor lo abatió.

–¿Nixon renunció? –Johnny estaba pasmado–. ¿ÉL?

–Las alternativas eran renunciar o ser destituido –respondió Herb–. El Congreso se disponía a enjuiciarle.

Johnny comprendió súbitamente que se había producido un cataclismo inmenso y fundamental en la política norteamericana –casi seguramente como consecuencia de la guerra de Vietnam– y que él se lo había perdido. Por primera vez se sintió realmente como Rip van Winkle. ¿Hasta qué punto habían cambiado las cosas? Casi tenía miedo de preguntar. Entonces se le ocurrió una idea escalofriante.

–¿Agnew... Agnew es presidente?

–Ford –dijo Vera–. Un hombre bueno y honesto.

–¿Henry Ford es presidente de los Estados Unidos?

–Henry no –corrigió Vera–. Jerry.

Johnny los miró alternadamente, casi convencido de que todo eso era un sueño o una broma grotesca.

–Agnew también renunció –prosiguió Vera. Tenía los labios apretados y blancos–. Era un ladrón. Aceptó un soborno en su mismo despacho. Eso es lo que cuentan.

–No renunció por el soborno –manifestó Herb–. Renunció por un chanchullo de Maryland. Estaba metido hasta el cuello, supongo. Nixon propuso para la vicepresidencia a Jerry Ford. Entonces Nixon renunció en el pasado mes de agosto y Ford le sustituyó. Él propuso a Nelson Rockefeller para la vicepresidencia. Así están las cosas ahora.

–Un divorciado –sentenció Vera hoscamente–. Dios no permita que llegue a la

presidencia.

–¿Qué hizo Nixon? –inquirió Johnny–. Jesús, yo... –Miró a su madre, cuyo ceño se había velado instantáneamente–. Quiero decir, caramba, si ya planeaban destituirle...

–No debes invocar el nombre del Salvador en vano por un hatajo de políticos corrompidos –le interrumpió Vera–. Fue por Watergate.

–¿Watergate? ¿Ése es el nombre de una operación en Vietnam? ¿Algo así?

–El Watergate Hotel de Washington –replicó Herb–. Unos cubanos irrumpieron en las oficinas del Comité Demócrata que estaban instaladas allí, y les pillaron. Nixon lo sabía. Intentó encubrir el crimen.

–¿Hablas en serio? –consiguió articular Johnny finalmente.

–Estaba registrado en las cintas magnetofónicas –afirmó Vera–. Y ese John Dean. A mi juicio no era más que una rata resuelta a abandonar el barco que se hundía. Un vulgar chivato.

–¿Puedes explicarme todo esto, papá?

–Lo intentaré –asintió Herb–, pero no creo que se sepa todo, ni siquiera ahora. Y te traeré los libros. Ya se han escrito más o menos un millón de libros sobre el tema, y sospecho que aparecerá otro millón antes de que se cierre el caso. Justo antes de la elección, en el verano de 1972...

2.

Eran las diez y media y sus padres se habían marchado. Las luces del pabellón estaban amortiguadas. Johnny no podía conciliar el sueño. Todo daba vueltas en su cabeza: una avalancha alarmante de nuevos datos. Nunca habría imaginado que el mundo podía cambiar tan espectacularmente en tan poco tiempo. Se sentía desafinado y con el paso cambiado.

El precio de la gasolina había aumentado casi un cien por ciento, según su padre. Cuando él había sufrido el accidente, el litro de gasolina común costaba aproximadamente ocho centavos. Ahora costaba quince centavos y a veces se formaban colas en los surtidores. El límite legal de velocidad en todo el país era de ochenta y cinco kilómetros por hora y los camioneros que transportaban cargas a grandes distancias casi se habían sublevado contra esta medida.

Pero todo esto no era nada. La guerra había terminado. Vietnam se había vuelto comunista. Herb dijo que esto había ocurrido precisamente cuando Johnny empezaba a dar señales de que tal vez saldría del coma. Después de tantos años y de tantos derramamientos de sangre, los herederos del tío Ho habían enrollado el país como si fuera una persiana en cuestión de días.

El presidente de los Estados Unidos había viajado a China. No Ford sino Nixon. Había viajado antes de renunciar. Nada menos que Nixon, el viejo cazador de brujas en persona. Si no se lo hubiera contado su padre, Johnny se habría negado categóricamente a creerlo.

Era una exageración, era demasiado aterrador. De pronto no quiso saber más, por miedo a enloquecer totalmente. Esa pluma que había utilizado el doctor Brown, ese rotulador... ¿cuántos elementos análogos existían? Cuántos centenares de insignificancias, todas las cuales subrayaban hasta el hartazgo la misma noción: Has perdido una parte de tu vida, casi el seis por ciento, si debemos dar crédito a las estadísticas. Te has quedado a la zaga de los tiempos. Se te han escapado.

–¿John? –Era una voz suave–. ¿Duerme, John?

Se volvió. Una vaga silueta se recortaba en el vano de la puerta. Un hombre menudo cargado de hombros. Weizak.

–No. Estoy despierto.

–Eso esperaba. ¿Puedo entrar?

–Sí. Por favor, entre.

Esa noche Weizak parecía envejecido. Se sentó junto a la cama de Johnny.

–Esta tarde hablé por teléfono –murmuró–. Llamé a la oficina de informaciones de Carmel, California. Pregunté por la señora Johanna Borentz. ¿Cree que existía el número?

–A menos que no figure en la guía o que no tenga teléfono –respondió Johnny.

–Tiene teléfono. Me dieron el número.

–Ah –dijo Johnny. Le interesaba porque Weizak le caía simpático, pero esto era todo. No sentía necesidad de verificar la información que tenía acerca de Johanna Borentz, porque sabía que esta información era correcta... lo sabía tal como sabía que podía usar la mano derecha.

–Me quedé meditando un largo rato –prosiguió Weizak–. Le dije que mi madre había muerto, pero eso sólo era una conjetura. Mi padre murió en la defensa de Varsovia. Mi madre sencillamente no volvió a aparecer, ¿sabe? Era lógico suponer que había muerto durante el bombardeo... durante la ocupación... usted entiende. No apareció nunca, así que era lógico suponerlo. La amnesia... en mi condición de neurólogo puedo asegurarle que la amnesia permanente, general, es muy, muy rara. Probablemente más rara que la auténtica esquizofrenia. Nunca he leído la historia de un caso documentado que durara treinta y cinco años.

–Hace mucho tiempo que se curó de la amnesia –explicó Johnny–. Creo que sencillamente bloqueó el recuerdo. Cuando recobró la memoria, había vuelto a casarse y tenía dos hijos... posiblemente tres. Quizás el recuerdo se convirtió en una experiencia culpable. Pero sueña con usted. «El niño está a salvo». ¿Le telefoneó?

–Sí –contestó Weizak–. Utilicé el telediscado. ¿Sabe que ahora se puede emplear este sistema? Sí. Es muy cómodo. Marca el uno, el prefijo de la zona, el número. Once dígitos y está en contacto con cualquier punto del país. Es asombroso. En cierto sentido asusta. Un niño... no, un joven... me atendió. Pregunté si la señora Borentz estaba en casa. Lo oí gritar: «Mamá, es para ti». El auricular golpeó contra la mesa o el escritorio o lo que fuera. Yo me hallaba en Bangor, estado de Maine, a menos de sesenta kilómetros del Océano Atlántico, y oía cómo un joven depositaba el auricular sobre la mesa en una ciudad de la costa del Pacífico. El corazón..., me palpitaba con tanta fuerza que me alarmó. La espera pareció larga. Entonces ella levantó el auricular y preguntó: «¿Sí? ¿Diga?»

–¿Qué respondió usted? ¿Cómo actuó?

–No actúe de ninguna manera, para. decirlo con sus palabras –murmuró Weizak, con una sonrisa sesgada–. Corté la comunicación. Y me habría gustado beber copiosamente, pero no lo hice.

–¿Está convencido de que era ella?

–¡Qué pregunta ingenua, Johnny! En 1939 yo tenía nueve años. Desde entonces no he vuelto a oír la voz de mi madre. Cuando la conocí ella hablaba sólo en polaco. Ahora yo hablo sólo en inglés... he olvidado muchas palabras de mi lengua natal, de lo cual me avergüenzo. ¿Cómo podía convencerme de una cosa u otra?

–Sí, ¿pero se convenció?

Weizak se pasó lentamente la mano por la frente.

–Sí –contestó–. Era ella. Era mi madre.

–¿Pero no pudo hablarle?

–¿Por qué habría de hacerlo? –preguntó Weizak, con tono casi colérico–. Su vida es su vida, ¿no le parece? Lo que usted dijo es cierto. El niño está a salvo. ¿Acaso debo desquiciar a una mujer que sólo ahora empieza a vivir sus años de paz? ¿Debo arriesgarme a destruir definitivamente su equilibrio? En cuanto a esos sentimientos de culpa que usted mencionó... ¿debo abrirles las compuertas? ¿O debo correr aunque sólo sea el albur de que ello suceda?

–No lo sé –replicó Johnny.

Eran preguntas inquietantes, y no estaba en condiciones de contestarlas... pero intuía que Weizak intentaba expresar algo acerca de lo que había hecho, cuando formulaba esos interrogantes. Interrogantes que no podía elucidar.

–El niño está a salvo, la mujer también lo está en Carmel. El país se interpone entre ellos y lo dejaremos así. ¿Pero qué me dice de usted, John? ¿Qué haremos con usted?

–No entiendo a qué se refiere.

–Entonces se lo explicaré paso a paso, ¿eh? El doctor Brown está furioso. Está furioso conmigo, con usted y consigo mismo, sospecho, porque cree a medias algo que durante toda su vida definió con certeza como un perfecto disparate. La enfermera que asistió a la escena no guardará el secreto. Esta noche se lo contará a su marido en la cama, y es posible que todo termine allí, pero también es posible que el marido se lo cuente a su jefe, y es muy posible que la noticia llegue a los diarios mañana por la noche. «Paciente en Coma Despierta dotado con Dotes de Clarividencia».

–Clarividencia –repitió Johnny–. ¿Así que se trata de eso?

–Sinceramente, no sé de qué se trata. ¿Es un don parapsicológico? ¿De adivinación? Palabras cómodas que no describen nada, absolutamente nada. Usted le advirtió a una de las enfermeras que a su hijo le operarían del ojo con buenos resultados...

–Marie –musitó Johnny. Sonrió un poco. Le gustaba Marie.

–... y el rumor ya ha corrido por todo el hospital. ¿Vio el futuro? ¿Eso es lo que llamamos clarividencia? No lo sé. Tomó entre sus manos una foto de mi madre y pudo decirme dónde vive hoy. ¿Sabe dónde se encuentran los objetos y las personas extraviadas? ¿Eso es lo que llamamos clarividencia? No lo sé. ¿Puede leer los pensamientos? ¿Puede influir sobre los objetos del mundo físico? ¿Curar mediante imposición de manos? Estas son las facultades que algunos llaman «parapsicológicas». Todas están asociadas con la idea de «clarividencia». Son facultades de las que el doctor Brown se ríe. ¿He dicho que se ríe? No, no se ríe. Se mofa de ellas.

–¿Y usted no?

–Yo pienso en Edgar Cayce. Y en Peter Hurkos. Intenté hablarle al doctor Brown de Hurkos y se burló. No quiere tocar el tema. No quiere saber que existe.

Johnny permaneció callado.

–¿Qué haremos, pues, con usted?

–¿Acaso es indispensable hacer algo?

–Creo que sí –respondió Weizak. Se puso en pie–. Dejaré que lo piense usted mismo. Pero cuando piense, no olvide esto: hay cosas que es mejor no ver, y hay cosas que es mejor perder que encontrar.

Se despidió de Johnny y se fue en silencio. Ahora Johnny estaba muy cansado, pero a pesar de eso el sueño tardó mucho en llegar.

Capítulo 9

1.

Para la primera operación de Johnny fijaron la fecha del 28 de mayo. Tanto Weizak como Brown le explicaron minuciosamente el procedimiento. Le inyectarían un anestésico local: ninguno de los dos creía que se pudiera correr el riesgo de recurrir a la anestesia general. La primera operación abarcaría las rodillas y los tobillos. Le estirarían sus propios ligamentos –que se habían encogido durante el largo sueño– con una combinación de milagrosas fibras plásticas. El plástico sería el mismo que se empleaba en las operaciones de by pass de las válvulas cardíacas. El problema no consistía tanto en saber si el organismo aceptaría o rechazaría los ligamentos artificiales, le explicó Brown, sino en saber si sus piernas estaban en condiciones de adaptarse al cambio. Si obtenían buenos resultados con las rodillas y los tobillos, había otras tres operaciones en ciernes: una para los ligamentos largos de los muslos, otra para los ligamentos de la articulación del codo, y posiblemente una tercera en el cuello, que apenas tenía movilidad. Las operaciones las ejecutaría Raymond Ruopp, que era el pionero de esa técnica. Ruopp viajaría en avión desde San Francisco.

–¿Por qué le intereso a ese fulano Ruopp, si es una superestrella? –preguntó Johnny.

Superestrella era una palabra que había aprendido de Marie. Esta la había aplicado a un cantante parcialmente calvo, con gafas, que respondía al improbable nombre de Elton John.

–Usted menosprecia sus propias cualidades de superestrella –respondió Brown–. En los Estados Unidos sólo hay un puñado de personas que se han recobrado de coma tan largos como el suyo. Y de ese puñado, usted es el que ha tenido la recuperación más radical y grata de la lesión cerebral aneja.

Sam Weizak fue más drástico.

–Usted es un cobaya, ¿entiende?

–¿Cómo?

–Sí. Mire la luz, por favor. –Weizak dirigió un rayo de luz hacia la pupila del ojo izquierdo de Johnny–. ¿Sabe que con este dispositivo puedo observar directamente su nervio óptico? Sí. Los ojos son algo más que las ventanas del alma. Son uno de los puntos de mantenimiento más cruciales del cerebro.

–Un cobaya –repitió Johnny hoscamente, mientras miraba el foco feroz de luz.

–Sí –la luz se extinguió–. No se compadezca a sí mismo. Muchas de las técnicas que emplearemos para ayudarle, y algunas de las que ya hemos empleado, fueron perfeccionadas durante la guerra de Vietnam. En los hospitales para veteranos de guerra no escasean los cobayas, ¿entiende? Usted despierta el interés de un hombre como Ruopp porque su caso es único. He aquí un paciente que ha dormido cuatro años y medio. ¿Podemos conseguir que vuelva a caminar? Un problema interesante. Ruopp imagina la monografía que escribirá al respecto para el New England Journal of Medicine. Sueña con ella tal como un crío sueña con los juguetes nuevos que encontrará al pie del árbol de Navidad. No le ve a usted, no ve a Johnny Smith presa del dolor, a Johnny Smith que

debe utilizar la chata y pulsar el timbre para que la enfermera venga a rascarle el prurito de la espalda. Esto es bueno. No le temblarán las manos. Sonría, Johnny. Este Ruopp tiene pinta de empleado de banca, pero es quizás el mejor cirujano de Norteamérica.

Sin embargo a Johnny le resultó difícil sonreír.

Había leído obedientemente los folletos que le había dejado Vera. Le habían deprimido y le habían hecho temer nuevamente por la cordura de su madre. Uno de ellos, escrito por un hombre llamado Salem Kirban, le había parecido casi pagano por la forma en que contemplaba tiernamente un cruento Apocalipsis y los desmesurados asadores del infierno. Otro describía el Anticristo que se aproximaba en términos propios de una revista barata de relatos terroríficos. Los restantes configuraban una feria tenebrosa de locura: Cristo vivía bajo el Polo Sur, Dios pilotaba platillos volantes, Nueva York era Sodoma, Los Angeles era Gomorra. Hablaban de exorcismos, de brujas, de toda clase de elementos visibles e invisibles. Él no podía conciliar esos panfletos con la mujer religiosa pero práctica que había conocido antes de entrar en coma.

Tres días después del episodio relacionado con la instantánea de la madre de Weizak, un reportero delgado y moreno del Daily News de Bangor, llamado David Bright, se presentó en la puerta de la habitación de Johnny y preguntó si éste podía concederle una entrevista.

–¿Se lo ha preguntado a los médicos? –inquirió Johnny.

Bright sonrió.

–Sinceramente, no.

–Está. bien –asintió Johnny–. En ese caso se la concederé con mucho gusto.

–Usted pertenece a la categoría de los hombres con los que me entiendo bien –comentó Bright. Entró y se sentó.

Sus primeras preguntas giraron en torno del accidente y de las ideas y sentimientos que se le habían ocurrido y qué había experimentado al salir del coma y descubrir que había pasado casi media década. Johnny las contestó sincera y verazmente. Después Bright le dijo que según sabía de «buena fuente», Johnny había desarrollado una especie de sexto sentido como consecuencia del accidente.

–¿Lo que quiere saber es si tengo facultades parapsicológicas?

Bright sonrió y se encogió de hombros.

–Eso bastará para empezar.

Johnny había reflexionado cuidadosamente acerca de las cosas que le había dicho Weizak. Cuanto más pensaba, más se convencía de que Weízak había procedido correctamente al colgar el auricular sin pronunciar una palabra. Johnny había empezado a asociar eso en su mente con aquel cuento de W. W. Jacobs, «The Monkey's Paw». La pata de mono concedía tres deseos, pero el precio que había que pagar por cada uno de ellos era temible. La anciana pareja había deseado cien libras y había perdido a su hijo en un accidente de trabajo: la indemnización que había pagado la fábrica había ascendido precisamente a cien libras. Entonces la anciana había deseado que su hijo volviera y había vuelto... pero antes de que ella pudiera abrir la puerta y ver el monstruo que había evocado de la tumba, el anciano había utilizado el último deseo para enviarlo de nuevo a su lugar de reposo. Como decía Weizak, ciertas cosas era mejor perderlas que encontrarlas.

–No –respondió–. No tengo más facultades parapsicológicas que usted.

–Según mi fuente, usted...

–No, no es verdad.

Bright sonrió con expresión un poco cínica, pareció debatir consigo mismo si valía la pena insistir, y después pasó a una página en blanco de su libreta de anotaciones. Empezó a preguntarle a Johnny por sus perspectivas con respecto al futuro y por sus sentimientos acerca del camino de retorno, y Johnny también contestó estas preguntas con la mayor honestidad posible.

–¿Qué hará, pues, cuando salga de aquí? –inquirió Bright, mientras cerraba la libreta.

–Aún no lo he pensado realmente. Todavía trato de acostumbrarme a la idea de que el presidente es Gerald Ford.

Bright rió.

–Usted no es el único amigo.

–Supongo que volveré a la docencia. Pero por ahora eso está tan lejos que ni siquiera vale la pena pensarlo.

Bright le agradeció la entrevista y se fue. El artículo apareció en el diario dos días después, uno antes de la operación de la pierna. Estaba al pie de la primera plana y el titular decía: JOHN SMITH, MODERNO RIP VAN WINKLE, ENFRENTA UN LARGO CAMINO DE RETORNO. Había tres fotos: el retrato de Johnny para el Anuario de la Cleaves Mills High School (tomado apenas una semana antes del accidente), una foto de Johnny en su lecho del hospital, flaco, retorcido y con sus brazos y piernas en posición doblada, y entre estas dos una foto del taxi casi totalmente destrozado, tumbado como un perro muerto. El artículo de Bright no hablaba de sextos sentidos, facultades de precognición o talentos insólitos.

–¿Cómo consiguió apartarle del tema de la percepción extra-sensorial? –le preguntó esa noche Weizak.

Johnny se encogió de hombros.

–Parecía un buen tipo. Quizá no quiso ponerme en aprietos.

–Quizá no –murmuró Weizak–. Pero no lo olvidará. No si es un buen reportero, como creo que lo es.

–¿Lo cree?

–Hice algunas averiguaciones.

–¿Para salvaguardar mis mejores intereses?

–Todos hacemos lo que podemos, ¿no es así? ¿Está nervioso por la operación de mañana, Johnny?

–Nervioso, no. Asustado sería la palabra más apropiada.

–Sí, claro que lo está. Yo también lo estaría.

–¿Estará presente?

–Sí, en el observatorio del quirófano. Arriba. No podrá distinguirme de las otras personas enfundadas en batas verdes, pero estaré allí.

–Use un distintivo –dijo Johnny–. Use un distintivo para que sepa que se trata de usted.

Weizak le miró y sonrió.

–Está bien. Me prenderé el reloj a la bata.

–Estupendo –asintió Johnny–. ¿Y el doctor Brown? ¿También concurrirá?

–El doctor Brown está en Washington. Mañana hablará de usted ante la American Society of Neurologists. He leído su ponencia. Es muy buena. Quizás exagera.

–¿A usted no le invitaron?

–No me gusta volar. Eso sí que me asusta.

–¿Y tal vez prefirió quedarse aquí?

Weizak sonrió de soslayo, separó las manos y no dijo nada.

–No me estima mucho, ¿verdad? –preguntó Johnny–. Me refiero al doctor Brown.

–No, no mucho –contestó Weizak–. Cree que usted nos está tomando el pelo. Que inventa cosas por razones que sólo usted conoce. Que busca atraer la atención, quizá. No le juzgue sólo por eso, John. Su mentalidad le impide pensar de otra manera. Si necesita sentir algo por Jim, procure que sea un poco de compasión. Es un hombre brillante, y llegará lejos. Ya ha recibido propuestas y muy pronto abandonará estos fríos bosques del Norte y Bangor no volverá a verlo. Irá a Houston o a Hawai o posiblemente incluso a París. Pero tiene extrañas limitaciones. Es un mecánico del cerebro. Lo ha disecado con su bisturí y no ha encontrado el alma. Por tanto ésta no existe. Se parece a los astronautas rusos que dieron la vuelta a la Tierra y no vieron a Dios. Tiene el empirismo de los mecánicos, y los mecánicos no son más que niños con un control extraordinario sobre los motores. No le cuente nunca que dije esto.

–No se lo contaré.

–Y ahora debe descansar. Mañana le aguarda una larga jornada.

2.

Lo único que Johnny vio del mundialmente famoso doctor Ruopp, durante la operación, fueron un par de gafas con una gruesa montura de carey y una gran verruga en el lado izquierdo de su frente. El resto estaba oculto por el gorro, la bata y los guantes.

A Johnny le habían aplicado dos inyecciones antes de la operación, una de demerol y otra de atropina, y cuando le transportaron estaba como embriagado. La anestesista se acercó con la jeringa de novocaína más grande que Johnny había visto en su vida. Esperaba que la inyección fuera dolorosa y no se equivocó. Se la aplicaron entre la L4 y la L5, la cuarta y quinta vértebras lumbares, a suficiente altura para no pinchar ese manojo de nervios que, situado en la base de la columna vertebral, se parece vagamente a una cola de caballo.

Johnny yacía boca abajo y se mordió el brazo para no gritar.

Después de un lapso interminable, el dolor empezó a reducirse a una embotada sensación de presión. Por lo demás, la mitad inferior de su cuerpo había desaparecido por completo.

El rostro de Ruopp se cernía sobre él. El bandido verde, pensó Johnny. Jesse James con gafas de montura de carey. La bolsa o la vida.

–¿Está cómodo, señor Smith? –preguntó Ruopp.

–Sí. Pero preferiría no volver a vivir esta experiencia.

–Puede leer unas revistas, si quiere. O mirar por el espejo, si eso no le altera.

–Está bien.

–La tensión, enfermera, por favor.

–Doce sobre siete coma seis, doctor.

–Maravilloso. Bueno, socios, ¿empezamos?

–Guárdeme una pierna de pollo –dijo Johnny débilmente, y le sorprendió el coro de risas sonoras. Ruopp le palmeó el hombro cubierto por la sábana, con una mano enfundada en el fino guante.

Vio cómo Ruopp escogía un bisturí y desaparecía detrás de las cortinas verdes

suspendidas del aro de metal que se curvaba encima de Johnny. El espejo era convexo, y Johnny tenía una imagen bastante clara aunque un poco deforme de todo lo que' ocurría.

–Oh, sí –comentó Ruopp–. Oh, sí, tra-la-la... aquí está lo que buscamos... tu-ru-ru... muy bien... pinzas, por favor, vamos, enfermera, no se duerma por el amor de Dios... sí señor... creo que ahora me hace falta una de ésas... no, espere... no me dé lo que pido, déme lo que necesito... sí, está bien. Esponja, por favor.

Con unas pinzas, la enfermera le tendió a Ruopp algo que parecía un manojo de alambres finos apelmazados. Ruopp lo tomó delicadamente en el aire con otras pinzas.

Parece una comida italiana –pensó Johnny–, y mira toda esa salsa de espaguetti. Esto fue lo que lo hizo sentir descompuesto y miró en otra dirección. El resto de la banda de forajidos le observaba desde arriba, desde la galería. Sus ojos parecían pálidos y despiadados y aterradores. Entonces identificó a Weizak, el tercero a partir de la derecha, con el reloj sujeto a la pechera de la bata.

Johnny saludó con un movimiento de cabeza. Weizak devolvió el saludo. Esto le hizo sentir un poco mejor.

3.

Ruopp completó las conexiones entre las rodillas y las pantorrillas, y a Johnny lo volvieron boca arriba. La operación continuó. La anestesista le preguntó si se sentía bien. Johnny le contestó que creía sentirse todo lo bien que era posible, dadas las circunstancias. Ella le preguntó si le gustaría escuchar una grabación y él respondió que sí. Pocos minutos después la voz clara y dulce de Joan Baez pobló el quirófano. Ruopp hacía lo suyo. Johnny se sintió somnoliento y se durmió. Cuando se despertó la operación no había terminado. Weizak seguía allí.

Johnny levantó una mano, dándose por enterado de su presencia, y Weizak volvió a saludar con la cabeza.

4.

Una hora más tarde concluyó la operación. Le transportaron a una sala de recuperación donde una enfermera le preguntaba constantemente si podía decirle cuántos dedos del pie le tocaba. Después de un rato pudo decírselo.

Entró Ruopp, con su máscara de bandido colgada a un costado.

–¿Está bien? –preguntó.

–Sí.

–La operación salió a pedir de boca –anunció Ruopp–. Soy optimista.

–Me alegro.

–Le dolerá un poco –continuó Ruopp–. Bastante, quizá. La fisioterapia misma será muy dolorosa, al principio. Persevere.

–Perseveraré –murmuró Johnny.

–Buenas tardes –dijo Ruopp, y se fue. Probablemente, pensó Johnny, para hacer a toda prisa nueve hoyos en el campo local de golf antes de que oscureciera demasiado.

5..

Le dolerá bastante.

Hacia las nueve de la noche habían desaparecido los últimos efectos de la anestesia local y Johnny estaba en un grito. Le prohibieron que moviera las piernas sin la ayuda de

dos enfermeras. Se sentía como si le hubieran rodeado las rodillas con correas erizadas de clavos y cruelmente ceñidas. El tiempo se arrastraba con lentitud de oruga. Miraba el reloj, seguro de que había transcurrido una hora desde que lo había consultado por última vez, y descubría que sólo habían pasado cuatro minutos. Se convencía de que no podría soportar el dolor un minuto más, pero entonces pasaba el minuto y se convencía de que no podría soportarlo otro minuto.

Pensó en todos los minutos que tenía por delante, apilados corno monedas en una ranura de ocho kilómetros de altura, y la depresión más negra que había conocido en su vida se precipitó sobre él como una ola lisa y sólida y le arrastró al fondo del abismo. Iban a torturarlo hasta la muerte. Operaciones en los codos, los muslos, el cuello. Fisioterapia. Aparatos ortopédicos, sillas de ruedas, bastones.

Le dolerá... Persevere.

No, persevere usted, pensó Johnny. A mí déjeme en paz. No vuelva a acercarse a mí con sus cuchillos de matarife. Si esto es lo que usted entiende por ayuda, no quiero que me la preste.

Un dolor palpitante, continuo, que se le hincaba en las carnes.

Una tibieza chorreante en su vientre.

Se había orinado encima.

Johnny volvió la cara hacia la pared y lloró.

6.

Diez días después de la primera operación y dos semanas antes de la fecha estipulada para la siguiente, Johnny levantó la vista del libro que estaba leyendo –All the President's Men, de Woodward y Bernstein– y vio a Sarah que le miraba con incertidumbre desde el hueco de la puerta.

–Sarah –exclamó–. ¿Eres tú, no es cierto?

Ella dejó escapar una bocanada trémula de aliento.

–Sí. Soy yo, Johnny.

El dejó el libro a un lado y la miró. Estaba muy elegante, con un vestido de hilo de color verde claro, y sostenía frente a sí un pequeño bolso marrón, como si fuera un escudo. Tenía un mechón teñido y le quedaba bien. Este detalle también le hizo sentir una aguda y torturante punzada de celos: ¿la idea se le había ocurrido a ella o al hombre con el que vivía y dormía? Estaba hermosa.

–Entra –dijo–. Entra y siéntate.

Sarah atravesó la habitación y súbitamente él se vio tal como debía de verlo ella: demasiado flaco, con el cuerpo un poco ladeado en la silla contigua a la ventana, con las piernas estiradas sobre el escabel, vestido con un pijama y con una modesta bata de hospital.

–Como ves, me he puesto el smoking –comentó él.

–Tienes buen aspecto.

Sarah le besó en la mejilla y un centenar de recuerdos desfilaron por la mente de él como un doble mazo de naipes. Ella se sentó en la otra silla, cruzó las piernas y estiró el bajo de la falda.

Se miraron sin decir nada. Johnny se dio cuenta de que estaba muy nerviosa. Si alguien le hubiera tocado el hombro, probablemente habría saltado del asiento.

–No sabía si debía venir –murmuró ella–, pero realmente lo deseaba.

–Me alegra que hayas venido.

»Como desconocidos en un autobús –pensó él desoladamente–. No basta con esto, ¿verdad?

–¿Cómo te encuentras? –preguntó Sarah.

Johnny sonrió.

–He estado en la guerra. ¿Quieres ver mis cicatrices?

Se levantó la bata sobre las rodillas, y mostró las incisiones en forma de S que ya empezaban a cicatrizar. Aún estaban rojas y acribilladas por los puntos.

–Oh, Dios mío, ¿qué te están haciendo?

–Tratan de recomponer los restos de Humpty Dumpty, como en la canción infantil inglesa –respondió Johnny–. Todos los caballos del rey, todos los hombres del rey, como dice la canción, y también todos los médicos del rey. De manera que supongo... –entonces se interrumpió, porque Sarah se había echado a llorar.

–No lo digas así, Johnny –suplicó ella–. Por favor, no lo digas así.

–Lo siento. Sólo quería... Traté de tomarlo a chacota.

–¿De veras?

»¿Había querido restarle importancia con sus bromas o había sido una forma de decir: Gracias por venir a verme, me están cortando en pedazos?

–¿Puedes hacerlo? ¿Puedes tomarlo a chacota?, –Sarah había sacado un Kleenex del bolso y se estaba enjugando los ojos.

–No muy a menudo. Supongo que el hecho de volver a verte... elevó mis defensas, Sarah.

–¿Te dejarán salir de aquí?

–A su debido tiempo. ¿Leíste alguna vez que antiguamente te hacían correr entre dos hileras de personas que te maltrataban? Esto es igual. Si sigo vivo después de que todos los indios de la tribu me hayan asestado hachazos, me dejarán salir.

–¿Este verano?

–No... no creo.

–Lamento lo sucedido –musitó ella en voz tan baja que apenas la oyó–. Trato de entender la razón... o de qué manera podríamos haber cambiado las cosas... y eso me quita el sueño. Si no hubiera comido la salchicha en mal estado... si te hubieras quedado conmigo en lugar de irte... –meneó la cabeza y lo miró, con los ojos enrojecidos–. A veces me parece que todo es inútil.

Johnny volvió a sonreír.

–Doble cero. El número de la banca. ¿Eh, te acuerdas? Qué paliza le di a aquella Rueda, Sarah.

–Sí. Ganaste más de quinientos dólares.

Él la miraba sin dejar de sonreír, pero ahora la suya era una sonrisa perpleja, casi dolorida.

–¿Quieres que te cuente algo curioso? Los médicos piensan que tal vez sobreviví porque cuando era pequeño sufrí otra lesión en la cabeza. Pero yo no recuerdo nada, y mis padres tampoco. Sin embargo, parece que cada vez que pienso en eso... evoco fugazmente la Rueda de la Fortuna... y un olor como de caucho quemado.

–Quizá fue un accidente de auto... –empezó a decir ella con tono dubitativo.

–No, no lo creo. Pero es como si la Rueda de la Fortuna hubiera sido una advertencia... a la que no presté atención.

Sarah cambió de posición y murmuró con voz nerviosa:

–No pienses eso, Johnny.

El se encogió de hombros.

–O quizás sólo se trata de que despilfarré cuatro años de suerte en una sola noche. Pero mira esto, Sarah –retiró cuidadosa, dolorosamente, una pierna del escabel, la dobló en un ángulo de noventa grados, y después volvió a estirarla sobre el taburete–. Tal vez consigan recomponer a Humpty Dumpty. Cuando desperté no podía hacer esto, y tampoco podía enderezar las piernas tanto como ahora.

–Y puedes pensar, Johnny –exclamó Sarah–. Puedes hablar. Todos temimos que... tú sabes.

–Sí. Johnny el vegetal.

Volvió a separarlos el silencio, torpe y pesado. Johnny lo rompió preguntando con forzada jovialidad:

–¿Y cómo te va a ti?

–Bueno... me casé. Supongo que lo sabías.

–Papá me lo contó.

–Es un hombre encantador –comentó Sarah. Y después agregó, atropelladamente–: no pude esperar, Johnny. Esto también lo siento. Los médicos dijeron que nunca recuperarías el conocimiento, que empeorarías y empeorarías hasta... hasta extinguirte insensiblemente. Y aunque hubiera sabido... –le miró con una inquieta expresión defensiva–. Aunque lo hubiera sabido, Johnny, creo que no habría podido esperar. Cuatro años y medio son muchos años.

–Sí, lo son –asintió él–. Es muchísimo tiempo. ¿Quieres oír algo morboso? Pedí que me trajeran las revistas de noticias de los últimos cuatro años sólo para saber quiénes habían muerto. Truman. Janis Joplin. Jimmy Hendrix... Jesús, le recordé interpretando «Purple Haze» y no pude creerlo. Dan Blocker. Y tú y yo. Los dos nos hemos extinguido insensiblemente.

–Me aflige mucho –respondió Sarah, casi con un susurro–. Me siento muy culpable. Pero amo a mi marido, Johnny. Lo amo mucho.

–Está bien, eso es lo que importa.

–Se llama Walt Hazlett y es...

–Prefiero que me hables de tu hijo –la interrumpió Johnny–. ¿No te molesta, verdad?

–Es adorable –exclamó ella, sonriendo–. Ya tiene siete meses. Se llama Dennis, como su abuelo paterno, pero le decimos Denny.

–Tráele alguna vez. Me gustaría verle.

–Claro que sí –contestó Sarah, y ambos exhibieron una sonrisa falsa, seguros de que nada de eso iba a suceder jamás–. ¿Necesitas algo, Johnny?

»Sólo a ti, nena. Y que me devuelvan los últimos cuatro años y medio.

–No. ¿Sigues dando clases?

–Sí, al menos por un tiempo.

–¿Sigues aspirando esa abyecta cocaína?

–Oh, Johnny, no has cambiado. Eres el bromista de siempre.

–El bromista de siempre –asintió él, y el silencio volvió a interponerse entre ellos con un impacto casi audible.

–¿Puedo volver a visitarte?

–Claro que sí –asintió él–. Sería estupendo, Sarah.

Vaciló, porque no quería que la entrevista terminara tan ambiguamente, porque no quería lastimarla ni lastimarse él si podía evitarlo. Quería decir algo sincero.

–Sarah, procediste bien.

–¿De veras? –inquirió ella. Sonrió, y la sonrisa tembló en las comisuras de su boca–. Es lo que me pregunto. Todo esto parece tan cruel y... no puedo evitarlo, tan equivocado. Amo a mi esposo y a mi hijo, y cuando Walt dice que algún día viviremos en la casa más hermosa de Bangor, le creo. Cuando dice que algún día presentará su candidatura para ocupar el escaño de Bill Cohen en la Cámara de Representantes, también le creo. Cuando dice que algún día algún vecino de Maine será elegido presidente, casi también puedo creérselo. Y después vengo aquí y veo tus pobres piernas... –empezaba a llorar nuevamente–. Parecen salidas de una trituradora o de algo semejante y estás tan flaco...

–No, Sarah, no te pongas así.

–Estás tan flaco y me parece errado y cruel y lo aborrezco, lo aborrezco, porque nada de esto es justo, ¡absolutamente nada!

–Supongo que a veces nada es justo –comentó él–. Este es un mundo implacable. A veces debes hacer sencillamente lo que puedes y debes tratar de resignarte. Sigue siendo feliz, Sarah. Y si quieres venir a verme, ven cuantas veces se te antoje. Y trae un tapete para jugar a los naipes.

–Lo haré –respondió ella–. Disculpa que llore. No te levanto mucho el ánimo, ¿verdad?

–No te preocupes –dijo él, y sonrió–. Te aconsejo que dejes la cocaína, nena. Se te caerá la nariz en pedazos.

Sarah se rió un poco.

–El mismo Johnny de siempre –murmuró. De pronto se inclinó y le besó en la boca–. Oh, Jonny, cúrate pronto.

Johnny la miró pensativamente mientras ella se apartaba.

–No la dejaste –afirmó él–. No, claro que no la dejaste.

–¿Qué es lo que no dejé? –Sarah frunció el ceño, intrigada.

–Tu sortija de boda. No la dejaste en Montreal.

Johnny se había llevado la mano a la frente y se frotaba con los dedos la zona situada sobre el ojo derecho. Su brazo proyectaba una sombra y ella vio con algo muy parecido al temor supersticioso que su rostro estaba mitad en la luz, mitad en la oscuridad. Lo cual le recordó la máscara de Halloween con la que la había asustado. Ella y Walt habían pasado la luna de miel en Montreal, ¿pero cómo era posible que Johnny lo supiera? A menos que Herb se lo hubiera dicho. Sí, casi seguramente había sido él. Pero sólo. ella y Walt sabían que había extraviado su sortija de boda en la habitación del hotel. Nadie más lo sabía porque Walt le había comprado otra antes de volar de regreso. Sarah se había sentido tan abochornada que no se lo había contado a nadie. Ni siquiera a su madre.

–Cómo...

Johnny arrugó el ceño y después le sonrió. Su mano se apartó de la frente y se entrelazó con la otra, sobre sus piernas.

–No calzaba bien –dilo–. Estabas preparando las maletas, ¿no recuerdas, Sarah? El había salido a comprar algo y tú preparabas las maletas. Había salido a comprar... a comprar... no sé qué. Está en la zona muerta.

–¿La zona muerta?

–Fue a un bazar y compró un montón de chucherías como recuerdos. Cojines de

fantasía y cosas por el estilo.

–Pero Johnny, cómo es posible que sepas que perdí mi sor...

–Estabas preparando las maletas. La sortija no calzaba bien, era demasiado holgada. Pensabas hacerla arreglar cuando volvieras. Pero entretanto, la... la... –Su frente empezó a fruncirse de nuevo, y después se despejó inmediatamente. Le sonrió–. ¡La rellenaste con papel higiénico!

Ahora el miedo era innegable. Se arremolinaba perezosamente en su estómago ,como agua helada. Se llevó la mano al cuello y le miró, casi hipnotizada. Tiene la misma expresión en los ojos, la misma expresión fría y divertida de aquella noche mientras le ganaba a la Rueda. ¿Qué te ha sucedido, Johnny? ¿Qué eres? El azul de sus ojos se había oscurecido hasta tornarse casi violeta, y parecía muy alejado. Sarah sintió deseos de huir. La habitación misma parecía estar oscureciéndose, como si él estuviera desgarrando de algún modo la urdimbre de la realidad, como si estuviera desprendiendo los eslabones que unían el pasado y el presente.

–Se te deslizó del dedo –prosiguió–. Estabas metiendo su maquinilla de afeitar en uno de los bolsillos laterales y se te deslizó. Sólo más tarde te diste cuenta de que la habías perdido, y por eso pensaste que estaba en la habitación –se rió, con una risa aguda, tintineante, atropellada, que no se parecía a la risa habitual de Johnny... sino que era fría... fría–. Caray, si entre los dos pusieron la habitación patas arriba. Pero la habías guardado en la maleta. Todavía está en ese bolsillo de la maleta. Siempre estuvo allí. Sube al desván y búscala, Sarah. Ya verás.

En el pasillo exterior alguien dejó caer un vaso con agua o algo parecido y lanzó una maldición de sorpresa cuando se rompió. Johnny miró en dirección al ruido y sus ojos se despejaron. Luego la miró nuevamente a ella, vio sus facciones petrificadas, desorbitadas. e hizo una mueca de preocupación.

–¿Qué sucede, Sarah? ¿He dicho algo malo?

–¿Cómo lo supiste? –susurró ella–. ¿Cómo supiste todo eso?

–No lo sé –respondió él–. Lo siento, Sarah, si te he...

–Debo irme, Johnny. Denny se ha quedado con la baby sitter.

–Está bien, Sarah. Discúlpame si te he asustado.

–¿Cómo supiste lo que ocurrió con mi sortija, Johnny?

El sólo atinó a mover la cabeza de un lado a otro.

7.

Al llegar a la mitad del pasillo del primer piso, ella empezó a experimentar una sensación extraña en el estómago. Encontró justo a tiempo el lavabo para señoras. Entró deprisa, cerró la puerta de uno de los compartimientos, y vomitó violentamente. Tiró de la cadena y después se quedó allí con los ojos cerrados, temblando, pero al borde de la risa. La última vez que había visto a Johnny también había vomitado. ¿Un acto de justicia elemental? ¿Paréntesis en el tiempo, como un sujetalibros? Se cubrió la boca con las manos para ahogar cualquier cosa que pugnara por salir: la risa o tal vez un alarido. Y en la oscuridad el mundo pareció ladearse irracionalmente, como un plato. Como una Rueda de la Fortuna giratoria.

8.

Había dejado a Denny con la señora Labelle, de modo que. cuando llegó de vuelta la

casa estaba silenciosa y vacía. Subió al desván por la angosta escalera y accionó el interruptor que controlaba las dos bombillas desnudas, colgantes. Su equipaje estaba apilado en un rincón, y los rótulos de Montreal aún estaban adheridos a los costados de las maletas Grants anaranjadas. Las maletas eran tres. Abrió la primera, palpó los bolsillos elásticos laterales, y. no encontró nada. Ídem en la segunda. Ídem en la tercera.

Inhaló profundamente y después soltó el aire, sintiéndose ridícula y un poco desilusionada... pero sobre todo aliviada. Inmensamente aliviada. Adiós sortija. Lo siento, Johnny. Pero por otro lado no lo siento en absoluto. Hasta cierto punto habría sido demasiado macabro.

Empezó a deslizar las maletas en el lugar que les correspondía entre una alta pila de antiguos textos universitarios de Walt y la lámpara de pie que el perro de aquella loca había volcado y que Sarah nunca se había atrevido a arrojar a la basura. Y mientras se quitaba el polvo de las manos antes de desentenderse por completo del asunto, una vocecilla interior, casi inaudible, le susurró: ¿No te parece que ha sido una búsqueda muy somera? ¿En realidad no querías encontrar nada, no es cierto, Sarah?

No. No, en realidad no había querido encontrar nada. Y si esa vocecilla creía que iba a abrir nuevamente todas esas maletas, estaba chalada. Ya hacía quince minutos que debería haber ido a recoger a Denny, Walt traería a cenar a casa a uno de los socios principales de su firma (una operación muy importante) y le debía una carta a Bettye Hackman... Bettye había pasado directamente del Cuerpo de Paz, en Uganda, a la boda con el hijo de un criador de caballos de Kentucky, prodigiosamente rico. Además, tenía que. limpiar los dos cuartos de baño, arreglarse el pelo y bañar a Denny. En realidad tenía demasiadas cosas que hacer para quedarse perdiendo el tiempo en ese desván caluroso y mugriento.

De modo que volvió a abrir las tres maletas y. esta vez registró los bolsillos laterales con mucha minuciosidad, y encontró su sortija de boda muy escondida en el ángulo de la tercera maleta. La sostuvo bajo la luz de una de las bombillas desnudas y leyó la inscripción grabada en su interior, todavía tan flamante como cuando Walt le había introducido el anillo en el dedo: WALTER Y SARAH HAZLETT – 9-VII-1972.

Sarah se quedó mirándola durante un largo rato.

Después volvió a colocar las tres maletas en su lugar, apagó las luces y bajó nuevamente. Se quitó el vestido de hilo, que ahora estaba surcado por franjas de polvo, y se puso unos pantalones deportivos y una blusa ligera. Caminó calle abajo hasta la casa de la señora Labelle y recogió a su hijo. Regresaron a casa y Sarah depositó a Denny en la sala, donde se puso a gatear vigorosamente mientras ella sazonaba la carne y pelaba unas patatas. Cuando la carne estuvo en el horno fue a la sala y descubrió que Denny se había quedado dormido sobre la alfombra. Lo alzó y lo metió en su cuna. Después empezó a limpiar los cuartos de baño. Y a pesar de todo, a pesar de que el reloj corría hacia la hora de la cena, su mente no se apartaba ni por un momento de la sortija. Johnny lo había sabido. Incluso podía situar con precisión el instante en que lo había descubierto: Cuando ella lo había besado antes de irse.

El sólo hecho de pensar en esto la hacía sentir débil y rara, y no sabía muy bien por qué. Todo estaba embrollado. Su sonrisa torcida, que era la misma, su cuerpo, tan espantosamente cambiado, tan enclenque y desnutrido, la forma en que su pelo lacio descansaba sobre el cuero cabelludo, contrastando cegadoramente con los recuerdos exuberantes que aún conservaba de él. Había deseado besarle.

–Basta –murmuró para sus adentros. Su rostro reflejado en el espejo del baño parecía el de una desconocida. Congestionado y acalorado y... seamos sinceras, chicas, sexy.

Su mano se cerró sobre la sortija metida en el bolsillo del pantalón, y casi antes –pero sólo casi– de que pudiera tomar conciencia de lo que iba a hacer, la arrojó al agua transparente, ligeramente azulada, de la taza del inodoro. Muy limpia y refulgente, para que si el señor Treaches, de Baribault, Treaches, Morrehouse y Gendron tenía que dejar en algún momento la cena para ir a echar una meada, no sintiera agravio por la presencia de un círculo chocante alrededor de la taza, porque, ¿quién sabe qué obstáculos pueden levantarse en el camino de un joven que marcha hacia los órganos de poder, verdad? ¿Quién sabe algo en este mundo?

La sortija produjo un ligero chapuzón y se hundió lentamente hacia el fondo del agua clara, girando perezosamente sobre sí misma. A ella le pareció oír un tenue tintineo cuando chocó con la superficie de porcelana, pero probablemente eso sólo fue fruto de su imaginación. Le palpitaba la cabeza. La atmósfera del desván era calurosa, rancia y húmeda. Pero el beso de Johnny... el beso había sido dulce. Muy dulce.

Sin darse tiempo para meditar sus actos (y para dejar que la razón volviese por sus fueros), estiró la mano y tiró de la cadena. El agua corrió con un golpe y un rugido. Tal vez le pareció más sonora que de costumbre porque tenía los párpados fuertemente, apretados. Cuando volvió a abrir los ojos, la sortija había desaparecido. Había estado perdida y ahora se perdía de nuevo.

Sintió repentinamente las piernas flojas y se sentó sobre el borde de la bañera y se cubrió la cara con las manos. Su cara caliente, caliente. No volvería a visitar a Johnny. Aquélla no había sido una buena idea. El encuentro la había alterado. Walt iba a traer a casa a uno de los socios más antiguos de la firma y ella tenía una botella de Mondavi y una carne al horno que le desbarataba el presupuesto y era en esto en lo que debía pensar. En ese momento debería estar pensando en lo mucho que amaba a Walt y en Denny que dormía en su cuna. Debía pensar de qué manera, cuando uno optaba por determinadas alternativas en este mundo loco, tenía que resignarse a ellas. Y no volvería a pensar en Johnny Smith y en su sonrisa torcida, encantadora.

9.

La cena de esa noche tuvo mucho éxito.

Capítulo 10

1.

El médico le recetó a Vera Smith una droga hipotensora llamada Hydrodiural. No le bajó mucho la tensión sanguínea («No vale nada», le gustaba escribir en sus cartas), pero sí la hacía sentirse indispuesta y débil. Después de pasar el aspirador por el suelo debía sentarse a descansar. Cuando subía una escalera se detenía al llegar arriba y jadeaba como un perrillo en una calurosa tarde de agosto. Si Johnny no le hubiera dicho que eso era por su bien, habría arrojado inmediatamente las píldoras por la ventana.

El médico probó otra droga, y ésta le aceleró tanto los latidos del corazón que dejó de tomarla.

–Es un sistema de prueba y error –le explicó el médico–. Al fin acertaremos, Vera. No

se preocupe.

–No me preocupo –respondió Vera–. Tengo fe en el Señor.

–Sí, por supuesto. Así debe ser.

A fines de junio, el médico había optado por una combinación de Hydrodiural y otra droga llamada Aldomet: unas píldoras gordas, amarillas, costosas y desagradables. Cuando empezó a tomar las dos drogas juntas, tuvo la impresión de que necesitaba orinar cada quince minutos. Tenía jaquecas. Tenía palpitaciones. El médico dijo que su tensión sanguínea había bajado nuevamente al nivel normal, pero no le creyó. ¿Para qué servían los médicos, al fin y al cabo? Bastaba ver lo que hacían con su Johnny: le cortaban como si fuera una res, tres operaciones hasta ese momento, parecía un monstruo con puntadas a todo lo largo de sus brazos y piernas y cuello, e igualmente no podía caminar sin la ayuda de uno de esos andadores como los que había tenido que usar la vieja señora Sylvester. Si su tensión sanguínea había bajado, ¿por qué siempre se sentía tan mal?

–Debes darle tiempo al cuerpo para que se habitúe a los medicamentos –le dijo Johnny. Era el primer sábado de julio, y sus padres habían ido a visitarle, aprovechando el fin de semana. Johnny acababa de volver de la sala de hidroterapia y estaba pálido y macilento. Empuñaba una pequeña bola de plomo en cada mano, y las levantaba y después las bajaba sobre sus rodillas mientras hablaban, flexionando los codos, para desarrollar los bíceps y los tríceps. Las cicatrices que le recorrían los codos y antebrazos como cuchilladas se expandían y se contraían.

–Deposita tu fe en Dios, Johnny –dijo Vera–. Todas estas payasadas están de más. Deposita tu fe en Dios y Él te curará.

–Vera... –empezó Herb.

–No me interrumpas. ¡Esto es una payasada! ¿Acaso no dice la Biblia, pedid y se os dará, llamad y se os abrirá? No es necesario que yo tome ese remedio infame y no es necesario que mi hijo deje que los médicos sigan torturándole. Es un error, no sirve para nada, ¡y es pecaminoso!

Johnny depositó sobre la cama las bolsas llenas de perdigones de plomo. Los músculos de sus brazos se estremecían. Se sentía indispuesto y exhausto y repentinamente furioso con su madre.

–El Señor ayuda a quienes se ayudan a sí mismos –sentenció–. Tú no anhelas la intervención del Dios cristiano, mamá. Tú anhelas la intervención de un genio mágico que saldrá de una botella y te concederá tres deseos.

–Johnny!

–Pues es la verdad.

–¡Los médicos te metieron esa idea en la cabeza! ¡Todas esas ideas absurdas! –Le temblaban los labios y sus ojos estaban dilatados pero secos–. Dios te sacó del coma para que obedezcas su voluntad, John. Estos otros no son más que...

–No son más que quienes procuran ponerme en pie para que no tenga que seguir cumpliendo la voluntad de Dios desde una silla de ruedas durante todo el resto de mi vida.

–Basta de discusión –intervino Herb–. Las familias no deberían discutir.

Y los huracanes no deberían soplar, pero soplan todos los años, y nada que él pudiera decir lo evitaría.

Eso se había estado gestando.

–Si no depositas tu fe en Dios, Johnny... –empezó a argüir Vera, sin prestarle atención

a Herb.

–Ya no tengo fe en nadie.

–Lamento oír eso –replicó Vera. Su tono era seco y remoto–. Los secuaces de Satanás están en todas partes. Ellos intentarán apartarte de tu destino. Y parece que están ejecutando su misión con mucho éxito.

–Tú necesitas transformar esto en una... en una especie de historia divina, ¿verdad? Pues yo te explicaré qué es lo que fue: fue un accidente estúpido, dos chicos corrían una carrera en auto y quiso la casualidad que me convirtieran en carroña. ¿Sabes qué es lo que deseo mamá? Deseo salir de aquí. Esto es lo único que deseo. Y deseo que tú sigas tomando tu medicamento y... y que trates de poner nuevamente los pies en la tierra. Esto es lo único que deseo.

–Me voy. –Vera se levantó. Tenía las facciones pálidas y tensas–. Rezaré por ti, Johnny.

Él la miró, impotente, frustrado y triste. Su cólera se había disipado. La había descargado sobre ella.

–Sigue tomando el medicamento! –exclamó.

–Rezaré pidiendo que veas la luz.

Salió de la habitación, con un rictus pétreo en el rostro.

Johnny miró a su padre, sin saber qué hacer.

–Es una lástima que hayas procedido así, John –murmuró Herb.

–Estoy exhausto. Eso no mejora mi discernimiento. Ni mi humor.

–Sí –asintió Herb. Pareció que iba a añadir algo más, pero se calló.

–¿Sigue con la idea de ir a California para asistir a ese simposio sobre platillos volantes, o lo que sea?

–Sí, pero es posible que desista. Nunca se sabe lo que hará al día siguiente, y aún falta un mes para eso.

–Deberías hacer algo.

–¿De veras? ¿Qué? ¿Internarla? ¿Meterla en un manicomio?

Johnny meneó la cabeza.

–No lo sé. Pero quizá sea hora de que lo pienses seriamente en lugar de comportarte como si fuese un disparate. Está enferma. Tienes que darte cuenta de ello.

–Estaba bien antes de que... –dijo Herb en voz alta. Johnny se encogió, como si lo hubiera abofeteado.

–Escucha, lo siento, Johnny. No quise dar a entender eso.

–Está bien, papá.

–No, en serio, no quise –el rostro de Herb era la imagen de la consternación–. Escucha, debo ir con ella. Probablemente ya está arrojando octavillas en los corredores.

–Está bien.

–Johnny, procura olvidar esto y dedica todos tus esfuerzos a mejorarte. Ella te ama y yo también. No nos juzgues con demasiada severidad.

–No. No te preocupes, papá.

Herb le besó en la mejilla.

–Debo ir con ella.

–De acuerdo.

Herb se fue. Cuando Johnny se quedó solo, se levantó y recorrió con marcha insegura los tres pasos que separaban la cama de la silla. No era mucho. Pero sí era algo. Un

comienzo.

Su padre no imaginaba cuánto lamentaba haberse enfadado así con su madre. Lo lamentaba porque tomaba cuerpo en él una extraña certidumbre de que su madre no viviría mucho más.

2.

Vera dejó de tomar su medicación. Herb le habló, después la aduló, y finalmente la amenazó. Fue inútil. Vera le mostraba las cartas de sus «corresponsales en Jesús» –la mayoría de ellas garabateadas y plagadas de errores de ortografía– que respaldaban unánimemente su actitud y prometían acompañarla con sus oraciones. Una de ellas había sido enviada por una señora de Rhode Island que también había estado en la granja de Vermont, esperando el fin del mundo (junto con Otis, su perro pomerania favorito). «Dios es la mejor medicina –escribía esta señora–.Pídele a DIOS y TE CURARÁS, y no a los DRS que USURPAN el PODER de DIOS, son los DRS quienes han provocado todo el CÁNCER del mundo con su INTROMISIÓN DIABÓLICA, cualquiera que haya sido OPERADO por ejemplo, aunque se trate de una OPERACIÓN MENOR como una EXTIRPACIÓN DE AMÍGDALAS, tarde o temprano terminará enfermo de CÁNCER, éste es un hecho demostrado, así que pídele a Dios, rézale a Dios, fusiona TU VOLUNTAD con SU VOLUNTAD ¡¡y TE curarás!!

Herb habló por teléfono con Johnny, y al día siguiente Johnny llamó a su madre y se disculpó por haber sido tan intolerante con ella. Le pidió que por favor empezara a tomar nuevamente su medicina... y que lo hiciera por él. Vera aceptó su disculpa pero se negó a reanudar el tratamiento. Si Dios deseaba convocarla a su seno, la convocaría aunque ella tomara un tonel de píldoras por día. Esa era una discusión inútil, y el único argumento que podría haber empleado Johnny habría sido aquel que católicos y protestantes han rechazado por igual durante mil ochocientos años, a saber, que Dios hace Su voluntad a través de la mente del hombre así como a través de su espíritu.

–Mamá –dijo Johnny–, ¿no se te ha ocurrido pensar que la voluntad de Dios hizo que un médico inventara esa droga para que tú vivas más tiempo? ¿Ni siquiera puedes contemplar esa idea?

Una conferencia telefónica no era el medio apropiado para un debate teológico. Vera cortó la comunicación.

Al día siguiente Marie Michaud entró en la habitación de Johnny, apoyó la cabeza sobre la cama de él y lloró.

–Calma, calma –murmuró Johnny, perplejo y alarmado–. ¿Qué significa esto? ¿Ha pasado algo malo?

–Mi hijo –respondió ella, sin dejar de llorar–. Mi Mark. Le han operado y se cumplió lo que usted pronosticó. Está bien. Volverá a ver con su ojo enfermo. Gracias a Dios.

Marie abrazó a Johnny y éste le devolvió el abrazo lo mejor que pudo. Con su mejilla humedecida por las lágrimas de ella, Johnny pensó que lo que le había ocurrido, fuera lo que fuere, no era totalmente malo. Quizá ciertas cosas debían ser dichas, o vistas, o reencontradas. Ni siquiera era tan descabellado pensar que Dios obraba por intermedio de él, aunque su propio concepto de Dios era vago y ambiguo. Retuvo a Marie contra sí y le dijo que se sentía muy contento. La exhortó a recordar que no había sido él quien había operado a Mark, y que apenas recordaba qué era lo que le había dicho. Marie se fue poco después, enjugándose los ojos, dejándole a solas con sus pensamientos.

3.

A comienzos de agosto, Dave Pelsen fue a visitar a Johnny. El vicerrector de la Cleaves Milis High School era un hombre menudo, pulcro, que usaba gafas de lentes gruesas y zapatos de buena calidad y una serie de americanas deportivas de aspecto llamativo. Entre todas las personas que fueron a visitar a Johnny durante aquel verano casi interminable de 1975, Dave era el que menos había cambiado. Tenía unas cuantas vetas grises adicionales en su cabello, pero esto era todo.

–¿Cómo te encuentras? De veras –preguntó Dave, cuando hubieron terminado de intercambiar cortesías.

–No tan mal –respondió Johnny–. Ahora puedo caminar por mis propios medios, si no exagero. Puedo dar seis vueltas a la piscina nadando. A veces tengo jaquecas, unas jaquecas mortales, pero los médicos dicen que es posible que aún duren un tiempo. Quizá por el resto de mi vida.

–¿Puedo formularte una pregunta personal?

–Si quieres saber si todavía se me empina –contestó Johnny, con una sonrisa–, la respuesta es afirmativa.

–Es bueno saberlo, pero lo que quería saber es cómo te apañas con el dinero. ¿Puedes pagar todo esto?

Johnny meneó la cabeza.

–Ya hará cinco años que estoy en el hospital. Sólo un Rockefeller podría haberlo pagado. Mi padre y mi madre me incluyeron en un programa que financia el Estado. Programa para Catástrofes Totales o algo por el estilo.

Dave hizo un ademán de asentimiento.

–El programa de Asistencia para Catástrofes Extraordinarias. Lo supuse. ¿Pero cómo pudieron evitar que te internaran en el hospital del Estado, Johnny? Esta es una institución de primera.

–El doctor Weizak y el doctor Brown se ocuparon de eso. Y debo agradecerles a ellos todos los progresos que he hecho.

He sido un... un conejillo de Indias, dice el doctor Weizak. ¿Hasta cuándo podremos impedir que este paciente comatoso se convierta en un vegetal absoluto? La unidad de fisioterapia me trató durante los dos últimos años que pasé en cama. Me inyectaron shocks vitamínicos... todavía tengo el culo acribillado como si hubiera sufrido un ataque de viruela. No esperaban obtener resultados en mi caso personal. Me desahuciaron casi desde el momento en que llegué aquí. Weizak dice que lo que él y Brown practicaron conmigo fue una «sustentación vital agresiva». A su juicio, éste es el principio de una respuesta a todas las críticas contra las tentativas de salvaguardar la vida cuando ya se ha perdido toda esperanza de recuperación. Y, de todas formas, no hubieran podido seguir utilizándome si me hubieran trasladado al hospital del Estado, y por eso me retuvieron aquí. Finalmente habrían terminado de experimentar conmigo, y entonces sí que me habrían enviado al hospital estatal.

–Donde el tratamiento más sofisticado que habrías recibido habría consistido en una vuelta cada seis horas para evitar la aparición de llagas –comentó Dave–. Y si hubieras despertado en 1980, habrías sido un caso de chaleco.

–Creo que habría sido un caso de chaleco en cualquier circunstancia –replicó Johnny. Meneó la cabeza lentamente–. Sospecho que si alguien propone que me practiquen una

sola operación más, me volveré loco. E igualmente seguiré cojeando y nunca podré volver la cabeza por completo hacia la izquierda.

–¿Cuándo te darán el alta?

–Dentro de tres semanas, si Dios quiere.

–¿Y después?

Johnny se encogió de hombros.

–Volveré a casa, supongo. A Pownal. Mi madre piensa estar un tiempo en California en una... una congregación religiosa. Papá y yo aprovecharemos el tiempo para volver a intimar. Recibí una carta de uno de los grandes agentes literarios de Nueva York... bueno, no exactamente de él, sino de uno de sus colaboradores. Piensan que lo que me sucedió podría dar material para un libro. Tal vez intente escribir dos o tres capítulos y una reseña, y a lo mejor este fulano o su colaborador conseguirán venderlo. El dinero me vendría muy bien, te lo aseguro.

–¿Otras publicaciones han demostrado interés?

–Bueno, el tipo del Daily News de Bangor que escribió el primer artículo...

–¿Bright? Es un buen periodista.

–Le gustaría venir a Pownal después de que me largue de aquí, para escribir un artículo de interés humano. El tipo me gusta, pero por ahora no le he dado una respuesta definitiva. El proyecto no me reporta ninguna ventaja económica, y ahora, sinceramente, lo que necesito es dinero. Comparecería en el programa «To Tell the Truth» si me ofrecieran doscientos dólares. Los ahorros de mis padres se han esfumado. Vendieron el auto y compraron un trasto viejo. Mi padre solicitó una segunda hipoteca sobre la casa cuando debería haber estado pensando en jubilarse y venderla para vivir de renta.

–¿Has pensado en volver a la docencia?

–¿Es una oferta? –preguntó Johnny.

–No es moco de pavo.

–Te lo agradezco –dijo Johnny–. Pero en setiembre no estaré en condiciones, Dave.

–No pensaba en setiembre. ¿Te acuerdas de Anne Strafford, la amiga de Sarah? –preguntó Dave. Johnny hizo un ademán de asentimiento–. Bueno, ahora se llama Anne Beatty y tendrá un niño en diciembre. De modo que necesitaremos un profesor de inglés durante el segundo semestre. No habrá mucho trabajo. Cuatro clases, un curso de estudios adelantados, dos horas libres.

–¿Es una oferta en firme, Dave?

–Sí.

–Eres muy amable –dijo Johnny con voz ronca.

–Al diablo con eso –respondió Dave con naturalidad–. Tú eras un excelente profesor.

–¿Me concedes un par de semanas para reflexionar?

–Hasta el primero de octubre, si quieres –contestó Dave–. Creo que podrás ocuparte igualmente de tu libro. Si te parece que éste puede rendirte algún beneficio.

Johnny asintió con un movimiento de cabeza.

–Y es posible que no quieras quedarte demasiado tiempo en Pownal –añadió Dave–. Quizá te resulte... incómodo.

Las palabras subieron a los labios de Johnny y debió reprimirlas.

»*No por mucho tiempo, Dave. Verás, en este mismo momento mi madre está en trance de volarse los sesos. Pero no con un revólver. Va a tener una hemorragia cerebral. Morirá antes de Navidad a menos que mi padre y yo consigamos persuadirla de que vuelva a*

tomar su medicamento, cosa que me parece muy difícil. Y yo formo parte del proceso... aunque no sé hasta qué punto. Creo que tampoco deseo saberlo.

En cambio respondió:

–Las noticias tienen alas, ¿eh?

Dave se encogió de hombros.

–Me he enterado por Sarah de que a tu madre le ha resultado difícil adaptarse. Ya se le pasará, Johnny. De todas formas, piénsalo.

–Lo pensaré. En verdad, te daré un sí provisional ahora mismo. Sería bueno volver a enseñar. Volver a la vida normal.

–Así me gusta –exclamó Dave.

Después de que Dave se hubo ido, Johnny se tumbó en la cama y miró por la ventana. Estaba muy cansado. Volver a la vida normal. Quién sabe por qué, dudaba que eso ocurriera realmente algún día.

Sintió que empezaba una de sus jaquecas.

4.

La noticia de que Johnny había salido de su coma con alguna cualidad adicional llegó finalmente al diario, y apareció en la primera plana con la firma de David Bright. Esto sucedió cuando faltaba menos de una semana para que le dieran el alta en el hospital.

Se hallaba en la sala de fisioterapia, tumbado boca arriba sobre una estera desplegada en el suelo. Sobre su vientre descansaba una bola de seis kilos. Su fisioterapeuta, Eileen Magown, estaba plantada junto a él y contaba las veces que se sentaba. Teóricamente debía sentarse diez veces, y en ese momento pugnaba por completar la octava flexión. Le chorreaba el sudor por la cara, y las cicatrices de su cuello resaltaban con un fuerte color rojo.

Eileen era una mujer menuda, de aspecto sencillo, con un cuerpo cimbreante, con un halo de hermoso cabello rojo, rizado, y ojos verdes con estrías castañas. A veces Johnny la definía –con una mezcla de irritación y sarcasmo– como el instructor de infantería de marina más pequeño del mundo. Ella lo había trasformado con sus órdenes y halagos e imposiciones. Antes había sido un paciente postrado en cama, que apenas podía sostener un vaso de agua, y ahora era un hombre capaz de caminar sin bastón, de hacer dos o tres flexiones de cabeza seguidas, y de dar una vuelta completa por la piscina del hospital en cincuenta y tres segundos... lo cual no era un récord olímpico pero tampoco estaba mal. Eileen era soltera y vivía en una casona de Center Street, en Oldtown, con sus cuatro gatos. Era dura como la pizarra y no aceptaba un no por respuesta.

Johnny se desplomó hacia atrás.

–No –resolló–. Oh, creo que no es posible, Eileen.

–¡Arriba, muchacho! –exclamó ella con un regocijo intenso y sádico–. ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Sólo tres más y podrás beber una Coca Cola!

–Devuélveme mi bola de cinco kilos y haré dos más.

–Si no haces tres más, la bola de cinco kilos pasará a la historia en el Guinness Book of Records como el supositorio más grande del mundo. ¡Arriba!

–¡Urrrrrrgh! –gimió Johnny, mientras se levantaba por octava vez. Se derrumbó sobre la espalda y después volvió a alzarse espasmódicamente.

–¡Estupendo! –gritó Eileen–. ¡Una vez más, una vez más!

–¡OARRRRRRRUNCH! –bramó Johnny, y se levantó por décima vez. Se dejó caer

sobre la estera mientras echaba a rodar la bola por el suelo–. Me he herniado, serás feliz, se me acaban de desprender las tripas, están flotando dentro de mí, te demandaré, maldita arpía.

–Caray, qué criatura –comentó Eileen, tendiéndole la mano–. Esto no es nada en comparación con lo que te tengo reservado para la próxima vez.

–Olvídalo –respondió Johnny–. Lo único que haré la próxima vez será nadar en...

Johnny la miró, mientras una expresión de sorpresa se expandía por su rostro. Le apretó la mano con más fuerza, casi hasta provocarle dolor.

–Johnny... ¿qué te sucede? ¿Tienes un calambre?

–Válgame Dios –murmuró Johnny en voz baja.

–¡Johnny!

El seguía aferrándole la mano y le miraba la cara con una expresión contemplativa, lejana y soñadora, que la ponía nerviosa. Eileen había oído lo que se contaba acerca de Johnny Smith, rumores que había desechado con su propia variedad de terco pragmatismo escocés. Corría la versión de que había pronosticado que el hijo de Marie Michaud se curaría totalmente, aun antes de que los médicos estuvieran cien por ciento seguros de que valía la pena arriesgarse con la peligrosa operación. Otro rumor estaba relacionado con el doctor Weizak: se decía que Johnny le había informado de que su madre no estaba muerta sino que vivía en un lugar de la costa oeste con otro nombre. A juicio de Eileen Magown estas historias eran otras tantas patrañas, que estaban a la par de las revistas sensacionalistas y de los cuentos de amores tiernos y salvajes que tantas enfermeras leían durante las horas de guardia. Pero ahora la mirada de él la asustaba.

Parecía estar escudriñándola por dentro.

–¿Te sientes bien, Johnny?

Se hallaban solos en la sala de fisioterapia. La gran puerta de dos hojas con paneles de vidrio esmerilado que comunicaba con la piscina estaba cerrada.

–Santo cielo –murmuró Johnny–. Será mejor que... sí, aún hay tiempo. El tiempo justo.

–¿De qué hablas?

Entonces él salió de su trance. Le soltó la mano... aunque la había apretado con fuerza suficiente como para dejarle marcas blancas sobre el dorso.

–Telefonea al cuartel de bomberos –dijo–. Te olvidaste de apagar el hornillo. Se están incendiando las cortinas.

–¿Qué... ?

–El fuego del hornillo se comunicó a la bayeta y de ésta pasó a las cortinas –explicó Johnny impaciente–. Date prisa y telefonea. ¿Quieres que se te queme la casa?

–Johnny, no puedes saber...

–No importa qué es lo que no puedo saber –la interrumpió Johnny, cogiéndola por el codo.

La arrastró consigo y traspusieron las puertas. Johnny cojeaba mucho con la pierna izquierda, como le ocurría siempre que estaba cansado. Atravesaron el recinto donde se hallaba la piscina, haciendo repicar huecamente los tacones sobre las baldosas, y después desembocaron en el pasillo del primer piso y se encaminaron hacia la sala de enfermeras. Allí, dos enfermeras bebían café y otra le estaba contando a alguien por teléfono cómo había redecorado su apartamento.

–¿Llamarás tú o debo hacerlo yo? –preguntó Johnny.

Eileen tenía un torbellino en la cabeza. Su programa matutino era tan rutinario como podía serlo el de una persona soltera. Se había levantado y había escalfado un solo huevo, mientras comía un pomelo íntegro, sin azúcar, y un tazón de salvado. Después de desayunarse se había vestido y había ido en su coche al hospital. ¿Había apagado el hornillo? Claro que sí. No recordaba específicamente haberlo hecho, pero se trataba de un hábito. Era imposible que no lo hubiera apagado.

–Johnny, de veras, no sé de dónde has sacado la idea...

–Está bien. Lo haré yo.

Ya estaban en la sala de enfermeras, un recinto circundado por paneles de cristal y equipado con tres sillas de respaldo recto y un hornillo portátil. La pequeña habitación estaba dominada por el tablero de llamadas: hileras de pequeñas luces que lanzaban destellos rojos cuando un paciente pulsaba el timbre. En ese momento tres de ellas parpadeaban. Las enfermeras continuaban sorbiendo el café y conversando sobre un médico que se había presentado borracho en Benjamin's. Aparentemente la tercera hablaba con su maquilladora.

–Discúlpeme, debo hacer una llamada –dijo Johnny.

La enfermera cubrió el micrófono con la mano.

–En el pasillo hay un teléfono público...

–Gracias respondió Johnny, y le arrebató el auricular. Conectó una; de las líneas desocupadas y marcó el 0. La señal indicó que estaban comunicando–. ¿Qué le pasa a este aparato?

–¡Eh! –exclamó la enfermera que había estado conversando con su maquilladora–. ¿Qué demonios hace? ¡Devuélvame eso!

Johnny recordó que se hallaba en un hospital que tenía su propia centralita y marcó el 9 para pedir una línea externa. Después volvió a marcar el 0.

La enfermera desalojada manoteó el auricular, con las mejillas congestionadas por la ira. Johnny la empujó para apartarla. La enfermera dio media vuelta, vio a Eileen y se acercó a ella.

–Eileen, ¿qué bicho le ha picado a este loco? –preguntó con voz estridente. Las otras dos enfermeras habían dejado a un lado sus tazas de café y miraban boquiabiertas a Johnny. Eileen se encogió de hombros, incómoda.

–No lo sé. De pronto...

–Operadora.

–Operadora, hay un incendio en Oldtown –explicó Johnny–. ¿A qué número debo llamar para dar la alarma, por favor?

–¡Eh! –exclamó una de las enfermeras–. ¿A quién se le está incendiando la casa?

Eileen cambió nerviosamente de posición.

–Él dice que a mí.

La enfermera que había estado hablando con su maquilladora dio un respingo.

–Dios mío, es ese tipo –murmuró.

Johnny señaló el tablero donde parpadeaban cinco o seis luces.

–¿Por qué no van a ver qué necesitan esos pacientes? La operadora lo había comunicado con el cuartel de bomberos de Oldtown.

–Me llamo John Smith y quiero dar parte de un incendio. Se ha declarado en... –Miró a Eileen– ¿Cuál es tu dirección?

Johnny pensó por un momento que no se la iba a dar. Movió los labios pero no

articuló ni una palabra. Las dos bebedoras de café habían olvidado sus tazas, y se habían replegado al rincón más lejano. Intercambiaban susurros como dos niñas en, los servicios de una escuela primaria. Tenían los. ojos desencajados.

–Diga, señor –lo azuzó la voz de su interlocutor.

–Vamos, ¿acaso quieres que tus gatos se frían? –espetó Johnny.

–Es el número 624 de Center Street –respondió Eileen de mala gana–. Has perdido la chaveta, Johnny.

Johnny le dio la dirección a su interlocutor.

–¿Cómo se llama usted, señor?

–John Smith. Le telefoneo desde el Eastern Maine Medical Center de Bangor.

–¿Puede explicarme cómo le llegó la información?

–Nos pasaríamos el día hablando por teléfono. La información es correcta. Ahora vayan a apagar el fuego–. Colgó violentamente el auricular.

–...y dijo que la madre de Sam Weizak aún estaba...

Se interrumpió y miró a Johnny. Durante un momento éste sintió que todas le miraban, que sus ojos estaban posados sobre su piel como diminutos pesos calientes, y comprendió cuál sería el resultado de ese episodio y el estómago le dio un vuelco.

–Eileen –dijo.

–¿Qué?

–¿Tienes amigos en el apartamento vecino?

–Sí... Burt y Janice...

–¿Alguno de ellos está en casa?

–Supongo que Janice debe de estar, sí.

–¿Por qué no la telefoneas?

Eileen hizo un ademán de asentimiento. Súbitamente comprendió cuál era su intención. Tomó el auricular de la mano de él y marcó un número con el prefijo 827. Las enfermeras miraban con avidez, como si hubieran descubierto por casualidad un programa de TV realmente emocionante.

–¿Jan? Soy Eileen. ¿Estás en tu cocina...? ¿Quieres hacer el favor de mirar por la ventana ,y verificar si todo está... bueno... si en mi casa todo está en orden... ? Bueno, un amigo mío dice... Te lo explicaré después de que eches un vistazo, ¿de acuerdo? –Eileen se estaba ruborizando–. Sí, esperaré. –Miró a Johnny y repitió–: Has perdido la chaveta, Johnny.

Se produjo una pausa que pareció prolongarse indefinidamente. Entonces Eileen empezó a escuchar nuevamente. Escuchó un largo rato y por fin dijo con una voz extraña, apagada, totalmente distinta de la habitual:

–No, no te preocupes, Jan. Los hemos llamado. No... no puedo explicártelo ahora pero ya hablaremos más tarde. –Miró a Johnny–. Sí, es raro que lo haya sabido... pero puedo explicarlo. Por lo menos eso creo. Adiós.

Colgó el auricular. Todos la miraban. Las enfermeras con ávida curiosidad, y Johnny sólo con apática certidumbre.

–Jan dice que sale humo por la ventana de la cocina –anunció Eileen, y las tres enfermeras suspiraron al unísono. Sus ojos, dilatados y un poco acusadores, se volvieron nuevamente hacia Johnny. Los ojos del jurado, pensó él lúgubremente–. Debo volver a casa –prosiguió Eileen. Ya no era la fisioterapeuta agresiva, halagadora, segura de sí misma, sino una mujercita preocupada por sus gatos y su casa y sus cosas–. No... no sé

cómo agradecértelo, Johnny... Lamento no haberte creído, pero... –Se echó a llorar.

Una de las enfermeras se acercó a ella, pero Johnny se le adelantó. La rodeó con el brazo y la guió hasta el pasillo.

–Es cierto que puedes hacerlo –susurró Eileen–. Lo que decían...

–Vete a casa –la interrumpió Johnny–. Estoy seguro de que todo se arreglará. El humo y el agua producirán algunos daños sin importancia, y eso será todo. Creo que perderás el poster de Butch Cassidy and the Sundance Kid, pero nada más.

–Sí, está bien. Gracias, Johnny. Que Dios te bendiga.

Le besó en la mejilla y después se alejó por el corredor con paso vivo. Miró una vez hacia atrás con una expresión que casi era de temor supersticioso.

Las enfermeras estaban alineadas contra el cristal de su sala de trabajo, con la vista clavada en él. De pronto le hicieron evocar la imagen de unos cuervos posados sobre el hilo del teléfono, cuervos que miraban algo brillante y reluciente caído a sus pies, algo digno` de ser picoteado y desmembrado.

–Vayan a atender a sus pacientes –les espetó coléricamente, y ellas respingaron al oír su voz.

Cojeó hacia el ascensor y las dejó con la certeza de que ellas se encargarían de echar a rodar los rumores. Estaba cansado. Le dolían las piernas. Era como si tuviese vidrio molido en las articulaciones de las caderas. Quería irse a la cama.

Capítulo 11

1.

–¿Qué piensa hacer? –le preguntó Sam Weizak.

–Jesús, no lo sé –respondió Johnny–. ¿Cuántos dijo que hay ahí abajo?

–Siete u ocho. Uno de ellos es el corresponsal de Associated Press en el norte de New England. Y hay representantes de dos emisoras de TV, con cámaras y focos. El director del hospital está muy enfadado con usted, Johnny. Piensa que se ha portado mal.

–¿Porque se estaba incendiando la casa de una señora? –inquirió Johnny–. Lo único que sé es que hoy debe de haber habido endemoniadamente pocas noticias.

–Pues se equivoca. Ford vetó dos leyes. Un comando de la OLP voló un restaurante en Tel Aviv. Y un perro de la policía olfateó doscientos kilos de marihuana en el aeropuerto.

–¿Entonces qué hacen aquí? –exclamó Johnny.

Cuando Sam había llegado con la información de que los reporteros se estaban congregando en el vestíbulo, lo primero que se preguntó Johnny, desolado, fue cómo lo interpretaría su madre. Vera estaba con su padre en Pownal, preparándose para la peregrinación a California que empezaría la semana próxima. Ni Johnny ni su padre estaban de acuerdo con el viaje, y la noticia de que su hijo se había trasformado, quién sabe cómo, en un clarividente, podría inducirla a cancelarlo, pero en este caso Johnny temía que la cura fuese el mayor de los dos males. Eso podría producirle un desequilibrio irreversible.

Por otro lado –esta idea afloró de pronto en su mente con toda la fuerza de la inspiración– tal vez podría persuadirla para que tomara nuevamente sus medicinas.

–Están aquí porque lo que ha sucedido es noticia –afirmó Sam–. Tiene todos los ingredientes clásicos.

–Yo no hice nada. Sólo...

–Sólo le informó a Eileen Magown que su casa se había incendiado, y no se equivocó –replicó Sam parsimoniosamente–. Vamos, Johnny, usted debía de saber que esto ocurriría tarde o temprano.

–No busco publicidad –protestó Johnny hoscamente.

–No. No quise insinuar que la buscara. Un terremoto tampoco la busca. Pero los periodistas se ocupan de él. La gente desea saber.

–¿Y si me negara a recibirles?

–No hay muchas alternativas –contestó Sam–. Se irán y publicarán rumores descabellados. Después, cuando salga del hospital, le caerán encima. Le pondrán los micrófonos debajo de las narices como si fuera un senador o un gángster famoso, ¿entiende?

Johnny reflexionó.

–¿Bright está ahí abajo?

–Sí.

–¿Y si yo lo invitara a subir? Él podría recoger la información y trasmitirla a los demás.

–Sí, podría hacer eso, pero los otros quedarían muy disgustados. Y un periodista disgustado se convertiría en su enemigo. Nixon los disgustó y ellos lo destrozaron.

–Yo no soy Nixon.

Una sonrisa radiante iluminó el rostro de Weizak.

–Gracias a Dios –exclamó.

–¿Qué me sugiere? –preguntó Johnny.

2.

Cuando Johnny traspuso las puertas de vaivén y entró en el vestíbulo, los periodistas se levantaron y avanzaron en tropel. Johnny usaba una camisa blanca, de cuello abierto, y unos pantalones vaqueros demasiado holgados. Su rostro estaba pálido pero compuesto. Las cicatrices de las operaciones de tendones resaltaban en su cuello. Los flashes le descerrajaron una andanada de fogonazos que lo hicieron respingar. Hubo una avalancha de preguntas.

–¡Basta! ¡Basta! –gritó Sam Weizak–. ¡Este hombre está convaleciente! Quiere formular una breve declaración y contestará algunas preguntas, pero sólo si ustedes se comportan correctamente. Ahora apártense y déjenle respirar.

Se encendieron dos baterías de focos de TV que bañaron el vestíbulo con un resplandor irreal. Los médicos y las enfermeras se habían congregado junto a la puerta del vestíbulo para curiosear. Johnny retrocedió para protegerse de los focos y se preguntó si eso era lo que llamaban candilejas. Se sentía como si todo fuera un sueño.

–¿Quién es usted? –le gritó uno de los reporteros a Weizak.

–Soy Samuel Weizak, el médico de este joven, y mi nombre se escribe con dos equis.

Hubo un coro de risas y la atmósfera se distendió un poco.

–¿Se siente bien, Johnny? –preguntó Weizak. Anochecía, y su súbita visión de que la cocina de Eileen Magown se estaba incendiando parecía lejana e intrascendente: el recuerdo de un recuerdo.

–Claro que sí –respondió Johnny.

–¿Cuál es su declaración? –exclamó uno de los reporteros.

–Bueno, es la siguiente. Mi fisioterapeuta se llama Eileen Magown. Es una señora muy simpática, y me ha ayudado a recuperarme. Ustedes verán, sufrí un accidente, y... – Una de las cámaras de TV se adelantó, enfocándolo inexpresivamente y desconcertándole por un momento–. Y quedé muy débil. Digamos que mis músculos se atrofiaron. Esta mañana nos hallábamos en la sala de fisioterapia, terminando el tratamiento, cuando tuve la sensación de que se, quemaba su casa. O sea, más específicamente... –¡*Jesús, pareces un imbécil!*–. Sentí que había olvidado apagar el hornillo y que las cortinas de la cocina estaban a punto de incendiarse. De modo que telefoneamos al cuartel de bomberos y esto es todo.

Se produjo una breve pausa alelada mientras digerían las palabras de Johnny –t*uve una especie de sensación, y... esto es todo*– y después se reanudó la andanada de preguntas, mezcladas en un guiso ininteligible de voces humanas. Johnny miró en torno, impotente, sintiéndose desorientado y vulnerable.

–¡De uno en uno! –gritó Weizak–. ¡Levanten las manos! ¿O acaso nunca fueron a la escuela?

Las manos se alzaron y Johnny señaló a David Bright.

–¿Definiría esto como una experiencia parapsicológica, Johnny?

–Lo definiría como una sensación –respondió Johnny–. Estaba haciendo flexiones y, cuando completé la última, la señorita Magown me tomó la mano y me ayudó a levantarme. Entonces lo supe, sencillamente.

Señaló a otro periodista.

–Soy Mel Allen, del Sunday Telegram de Portland, señor Smith. ¿Fue como una imagen? ¿Una imagen que se le apareció en la cabeza?

–No, nada de eso –contestó Johnny, aunque no recordaba realmente cómo había sido.

–¿Le ha sucedido antes, Johnny? –preguntó una mujer joven vestida con un traje sastre.

–Sí, unas pocas veces.

–¿Puede describirnos los episodios anteriores?

–No, prefiero no hablar de eso.

Uno de los reporteros de TV levantó la mano y Johnny le hizo una seña con la cabeza.

–¿Tuvo alguna de esas corazonadas antes del accidente y del coma consiguiente, señor Smith?

Johnny vaciló. El recinto pareció sumirse en un silencio total. Los focos de TV le calentaban la cara, como un sol tropical.

–No –respondió.

Otra andanada de preguntas. Johnny volvió a mirar a Weizak con expresión de impotencia.

–¡Basta! ¡Basta! –vociferó Weizak. Miró a Johnny cuando menguó el bullicio–. ¿Está cansado, Johnny?

–Contestaré dos preguntas más –dijo Johnny–. Después... sinceramente... ésta ha sido una jornada muy larga para mí... ¿sí, señora?

Señaló a una mujer regordeta que se había colado entre dos reporteros jóvenes.

–Señor Smith –exclamó con voz potente, reverberante, que sonaba como una tuba–. ¿Quién será el candidato a presidente de los demócratas el año próximo?

–No lo sé –respondió Johnny, francamente desconcertado por la pregunta–. ¿Cómo quiere que lo sepa?

Se alzaron otras manos. Johnny señaló a un hombre alto, de talante circunspecto, vestido con un traje oscuro. Se adelantó un paso. Tenía un aire severo y reprimido.

–Señor Smith, soy Roger Dussault, del Sun de Lewiston, y me gustaría que me diga si sabe por qué tiene una facultad tan excepcional... si es que en verdad la tiene. ¿Por qué usted... señor Smith?

Johnny carraspeó.

–Si no me equivoco... lo que me pide es que justifique algo que no entiendo. No puedo hacerlo.

–No le pido que lo justifique, señor Smith. Sólo que lo explique.

Cree que les estoy engatusando. O que pretendo engatusarles.

Weizak se colocó junto a Johnny.

–¿Puedo contestar yo su pregunta? –intervino–. ¿O por lo menos puedo tratar de explicar por qué es imposible contestarla?

–¿Usted también es clarividente? –inquirió Dussault fríamente.

–Sí, todos los neurólogos debemos serlo. Es un requisito indispensable –replicó Weizak. Hubo una explosión de carcajadas y Dussault se sonrojó–. Damas y caballeros de la prensa. Este hombre pasó cuatro años y medio en estado de coma. Quienes estudiamos el cerebro humano ignoramos por qué permaneció en ese estado, o por qué salió de él, y, esto se explica por la sencilla razón de que no entendemos qué es realmente el coma, así como no entendemos el sueño o el simple acto de despertar. Damas y caballeros, no entendemos el cerebro de una rana ni el cerebro de una hormiga. Pueden citar textualmente mis palabras... como ven, soy muy temerario, ¿verdad?

Más risas. Weizak les caía simpático. Pero Dussault no se rió.

–También pueden atribuirme el aserto de que, a mi juicio, este hombre posee ahora una facultad humana muy nueva, o muy vieja. ¿Por qué? ¿Acaso puedo explicarles por qué, si mis colegas y yo no entendemos el cerebro de una hormiga? No, no puedo. Sin embargo, puedo sugerirles algunas hipótesis interesantes, que quizá tienen fundamento y quizá no. Una parte del cerebro de John Smith ha sufrido una lesión irreparable... una parte muy pequeña, pero todas pueden ser vitales. El la denomina su «zona muerta», y aparentemente allí estaban almacenados algunos recuerdos residuales. Todos esos recuerdos borrados parecen formar parte de un «conjunto»: el de los nombres de calles, caminos y carreteras. Un subconjunto de un conjunto mayor, el de la localización. Ésta es una afasia pequeña pero total que parece incluir facultades de elocución y visualización.

Compensando esta pérdida, otra parte minúscula del cerebro de John Smith parece haber despertado. Un sector del encéfalo situado dentro del lóbulo parietal. Ésta es una de las zonas muy rugosas del cerebro «anterior» o «pensante». Las respuestas eléctricas de este sector del cerebro de Smith son muy distintas de lo que deberían ser, ¿entienden? He aquí otro detalle. El lóbulo parietal tiene alguna afinidad con el sentido del tacto (no sabemos exactamente si mucha o poca), y está muy próximo al área del cerebro que discrimina e identifica varias configuraciones y texturas. Y yo he observado personalmente que a las «corazonadas» de John siempre las precede alguna forma de contacto.

Silencio. Los reporteros escribían febrilmente. Las cámaras de TV, que se habían desplazado para enfocar a Weizak, retrocedieron nuevamente para incluir a Johnny en el cuadro.

–¿Es así, Johnny? –preguntó Weizak.

–Supongo...

Dussault se abrió paso repentinamente entre la aglomeración de reporteros. Johnny pensó por un momento, perplejo, que iba a reunirse con ellos frente a las puertas, posiblemente para contradecirlos. Entonces vio que Dussault se quitaba algo que le colgaba del cuello.

–Demuéstrelo –dijo. Sostenía un medallón unido a una fina cadena de oro–. Veamos qué puede hacer con esto.

–No veremos nada –espetó Weizak. Sus tupidas cejas salpicadas de blanco se habían fruncido coléricamente, y miraba a Dussault como si fuera Moisés encaramado en el Sinaí–. ¡Este hombre no es un mago de feria, señor!

–Seguramente podría haberme engatusado –replicó Dussault–. John Smith tiene esa facultad o no la tiene, ¿verdad? Mientras usted estaba ocupado sugiriendo ideas, yo estaba sugiriéndome algo a mí mismo. Lo que me sugería era que estos personajes nunca pueden hacer demostraciones cuando se las piden, porque son tan falsos como una pila de billetes de tres dólares.

Johnny miró a los otros reporteros. Excepto Bright, que parecía un poco abochornado, todos seguían ávidamente el desarrollo de los acontecimientos. Tenían el mismo aire que las enfermeras que le habían escudriñado a través del vidrio. De pronto se sintió como un cristiano en el foso de los leones. Saldrán ganando de una manera u otra. Si puedo contestar su pregunta, habrán conseguido una noticia bomba. Si no puedo contestarla, o si me niego a seguirle la corriente, tendrán una noticia de otro tipo.

–¿Y bien? –insistió Dussault. El medallón oscilaba debajo de su puño.

Johnny miró a Weizak pero éste desvió la vista, indignado.

–Démelo –dijo Johnny.

Dussault se lo entregó. Johnny depositó el medallón sobre la palma de su mano. Era una efigie de san Cristóbal. Dejó caer la fina cadena sobre el medallón, formando un pequeño montículo crujiente y amarillo y cerró la mano.

Un silencio sepulcral envolvió el recinto. Al puñado de médicos y enfermeras congregados junto a la puerta del vestíbulo se había sumado otra media docena de colegas, algunos de ellos vestidos con ropa de calle, pues se disponían a marcharse del hospital. En el fondo del corredor que llevaba a la sala de TV y juegos se había reunido una multitud de pacientes. La gente que había afluido durante el turno vespertino de visitas se había desplazado hasta allí desde el vestíbulo principal. En la atmósfera vibraba un espeso clima de nerviosismo que parecía emanar de un cable bordoneante de alta tensión.

Johnny se quedó callado, pálido y flaco, con su camisa blanca y sus vaqueros holgados. Apretaba con tanta fuerza la medalla de san Cristóbal dentro de su mano derecha que los tendones de su muñeca resaltaban nítidamente bajo el resplandor de los focos de TV. Dussault estaba frente a él, sobrio, impecable e inquisitorial con su traje oscuro. El trance pareció estirarse hasta el infinito. Nadie tosía ni susurraba.

–Oh –murmuró Johnny en voz baja. Y después–: ¿Así que se trata de eso?

Sus dedos se relajaron lentamente. Miró a Dussault.

–¿Y bien? –preguntó Dussault, pero súbitamente había perdido su tono autoritario.

El hombre joven, exhausto y nervioso que había contestado las preguntas de los reporteros también parecía haberse esfumado. En los labios de Johnny aleteaba una sonrisita, pero desprovista de todo afecto. El tono azul de sus ojos se había oscurecido. Se

habían vuelto fríos y distantes. Weizak lo notó y se le puso la piel de gallina. Más tarde le explicó a su esposa que ése había sido el rostro de un hombre que miraba por el ocular de un microscopio potente y observaba una especie interesante de paramecios.

–Es el medallón de su hermana –le informó a Dussault–. Su nombre era Anne pero todos la llamaban Terry. Su hermana mayor. Usted la amaba. Casi veneraba la tierra que ella pisaba.

Repentina, pavorosamente, la voz de Johnny Smith empezó a subir de tono y a cambiar. Se convirtió en la voz quebrada e insegura de un adolescente.

–Es para cuando cruces Lisbon Street con el semáforo en rojo, Terry, o para cuando aparques con uno de esos tipos de E. L. No lo olvides, Terry... no lo olvides...

La mujer regordeta que le había preguntado a Johnny quién sería el candidato demócrata el año siguiente lanzó un débil gemido de miedo.

–Jesús bendito! –musitó con voz ronca uno de los operadores de TV.

–¡Cállese! –susurró Dussault. Su rostro había adquirido un color gris enfermizo. Tenía los ojos desencajados y la saliva brillaba como si fuera cromo sobre su labio inferior, bajo la luz inclemente. Sus manos se estiraron hacia el medallón, cuya fina cadena de oro estaba enroscada ahora alrededor de los dedos de Johnny. Pero sus manos carecían de fuerza o autoridad. El medallón se mecía, despidiendo destellos hipnóticos.

–Recuérdame, Terry –suplicó la voz adolescente–. No te corrompas, Terry... por favor, por el amor de Dios no te corrompas...

–¡Cállese! ¡Cállese, hijo de puta!

Entonces Johnny recuperó su voz.

–¿Fueron las anfetaminas, verdad? Y después la metadona. Murió de un ataque al corazón cuando tenía veintisiete años. Pero lo usó durante diez años, Rog. Se acordaba de usted. No lo olvidó nunca. No lo olvidó nunca... nunca... nunca... nunca.

El medallón resbaló de sus dedos y cayó al suelo con un ruido débil, tintineante. Johnny se quedó un momento con la mirada fija en el vacío, con una expresión serena y fría y lejana. Dussault gateó a sus pies para recoger el medallón, sollozando roncamente en medio del atónito silencio.

Se disparó un flash y el rostro de Johnny se despejó y volvió a ser el suyo. Le rozó el espanto, y después la compasión. Se arrodilló desmañadamente junto a Dussault.

–Lo siento –dijo–. Lo siento. No quise...

–¡Farsante hijo de puta! –le gritó Dussault–. ¡Es mentira! ¡Todo es mentira! ¡Todo es mentira! –Le lanzó un manotazo torpe al cuello y Johnny se desplomó y se golpeó fuertemente la cabeza contra el piso. Vio las estrellas.

Un tumulto.

Tuvo conciencia, vagamente, de que Dussault se abría paso a ciegas entre la multitud, en dirección a las puertas. La gente se arremolinaba alrededor de Dussault y alrededor de Johnny. Vio a Dussault entre una jungla de piernas y zapatos. Entonces Weizak apareció junto a él y le ayudó a sentarse.

–¿Se encuentra bien, Johnny? ¿Le hizo daño?

–Menos que el que yo le hice a él. Sí, estoy bien. –Se puso dificultosamente en pie. Unas manos, quizá de Weizak, quizá de algún otro, le ayudaron. Se sentía mareado. y enfermo, casi asqueado. Había. cometido un error, un error tremendo.

Alguien lanzó un alarido estridente: la mujer regordeta que había formulado la pregunta acerca de los demócratas. Johnny vio que Dussault se desplomaba de rodillas,

que trataba de aferrarse a la manga de la blusa estampada de la mujer regordeta, y que después se deslizaba cansadamente por el suelo de baldosas cerca de la puerta a la que había estado tratando de llegar. Aún conservaba la medalla de san Cristóbal en la mano.

–Se ha desmayado –exclamó alguien–. Cayó redondo. Qué barbaridad.

–Yo tuve la culpa –le dijo Johnny a Sam Weizak. Sentía la garganta estrangulada y comprimida por la vergüenza, por el llanto–. Tengo la culpa de todo.

–No –respondió Sam–. No, John.

Pero era así. Se zafó de las manos de Weizak y se dirigió hacia donde yacía Dussault, que ya volvía en sí, parpadeando con expresión aturdida en dirección al cielo raso. Dos de los médicos se habían aproximado a él.

–¿Se encuentra bien? –inquirió Johnny. Giró hacia la periodista del traje sastre y ésta se apartó de él. Una crispación de miedo cruzó por su rostro.

Johnny giró en la dirección contraria, hacia el reportero de TV que le había preguntado si había tenido corazonadas antes del accidente. Repentinamente le pareció muy importante sincerarse con alguien.

–No quise hacerle daño –afirmó–. Le juro por Dios que no quise hacerle daño. No sabía...

El reportero de TV retrocedió un paso.

–No –murmuró—. Claro que no. Fue evidente que él se lo buscó. Pero... no me toque, ¿sabe?

Johnny le miró azorado, con los labios trémulos. Aún le duraba la conmoción, pero empezaba a entender. Oh, sí. Empezaba a entender. El reportero de TV intentó sonreír y sólo consiguió forzar un rictus cadavérico.

–Lo único que le pido es que no me toque, Johnny. Por favor.

–No es así –dijo, o intentó decir, Johnny. Más tarde no consiguió recordar si las palabras habían brotado o no de sus labios.

–No me toque, Johnny. ¿De acuerdo?

El reportero retrocedió hasta el lugar donde el operador estaba guardando su equipo. Johnny se quedó mirándole. Empezó a temblar de pies a cabeza.

3.

–Es por su propio bien, John –argumentó Weizak. La enfermera estaba detrás de él, un fantasma pálido, un aprendiz de brujo con las manos flotando sobre la mesita rodante de medicamentos: un auténtico paraíso de dulces sueños para cualquier drogadicto.

–No –replicó Johnny. Seguía temblando, y ahora también le corría un sudor frío–. Basta de inyecciones. Estoy harto de inyecciones.

–Una píldora, entonces.

–Tampoco quiero más píldoras.

–Es para ayudarle a dormir.

–¿Acaso él podrá dormir? ¿Ese fulano Dussault?

–El se lo buscó –murmuró la enfermera, y después respingó cuando Weizak se volvió hacia ella. Pero Weizak sonrió de soslayo.

–Tiene razón, ¿no es cierto? –comentó–. El se lo buscó. Pensó que usted vendía quimeras, John. Una buena noche de descanso y verá las cosas con otra perspectiva.

–Dormiré por mis propios medios.

–Por favor, Johnny.

Eran las once y cuarto. Acababan de apagar el televisor, situado en el otro extremo de la habitación. Johnny y Sam habían mirado juntos la filmación, que había ocupado la segunda parte del telediario, inmediatamente a continuación de las leyes vetadas por Ford. Mi historia fue más teatral, pensó Johnny con morboso regocijo. Las imágenes de un republicano calvo que recitaba perogrulladas acerca del presupuesto nacional no podían competir con las que el operador de la cadena WABI había rodado un rato antes. La filmación terminaba cuando Dussault arremetía con la medalla de su hermana apretada en el puño y luego se desplomaba sin conocimiento, aferrándose a la reportera tal como un náufrago podría aferrarse a una brizna de paja.

Cuando el director del telediario abordó el tema del perro de policía y de los doscientos kilos de marihuana, Weizak salió un momento y volvió con la noticia de que la centralita del hospital se había saturado de llamadas para él aun antes de que terminara el telediario. La enfermera con los medicamentos apareció pocos minutos después, lo cual le hizo pensar a Johnny que Sam no había salido de la habitación sólo para verificar el número de llamadas.

En ese instante sonó el teléfono.

Weizak maldijo entre dientes.

–Les ordené que no le comunicaran con nadie. No conteste, John. Yo...

Pero Johnny ya había levantado el auricular. Escuchó un momento y después asintió con un movimiento, de cabeza.

–Sí, ha hecho bien.–Cubrió el micrófono con la mano–. Es mi padre –explicó. Volvió a levantar la mano del micrófono–. Hola, papá. Supongo que has... –Escuchó. La sonrisita que aleteaba en su boca se disipó y fue sustituida por una expresión de creciente horror. Movió los labios en silencio.

–¿Qué pasa, John? –preguntó Weizak enérgicamente.

–Está bien, papá –asintió Johnny, casi con un susurro–. Sí. En el Cumberland General. Sé donde está. Un poco antes de llegar a Jerusalem's Lot. De acuerdo. Está bien, papá...

Se le quebró la voz. No lloraba pero tenía los ojos brillantes.

–Lo sé, papá. Yo también te quiero. Lo siento.

Escuchó.

–Sí. Sí, así era –dijo Johnny–. Te veré, papá. Sí. Adiós. Colgó el auricular, se cubrió los ojos con la parte posterior de las palmas de las manos y apretó.

–Johnny? –Sam se inclinó hacia adelante, le tomó una de las manos y la sostuvo afablemente–. ¿Se trata de su madre?

–Sí. Se trata de mi madre.

–¿Un ataque cardíaco?

–Una hemorragia cerebral –respondió Johnny, y Sam Weizak emitió un siseo afligido entre los dientes–. Estaban mirando el telediario... ninguno de ellos imaginaba... y entonces aparecí yo... y tuvo la hemorragia cerebral. Jesús. Está en el hospital. Si ahora le ocurriera algo a mi padre jugaríamos a tres bandas. –Lanzó una risa histérica. Sus ojos se revolvieron frenéticamente en las órbitas, pasando de Sam a la enfermera y de ésta nuevamente a Sam–. Es un talento valioso –comentó–. Todos deberían tenerlo. –Volvió a emitir la risa, tan parecida a un alarido.

–¿Está grave? –inquirió Sam.

–Mi padre no lo sabe.: Johnny bajó las piernas de la cama. Se había puesto de nuevo el camisón del hospital y estaba descalzo.

–¿Qué hace? –preguntó Weizak vehementemente.

–¿A usted qué le parece?

Johnny se levantó y por un momento pareció que Sam se disponía a tumbarle sobre la cama con un empujón. Pero se limitó a mirar cómo Johnny cojeaba .hasta el armario.

–No sea ridículo. No está en condiciones de hacer esto, John.

Sin preocuparse por la enfermera –Dios sabía que le habían visto muchas veces con el traste al aire– Johnny dejó caer el camisón en torno de sus pies. Las cicatrices gruesas y sinuosas resaltaban sobre sus corvas y hendían la ligera prominencia de sus pantorrillas. Hurgó en el armario, buscando sus ropas, y extrajo la camisa blanca y los vaqueros que había usado para asistir a la rueda de prensa.

–Se lo prohíbo terminantemente, John. Como médico y amigo. Le repito que es una locura.

–Prohíba lo que quiera. Iré –replicó Johnny. Empezó a vestirse. Tenía ese aire de preocupación lejana que Sam asociaba con sus trances. La enfermera estaba boquiabierta.

–Enfermera, será mejor que vuelva a su despacho –dijo Sam.

Ella retrocedió hasta la puerta, permaneció un momento allí, y después salió de mala gana.

–Johnny –prosiguió Sam.. Se levantó, se acercó a él y le apoyó la mano sobre el hombro–. Usted no lo hizo.

Johnny se zafó de la mano.

–Claro que lo hice –afirmó–. Ella me estaba viendo en la TV cuando sucedió. –Empezó a abrocharse la camisa.

–Usted la exhortó a tomar sus medicamentos y ella no le obedeció.

Johnny miró un momento a Weizak y después siguió abrochándose la camisa.

–Si no hubiera ocurrido esta noche habría ocurrido mañana, la semana próxima, el mes próximo.

–O el año próximo. O dentro de diez años.

–No, dentro de diez años no, y tampoco dentro de uno. Usted lo sabe. ¿Por qué está ansioso por atribuirse esta culpa? ¿Por lo que sucedió con aquel periodista petulante? ¿Acaso es una forma invertida de autocompasión? ¿Una necesidad de creer que carga con una maldición?

Las facciones de Johnny se crisparon.

–Ella me estaba viendo cuando sucedió. ¿Es que no lo entiende? ¿Es tan jodidamente obtuso que no entiende nada?

–Su madre estaba planeando un viaje agotador, de ida y vuelta a California. Usted mismo me lo contó. A no sé qué simposio. Una experiencia con una fuerte carga emotiva, a juzgar por lo que usted dijo. ¿No es cierto? Sí, lo es. Casi seguramente habría ocurrido entonces. Una hemorragia cerebral no es un rayo caído del cielo, Johnny.

Johnny se abrochó los vaqueros y después se sentó como si el acto de vestirse lo hubiera cansado tanto que ya no podía hacer nada más. Seguía descalzo.

–Sí –murmuró–. Sí, es posible que tenga razón.

–¡Me entiende! ¡Me entiende! ¡Alabado sea Dios!

–Pero igualmente debo ir, Sam.

Weizak hizo un ademán de impotencia.

–¿Para qué? Ella está en manos de sus médicos y de su Dios. Es así. Usted debería entenderlo mejor que nadie.

–Mi padre me necesitará –respondió Johnny en voz baja–. También entiendo eso.

–¿Cómo irá? Es casi medianoche.

–En autocar. Tomaré un taxi hasta Peter's Candlelighter. Allí está la parada de los autocares Greyhound, ¿no es verdad?

–No haga eso.

Johnny tanteaba debajo de la silla en busca de sus zapatos, sin encontrarlos. Sam los sacó de debajo de la cama y se los dio.

–Le llevaré en coche.

Johnny levantó la vista y le miró.

–¿De veras?

–Si toma un sedante suave, sí.

–Pero su esposa... –Comprendió, en medio de su aturdimiento, que lo único concreto que sabía acerca de la vida personal de Weizak era que su madre residía en California.

–Estoy divorciado –contestó Weizak–. Los médicos deben salir de casa a todas horas de la noche... a menos que sean pedicuros o dermatólogos, ¿entiende? Mi esposa pensó que la cama estaba medio vacía y no medio llena. Así que decidió que la ocuparan diversos hombres.

–Lo siento –dijo Johnny, turbado.

–Usted pasa demasiado tiempo disculpándose, John –la expresión de Sam era afable pero su mirada era dura–. Póngase los zapatos.

Capítulo 12

1.

De hospital a hospital, pensó Johnny entre sueños, mientras flotaba plácidamente encaramado en la pildorita azul que había tomado inmediatamente antes de que él y Sam salieran del EMMC y montaran en el El Dorado modelo 75 del médico. De hospital a hospital, de persona a persona, de estación a estación.

Disfrutó del viaje de una manera extravagante, secreta: era la primera vez que salía del hospital en casi cinco años. La noche estaba despejada, la Vía Láctea se expandía por el cielo como un resorte luminoso, la media luna los seguía sobre la oscura hilera de árboles mientras avanzaban hacia el Sur por Palmyra, Newport, Pittsfield, Benton, Clinton. El coche avanzaba susurrando en medio del silencio casi total. De los cuatro altavoces del magnetófono brotaba una música suave, de Haydn.

Llegué al hospital en la ambulancia del escuadrón de rescate de Cleaves Mills, y voy a otro en un Cadillac, pensó. No dejó que esto lo inquietara. Le bastaba con viajar, con avanzar flotando sobre la carretera, con relegar a un limbo temporal el problema de su madre, de su nueva aptitud y de la gente que deseaba sondearle el alma –*él se lo buscó... sólo le pido que no me toque, ¿entiende?*–. Weizak permanecía callado. De vez en cuando tarareaba fragmentos de la pieza que estaban escuchando.

Johnny contemplaba las estrellas. Contemplaba la autopista, casi desierta a esa hora. Se desenroscaba incesantemente delante de ellos. Pasaron por la casilla de peaje de Augusta y Weizak recogió una tarjeta. Después siguieron viaje: Gardener,. Sabbatus, Lewiston.

Casi cinco años... más tiempo que el que algunos asesinos convictos pasan en la

cárcel.

Durmió.

Soñó.

«Johnny –le dijo su madre en sueños–, Johnny, cúrame, cúrame. –Estaba vestida con harapos, como una mendiga. Se arrastraba hacia él sobre los adoquines. Sus facciones estaban blancas. De sus pantorrillas brotaba un fino hilo de sangre. En su pelo ralo se retorcían unos piojos blancos. Tendía hacia él sus manos trémulas–. El poder de Dios se manifiesta en ti –prosiguió–. Es de una gran responsabilidad, Johnny. Una gran prueba de confianza. Debes ser digno de ella».

Él le tomó las manos, las apretó entre las suyas, y exclamó:

«Espíritus, apártense de esta mujer. »

Ella se levantó.

«¡Curada! –gritó con voz que destilaba un extraño y terrible tono triunfal–. ¡Estoy curada! ¡Mi hijo me ha curado! ¡Su obra es portentosa sobre la Tierra!»

El intentó protestar, decirle que no quería ejecutar portentos, ni curar, ni hablar en distintas lenguas, ni adivinar el futuro, ni encontrar objetos extraviados. Intentó explicárselo, pero su lengua no obedecía las órdenes de su cerebro. Entonces ella pasó de largo, alejándose por la calle adoquinada, con una postura apocada y servil, pero al mismo tiempo un poco altiva, bramó con voz vibrante como un clarín:

,¡Salvada! ¡Salvada! ¡Salvada! ¡Salvador!»

Y él vio despavorido que detrás de ella había miles de personas, quizá millones, todas lisiadas o deformes o aterrorizadas. Allí estaba la reportera regordeta, que necesitaba saber quién sería el candidato demócrata a la presidencia en 1976; allí estaba un granjero de mirada agonizante, con su ropa de trabajo, que llevaba la foto de su hijo, un joven sonriente vestido con el uniforme azul de la Fuerza Aérea, dado por desaparecido en acción de guerra sobre Hanoi en 1972, y que necesitaba saber si su hijo había muerto o aún vivía; allí estaba una joven parecida a Sarah, con las suaves mejillas surcadas de lágrimas, que sostenía en alto a un bebé hidrocéfalo sobre cuya cabeza las venas azules trazaban los símbolos rúnicos de la perdición; allí estaba un anciano con los dedos agarrotados por la artritis; allí estaban los otros. La columna se extendía a lo largo de varios kilómetros y sus integrantes esperarían pacientemente y le matarían con su necesidad muda, contundente.

«¡Salvada! –La voz de su madre le llegaba, imperiosa–.¡Salvador! ¡Salvada! ¡Salvada!»

Intentó explicarles que no tenía facultades para curar ni salvar, pero antes de que pudiera abrir la boca para formular la negativa, el primero había posado las manos sobre él y había empezado a zarandearle.

Las sacudidas eran muy concretas. Weizak le había tomado por el brazo. Una intensa luz anaranjada poblaba el coche, cuyo interior estaba tan rutilante como el día: era una luz onírica, que convertía el rostro de Sam en el de un duende. Pensó fugazmente que la pesadilla continuaba pero entonces vio que la luz provenía de las lámparas del estacionamiento. Aparentemente también las habían cambiado durante su coma. Del blanco desapacible a un anaranjado tétrico que se asentaba sobre la piel como si fuese pintura.

–¿Dónde estamos? –preguntó con voz pastosa.

–En el hospital –respondió Sam–. En el Cumberland General.

–Oh. Está bien.

Se irguió. El sueño pareció desprenderse de él fragmento por fragmento, cubriendo el suelo de su mente como algo que se hubiera roto y aún no hubiese sido barrido.

–¿Está en condiciones de entrar?

–Sí –contestó Johnny.

Atravesaron el estacionamiento en medio del suave chirrido de los grillos estivales refugiados en el bosque. Las luciérnagas hilvanaban la oscuridad. La imagen de su. madre pesaba mucho sobre él... pero no tanto como para que no pudiera disfrutar el tenue y fragante aroma de la noche y de la caricia de la leve brisa sobre su piel. Tuvo tiempo para saborear la salud de la noche y la sensación de salud que se difundía dentro de él. En el contexto de lo que había ido a hacer en ese lugar la idea le pareció casi obscena... pero sólo casi. Y era imposible alejarla.

2.

Herb avanzó por el corredor en dirección a él, y Johnny vio que su padre vestía unos pantalones viejos, zapatos sin calcetines, y la chaqueta del pijama. Esta indumentaria era un indicio elocuente de que todo había ocurrido súbitamente, y le reveló más de lo que él quería saber.

–Hijo –exclamó. Parecía más menudo, quién sabe por qué. Intentó agregar algo más, pero no pudo. Johnny le abrazó y Herb se echó a llorar. Sollozó contra la camisa de Johnny.

–Papá –dijo–. Está bien, papá, está bien.

Su padre le apoyó las manos sobre los hombros y siguió llorando. Weizak les volvió la espalda e inspeccionó las ilustraciones colgadas de las paredes, acuarelas neutras de artistas locales.

Herb empezó a recuperarse. Se pasó el brazo sobre los ojos y murmuró:

–Mírame, todavía con la chaqueta del pijama. Habría tenido tiempo para cambiarme, antes de que llegara la ambulancia. Supongo que no pensé en eso. Debo de estar volviéndome senil.

–No, nada de eso.

–Bueno. –Se encogió de hombros–. ¿Te trajo tu amigo el doctor? Ha sido muy amable, doctor Weizak.

Sam hizo un ademán de indiferencia.

–No tiene importancia.

Johnny y su padre caminaron hasta la pequeña sala de espera y se sentaron.

–Papá, ¿ella está... ?

–Se está yendo a pique –sentenció Herb. Ya parecía más sereno–. Está consciente, pero se va a pique. Pregunta por ti, Johnny. Creo que ha resistido sólo para verte.

–Yo tengo la culpa –afirmó Johnny–. Yo tengo la c...

El dolor de la oreja lo sobresaltó, y miró atónito a su padre. Éste le había cogido la oreja y se la había retorcido enérgicamente. Esto compensaba la inversión de papeles que se había producido cuando su padre había llorado en sus brazos. El viejo sistema de retorcerle la oreja había sido un castigo que Herb había reservado para las faltas más graves. Johnny no recordaba que le hubiera retorcido la oreja desde aquella oportunidad en que, a los trece años, se había puesto a jugar con el viejo Rambler. Había apretado distraídamente el embrague y el viejo coche había rodado silenciosamente por la

pendiente hasta embestir el cobertizo.

–Nunca repitas eso –ordenó Herb.

–¡Por favor, papá!

Herb le soltó, con una sonrisita esbozada justo por debajo de las comisuras de la boca.

–¿Te habías olvidado por completo del viejo tirón de orejas, eh? Probablemente pensaste que yo también lo había olvidado. No has tenido esa suerte, Johnny.

Johnny miró a su padre, todavía pasmado.

–Nunca te culpes a ti mismo.

–Pero ella estaba mirando ese condenado...

–El telediario, sí. Estaba en éxtasis, emocionada... y un momento después cayó al suelo, boqueando como un pez fuera del agua. –Herb se inclinó hacia su hijo–. El médico no quiere hablar claro, pero me preguntó si soy partidario de las «medidas heroicas». Le contesté que nada de eso. Tu madre cometió su propia variedad de pecado, Johnny. Supuso que sabía cuál era la voluntad de Dios. De modo que nunca te culpes por el error de ella. Nuevas lágrimas brillaron en sus ojos. Su voz se enronqueció–. Dios sabe que la amé durante toda mi vida y que al final las cosas se hicieron cada vez más difíciles. Tal vez esto sea lo mejor.

–¿Puedo verla?

–Sí. Está en el fondo del corredor, en la habitación 35. Ellos te esperan, y ella también. Una sola advertencia, Johnny. Contesta que sí a cualquier cosa que diga. No... no la dejes morir con la idea de que todo fue en vano.

–De acuerdo. –Hizo una pausa–. ¿Vienes conmigo?

–Ahora no. Quizá más tarde.

Johnny asintió con un movimiento de cabeza y avanzó por el corredor. Las luces estaban amortiguadas porque era de noche. El breve lapso pasado en la apacible y serena noche estival ya parecía muy lejano, pero la pesadilla que había tenido en el coche parecía muy próxima.

Habitación 35. VERA HELEN SMITH, proclamaba la tarjetita adosada a la puerta. ¿Sabía él que su segundo nombre era Helen? Suponía que debía de haberlo sabido, aunque no lo recordaba. Pero sí recordaba otras cosas: que un radiante día de verano ella le había traído una barra de helado envuelta en un pañuelo, sonriente y alegre, en Old Orchard Beach. Él, su madre y su padre que jugaban al rummy por cerillas.., aunque más tarde, después de que la religión empezó a atraparla con más fuerza, no toleró la existencia de barajas en la casa, ni para los juegos más inocentes. Recordaba aquel día en que lo había picado una abeja y él había corrido hacia ella, llorando a grito pelado, y ella había besado la hinchazón arrancado el aguijón con unas pinzas de depilar y después le había vendado la herida con una tira de tela impregnada en bicarbonato de sosa.

Abrió la puerta y entró. Ella era un bulto impreciso tumbado en la cama y Johnny pensó: Yo tenía ese mismo aspecto. Una enfermera le estaba tomando el pulso. Cuando se abrió la puerta volvió la cabeza y la luz tenue del corredor se reflejó sobre sus gafas.

–¿Usted es el hijo de la señora Smith? –Sí.

–Johnny?

Su voz se elevó del bulto postrado en la cama, seca y hueca, repicando a muerte tal como podrían hacerlo unos cuantos guijarros dentro de una calabaza vacía. La voz –con perdón de Dios– le erizó la piel. Se acercó más. La mitad izquierda de su rostro estaba crispada como una máscara grotesca. La mano que descansaba sobre la colcha parecía

una garra. Una hemorragia cerebral, pensó él. Lo que los viejos denominan shock. Sí. Eso está mejor. Eso es lo que parece. Una persona que ha sufrido un fuerte shock.

–¿Eres tú, John?

–Soy yo, mamá.

–Johnny? ¿Eres tú?

–Sí, mamá.

Se acercó más aún, e hizo un esfuerzo y le cogió la garra huesuda.

–Quiero mucho a mi Johnny –dijo Vera con tono quejumbroso.

La enfermera le miró compasivamente, y él sintió deseos de proyectar su puño a través de esa mueca.

–¿Quiere dejarnos solos? –le preguntó Johnny.

–Realmente no debería mientras...

–Vamos, es mi madre y quiero quedarme un rato a solas con ella –insistió Johnny–. ¿Por qué no?

–Bueno...

–¡Tráeme mi zumo, papá! –gritó su madre roncamente–. ¡Me siento con ganas de beber un litro!

–¿Quiere hacer el favor de irse? –le espetó a la enfermera. Le embargaba una tremenda aflicción a la cual ni siquiera podía encontrarle el foco. Parecía un remolino que se perdía en un abismo de tinieblas.

La enfermera salió.

–Mamá –dijo él, sentándose junto a Vera.

La extraña sensación de desdoblamiento cronológico, de inversión, no se mitigaba. ¿Cuántas veces su madre se había sentado sobre la cama de él en esa misma posición, tal vez cogiéndole la mano seca y hablándole? Recordó el tiempo indeterminado en que la habitación le había parecido tan próxima... vista a través de una traslúcida membrana placentaria, con el rostro de su madre inclinado hacia él, vociferando lentamente sonidos absurdos en dirección a su rostro supino.

–Mamá –repitió, y le besó el garfio que había sustituido a su mano.

–Dame esos clavos. Puedo hacerlo yo –murmuró ella. Su ojo izquierdo parecía congelado en la órbita. El otro giraba frenéticamente. Era el ojo de un caballo destripado–. Quiero a mi Johnny.

–Estoy aquí, mamá.

–¡John-ny! ¡John-ny! ¡JOHN-NY!

–Mamá –dijo él. Temía que volviese la enfermera.

–Tú... –se interrumpió y volvió ligeramente la cabeza hacia él–. Inclínate hacia donde pueda verte –susurró.

Johnny hizo lo que le pedía.

–Has venido –prosiguió ella–. Gracias. Gracias.

Las lágrimas empezaron a brotarle del ojo sano. El enfermo, el de la mitad de su cara que había quedado paralizada por el shock, miraba apáticamente hacia arriba.

–Claro que he venido.

–Te vi –susurró Vera–. ¡Qué poder te ha conferido Dios, Johnny! ¿Acaso no te lo advertí? ¿No te dije que era así?

–Sí, me lo advertiste.

–Él te reserva una misión –añadió ella–. No huyas de Él, Johnny. No te escondas en

una cueva como Elías ni le obligues a enviar un pez gigantesco para que te devore. No hagas eso, John.

–No. No lo haré. –Le retuvo la mano agarrotada. Le palpitaba la cabeza.

–No se trata del alfarero sino de la arcilla del alfarero, John. Recuérdalo.

–Está bien.

–¡Recuérdalo! –repitió ella con voz estridente, y Johnny pensó: Ya vuelve al mundo del disparate. Pero no fue así, o por lo menos no se internó en el mundo del disparate más que lo que se había internado desde que él había salido de su coma–. Escucha la voz queda, débil, cuando ésta te hable –añadió.

–Sí, mamá. La escucharé.

Vera volvió ligeramente la cabeza sobre la almohada y... ¿acaso sonreía?

–Supongo que piensas que estoy loca. –Volvió un poco más la cabeza, para poder mirarlo de frente–. Pero eso no importa. Cuando llegue la voz, la reconocerás. Te dirá qué es lo que debes hacer. Se lo dijo a Jeremías y a Daniel y a Amós y a Abraham. Vendrá a ti. Te hablará. Y entonces, Johnny... cumple con tu deber.

–Está bien, mamá.

–Qué poder –murmuró Vera. Su voz se estaba tornando pastosa e ininteligible–. Qué poder te ha conferido Dios... lo sabía... siempre lo supe...

Su voz se extinguió progresivamente. El ojo sano se cerró. El otro miraba inexpresivamente hacia adelante.

Johnny permaneció sentado junto a ella otros cinco minutos, y por fin se levantó para irse. Tenía la mano sobre el pomo de la puerta y la estaba abriendo cuando volvió a sonar la voz seca, repicante, que lo heló con su orden implacable, categórica.

–Cumple con tu deber, John.

–Sí, mamá.

Fue la última vez que ella le habló. Murió el 20 de agosto a las ocho y cinco de la mañana. En un punto situado más al Norte, Walt y Sarah Hazlett tenían una discusión acerca de Johnny que era casi una reyerta, y en un punto situado más al Sur, Greg Stillson se estaba engullendo a un cabrón de primera.

Capítulo 13

1.

–Tú no entiendes –le dijo Greg Stillson con tono de inmensa y razonable paciencia al chico sentado en la habitación del fondo de la comisaría de Ridgeway.

El chico, sin camisa, estaba repantigado en una silla plegable acolchada, y bebía de una botella de Pepsi. Le sonreía indulgentemente a Greg Stillson, ajeno al hecho de que éste nunca se repetía dos veces, y convencido de que allí había un cabrón de primera pero sin entender aún quién era dicho cabrón.

Habría que meterle esa idea en la cabeza.

Por la fuerza, si era necesario.

En el exterior, la mañana de fines de agosto era radiante y cálida. Los pájaros gorjeaban en los árboles. Y Greg intuía que su destino estaba más próximo que nunca. Esa era la razón por la cual sería prudente con ese cabrón de primera. No se trataba de un motociclista melenudo, estevado y maloliente. Este chico era un universitario, con el

cabello bastante largo pero impecablemente aseado, y era además el sobrino de George Harvey. Claro que George no le tenía mucha estima (George se había abierto paso a tiros por Alemania en 1945 y tenía tres palabras reservadas para designar a los melenudos, palabras que no eran precisamente Muy Feliz Cumpleaños), pero eran parientes consanguíneos. Y George era un personaje que tenía influencia en el Ayuntamiento. A ver qué puedes hacer con él, le había dicho George a Greg cuando éste le había informada que el jefe Wiggins había arrestado al hijo de su hermana, de la hermana de George. Pero sus ojos habían añadido: No le hagas daño. Lleva mi sangre.

El chico miraba a Greg con perezoso desdén.

–Entiendo –murmuró–. Su lugarteniente Dawg me quitó la camiseta y yo quiero que me la devuelva. Y será mejor que usted me entienda a mí. Si no la devuelve, no me quedará otra alternativa que echarle encima a la Unión Norteamericana de Libertades Civiles.

Greg se puso en pie, se acercó al archivo de color gris acerado situado frente a la máquina dispensadora de gaseosas, extrajo su llavero, escogió una llave, y abrió uno de los cajones. Levantó una camiseta roja de encima de una pila de formularios para accidentes e infracciones de tránsito. La desplegó para que quedara a la vista la leyenda que en ella había estampada: «a joder, nena».

–Tenías puesto esto –explicó Greg con el mismo tono parsimonioso–. En la calle.

El chico se meció sobre las patas traseras de su silla y bebió otro trago de Pepsi.

La sonrisita indulgente que aleteaba en torno de su boca –casi una mueca– no se alteró.

–Es cierto –respondió–. Y quiero que me la devuelva. Es mía.

A Greg empezó a dolerle la cabeza. Ese cabrón no se daba cuenta de que resultaría muy fácil. La habitación estaba equipada con un sistema de aislamiento acústico que en otras oportunidades había amortiguado los alaridos. No... no se daba cuenta. No lo entendía.

Pero debes controlarte. No te excedas. No hagas nada contraproducente.

Era fácil pensarlo. Generalmente era fácil hacerlo. Pero a veces... a veces no podía con su genio.

Greg metió la mano en el bolsillo y sacó un encendedor Bic.

–Así que vaya a decirles al jefe de su Gestapo y a mi tío fascista que la Primera Enmienda de la Constitución norteamericana... –se interrumpió, con los ojos un poco dilatados–. ¿Qué hace... ? ¡Eh! ¡Eh!

Sin prestarle atención, y por lo menos aparentemente sereno, Greg accionó el encendedor. La llama de gas del Bic brotó impetuosamente y Greg le prendió fuego a la camiseta. En verdad, ésta ardió muy bien.

Las patas delanteras de la silla se asentaron bruscamente en el suelo y se abalanzó en dirección a Greg sin soltar la botella de Pepsi. Su mueca de complacencia se había borrado y la había sustituido una expresión desorbitada de horror y sorpresa... combinada con la ira de un crío consentido que había hecho lo que se le antojaba durante demasiado tiempo.

Nadie le ha llamado nunca mocoso de mierda, pensó Greg Stillson, y su jaqueca se intensificó. Oh, tendría que andarse con mucho tiento.

–¡Devuélvame eso! –vociferó el chico. Greg sostenía la camiseta por el cuello, con dos dedos, listo para dejarla caer cuando irradiara demasiado calor–. ¡Devuélvame eso,

cabrón! ¡Es mía! Es...

Greg apoyó la mano en medio del pecho desnudo del chico y empujó con toda su fuerza... que ciertamente era mucha. El chico voló a través de la habitación y su cólera se trocó en asombro y –por fin– en lo que Greg necesitaba ver: miedo.

Dejó caer la camiseta sobre el suelo de baldosas, levantó la Pepsi del chico, y derramó el resto de su contenido sobre la prenda inflamada. Se oyó un macabro siseo.

El chico se estaba levantando lentamente, con la espalda apoyada contra la pared. La mirada de Greg se clavó en la del chico. Los ojos de éste eran marrones y se hallaban muy, muy dilatados.

–Vamos a llegar a un acuerdo –dijo Greg, y sus palabras le parecieron lejanas, aisladas detrás de la palpitación enfermiza de su cabeza–. Vamos a celebrar un pequeño simposio aquí mismo, en esta habitación aislada, para decidir quién es el cabrón. ¿Comprendes lo que quiero decir? Vamos. a sacar algunas conclusiones. ¿No es eso lo que les gusta a los universitarios? ¿Sacar conclusiones?

El chico respiraba entrecortadamente. Se humedeció los labios, pareció a punto de hablar, y entonces gritó:

–¡Auxilio!

–Sí, claro que necesitas auxilio –asintió Greg–. Eso es algo que también te daré.

–Está loco –murmuró el sobrino de Greg Harvey, y después volvió a gritar, con más fuerza–: ¡auxilio!

–Es posible que lo esté –respondió Greg–. Por supuesto. Pero lo que debemos averiguar, hijito, es otra cosa: quién es el cabrón de primera. ¿Comprendes?

Miró la botella de Pepsi que tenía en la mano, y de pronto la descargó ferozmente contra el ángulo del archivador de acero. Se rompió, y cuando el chico vio los fragmentos de vidrio dispersos por el suelo y el cuello astillado que empuñaba Greg, lanzó un alarido. La entrepierna de sus vaqueros, desteñida y casi blanca, se oscureció súbitamente. Su rostro adquirió el color del pergamino viejo. Y cuando Greg avanzó hacia él, haciendo crujir el vidrio bajo las botas que usaba en verano e invierno, se acurrucó contra la pared.

–Cuando salgo a la calle, me pongo una camisa blanca –dijo Greg. Sonreía, mostrando sus dientes blancos–. A veces uso corbata. Cuando tú sales a la calle, te pones un andrajo con una leyenda obscena. ¿Así que quién es el cabrón, hijito?

El sobrino de George Harvey gimió algo. Sus ojos desencajados no se apartaban de las aristas de vidrio del cuello de botella que empuñaba Greg.

–Yo estoy aquí indemne y seco –prosiguió Greg, acercándose un poco más–, mientras a ti te corre la orina por las dos piernas y se te mete en los zapatos. ¿Así que quién es el cabrón?

Empezó a blandir ligeramente la botella en dirección al abdomen desnudo y sudoroso del chico, y el sobrino de George Harvey se echó a llorar. Éstos eran los chicos que desquiciaban el país, pensó Greg. El vino espeso de la furia le zumbaba y le corría por la cabeza. Hijos de puta apestosos y llorones y cobardes como ése.

Ah, pero no le hagas daño... no hagas nada contraproducente.

–Yo hablo como un ser humano –dijo Greg–, y tú chillas como un cerdo en el matadero. ¿Así que quién es el cabrón?

Volvió a blandir la botella. Una de las aristas astilladas de vidrio presionó la piel del chico justo debajo de la tetilla derecha e hizo brotar una gota de sangre. El chico aulló.

–Te hablo a ti –continuó Greg–. Será mejor que contestes, como le contestarías a uno de tus profesores. ¿Quién es el cabrón?

El chico moqueó pero no emitió niggún sonido coherente.

–Contesta si quieres aprobar el examen –insistió Greg–. Voy a desparramar tus tripas por el suelo, chico. –Y en ese momento lo decía en serio. No podía mirar directamente la gota de sangre que se seguía hinchando. Si la miraba perdería la chaveta, aunque ése fuera el sobrino de George Harvey–. ¿Quién es el cabrón?

–Yo –respondió el chico, y empezó a sollozar como un crío asustado por el coco, el ogro que acecha detrás de la puerta del armario en las horas muertas de la noche.

Greg sonrió. La jaqueca palpitaba y chisporroteaba.

–Bueno, eso sí que está bien, sabes. Es un buen comienzo. Pero no basta. Quiero que digas: «Soy un cabrón».

–Soy un cabrón —dijo el chico, sin dejar de sollozar. Los mocos le chorreaban de la nariz. Se los limpió con el dorso de la mano.

–Ahora quiero que digas: «Soy un cabrón de primera».

–Soy... soy un cabrón de primera.

–Ahora dirás una cosa más y quizá podremos irnos de aquí. Di: «Gracias por quemar esa camiseta asquerosa, alcalde Stillson».

Ahora el chico estaba ansioso. Veía que se le allanaba el camino.

–Gracias por quemar esa camiseta asquerosa.

Con un movimiento vertiginoso, Greg deslizó una de las puntas astilladas sobre el vientre del chico, de izquierda a derecha, dejando un trazo de sangre. Apenas cortó la piel, pero el chico aulló como si lo persiguieran todos los demonios del infierno.

–Olvidaste decir «alcalde Stillson» –lo amonestó Greg, y sin más ni más se produjo un vuelco. La jaqueca le asestó otra feroz punzada entre sus ojos y se disipó. Greg miró azorado el cuello de botella que tenía en la mano y apenas atinó a recordar cómo había llegado allí. Qué estupidez. Casi lo había echado todo a perder por culpa de un mequetrefe idiota.

–¡Alcalde Stillson! –vociferó el chico. Su terror era perfecto y cabal–. ¡Alcalde Stillson! ¡Alcalde Stillson ¡Alcalde Still...

–Está bien –asintió Greg.

–...son! ¡Alcalde Stillson! ¡Alcalde Stilison! ¡Alcalde...!

Greg le asestó una fuerte bofetada y el chico se golpeó la cabeza contra la pared. Se calló, con los ojos dilatados e inexpresivos.

Greg se aproximó a él, hasta colocarse muy cerca. Estiró las manos. Lo cogió por ambas orejas. Atrajo la cara del chico hasta que sus narices se tocaron. Sus ojos estaban a menos de dos centímetros de distancia.

–Bueno, tu tío es una potencia en esta ciudad –dijo en voz baja, aferrando las orejas del chico como si fueran asas. Los ojos del chico se veían desmesurados y marrones y lacrimosos–. Yo también soy una potencia... me estoy convirtiendo en una potencia... pero no soy George Harvey. El nació aquí, se crió aquí, lo tiene todo. Y si tú le contaras a tu tío lo que pasó en esta habitación, a él podría antojársele acabar con mi carrera en Ridgeway.

Un balbuceo casi inaudible convulsionaba los labios del chico. Greg le zarandeó lentamente la cabeza hacia atrás y adelante, sujetándola por las orejas, entrechocando sus narices.

–Tal vez no se le antojaría... estaba furioso por esa camiseta. Pero tal vez sí se le antojaría. Los lazos de sangre son fuertes. De modo que piensa en esto, chico. Si le contaras a tu tío lo que sucedió aquí y a mi me ocurriera algo, sospecho que yo volvería y te mataría. ¿Me crees?

–Sí –susurró el chico. Tenía las mejillas húmedas, brillantes.

–«Sí señor, alcalde Stillson».

–Sí señor, alcalde Stillson.

Greg le soltó las orejas.

–Sí –afirmó–. Te mataría, pero antes les contaría a todos los que quisieran escucharlo que te measte encima y te echaste a llorar y que los mocos te chorreaban de la nariz.

Se volvió y se apartó de pronto, como si el chico apestara, y se encaminó nuevamente hacia el archivo. Extrajo un estuche de apósitos de uno de los cajones y se lo arrojó al chico, que saltó hacia atrás y le erró el manotazo. Se apresuró a levantarlo del suelo, como si Stillson pudiera agredirlo por su torpeza.

Greg señaló con el dedo.

–El baño está allí. Lávate. Te prestaré una de las camisetas que la policía de Ridgeway distribuye entre los presos. Quiero que me la devuelvas por correo, limpia, sin manchas de sangre. ¿ Entiendes?

–Sí –susurró el chico.

–¡SEÑOR! –le gritó Stillson–. ¡SEÑOR! ¡SEÑOR! ¡SEÑOR! ¿Es que no puedes acordarte de eso?

–Señor –gimió el chico–. Sí, señor. Sí, señor.

–No les enseñan a respetar nada –sentenció Greg–. Nada.

La jaqueca pugnaba por volver. Inhaló profundamente varias veces y la aplacó... pero sentía el estómago espantosamente alterado.

–Está bien. Hemos terminado Sólo quiero darte un buen consejo. Cuando vuelvas a tu condenada universidad este otoño o cuando sea, no cometas el error de pensar que esto ocurrió de otra manera. No te engañes respecto de Greg Stillson. Será mejor que lo olvidemos chico. Tú, yo y George. El peor error que podrías cometer en tu vida consistiría en darle vueltas a esto en la cabeza hasta convencerte de que puedes reincidir. Incluso podría ser el último.

Dicho lo cual Greg se fue, tras echar una última mirada al chico que seguía plantado en el mismo lugar, con el pecho y el abdomen salpicado por algunas manchas de sangre coagulada, con los ojos desorbitados y los labios trémulos. Parecía un crío de diez años, demasiado crecido para su edad, que hubiera arrojado la pelota fuera en un partido de revancha.

Greg apostó mentalmente consigo mismo que no volvería a ver a ese chico, ni a tener noticias de él, y ésa fue una apuesta que ganó. Esa misma semana George Harvey pasó por la peluquería donde a Greg lo estaban afeitando, y le agradeció que hubiera hecho «entrar en razón» a su sobrino.

–Eres fenomenal con los chicos, Greg –exclamó–. No sé... parece que te respetan.

Greg le dijo que no tenía nada que agradecer.

2.

Mientras Greg Stillson quemaba en New Hampshire una camiseta con una leyenda obscena, Walt y Sarah Hazlett se desayunaban tardíamente en Bangor, Maine. Walt tenía

el diario consigo.

Depositó su taza de café con un tintineo y comentó:

–Tu antiguo amigo ha salido en los periódicos, Sarah.

Sarah le estaba dando de comer a Denny. Tenía puesta una, bata, su cabello estaba bastante desgreñado, y sólo había abierto la cuarta parte de sus ojos. El ochenta por ciento de su mente seguía dormida. La noche anterior habían asistido a una fiesta. El invitado de honor había sido Harrison Fisher, diputado por el tercer distrito de New Hampshire desde tiempos antediluvianos y candidato seguro a la reelección el año próximo; Ella y Walt habían concurrido por razones políticas. Política. Esta era una palabra que Walt utilizaba mucho últimamente. Él había bebido mucho más que ella, y esa mañana estaba vestido y aparentemente espabilado, en tanto que ella se sentía sepultada bajo una montaña de lodo. No era justo.

–¡Buuu! –exclamó Denny, y escupió un bocado de compota.

–No debes hacer eso –le dijo Sarah a Denny–. ¿Te refieres a Johnny Smith?

–Ni más ni menos.

Sarah se levantó y contorneó la mesa hasta donde se hallaba sentado Walt.

–Está bien, ¿no es cierto?

–Está perfectamente y aparentemente causa conmoción –comentó Walt secamente.

Sarah concibió la vaga sospecha de que eso podía tener relación con lo que le había sucedido a ella cuando había visitado a Johnny, pero las dimensiones del titular la dejaron pasmada. EL PACIENTE QUE REVIVIÓ DE SU COMA EXHIBE FACULTADES PARAPSICOLÓGICAS EN DRAMÁTICA RUEDA DE PRENSA. El artículo llevaba la firma de David Bright. La foto adjunta mostraba a Johnny, todavía demacrado, y con una expresión penosamente azorada bajo la luz despiadada del flash, de pie junto al cuerpo despatarrado de un hombre que el epígrafe identificaba como Roger Dussault, reportero del diario de Lewiston. Un reportero se desmaya al oír una revelación, decía el epígrafe.

Sarah se dejó caer en la silla contigua a la de Walt y empezó a leer el artículo. Esto no le gustó a Denny, que golpeó la bandeja de su silla de patas altas para reclamar su huevo matutino.

–Me parece que te llaman –dijo Walt.

–¿Quieres darle de comer tú, cariño? De todas maneras se porta mejor contigo.

Continúa en pág. 9, col. 3. Abrió el diario en la página nueve.

–Con halagos lo conseguirás todo –respondió Walt, complaciente. Se quitó la americana deportiva y se puso el delantal de Sarah–. Aquí lo tienes, muchacho –agregó, y empezó a darle el huevo a Denny.

Cuando Sarah terminó el artículo volvió atrás y lo leyó de nuevo. Sus ojos gravitaban una y otra vez hacia la foto, hacia la fisonomía azorada y despavorida de Johnny. Las personas congregadas alrededor del postrado Dussault miraban a Johnny con una expresión que se aproximaba mucho al miedo. Era comprensible. Ella recordaba el beso que le había dado y el gesto extraño, preocupado, que había aparecido en su semblante. Y cuando Johnny le había dicho dónde podría encontrar la sortija extraviada, ella había sentido miedo.

Pero Sarah, lo que te. inspiró miedo a ti no era exactamente lo mismo, ¿verdad?

—Un poco más, muchacho –decía Walt, como si hablara desde mil kilómetros de distancia.

Sarah los miró, juntos bajo un rayo de sol salpicado de motas de polvo, con el delantal

de ella aleteando entre las rodillas de Walt, y súbitamente volvió a sentir miedo. Vio la sortija que se hundía hacia el fondo de la taza del inodoro, girando y girando sobre sí misma. Oyó el ligero tintineo que había producido al chocar contra la porcelana. Pensó en las máscaras de Halloween, en el chico que había dicho: «Me encantó que hiciera polvo a ese tipo». Pensó en las promesas formuladas y jamás cumplidas, y sus ojos se desviaron hacia ese demacrado rostro impreso, que !a miraba con una macilenta y lastimera expresión de sorpresa.

–...treta, de todos modos –comentó Walt, mientras colgaba el delantal. Había conseguido que Denny comiera el huevo, hasta la última partícula, y ahora su hijo y heredero succionaba gozosamente un biberón lleno de zumo.

–¿Cómo? –Sarah levantó la vista cuando él se le acercó.

–Dije que es una treta excelente, para un hombre que debe de tener pendientes facturas de hospital por casi medio millón de dólares.

–¿A qué te refieres? ¿De qué treta hablas?

–Claro que sí –prosiguió Walt, que no parecía haber captado su cólera–. Si escribiera un libro acerca del accidente y el coma con facultades parapsicológicas, sus ganancias no tendrían límite.

–¡Esa es una acusación inicua! –exclamó Sarah, con voz aguzada por la indignación.

Walt la miró, primero sorprendido y después con talante comprensivo. La comprensión la enfureció aún más. Si hubiera tenido cinco centavos por cada vez que Walt Hazlett creía haberla entendido, habrían podido volar a Jamaica en primera clase.

–Escucha, lamento haber tocado el tema –se disculpó él.

–Es tan impensable que Johnny mienta como que el papa... el papa... bueno, tú sabes.

Walt lanzó una carcajada y en ese momento faltó poco para que Sarah levantara la taza de café de él y se la arrojara a la cabeza. En cambio, entrelazó las manos fuertemente bajo la mesa y las apretó. Denny miró atónito a su padre y después él también se rió.

–Cariño –protestó Walt–, no tengo nada contra él, ni contra lo que hace. En verdad, me inspira respeto. Si un palurdo gordo y viejo como Fisher que no era más que un picapleitos muerto de hambre pudo convertirse en millonario durante los quince años que pasó en la Cámara de Representantes, este tipo tiene todo el derecho del mundo a enriquecerse cuanto pueda con el camelo de la parapsicología...

–Johnny no miente –repitió ella, parsimoniosamente.

–Es una treta para la legión de viejas teñidas que leen los semanarios sensacionalistas y son socias del Universe Book Club –prosiguió él con buen humor–. Aunque confieso que no me vendría mal un poco de clarividencia durante la selección de jurados para este maldito caso Timmons.

–Johnny Smith no miente –insistió ella, y le oyó decir: Se te deslizó del dedo. Estabas metiendo su maquinilla de afeitar en uno de los bolsillos laterales y se te deslizó... Sube al desván y búscala, Sarah. Ya verás. Pero no podía explicárselo a Walt.

Éste no sabía que había ido a visitar a Johnny.

No hubo nada de malo en el hecho de que lo visitaras, pensó ofuscada.

No ¿pero cómo reaccionaría si se enteraba de que había arrojado al inodoro su primera sortija de bodas y había tirado de la cadena? Tal vez no entendería la súbita crispación de miedo que la había impulsado a obrar así... el mismo miedo que veía reflejado en esos otros rostros impresos, y en cierto modo, también en el de Johnny. No, quizás Walt no comprendería nada. Al fin y al cabo, arrojar la sortija de bodas al inodoro y tirar de la

cadena sugería un cierto simbolismo vulgar.

–Está bien –asintió Walt–. No miente. Pero sencillamente no creo...

–Mira a las personas que están detrás de él, Walt –susurró Sarah–. Mírales la cara. Ellas creen.

Walt las miró al pasar.

–Sí, tal como un crío cree en el truco de un prestidigitador mientras éste actúa.

–¿Piensas que este tipo Dussault era un... un cómplice? Según, se dice en el artículo, no se conocían.

–Esta es la única forma de montar un truco, Sarah –explicó Walt pacientemente–. Un mago no cosecharía aplausos si sacara un conejo de una madriguera. Tiene que sacarlo de su chistera. O Johnny Smith sabía algo, o sacó una conclusión exacta de la conducta que Dussault exhibía en ese momento. Pero repito que le respeto por lo que hizo. Le sacó mucho jugo. Si también le sirve para enriquecerse, tanto mejor para él.

En ese instante ella le odió, aborreció a ese buen hombre con el que se había casado. No había nada tan espantosamente malo en el reverso de su bondad, de su estabilidad, de su apacible buen humor... sólo la convicción, implantada al parecer en el fondo de su alma, de que todos corrían en pos del éxito, cada cual, hombre o mujer, atento a su propio chanchullo. Esa mañana podía decir que Harrison Fisher era un. palurdo gordo y viejo; la noche anterior se había reído a carcajadas de las anécdotas que Fisher contaba acerca de Greg Stilison, el ridículo alcalde de una ciudad ignota que tal vez cometería la locura de participar en las elecciones del año próximo, como candidato independiente a un escaño en la Cámara de Representantes.

No; en el mundo de Walt Hazlett nadie tenía poderes parapsicológicos y no había héroes y la doctrina del debemos-cambiar-el-sistema-desde-adentro era todopoderosa. Era un hombre bueno, un hombre estable, los amaba a ella y a Denny, pero repentinamente su alma clamaba por Johnny y por los cinco años de vida en común que les habían sido arrebatados. Que quizá podrían haber sido toda una vida en común. Un hijo más moreno.

–Será mejor que te pongas en marcha, cariño –murmuró Sarah–. De lo contrario tu cliente terminará en chirona.

–De acuerdo –él le sonrió–. Terminada la reseña, se levantaba la sesión. ¿Seguimos siendo amigos?

–Seguimos siendo amigos.

»Pero él sabía dónde estaba el anillo... Lo sabía.

Walt la besó, con la mano derecha apoyada suavemente sobre su nuca. Siempre tomaba el mismo desayuno, siempre la besaba de la misma manera, algún día irían a Washington, y nadie tenía dotes parapsicológicas.

Cinco minutos después se había ido, dando marcha atrás hasta la calle con el pequeño Pinto rojo, haciendo sonar un breve toque de claxon, y perdiéndose de vista. Sarah se quedó a solas con Denny, quien trataba de reptar por debajo de la bandeja de la silla de patas altas, a riesgo de estrangularse.

–No se hace así, monín –dijo Sarah, y atravesó la cocina y le quitó la traba a la bandeja.

–¡Buuu! –exclamó Denny, irritado por tantas complicaciones.

Speedy Tomate, el gato, entró en la cocina con su habitual andar cansino, de delincuente juvenil, y Denny lo manoteó con una risita. Speedy agachó las orejas y

pareció resignado.

Sarah exhibió una leve sonrisa y levantó la mesa. Inercia. Un cuerpo en reposo tendía a permanecer en reposo, y ella estaba en reposo. Al diablo con la faceta negativa de Walt: ella tenía la suya propia. Se conformaría con enviarle una tarjeta de felicitación a Johnny, en Navidad. Eso era mejor, más seguro... porque un cuerpo en movimiento tendía a seguir moviéndose. Allí vivía bien. Había sobrevivido a Dan, había sobrevivido a Johnny que le había sido arrebatado en condiciones tan injustas (pero en el mundo había muchas cosas injustas), había salido de su torrente personal para desembocar en ese remanso, y allí se quedaría. La cocina soleada era un buen lugar. Lo mejor sería olvidar las ferias rurales, las Ruedas de la Fortuna y el rostro de Johnny Smith.

Mientras hacía correr el agua por el fregadero para lavar los platos encendió la radio y sintonizó las noticias. La primera la dejó petrificada con un plato recién lavado en la mano, con la vista perdida en el jardín en un trance de atónita contemplación. La madre de Johnny había sufrido una hemorragia cerebral mientras miraba la rueda de prensa de su hijo en la TV. Había muerto esa mañana, hacía menos de una hora.

Sarah se secó las manos, apagó la radio, y rescató a Speedy Tomate de entre los dedos de Denny. Transportó al crío a la sala y lo metió en el parque. Denny protestó a grito pelado contra esta humillación, pero ella no le hizo caso. Se encaminó hacia el teléfono y llamó al EMMC. Una telefonista que parecía harta de repetir la misma información a cada rato le anunció que John Smith había abandonado el hospital la noche anterior, por su propia iniciativa, poco antes de las doce.

Colgó el auricular y se sentó en una silla. Denny seguía berreando en su parque. El agua corría en el fregadero de la cocina. Después de un rato Sarah se levantó, fue a la cocina y cerró el grifo.

Capítulo 14

1.

El representante de Inside View hizo su aparición el 16 de octubre, no mucho después de que Johnny hubo salido a recoger la correspondencia.

La casa de su padre estaba alejada de la carretera. El camino particular de grava tenía casi cuatrocientos metros de longitud, y discurría entre un espeso monte de abetos y pinos trasplantados. Johnny recorría esa distancia todos los días. Al principio había vuelto al porche trémulo de cansancio, con fuego en las piernas, y con una cojera tan pronunciada que en realidad andaba tambaleándose. Pero ahora, un mes y medio después de la primera vez (cuando había tardado una hora en recorrer los cuatrocientos metros), la caminata se había convertido en uno de sus placeres cotidianos, en algo que él aguardaba ansiosamente. No la correspondencia sino el paseo.

Había empezado a partir leña para el próximo invierno, faena que Herb había planeado encargar a terceros desde el día en que había conseguido un contrato para realizar una serie de trabajos en una nueva urbanización de Libertyville.

–Es fácil saber cuándo la vejez ha empezado a espiar por encima de tu hombro, John –había dicho sonriendo–. Lo notas porque empiezas a buscar trabajos bajo techo apenas despunta el otoño.

Johnny subió al porche y se sentó en el sillón de mimbre junto a la mecedora, soltando

un tenue suspiro de alivio. Apoyó el pie derecho sobre la baranda del porche y, con una mueca de dolor, utilizó las manos para montarle encima la pierna izquierda. Hecho lo cual empezó a abrir la correspondencia.

Últimamente había menguado mucho. Durante la primera semana que había pasado en Pownal, después de su regreso, a veces había recibido hasta dos docenas de cartas y ocho o nueve paquetes postales por día, la mayoría de ellos reexpedidos por el EMMC, y otros pocos enviados a Lista de Correos, Pownal (con diversas grafías: Pownell, Poenul, y en un caso memorable, Poonuts).

La mayoría de los envíos procedían de personas enajenadas que parecían flotar a la deriva de la vida en busca de cualquier timón. Había niños que le solicitaban un autógrafo, mujeres que deseaban acostarse con él, hombres y mujeres que le pedían consejos sentimentales. Algunos le enviaban amuletos. Otros le enviaban horóscopos. Muchas de las cartas eran de naturaleza religiosa, y en estas misivas plagadas de errores, generalmente escritas con trazos grandes y cuidadosos pero apenas distintos de los garabatos de un alumno espabilado de primer grado, le parecía vislumbrar el fantasma de su madre.

Era un profeta, le aseguraban estas cartas, que había bajado, a la Tierra para sacar del desierto al pueblo norteamericano receloso y desilusionado. Era una señal de que se aproximaban los Últimos Días. Hasta esa fecha, el 16 de octubre, había recibido ocho ejemplares de The Late Great Planet Earth, de Hal Lindsey... un libro que seguramente habría contado con la aprobación de su madre. Le exhortaban a proclamar la divinidad de Cristo y a terminar con las costumbres disolutas de la juventud.

A estas cartas se contraponía el contingente adverso, que era más reducido pero igualmente vehemente... aunque por lo general anónimo. Un corresponsal, que escribía con un lápiz gastado sobre una hoja de papel amarillo, le acusaba de ser el Anticristo y le exhortaba a suicidarse. Cuatro o cinco corresponsales le preguntaban qué sensación había experimentado al asesinar a su propia madre. Muchos le escribían para acusarle de perpetrar una superchería. Un chistoso le escribió:

«¡PRECOGNICIÓN, TELEPATÍA, MIERDA! ¡CHÚPAME EL PEDAZO, PAYASO EXTRASENSORIAL!»

Y le enviaban objetos. Esto era lo peor.

Todos los días, al volver del trabajo a casa, Herb pasaba por la oficina de correos de Pownal y recogía los paquetes que, por sus dimensiones, no cabían en su buzón. Los mensajes que acompañaban estos objetos eran esencialmente iguales; un alarido ahogado: Dígame, dígame, dígame.

Esta bufanda perteneció a mi hermano, que desapareció durante una excursión de pesca en los Allagash, en 1969. Tengo una fuerte sensación de que está vivo. Dígame dónde se halla.

Este lápiz de labios proviene del tocador de mi esposa. Creo que tiene un amante pero no estoy seguro. Dígame si lo tiene.

Esta es la pulsera de identificación de mi hijo. Ya no vuelve a casa cuando sale de la escuela. Permanece fuera hasta muy tarde y estoy muy preocupado. Dígame qué hace.

Una mujer de North Carolina –Dios sabía dónde se había enterado de su existencia, pues la rueda de prensa de agosto no se había reproducido en el resto del país– le envió un trozo de madera chamuscada. Su casa se había incendiado, explicaba la carta, y su marido y dos de sus cinco hijos habían muerto carbonizados. El cuartel de bomberos de

Charlotte sostenía que el fuego había sido generado por un cortocircuito, pero ella no podía aceptar esta explicación. Debía de tratarse de un incendio intencionado. Quería que Johnny palpara la reliquia ennegrecida que le adjuntaba y que le informara quién había sido el culpable, para que el monstruo pasara el resto de su vida pudriéndose en la cárcel.

Johnny no contestó ninguna de las cartas y devolvió todos los objetos (incluido el trozo de madera quemada) pagando el franqueo de su ,propio peculio sin hacer ningún comentario. Algunos los tocaba. La mayoría, como la tabla –ennegrecida de la mujer desconsolada de Charlotte, no le revelaban absolutamente nada. Pero cuando tocaba algunos otros se le aparecían imágenes inquietantes, como si soñara despierto. En la mayoría de los casos era una vislumbre. Una imagen se materializaba y desaparecía en pocos segundos sin dejarle nada concreto, sólo una sensación. Pero uno de ellos...

Fue en el caso de la mujer que le envió la bufanda con la esperanza de que descubriera lo que le había ocurrido a su hermano. Era una bufanda blanca, tejida, igual a otros muchos millones. Pero cuando la manipuló sintió que desaparecía repentinamente la realidad de la casa de su padre, y el ruido de la televisión se elevó y se amortiguó, se elevó y se amortiguó, en la habitación vecina, como si fuera el bordoneo de los insectos estivales aletargados y el gorgoteo lejano del agua.

Olores de madera en sus fosas nasales. Rayos de sol teñidos de verde que se filtraban entre grandes árboles añosos. Desde hacía más o menos tres horas la tierra estaba blanda, casi como una ciénaga. Se asustó, se asustó mucho, pero conservó la cabeza. Si te perdías en los vastos territorios del Norte y te dejabas arrastrar por el pánico, sería mejor que tallaran tu lápida. Siguió avanzado hacia el Sur. Hacía dos días que se había separado de Stivy, Rocky y Logan. Habían acampado cerca de (pero esto no afloró, se hallaba en la zona muerta) un arroyo, pescando truchas, y él había tenido la culpa. Estaba condenadamente borracho.

Entonces vio su mochila apoyada contra el borde de un viejo árbol que había derribado el viento y que ahora estaba tapizado de musgo, y entre el manto verde asomaban de trecho en trecho trozos de madera muerta, blanca, semejantes a huesos, y veía su mochila, sí, la veía, pero no podía recuperarla porque se había alejado unos pasos para echar una meada y se había metido en un terreno realmente blando, donde el fango le llegaba casi hasta el borde de la caña de sus botas, y cuando trató de retroceder, de hallar un tramo más seco para hacer sus necesidades, no pudo despegar los pies del suelo. No pudo despegarlos porque eso no era fango. Era... otra cosa.

Se quedó allí, mirando en torno, buscando infructuosamente algo a lo cual pudiera aferrarse, casi riéndose de la estupidez que había cometido al meterse en una ciénaga mientras buscaba un lugar para mear.

Se quedó allí, pensando al principio que debía de hallarse en una zona poco profunda de la ciénaga, que en el peor de los casos lo cubriría hasta arriba del borde de la caña de las botas, y que ésa sería otra anécdota para contar cuando le encontraran.

Se quedó allí, y el verdadero –pánico no empezó a acometerlo hasta que las arenas movedizas se escurrieron implacablemente por encima de sus rodillas. Entonces forcejeó, olvidando que si cometes la estupidez de internarte en una ciénaga lo que debes hacer es quedarte muy quieto. En un santiamén las arenas movedizas le llegaron a la cintura y después a la altura del pecho, succionándolo como unos gigantescos labios marrones, dificultándole la respiración. Prorrumpió en gritos y no apareció nadie, no apareció nada excepto una voluminosa ardilla parda que bajó por el tronco tapizado de musgo y se posó

sobre su mochila y lo observó con sus ojos negros, refulgentes.

Luego le llegó al cuello, y su olor exuberante y marrón se le infiltró en las fosas nasales y sus alaridos se tornaron agudos y jadeantes a medida que las arenas de la ciénaga le ceñían inexorablemente. Los pájaros revoloteaban gorgojeando y riñendo, y los rayos verdes de sol que semejaban cobre empañado se filtraban entre los árboles y las arenas movedizas treparon más arriba de su mentón. Solo. Iba a morir solo, y abrió la boca para gritar por última vez y no emitió ningún sonido porque las arenas movedizas le inundaron la boca y fluyeron sobre su lengua y se colaron entre sus dientes formando cintas delgadas. Tragaba las arenas movedizas y el grito no brotó nunca...

Johnny salió del trance bañado en sudor frío, con la carne de gallina, con la bufanda fuertemente enrollada en las manos, respirando con jadeos cortos, estrangulados. Arrojó la bufanda al suelo donde quedó enroscada como una serpiente blanca. No la tocaría nunca más. Le pidió a su padre que la metiera en un sobre y la despachara de vuelta.

Pero ahora, afortunadamente, la correspondencia empezaba a menguar. Los chiflados habían descubierto algún nuevo candidato para sus obsesiones públicas y privadas. Los periodistas ya no lo llamaban para pedirle cita, en parte porque había cambiado su número de teléfono y ya no figuraba en la guía, y en parte porque su historia había pasado de moda.

Roger Dussault había escrito un largo y furibundo artículo para su diario, en el cual era jefe de sección. Afirmaba que aquello había sido una patraña cruel y de mal gusto. Sin duda Johnny había exhumado episodios de la vida pasada de varios reporteros que posiblemente asistirían a su rueda de prensa, por si acaso. Sí, confesaba, su hermana Anne se había apodado Terry. Había muerto relativamente joven y probablemente las anfetaminas habían tenido algo que ver en eso. Pero toda esa información estaba al alcance de quien se tomara el trabajo de buscarla. La explicación parecía muy lógica. El artículo no aclaraba cómo Johnny, que no había salido del hospital, podía haber reunido dicha información, pero éste era un detalle que aparentemente la mayoría de los lectores pasaron por alto. A Johnny no le importaba en absoluto. El incidente estaba archivado y no tenía intención de provocar ningún otro. ¿Quién se beneficiaría si le escribía a la mujer que le había enviado la bufanda y le comunicaba que su hermano se había ahogado, gritando, en una ciénaga, porque había errado el rumbo mientras buscaba un lugar para mear? ¿Acaso esto la tranquilizaría o la ayudaría a vivir mejor?

La correspondencia de ese día constaba de sólo seis cartas. Una factura de la compañía de electricidad. Una tarjeta del primo, de Herb que vivía en Oklahoma. Un crucifijo que le enviaba una señora, con las palabras MADE IN TAIWAN estampadas en los pies de Cristo, en diminutos caracteres dorados. Un breve mensaje de Sam Weizak. Y un pequeño sobre cuyo remitente le hizo pestañear y erguirse en su asiento. S. Hazlett, 12 Pond Street.

Sarah... Desgarró el sobre.

Dos días después del funeral de su madre ella le había enviado sus condolencias. Al dorso de una tarjeta había escrito con su grafía circunspecta, sesgada hacia atrás: «Johnny: siento mucho lo que ha pasado. Oí en la radio que falleció tu madre... y en cierto modo me pareció que lo más injusto era que tu dolor íntimo tuviera trascendencia pública. Quizá no lo recuerdes, pero la noche de tu accidente hablamos un poco acerca de tu madre. Te pregunté qué haría ella si llevabas a tu casa a una católica renegada y me contestaste que sonreiría y me daría la bienvenida y me entregaría unos panfletos. En tu

sonrisa se reflejó que la querías mucho. Tu padre me contó que había cambiado, pero el cambio se debió en parte a que ella también te quería inmensamente y no podía aceptar lo que había sucedido. Y supongo que al fin su fe recibió la recompensa merecida. Te ruego que aceptes mis sinceras condolencias, y si hay algo que pueda hacer por ti, ahora o más adelante, por favor cuenta con tu amiga. Sarah».

Ése fue un mensaje que contestó, agradeciéndole su preocupación.

Escribió su carta cuidadosamente, porque temía traicionarse y decir una inconveniencia. Ahora Sarah estaba casada y esto era algo que él no podía controlar ni nodificar. Pero sí recordaba la conversación acerca de su madre... y muchas otras cosas que habían ocurrido aquella noche. Su carta le hizo evocar todas las alternativas de aquella velada y la contestó con un tono agridulce que era más agrio que dulce. Aún amaba a Sarah Bracknell y debía recordarse constantemente a sí mismo que ella ya no existía y que la había sustituido otra mujer cinco años mayor y madre de un niño.

Esta vez extrajo del sobre una sola hoja de papel de carta y le echó una mirada rápida. Ella y su hijo se dirigían a Kennebunk para pasar una semana con quien había compartido la habitación de Sarah durante sus dos últimos años de estudios, una chica que ahora se llamaba Stephanie Constantine y cuyo nombre en aquel entonces era Stephanie Carsleigh. Decía que tal vez Johnny la recordaba, pero no era así. De todos modos, Walt estaría varado en Washington durante tres semanas por asuntos que concernían tanto a la firma como al Partido Republicano, y Sarah pensaba que quizá podría disponer de una tarde para ir a visitar a Johnny y Herb en Pownal, si eso no les molestaba.

«Me encontrarás en el número de Steph, 814–6219, a cualquier hora, entre el 17 y el 23 de octubre. Desde luego, si eso pudiese importunarte, bastará con que me telefonees ya sea aquí o a K'bunk y me lo digas. Lo entenderé. Muchos cariños para ustedes dos. Sarah».

Con la carta en la mano, Johnny miró a través del patio hacia el bosque, que había virado al bermejo y el dorado, aparentemente en la última semana. Pronto caerían las hojas y entonces llegaría la hora del invierno.

«Muchos cariños para ustedes dos. Sarah». Deslizó el pulgar sobre las palabras, pensativamente. Sería mejor no telefonear, no escribir, no hacer nada, reflexionó. Ella entendería. Como en el caso de la mujer que había enviado la bufanda, ¿para qué serviría? ¿Por qué remover el pasado? Tal vez Sarah podía utilizar esa frase, muchos cariños, alegremente, pero él no. El dolor de antaño no se había mitigado. Para él, el tiempo había sido groseramente plegado, remachado y mutilado. Desde el punto de vista del transcurso de su tiempo interior, Sarah había sido su chica hacía sólo seis meses. Johnny podía aceptar intelectualmente el coma y la pérdida de tiempo, pero sus emociones se resistían tenazmente. Le había resultado difícil contestar su mensaje de condolencias, pero cuando se trataba de una carta siempre era posible estrujarla y reescribirla si se encauzaba por donde no debía, si empezaba a trasponer los límites de la amistad, que era lo único que ahora tenían derecho a compartir. Si la veía, era posible que hiciera o dijera alguna estupidez. Sería mejor no llamarla. Sería mejor dejarlo naufragar.

Pero la llamaría, pensó. La llamaría y la invitaría a su casa.

Turbado, volvió a deslizar la carta en el sobre.

El sol se reflejó sobre un cromado brillante, titiló allí, y le arrojó una flecha de luz a los ojos. Un Ford sedán avanzaba por el camino particular triturando la grava. Johnny entrecerró los ojos y procuró discernir si se trataba de un auto conocido. Allí las visitas

eran raras. Había recibido mucha correspondencia, pero sólo había aparecido gente en tres o cuatro ocasiones. Pownal no era más que un punto en el mapa, difícil de hallar. Si el auto pertenecía a algún buscador o buscadora de sabiduría, Johnny le despediría enseguida, con la mayor amabilidad posible, pero rotundamente. Este había sido el último consejo de Weizak. Un buen consejo, se dijo Johnny.

–No permita que nadie le imponga el papel de gurú mentor, John. No los estimule y lo olvidarán. Quizás al principio le parecerá cruel... la mayoría son personas extraviadas, con demasiados problemas y las mejores intenciones... pero se trata de la vida de usted, de su intimidad. Así que actúe con toda energía.

El Ford entró en la rotonda situada entre el cobertizo y la leñera, y cuando giró, Johnny vio el pequeño rótulo de Herz en la esquina del parabrisas. Un hombre muy alto, vestido con unos vaqueros muy nuevos y una camisa roja a cuadros que parecía recién salida de una sastrería de primera, se apeó del coche y miró en torno. Tenía el aire de un hombre que no está habituado al campo, de un hombre que sabe que ya no hay lobos ni pumas en New England, pero que de todas maneras quiere asegurarse. Un hombre de ciudad. Miró hacia el porche, vio a Johnny, y alzó una mano en ademán de saludo.

–Buenas tardes –exclamó. También tenía un opaco acento urbano, de Brooklyn, pensó Johnny, y su voz sonaba como si hablara a través de una caja de galletas saladas.

–Hola –respondió Johnny–. ¿Se ha perdido?

–Hombre, espero que no –dijo el forastero, mientras se acercaba al pie de la escalera–. Usted es John Smith o su hermano gemelo.

Johnny sonrió.

–No tengo hermanos, así que supongo que ha dado con la puerta que buscaba. ¿Puedo hacer algo por usted?

–Bueno, quizá podamos hacernos algún favor mutuamente.

El forastero subió los escalones del porche y le tendió la mano a Johnny. Este la estrechó.

–Me llamo Richard Dees. Revista Inside View.

Su cabello estaba recortado a la moda, hasta la altura de la oreja, y era gris casi en su totalidad. Teñido de gris, pensó Johnny ligeramente divertido. ¿Qué se podía pensar de un hombre cuya voz sonaba como si hablara a través de una caja de galletas saladas y que además se teñía el cabello de gris?

–Quizá conoce la revista.

–Oh, sí, la conozco. La venden junto a las cajas del supermercado. No tengo interés en conceder una entrevista. Siento que haya hecho semejante viaje inútilmente.

Claro que la vendían junto a las cajas del supermercado. Faltaba poco para que los titulares saltaran de las páginas del papel económico y te aporrearan. NIÑO ASESINADO POR SERES EXTRATERRESTRES, CLAMA MADRE DESESPERADA. LOS ALIMENTOS QUE ENVENENAN A SUS HIJOS. DOCE VIDENTES PREDICEN UN TERREMOTO EN CALIFORNIA PARA 1978.

–Bueno, no pensábamos precisamente en una entrevista –replicó Dees–. ¿Puedo sentarme?

–Realmente, yo...

–Señor Smith, he venido en avión desde Nueva York, y en Boston cogí una avioneta en la que no cesé de preguntarme qué le sucedería a mi esposa si yo moría sin dejar testamento.

–¿Líneas Aéreas Portland-Bangor? –preguntó Johnny, sonriendo.

–Eso mismo –asintió Dees.

–Está bien –dijo Johnny–. Estoy impresionado por su valor y su dedicación al trabajo. Le escucharé, pero sólo durante unos quince minutos. El médico me ordenó que duerma todas las tardes. –Ese era un pequeño embuste en aras de una causa noble.

–Quince minutos serán más que suficientes. –Dees se inclinó hacia adelante–. Esta no es más que una conjetura razonada, señor Smith, pero calculo que usted tiene una deuda de aproximadamente doscientos mil dólares. ¿Me equivoco?

La sonrisa de Johnny se diluyó.

–Lo que debo o dejo de deber –sentenció–, es cosa mía.

–Sí, claro, por supuesto. No fue mi intención ofenderle, señor Smith. Inside View quiere proponerle un trabajo. Un trabajo bastante lucrativo.

–No. Categóricamente no.

–Si me diera la oportunidad de explicarle...

–No practico la clarividencia –le interrumpió Johnny–. No soy Jeanne Dixon ni Edgar Cayce ni Alex Tannous. Esto se acabó. De ningún modo estoy dispuesto a revivirlo.

–¿Me concede unos pocos minutos?

–Señor Dees, aparentemente no entiende lo que yo...

–¿Sólo unos minutos? –Dees sonrió con expresión persuasiva.

–¿Cómo averiguó mi domicilio, además?

–Tenemos un colaborador en un periódico del centro de Maine, el Journal de Kennebec. Nos informó que aunque usted había desaparecido de la vista del público, probablemente vivía con su padre.

–Bueno, he contraído una gran deuda de gratitud con ese caballero, ¿verdad?

–Claro que sí –contestó Dees con desenfado–. Apuesto a que eso es lo que pensará cuando conozca la propuesta íntegra. ¿Me permite?

–Está bien –asintió Johnny–. Pero no cambiaré de idea por el solo hecho de que haya viajado hasta aquí en Aerolíneas Pánico.

–Bueno, piense lo que le plazca. Este es un país libre, ¿verdad? Claro que lo es. Inside View se especializa en un enfoque parapsicológico de los hechos, señor Smith, como usted probablemente sabe. Para ser totalmente franco, le diré que nuestros lectores se chiflan por este tema. Nuestra circulación semanal es de tres millones de ejemplares. Tres millones de lectores cada semana, señor Smith, ¿qué le parece como prueba de éxito? ¿Quiere saber cómo lo logramos? Nos atenemos a lo sublime, a lo espiritual...

–Bebés Gemelos Devorados Por Oso Feroz –murmuró Johnny.

Dees se encogió de hombros.

–Bueno, éste es un mundo cruel, ¿no le parece? La gente necesita informarse sobre estos temas. Tiene derecho a saber. Pero por cada artículo macabro hay otros tres que les explican a nuestros lectores cómo adelgazar sin padecimientos, cómo hallar la dicha y la compatibilidad sexual, cómo aproximarse a Dios...

–¿Usted cree en Dios, señor Dees?

–En realidad, no –replicó Dees, con su sonrisa persuasiva–. Pero vivimos en una democracia, en el mayor país de la Tierra, ¿no es cierto? Cada cual es dueño de su alma. No, lo importante es que nuestros lectores creen en Dios. Creen en los ángeles y en los milagros...

–Y en los exorcismos y los demonios y las misas negras...

–Correcto, correcto, correcto. Usted me entiende. Se trata de un público espiritual. Gente que cree en toda esta monserga parapsicológica. Hemos contratado en total a diez parapsicólogos, incluida Kathleen Nolan, la vidente más famosa de los Estados Unidos. Nos gustaría contratarlo a usted, señor Smith.

–¿De veras?

–Claro que sí. ¿Qué significaría esto para usted? Su foto y una breve columna aparecerían aproximadamente doce veces por año, en uno de nuestros números de Todo En La Parapsicología. Los Diez Famosos Videntes De Inside View Hacen Vaticinios Sobre La Segunda Presidencia de Ford, y cosas por el estilo. Siempre publicamos un número especial de Año Nuevo y otro en el Día de la Independencia, acerca de las perspectivas de los Estados Unidos para el año próximo. Este último es un número muy informativo, con muchos presagios sobre política exterior y política económica, más otras misceláneas.

–Creo que no me entiende –dijo Johnny. Hablaba muy parsimoniosamente, como si se dirigiera a un niño–. He tenido un par de accesos de precognición... Supongo que sería lícito decir que «vi el futuro»... pero no ejerzo ningún control sobre esa facultad. Me resultaría tan difícil pronosticar lo que ocurrirá en la segunda presidencia de Ford, si la hay, como ordeñar a un toro.

Dees se mostró horrorizado.

–¿Y quién dijo que podría hacerlo? Estas columnas las escriben nuestros periodistas profesionales.

–¿Periodistas...? –Johnny miró a Dees boquiabierto, definitivamente pasmado.

–Por supuesto –prosiguió Dees impacientemente–. Escuche. Uno de nuestros personajes más populares del último par de años ha sido Frank Ross, el especialista en desastres naturales. Es un tipo estupendo, pero válgame Dios, dejó los estudios en el noveno grado. Se enroló dos veces en el ejército y estaba lavando autocares Greyhound en la terminal de Nueva York, cuando dimos con él. ¿Cree que le dejaríamos redactar su propia columna? Escribiría «gato» con errores de ortografía.

–Pero las predicciones...

–Imaginación, nada más que imaginación. Le sorprendería saber cuántas veces estos hombres y mujeres se entusiasman con una colosal patraña.

–Patraña –repitió Johnny, atónito. Lo sorprendió un poco descubrir que se estaba encolerizando. Su madre había comprado Inside View desde tiempos inmemoriales, empezando por aquella época en que publicaba fotos de accidentes cruentos y decapitantes e instantáneas tomadas clandestinamente durante ejecuciones., Lo había creído todo a pies juntillas. Presumiblemente eso mismo se podía decir de la mayor parte de los otros 2.999.999 lectores de Inside View. Y ahí estaba ese fulano de pelo teñido de gris y zapatos de cuarenta dólares y camisa que aún conservaba los dobleces de la tienda, hablando de patrañas.

–Pero todo funciona maravillosamente –decía Dees–. Si alguna vez se le agota la inspiración, bastará que nos haga una llamada de pago revertido y nosotros recurriremos al elenco profesional. Siempre se nos ocurre algo. Conservamos los derechos para incluir sus columnas en la antología de nuestro anuario, Inside Views of Things to Come. Sin embargo, usted es libre de firmar todos los contratos que desee con editoriales de libros. Nosotros nos reservamos la opción de denegar los derechos de lo publicado en la revista, pero le advierto que casi nunca utilizamos dicha opción. Y pagamos muy bien. Esto, por

encima de la cifra estipulada en el contrato. Una ganga adicional, por así decir –Dees soltó una risita.

–¿Y cuál sería la cifra? –preguntó Johnny lentamente. Apretaba con fuerza los brazos del sillón de mimbre. En la sien derecha le latía rítmicamente una vena.

–Treinta mil dólares anuales durante dos años –respondió Dees–. Y si se hace popular, esa cifra sería negociable. Ahora bien, ustedes los videntes tienen especialidades. He oído que la suya son los objetos. –Dees entrecerró los párpados, con expresión soñadora–. Veo una columna regular. Quincenal, quizá... no se trata de matar la gallina de los huevos de oro. «John Smith invita a los lectores de Inside View a enviar artículos personales para un examen parapsicológico...» Algo por el estilo. Aclararemos, desde luego, que deberán ser objetos sin valor, porque no podremos devolverlos. Pero no lo creerá. Algunos están locos como cabras, benditos sean. Le sorprenderá ver algunas de las cosas que envían. Diamantes, monedas de oro, sortijas de boda... y añadiríamos una cláusula al contrato para especificar que todos los objetos recibidos pasarían a ser de su propiedad personal.

Entonces un velo rojo opaco empezó a correrse delante de los ojos de Johnny.

–La gente enviaría objetos y yo podría quedarme con ellos. Eso es lo que quiere decir.

–Claro, no veo ninguna dificultad. Sólo es cuestión de poner en claro cuáles son las reglas del juego. Otra ganga adicional que se sumaría a la anterior.

–Supongamos –argumentó Johnny, controlando cuidadosamente su voz para mantenerla serena y bien modulada–, supongamos que un día... me quede sin ideas, como usted dice... y que telefonee y anuncie que el 31 de setiembre de 1976 van a asesinar al presidente Ford. No porque tenga una premonición, sino porque me he quedado sin ideas.

–Bueno, como usted sabe setiembre sólo tiene treinta días –respondió Dees–. Pero por lo demás, pienso que ésa es una idea fenomenal. Lo hará muy bien, espontáneamente, Johnny. Piensa en grande. Eso me gusta. Es increíble, pero muchos de sus colegas son unos timoratos. Supongo que tienen miedo de meter la pata y arruinar su fuente de ingresos. Uno de estos tipos, Tim Clark de Idaho, escribió hace dos semanas diciendo que había tenido una premonición de que el año próximo le exigirán la renuncia a Earl Butz. Bueno, disculpe mi francés, ¿pero a quién le importa una mierda? ¿Quién es Earl Butz para el ama de casa norteamericana? En cambio usted tiene buenas vibraciones, Johnny. Nació para este oficio.

–Buenas vibraciones –murmuró Johnny.

Dees le miraba con curiosidad.

–¿Se siente bien, Johnny? Le noto un poco pálido.

Johnny pensaba en la mujer que le había enviado la bufanda. Probablemente también leía Inside View.

–Veamos si puedo sintetizar su propuesta –dijo–. Me pagarían treinta mil dólares anuales por mi nombre...

–Y su foto, no lo olvide.

–Y mi nombre, a cambio de unas pocas columnas escritas por profesionales. También tendría una sección fija en la que les diría a los lectores lo que desearan saber acerca de los objetos que me enviasen. Por añadidura, podría quedarme con esos objetos.

–Siempre que los abogados encontraran la manera de...

–...para mi uso personal. ¿Ése es el trato?

–Esa es la esencia del trato, Johnny. Es asombrosa la forma en que una cosa trae la otra. Dentro de seis meses en todos los hogares se hablará de usted, y después el mundo

será suyo. El programa de Carson. Actuaciones personales. Giras de conferencias. Su libro, por supuesto, en su editorial predilecta, porque esas firmas prácticamente reparten dinero a manos llenas entre los clarividentes. Kathy Nolan empezó con un contrato como el que le estoy ofreciendo a usted, y ahora gana más de doscientos mil dólares por año. Además, fundó su propia iglesia y no debe pagar ni un céntimo de impuestos. A Kathy no se le escapa nada. –Dees se inclinó hacia adelante, sonriendo–. Le repito, Johnny, que el mundo será suyo.

–No lo dudo.

–Bueno, ¿qué opina?

Johnny se inclinó en dirección a Dees. Con una mano cogió la manga de la camisa flamante de Dees, y con la otra cogió el cuello de la camisa flamante de Dees.

–¡Eh! ¿Qué demonios ha...?

Johnny estrujó la camisa con ambas manos y atrajo a Dees hacia adelante. Cinco meses de ejercicios diarios le habían dado una tonicidad tremenda a los músculos de sus manos y sus brazos.

–Me ha preguntado qué opino –exclamó Johnny. Había empezado a dolerle y palpitarle la cabeza–. Se lo diré. Opino que es un chupasangre. Un ladrón de tumbas que se encarniza con los sueños ajenos. Opino que alguien debería condenarle a trabajos forzados. Opino que su madre debería haber muerto de cáncer el día después de concebirle. Si existe un infierno, ojalá se consuma allí.

–¡No puede hablarme así! –gritó Dees. Su voz se elevó hasta trocarse en el chillido de una pescadera–. ¡Está rematadamente loco! ¡Olvídelo! ¡Olvídese por completo de mi propuesta, palurdo hijo de puta! Esta fue la oportunidad de su vida. No venga arrastrándose...

–Además su voz suena como si hablara a través de una caja de galletas saladas –prosiguió Johnny, poniéndose en pie. Levantó a Dees junto con él. Los faldones de la camisa se le habían zafado de la cintura de los vaqueros, y dejaban al descubierto una camiseta de malla. Johnny empezó a zarandearlo con fuerza. Dees se olvidó de encolerizarse. Balbuceaba y rugía.

Johnny le arrastró hasta los escalones del porche, levantó un pie y lo plantó sólidamente sobre los Levi's flamantes. Dees bajó con dos grandes zancadas, sin dejar de balbucear y rugir. Cayó en el polvo y se despatarró cuan largo era. Cuando se levantó y se volvió para encarar a Johnny, sus prendas de pariente campesino estaban cubiertas de costras de tierra. Éstas le daban un aspecto más auténtico, quién sabe por qué, pensó Johnny, pero dudaba que Dees supiera apreciarlo.

–Debería echarle a la policía encima –dijo roncamente–. Y quizás eso es lo que haga.

–Haga lo que se le antoje –espetó Johnny–. Pero a las autoridades del lugar no les cae muy bien la gente que viene a meter las narices donde nadie les llama.

Las facciones de Dees se convulsionaron en un inquieto gesto de miedo, cólera y estupor.

–Que Dios le ayude si algún día llega a necesitarnos –exclamó.

Ahora la jaqueca de Johnny era atroz, pero conservó un tono sereno.

–Eso es muy cierto –asintió–. Estoy totalmente de acuerdo.

–Se arrepentirá, ¿sabe? Tres millones de lectores. Son un arma de doble filo. Cuando terminemos de ocuparnos de usted, la gente de este país no le creerá aunque pronostique que la primavera caerá en abril. No le creerá aunque diga que el Campeonato Mundial

empezará en octubre. No le creerá aunque... aunque... –Dees se puso a farfullar, furioso.

–Fuera de aquí, bujarrón.

–¡Despídase de ese libro! –chilló Dees, lanzando aparentemente la peor amenaza que se le ocurrió. Con sus facciones convulsionadas, crispadas, y su camisa manchada de polvo, parecía un crío con una gran pataleta. Su acento de Brooklyn se había profundizado y oscurecido hasta el punto de que era casi una jerga–. ¡Será el hazmerreír de todas las editoriales de Nueva York! ¡Ni las más desgraciadas le recibirán cuando yo haya acabado con usted! ¡Hay medios para hacer entrar en vereda a los fanfarrones como usted, y nosotros los tenemos, cornudo! Nosotros...

–Creo que iré a buscar mi Remmy y le meteré una perdigonada a un intruso –comentó Johnny.

Dees retrocedió hasta su coche alquilado, sin dejar de vociferar amenazas y obscenidades. Johnny le miraba desde el porche, con una palpitación sorda en la cabeza. Dees montó en el auto, puso el motor en marcha despiadadamente,, y después arrancó con un chirrido de neumáticos, levantando nubes de polvo. El coche se desvió lo justo para embestir y despedir por el aire el tajo contiguo al cobertizo. Johnny sonrió un poco a pesar del dolor de cabeza. Volver a poner el tajo en su lugar le resultaría mucho más fácil de lo que le resultaría a Dees explicar a la agencia Hertz la abolladura del guardabarros delantero del Ford.

El sol de la tarde volvió a titilar sobre el cromo mientras Dees rociaba grava por el camino particular que conducía a la carretera. Johnny volvió a sentarse en el sillón y apoyó la frente sobre su mano, esperando que se mitigara el dolor de cabeza.

2.

–¿Qué es lo que te propones hacer? –preguntó el banquero.

Afuera y abajo, el tráfico iba y venía por la bucólica Calle Mayor de Ridgeway, New Hampshire. Sobre los paneles de pino del despacho del banquero, situado en un tercer piso, se alineaban grabados de Frederick Remington y fotos de él en . tertulias locales. Sobre su escritorio descansaba un cubo de plástico en cuyo interior estaban embutidas las fotos de su esposa y su hijo.

–El año próximo presentaré mi candidatura a la Cámara de Representantes –repitió Greg Stillson. Vestía pantalones de color caqui, una camisa azul arremangada, y una corbata negra con una única figura azul estampada. Quién sabe por qué parecía estar fuera de lugar en el despacho del banquero, como si en cualquier momento pudiera levantarse e iniciar una arremetida destructiva, a la ventura, por la habitación, durante la cual volcaría los muebles, arrojaría al suelo los grabados de Remington con sus costosos marcos y arrancaría las cortinas de sus varillas.

El banquero, Charles «Chuck» Gendron, presidente del Club de Leones local, se rió... un poco inseguro. Stillson se las apañaba para conseguir que la gente se sintiera insegura. Tal vez en su juventud había sido enclenque (le gustaba decir que «un viento fuerte me habría arrastrado»), pero al fin habían triunfado los genes de su padre, y allí sentado, en el despacho de Gendron, se parecía mucho a aquél, un rudo obrero de los pozos de petróleo de Oklahoma.

Al oír la risita de Gendron frunció el ceño.

–Quiero decir que tal vez George Harvey tendrá algo que decir al respecto, ¿no te parece, Greg? –George Harvey era no sólo un personaje influyente en la ciudad, sino

también el padrino republicano del tercer distrito.

–George no dirá esta boca es mía –respondió Greg con voz serena. Su cabello estaba salpicado de gris, pero súbitamente su rostro se pareció mucho al del hombre que hacía mucho tiempo había matado a un perro a puntapiés en una granja de Iowa–. George se quedará entre bastidores, pero de mi lado, si es que me entiendes. No le pisaré los callos, porque me presentaré como independiente. No dispongo de veinte años para derrocharlos aprendiendo las técnicas y lamiendo botas.

–¿Bromeas, verdad, Greg? –preguntó Chuck Gendron con voz vacilante.

Greg volvió a fruncir el ceño. Su talante inspiraba miedo.

–Nunca bromeo, Chuck. La gente... cree que bromeo. El Union-Leader y los peleles del Daily Democrat creen que bromeo. Pero vete a ver a George Harvey. Pregúntale a él si bromeo, o si sé hacer las cosas. Tú también deberías saberlo. Al fin y al cabo hemos estado juntos en algunos trapicheos.

El ceño fruncido se metamorfoseó en una sonrisa un poco escalofriante... escalofriante para Gendron, quizá, porque éste se había dejado arrastrar a algunos negocios inmobiliarios de Greg Stillson. Habían ganado dinero, es cierto, claro que sí, no podía quejarse por eso. Pero en la urbanización de Sunningdale Acres (y también en la de Laurel Estates, para ser sinceros) había habido un par de detalles que no habían sido... bueno, estrictamente legales. Un agrimensor sobornado, por ejemplo, pero esto no era lo peor.

En la operación de Laurel Estates un viejo de Back Ridgeway Road no había querido vender su parcela, y en primer lugar las aproximadamente catorce gallinas del viejo habían muerto víctimas de una enfermedad misteriosa y en segundo lugar se había incendiado el almacén de patatas del viejo y en tercer lugar cuando el viejo volvió un fin de semana, no hacía mucho tiempo, de visitar a su hermana que estaba internada en un asilo, en Keene, se había encontrado con la sala y el comedor untados con excrementos de perro, y en cuarto lugar el viejo había vendido y en quinto lugar Laurel Estates era ahora un hecho concreto.

Y, quizás, en sexto lugar: El motociclista facineroso, Sonny Elliman, andaba merodeando nuevamente por la región. Él y Greg eran buenos amigos, y lo único que impedía que esto se convirtiera en la comidilla de la ciudad era el hecho compensatorio de que a Greg se le veía en compañía de muchos flipados, hippies, excéntricos y motociclistas... en razón de que él mismo había fundado el Centro de consulta sobre Drogas, y de que en Ridgeway existía un programa bastante insólito para la rehabilitación de los jóvenes que cometían delitos relacionados con la droga, el alcohol o los códigos de circulación. En lugar de multarlos o encerrarlos, la ciudad utilizaba sus servicios. La idea se le había ocurrido a Greg... y, el banquero era el primero en confesar que había dado en la tecla. Aquél había sido uno de los factores gracias a los cuales Greg se había convertido en alcalde.

Pero esto... era una auténtica locura.

Greg había agregado algo más. Gendron no sabía muy bien qué.

–¿Qué has dicho?

–Te pregunté si te gustaría dirigir mi campaña –repitió Greg.

–Greg... –Gendron carraspeó y empezó de nuevo–. Greg, me parece que no entiendes. Harrison Fisher es el representante del tercer distrito en Washington. Harrison Fisher es republicano, respetado y probablemente eterno.

–Nadie es eterno –sentenció Greg.

–Harrison está muy próximo a serlo –insistió Gendron–. Pregúntaselo a Harvey. Fueron juntos a la escuela. Allá por el 1800, creo.

Greg ignoró ese detalle de humor.

–Diré que he fundado un partido independiente como el que eligió candidato a Theodore Roosevelt... y todos creerán que bromeo... y al fin los buenos ciudadanos del tercer distrito me enviarán a Washington entre risa y risa.

–Estás loco, Greg.

La sonrisa de Greg desapareció como si nunca hubiera existido. Su rostro experimentó una transformación pavorosa. Se inmovilizó y sus ojos se dilataron hasta dejar a la vista gran parte de las escleróticas: Eran los ojos de un caballo que olfatea aguas putrefactas.

–Será mejor que nunca más digas eso, Chuck. Nunca. En ese momento el banquero se sintió más aterrado.

–Te pido disculpas, Greg. Lo que ocurre es que...

–No, será mejor que nunca más digas eso, a menos que quieras que Sonny Elliman te espere una tarde cuando vayas a buscar tu jodido Imperial.

Gendron movió los labios pero no emitió ningún sonido.

Greg volvió a sonreír, y fue como si el sol asomara repentinamente entre unas nubes amenazadoras.

–No importa. No debemos reñir si vamos a trabajar juntos.

–Greg..

–Quiero contar contigo porque conoces a todos los condenados hombres de negocios de esta zona de New Hampshire. Una vez que la operación esté en marcha nos lloverá el dinero, pero pienso que debemos arrancar con buen pie. Es hora de que amplíe un poco mi radio de acción y de que empiece a presentarme no sólo como el hombre de Ridgeway sino también como el hombre del estado. Calculo que cincuenta mil dólares bastarán para aceitar la maquinaria.

El banquero, que había colaborado con Harrison Fisher durante sus cuatro últimas campañas, estaba tan asombrado por la ingenuidad política de Greg que al principio no supo qué argüir. Por fin dijo:

–Greg. Los hombres de negocios no aportan dinero a las campañas por su buen corazón sino porque quieren que el ganador esté en deuda con ellos. En una campaña reñida hacen donaciones a todos los candidatos con probabilidades de triunfo, porque también pueden deducir las contribuciones al perdedor de su declaración de renta. Pero la frase clave es con probabilidades de triunfo. Ahora bien, Fisher es un...

–Caballo perdedor –completó Greg. Sacó un sobre de su bolsillo posterior–. Quiero que mires esto.

Gendron observó dubitativamente el sobre, y después a Greg. Éste lo alentó con un movimiento de cabeza. El banquero abrió el sobre.

Se produjo un largo silencio en el despacho revestido de madera de pino, después del ronco resuello inicial de Gendron. Nada lo turbó, excepto el débil zumbido del reloj digital que descansaba sobre el escritorio del banquero y el chasquido de una cerilla cuando Greg encendió una tagarnina Phillies. Los grabados de Frederick Remington se alineaban sobre las paredes del despacho. Las fotos de familia estaban embutidas en el cubo de plástico. Ahora sobre la mesa estaban esparcidas otras fotos del banquero con la cabeza sepultada entre los muslos de una mujer de cabellera negra... o tal vez roja: eran

fotos brillantes, de grano grueso, en blanco y negro, y resultaba difícil determinar el color del pelo. La cara de la mujer se veía nítidamente. No era la de la esposa del banquero. Algunos residentes de Ridgeway habrían reconocido que se trataba de una de las camareras de la parada de camiones de Bobby Strang, situada dos ciudades más adelante.

Las fotos del banquero con la cabeza metida entre las piernas de la camarera eran las más seguras: se veía nítidamente la cara de ella, pero no la de él. Además había fotos que mostraban a Gendron y la camarera consagrados a múltiples formas de deleite sexual. No se trataba de todas las posiciones del Kama Sutra, pero allí figuraban varias posturas que nunca habían sido incluidas en el capítulo sobre «Relaciones sexuales» del texto de higiene del colegio secundario de Ridgeway.

Gendron levantó la cabeza, muy pálido, con las manos temblorosas. El corazón le galopaba en el pecho. Temía sufrir un ataque cardíaco.

Greg ni siquiera le miraba. Contemplaba por la ventana el tramo azul brillante del cielo de octubre comprendido entre el Ridgeway Five and Ten y el Ridgeway Card and Notion Shoppe.

–Han empezado a soplar los vientos del cambio –comentó, con expresión lejana y preocupada, casi mística. Volvió nuevamente la mirada hacia Gendron–. ¿Sabes qué me dio uno de esos drogadictos del centro de rehabilitación?

Chuch Gendron movió la cabeza, aturdido. Se masajeaba el lado izquierdo del tórax con una de sus manos trémulas... por si acaso. Sus ojos se desviaban constantemente hacia las fotografías. Las fotografías incriminatorias. ¿Qué sucedería si su secretaria entraba en ese mismo momento? Dejó de masajearse el pecho y empezó a reunir las fotos y a meterlas de nuevo en el sobre.

–Me dio el librito rojo del presidente Mao –prosiguió Greg. Una risita retumbó dentro del pecho macizo que antaño había sido tan flaco, parte de un cuerpo que tanto le había disgustado a su idolatrado padre–. Y uno de los proverbios allí reproducidos.... No recuerdo exactamente el, texto, pero era más o menos el siguiente: «Cuando sientas que va a cambiar el viento no construyas un rompevientos sino un molino de viento». Ésa era por lo menos la connotación.

Se inclinó hacia adelante.

–Harrison Fisher ni siquiera es un caballo perdedor. Es un ex. Ford es un ex. Muskie es un ex. Humphrey es un ex. Muchos políticos locales y estatales de este país descubrirán, cuando se despierten al día siguiente de la elección, que están tan muertos como los dinosaurios. Ellos expulsaron a Nixon, y al año siguiente expulsaron a quienes lo habían apoyado durante las audiencias de su juicio político, y el año próximo expulsarán a Jerry Ford por el mismo motivo.

Los ojos de Greg Stillson fulminaron al banquero.

–¿Quieres saber cuál es la onda del futuro? Fíjate en este fulano Longley, de Maine. Los republicanos presentaron un candidato que se llamaba Erwin y los demócratas otro que se llamaba Mitchell y cuando contabilizaron los votos ambos recibieron una gran sorpresa, porque el pueblo había elegido gobernador a un agente de seguros de Lewiston que no quería comprometerse con ninguno de los partidos. Ahora dicen que puede ser incluso un candidato a la presidencia.

Gendron aún no podía articular palabra.

Greg inhaló profundamente.

–Todos van a pensar que bromeo, ¿sabes? Pensaron que Longley bromeaba. Pero no

bromeo. Estoy construyendo molinos de viento. Y tú me suministrarás los materiales.

Se calló. En el despacho reinó el silencio, turbado sólo por el zumbido del reloj. Por fin Gendron susurró:

–¿De dónde sacaste esas fotos? ¿Las tomó Elliman?

–Oh, vamos. No hables de ellas. Olvídate de que existen. Guárdalas.

–¿Y quién conserva los negativos?

–Chuck –dijo Greg seriamente–, no me entiendes. Te estoy ofreciendo el control de Washington. ¡No nos parará nadie, muchacho! Ni siquiera te pido que recaudes todo ese dinero. Como te expliqué, sólo una primera entrega para aceitar la maquinaria. Cuando despeguemos, nos lloverá una fortuna. Bueno, tú conoces a los dueños del capital. Almuerzas con ellos en Caswell House. Juegas al póker con ellos. Les has concedido créditos a bajo interés sin más aval que su palabra. Y sabes cómo apretarles los huevos.

–Greg, tú no entiendes, no...

Greg se puso en pie.

–Del mismo modo que yo sé apretarte los huevos a ti –sentencio.

El banquero alzó la vista hacia él. Sus ojos giraron impotentemente en las órbitas. Parecía una oveja que se había dejado llevar mansamente al matadero.

–Cincuenta mil dólares –añadió–. Consíguelos.

Salió del despacho, y cerró suavemente la puerta a sus espaldas. Gendron oyó su voz tonante incluso a través de las gruesas paredes. Bromeaba con su secretaria. Ésta era un pajarraco de sesenta años, de pecho liso, y probablemente Greg la hacía reír como a una adolescente. Era un bufón. Había ganado la alcaldía de Ridgeway merced a esta característica, combinada con su programa de lucha contra la delincuencia juvenil. Pero el pueblo no elegía bufones para que le representaran en Washington.

Bueno... casi nunca.

Pero eso no era de su incumbencia. Lo que sí resultaba de su incumbencia era el compromiso de recaudar cincuenta mil dólares para la campaña electoral. Su mente empezó a girar alrededor del problema como una rata blanca amaestrada alrededor de un plato con queso. Probablemente lo lograría. Sí, probablemente lo lograría... ¿pero acaso terminaría todo allí?

El sobre blanco aún descansaba sobre el escritorio. Su esposa sonriente le miraba desde el lugar que ocupaba en el cubo de plástico transparente. Levantó el sobre y lo guardó en el bolsillo interior de la americana. Había sido Elliman. Elliman se había enterado, quién podía saber cómo, y había sacado las fotos. Estaba seguro de ello.

Pero había actuado por orden de Stillson.

Quizás ese hombre no era un bufón como él pensaba, después de todo. Su análisis del clima político de 1975–1976 no era totalmente necio. Construir molinos de viento en lugar de rompevientos... no nos parará nadie.

Pero eso no era de su incumbencia.

Los cincuenta mil dólares lo eran.

Chuck Gendion, presidente del Club de Leones y buen camarada a toda hora (el año anterior había montado en una de esas pequeñas motocicletas extravagantes durante el desfile del Día de la Independencia, en Ridgeway), sacó un bloc de papel amarillo del cajón superior de su escritorio y empezó a garabatear una lista de nombres. La rata amaestrada cumplía con su deber.

Y allí abajo, en la calle, Greg Stillson levantó la cara en dirección al sol radiante de

otoño y se felicitó por un trabajo bien hecho... o bien comenzado.

Capítulo 15

1.

Más tarde, Johnny supuso que la razón por la cual al fin había terminado haciendo el amor con Sarah –casi exactamente cinco años después del episodio de la feria– tuvo mucho que ver con la visita de Richard Dees, el periodista de Inside View. Si terminó por claudicar y por telefonear a Sarah e invitarla a su casa fue poco más que por una ansiosa necesidad de recibir a alguien agradable y de quitarse el mal sabor de la boca. O por lo menos eso se dijo.

Le telefoneó a Kennebunk y habló con la ex compañera de habitación, quien le informó que Sarah le atendería enseguida. El auricular golpeó contra un objeto duro y se produjo una pausa durante la cual él contempló (pero no muy seriamente) la posibilidad de colgar y romper definitivamente la relación.

Entonces oyó la voz de Sarah.

–Johnny? ¿Eres tú?

–El mismo.

–¿Cómo estás?

–Bien. ¿Y tú?

–Yo también –respondió ella–. Me alegra que hayas llamado. No... no sabía si lo harías.

–¿Sigues aspirando esa abyecta cocaína?

–No, ahora me dedico a la heroína.

–¿Tu hijo está contigo? '

–Claro que sí. No voy a ninguna parte sin él.

–¿Bueno, por qué no venís los dos un día, antes de volver al Norte?

–Eso sí que me gustaría, Johnny –contestó Sarah cálidamente.

–Papá trabaja en Westbrook y yo soy el cocinero mayor y lavacopas. Vuelve a casa alrededor de las cuatro y media y comemos alrededor de las cinco y media. Serás bienvenida a cenar con nosotros, pero te advierto que los spaghettis francoamericanos son la base de todos mis mejores platos.

Sarah soltó una risita.

–Acepto la invitación. ¿Qué día es el mejor?

–¿Qué te parece mañana o pasado, Sarah?

–Mañana está bien –asintió ella, después de una muy fugaz vacilación–. Hasta entonces.

–Cuídate, Sarah.

–Tú también.

Colgó pensativamente, y se sintió al mismo tiempo excitado y culpable... sin una buena razón para ello. Pero la mente deambula por donde se le antoja, ¿verdad? Y en ese momento su mente deseaba examinar posibilidades que quizás habría sido mejor excluir.

Bueno, ella sabe lo que necesita saber. Sabe a qué hora llega papá a casa... ¿qué más le hace falta?

Y su mente se contestó a sí misma: ¿Qué harás si se presenta a mediodía?

Nada, respondió él, y en realidad no lo creyó. El solo hecho de pensar en Sarah, en la configuración de sus labios, en la ligera oblicuidad de sus ojos verdes... todo esto bastaba para hacerle sentir débil y sentimental y un poco desesperado.

Johnny fue a la cocina y empezó a preparar lentamente la cena de esa noche, que no era tan importante, sólo para dos. Compartida entre padre e hijo. No había estado tan mal. Seguía convaleciendo. Él y su padre habían conversado acerca de los cuatro años y medio que él había perdido, acerca de su madre... contorneando escrupulosamente el tema pero siempre un poco más cerca del núcleo, en una espiral que se comprimía poco a poco. No era necesario entender, quizá, pero sí habituarse. No, no había estado tan mal. Era una forma de terminar de acomodar las cosas. Para ambos. Pero eso terminaría en enero cuando él volviera a ocupar su puesto de profesor en Cleaves Mills. La semana anterior Dave Pelsen le había enviado el contrato, y él lo había firmado y se lo había devuelto. ¿Qué haría su padre entonces? Seguiría viviendo, suponía Johnny. La gente encontraba la forma de apañarse, ciñéndose a la rutina, abriéndose paso sin ningún dramatismo, sin redobles sonoros. El iría a visitar a Herb con la mayor frecuencia posible, todos los fines de semana, si eso parecía lo más correcto. Eran tantas las cosas a las que se había desacostumbrado tan deprisa que sólo podía avanzar lentamente a tientas, palpando el entorno como un ciego en una habitación desconocida.

Metió un trozo de carne en el horno, volvió a la sala, encendió la TV y después la apagó nuevamente. Se sentó y pensó en Sarah. El crio, reflexionó. El crío nos vigilará si llega temprano. De modo que al fin y al cabo no había peligro. Todos los riesgos estaban cubiertos.

Pero siguió urdiendo largas y turbadas especulaciones.

2.

Llegó al día siguiente a las doce y cuarto, y entró en el camino particular pilotando un pequeño y manejable Pinto rojo. Lo estacionó y se apeó, alta y bella, con la cabellera rubia oscura agitada por el suave viento de octubre.

–¡Hola, Johnny! ;,.–exclamó, mientras alzaba la mano.

–¡Sarah! –El salió a su encuentro. Sarah levantó la cara y él la besó ligeramente en la mejilla.

–Déjame bajar al emperador –dijo ella, abriendo la portezuela del lado del pasajero.

–¿Puedo ayudar?

–No, nosotros dos nos entendemos muy bien, ¿verdad, Denny? Vamos, pequeñín. –Con movimientos diestros, desabrochó las tiras que sujetaban a un crío regordete contra el asiento. Lo sacó en brazos. Denny escudriñó el patio con una expresión de solemne y desmedido interés, y entonces sus ojos se fijaron en Johnny y no se apartaron de él. Sonrió.

–¡Gande! –exclamó Denny, y agitó ambas manos.

–Creo que quiere estar contigo –comentó Sarah–. Es insólito. Denny ha heredado las propensiones republicanas de su padre... es un poco retraído. ¿Quieres alzarle?

–Claro que sí –respondió Johnny, con tono un poco dubitativo.

Sarah sonrió.

–No se romperá y tú no le dejarás caer –afirmó, y le entregó a Denny–. Y si se cayera, probablemente botaría como una pelota. Es un crío espantosamente gordo.

–¡Bum bum! –exclamó Denny, mientras rodeaba displicentemente el cuello de Johnny

con un brazo y miraba plácidamente a su madre.

–Es realmente asombroso –insistió Sarah–. Nunca se adapta a la gente como... ¡Johnny! ¡Johnny!

Cuando el crío rodeó el cuello de Johnny con el brazo, una confusa avalancha de sensaciones se había precipitado sobre él como una ducha de agua tibia. Nada oscuro, nada inquietante. Todo era muy sencillo. En los pensamientos del niño no existía ningún concepto de futuro. Ningún sentimiento de preocupación. Ningún rastro de desdicha pasada. Y nada de palabras, sólo imágenes vívidas: calor, sequedad, la madre, ese hombre que era él.

–Johnny. –ella le miraba aprensivamente– ¿Hummmm? ¿Todo bien?

Me pregunta por Denny, comprendió él. ¿Todo marcha bien en relación con Denny? ¿Ves contratiempos? ¿Problemas?

–Todo bien –asintió él–. Podemos entrar, si quieres, pero generalmente cocino en el porche. Muy pronto ya me sobrará tiempo para pasar el día agachado junto al hornillo.

–En el porche estaremos estupendamente. Y me parece que a Denny le gustaría corretear por el patio. Hermoso patio, es lo que dice. ¿No es cierto, pequeño? –le alborotó el pelo y Denny se rió–. ¿No le pasará nada?

–No, mientras no intente comerse una astilla. He estado partiendo leña –explicó Johnny, mientras bajaba a Denny con tantas precauciones como si se tratara de un jarrón de porcelana Ming–. Es un buen ejercicio.

–¿Cómo estás? ¿Físicamente, quiero decir?

Johnny recordó el empellón que le había dado a Richard, Dees pocos días atrás.

–Creo que estoy tan bien como se podía esperar.

–Me alegro. La última vez que te vi, te noté un poco desanimado.

Johnny hizo un ademán afirmativo.

–Las operaciones.

–¿Johnny?

Él la miró, y volvió a experimentar esa extraña mezcla de incertidumbre, remordimiento y algo parecido a la expectación en sus vísceras. Los ojos de ella lo miraban a la cara, franca y abiertamente.

–¿Sí?

–¿Recuerdas... lo que me dijiste acerca de la sortija de boda?

Él asintió con un movimiento de cabeza.

–Estaba allí. Donde dijiste que estaría. La tiré.

–¿De veras? –Johnny no estaba totalmente sorprendido.

–La tiré y nunca le mencioné el hecho a Walt. –movió la cabeza–. Y no sé por qué. Me preocupa desde entonces.

–No hay ninguna razón para ello.

Estaban en la escalera, cara a cara. Las mejillas de Sarah se habían teñido de rubor, pero no bajó la vista.

–Hay algo que me gustaría completar –dictaminó sencillamente–. Algo que nunca tuvimos oportunidad de concluir.

–Sarah... –empezó a contestar él, y se calló. No sabía ni remotamente qué decir a continuación. Más abajo, Denny avanzó seis pasos, bamboleándose, y después se sentó bruscamente. Gritó, pero sin turbarse.

–Sí –prosiguió ella–. No sé si es correcto o no. Amo a Walt. Es un buen hombre, y

resulta fácil amarle. Quizá para lo único que sirvo es para distinguir un hombre bueno de un hombre malo. Dan, el tipo con el que salía en mis tiempos de estudiante, era uno de los malos. Tú me acostumbraste a los buenos. Sin ti, nunca habría sabido apreciar las cualidades de Walt.

–Sarah, no es necesario que...

–Debo hacerlo –refutó ella., Su tono era bajo y vehemente–. Porque estas cosas sólo se pueden decir una vez. Y tanto si te explicas bien como si te explicas mal, ahí termina todo, porque es demasiado difícil tratar de repetirlo– le miró con expresión suplicante–. ¿Me entiendes?

–Sí, supongo que sí.

Te amo, Johnny –murmuró–. Nunca dejé de amarte. He tratado de convencerme de que fue la mano de Dios la que nos separó. No lo sé. ¿Una salchicha en mal estado es la mano de Dios? ¿O dos chicos que corren carreras en auto por una carretera secundaria en medio de la noche? Lo único que deseo... –su voz había asumido un peculiar énfasis monótono que parecía machacar la fresca tarde de octubre así como el martillito de un artesano machaca una lámina de metal delgada y preciosa–. Lo único que deseo es recuperar lo que nos arrebataron– su voz vaciló. Bajó la mirada–. Y lo deseo de todo corazón, Johnny. ¿Y tú?

–Sí –respondió él. Tendió los brazos y se desconcertó cuando ella meneó la cabeza y se apartó.

–Delante de Denny no –dijo–. Es una tontería, tal vez, pero eso se parecería demasiado a una infidelidad pública. Lo quiero todo, Johnny –volvió a sonrojarse, y ese delicioso rubor empezó a estimular la excitación de él–. Quiero que me abraces y me beses y me hagas el amor –añadió. Su voz vaciló nuevamente, y estuvo a punto de quebrarse–. Creo que eso está mal, pero no puedo evitarlo. Está mal pero está bien. Es justo.

Él estiró un dedo y le enjugó la lágrima que rodaba lentamente por su mejilla.

–Y sólo será esta vez, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

–Con una vez tendremos que saldarlo todo. Todo lo que habría sido, si las cosas no hubieran salido mal –Sarah levantó la vista, con sus ojos verdes más refulgentes que nunca, anegados por las lágrimas–. ¿Podremos saldarlo todo con una sola vez, Johnny?

–No –respondió él, sonriendo–. Pero sí podemos intentarlo, Sarah.

Ella miró cariñosamente a Denny, que trataba de escalar el tajo sin mucho éxito.

–Se dormirá –dijo ella.

3.

Se quedaron sentados en el porche, mirando cómo Denny jugaba en el patio bajo el cielo azul. No tenían prisa, no estaban impacientes, pero ambos sentían una creciente carga eléctrica. Sarah había abierto su abrigo y estaba sentada en la mecedora con un vestido de lana azul, con los tobillos cruzados, con el cabello flotando negligentemente sobre los hombros allí donde lo había volcado el viento. Su rubor no se había borrado. Y unas nubes blancas, altas, cruzaban el cielo de Oeste a Este.

Hablaban de temas intrascendentes... no tenían prisa. Por primera vez desde que había salido del coma. Johnny sentía que el tiempo no era su enemigo. El tiempo les había suministrado ese pequeño remanso a cambio del caudal mayor del que habían sido despojados, y el remanso seguiría allí mientras lo necesitaran. Conversaron acerca de los

conocidos que se habían casado, de una chica de Cleaves Mills que había ganado una beca, del gobernador independiente de Maine.

–Míralw –dijo Sarah, señalando a Denny con un movimiento de cabeza.

Estaba sentado en el césped, junto al enrejado de la hiedra de Vera Smith, con el pulgar en la boca, y lrs contemplaba con expresión somnolienta.

Sarah extrajo su cunita de viaje del asiento posterior del Pinto.

–¿Estará bien en el porche? –le preguntó a Johnny–. La temperatura es muy apacible. Me gustaría que duerma la siesta respirando aire fresco.

–Estará bien en el porche –asintió Johnny.

Sarah depositó la cuna a la sombra, le acostó en ella y le cubrió hasta el, mentón con dos mantas.

–Duerme, pequeño –murmuró Sarah.

Denny le sonrió y cerró enseguida los ojos.

–¿Es tan sencillo? –inquirió Johnny.

–Lo es –contestó ella. Se acercó más a Johnny y le echó los brazos al cuello. Él oyó claramente el débil susurro de su combinación debajo del vestido–. Me gustaría que me besaras –agregó ella serenamente–. He esperado cinco años para que vuelvas a besarme, Johnny.

Johnny le rodeó la cintura con los brazos y la besó suavemente. Los labios de ella se entreabrieron.

–Oh, Johnny –exclamó Sarah contra su cuello–. Te amo.

–Yo también te amo, Sarah.

–¿A dónde iremos? –preguntó Sarah, apartándose de él.

Ahora sus ojos estaban despejados y oscuros como esmeraldas–. ¿A dónde?

4.

Johnny desplegó la desteñida manta del ejército, vieja pero limpia, sobre la paja del segundo piso del granero. El aroma era fragante y dulce. Desde mucho más arriba llegó el misterioso piar y aleteo de las golondrinas, que luego volvieron a apaciguarse. Había una pequeña ventana polvorienta desde donde se veían la casa y el porche. Sarah limpió un tramo de cristal y miró a Denny.

–¿Te encuentras bien? –preguntó Johnny.

–Sí. Es mejor aquí que en la casa. Eso habría sido como... –se encogió de hombros.

–¿Cómo hacer cómplice a mi padre? Sí. Esto debe quedar entre nosotros dos. Es cosa nuestra.

–Es cosa nuestra –confirmó Sarah. Se tumbó boca abajo, con la cara vuelta de costado sobre la manta desteñida y con las piernas dobladas a la altura de la rodilla. Se quitó los zapatos con los pies, uno tras otro–. Baja la cremallera, Johnny.

Se hincó junto a ella y tiró la cremallera hacia abajo. El ruido pareció estridente en medio del silencio. Su espalda tenía el color del café con leche contra la blancura de la combinación. La besó entre los omóplatos y ella tiritó.

–Sarah –murmuró él.

–¿Qué?

–Debo confesarte algo.

–¿Qué?

–El médico se equivocó durante una de las operaciones y me castró.

Ella le pegó un puñetazo en el hombro.

–El mismo Johnny de siempre –exclamó Sarah–. Y tenías un amigo que se rompió el cuello en el látigo de la Feria de Topsham.

–Claro que sí.

La mano de ella le acarició como una seda, deslizándose de arriba abajo.

–No me parece que te hayan hecho algo definitivo –comentó Sarah. Sus ojos luminosos buscaron los de él–. De ninguna manera. ¿Quieres que investiguemos?

Se olía la dulce fragancia del heno. El tiempo se devanaba. Se sentía la áspera textura de la manta militar, la suave textura de la piel, la desnuda realidad de ella. Penetrarla era como sumergirse en un viejo sueño que nunca había sido olvidado por completo.

–Oh, Johnny, amor mío...

La voz de ella sonaba cada vez más excitada. Sus caderas se movían con una cadencia acelerada. Su voz se alejaba. El contacto de su cabello le quemaba el hombro y el pecho. Hundió profundamente la cara en el pelo, extraviándose en esas tinieblas rubio oscuras.

El tiempo que se devanaba en el dulce aroma del heno. La textura áspera de la manta. El ruido del antiguo granero que crujía ligeramente, como un barco, bajo el soplo del viento de octubre. Por las rendijas del techo se filtraba una tenue luz blanca, que atrapaba motas de paja en medio centenar de rayos muy finos. Motas de paja que danzaban y giraban.

Sarah lanzó un grito. En determinado momento gritó el nombre de él, una vez, y otra, y otra, como si fuera una salmodia. Sus dedos se clavaron en él como espuelas. Jinete y cabalgadura. Un vino añejo por fin decantado, de una buena cosecha.

Más tarde se sentaron junto a la ventana, mirando el patio. Sarah se puso el vestido sobre la piel desnuda y le dejó por un momento. Él se quedó sólo, sin pensar, conforme con verla reaparecer en la ventana, más pequeña, y atravesar el patio en dirección al porche. Se inclinó sobre la cuna y estiró nuevamente las mantas. Volvió, y el viento le hizo flamear los cabellos a sus espaldas, y le tironeó, juguetón, del ruedo del vestido.

–Dormirá una media hora más –anunció.

–¿De veras? –Johnny sonrió–. Quizás yo también.

Ella le deslizó los dedos descalzos de los pies sobre el abdomen.

–No te lo aconsejo.

De nuevo, y esta vez ella se colocó arriba, casi en una actitud de plegaria, con la cabeza inclinada, con el cabello meciéndose hacia adelante y ocultándole el rostro. Y entonces terminaron.

5.

–Sarah...

–No, Johnny. Será mejor que no lo digas. Ha llegado la hora.

–Iba a decir que eres hermosa.

–¿Lo soy?

–Sí –murmuró él suavemente–. Querida Sarah.

–¿Hemos saldado todo? –le preguntó. Johnny sonrió.

–Hicimos todo lo posible.

6.

Herb no pareció sorprenderse de encontrar a Sarah allí cuando volvió de Westbrook.

Le dio la bienvenida, hizo grandes elogios del niño y después le reprochó que no lo hubiera traído antes.

–Tiene tu color y tu. tez –comentó Herb–. Y creo que tendrá tus ojos, cuando se estabilicen.

–Si por lo menos tuviera el cerebro de su padre –respondió Sarah. Se había puesto un delantal sobre el vestido azul de lana. Fuera, el sol estaba declinando. Dentro de pocos minutos oscurecería.

–Teóricamente el encargado de cocinar es Johnny –afirmó Herb.

–No pude impedirlo. Me encañonó con un revólver.

–Bueno, quizá saldremos ganando –dijo Herb–. Todos sus guisos saben a spaghettis francoamericanos.

Johnny le amagó con una revista y Denny rió, con una risa aguda, penetrante, que pareció poblar la casa.

¿Lo sabrá?, se preguntó Johnny. Me siento como si lo tuviera escrito en la cara. Entonces se le ocurrió una idea pasmosa mientras miraba cómo su padre hurgaba en el armario de la entrada, buscando los viejos juguetes de Johnny. Nunca había permitido que Vera se desprendiese de ellos. Quizá lo comprende.

Cenaron. Herb le preguntó a Sarah qué hacía Walt en Washington y ella les habló de la conferencia a la que asistía, y que giraba en torno de las reclamaciones territoriales de los indios. Las asambleas republicanas eran sobre todo competencias de oratoria, acotó.

–La mayoría de las personas con las que se va a reunir piensan que si el año próximo el candidato es Reagan y no Ford, morirá el partido –explicó Sarah–. Y si muriera el Partido Republicano, Walt no podrá aspirar en 1978 al escaño de Bill Cohen cuando éste dispute el puesto que ocupa Bill Hathaway en el Senado.

Herb miraba cómo Denny comía judías, seriamente, de una en una, utilizando sus seis dientes para masticarlas.

–No creo que Cohen pueda esperar hasta 1978 para ir al Senado. Se enfrentará a Muskie el año próximo.

–Walt dice que Bill Cohen no es tan tonto –respondió Sarah–. Esperará. Walt afirma que se aproxima su oportunidad, y estoy empezando a creerle.

Después de cenar se sentaron en la sala, y la conversación se apartó de la política. Miraron cómo Denny jugaba con los viejos autos y camiones de madera que un Herb Smith mucho más joven había confeccionado para su propio hijo hacía más de un cuarto de siglo. Un Herb Smith más joven que estaba casado con una mujer tenaz, jovial, que de vez en cuando bebía una botella de cerveza Black Label por la noche. Un hombre que no tenía hebras grises en el cabello y que alimentaba grandes esperanzas para su hijo.

Comprende, pensó Johnny, mientras sorbía su café. Sepa o no qué es lo que sucedió entre Sarah y yo esta tarde, sospeche o no lo que pudo haber ocurrido, comprende la deslealtad que se oculta detrás de todo esto. Es imposible cambiarla o rectificarla, y lo más que podemos pretender es avenirnos a ella. Esta tarde Sarah y yo consumamos un matrimonio que nunca existió. Y esta noche él juega con su nieto.

Pensó en la Rueda de la Fortuna, que perdía velocidad, que se detenía.

Gana la banca. Todos pierden.

La congoja pugnaba por infiltrarse, con su lúgubre sensación de irreversibilidad, y él la apartó. Ese no era el momento oportuno; él no permitiría que lo fuera.

A las ocho y media Denny empezó a ponerse irritado y Sarah dijo:

–Es hora de que nos vayamos. Él podrá tomar su biberón en el trayecto a Kennebunk. A unos cinco kilómetros de aquí se habrá dormido. Gracias por la hospitalidad. –Sus ojos, verdes rutilantes, se cruzaron por un momento con los de Johnny.

–El placer ha sido nuestro –respondió Herb, levantándose–. ¿No es cierto, Johnny?

–Es cierto –afirmó él–. Deja que yo lleve la cuna, Sarah.

En la puerta, Herb besó la cabecita de Denny (y Denny cogió la nariz de Herb en su manecita regordeta y la estrujó con fuerza suficiente para hacerle lagrimear) y besó la mejilla de Sarah.

Johnny transportó la cuna hasta el Pinto rojo y Sarah le entregó las llaves para que pudiera colocar todo atrás.

Cuando él hubo terminado, Sarah estaba junto a la portezuela que correspondía al conductor, mirándole. –Fue lo mejor que pudimos hacer –dictaminó ella, y sonrió un poco. Pero el brillo de sus ojos le reveló a Johnny que estaba nuevamente al borde del llanto.

–No estuvo nada mal –corroboró Johnny.

–¿Nos mantendremos en contacto?

–No lo sé, Sarah. ¿Qué te parece?

–Nó, supongo que no. Sería demasiado fácil, ¿verdad?

–Sí, en efecto.

Sarah se acercó y se estiró para besarle la mejilla. El olió su cabello, limpio y fragante.

–Cuídate –susurró Sarah–. Pensaré en ti.

–Pórtate bien, Sarah –dijo él, y le tocó la nariz.

Entonces ella se volvió y se sentó al volante. Una joven matrona elegante con un marido en ascenso. Dudo mucho que el año próximo tengan un Pinto, pensó Johnny.

Se encendieron las luces y el motorcito de máquina de coser se puso en marcha. Sarah lo saludó con la mano en alto y después arrancó. Johnny se quedó junto al tajo, con las manos en los bolsillos, y la siguió con la mirada. Algo parecía haberse cerrado en su corazón. No era una sensación grave. Esto era lo peor... que no fuese una sensación grave.

Esperó que las luces de posición se perdieran de vista y entonces subió la escalera del porche y entró en la casa. Su padre se hallaba sentado en la poltrona de la sala. El televisor estaba apagado. Los pocos juguetes que había encontrado en el armario estaban esparcidos sobre la alfombra, y tenía la mirada fija en ellos.

–Fue un placer ver a Sarah –comentó Herb–. ¿Tú y ella... –se produjo una vacilación fugaz, casi imperceptible–, lo pasasteis bien?

–Sí –respondió Johnny.

–¿Volverá?

–No, no lo creo.

Él y su padre se miraban.

–Bueno, quizás eso sea lo mejor –sentenció Herb finalmente.

–Sí. Quizás.

–Estos fueron tus juguetes –añadió Herb, arrodillándose para recogerlos–. Le di algunos a Lottie Gedreau cuando tuvo mellizos, pero sabía que habían quedado otros. Reservé unos pocos.

Volvió a guardarlos en la caja uno por uno, haciéndolos girar entre las manos, examinándolos. Un coche de carreras. Una niveladora. Un coche patrulla. Un pequeño

camión equipado con una grúa y una escalera con la mayor parte de la pintura roja desgastada allí donde la había cogido una mano infantil. Los llevó al armario de la entrada y los guardó.

Johnny no volvió a ver a Sarah Hazlett hasta después de tres años.

Capítulo 16

1.

Ese año empezó a nevar antes que de costumbre. El 7 de noviembre había una capa de quince centímetros de espesor en el suelo, y Johnny se habituó a calzarse un par de viejas botas de goma verde y a ponerse su antiguo anorak para ir hasta el buzón. Dos semanas atrás Dave Pelsen le. había enviado por correo un paquete con los textos que usaría en enero, y Johnny ya había empezado a planear sus clases. Estaba ansioso por volver a la escuela. Dave también le había reservado un apartamento en Howland Street, en Cleaves. Howland Street número 24. Johnny tenía anotada la dirección en una hojita de papel que llevaba en la billetera, porque el nombre de la calle y el número se le borraban en la memoria de una manera irritante.

Ese día el cielo estaba gris y encapotado, y la temperatura oscilaba por debajo de los ocho grados bajo cero. Mientras Johnny caminaba por el camino particular empezaron a flotar los primeros copos de nieve. Como estaba solo, no se sintió excesivamente ridículo cuando estiró la lengua y trató de atrapar un copo. Casi no cojeaba y se sentía bien. Hacía dos semanas o más que no le dolía la cabeza.

La correspondencia consistía en una circular publicitaria, un Newsweek y un pequeño sobre de papel ocre dirigido a John Smith, sin datos de remitente. Johnny lo abrió en el trayecto de regreso y guardó el resto de la correspondencia en el bolsillo trasero. Extrajo una hoja solitaria de papel impreso, vio las palabras Inside View en la parte superior, y se detuvo a mitad de camino.

Era la página tres del número de la semana anterior. El artículo principal consistía en una denuncia sobre el apuesto segundón de un espectáculo policiaco de TV. El segundón había sido expulsado dos veces de la escuela secundaria (hacía doce años) y había sido arrestado por posesión de cocaína (hacía seis años). Noticia bomba para el ama de casa norteamericana. También había una dieta a base de cereales, una foto muy bonita de un bebé y un artículo sobre una niña de nueve años que se había curado milagrosamente de su parálisis cerebral en Lourdes (MÉDICOS ATÓNITOS, proclamaba jubilosamente el titular). Un círculo rodeaba otro artículo situado casi al pie de la página. «VIDENTE» DE MAINE CONFIESA SU SUPERCHERÍA, decía el titular. La nota no estaba firmada.

La política del Inside View siempre ha consistido, no sólo en dedicar el mayor espacio posible a los' videntes que la prensa llamada de «circulación nacional» relega al olvido, sino también en desenmascarar a los timadores y charlatanes por cuya culpa los auténticos fenómenos parapsicológicos no han tenido la aceptación merecida.

Uno de estos timadores le confesó recientemente su superchería a una fuente de Inside View. Este presunto «vidente», John Smith de Pownal, Maine, le confesó a nuestra fuente que «todo fue un ardid para pagar las facturas del hospital. Si pudiera sacar un libro de esto, tal vez ganaría lo suficiente para saldar mis deudas y para retirarme, por añadidura, durante un par de años», afirmó Smith sonriendo. «Últimamente la gente lo cree todo...

¿y por qué yo no habría de sacarle el jugo?»

Gracias a Inside View, que siempre les ha advertido a sus lectores que hay dos falsos videntes por cada uno de los auténticos, John Smith no podrá sacarle el jugo a nadie. Y reiteramos nuestra oferta de 1.000 dólares para cualquier lector que consiga probar que un vidente de renombre nacional es un impostor.

¡Cuidado, timadores y charlatanes!

Johnny leyó el artículo dos veces mientras la nieve empezaba a caer más copiosamente. Una sonrisa desganada le iluminó las facciones. Aparentemente, a la prensa siempre alerta no le gustaba que un paleto la arrojara de su porche, pensó. Volvió a meter la hoja en el sobre y lo guardó todo en el bolsillo posterior, junto con el resto de la correspondencia.

–Dees –exclamó en voz alta ojalá todavía conserves el hematoma.

2.

A su padre no le hizo tanta gracia. Herb leyó el recorte y luego lo descargó indignado sobre la mesa de la cocina.

–Deberías querellarte contra ese hijo de puta. Esto no es más que una difamación, Johnny. Una calumnia deliberada.

–Estoy totalmente de acuerdo –asintió Johnny. Afuera había oscurecido. La nevada silenciosa de la tarde se había trocado en la ventisca nocturna de comienzos de invierno. El viento aullaba y silbaba en los aleros. El camino particular había desaparecido bajo los montículos de nieve que se desplazaban como dunas–. Pero no había testigos cuando conversamos, y Dees lo sabe muy bien. Es su palabra contra la mía.

–Ni siquiera tuvo pelotas para firmar el embuste –comentó Herb–. Mira esto: «una fuente de Inside View». ¿De qué fuente se trata? Lo que te digo es que debes obligarle a dar nombres.

–Oh, eso no es posible –respondió Johnny, sonriendo–. Sería como acercarse al tipo más fiero de la manzana con la leyenda PATÉAME DURO escrita en la entrepierna. Entonces lo convertirían en una guerra santa, con titulares de primera plana y todo lo demás. No, gracias. Por lo que a mi respecta, me han hecho un favor. No quiero ganarme la vida revelándole a la gente dónde escondió el abuelo sus acciones, o quien ganará la cuarta en los Scarborough Downs. O tomemos por ejemplo la lotería. –Una de las cosas que más habían sorprendido a Johnny al salir de su coma había sido descubrir que Maine y más o menos otros doce estados habían implantado una lotería legal–. El mes pasado recibí dieciséis cartas de personas que querían saber cuál sería el número ganador. Es demencial. Si pudiera decírselo, cosa que no puedo hacer, ¿de qué les serviría? En la lotería de Maine tú no eliges el número: debes conformarte con el que te dan. Pero sigo recibiendo cartas.

–No veo qué relación tiene lo que dices con este artículo.

–Si piensan que soy un farsante, tal vez me dejarán en paz.

–Oh –murmuró Herb–. Sí, ya entiendo –encendió su pipa–. Nunca te has sentido muy cómodo con esa facultad, ¿no es cierto?

–No –respondió Johnny–. Tampoco hablamos mucho del tema, lo cual es hasta cierto punto un alivio. Parece ser lo único de lo cual la gente quiera hablar.

Y no se trataba sólo de que quisieran hablar. Esto no le habría molestado demasiado. Pero cuando iba al Slocum's Store a comprar una caja de seis botes de cerveza o un pan,

la dependienta procuraba coger el dinero sin tocarle la mano, y la expresión asustada y huidiza de sus ojos era inconfundible. Los amigos de su padre le saludaban con un ademán en lugar de estrecharle la mano. En octubre, Herb había empleado a una chica de la escuela secundaria para que fuera una vez por semana a quitar el polvo y pasar el aspirador por los pisos. Después de tres semanas había desertado sin dar ninguna explicación: probablemente alguna condiscípula le había informado para quién estaba trabajando. Por cada persona que estaba ansiosa por dejarse tocar, por pedir información, por entrar en contacto con el talento peculiar de Johnny, había otra que reaccionaba como si fuera una especie de leproso. En circunstancias como ésa, recordaba a las enfermeras que se habían quedado mirándole el día en que le había informado a Eileen Magown que se le quemaba la casa, escudriñándole como cuervos posados en un hilo telefónico. Recordaba cómo el reportero de TV se había apartado de él tras la inesperada conclusión de la rueda de prensa, aprobando cuanto decía pero sin dejarse tocar. Lo uno era tan morboso como lo otro.

–No, no hablamos del tema –asintió Herb–. Supongo que me hace pensar en tu madre. Estaba tan segura de que el... el lo-que-sea te había sido concedido por algún motivo. A veces me pregunto si no tenía razón.

Johnny se encogió de hombros.

–Lo único que deseo es vivir normalmente. Quiero sepultar esta maldita complicación. Y si este suelto me ayuda a lograrlo, tanto mejor.

–Pero aún puedes hacerlo, ¿verdad? –preguntó Herb.

Miraba fijamente a su hijo.

Johnny pensó en una noche, de la que apenas había transcurrido una semana. Habían ido a cenar fuera, algo poco común, con su presupuesto ajustado. Eligieron el Cole's Farm, en Gray, probablemente el mejor restaurante de la comarca, que estaba siempre atestado. La noche era fría y el comedor estaba animado y cálido. Johnny llevó el abrigo de su padre y el suyo propio al guardarropas, y mientras manipulaba los abrigos colgados, en busca de dos perchas libres, una multitud de impresiones nítidas desfilaron por su mente. A veces era así, y en otras oportunidades podría, haber palpado cada prenda durante veinte minutos sin sacar nada en limpio. Allí estaba el abrigo con cuello de piel de una señora. Ésta se hallaba liada con uno de los amigos con los que su marido jugaba al póker, y tenía pánico, pero no sabía cómo poner punto final a la relación. Una chaqueta de dril, de hombre, con forro de piel. El tipo también estaba preocupado... por su hermano, que la semana anterior había sufrido un accidente grave en una obra en construcción. El anorak de un crío: su abuela de Durham le había regalado una radio de transistores ese mismo día y estaba furioso porque su padre no había permitido que la llevara consigo al comedor. Y otro abrigo, sencillo, negro, le produjo un escalofrío de terror y le quitó el apetito. Su propietario estaba enloqueciendo. Hasta ese momento había guardado las apariencias –ni siquiera su esposa sospechaba– pero una serie de fantasías, cada vez más paranoides, estaba oscureciendo lentamente su visión del mundo. Tocar ese abrigo fue como tocar un nudo convulsionado de serpientes.

–Sí, aún puedo hacerlo –respondió Johnny lacónicamente–. Ojalá no fuera así.

–¿Lo dices en serio?

Johnny recordó el abrigo sencillo, negro. Sólo había picoteado su cena, mirando en una y otra dirección, tratando de identificar al hombre entre la concurrencia, sin conseguirlo.

–Sí –contestó–. Lo digo en serio.

–Entonces será mejor olvidarlo –manifestó Herb, y le palmeó el hombro a su hijo.

3.

Y durante más o menos un mes pareció que podría olvidarlo.

Johnny viajó en auto al. Norte para asistir a una reunión de profesores del segundo semestre en la escuela secundaria y para trasportar un cargamento de artículos personales a su nuevo apartamento, que resultó ser pequeño pero habitable.

Fue en el coche de su padre, y cuando se disponía a partir Herb le preguntó:

–¿No estás nervioso? ¿Por el hecho de conducir?

Johnny meneó la cabeza. Ahora el recuerdo del accidente en sí apenas le inquietaba. Si algo tenía que ocurrirle, pues le ocurriría. Y confiaba íntimamente en el hecho de que el rayo no caería dos veces en el mismo lugar. Sospechaba que cuando muriese no sería en un accidente de automóvil.

En verdad, el largo viaje fue tranquilo y sedante, y la reunión se pareció un poco a los festejos del reencuentro familiar. Todos los antiguos colegas que seguían como profesores en la escuela se acercaron para desearle lo mejor. Pero no pudo dejar de notar que fueron muy pocos los que le estrecharon realmente la mano, e intuyó una cierta circunspección, un recelo en sus miradas. Durante el viaje a casa se convenció de que probablemente aquello había sido producto de su imaginación. Y si no... bueno, incluso eso tenía una faceta divertida. Si habían leído el ejemplar de Inside View, debían de saber que era un impostor y que no había nada que temer.

Una vez concluida la reunión no le quedó otra alternativa que volver a Pownal y esperar que llegaran y pasaran las festividades navideñas. Dejó de recibir paquetes con objetos personales, casi como si alguien hubiera accionado un interruptor. El poder de la prensa, le dijo Johnny a su padre. Los reemplazó un breve contingente de cartas y tarjetas coléricas –y generalmente anónimas– de gentes que parecían sentirse personalmente defraudadas.

«Debería arder en el I!N!F!I!E!R!N!o! por su diabólico plan para esquilmar a la República Americana», decía una carta típica. Había sido escrita en una hoja arrugada de papel con membrete de la Ramada Inn y tenía el matasellos de York, Pennsylvania. «Usted. no es más que un Timador y un sucio y podrido falsario. Agradezco a Dios que esa revista lo haya desenmascarado. La Biblia dice que el vulgar pecador será arrojado al Lago de F!u!E!G!o! y será consumido pero que un F!A!L!s!o! P!R!o!F!E!T!A! arderá por siempre JAMÁS. Usted es un Falso Profeta que vendió su Alma Inmortal por unos pocos dólares. Así que aquí termina mi carta y espero por su bien que nunca lo encuentre en las Calles de su Ciudad Natal. Firmado, UN AMIGO (de Dios, no de usted, señor)».

Durante un lapso de aproximadamente veinte días a partir de la aparición del artículo de Inside View llegaron más de dos docenas de cartas escritas en un tono parecido. Varias almas emprendedoras manifestaron interés en asociarse a Johnny. «He sido colaborador de un prestidigitador –se jactaba el autor de una de estas últimas cartas–, y podría escamotearle las bragas a una vieja puta. ¡Si se propone montar un camelo parapsicológico, me necesita!»

Después las cartas menguaron, como la anterior afluencia de cajas y paquetes. Un día de fines de noviembre, después de revisar el buzón y encontrarlo vacío por tercer día consecutivo, Johnny volvió a la casa recordando que Andy Warhol había pronosticado

que llegaría el día en que cada norteamericano sería famoso durante quince minutos. Aparentemente su cuarto de hora había llegado y pasado, y nadie lo celebraba más que él.

Pero resultó que aún no había terminado la función.

4.

–¿Smith? –preguntó la voz, por teléfono–. ¿John Smith?

–Sí.

No era una voz conocida, ni una llamada equivocada. Esto implicaba un enigma porque hacía aproximadamente tres meses que su número no figuraba en la guía, a petición de su padre. Era el 17 de diciembre y el árbol se levantaba en el rincón de la sala, con su base sólidamente implantada en el viejo pedestal de madera que Herb había confeccionado cuando Johnny era sólo un crío. Fuera nevaba.

–Soy Bannerman. El sheriff George Bannerman, de Castle Rock. –Se aclaró la garganta–. Tengo una... bueno, supongo que podría decir que tengo una propuesta para usted.

–¿Cómo consiguió mi número?

Bannerman volvió a carraspear.

–Bueno, supongo que podría habérselo pedido a la compañía de teléfonos, puesto que se trata de un asunto de la policía. Pero en realidad me lo dio un amigo suyo. Un médico llamado Weizak.

–¿Sam Weizak le dio mi número?

–Eso es.

Johnny se sentó en el nicho del teléfono, totalmente perplejo. El nombre de Bannerman significaba algo para él. Lo había leído recientemente en un artículo de un suplemento dominical. Era el sheriff del condado de Castle, que estaba a bastante distancia al oeste de Pownal, en la comarca de los lagos. Castle Rock era la capital del condado, a unos cuarenta y cinco kilómetros de Norway y treinta de Bridgton.

–¿Un asunto de la policía? –repitió.

–Bueno, supongo que se podría decir que sí. Me pregunto si podríamos tomar un café juntos...

–¿Se trata de algo relacionado con Sam?

–No, el doctor Weizak no tiene nada que ver con esto –respondió Bannerman–. Me telefoneó y mencionó su nombre. Eso ocurrió... oh, hace por lo menos un mes. Sinceramente, pensé que estaba loco. Pero ahora ya no sabemos qué hacer.

–¿De qué se trata? Señor... sherif f .. Bannerman, no entiendo de qué me habla.

–Sería mucho mejor si pudiéramos tomar un café juntos –insistió Bannerman–. ¿Quizás esta tarde? En la Calle Mayor de Bridgton hay un restaurante llamado Jon's. Más o menos a mitad de camino entre su ciudad y la mía.

–No, lo siento –contestó Johnny–. Tengo que saber de qué se trata. ¿Y cómo se explica que Sam no me haya llamado?

Bannerman suspiró.

–Supongo que usted no lee los periódicos –comentó.

Pero eso no era cierto. Desde que había recuperado el conocimiento los leía obsesivamente y trataba de ponerse al día respecto de todo lo que había ocurrido en el ínterin. Y recientemente había visto el nombre de Bannerman. Claro que sí. Porque Bannerman estaba en un serio aprieto. Era el encargado de...

Johnny apartó el auricular de su cara y lo miró con una súbita toma de conciencia. Lo miró con la misma expresion con que habría mirado a una víbora inmediatamente después de descubrir que era venenosa.

–Señor Smith –graznó el auricular con tono metálico–. ¿Hola? ¿Señor Smith?

–Aquí estoy –respondió Johnny, acercando nuevamente el auricular a su oído.

Experimentaba un sordo rencor contra Sam Weizak. Sam, que le había dicho ese mismo verano que tratara de pasar inadvertido, y que después había dado media vuelta y le había calentado la cabeza a ese sheriff palurdo... a espaldas de Johnny.

–Se trata de los estrangulamientos, ¿verdad?

Bannerman vaciló un largo rato. Por fin preguntó:

–¿Podríamos conversar, señor Smith?

–No. Categóricamente no. –El sordo rencor se había trocado en una furia repentina. Furia y algo más. Tenía miedo.

–Esto es importante, señor Smith. Hoy...

–No. Quiero que me deje en paz. Además, ¿acaso no lee el condenado Inside View? De todas maneras soy un impostor.

–El doctor Weizak dijo...

–¡Él no tiene derecho a decir nada! –vociferó Johnny. Temblaba de pies a cabeza–. ¡Adiós!

Colgó violentamente el auricular y salió deprisa del nicho del teléfono, como si así pudiera impedir que éste volviese a sonar. Sintió que la jaqueca empezaba a materializarse en sus sienes. Unos toquecitos de taladro. Quizá debería telefonear a la madre de Sam, en California, pensó. Para informarle dónde está su hijito perdido. Para decirle que se comunique con él. Una cosa por la otra.

En cambio extrajo la agenda guardada en el cajón de la mesa del teléfono, buscó el número de la consulta de Sam, en Bangor, y lo marcó. Apenas oyó que sonaba una vez, en el otro extremo de la línea, colgó, asustado. ¿Por qué Sam le había hecho esto? ¿Por qué, el muy maldito?

Se encontró mirando el árbol de Navidad.

Los mismos viejos adornos. Habían vuelto a bajarlos del desván y habían vuelto a retirarlos de sus cunas de papel de seda y habían vuelto a colgarlos, sólo dos noches atrás. Era curioso lo que sucedía con los adornos de Navidad. No eran muchas las cosas que se mantenían intactas año tras año a medida que crecías. No había muchas líneas de continuidad, no había muchos objetos físicos que pudieran servir tanto en la infancia como en la edad adulta. Las ropas de tu niñez las regalaban o las entregaban al Ejército de Salvación; a tu reloj con la imagen del Pato Donald en la esfera se le rompía la cuerda; tus botas de cowboy se gastaban. La billetera que habías confeccionado en la clase de artesanía de tu primer campamento era sustituida por otra, de lujo, y canjeabas el carromato rojo y la bicicleta por otros juguetes más adultos: un coche, una raqueta de tenis, quizá uno de esos nuevos juegos electrónicos que se conectaban con la TV. Había muy pocas cosas a las que podías aferrarte. Algunos libros, tal vez, o una moneda-talismán, o una colección de sellos que habías conservado y mejorado.

Súmale a eso los adornos del árbol de Navidad de la casa de tus padres.

Los mismos ángeles desconchados año tras año, y la misma estrella de estaño en el vértice; el pelotón tenaz que sobrevivía de lo que había sido un batallón completo de bolas de cristal (y no olvides nunca los muertos venerados, pensó: ésta, murió víctima de

la mano prensil de un bebé; esta otra resbaló mientras papá la estaba colgando y se hizo añicos contra el suelo; aquella roja sobre la que estaba pintada la Estrella de Belén se rompió sencilla y misteriosamente un año mientras la bajábamos del desván, y yo lloré); el pedestal mismo del árbol. Pero a veces, pensó Johnny, mientras se masajeaba distraídamente las sienes, parecía que lo mejor, lo más misericordioso, sería desvincularse incluso de estos últimos vestigios de la infancia. Nunca podías descubrir como antes los libros que te habían emocionado por primera vez. La moneda-talismán no te había protegido de ninguno de los contratiempos y rencores y castigos de la vida cotidiana. Y cuando mirabas los adornos recordabas que antaño había habido una madre presente para dirigir la operación de ornamentación del árbol, siempre lista y dispuesta para fastidiarte diciendo «un poco más arriba» o «un poco más abajo» o «me parece que el lado izquierdo está recargado de estaño, querido». Mirabas los adornos y recordabas que este año sólo estábais presentes vosotros dos para montarlos, sólo vosotros dos porque tu madre había enloquecido y después había muerto, pero los frágiles adornos del árbol de Navidad seguían allí, seguían a mano para decorar otro retoño arrancado del bosquecillo de los fondos, ¿y acaso no decían que durante el tiempo de Navidad se suicidaban más personas que en cualquier época del año? Por Dios, eso no era raro.

Qué poder te ha conferido Dios, Johnny.

–Sí, es cierto, Dios se ha portado muy bien conmigo. Me despidió por el parabrisas de un taxi y me rompí las piernas y pasé más o menos cinco años en coma y en el accidente murieron tres personas. La chica que amaba se casó. Tuvo un hijo que podría haber sido mío y quien lo engendró fue un abogado que se rompe el culo para poder llegar a Washington y poder intervenir en el control de la gran maquinaria del Estado. Si paso más de un par de horas en pie tengo la impresión de que alguien ha cogido una astilla gigantesca y me la ha clavado en la pierna hasta llegar a las pelotas. Dios juega muy limpiamente. Juega tan limpiamente que ha montado un mundo hilarante de ópera bufa donde un puñado de adornos de Navidad pueden sobrevivirte. Un mundo perfecto con un Dios de primera al frente. Debía de estar de nuestra parte durante la guerra de Vietnam, porque así es como gobierna el mundo desde el origen de los tiempos.

Él te reserva una misión, Johnny.

¿Sacar de aprietos a un estúpido polizonte de aldea para que pueda hacerse reelegir el año próximo?

No huyas de Él, Johnny. No te escondas en una cueva.

Se frotó las sienes. Fuera, arreciaba el vendaval. Esperaba que su padre condujera con prudencia al volver del trabajo.

Johnny se levantó y se puso una camisa gruesa. Se encaminó hacia el cobertizo, mirando cómo su aliento se congelaba en el aire delante de él. A la izquierda había una gran pila de leña que había partido durante el otoño, con las dimensiones justas para alimentar la estufa. Al lado había un cajón de leña menuda, y junto a éste un montón de diarios viejos. Se acuclilló y se puso a hojearlos. Sus manos se entumecieron enseguida pero no desistió, y finalmente encontró lo que buscaba. El diario del domingo de hacía tres semanas.

Lo llevó a la casa, lo sacudió contra la mesa de la cocina, y empezó a revisarlo. Halló el artículo que le interesaba en la sección de temas generales, y se sentó a releerlo.

El artículo estaba acompañado por varias fotos, una de las cuales mostraba a una anciana echando la llave a una puerta, en tanto que en otra se veía a un coche patrulla en

una calle casi desierta y otras dos mostraban un par de tiendas casi vacías. El titular decía: LA BÚSQUEDA DEL ESTRANGULADOR DE CASTLE ROCK CONTINÚA... Y CONTINÚA.

Según el artículo, cinco años atrás una joven llamada Alma Frechette, que trabajaba en un restaurante local, había sido violada y estrangulada en el trayecto de regreso a su casa. La oficina del fiscal general del estado y el sheriff del condado de Castle habían investigado conjuntamente el asesinato. El resultado había sido nulo. Un año más tarde habían encontrado a una mujer mayor, también violada y estrangulada, en su pequeño apartamento situado en un tercer piso de Carbine Street, en Castle Rock. Un mes después el asesino había vuelto a atacar: esta vez la víctima había sido una brillante alumna de la escuela secundaria.

Se intensificó la investigación. Se recurrió al FBI, también infructuosamente. En el siguiente mes de noviembre el sheriff Carl M. Kelso, que había sido la máxima autoridad policial del condado más o menos desde los tiempos de la guerra civil, fue derrotado en las elecciones, y lo sustituyó George Bannerman, al que lo había ayudado mucho su campaña agresiva encaminada a lograr la captura del «Estrangulador de Castle Rock».

Trascurrieron dos años. El estrangulador no fue detenido, pero tampoco hubo nuevos asesinatos. Hasta que, en el pasado mes de enero, dos niños encontraron el cadáver de Carol Dunbarger, de diecisiete años. Los padres de Carol habían denunciado su desaparición. La chica había tenido problemas en la escuela secundaria de Castle Rock por su costumbre crónica de llegar tarde o faltar a clase, había sido detenida dos veces por robar en tiendas, y se había fugado una vez del hogar y había conseguido llegar a Boston. Tanto Bannerman como la policía estatal suponían que había tratado de hacer autostop... y que el asesino la había recogido en su auto. Un deshielo de mediados de invierno había dejado al descubierto su cadáver cerca del arroyo Strimmer, donde lo habían hallado los dos niños. El médico forense del estado calculó que hacía dos meses que estaba muerta.

Después, ese 2 de noviembre, se había perpetrado otro asesinato. La víctima había sido Etta Ringgold, una maestra de la escuela primaria de Castle Rock, muy estimada por todos.

Era miembro vitalicio de la iglesia metodista local, tenía un título de master en educación elemental y participaba activamente en las obras de caridad locales. Le gustaban los libros de Robert Browning, y habían encontrado su cuerpo metido en una alcantarilla que pasaba debajo de una carretera secundaria sin asfaltar. El escándalo generado por el asesinato de la señorita Ringgold había repercutido por todo el norte de New England. Se hicieron comparaciones con el caso de Albeas DeSalvo, el estrangulador de Boston.:. y dichas comparaciones no contribuyeron a derramar aceite sobre las aguas encrespadas. El Union-Leader de William Loeb, que se publicaba en la no muy lejana Manchester, en New Hampshire, publicó un servicial artículo de fondo titulado Los POLICÍAS INÚTILES DE NUESTRO ESTADO HERMANO.

El artículo de ese suplemento dominical, que era de hacía tres semanas y que olía fuertemente a cobertizo y a leñera, citaba las opiniones de dos psiquiatras locales que habían evaluado gustosamente la situación con la única condición de que no se publicaran sus nombres. Uno de ellos mencionaba una aberración sexual específica: la necesidad de cometer un acto violento a la hora del orgasmo. Fantástico, pensó Johnny, mientras hacía una mueca. Las estrangulaba mientras gozaba. Le dolía cada vez más la

cabeza.

El otro psiquiatra subrayaba el hecho de que los cinco asesinatos habían sido perpetrados a fines de otoño o comienzos de invierno. Y si bien la personalidad maníaco.depresiva no se ceñía a un esquema fijo, era bastante común que los cambios de humor de esos individuos coincidieran con los cambios de estación. Era posible que el asesino tuviera una «depresión» que abarcaba desde mediados de abril hasta aproximadamente fines de agosto, y que entonces empezara un repunte que llegaba a su «apogeo» más o menos en la época de los crímenes.

Durante el período maníaco o de «euforia», el sujeto en cuestión tendía a ser muy sexual, activo, audaz y optimista. «Probablemente cree que la policía es incapaz de capturarle», sentenciaba finalmente el psiquiatra anónimo. El artículo concluía diciendo que, hasta ese instante, la presunción del sujeto en cuestión había resultado correcta.

Johnny dejó el diario a un lado, consultó el reloj, y pensó que su padre llegaría de un momento a otro, a menos que la nieve le demorara. Llevó el viejo diario hasta la estufa de leña y lo arrojó al hornillo.

»No es nada de mi incumbencia. Al diablo con Sam Weizak, de todos modos.

No te escondas en una cueva, Johnny.

No se escondía en una cueva, nada de eso. Se trataba sencillamente de que había sido muy desafortunado. La pérdida de un tramo importante de vida le hacía acreedor al título de desafortunado, ¿verdad?

»¿Y toda la autocompasión con la que puedes indigestarte?

»Vete a la mierda –masculló para sus adentros.

Se acercó a la ventana y miró hacia afuera. No se veía nada excepto la nieve que formaba columnas espesas, arrastradas por el viento. Esperaba que su padre fuera prudente, pero también deseaba que llegara pronto y pusiera fin a ese inútil hostigamiento introspectivo. Se acercó nuevamente al teléfono y se detuvo, indeciso.

Fuera o no una muestra de autocompasión, era cierto que había perdido un buen tramo de vida. Sus mejores años, por así decir. Se había esforzado por recuperarse. ¿No se había ganado un poco de simple intimidad? ¿No tenía derecho a disfrutar de lo que había estado evocando hacía pocos minutos... de una vida normal?

»Eso no existe, amigo mío.

Quizá no, pero desde luego existía algo que se podía definir como una vida anormal. Lo que le había sucedido en Cole's Farm. El hecho de tocar las prendas de los demás y de descubrir súbitamente sus pequeños temores, sus minúsculos secretos, sus triunfos mezquinos... eso era lo anormal. No era un talento sino una maldición.

¿Y si se reunía con el sheriff? No existía ninguna garantía de que pudiera ayudarle. ¿Y si podía? ¿Y si podía entregarle al asesino en bandeja de plata? Se repetiría la experiencia de la rueda de prensa en el hospital, un circo de tres pistas elevado a una tétrica enésima potencia.

Un estribillo empezó a resonar demencialmente en su cabeza dolorida. Era una canción que había aprendido en la escuela dominical, en su temprana infancia: «Esta lucecita mía... la dejaré brillar, esta lucecita mía la dejaré brillar... la dejaré brillar, brillar, la dejaré brillar...»

Levantó el auricular y marcó el número de la consulta de Weizak. Ahora, después de las cinco, no había peligro. Weizak debía de haberse ido a su casa, y los números de teléfono particulares de los neurólogos famosos no figuraban en la guía. El teléfono llamó

seis o siete veces y Johnny se disponía a colgar cuando el mismo Sam lo atendió.

–¿Sí? ¿Diga?

–¿Sam?

–¿John Smith? –La alegría reflejada en la voz de Sam era inconfundible... ¿pero también había en ella un matiz de desasosiego?

–Sí, soy yo.

–¿Qué le parece esta nevada? –preguntó Weizak, quizá con demasiada vehemencia–. ¿Ahí también está nevando?

–Sí.

–Aquí empezó hace alrededor de una hora. Dicen... ¿John? ¿Se trata del sheriff? ¿Por eso le noto tan frío?

–Bueno, me llamó –respondió Johnny–, y me pregunto qué ha ocurrido, ¿por qué le dio mi nombre? ¿Por qué no me telefoneó para informarme que se lo había dado... y por qué no me telefoneó antes para preguntarme si se lo podía dar?

Weizak suspiró.

–Johnny, tal vez podría mentirle, pero eso no serviría para nada. No se lo pregunté antes porque temía que se negara. Y no le informé después que lo había hecho porque el sheriff se rió de mí. Cuando alguien se ríe de mis sugerencias presumo, sabe, que no hará caso de ellas.

Johnny se frotó la sien dolorida con la mano libre y cerró los ojos.

–¿Pero por qué, Sam? Usted sabe lo que pienso al respecto. Usted fue quien me aconsejó que bajara la cabeza y dejase que la tormenta me pasara por encima. Usted mismo me lo dijo.

–Fue el artículo del diario –explicó Sam–. Pensé: Johnny vive allí cerca. Y me dije: cinco mujeres muertas. Cinco. –Hablaba lentamente, con tono titubeante, ofuscado. Al oírlo hablar así, Johnny se sintió mucho peor. Lamentó haberle telefoneado–. Dos de ellas eran adolescentes. Una madre joven. Una maestra de niños a la que le gustaba Browning. ¿Es muy cursi, verdad? Tan cursi que supongo que nunca filmarán ana película ni un serial de TV con ese tema. Pero de todas maneras es cierto. En la que más pensé fue en la maestra. Incrustada en una alcantarilla como un saco de basura...

–No tenía derecho a incluirme en sus fantasías culpables –sentenció Johnny con voz pastosa.

–No, quizá no.

–¡Nada de quizá!

–¿Se siente bien, Johnny? Le noto...

–¡Me siento bien! –gritó Johnny.

–No lo parece

–Tengo una jaqueca de mierda. ¿Acaso le extraña? Ojalá no se hubiera metido en esto. Cuando le hablé de su madre usted no la llamó. Porque dijo...

–Dije que ciertas cosas es mejor perderlas que encontrarlas. Pero no lo tome como una verdad universal, Johnny. Este hombre, quienquiera que sea, está atrozmente perturbado. Es posible que se suicide. Estoy seguro de que cuando dejó de matar durante dos años, la policía pensó que eso era lo que había hecho. Pero a veces un maníaco-depresivo tiene largos períodos de estabilidad... los llamamos «mesetas de normalidad»... y después vuelve a las andadas. Es posible que se haya suicidado después de asesinar a la maestra, el mes pasado. ¿Pero y si no lo hizo? Es posible que mate a otra. O a dos. O a cuatro. 0...

–Basta.

–¿Por qué le llamó el sheriff Bannerman? –preguntó Sam–. ¿Qué fue lo que le hizo cambiar de idea?

–No lo sé. Supongo que sus electores le están acosando.

–Siento haber telefoneado al sheriff, y que esto le haya alterado tanto a usted, Johnny. Pero siento aún más no haberle advertido qué era lo que había hecho. Me equivoqué. Dios sabe que usted tiene derecho a vivir su vida en paz.

El hecho de que le repitieran sus propios pensamientos no le reconfortó. En cambio se sintió más desdichado y culpable que antes.

–Está bien –asintió–. Está bien, Sam.

–No volveré a decírselo a nadie. Supongo que esto es como colocar un cerrojo nuevo en la puerta del establo cuando ya han robado el caballo, pero no se me ocurre qué otra cosa puedo decir. He cometido una indiscreción. En un médico, esto es grave.

–Está bien –repitió Johnny. Se sentía impotente y el manso embarazo con que hablaba Sam empeoraba las cosas.

–¿Le veré pronto?

–El mes próximo estaré en Cleaves para empezar mis clases. Iré a visitarle.

–Estupendo. Le pido nuevamente mil disculpas, Johnny.

–¡No repita eso!

Se despidieron y Johnny colgó el auricular, arrepentido de haber llamado. Quizá no había querido que Sam estuviera tan predispuesto a confesar que había procedido mal. Quizás en realidad había deseado que Sam dijera: Claro que le llamé. Quería que usted moviera el culo e hiciera algo útil.

Se acercó a la ventana y miró en dirección a la oscuridad azotada por el viento. «Incrustada en una alcantarilla como un saco de basura».

Dios, cómo le dolía la cabeza.

5.

Herb llegó a casa media hora más tarde, echó una mirada a la cara blanca de Johnny y preguntó:

–¿Te duele la cabeza?

–Sí.

–¿Mucho?

–No demasiado.

–Vamos a mirar el telediario –dijo Herb–. Me alegro de haber llegado a tiempo. Esta tarde había un grupo de gente de la CBS filmando. La periodista que te parece tan bonita estaba allí. Cassie Mackin.

Parpadeó al ver cómo Johnny se volvía hacia él. Por un instante le pareció que el rostro de Johnny era todo ojos, ojos que lo escudriñaban impregnados de un dolor casi inhumano.

–¿Castle Rock? ¿Otro asesinato?

–Sí. Esta mañana encontraron a una niñita en el parque comunal de la ciudad. Nunca oí algo más atroz. Parece que tenía que atravesar el parque para ir a la biblioteca, donde trabajaba en la elaboración de una monografía. Llegó a la biblioteca pero nunca volvió... Johnny, tienes muy mal aspecto.

–¿Cuántos años tenía?

–Apenas nueve –respondió Herb–. Al hombre que es capaz de hacer eso habría que colgarle de las pelotas. Esta es mi opinión.

–Nueve –murmuró Johnny, y se sentó pesadamente–. Válgame Dios.

–¿Estás seguro de que te sientes bien, Johnny? Estás blanco como el papel.

–Sí, estoy bien. Sintoniza el telediario.

Poco después, John Chancellor apareció ante ellos con su carga nocturna de ambiciones políticas (la campaña de Fred Harris no cobraba impulso), de edictos oficiales (las ciudades norteamericanas tendrían que aprender a confeccionar sus presupuestos con más sentido común, según el presidente Ford), de incidentes internacionales (una huelga general en Francia), de índices de Dow Jones (en alza), y con un comentario «reconfortante» acerca de un chico con parálisis cerebral que criaba una vaca guiándose por las normas de los clubes juveniles 4-H.

–Quizá lo suprimieron –dijo Herb.

Pero después_ de un corte publicitario, Chancellor anunció:

–En el oeste de Maine, esta noche hay una ciudad cuya población vive asustada e indignada. Se trata de Castie Rock, donde en los últimos cinco años se perpetraron otros tantos terribles asesinatos: cinco mujeres cuyas edades oscilan entre los setenta y uno y los catorce años aparecieron violadas y estranguladas. Hoy se ha cometido un sexto asesinato en CastleRock, y la víctima ha sido una niña de nueve años. Catherine Mackin nos informa desde Castie Rock.

Y entonces apareció, como una quimera cuidadosamente superpuesta en un escenario auténtico. Se hallaba frente al edificio del Ayuntamiento. Los primeros copos de la nevada vespertina que se había trasformado en la ventisca nocturna le empolvaban los hombros del abrigo y la cabellera rubia.

–Esta tarde una sensación de creciente histeria flota sobre esta pequeña ciudad industrial de New England –dijo, a manera de introducción–. Hace mucho tiempo que a los habitantes de Castie Rock les pone nerviosos el desconocido que la prensa local llama «el Estrangulador de Castie Rock» o a veces «el Asesino de Noviembre». El nerviosismo se ha trocado en terror... y aquí nadie piensa que esta palabra sea exagerada... después del hallazgo del cadáver de Mary Kate Hendrasen en el parque comunal de la ciudad, no lejos del pabellón de conciertos donde apareció el cadáver de la primera víctima del Asesino de Noviembre, una camarera llamada Alma Frechette.

Una larga panorámica del parque comunal, tétrico y muerto bajo la precipitación de nieve. La sustituyó una foto escolar de Mary Kate Hendrasen, que sonreía francamente a través de un macizo aparato de ortodoncia. Su cabello tenía un delicado color rubio blanquecino. Su vestido era de un azul eléctrico. Muy probablemente su mejor vestido, pensó Johnny, descompuesto. Su madre le puso su mejor vestido para la foto escolar.

La reseña continuó –ahora recapitulaban los asesinatos anteriores–, pero Johnny estaba hablando por teléfono. Primero llamó a la operadora de información y después al Ayuntamiento de Castle Rock. Marcó el número lentamente, con la cabeza palpitante.

Herb salió de la sala y lo miró con curiosidad.

–¿A quién llamas, hijo?

Johnny meneó la cabeza y escuchó cómo el teléfono sonaba en el otro extremo de la línea. Levantaron el auricular.

–Oficina del sheriff de Castle Rock.

–Comuníqueme con el sheriff Bannerman, por favor.

–¿Puede darme su nombre?

–John Smith, de Pownal.

–Un momento, por favor.

Johnny se volvió para mirar el televisor y vio a Bannerman tal como se había mostrado esa tarde, enfundado en un grueso anorak con las insignias de su cargo en los hombros. Parecía incómodo y hostigado a medida que contestaba las preguntas de los periodistas. Era un hombre de espaldas anchas, con una cabezota en declive coronada por una cabellera rizada y oscura. Sus gafas sin montura parecían desentonar extrañamente, como parece ocurrir siempre con los hombres muy corpulentos.

–Tenemos varias pistas –dijo Bannerman en la pantalla del televisor.

–¿Sí? ¿Señor Smith? –dijo Bannerman por el auricular. Nuevamente esa extraña sensación de duplicación. Bannerman estaba en dos lugares al mismo tiempo. Dos tiempos al mismo tiempo, si querías enfocarlo desde ese ángulo. Johnny experimentó un acceso de vértigo incontrolable. Sentía lo mismo que se siente, y que Dios le ayudara, en uno de esos vulgares juegos de feria, la rueda del diablo o el látigo.

–¿Señor Smith? ¿Está ahí, hombre?

–Sí, aquí estoy –tragó saliva–. He cambiado de idea.

–¡Le felicito! Me alegra mucho la noticia.

–No es seguro que pueda ayudarle, ya sabe.

–Lo sé. Pero... quien no arriesga no gana –Bannerman se aclaró la garganta–. Me echarían a patadas del pueblo si supieran que estoy consultando a un vidente.

En las facciones de Johnny aleteó un atisbo de sonrisa. Y un vidente desacreditado, para colmo.

–¿Sabe dónde está Jon's en Bridgton?

–Lo encontraré.

–¿Puede reunirse conmigo allí a las ocho?

–Sí, creo que sí.

–Gracias, señor Smith.

–De nada.

Colgó el auricular. Herb le miraba fijamente. Detrás de él, pasaban los nombres de quienes habían participado en el «Telediario de la Noche».

–¿Te había llamado antes, verdad?

–Sí, me había llamado. Sam Weizak le dijo que tal vez podría ayudarle.

–¿Crees que podrás hacerlo?

–No lo sé –respondió Johnny–, pero la jaqueca se ha mitigado un poco.

6.

Llegó con quince minutos de retraso al Jon's Restaurant, en Bridgton. Parecía ser el único establecimiento que seguía abierto en la Calle Mayor de Bridgton. Los quitanieves no daban abasto, y en varios lugares la calzada estaba bloqueada. En la intersección de las carreteras 302 y 117, la luz intermitente se balanceaba a merced del viento ululante. Frente a Jon's se hallaba estacionado un coche patrulla con la leyenda SHERIFF CONDADO DE CASTLE escrita en letras doradas sobre la portezuela. Johnny estacionó detrás y entró en el local.

Bannerman estaba sentado frente a una taza de café y un plato de chile. La TV le había engañado. No era corpulento: era descomunal. Johnny se acercó a él y se presentó.

Bannerman se levantó y estrechó la mano tendida. Al ver el rostro de Johnny, blanco, tenso, y la forma en que su cuerpo delgado parecía flotar dentro de su chaquetón marinero, lo primero que pensó Bannerman fue: Este tipo está enfermo... tal vez no va a durar mucho tiempo. Sólo los ojos de Johnny parecían verdaderamente dotados de vida: tenían un color azul franco, penetrante, y se clavaban fijamente en los de Bannerman con una curiosidad aguzada, honesta. Y cuando sus manos se unieron, Bannerman experimentó una peculiar sorpresa, una sensación que más tarde habría de describir como un drenaje. Se pareció un poco a la descarga de un cable pelado. Después se disipó.

–Me alegra que haya venido –dijo Bannerman–. ¿Un café?

–Sí.

–¿Y un plato de chile? Aquí preparan un chile fabuloso. Yo no debería comerlo por mi úlcera, pero no hago caso –vio la expresión de asombro reflejada en el rostro de Johnny y sonrió–. Lo sé, parece raro que un tipo corpulento como yo tenga una úlcera, ¿verdad?

–Supongo que cualquiera puede tenerla.

–Es muy perspicaz –comentó Bannerman–. ¿Qué le hizo cambiar de idea?

–El telediario. La niña. ¿Está seguro de que fue el mismo hombre?

–Fue el mismo. El mismo modus operandi. El mismo tipo de esperma. Escudriñó el rostro de Johnny mientras se acercaba la camarera.

–¿Café? –preguntó la chica.

–Té– respondió Johnny.

–Y sírvale un plato de chile, señorita –intervino Bannerman. Cuando se hubo ido la camarera, añadió–: Ese médico afirma que cuando usted toca algo, a veces se le ocurren ideas acerca del lugar de donde proviene, acerca de la identidad de su propietario, cosas por el estilo.

Johnny sonrió.

–Bueno, acabo de estrecharle la mano a usted y sé que tiene un setter irlandés que se llama Rusty. Y sé que está viejo y que se está quedando ciego y que usted piensa que es hora de ponerlo a dormir, aunque no sabe cómo explicárselo a su hija.

Bannerman dejó caer la cuchara dentro del chile. Plop. Miró a Johnny, boquiabierto.

–Dios mío –exclamó–. ¿Todo eso me lo sacó a mí? ¿Ahora?

Johnny hizo un ademán de asentimiento.

Bannerman meneó la cabeza y murmuró:

–Una cosa es oírlo y otra cosa es... ¿no le cansa?

Johnny miró a Bannerman, sorprendido. Era una pregunta que nadie le había formulado hasta ese momento.

–Sí. Sí, me cansa.

–Pero lo supo. Es increíble.

–Escúcheme, sheriff.

–George. Simplemente George.

–Está bien, yo soy Johnny, simplemente Johnny. George, podría llenar cinco volúmenes con lo que ignoro acerca de usted. No sé de dónde procede ni dónde concurrió a la escuela , de policía ni quiénes son sus amigos ni dónde vive. Sé que tiene una hija pequeña, y que su nombre se parece a Cathy, aunque no es exactamente éste. No sé qué hizo usted la semana pasada ni cuál es su cerveza predilecta ni cuál es su programa favorito de televisión.

–Mi hija se llama Katrina –respondió Bannerman parsimoniosamente–. También ella

tiene nueve años. Era compañera de clase de Mary Kate.

–Lo que intento explicarle es que... que el conocimiento es a veces muy limitado. Debido a la zona muerta.

–¿La zona muerta?

–Es como si algunas de las señales no circularan –continuó Johnny–. Nunca identifico las calles ni las direcciones. Tengo problemas con los números pero a veces aparecen –la camarera volvió con el té y el chile de Johnny. Éste saboreó el chile e hizo un ademán de aprobación mirando a Bannerman–. Tenía razón. Es bueno. Sobre todo en una noche como ésta.

–Arremeta –lo exhortó Bannerman–. Hombre, me encanta el buen chile. Mi úlcera protesta a gritos. Jódete úlcera, le digo. Buen provecho.

Permanecieron un rato callados. Johnny daba buena cuenta de su chile y Bannerman le observaba con curiosidad. Suponía que Smith podía haber averiguado que tenía un perro llamado Rusty. Incluso podía haber averiguado que Rusty era viejo y estaba casi ciego. Más aún: si sabía el nombre de Katrina, podía haber esgrimido el truco del «su nombre se parece a Cathy, pero no es exactamente éste», para dar el toque justo de realismo vacilante. ¿Pero por qué? Y nada explicaba esa rara sensación de drenaje que se le había subido a la cabeza cuando Smith le había tocado la mano. Si era una superchería, era de las mejores.

Fuera, el viento sopló con un aullido apagado que pareció hacer bambolear al pequeño edificio sobre sus cimientos. Un velo rampante de nieve azotó el salón de bolos Pondicherry, en la acera de enfrente.

–Escuche eso –comentó Bannerman–. Parece que durará toda la noche. No me cuente a mí que los inviernos son cada vez más benignos.

–¿Tiene algo? –preguntó Johnny–. ¿Algo que haya pertenecido al tipo que están buscando?

–Tal vez sí –respondió Bannerman, y después meneó la cabeza–. Pero es una pista muy tenue.

–De qué se trata.

Bannerman se lo explicó. La escuela y la biblioteca estaban frente a frente, a ambos lados del parque comunal de la ciudad. Era un procedimiento de rutina enviar a los alumnos al otro lado cuando necesitaban un libro para una monografía o una investigación. La maestra les daba un pase y la bibliotecaria le ponía sus iniciales antes de enviarles de vuelta. Cerca del centro del parque, el terreno formaba un pequeño declive. En la parte oeste de la concavidad se levantaba el pabellón de conciertos. En la concavidad propiamente dicha había dos docenas de bancos donde la gente se sentaba para escuchar los conciertos de la banda y discutir sobre fútbol en otoño.

–Pensamos que se sentó sencillamente allí y esperó que se acercara la chica. Nadie podría haberlo visto desde ninguno de los dos lados del parque. Pero el sendero bordea la parte norte de la depresión, cerca de los bancos.

Bannerman meneó la cabeza lentamente.

–Lo peor es que a la Frechette la mataron precisamente en el pabellón de conciertos. En la asamblea vecinal del mes de marzo me cubrirán de mierda por eso... si en marzo todavía estoy allí. Bueno, puedo mostrarles un memorándum que le envié al alcalde, solicitando que apostara guardias de cruce en el parque durante las horas de clase. Aunque no era en el asesino en quien pensaba entonces, no, por Dios. Ni en mis

momentos de mayor delirio se me ocurrió pensar que el asesino volvería al mismo lugar por segunda vez.

–¿El alcalde rechazó la propuesta de apostar guardias?

–No había dinero –explicó Bannerman–. Por supuesto él podrá culpar a los ediles, y éstos tratarán de responsabilizarme a mí, y la hierba seguirá creciendo sobre la tumba de Mary Kate Hendrasen y... –se interrumpió por un momento, o quizá se atragantó al hablar de eso. Johnny miró comprensivamente su cabeza gacha–. Tal vez tampoco habría servido para nada –continuó Bannerman, con voz más seca–. La mayoría de los guardias de cruce son mujeres, y a este hijo de puta que andamos buscando no parece importarle la edad de sus víctimas.

–¿Pero piensa que la esperó sentado en uno de los bancos?

Bannerman asintió. Habían encontrado una docena justa de colillas frescas cerca del extremo de uno de los bancos, y cuatro más detrás del pabellón mismo de la orquesta, junto con un paquete vacío. Marlboro, infortunadamente... la segunda o tercera marca del país, por orden de ventas. Habían buscado impresiones digitales en la envoltura de celofán pero no habían hallado ninguna.

–¿Ninguna? –preguntó Johnny–. Eso es un poco raro.

–¿Por qué?

–Bueno, es lógico pensar que el asesino usaba guantes, aunque no fuera para no dejar impresiones digitales, porque a la intemperie hacía frío, pero en cambio el tipo que le vendió los cigarrillos...

Bannerman sonrió.

–Tiene una buena cabeza para este trabajo –contestó–, pero se ve que no fuma.

–No –replicó Johnny–. Cuando iba a la universidad fumaba algunos cigarrillos, pero después del accidente perdí esa costumbre.

–Los hombres guardan los cigarrillos en el bolsillo de la pechera. El asesino saca el paquete, extrae un cigarrillo, vuelve a guardar el paquete. Si usa guantes y no deja nuevas huellas cada vez que coge un cigarrillo, lo que hace es pulir la envoltura de celofán. ¿Entiende? Y omitió otro detalle, Johnny. ¿Necesita que se lo señale?

Johnny reflexionó y después dijo:

–Quizá el paquete de cigarrillos salió de un cartón. Y los cartones los empaquetan mecánicamente.

–Correcto –asintió Bannerman–. Sí, tiene buena cabeza.

–¿Y la estampilla fiscal del paquete?

–De Maine.

–Así que si el asesino y el fumador eran la misma persona... –murmuró Johnny pensativamente.

Bannerman se encogió de hombros.

–Sí, existe la posibilidad técnica de que no lo fueran. Pero he procurado imaginar qué otro individuo podría haber tenido interés en sentarse en un banco del parque comunal en una mañana fría y nublada de invierno durante el tiempo necesario para fumar doce o dieciséis cigarrillos, y no se me ha ocurrido ninguna respuesta.

Johnny sorbió su té.

–¿Ninguno de los otros chicos que cruzaron el parque vio nada?

–Nada –contestó Bannerman–. He hablado con todos los chicos a los que esta mañana les dieron pases para ir a la biblioteca.

–Esto es mucho más extraño que la ausencia de impresiones digitales. ¿No opina lo mismo?

–Lo que opino es que se trata de algo pavoroso. Escuche, el tipo está sentado allí y espera que pase un chico... mejor dicho, una chica, sola. Les oye a medida que se acercan. Y siempre se oculta detrás del pabellón de conciertos...

–Huellas –lo interrumpió Johnny.

–Esta mañana no. Esta mañana no había una capa de nieve. Sólo el terreno helado. Así que aquí tenemos a este hijo de puta loco, al que habría que cortarle los testículos y servírselos en el almuerzo, aquí le tenemos, acechando tras el pabellón de conciertos. Aproximadamente a las 8.50 de la'mañana pasaron Peter Harrington y Melissa Loggins. Hacía veinte minutos que habían empezado las clases. Cuando ellos se alejaron, él volvió a su banco. A las 9.15 volvió a ocultarse tras el pabellón de conciertos. Esta vez pasaron dos chiquillas, Susan Flarhaty y Katrina Bannerman.

Johnny depositó su tazón de té sobre la mesa con un golpe. Bannerman se había quitado las gafas y frotaba ferozmente los cristales.

–¿Su hija atravesó el parque esta mañana? ¡Jesús!

Bannerman volvió a calarse las gafas. Su rostro estaba ensombrecido y embotado por la furia. Y tiene miedo, comprendió Johnny. No lo asustaba la posibilidad de que lo destituyeran los electores, ni de que el Union-Leader publicara otro artículo de fondo sobre los estúpidos polizontes del oeste de Maine, sino el pensar que si a su hija se le hubiera ocurrido ir sola a la biblioteca esa mañana...

–Mi hija–asintió Bannerman parsimoniosamente–. Creo que pasó a quince metros de esa... de esa fiera. ¿Sabe cómo me siento al pensarlo?

–Lo imagino.

–No, no creo que pueda. Me siento como si hubiera estado a punto de meterme en el hueco vacío del ascensor. Como si hubiera dejado pasar las setas en el almuerzo y alguien hubiese muerto envenenado por una de ellas. Y me siento sucio. Me hace sentir contaminado. Supongo que quizás esto también explica por qué finalmente le llamé a usted. En este preciso instante haría cualquier cosa por pillar a ese tipo. Absolutamente cualquier cosa.

Fuera, un gigantesco quitanieves anaranjado asomó de la borrasca como algo salido de una película de terror. Se detuvo y dos hombres se apearon. Cruzaron la calzada hasta llegar al Jon's y fueron a sentarse en la barra. Johnny terminó su té. Ya no le apetecía el chile.

–El tipo volvió a su banco –prosiguió Bannerman–,pero no por mucho tiempo. Alrededor de las 9.25 oyó que el chico Harrington y la chica Loggins volvían de la biblioteca. Se escondió nuevamente tras el pabellón de conciertos. Debían de ser aproximadamente las 9.25 porque la bibliotecaria les firmó la salida a las 9.18. A las 9.45 tres chicos de quinto grado pasaron frente al pabellón rumbo a la biblioteca. Uno de ellos cree que tal vez vio a «un individuo.» Deberíamos difundirlo por radio, ¿no le parece? Se busca a un individuo.

Bannerman soltó una risita que parecía un ladrido.

–A las 9.55 mi hija y su amiga Susan pasaron de vuelta rumbo a la escuela. Entonces, aproximadamente a las 10.05, pasó Mary Kate Hendrasen... sola. Katrina y Sue la vieron bajar la escalinata de la escuela en el momento en que ellas subían. Las tres se saludaron.

–Dios mío –murmuró Johnny. Se pasó las manos por el pelo.

–El último dato es el de las 10.30. Volvían los tres chicos de quinto grado. Uno de ellos vio algo sobre el pabellón de conciertos. Era Mary Kate, con sus leotardos y sus bragas tironeados hacia abajo, las piernas empapadas en sangre, la cara... la cara...

–Tranquilícese –dijo Johnny, y apoyó la mano sobre el brazo de Bannerman.

–No, no puedo tranquilizarme –replicó Bannerman. Hablaba con tono casi compungido–. Nunca había visto algo semejante en mis dieciocho años de servicios en la policía. Violó a la niña y eso habría bastado... habría bastado, sabe, para matarla... el médico forense dijo que lo hizo de una manera.., le reventó algo y eso... sí, probablemente la habría, bueno... la habría matado... pero él no se conformó y tuvo que estrangularla. Tenía nueve años y la estranguló y la dejó... la dejó sobre el pabellón de conciertos con las bragas bajadas.

De pronto Bannerman se echó a llorar. Las lágrimas le anegaron los ojos detrás de las gafas y después le rodaron por las mejillas formando dos regueros. En la barra, los dos miembros de la cuadrilla de carreteras de Bridgton conversaban sobre el Superbowl. Bannerman volvió a quitarse las gafas y se enjugó el rostro con el pañuelo. Sus hombros se sacudían convulsivamente. Johnny esperó, revolviendo apáticamente el chile.

Después de poco tiempo Bannerman guardó el pañuelo. Tenía los ojos rojos y Johnny pensó que su cara parecía extrañamente desnuda sin las gafas.

–Lo siento, hombre –murmuró–. Ha sido una jornada muy larga.

–Está bien –asintió Johnny.

–Sabía que me pasaría esto, pero pensé que podría resistir hasta que estuviera en casa, con mi esposa.

–Bueno, supongo que habría sido una espera demasiado larga.

–Usted es un hombre comprensivo. –Bannerman se caló nuevamente las gafas–. No, es más que eso. Tiene una cualidad. Que el diablo me lleve si sé cuál es, pero la tiene.

–¿Con qué otras pistas cuenta?

–Con ninguna otra. Todos se encarnizan conmigo, pero la policía estatal tampoco se ha lucido, precisamente. Ni el investigador especial que envió el fiscal general. Ni nuestro agente favorito del FBI. El forense del estado ha conseguido clasificar el tipo de esperma, pero a estas alturas de la operación eso no sirve para nada. Lo que más me preocupa es que no hayamos encontrado pelos o piel bajo las uñas de las víctimas. Éstas deben de haber resistido, pero ni siquiera contamos con un centímetro de piel. Este tipo debe de tener al diablo de su parte. No ha perdido un botón ni una lista de compras, ni ha dejado una sola huella. Consultarnos a un psiquiatra, también por cortesía del fiscal general del estado, y nos informó que tarde o temprano todos estos tipos se delatan. Vaya consuelo. ¿Y si eso ocurre más adelante... digamos después de que haya sembrado otros doce cadáveres?

–¿El paquete de cigarrillos está en Castle Rock?

–Sí.

Johnny se puso en pie.

–Bueno, vayamos allí.

–¿En mi auto?

Johnny sonrió un poco cuando el viento arreció, ululando, fuera.

–En una noche como esta es conveniente viajar con un policía –comentó.

7.

La tormenta de nieve estaba en su apogeo y tardaron una hora y media en llegar a Castle Rock en el coche patrulla. Eran las diez y veinte cuando atravesaron el vestíbulo del Ayuntamiento y se sacudieron la nieve de las botas.

Abajo había media docena de reporteros, la mayoría de los cuales se hallaban bajo un grotesco retrato al óleo de uno de los padres fundadores de la ciudad, intercambiando anécdotas sobre vigilias pasadas. Se levantaron instantáneamente y rodearon a Bannerman y Johnny.

–Sheriff, ¿es cierto que hay novedades en el caso?

–Por ahora no tengo nada que informar –respondió Bannerman impasiblemente.

–Corre el rumor de que ha puesto bajo custodia a un hombre de Oxford, sheriff. ¿Es verdad?

–No. Si nos disculpan...

Pero la atención de los periodistas se había desviado hacia Johnny, y éste sintió un peso en el estómago cuando reconoció por lo menos dos rostros de la rueda de prensa del hospital.

–¡Santo cielo! –exclamó uno de ellos–. ¿Usted es John Smith, no es cierto?

Johnny experimentó un loco anhelo de acogerse a la quinta enmienda de la Constitución y de negarse a declarar contra sí mismo, como un gángster en una audiencia de una comisión del Senado.

–Sí –contestó–. Soy yo.

–¿El vidente? –preguntó otro.

–Escuchen, ¡déjennos pasar! –ordenó Bannerman, levantando la voz–. ¿No tienen nada mejor que hacer... ?

–Según Inside View usted es un impostor –acotó un hombre joven enfundado en un grueso abrigo–. ¿Eso es verdad?

–Lo único que puedo decir es que Inside View publica lo que se le antoja –respondió Johnny–. Escuchen, realmente...

–¿Desmiente la versión de Inside View?

–Sinceramente no puedo agregar nada más.

Cuando traspusieron la puerta de vidrio esmerilado y entraron en el despacho del sheriff, los reporteros ya corrían hacia los dos teléfonos públicos adosados a la pared junto al despacho del encargado de la perrera.

–Ahora sí que va .a armarse la gorda –comentó Bannerman, desolado–. Juro ante Dios que no pensé que aún estarían aquí en una noche como ésta. Debería haberlo hecho entrar por atrás.

–Oh, ¿es que no lo sabía? –preguntó Johnny amargamente–. A nosotros nos encanta la publicidad. Todos los videntes nos dedicamos a esto por amor a la publicidad.

–No, no lo creo –contestó Bannerman–. Por lo menos no en su caso. Bueno, ha sucedido. Ya no tiene remedio.

Pero Johnny vio mentalmente los titulares: una pizca más de condimento en un guiso que ya hervía vivamente. EL SHERIFF DE CASTLE ROCK ALISTA A UN VIDENTE EN EL CASO DEL ESTRANGULADOR. UN VIDENTE INVESTIGA AL «ASESINO DE NOVIEMBRE». LA CONFESIÓN DE SUPERCHERÍA FUE INVENTADA, ADUCE SMITH.

En la antesala estaban dos asistentes del sheriff, uno de los cuales dormitaba en tanto que el otro bebía café y miraba lúgubremente una pila de informes.

–¿Su esposa le echó a puntapiés o qué pasó? –inquirió Bannerman agriamente, mientras señalaba con la cabeza al dormido.

–Acababa de regresar de Augusta –explicó el otro asistente. Era poco más que un chico, y tenía ojeras de extenuación. Miró a Johnny con curiosidad.

–Johnny Smith, Frank. Dodd. El bello durmiente que ve allí es Roscoe Fisher.

Johnny saludó con una inclinación de cabeza.

–Roscoe dice que el fiscal general quiere controlar toda la investigación –le informó Dodd a Bannerman. Tenía una expresión colérica y desafiante y un poco patética. ¿Vaya regalo de Navidad, eh?

Bannerman apoyó una mano sobre la nuca de Dodd y lo zarandeó suavemente.

–Te preocupas demasiado, Frank. Además, le consagras demasiado tiempo a este caso.

–Es que no puedo dejar de pensar que en estos informes debe de haber algo... –Se encogió de hombros y les dio un papirotazo–. Algo.

–Vuelve a casa y descansa un poco, Frank. Y llévate contigo al bello durmiente. Lo único que nos falta es que uno de esos reporteros le saque una foto. La publicarían en los diarios con el siguiente epígrafe: «La investigación continúa en Castle Rock», y al día siguiente estaríamos todos barriendo las calles.

Bannerman condujo a Johnny hasta su despacho privado. El escritorio estaba cubierto de papeles. Sobre el antepecho de la ventana descansaba un tríptico con las fotos de Bannerman, su esposa y su hija Katrina. Su título colgaba de la pared, pulcramente enmarcado, y junto a él, en otro marco, colgaba la primera plana del Call de Castle Rock que había anunciado su elección.

–¿Café? –le preguntó Bannerman, mientras abría un cajón de su archivo.

–No, gracias. Prefiero el té.

–La señora Sugarman guarda su té celosamente –manifestó Bannerman–. Lo siento, pero se lo lleva todos los días a su casa. Le ofrecería una tónica, pero tendríamos que volver a soportar el asedio antes de llegar a la máquina expendedora. Jesús, ¿por qué no se irán a sus casas?

–No se preocupe.

Bannerman volvió con un pequeño sobre provisto de un broche metálico.

–Aquí está –dijo. Vaciló un momento y después le tendió el sobre.

Johnny lo cogió pero no lo abrió enseguida.

–Lo haré siempre que usted entienda que no le garantizo nada. No se lo prometo. A veces puedo y a veces no.

Bannerman se encogió cansadamente de hombros y repitió:

–El que no arriesga no gana.

Johnny desabrochó el cierre y volcó en su mano un paquete vacío de cigarrilos Marlboro. Un paquete rojo y blanco. Lo sostuvo en la mano izquierda y miró la pared de enfrente. Una pared gris. De color gris industrial. Una caja roja y blanca. Una caja de color gris industrial. Depositó el paquete de cigarrillos sobre la otra mano y después lo sostuvo entre las dos. Esperó que ocurriera algo, cualquier cosa. No pasó nada. Lo sostuvo más tiempo, esperando contra toda lógica, desechando la certeza de que cuando pasaba algo, pasaba inmediatamente.

Por fin le devolvió el paquete de cigarrillos.

–Lo siento –murmuró.

–¿Ningún resultado, verdad?

–No.

Golpearon rutinariamente la puerta y Roscoe Fisher asomó la cabeza. Parecía un poco abochornado.

–Frank y yo nos iremos a casa, George. Creo que me sorprendiste mientras dormía.

–Con tal que no te encuentre roncando en tu coche patrulla... –comentó Bannerman–. Saluda a Deenie de mi parte.

–Lo haré. –Fisher miró brevemente a Johnny, de soslayo, y después cerró la puerta.

–Bueno –prosiguió Bannerman–. Supongo que valió la pena intentarlo. Lo llevaré de regreso...

–Quiero ir al parque comunal exclamó Johnny bruscamente.

–No, sería inútil. Está cubierto por treinta centímetros de nieve.

–¿Puede encontrar el lugar exacto, verdad?

–Claro que sí. ¿Pero para qué serviría?

–No lo sé. Vamos, de todas formas.

–Los reporteros nos seguirán, Johnny. Puede estar seguro de eso como de que la Tierra es redonda.

–Usted habló de una puerta trasera.

–Sí, pero es una puerta de incendios. Se puede entrar por allí, pero si la usamos para salir sonará la alarma.

Johnny silbó entre dientes. –Entonces deje que nos sigan.

Bannerman lo miró un momento pensativamente y después hizo un ademán afirmativo con la cabeza.

–De acuerdo.

8.

Cuando salieron del despacho, los reporteros se levantaron y les rodearon inmediatamente. Johnny recordó una destartalada perrera, en Durham, donde una extraña anciana criaba perros pastores. Cuando pasabas con los avíos de pescar, los perros corrían hacia ti, ladrando y gruñendo, y generalmente te pegabas un susto mayúsculo. Se abalanzaban pero no mordían.

–¿Sabe quién lo hizo, Johnny?

–¿Tiene alguna sospecha?

–¿Capta ondas mentales, señor Smith?

–Sheriff, ¿a usted se le ocurrió la idea de convocar a un vidente?

–¿La policía estatal y la oficina del fiscal general están al tanto de esta novedad, sheriff Bannerman?

–¿Cree que puede resolver el misterio, Johnny?

–¿Sheriff, ha nombrado asistente a este hombre? Bannerman se abrió paso lenta y enérgicamente entre ellos, mientras levantaba la cremallera de su abrigo.

–Sin comentarios, sin comentarios.

Johnny no pronunció una palabra.

Los periodistas se congregaron en el vestíbulo mientras Johnny y Bannerman bajaban por los escalones nevados. Sólo cuando dejaron atrás el coche patrulla y empezaron a cruzar la calzada uno de ellos se dio cuenta de que se encaminaban hacia el parque comunal. Varios corrieron a buscar sus abrigos. Aquellos que ya estaban equipados para salir a la intemperie cuando Bannerman y Johnny habían salido del despacho, se

precipitaron escaleras abajo en pos de ellos, gritando como niños.

9.

Las linternas se mecían en la oscuridad nevada. El viento aullaba, lanzando torbellinos de nieve en una y otra dirección.

–No podrá ver nada –dijo Bannerman–. Va a... ¡la gran puta!

Un reportero enfundado en un voluminoso abrigo y tocado con una extravagante boina escocesa estuvo, a punto de derribarle al chocar con él.

–Lo siento, sheriff –murmuró tímidamente–. El terreno está resbaladizo. Olvidé mis chanclos.

Una cuerda de nylon amarilla surgió de las tinieblas, más adelante. De ella colgaba un cartel con la leyenda INVESTIGACIÓN POLICIAL que se zarandeaba frenéticamente.

–También olvidó sus sesos espetó Bannerman–. ¡Ahora manténganse atrás, todos ustedes! ¡Atrás!

–¡El parque comunal es de propiedad pública, sheriff! –gritó uno de los periodistas.

–Es verdad, y ésta es una operación policial. Si trasponen esta cuerda pasarán la noche en chirona.

Les marcó la trayectoria de la cuerda con el rayo de la linterna, y después la levantó para que Johnny pudiera pasar por abajo. Descendieron por el declive hacia las siluetas de los bancos cubiertos de nieve. Detrás de ellos los reporteros se agolpaban a la altura de la cuerda, uniendo la luz de sus escasas linternas de manera tal que Johnny y George Bannerman caminaban dentro de una especie de reflector mortecino.

–Volamos a ciegas –afirmó Bannerman.

–Bueno, de todos modos no hay nada para ver –respondió Johnny–. ¿No le parece?

–No, ahora no. Le advertí a Frank que podía quitar esa cuerda cuando quisiera. Ahora me alegro de que no lo haya hecho. ¿Quiere acercarse al pabellón de conciertos?

–Aún no. Muéstreme dónde estaban las colillas.

Avanzaron un poco más y entonces Bannerman se detuvo.

–Aquí –dijo, y enfocó con la linterna un banco que era poco más que una protuberancia ambigua sepultada bajo un montículo de nieve.

Johnny se quitó los guantes y los guardó en los bolsillos de su abrigo. Después se arrodilló y empezó a apartar la nieve del asiento del banco. A Bannerman volvió a impresionarlo la palidez enfermiza de su rostro. Hincado frente al banco parecía un penitente religioso, un hombre enfrascado en una súplica desesperada.

Las manos de Johnny se enfriaron y después se entumecieron casi totalmente. La nieve derretida le corría por los dedos. Llegó a la superficie del banco, astillada, desgastada por los elementos. Parecía verla muy claramente, casi con aumento. Antaño había sido verde, pero ahora gran parte de la pintura se había desconchado y había sido erosionada. Dos remaches de acero herrumbroso sujetaban el asiento al respaldo.

Cogió el asiento con ambas manos y una súbita sensación macabra se apoderó de él... Nunca había experimentado antes algo tan intenso y sólo volvería a experimentarlo una vez más en su vida. Miró fijamente al banco, frunciendo el ceño, apretándolo fuertemente con las manos. Era...

(Un banco de verano)

¿Cuántos centenares de personas distintas se habían sentado allí en un momento u otro, escuchando el «God Bless America», el «Stars ans Stripes Forever» (.Sed buenos

con vuestros amigos palmípedos... pues una pata puede ser maaaadre...»), el himno de batalla de los Castle Rock Cougars'? Hojas verdes de estío, la bruma ahumada del otoño como una evocación de mazorcas de maíz y de hombres con rastrillos en el plácido crepúsculo. El redoble del tambor. Dulces trompetas y trombones dorados. Uniformes de la banda de la escuela...

(pues una pata... puede ser... madre...)

Buenas gentes allí sentadas en el verano, escuchando, aplaudiendo, sosteniendo programas que habían sido diseñados e impresos en el taller de artes gráficas de la escuela secundaria de Castle Rock.

Pero esa mañana se había sentado allí un asesino. Johnny lo sentía.

Oscuras ramas de árboles recortadas como símbolos rúnicos contra un cielo gris cargado de nieve. Él (yo) sentado aquí, fumando, esperando, complacido, como si él (yo) pudiera saltar limpiamente sobre el techo del mundo y aterrizar ágilmente sobre los dos pies. Tarareando una canción. Algo de los Rolling Stones. No capto eso, pero evidentemente todo está... ¿cómo está?

En orden. Todo está en orden, todo está gris y esperando la nieve, y yo soy...

–Escurridizo –murmuró Johnny–. Soy escurridizo, soy tan escurridizo.

Bannerman se inclinó hacia adelante, porque el viento ululante no le permitía escuchar las palabras. –¿Cómo?

–Escurridizo –repitió Johnny.

Levantó la vista hacia Bannerman y el sheriff retrocedió involuntariamente un paso. Los ojos de Johnny estaban helados y por alguna razón resultaban inhumanos. El cabello oscuro le flameaba furiosamente sobre la cara blanca, y en lo alto el viento invernal aullaba a través del firmamento negro. Sus manos parecían soldadas al banco.

–Soy tan jodidamente escurridizo –dijo claramente. En sus labios se había formado una sonrisa triunfal. Su mirada atravesaba a Bannerman. Éste se convenció. Nadie podía simular eso, ni fingirlo. Y lo más terrible era que... le recordaba a alguien. La sonrisa.:. el tono de voz... Johnny Smith ya no estaba allí; parecía haberlo sustituido un ente humano informe. Y detrás de los planos de sus facciones corrientes, casi al alcance de la mano, acechaba otra cara. La cara del asesino.

La cara de alguien que él conocía.

–Nunca me pillarán porque soy demasiado escurridizo para ustedes –soltó una risita confiada, un poco provocativa–. Lo uso siempre, y si arañan... o muerden... no pueden hacerme nada... ¡porque soy tan ESCURRIDIZO

Su voz se trocó en un alarido triunfal, delirante, que compitió con el viento, y Bannerman retrocedió otro paso, sin poder evitar que se le pusiera la carne de gallina, que las pelotas se le crisparan y se comprimieran contra sus vísceras.

»Que esto termine, pensó. Que termine ahora. Por favor.

Johnny inclinó la cabeza sobre el banco. La nieve derretida le chorreaba entre los dedos desnudos.

(Nieve. Nieve silenciosa, nieve secreta...)

(Me colocó allí una pinza de ropa para que supiera lo que se sentía. Lo que se sentía cuando pillabas una enfermedad. Una enfermedad contagiada por una de esas cochinas jodedoras, son todas cochinas jodedoras, y hay que pararlas, sí, pararlas, pararlas, parar, parar, PARAR... OH MI DIOS LA SEÑAL DE PARAR... DE STOP...)

Era nuevamente pequeño. Iba a la escuela en medio de la nieve silenciosa, secreta. Y

un hombre surgía de la blancura arremolinada, un hombre terrible, un hombre terrible y negro y sonriente con ojos brillantes como monedas de veinticinco centavos, y en su mano enguantada sostenía una señal roja de STOP... ¡él!... ¡él!... ¡él!

(OH MI DIOS NO ... NO PERMITAS QUE ME PILLE... MAMÁ... NO PERMITAS QUE ME PILLEEEEE...)

Johnny lanzó un alarido y se apartó del banco, con las manos súbitamente apretadas contra las mejillas. Bannerman se agachó junto a él, muy asustado. Los periodistas se movían y murmuraban detrás de la cuerda.

–Johnny! ¡Vuelva en sí! Escuche, Johnny...

–Escurridizo –murmuró Johnny.

Miró a Bannerman con expresión atormentada, despavorida. En su mente aún veía la silueta negra que surgía de la nieve, con los ojos brillantes como monedas de veinticinco centavos. La entrepierna le palpitaba sordamente, dolorida por, la pinza de ropa que la madre del asesino lo había obligado a usar. Entonces no era el asesino, oh no, no una fiera, no una llaga purulenta ni una mierda ni eso que había dicho Bannerman, fuera lo que fuere, sino tan sólo una criatura asustada con una pinza de ropa en su... en su...

–Ayúdeme a levantarme –murmuró.

Bannerman le ayudó.

–Ahora al pabellón de conciertos –dijo Johnny.

–No. Creo que deberíamos volver, Johnny.

Johnny pasó junto a él, a ciegas, y echó a andar hacia el pabellón de conciertos, una gran sombra circular situada más allá. Se alzaba y descollaba en la oscuridad: el lugar de la muerte. Bannerman corrió y lo alcanzó.

–¿Quién es, Johnny? ¿Sabe quién...?

–Nunca encontró restos de tejido bajo sus uñas porque usaba un impermeable –explicó Johnny. Hablaba jadeando–. Un impermeable con capucha. Un impermeable vinílico escurridizo. Revise sus informes. Revise los informes y verá. Siempre llovía o nevaba. Es cierto que lo arañaban. Se resistían. Claro que sí. Pero sus dedos se deslizaban y resbalaban sobre el impermeable.

–¿Quién, Johnny, quién?

–No lo sé. Pero lo averiguaré.

Tropezó en el primero de los seis escalones que conducían al pabellón de conciertos, manoteó para conservar el equilibrio, y lo habría perdido si Bannerman no le hubiera cogido por el brazo. Entonces subieron al escenario. Allí la capa de nieve era más fina, apenas un polvillo, porque el techo cónico no la dejaba pasar. Bannerman dirigió el rayo de la linterna hacia el suelo y Johnny se puso en cuatro patas y empezó a arrastrarse lentamente. Tenía las manos muy rojas. Bannerman pensó que ya debían de parecer trozos de carne cruda.

Johnny se detuvo repentinamente y se puso rígido como un perro que ventea a su presa.

–Aquí –murmuró–. Lo hizo aquí mismo.

Una avalancha de imágenes y texturas y sensaciones. El sabor cobrizo de la excitación, reforzado por la posibilidad de ser visto. La chica se retorcía, trataba de gritar. Le había cubierto la boca con una mano enguantada. Una excitación tremenda. Nunca me atraparán, soy el Hombre Invisible, ¿ahora es suficientemente inmundo para tu gusto, mamá?

Johnny empezó a gemir, sacudiendo la cabeza hacia atrás y adelante.

Ruido de ropas desgarradas. Tibieza. Algo que fluía. ¿Sangre? ¿Semen? ¿Orina?

Se echó a temblar de pies a cabeza. El pelo le cayó sobre la cara. Su cara. Su cara sonriente, franca, rodeado por el borde circular de la capucha del impermeable mientras sus (mis) manos se cierran alrededor del cuello en el momento del orgasmo y aprietan... aprietan... aprietan.

Sus brazos se fueron aflojando a medida que las imágenes se disipaban. Se deslizó hacia adelante, tumbado ahora cuan largo era sobre el escenario, sollozando. Cuando Bannerman le tocó el hombro profirió un grito y trató de escapar a gatas, con las facciones convulsionadas por el terror. Luego, poco a poco, se distendieron. Apoyó la cabeza contra la baranda situada a nivel de la cintura y cerró los ojos. Los estremecimientos le corrían por el cuerpo como descargas eléctricas. Tenía los pantalones y el abrigo espolvoreados de nieve.

–Sé quién es –dijo.

10.

Un cuarto de hora después Johnny estaba sentado nuevamente en el despacho de Bannerman, en calzoncillos y lo más cerca posible de la estufa eléctrica portátil. Aún parecía estar muerto de frío y desolado, pero había dejado de tiritar.

–¿Está seguro de que no quiere café?

Johnny meneó la cabeza.

–No lo tolero.

–Johnny... –Bannerman se sentó–. ¿Realmente sabe algo?

–Sé quién las mató. Usted habría acabado por agarrarlo. Pero estaba demasiado cerca de él. Incluso lo vio con su impermeable, ese impermeable brillante que le cubre íntegramente. Porque ayuda a cruzar a los niños por la mañana. Tiene una vara con una señal de «Stop» y cruza a los niños por la mañana.

Bannerman lo miró, atónito.

–¿Se refiere a Frank? ¿A Frank Dodd? ¡Está loco!

–Frank Dodd las mató –afirmó Johnny–. Frank Dodd las mató a todas.

Bannerman parecía no saber si reírse de Johnny o largarle un repentino puntapié.

–Este es el mayor disparate que he oído en mi vida –sentenció por fin–. Frank Dodd es un excelente funcionario y una excelente persona. El próximo mes de noviembre presentará su candidatura a jefe de la policía municipal, y contará con mi apoyo –ahora su expresión era de hilaridad, mezclada con otra de cansado desdén–. Frank tiene veinticinco años. Lo cual significa que habría empezado a perpetrar estas atrocidades demenciales cuando tenía diecinueve. Vive muy pacíficamente con su madre, que no goza de buena salud: hipertensión, tiroides y un estado semidiabético. Ha metido la pata, Johnny. Frank Dodd no es un asesino. Apuesto la cabeza a que no lo es.

–Los asesinatos se interrumpieron durante dos años –insistió Johnny–. ¿Dónde estaba Frank Dodd entonces? ¿Estaba en la ciudad?

Bannerman se volvió hacia él, y ahora la expresión de cansada hilaridad se había borrado y sólo conservaba un talante hosco. Hosco y colérico.

–No quiero oír hablar más de esto. Lo que dijo al principio era cierto: no es más que un impostor. Bueno, ya ha conseguido su dosis de publicidad, pero ello no significa que deba oírle calumniar a un buen funcionario, a un hombre...

–A un hombre que estima como si fuera su propio hijo –completó Johnny parsimoniosamente.

Bannerman apretó los labios, y buena parte del color que había teñido sus mejillas mientras estaban a la intemperie se borró de su cara. Fue como si le hubieran dado un golpe bajo. Entonces esto pasó y sus facciones se despojaron de toda expresión.

–Salga de aquí –ordenó–. Pídale a uno de sus amigos periodistas que le lleve de vuelta. Podrá celebrar una rueda de prensa durante el viaje de regreso. Pero le juro por Dios, le juro por Dios Todopoderoso, que si menciona el nombre de Frank Dodd iré a buscarle y le romperé el espinazo. ¿Entiende?

–¡Claro, mis amigos periodistas! –le gritó Johnny súbitamente–. ¡Tiene razón! ¿No vio cómo contestaba todas sus preguntas? ¿Cómo posaba para sus cámaras y cuidaba que enfocaran mi lado bueno? ¿Cómo vigilaba que escribieran correctamente mi nombre?

Bannerman pareció sorprendido, y adoptó de nuevo una expresión hosca.

–Baje la voz.

–¡No, no la bajaré! –respondió Johnny, y su voz subió aún más de volumen y de tono–. ¡Creo que ha olvidado quién telefoneó a quién! Pues le refrescaré la memoria. Fue usted quien me telefoneó a mí. ¡Ya ve qué ganas tenía de venir!

–Lo cual no significa que usted...

Johnny se acercó a Bannerman, apuntándole con el índice como si fuera una pistola. Era varios centímetros más bajo y probablemente cuarenta kilos más liviano que el sheriff, pero éste retrocedió un paso... como lo había hecho en el parque comunal. Las mejillas de Johnny estaban congestionadas. Tenía los labios ligeramente crispados sobre los dientes.

–No, tiene razón, el hecho de que usted me telefoneara no significa un carajo –exclamó–. Pero usted no quiere que sea Dodd, ¿verdad? Podría ser algún otro, y entonces por lo menos nos ocuparíamos de investigar, pero no puede ser el buen amigo Frank Dodd. Porque Frank es muy honrado, Frank cuida de su madre, Frank admira a ese otro buen amigo que es el sheriff George Bannerman, oh, Frank es Cristo en persona descolgado de la cruz excepto cuando está violando y estrangulando viejecitas y niñas, y podría haber sido su hija, Bannerman, es que no entiende que podría haber sido su propia hi...

Bannerman le asestó un puñetazo. En el último momento frenó el impulso, pero igualmente la fuerza bastó para despedir a Johnny hacia atrás. Tropezó con la pata de una silla y cayó despatarrado en el suelo. Le manaba un hilo de sangre de la mejilla, allí donde lo había rozado el anillo de la Academia de Policía que usaba Bannerman.

–Se lo buscó –sentenció Bannerman, pero sin verdadera convicción. Pensó que por primera vez en su vida le había pegado a un lisiado... o a alguien que casi lo era.

Johnny sintió la cabeza liviana y poblada de campanas. Su voz pareció provenir de otra persona, de un locutor de radio o de un actor de películas de clase B.

–Debería arrodillarse y dar gracias a Dios de que realmente no haya dejado ninguna pista, porque dada la simpatía que le tiene a Dodd la habría pasadó por alto. Y entonces podría haberse sentido responsable de la muerte de Mary Kate Hendrasen, como encubridor.

–Eso no es más que un condenado embuste –afirmó Bannerman parsimoniosa y claramente–. Arrestaría a mi propio hermano si fuera el culpable. Levántese del suelo. Siento haberle pegado.

Le ayudó a ponerse en pie y le miró el rasguño de la mejilla. –Traeré el botiquín de primeros auxilios y le daré un toque de iodo.

–Olvídelo –respondió Johnny. Ya no hablaba con tono colérico–. Supongo que le tomé por sorpresa, ¿verdad?

–Le repito que no pudo haber sido Frank. Está bien, usted no es un buscador de publicidad. Le acusé injustamente. Me dejé llevar por un arrebato, ¿de acuerdo? Pero esta vez sus vibraciones o su plano astral o lo que sea le han dado una pista errada.

–Entonces verifíquelo –dijo Johnny. Clavó sus ojos en los de Bannerman y le sostuvo la mirada–. Verifíquelo. Demuéstreme que me equivoco. –Tragó saliva–. Coteje las horas y los días con el programa de actividades de Frank. ¿Puede hacerlo?

–Las fichas de control archivadas en el armario del fondo se remontan hasta hace catorce o quince años –admitió Bannerman a regañadientes–. Supongo que podría revisarlas.

–Pues hágalo.

–Señor... –Hizo una pausa–. Johnny, si usted conociera a Frank, se reiría de sí mismo. En serio. No es sólo una opinión mía. Pregúnteselo a cualquiera.

–Si me equivoco, tendré mucho gusto en confesarlo.

–Esto es absurdo –masculló Bannerman, pero se encaminó hacia el armario donde estaban guardadas las fichas viejas y lo abrió.

11.

Pasaron dos horas. Ya era casi la una de la mañana. Johnny había telefoneado a su padre y le había dicho que encontraría un lugar donde dormir en Castle Rock. La tormenta había adquirido una magnitud feroz y habría sido prácticamente imposible conducir de regreso.

–¿Qué pasa allí? –preguntó Herb–. ¿Puedes contármelo?

–Será mejor que no hable de esto por teléfono, papá.

–De acuerdo, Johnny. No te agotes.

–No.

Pero estaba agotado. No recordaba haber estado tan exhausto desde aquellos primeros tiempos de la fisioterapia con

Eileen Magown. Una mujer simpática, pensó al azar. Una mujer simpática y afectuosa, por lo menos hasta que le había advertido que su casa se estaba incendiando. A partir de entonces empezó a mostrarse circunspecta y torpe en el trato. Le había dado las gracias, por supuesto, pero... ¿acaso había vuelto a tocarle? ¿Había vuelto a tocarle? Johnny creía que no. Y con Bannerman sucedería lo mismo cuando se solucionara ese caso. Qué pena. Bannerman era, como Eileen, una persona simpática. Pero la gente se ponía muy nerviosa en presencia de las personas a las que les bastaba tocar un objeto para saberlo todo acerca de su propietario.

–Esto no prueba nada –decía Bannerman en ese momento. Su tono dejaba traslucir una rebeldía caprichosa, infantil, que a Johnny le hizo sentir deseos de agarrarle y zarandearlo hasta hacerle castañetear los huesos. Pero estaba demasiado exhausto.

Tenían frente a ellos una cronología elemental que Johnny había confeccionado al dorso de una circular sobre la venta de coches usados de la policía del estado. Junto al escritorio de Bannerman se apilaban descuidadamente siete u ocho cajas de viejas fichas de control, y sobre la mitad superior de la cesta de entradas y salidas de Bannerman

descansaban las fichas de Frank Dodd, que se remontaban a 1971, año en que se había incorporado a la dotación del sheriff. La cronología era ésta:

LOS ASESINATOS	FRANK DODD
12/11/70 15.00 horas, Alma Frechette (camarera)	Trabajaba entonces en la gasolinera Gulf de la Calle Mayor
17/11/71 Pauline Toothaker	Fuera de servicio 10.00 horas,
16/12/71 14.00 horas, Cheryl Meody (alumna secundaria)	Fuera de servicio
?/11/74 Carol Dunbarger (alumna secundaria)	Período de vacaciones de dos semanas
(?)/10/75 Etta Ringgold (Maestra)	Horario regular de patrullaje 29
17/12/75 Mary Kate Hendrasen	Fuera de servicio 10.10 horas,

Todas las horas son las calculadas aproximadamente por el médico forense del estado

–No, no prueba nada –asintió Johnny, mientras se frotaba las sienes–. Pero tampoco le deja fuera de toda sospecha, que digamos.

Bannerman dio un golpecito sobre el papel que contenía los datos.

–Cuando asesinaron a la señorita Ringgold estaba en horas de servicio.

–Sí, si la asesinaron realmente el 29 de octubre. Pero podría haber sucedido el 28 o el 27. Y aunque estuviera en horas de servicio, ¿a quién se le ocurre sospechar de un policía?

Bannerman escudriñaba muy concienzudamente la pequeña tabla cronológica.

–¿Y qué me dice del bache? –preguntó Johnny–. ¿Del bache de dos años?

Bannerman deslizó bajo su pulgar las fichas de control. –Frank prestó servicios aquí mismo durante los años 1973 y 1974. Ya lo ha visto.

–De modo que quizás en esos años no le atacó su obsesión. Por lo menos, hasta donde sabemos.

–Hasta donde sabemos, no sabemos nada –se apresuró a contradecirle Bannerman.

–¿Pero qué me cuenta de 1972? ¿De fines de 1972 y comienzos de 1973?

No hay fichas de control que correspondan a ese período. ¿Se fue de vacaciones?

–No –respondió Bannerman–. Frank y un tipo llamado Tom Harrison asistieron a un curso sobre Policía Rural en una filial de la Universidad de Colorado, en Pueblo. Es la única institución del país donde se dictan cursos de esa naturaleza. Duran ocho semanas. Frank y Tom estuvieron fuera desde el 15 de octubre hasta alrededor de Navidad. El

estado paga una parte, el condado paga otra, y el gobierno de los Estados Unidos paga otra en virtud de la Ley de Administración de Justicia de 1971. Yo elegí a Harrison, que ahora es jefe de policía de Gates Falls, y a Frank. Este estuvo a punto de no ir porque le preocupaba la idea de que su madre se quedara sola. Sinceramente, creo que ella trató de persuadirle para que se quedase. Yo le convencí. Frank quiere ser un policía de carrera, y un curso de Policía Rural en el historial produce una excelente impresión. Recuerdo que cuando él y Tom volvieron en diciembre, Frank estaba bajo los efectos de una infección vírica y tenía un aspecto horrible. Había rebajado diez kilos. Afirmaba que en esa región de palurdos nadie sabía cocinar como su madre.

Bannerman se calló. Algo de lo que acababa de decir parecía inquietarle.

–Se tomó una semana de permiso por enfermedad durante las fiestas y después se repuso –resumió Bannerman, casi a la defensiva–. Volvió aproximadamente el 15 de enero, cuando más. Verifique usted mismo las fichas.

–No es necesario. Así como no es necesario que le informe cuál deberá ser su próximo paso.

–No –murmuró Bannerman. Se miró las manos–. Ya le advertí que usted posee una buena cabeza para esta profesión. Quizá tenía más razón de la que creía. O de la que deseaba tener.

Levantó el auricular del teléfono y extrajo del cajón inferior de su escritorio una guía voluminosa con una cubierta lisa de color azul. Mientras la hojeaba sin levantar la vista, le dijo a Johnny:

–Es una gentileza de la misma Ley de Administración de Justicia. Figuran los números de todos los sheriffs de todos los condados de los Estados Unidos.

Encontró lo que buscaba e hizo la llamada.

Johnny se revolvió en su asiento.

–Escuche –dijo Bannerman–. ¿Hablo con el despacho del sheriff de Pueblo?... Está bien. Me llamo George Bannerman, y soy el sheriff del condado de Castle, en el oeste de Maine... sí, eso dije. Estado de Maine. ¿Con quién hablo, por favor? ... De acuerdo, agente Taylor, se trata de lo siguiente. Aquí se ha perpetrado una serie de asesinatos, violaciones y estrangulaciones, seis en total durante los últimos cinco años. Siempre a fines de otoño o comienzos de invierno. Tenemos un... –Miró fugazmente a Johnny, con expresión dolorida e impotente. Después volvió a mirar el teléfono–. Tenemos un sospechoso que estuvo en Pueblo desde el 15 de octubre de 1972 hasta el... hmm... el 17 de diciembre, según creo. Lo que me gustaría saber es si en sus archivos figura un asesinato sin resolver, cometido durante ese período, con una víctima de sexo femenino, de cualquier edad, violada y muerta por estrangulación. Además, me gustaría conocer el tipo de esperma del culpable en el caso de que se haya cometido un crimen de esa naturaleza y de que ustedes hayan recogido una muestra de esperma. ¿Cómo?... Sí, de acuerdo. Gracias... Estaré aquí mismo esperando. Adiós, agente Taylor. –Colgó el auricular–. Va a verificar mi identidad, después buscará los datos que le he pedido y por último me telefoneará. ¿Quiere una taza de ... ? No, no bebe, ¿verdad?

–No. Me conformaré con un vaso de agua.

El sheriff se encaminó hacia el surtidor de agua fría y llenó un vaso de cartón. En el exterior la tormenta aullaba y machacaba.

Bannerman murmuró, ofuscado, a sus espaldas:

–Sí, es cierto. Tiene razón. Frank es el hijo que me habría gustado tener. Cuando nació

Katrina, a mi esposa le practicaron una cesárea. No podrá dar a luz más hijos, porque el doctor advirtió que otro parto podría ser fatal para ella. Le ligaron las trompas y a mí me hicieron una vasectomía. Para mayor seguridad.

Johnny se acercó a la ventana y miró en dirección a la oscuridad, con el vaso de agua en la mano. Ahora no había nada para ver, excepto la nieve, pero si él se volvía Bannerman no podría seguir hablando. No hacía falta ser telépata para saberlo.

–El padre de Frank trabajaba en el ferrocarril y murió en un accidente cuando él tenía más o menos cinco años. Estaba borracho, y trató de hacer un enganche en condiciones en que probablemente podría haberse meado encima sin darse cuenta. Quedó aplastado entre dos vagones. Desde entonces Frank debió ser el hombre de la casa. Roscoe dice que tuvo una novia en la escuela secundaria, pero la señora Dodd se apresuró a disuadirle.

No me extraña que lo haya hecho, pensó Johnny. Una mujer capaz de hacer eso... de hacerle eso con la pinza de ropa... a su propio hijo... es una, mujer que no se detendría ante nada. Debe de estar casi tan loca como él.

–Acudió a mí cuando tenía dieciséis años y me preguntó si era posible trabajar en la policía con horario reducido. Me explicó que era lo único que realmente había deseado ser o hacer desde su infancia. Enseguida me cayó bien. Le di un empleo y le pagaba con dinero de mi propio bolsillo. Le pagaba lo que podía, sabe, y él nunca se quejó de su remuneración. Era uno de esos chicos que habrían trabajado gratuitamente. Un mes antes de graduarse en el colegio secundario presentó una solicitud formal de trabajo, con horario completo, pero no había vacantes. De modo que se empleó en la gasolinera Gulf de Donny Haggar, y siguió un curso nocturno sobre actividad policial en la Universidad de Gorham. Supongo que la señora Dodd también trató de disuadirle de eso (creía que pasaba demasiado tiempo sola, o algo por el estilo), pero esta vez Frank perseveró... con mi respaldo. Le dimos un empleo en julio de 1971 y desde entonces trabaja conmigo. Ahora usted me dice esto y yo recuerdo que ayer por la mañana Katrina salió a la calle, y que pasó frente a quienquiera que sea el responsable de lo que sucedió... y es como una especie de incesto obsceno, casi. Frank ha estado en nuestra casa, ha comido con nosotros, se ha quedado un par de veces cuidando de Katrina... y usted me dice...

Johnny se volvió. Bannerman se había quitado las gafas y se enjugaba nuevamente los ojos.

–Si de verdad ve esas cosas, lr compadezco. Es una aberración de Dios, como la vaca de dos cabezas que vi una vez en la feria. Lo siento. Sé que lo que acabo de decir es una infamia.

–La Biblia dice que Dios ama a todas sus criaturas –respondió Johnny, con voz un poco insegura.

–¿De veras? –Bannerman inclinó la cabeza y se frotó las marcas rojas que tenía a los costados de la nariz, donde se apoyaban sus gafas–. Tiene una extraña forma de demostrarlo, ¿no le parece?

12.

El teléfono sonó unos veinte minutos más tarde y Bannerman lo atendió enseguida. Habló poco. Escuchaba. Johnny vio cómo envejecían sus facciones. Colgó el auricular y miró en silencio a Johnny durante un largo rato.

–El 12 de noviembre de 1972 –articuló–. Una alumna de la universidad. La encontraron en un campo, junto a la autopista. Se llamaba Ann Simons. Violada y

estrangulada. Veintitrés años. No analizaron el tipo de esperma. Todavía no es una prueba, Johnny.

–No creo que usted necesite más pruebas, interiormente –replicó Johnny–. Y sospecho que si lo enfrenta con lo que ya sabe, confesará.

–¿Y si no confiesa?

Johnny recordó la visión que había tenido en el pabellón de conciertos. Se precipitó girando sobre él como un búmerang enloquecido y letal. La sensación desgarrante. El dolor agradable, el dolor que recordaba él de la pinza de ropa, el dolor que lo ratificaba todo.

–Ordénele que se baje los pantalones –dijo Johnny.

Bannerman lo miró.

13.

Los periodistas estaban aún en el vestíbulo. En verdad, probablemente no se habrían movido de allí, aunque no hubieran pensado que se iba a producir una novedad en la investigación... o por lo menos un vuelco extravagante. Las carreteras de salida estaban intransitables.

Bannerman y Johnny salieron por la ventana de la alacena.

–¿Está seguro de que hay que hacerlo así? –preguntó Johnny, y la tormenta intentó arrancarle las palabras de la boca. Le dolían las piernas.

–No –contestó Bannerman sencillamente–, pero creo que usted tiene que estar presente. Quizá pienso que él debe tener la oportunidad de mirarle a la cara, Johnny. Venga conmigo. Los Dodd viven a sólo doscientos metros de aquí.

Echaron a andar, encapuchados, calzados con sus botas: un par de sombras en medio de la ventisca. Bannerman llevaba su revólver reglamentario bajo el abrigo. Tenía las esposas prendidas al cinturón. Cuando aún no habían recorrido cien metros por la nieve profunda, Johnny empezó a cojear mucho. Sin embargo mantuvo la boca tenazmente cerrada y no se quejó.

Bannerman lo notó. Se detuvieron en el portal del Castle Rock Western Auto.

–¿Qué le sucede, hijo?

–Nada –respondió Johnny. También volvía a dolerle la cabeza.

–Claro que le sucede algo. Camina como si tuviera las dos piernas rotas.

–Cuando salí del coma debieron operarme las piernas. Los músculos se habían atrofiado. Para decirlo con las palabras del doctor Brown, habían empezado a licuarse. Los recompusieron de la mejor manera posible con sustancias sintéticas...

–¿Como al Hombre de Seis Millones de Dólares, eh?

Johnny pensó en las pulcras pilas de facturas del hospital que conservaba en su casa, en el primer cajón del aparador.

–Sí, algo parecido. Cuando paso demasiado tiempo apoyado en ellas, se entumecen. Eso es todo.

–¿Quiere volver atrás?

»Claro que quiero. Volver atrás y no pensar más en este infernal asunto. Ojalá no hubiera venido nunca. No es nada de mi incumbencia. Este es el tipo que me comparó con una vaca de dos cabezas.

–No, estoy bien –murmuró.

Salieron del portal y el viento los atrapó e intentó echarlos a rodar por la calle desierta.

Siguieron avanzando dificultosamente bajo el resplandor inclemente de las luces de sodio veladas por la nieve, encorvados para luchar contra el viento. Giraron por una calle lateral y Bannerman se detuvo frente a la quinta casa, una pequeña y pulcra construcción típica de New England. Como las otras casas de la calle, estaba a oscuras y tenía las persianas cerradas.

–Es aquí –anunció Bannerman, con voz curiosamente inexpresiva. Se abrieron paso por el montículo de nieve que el viento había acumulado contra el porche y subieron la escalera.

14.

La señora Henriette Dodd era una mujer corpulenta, que cargaba el peso muerto de la carne sobre sus huesos. Johnny nunca había visto una mujer de apariencia más enfermiza. Su tez tenía un color gris amarillento. Sus manos atacadas por el eczema parecían cubiertas por las escamas de un reptil. Y en sus ojos, reducidos a ranuras refulgentes dentro de sus cuencas abotagadas, había algo que le traía desagradables recuerdos del aspecto que habían tenido los de su madre cuando era presa de uno de sus accesos de frenesí religioso.

Les había abierto la puerta después de que Bannerman la golpeara con los nudillos durante casi cinco minutos. Johnny estaba plantado junto a él sobre sus piernas doloridas, pensando que esa noche no terminaría nunca. Seguiría y seguiría hasta que la nieve alcanzara suficiente altura para desmoronarse sobre ellos y sepultarlos a todos.

–¿Qué deseas en medio de la noche, George Bannerman? –preguntó con tono receloso. Su voz, como la de muchas mujeres gordas, tenía el timbre de un instrumento de cañas, agudo y zumbador... sonaba un poco como una mosca o una abeja atrapada dentro de una botella.

–Debo hablar con Frank, Henriette.

–Entonces habla con él por la mañana –respondió Henriette Dodd, y empezó a cerrarles la puerta en las narices.

Bannerman detuvo el movimiento de la puerta con una mano enguantada.

–Lo siento, Henriette. Tiene que ser ahora.

–¡Bueno, pues no voy a despertarle! –exclamó ella, sin apartarse del hueco de la puerta–. ¡De todas maneras duerme como un tronco! Algunas noches le llamo con la campanilla, porque a veces tengo palpitaciones atroces, ¿y crees que viene? ¡No señor, sigue durmiendo y una mañana al levantarse me encontrará muerta de un infarto, en la cama, en lugar de encontrar su maldito huevo escalfado! ¡Porque tú le haces trabajar demasiado!

Sonrió con una suerte de agria mueca triunfal. El infame secreto había salido a la luz.

–Durante todo el día, durante toda la noche, con turnos rotativos, persiguiendo borrachos en medio de la noche y cualquiera de ellos podría tener un calibre 32 bajo el asiento, y corriendo a las tabernas y burdeles donde se reúne la gentuza, ¡pero a ti qué te importa! ¡Creo saber qué pasa en esos tugurios llenos de rameras baratas a las que les encantaría contagiarle una enfermedad incurable a un chico decente como mi Frank por el precio de una botella de cerveza.

Su voz, la del instrumento de cañas, se henchía y bordoneaba. Como contrapartida, a Johnny le retumbaba y le palpitaba la cabeza. Deseaba que se callara. Sabía que era una alucinación, consecuencia del agotamiento y la tensión de esa noche espantosa, pero tenía

la impresión cada vez más nítida de que la que estaba plantada allí era su madre, y de que en cualquier momento se desentendería de Bannerman y empezaría a ponderarle a él el talento maravilloso que le había conferido Dios.

–Señora Dodd... Henriette... –empezó a decir Bannerman pacientemente.

Entonces ella se volvió hacia Johnny y lo miró con sus ojillos porcinos, entre astutos y estólidos.

–¿Quién es éste?

–Un colaborador especial –se apresuró a responder Bannerman–. Henriette, yo asumo la responsabilidad de despertar a Frank.

–¡Ooooh, la responsabilidad! —canturreó ella con una soma monstruosa, zumbona, y Johnny comprendió finalmente que estaba asustada. El miedo emanaba de ella en oleadas palpitantes, fétidas... y esto era lo que empeoraba su jaqueca. ¡La reees-pon-sa-bi-li-daaad! ¡Qué importante eres, sí, mi Dios! ¡Bueno, no permitiré que despierten a mi chico en medio de la noche, George Bannerman, así que tú y tu colaborador especial pueden irse a la mierda!

Nuevamente trató de cerrar la puerta y esta vez Bannerman terminó de abrirla con un empujón. Su voz destilaba cólera y, por debajo de ésta, una terrible tensión.

–Abre, Henriette. Lo digo en serio. Ahora mismo.

–No puedes hacer esto –exclamó ella–. ¡No vivimos en un estado policial! ¡Te haré echar de tu puesto! ¡Muéstrame tu orden judicial!

–No, no puedo hacerlo, tienes razón, pero yo voy a hablar con Frank –afirmó Bannerman, y pasó de largo junto a ella.

Johnny lo siguió, casi sin tener conciencia de sus actos.

Henriette Dodd le lanzó un manotazo. Johnny le cogió la muñeca... y un dolor atroz se expandió por su cabeza, eclipsando la sorda palpitación de la jaqueca. Y la mujer también lo sintió. Los dos se miraron durante un momento que pareció durar una eternidad, con una comprensión espantosa, perfecta. Durante ese momento parecieron fusionados el uno al otro. Después, ella retrocedió, y se llevó la mano a su busto de arpía.

–Mi corazón... mi corazón... –Hurgó en el bolsillo de su bata y extrajo un tubo de píldoras. Sus facciones habían adquirido el color de la masa cruda. Le quitó la tapa al tubo y volcó los minúsculos comprimidos en el suelo antes de recoger uno solo en la palma de la mano. Se lo deslizó bajo la lengua. Johnny se quedó mirándola con una expresión de mudo horror. Sentía la cabeza convertida en una vejiga hinchada, llena de sangre caliente.

–¿Lo sabía? –susurró.

La boca gorda y arrugada de la mujer se abrió y se cerró, se abrió y se cerró. No emitió ningún sonido. Era la boca de un pez encallado.

–¿Siempre lo supo?

–¡Usted es un demonio! –le gritó ella—. Es un monstruo.... un diablo... Oh, mi corazón... oh, me estoy muriendo... creo que me estoy muriendo... llamen al médico... ¡George Bannerman no subas a despertar a mi bebé!

Johnny la soltó, y mientras se pegaba inconscientemente la mano contra el abrigo, como si quisiera quitarle una mancha, subió tambaleándose por la escalera detrás de Bannerman. Fuera, el viento sollozaba en los aleros como un niño extraviado. Al llegar a la mitad de la escalera miró hacia atrás. Henriette Dodd estaba sentada en una silla de mimbre: una mole de carne despatarrada, que resollaba y se sujetaba un pecho

descomunal con cada mano. Él aún tenía la impresión de que su cabeza se estaba hinchando y pensó: Muy pronto, reventará, sencillamente, y ése será el fin. Loado sea Dios.

Una alfombra vieja y raída cubría el suelo del angosto corredor. El empapelado tenía filigranas. Bannerman golpeaba con el puño una puerta cerrada. Allí arriba la temperatura era por lo menos diez grados más baja.

–¿Frank? ¡Frank! ¡Soy Bannerman! ¡Despierta, Frank!

No obtuvo respuesta. Bannerman hizo girar el pomo y empujó la puerta, abriéndola. Su mano había bajado hasta la culata del revólver, aunque no lo desenfundó. Podría haber sido un error fatal, pero la habitación de Frank Dodd estaba vacía.

Los dos permanecieron un momento en el umbral, mirando hacia adentro. Era la habitación de un niño. El empapelado también tenía filigranas y estaba cubierto de payasos danzarines y caballitos mecedores. Había una sillita de niño sobre la que descansaba una muñeca de trapo, que los miraba con sus brillantes ojos inexpresivos. En un rincón descansaba una caja de juguetes. En el otro había una angosta cama de arce con las sábanas descorridas. De uno de los postes de la cama colgaba el revólver enfundado de Frank Dodd, que desentonaba con el entorno.

–Dios mío –susurró Bannerman–. ¿Qué es esto?

–Socorro –clamó la voz de la señora Dodd desde abajo–. Socorro...

–Lo sabía –afirmó Johnny–. Lo supo desde el comienzo, desde que mató a la señorita Frechette. El se lo confesó. Y ella lo encubrió.

Bannerman salió de la habitación, retrocediendo lentamente, y abrió otra puerta. Tenía una expresión atónita y dolorida. Era la habitación de huéspedes, desocupada. Abrió el armario empotrado, que estaba vacío con excepción de una pulcra bandeja de matarratas D-Con depositada en el suelo. Otra puerta. Este dormitorio se hallaba incompleto y estaba suficientemente frío como para que el aliento de Bannerman se condensara en el aire. Miró en torno. Había otra puerta, en el rellano de la escalera. Se encaminó hacia allí, y Johnny lo siguió. La puerta tenía echada la llave.

–¿Frank? ¿Estás ahí? –Sacudió el pomo–. ¡Abre, Frank!

No obtuvo respuesta. Bannerman levantó el pie y descargó una patada que hizo blanco en la puerta justo debajo del pomo. Se oyó un crujido seco que pareció repercutir en la cabeza de Johnny como el golpe de una plancha de acero al caer sobre un piso de baldosas.

–Oh, Dios –exclamó Bannerman, con voz embotada, ahogada–. Frank.

Johnny vio por encima de su hombro. Vio demasiado. Frank Dodd descansaba sobre el asiento bajo del inodoro.

Estaba desnudo con excepción del reluciente impermeable negro, que se había echado sobre los hombros. La capucha negra del impermeable (capucha de verdugo, pensó Johnny vagamente) colgaba sobre el depósito del inodoro como una grotesca vaina vacía. De alguna manera había conseguido degollarse a sí mismo... algo que Johnny no habría creído posible. Sobre el borde del lavabo había un estuche de hojas de afeitar Wilkinson. Una hoja solitaria descansaba en el suelo, desde donde lanzaba destellos malignos. Unas gotas de sangre le habían manchado el filo. La sangre de la vena yugular y la arteria carótida seccionadas había saltado en todas las direcciones. En parte se había acumulado en los pliegues del impermeable que se arrastraba por el suelo. Había salpicado la cortina de la ducha, adornada con figuras de palitos andarines que se protegían la cabeza con

sendos paraguas. Había salpicado el cielo raso.

Del cuello de Frank Dodd colgaba mediante un cordel una leyenda trazada con lápiz de labios: CONFIESO.

El dolor de cabeza de Johnny empezó a trepar a un apogeo siseante e insoportable. Tanteó con la mano y encontró el marco de la puerta.

Lo supo, pensó coherentemente. Cuando me vio se dio cuenta de alguna manera. Supo que todo había terminado. Vino a casa e hizo esto.

Unos anillos negros se superponían a su visión, se expandían como ondas malignas.

»Qué talento te ha conferido Dios, Johnny. (CONFIESO)

–Johnny?

Desde muy lejos.

–Johnny, estás...

Se disipaba. Todo se disipaba. Qué bueno. Habría sido mejor si nunca hubiera salido del coma. Mejor para todos. Bueno, había tenido su oportunidad.

–...Johnny...

Frank Dodd había subido allí y había conseguido degollarse según era proverbial de oreja a oreja mientras la tempestad aullaba fuera como si todas las abominaciones del mundo se hubieran desencadenado. Igual que un surtidor, como había dicho su padre aquel invierno, hacía más o menos doce años, cuando las cañerías del sótano se habían congelado y habían estallado. Igual que un surtidor. Claro que sí. Hasta el cielo raso.

Tal vez en ese momento gritó, aunque nunca lo supo con certeza. Quizás el alarido sólo existió dentro de tu cráneo. Pero quiso gritar; gritar y desahogar todo el horror y la compasión y el dolor que llevaba dentro del corazón.

Después se precipitó en las tinieblas, agradecido de que fuera así. Johnny se desmayó.

15.

Del New York Times, 19 de diciembre de 1975:

VIDENTE DE MAINE GUÍA AL SHERIFF HASTA LA CASA DE SU ASISTENTE ASESINO. DESPUÉS DE VISITAR LA ESCENA DEL CRIMEN.

(Especial para el Times.) Es posible que John Smith de Pownal no sea un auténtico vidente, pero resultaría difícil persuadir de ello al sheriff George F. Bannerman, del condado de Castie, en Maine. Cuando en la pequeña ciudad de Castle Rock, en el oeste de Mame se perpetró el sexto asesinato acompañado de violación, el sheriff Bannerman le telefoneó, desesperado, al señor Smith y le pidió que fuera allí a echarle una mano, si podía. El señor Smith, que este mismo año conmocionó a todo el país al despertar de un coma profundo después de cincuenta y cinco meses, había sido descalificado por el semanario tabloide Inside View, que lo tachó de impostor, pero el sheriff Bannerman se limitó a decir ayer, en una rueda de prensa: «Aquí en Maine no hacemos mucho caso de lo que opinan los reporteros de Nueva York».

Según el sheriff Bannerman, el señor Smith se arrastró a gatas por el escenario del sexto asesinato, cometido en el parque comunal de Castle Rock. Cuando se levantó tenía las manos ligeramente congeladas, y conocía el nombre del asesino:` el asistente Franklin Dodd, que figuraba en la plantilla del sheriff del condado de Castle desde hace cinco años, o sea desde que el mismo Bannerman asumió su cargo.

Hace poco tiempo el señor Smith generó una polémica en su estado natal cuando tuvo una visión telepática de que la casa de su fisioterapeuta se había incendiado.. La visión

resultó ser estrictamente veraz. En la rueda de prensa que se desarrolló a continuación, un periodista le desafió...

De Newsweek, página 41, semana del 24 de diciembre de 1975:

EL NUEVO HURKOS

Es posible que, por primera vez desde los tiempos de Peter Hurkos, haya aparecido en este país un auténtico vidente... Hurkos era el vidente de origen alemán que podía revelar a sus interlocutores todo lo que se vinculaba con sus vidas privadas con sólo tocarles las manos, los cubiertos, o el contenido de sus bolsos.

John Smith es un joven tímido y retraído de la ciudad de Pownal, situada en el centro y sur de Maine. Este mismo año recuperó el conocimiento después de pasar más de cuatro años en coma profundo corno consecuencia de un accidente de coche (véase foto). Según el neurólogo de consulta que se ocupó del caso, el doctor Samuel Weizak, Smith «se recuperó en circunstancias francamente asombrosas». Ahora se está restableciendo de una ligera congelación y de un desvanecimiento de cuatro horas que siguió a la extravagante resolución de una serie de asesinatos que nadie había conseguido resolver durante mucho tiempo en la ciudad de...

27 de diciembre de 1975

Querida Sarah:

Tu carta, que llegó esta tarde, nos produjo una gran alegría a papá y _a mí. Estoy realmente bien, así que puedes dejar de preocuparte, ¿de acuerdo? Pero te agradezco tu interés. La prensa exageró mucho la «congelación». Sólo afectó a un par de lugares en las yemas de tres dedos de la mano izquierda. El desvanecimiento no fue mucho más que un desmayo pasajero producido por mi «sobrecarga emocional», según dice Weizak. Sí, él vino personalmente e insistió en llevarme al hospital de Portland. El sólo verle en acción casi compensa la tarifa del internamiento. Les obligó a facilitarle una consulta, un electroencefalógrafo y un técnico para manipular el aparato. Afirma que no encuentra nuevas lesiones cerebrales ni síntomas de un deterioro cerebral progresivo. Quiere practicar una serie completa de exámenes, algunos de los cuales tienen un aire francamente inquisitorial: «¡Retráctate, hereje, o te someteremos a otro neumo-scanning cerebral!» (Ja, ja, ¿y tú sigues aspirando esa abyecta cocaína, cariño?) Sea como fuere, rechacé la amable oferta de administrarme nuevos sondeos. y punciones. Papá está bastante enfadado conmigo porque no he querido dejarme examinar, y a cada rato trata de comparar mi negativa con la de mi madre cuando se negaba a tomar su medicamento contra la hipertensión. Es muy difícil convencerle de que si Weizak descubriera realmente algo, las probabilidades de que no pudiese hacer nada por mí serían nueve contra una.

Sí, he leído el artículo de Newsweek. La foto me la tomaron durante la rueda de prensa, pero la recortaron. Parezco alguien a quien no te gustaría encontrar en un callejón oscuro, ¿verdad? ¡Ja, ja! Caramba (como es tan aficionada a decir tu amiga Anne Strafford), pero habría preferido que no publicaran esa historia. Han empezado a afluir nuevamente los paquetes, las tarjetas y las cartas. Ya no abro la correspondencia a menos que reconozca la dirección del remitente, y me limito a enviar todo de vuelta. Los mensajes son demasiado lastimosos, están demasiado cargados de esperanza y odio y credulidad e incredulidad, y por alguna razón siempre me recuerdan a mi madre.

*Bueno, no quiero parecer muy lúgubre, porque la situación no es tan mala. Pero tampoco quiero convertirme en un vidente profesional, ni salir de gira ni aparecer en TV (un fenicio de la NBC consiguió nuestro número de teléfono, quién sabe cómo, y me preguntó si deseaba trabajar en el programa de Carson. Una idea fenomenal, ¿no te parece? Don Rickles podría injuriar a algunas personas, una estrellita podría exhibir sus ubres, y yo podría formular algunas predicciones. Todo con el patrocinio de General Foods). No quiero participar en semejante M*I*E*R*D*A. Lo que anhelo realmente es volver a Cleaves Mills y sumergirme en el total anonimato como profesor de inglés de la escuela secundaria. Y reservar mis corazonadas premonitorias para las asambleas de hinchas de fútbol.*

Supongo que esto es todo por ahora. Espero que tú y Walt y Denny hayais pasado una feliz Navidad y que aguarden ansiosamente (a juzgar por lo que me contaste supongo que Walt lo aguarda, por lo menos) el Formidable Año de Elecciones del Bicentenario que tenemos por delante. Me alegra saber que tu esposo ha sido elegido candidato a ocupar el escaño que le corresponde a vuestro distrito en el senado estadual, pero reza vehementemente, Sarey... 1976 no parece ser precisamente el año ideal para los adictos al Partido Republicano. Esto deben agradecérselo al actual ocupante de la residencia de San Clemente y ex inquilino de la Casa Blanca.

Mi padre me pide que te transmita sus mejores deseos y que te agradezca la foto de Denny, que le dejó verdaderamente impresionado. Yo también te envío mis mejores deseos. Te agradezco tu carta y tu innecesaria preocupación por mí (innecesaria pero muy bien venida). Me encuentro bien y espero ansiosamente el momento de volver a la rutina.

Muchos cariños de

Johnny

P.D.: Por última vez, chica, deja la cocaína. J.

29 de diciembre de 1975

Querido Johnny:

Creo que ésta es la carta más difícil y más amarga que he tenido que escribir en mis dieciséis años de trabajo en la administración del colegio, no sólo porque eres un buen amigo sino también porque eres un profesor excepcional. No sé cómo dorarte la píldora, así que ni siquiera lo intentaré.

Ayer por la noche se,, celebró una reunión especial de la junta escolar (a petición de dos miembros que no mencionaré, pero que pertenecían a la junta cuando tú eras profesor aquí, de modo que probablemente adivinarás sus nombres), y por 5 votos contra 2 resolvieron solicitar la cancelación de tu contrato. La razón: eres demasiado polémico para poder desempeñar eficazmente tu función docente. Me sentí tan asqueado que estuve a punto de presentar mi renuncia. Si no hubiera sido por Maureen y los chicos, creo que lo habría hecho. Este aborto ni siquiera está a la par de la proscripción de Rabbit, Run o Catcher in the Rye, en las aulas. Esto es peor. Apesta.

Así lo dije, pero fue tan infructuoso como si les hablara en esperanto o en chino. Lo único que atinan a pensar es que tu foto apareció en Newsweek y en el New York Times y que la historia de Castle Rock se difundió por televisión para todo el país. ¡Demasiado polémico! Cinco viejos que no pueden dar un paso sin sus bragueros, hombres de esos que prestan más atención a la longitud del cabello que a los libros de texto, y que tienen

más interés en averiguar cuál de los profesores fuma marihuana que en buscar la forma de comprar libros dignos del siglo xx para el departamento de ciencias.

He escrito una larga carta de protesta a la totalidad de la junta, y creo que con un poco de presión conseguiré que Irving Finegold la avale con su firma. Pero al mismo tiempo no sería sincero contigo si te dijera que existe sólo una mínima esperanza de que esos cinco viejos cambien de idea.

Lo que te aconsejo es que te agencies un abogado, Johnny. Tú firmaste ese contrato de buena fe, y creo que podrás exprimirles hasta el último céntimo de tu sueldo, aunque no llegues a pisar las aulas de Cleaves Milis. Y telefonéame cuando tengas ganas de conversar.

Lo siento de todo corazón.

Tu amigo, Dave Pelsen

16.

Johnny se quedó plantado junto al buzón con la carta de Dave en la mano, mirándola con incredulidad. Ése era el último día del año 1975, despejado y corrosivamente frío. La respiración le brotaba de las fosas nasales formando finos chorros de vapor.

–Mierda –susurró–. Mierda, mierda.

Se inclinó torpemente, sin haber terminado de asimilar el contenido de la carta, para verificar qué más le había traído el cartero. Como de costumbre, el buzón estaba atestado. Había sido casual que la carta de Dave asomara por la abertura.

Encontró una hoja blanca y ondulante de papel que le invitaba a concurrir a la oficina de correos en busca de los paquetes, los inevitables paquetes. Mi marido me abandonó en 1969, aquí le envío un par de calcetines suyos para que me diga dónde está, así puedo decirle a ese bastardo que pague la mensualidad de los niños. Mi bebé se asfixió el año pasado, aquí tiene su sonajero, por favor escríbame y dígame si es feliz con los ángeles allí en el cielo. No le bauticé porque su padre se opuso y ahora tengo el corazón destrozado. La interminable letanía.

Qué talento te ha conferido Dios, Johnny.

Con un súbito espasmo feroz empezó a vaciar las cartas y los sobres de papel madera acumulados en el buzón, y algunos cayeron al suelo. La inevitable jaqueca empezó a formarse alrededor de sus sienes como dos nubes oscuras que luego se aproximarían lentamente, envolviéndolo en un mar de dolor. Unas lágrimas espontáneas rodaron por sus mejillas, y el frío intenso, implacable, las congeló casi inmediatamente, formando dos surcos brillantes.

Se agachó y recogió las cartas que había dejado caer. Vio una, duplicada y triplicada por el prisma de sus lágrimas, dirigida con gruesos trazos de lápiz oscuro a JOHN SMITH VIDENTE SIKIK.

Vidente sikik, ése soy yo. Sus manos empezaron a temblar frenéticamente y lo soltó todo, incluso la carta de Dave. Ésta revoloteó como una hoja y cayó con la cara escrita hacia arriba entre las otras cartas, todas las otras cartas. Entre sus lágrimas incontrolables vio el membrete, y el lema impreso debajo: ENSEÑAR, APRENDER, SABER, SERVIR.

–Servir mi culo, cerdos asquerosos –siseó Johnny. Cayó de rodillas y empezó a juntar las cartas, arrastrándolas con sus mitones. Los dedos le dolían sordamente, recordándole la congelación incipiente, recordándole a Frank Dodd que se había ido a la eternidad

montado en el asiento inerte de un inodoro, con su cabello rubio típico de muchacho norteamericano empapado en sangre. CONFIESO.

Levantó las cartas y se oyó murmurar una y otra vez, como un disco rayado

»Matando, me están matando, déjenme en paz, ¿no se dan cuenta de que me están matando?

Hizo un esfuerzo y se calló. Esa no era forma de comportarse. La vida continuaría. De una manera u otra, era indudable que la vida continuaría.

Johnny emprendió el regreso a su casa, preguntándose qué haría ahora. Quizá se le presentaría algo. Por lo menos, había cumplido la profecía de su madre. Si Dios le había reservado una misión, él la había ejecutado. Ahora no importaba que hubiera sido una. misión suicida. La había ejecutado.

No le debía nada.

II. El tigre que ríe

Capítulo 17

1.

El chico leía lentamente, siguiendo las palabras con el dedo, con sus largas piernas bronceadas de futbolista estiradas sobre la tumbona, junto a la piscina, bajo la clara y refulgente luminosidad de junio.

–Desde luego el joven Danny Ju... Juniper... el joven Danny Juniper estaba muerto, y yo su ... supongo que pocas personas en el mundo habrían opinado que no se había hecho acr... acr... acri...» Oh, mierda, no lo sé.

–Pocas personas en el mundo habrían opinado que no se había hecho acreedor a su muerte» –leyó Johnny Smith–. Es una forma más elegante de decir que la mayoría habría estado de acuerdo en aprobar la muerte de Danny.

Chuck le miraba, y la habitual combinación de emociones cruzó por su rostro casi siempre plácido: alegría, resentimiento, embarazo y una pizca de hosquedad. Después suspiró y volvió a mirar el western de Max Brand.

–...se había hecho acreedor a su muerte. Pero mi gran tra... tragi...

–Tragedia –acotó Johnny.

–Pero mi gran tragedia consistió en que acababa de morir pre... precisamente cuando iba a re... redimir parte de su maldad con un gran servicio al mundo. Por supuesto esto me su... esto me su... su ... »

Chuck cerró el libro, volvió a mirar a Johnny y sonrió radiantemente.

–Dejémoslo por hoy, Johnny, ¿qué te parece?

La sonrisa de Chuck era la más seductora, la que probablemente había tumbado en la cama a las animadoras de los partidos de fútbol de todo New Hampshire.

–¿No es tentadora la piscina? Claro que lo es. El sudor está chorreando por tu cuerpo enclenque y desnutrido.

Johnny debía confesar, por lo menos para sus adentros, que la piscina era tentadora. Las primeras dos semanas de ese verano del Bicentenario del 76 habían sido inusitadamente calurosas y pegajosas. Desde el otro lado de la inmensa y gallarda mansión blanca situada a espaldas de ellos, llegaba el bordoneo soporífero de la cortadora de césped con la que Ngo Phat, el jardinero vietnamita, segaba lo que Chuck llamaba los territorios de vanguardia. Ese era un ruido que inspiraba deseos de beber dos vasos de limonada fría antes de echarse a dormir.

–No permito comentarios denigrantes acerca de mi figura enjuta –respondió Johnny–. Además, acabamos de empezar el capítulo.

–Sí, pero antes hemos leído otros dos –protestó Chuck con tono zalamero.

Johnny suspiró. Generalmente conseguía retener la atención de Chuck. Pero no esa tarde. Y además el chico había lidiado dignamente con la forma en que John Sherburne había apostado sus guardias en torno de la cárcel de Amity y con la forma en que el malvado Halcón Rojo había conseguido infiltrarse y matar a Danny Juniper.

–Sí, bueno, entonces nos conformaremos con acabar esta página –asintió–. La palabra en la que te atascaste es «sublevó». Es sencillísimo, Chuck.

–¡Gracias! –La sonrisa se ensanchó–. ¿Y no me harás preguntas, verdad?

–Bueno... quizá sólo unas pocas.

Chuck frunció el ceño, pero sólo para salvar las apariencias. Se estaba saliendo con la suya y lo sabía. Abrió de nuevo el libro encuadernado en rústica e ilustrado con la imagen del pistolero que se abría paso entre las puertas de vaivén de la taberna, y empezó a leer con su voz parsimoniosa, entrecortada... una voz tan distinta de la que empleaba normalmente para hablar que podría haber pertenecido a otro joven.

–Por supuesto esto me su... sublevó inmediatamente. Pero no... no era nada comparado con lo que me aguardaba junto al lecho del pobre Tom Keyn... Kenyon. Le habían atravesado el cuerpo de un balazo y estaba agudizando rápidamente cuando... »

–Agonizando, no agudizando –le interrumpió Johnny con voz calma–. El contexto, Chuck. Presta atención al contexto.

–Agudizando rápidamente –dijo Chuck, y soltó una risita. Después reanudó la lectura–: ...y estaba agonizando rápidamente cuando yo lle–lle... cuando yo llegué.

Johnny compadeció a Chuck al verle encorvado sobre el ejemplar económico de Fire Brain, una buena novela del Oeste que debería haber leído de corrida... y en cambio ahí estaba Chuck, siguiendo la prosa sencilla y esquemática de Max Brand con un dedo que avanzaba trabajosamente. Su padre, Roger Chatsworth, era el propietario de Chatsworth Mills and Weaving, una empresa textil de primera magnitud del sur de New Hampshire. También era el propietario de esa mansión de dieciséis habitaciones situada en Durham, con cinco sirvientes, entre los que se contaba Ngo Phat, el cual iba a Portsmouth una vez por semana para asistir al curso preparatorio que debía completar antes de obtener la ciudadanía norteamericana. Chatsworth pilotaba un Cadillac convertible 1957 reacondicionado. Su esposa, una mujer dulce, de ojos claros, de cuarenta y dos años, conducía un Mercedes. Chuck tenía un Corvette. La fortuna de la familia oscilaba alrededor de los cinco millones de dólares.

Y Chuck, a los dieciséis años, era lo que Dios realmente se había propuesto crear cuando había insuflado vida a la arcilla, pensaba Johnny a menudo. Era un ser humano físicamente bello. Medía un metro ochenta y ocho y pesaba noventa y cinco kilos bien provistos de músculos. Tal vez su rostro no era suficientemente interesante como para considerarlo hermoso, pero estaba libre de acné y de granos y lucía un par de llamativos ojos verdes... que le habían hecho pensar a Johnny que la única otra persona con ojos auténticamente verdes que él conocía era Sarah Hazlett. En la escuela secundaria, Chuck era la apoteosis, casi hasta extremos ridículos. Era capitán de los equipos de béisbol y de fútbol, presidente del curso júnior durante el año lectivo que acababa de concluir, y presidente electo del consejo estudiantil para el otoño próximo. Y lo más asombroso de todo era que nada de esto se le había subido a la cabeza. Para decirlo con las palabras de Herb Smith, que había ido una vez a inspeccionar la nueva residencia de Johnny, Chuck era «un tipo cabal». En el vocabulario de Herb no había un elogio mayor. Además, algún día se convertiría en un tipo cabal desmesuradamente rico.

Y ahí estaba Chuck, tercamente encorvado sobre su libro como el servidor de una ametralladora en un puesto solitarios disparando las palabras una por una a medida que se le presentaban. Había tomado la obra electrizante y ágil de Max Brand que narraba la historia del trashumante John «Fine Brain» Sherburne y de su enfrentamiento con el bandido comanche Halcón Rojo, y la había convertido en algo tan emocionante como un anuncio técnico de semiconductores o piezas de radio.

Pero Chuck no era estúpido. Tenía buenas notas en matemáticas, su memoria retentiva

era excelente, y tenía habilidad manual. Su problema consistía en una gran dificultad para almacenar palabras impresas. Su vocabulario oral era correcto y entendía la teoría fonética, pero aparentemente no la práctica. Y a veces podía desarrollar una oración impecablemente pero se quedaba atascado cuando le pedían que la reconstruyera con otras palabras. Su padre había temido que Chuck fuera disléxico, pero Johnny no creía que lo fuese... nunca había conocido a un chico al que él mismo pudiera diagnosticarle dislexia, aunque muchos padres se aferraban a esta palabra para explicar o disculpar las dificultades de lectura de sus hijos. El problema de Chuck parecía ser de naturaleza más general: una fobia universal e indiscriminada a la lectura.

El problema se había hecho más visible durante los últimos cinco años de estudios de Chuck, pero sus padres –y el mismo Chuck– sólo habían empezado a tomarlo en serio cuando había puesto en peligro su derecho a participar en la competiciones deportivas. Y esto no era lo peor. Ese invierno Chuck tendría su última oportunidad para superar los Exámenes de Capacidad Académica, con vistas a ingresar en la Universidad en el otoño de 1977. Las matemáticas no eran un obstáculo, pero en cuanto al resto de los exámenes... bueno; obtendría un buen promedio si le leían las preguntas en voz alta. Quinientos puntos, fácilmente. Pero nadie podía llevar un lector consigo cuando se examinaba, aunque fuera hijo de un personaje importante en el mundo de negocios de New Hampshire.

.–.Pero me encontré con un hombre cam... cambiado. Sabía lo que ag... aguardaba y tenía un coraje fe ... fenomenal. No pedía nada, no se arrepentía de nada. Todo el terror y el ner... nerviosismo que lo habían abr... abram... abrumado mientras se en... en... enfrentaba... enfrentaba con un destino desconocido...

Johnny había encontrado la solicitud de preceptor en el Maine Times y había pedido el puesto sin hacerse muchas ilusiones. Se había mudado a Kittery a mediados de febrero, sobre todo porque necesitaba alejarse de Pownal, del buzón que se llenaba todos los días de correspondencia, de los periodistas que convergían cada día en mayor número hacia la casa, de las mujeres nerviosas de mirada afligida que «se dejaban caer» por allí porque «pasaban casualmente por las inmediaciones» (una que se había dejado caer por allí porque pasaba casualmente por las inmediaciones lucía en su coche una matrícula de Maryland, en tanto. que otra había llegado conduciendo un viejo Ford destartalado con placas de Arizona). Sus manos, que se estiraban para tocarle...

En Kittery había descubierto por primera vez que un nombre tan vulgar como John sin inicial intermedia Smith tenía sus ventajas. Tres días después de llegar a la ciudad había solicitado trabajo como cocinero de minutas, y citó como antecedentes su experiencia en la universidad de Maine y en un campamento de verano para varones en Rangely Lakes. La propietaria de la cantina, una viuda implacable llamada Ruby Pelletier, echó una mirada a su solicitud y comentó:,

–Eres demasiado culto para freír hamburguesas. ¿Lo sabes, verdad?

–Es cierto –contestó Johnny–. Estudié tanto que me condené a vivir de brazos cruzados.

Ruby Pelletier apoyó las. manos sobre sus caderas huesudas, echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada atronadora.

–Crees que podrás apañarte cuando una docena de camioneros entren en tropel a las dos de la mañana y pidan huevos revueltos, tocino, salchichas, tostadas y tortillas?

–Creo que sí.

–Y yo creo que por ahora no sabes qué demonios te espera –respondió Ruby–. Pero te daré una oportunidad, profesor. Debes someterte a un examen médico para dejar conforme a la junta de sanidad, y cuando me traigas el certificado de buena salud te pondré a trabajar inmediatamente.

Así fue, y después de los apuros de las dos primeras semanas (en las cuales padeció, entre otras cosas, una dolorosa erupción de ampollas en la mano derecha por haber volcado con demasiada prisa un cesto de patatas en un caldero con aceite hirviente), consiguió dominar la faena en lugar de que ésta le dominara a él. Cuando vio el anuncio de Chatsworth, envió su currículum al apartado postal. En el texto mencionó sus aptitudes pedagógicas especiales, que incluían un seminario sobre dificultades de aprendizaje y problemas de lectura.

A fines de abril, cuando completaba su segundo mes de trabajo en la cantina, recibió una carta de Roger Chatsworth en la qúe éste le pedía que acudiera para una entrevista el 5 de mayo. Tomó las medidas necesarias para tener el día libre, y en una hermosa tarde de mediados de primavera, a las 14.10, se . encontró sentado en el estudio de Chatsworth, con un vaso alto de Pepsi-Cola con mucho hielo en una mano, mientras el industrial le reseñaba los problemas de su hijo.

–¿A usted le parece que se trata de un caso de dislexia? –preguntó Chatsworth.

–No. Yo lo interpreto como una fobia general a la lectura.

Chatsworth se sobresaltó un poco.

–¿El síndrome de Jackson?

Johnny se quedó admirado... y sin duda ése era el efecto que había querido producir Chatsworth. Michael Carey Jackson era un experto en lectura y gramática de la universidad de Southern California que había provocado bastante revuelo hacía nueve años con un libro titulado The Unlearning Reading. La obra describía una serie inconexa de problemas de lectura que que a partir de entonces recibían la denominación de síndrome de Jackson. Era un buen libro para quien lograra superar la densa jerga académica. El hecho de que aparentemente Chatsworth hubiera conseguido superarla le reveló mucho a Johnny acerca del empeño que ponía el industrial en resolver el problema de su hijo.

–Algo parecido –asintió Johnny–. Pero ya sabe que aún ni siquiera he visto a su hijo, ni lo he oído leer.

–Tiene que recuperar los cursos perdidos del año pasado. Literatura norteamericana, un curso de historia de nueve semanas e instrucción cívica, nada menos. No superó el examen final porque no fue capaz de leer esa bazofia. ¿Tiene un título de profesor registrado en New Hampshire?

–No, pero será fácil conseguirlo –respondió Johnny.

–¿Y cómo abordará la situación?

Johnny sintetizó sus planes. Le impondría a Chuck muchas lecturas en voz alta, con especial énfasis en temas estimulantes como las novelas juveniles de fantasía, ciencia ficción, westerns y automovilismo. Preguntas constantes sobre lo que acababa de leer. Y una técnica de relajación que se describía en el libro de Jackson.

–Los alumnos ambiciosos son a menudo los que más sufren –explicó Johnny–. Se esmeran demasiado y refuerzan el bloqueo. Es una esencia de tartamudeo mental que...

–Jackson dice eso? –lo interrumpió tajantemente Chatsworth.

Johnny sonrió.

–No, lo digo yo.

–Está bien. Continúe...

–A veces, si el alumno puede crear un vacío total en su mente inmediatamente después de la lectura, sin sentir la presión que implica tener que volver a recitar enseguida, los circuitos parecen despejarse. Cuando empieza este proceso, el alumno replantea su línea de ataque. Es una variante de la actitud optimista...

Los ojos de Chatsworth refulgieron. Johnny acababa de dar en la tecla de su filosofía personal.... que quizá era la de la mayoría de los hombres que han triunfado por sus propios medios.

–Nada es más exitoso que el éxito mismo –comentó.

–Bueno, sí. Algo parecido.

–¿Cuánto tardará en obtener un título registrado en New Hampshire?

–No más tiempo que el que necesitarán en estudiar mi solicitud. Tal vez dos semanas.

–¿O sea que podría empezar las clases el día 20?

Johnny parpadeó.

–¿Esto significa que me contrata?

–Si le interesa el puesto, está contratado. Podrá alojarse en el pabellón de huéspedes. Eso alejará durante este verano a los condenados parientes, por no hablar de los amigos de Chuck... y yo quiero que Chuck siente realmente la cabeza. Le pagaré seiscientos dólares por mes, que no son el rescate de un rey, pero si Chuck progresa añadiré una prima sustancial. Muy sustancial.

Chatsworth se quitó las gafas y se pasó la mano por la cara. –Quiero mucho a mi hijo, señor Smith –agregó–. Sólo le deseo lo mejor. Ayúdenos un poco, si puede.

–Lo intentaré.

Chatsworth volvió a calarse las gafas y levantó nuevamente el currículum de Johnny.

–No ha durado mucho en la escuela. ¿No le gustaba la enseñanza?

Aquí viene, pensó Johnny.

–Me gustaba –respondió–, pero sufrí un accidente.

La mirada de Chatsworth se desvió hacia las cicatrices del cuello de Johnny, donde le habían reparado parcialmente los tendones atrofiados.

–¿De auto?

–Sí.

–¿Grave?

–Sí.

–Ahora parece repuesto –dictaminó Chatsworth. Recogió el currículum, lo guardó en un cajón e, increíblemente, ahí concluyó el interrogatorio. Así que después de cinco años Johnny volvió a la enseñanza, aunque esta vez tenía un solo alumno en su clase.

2.

–Y a mí, que era el cu... culpable in... indi... indirecto de su muerte, me cogió débilmente la mano y me dis... disculpó con una sonrisa. Fue un trance difícil, y me fui con la sensación de que yo había causado tanto mal en el mundo que nunca podría com... compensarle.

Chuck cerró el libro con un golpe seco.

–Listo. El que llegue último a la piscina es un maricón.

–Espera un momento, Chuck.

–Ahhhh:,.. –Chuck volvió a sentarse, pesadamente, y sus rasgos adoptaron lo que Johnny ya identificaba como la expresión del ahora vienen las preguntas. En general predominaba un resignado buen humor, pero detrás de éste a veces vislumbraba a otro Chuck: hosco, preocupado y asustado. Muy asustado. En ese mundo de lectores, los iletrados de los Estados Unidos eran dinosaurios que marchaban por un callejón sin salida, y Chuck era lo suficientemente espabilado como para saberlo. Le aterraba pensar en lo que podría sucederle cuando volviera a la escuela ese otoño.

–Sólo un par de preguntas, Chuck.

–¿Por qué te molestas? Sabes que no podré contestarlas.

–Oh, sí. Esta vez podrás contestarlas todas.

–Nunca entiendo lo que leo. Ya deberías haberte dado cuenta. –Chuck tenía un aire malhumorado y afligido–. Ni siquiera sé por qué estás aquí, a menos que sea por el dinero.

–Podrás contestar las preguntas porque no se refieren al libro.

Chuck levantó la mirada.

–¿No se refieren al libro? ¿Entonces por qué me las formulas? Pensé...

–¿Quieres hacer el favor de seguirme la corriente, eh?

El corazón de Johnny latía fuertemente, y no le sorprendió demasiado descubrir que tenía miedo. Hacía mucho que planeaba esto, esperando sólo que se produjera la confluencia justa de circunstancias. Difícilmente se le presentaría otra ocasión mejor. La señora Chatsworth no revoloteaba ansiosamente alrededor de ellos, aumentando así el nerviosismo de Chuck. Ninguno de sus camaradas estaba chapoteando en la piscina, creándole un sentimiento de incomodidad por el hecho de estar leyendo en voz alta como un crío retardado de cuarto grado. Y lo que era aún más importante, su padre, el hombre que Chuck más deseaba complacer en el mundo, tampoco estaba allí. Se hallaba en Boston, donde asistía a un pleno de la Comisión de Asuntos del Medio Ambiente, de New England, sobre contaminación de las aguas.

De An Overview of Learning Disabilities, de Edward Stanney:

El sujeto, Rupert J., estaba sentado en la tercera fila de un cine. Era el más próximo a la pantalla, con más de seis filas vacías a sus espaldas, y nadie más estaba en condiciones de observar que se había iniciado un pequeño incendio en la basura acumulada sobre el suelo. Rupert J. se levantó y exclamó: «FFFFF...», mientras las personas sentadas detrás de él le gritaban que se sentara y se callase.

¿Cómo te sentiste entonces? –le preguntó a Rupert J.

–Ni siquiera en mil años podría explicar lo que sentí –respondió–. Estaba asustado, pero mi frustración era aún, mayor que mi susto. Me sentía inferior, inepto para formar parte de la raza humana. La tartamudez siempre me había hecho sentir así, pero esa vez también me sentí impotente.

¿Sentiste algo más?

Sí, celos, porque algún otro iba a ver el fuego y... usted sabe...

¿Le correspondería la gloria de haber dado la alarma?

Sí, eso es. Yo había visto el comienzo del incendio, sólo yo. Y lo único que había atinado a decir había sido FF–F F, como un disco rayado. La mejor descripción de lo que sentí es ésta: era inepto para formar parte de la raza humana.

¿Y cómo venciste el bloqueo?

–El día anterior había sido el cumpleaños de mi madre. Le había Comprado media docena de rosas en la floristería. Y ahí estaba yo mientras todos me injuriaban y pensé: voy a abrir la boca y gritaré ¡ROSAS! Con todas mis fuerzas. Preparé la palabra

–¿ Y qué hiciste después?

–Abrí la boca y grité ¡FUEGO! a todo pulmón.

Hacía ocho años que Johnny había leído ese caso clínico en la introducción al texto de Stanney, pero nunca lo había olvidado. Siempre había pensado que la palabra clave del relato de Rupert J. era impotente. Si piensas que la cópula es lo más importante del mundo en un momento dado, el riesgo de que tu pene no se empine se multiplica por diez o por cien. Y si piensas que lo más importante del mundo es leer...

–¿Cuál es tu segundo nombre, Chuck? –preguntó informalmente.

–Murphy –respondió Chuck con una sonrisita–. ¿Se te ocurre otro peor? Era el apellido de soltera de mi madre. Si se lo cuentas a Jack o a Al, no me quedará otra alternativa que descalabrar tu pobre cuerpo.

–No te preocupes –dijo Johnny–. ¿Cuando cumples años?

–El 8 de setiembre.

Johnny empezó a descerrajar las preguntas más rápidamente, sin darle tiempo a Chuck a pensar... aunque eran preguntas que obligaran a ello.

–¿Cómo se llama .tu chica?

–Beth. Tú conoces a Beth, Johnny.

–¿Cuál es su segundo nombre.

Chuck sonrió.

–Alma. ¿Horrible, verdad?

–¿Y cómo se llama tu abuelo paterno?

–Richard.

–¿Cuál fue tu equipo favorito en la American League East de este año?

–Los Yankees. Con creces.

–¿Quién es tu candidato predilecto a presidente?

–Me gustaría que eligieran a Jerry Brown.

–¿Planeas cambiar tu Corvette por otro coche?

–Este año no. Quizás el próximo.

–¿La idea se le ocurrió a tu madre?

–Seguro. Dice que esas velocidades no la dejan vivir en paz.

–¿Qué hizo Halcón Rojo para infiltrarse entre los guardias y matar a Danny Juniper?

–Sherburne no le prestó suficiente atención al escotillón que comunicaba con el desván de la cárcel –se apresuró a responder Chuck, sin reflexionar, y Johnny experimentó una súbita sensación de triunfo que lo sacudió como un trago de whisky puro. Había surtido efecto. Lo había hecho hablar de las rosas, y Chuck había respondido con un potente y sano grito de ¡fuego!.

Chuck le miraba con una expresión de total sorpresa.

–Halcón Rojo se metió en el desván por la claraboya –prosiguió–. Abrió el escotillón de un puntapié. Le pegó un tiro a Danny Juniper. Y también a Tom Kenyon.

–Así es, Chuck.

–Lo he recordado –murmuró, y después miró a Johnny, con los ojos dilatados y un esbozo de sonrisa en las comisuras de los labios–. ¡Fue una treta para hacérmelo

recordar!

–No hice más que cogerte de la mano y ayudarte a contornear el obstáculo que te ha bloqueado el camino durante todo este tiempo –explicó Johnny–. Pero sea cual fuere el obstáculo, todavía está ahí Chuck. No te engañes. ¿Cómo se llamaba la chica de la que se enamoró Sherburne?

–Se llamaba... –Sus ojos se `velaron un poco, y meneó la cabeza de mala gana. No lo recuerdo. –Descargó un puñetazo sobre su muslo con repentina ferocidad–. ¡No recuerdo nada! ¡Soy un estúpido de mierda!

–¿Recuerdas si alguna vez te contaron cómo se conocieron tus padres?

Chuck levantó la vista hacia él y volvió a sonreír débilmente. En el lugar donde se había golpeado el muslo había aparecido una mancha de intenso color rojo.

–Claro que sí. Ella trabajaba para la agencia Avis en Charleston, South Carolina. Le alquiló a mi padre un auto con un neumático pinchado. –Chuck se rió–. Ella aún afirma que sólo se casó con él porque la número dos es la que más se esfuerza.

–¿Y cómo se llamaba la chica que le gustó a Sherburne?

–Jenny Langhorne. Fue una complicación seria para él. Era la chica de Gresham. Una pelirroja. Como Beth. Ella... –Se interrumpió, y miró atónito a Johnny como si éste acabara de sacar un conejo del bolsillo de su camisa–. ¡Lo has logrado nuevamente!

–No. Lo has logrado tú. Es una sencilla estratagema de despiste. ¿Por qué dices que Jenny Langhorne fue una complicación seria para John Sherburne?

–Bueno, porque Gresham era el mandamás de esa ciudad...

–¿Qué ciudad?

Chuck abrió la boca pero no articuló ningún sonido. De pronto apartó la vista de Johnny y la desvió hacia la piscina. Entonces sonrió.y le miró nuevamente.

–Amity. Como en la película Tiburón.

–¡Estupendo! ¿Cómo recordaste el nombre?

Chuck siguió sonriendo.

–Es una insensatez, pero empecé a pensar que trataría de incorporarme al equipo de natación, y bastó con eso. Qué truco. Qué truco tan fenomenal.

–Está bien. Ya basta por hoy, creo. –Johnny se sentía cansado, sudoroso, y muy, muy bien–. Acabas de dar un gran salto adelante, por si no lo notaste. Vamos a nadar. El último es un maricón.

–¿Johnny?

–¿Qué?

–¿Dará resultado siempre?

–Si lo conviertes en un hábito, sí–respondió Johnny–. Y cada vez que des un rodeo al obstáculo en lugar de empeñarte en atravesarlo por la fuerza, le quitarás un poco de envergadura. Creo que en breve también empezarás a notar un progreso en tu lectura en voz alta. Conozco otras pequeñas artimañas.

Se calló. Lo que acababa de transmitirle a Chuck no era tanto la verdad como una suerte de sugestión hipnótica.

–Gracias –dijo Chuck. La máscara de buen humor resignado había sido sustituida por una expresión de sincera gratitud–. Si me sacas adelante, yo... bueno, creo que si me lo pides me echaré en el suelo y te besaré los pies. A veces me asusto mucho, y pienso que estoy defraudando las ilusiones de mi padre...

–¿No sabes que eso forma parte del problema, Chuck?

–¿De veras?

–Sí. Lo que sucede es que pones demasiado empeño. Exageras. Exageras en todo. Y tal vez no se trata sólo de un bloqueo psicológico, sabes. Algunas personas opinan que determinados problemas de lectura, el síndrome de Jackson, las fobias a la lectura, todo eso, pueden ser una especie de... defecto mental hereditario. Un circuito fallado, un relay averiado, una zo... –Cerró la boca bruscamente.

–¿Una qué? –preguntó Chuck.

–Una zona muerta –replicó Johnny lentamente–. Lo que sea. Los nombres no importan. Los resultados sí. La estratagema de despiste no es tal. De lo que se trata es de educar una parte inactiva de tu cerebro para enseñarle a suplir el tramo defectuoso. En tu caso, esto significa encauzarte por una ilación lógica de base oral cada vez que tropiezas con un obstáculo. Lo que haces en realidad es modificar la localización de la zona cerebral de donde provienen tus pensamientos. Aprendes a accionar la palanca de cambio, como en el sistema de agujas del ferrocarril.

–¿Pero es que puedo hacerlo? ¿Crees que puedo?

–Sé que puedes –asintió Johnny.

–Está bien. Entonces lo haré. –Chuck se zambulló de panza en la piscina y salió a flote, sacudiéndose el agua de la, larga cabellera con una fina lluvia de gotitas–. ¡Ven! ¡Está formidable!

–Ya voy –contestó Johnny, pero por el momento permaneció plantado sobre el reborde de baldosas de la piscina, mirando cómo Chuck braceaba vigorosamente hacia el extremo profundo, y saboreando su éxito.

No había experimentado una sensación agradable como ésa cuando había tomado conciencia súbitamente de que las cortinas de la cocina de Eileen Magown se estaban incendiando, ni cuando había descubierto el nombre de Frank Dodd. Si Dios le había concedido un talento éste consistía en enseñar y no en enterarse de cosas que no tenía por qué saber. Para eso había nacido, y así lo había sabido cuando daba clases en Cleaves Mills allá en el año 1970. Más importante aún era que los chicos se habían dado cuenta de ello y habían reaccionado en consecuencia, tal como Chuck acababa de reaccionar.

–¿Vas a quedarte ahí como un maniquí? –preguntó Chuck.

Johnny se zambulló en la piscina.

Capítulo 18

Warren Richardson salió del pequeño edificio de oficinas a las cinco menos cuarto, como siempre. Contorneó el aparcamiento, depositó su mole de cien kilos tras el volante de su Chevy Caprice y puso en marcha el motor. Todo se ceñía a la rutina. Lo que no se ciñó a la rutina fue el rostro que apareció súbitamente en el espejo retrovisor: un rostro de tez olivácea, con una barba incipiente, enmarcado por una larga melena, y cuyo rasgo sobresaliente eran unos ojos tan verdes como los de Sarah Hazlett o Chuck Chatsworth. Warren Richardson nunca había recibido un susto tan tremendo desde su infancia, y el corazón le dio un vuelco colosal y bamboleante en el pecho.

–Hola –dijo Sonny Elliman, inclinándose sobre el asiento.

–Quién... –fue lo único que logró articular Richardson, acompañando la palabra con un despavorido siseo. El corazón le palpitaba con tanta fuerza que unas motas oscuras le danzaban y brincaban ante los ojos al compás de los latidos. Temía sufrir un infarto.

–Tranquilo –manifestó el hombre que había estado escondido en el asiento trasero–.

Relájese, hombre. Anímese.

Y Warren Richardson experimentó una emoción absurda. De gratitud. El hombre que le había asustado no volvería a intimidarlo. Debía de ser un tipo amable, debía de ser...

–¿Quién es usted? –consiguió preguntar esta vez.

–Un amigo –respondió Sonny.

Richardson empezó a volverse y unos dedos duros como pinzas se le hincaron en los costados del cuello fofo. El dolor era insoportable. Richardson inhaló el aire con un gemido espasmódico y resollante.

–No hace falta que' se vuelva, hombre. Ya me ve suficientemente bien en el espejo. ¿Entiende?

–Sí –boqueó Richardson–. ¡Sí, sí, sí, sí, pero suélteme!

Las pinzas empezaron a aflojar la presión y volvió a experimentar esa irracional sensación de gratitud. Pero ya no le quedaba ninguna duda de que el hombre apostado en el asiento de atrás era peligroso ni de que estaba en su coche adrede, aunque no entendía qué motivo tenía alguien para...

Y entonces sí entendió qué motivo tenía alguien, o por lo menos qué motivo podía tener alguien. No era lo que uno esperaba que hiciese un candidato normal a un cargo electivo, pero Greg Stillson no era normal, Greg Stillson estaba loco, y...

Warren Richardson empezó a gemir en voz baja.

–Debo hablar con usted, hombre –prosiguió Sonny. Su tono era amable y compungido, pero sus ojos verdes centelleaban regocijados en el espejo retrovisor–. Debo hablarle como un buen consejero.

–¿Se trata de Stillson, verdad? Se...

Las pinzas se reactivaron repentinamente, los dedos del hombre se sepultaron en su cuello, y Richardson profirió un chillido agudo.

–Nada de nombres –le ordenó el hombre del asiento de atrás con la misma voz amable pero compungida–. Usted sacará sus propias conclusiones, señor Richardson, pero resérvese los nombres. Tengo el pulgar sobre su arteria carótida y los restantes dedos sobre su yugular, así que si quisiera podría convertirlo en un vegetal humano.

–¿Qué desea? –preguntó Richardson.

No fue exactamente un sollozo, pero se le pareció mucho. Nunca en su vida había sentido tantos deseos de sollozar. No podía creer que eso ocurriera en el aparcamiento contiguo a su agencia de propiedades de Capital City, New Hampshire, en un luminoso día de verano. Veía el reloj empotrado en los ladrillos rojos de la torre del Ayuntamiento. Marcaba las cinco menos diez. En casa, Norma debía de estar colocando en el horno las chuletas de cerdo, bien untadas con Shake'n Bake. Sean debía de estar mirando Sesame Street en la TV, y detrás de él había un hombre que amenazaba con cortarle la irrigación del cerebro y convertirle en un idiota. No, no era verdad. Parecía una pesadilla. Una de esas pesadillas que te hacen gemir en sueños.

–Yo no deseo nada –contestó Sonny Elliman–. Se trata de saber lo que desea usted.

–No entiendo a qué se refiere. –Pero tenía un miedo tremendo de entenderlo.

–La historia del Journal de New Hampshire sobre manejos turbios con propiedades –explicó Sonny–. Ciertamente a usted se le fue la lengua, señor Richardson, ¿no le parece? Sobre todo... respecto de ciertas personas.

–Yo...

–Lo que contó sobre el centro comercial de Capital City, por ejemplo. Insinuó que

hubo comisiones y sobornos y que una mano lava a la otra. Toda esa mierda. –Los dedos volvieron a presionar sobre el cuello de Richardson, y esta vez sí sollozó. Pero su nombre no había figurado en el artículo. No había sido más que «una fuente fidedigna». ¿Cómo se habían enterado? ¿Cómo se había enterado Greg Stillson?

Ahora el hombre apostado atrás empezó a hablar apresuradamente junto a la oreja de Warren Richardson, proyectándole su aliento cálido y cosquilleante.

–Con semejantes mierdas, señor Richardson, podría poner en aprietos a determinadas personas, ¿lo sabía? Personas que son candidatos a cargos electivos, poi ejemplo. Los candidatos están en las mismas condiciones que los jugadores de bridge... ¿entiende? Son vulnerables. Cuando les arrojan lodo pueden ensuciarse, especialmente en estos tiempos. Bueno, todavía no ha pasado nada grave. Lo cual es una suerte, porque si hubiera pasado algo grave, tal vez usted no estaría platicando amablemente conmigo sino que estaría sacándose los dientes de dentro de la nariz.

A pesar de que le palpitaba el corazón, a pesar de que estaba aterrorizado, Richardson dijo:

–Usted está loco si cree que podrá proteger a este... a este hombre, joven. Ha sido tan cínico y desvergonzado como un vendedor ambulante de panaceas en un pueblo de palurdos. Tarde o temprano...

Un pulgar se incrustó en su oreja, triturándosela. El dolor fue inmenso, increíble. La cabeza de Richardson golpeó contra la ventanilla, y lanzó un alarido. Tanteó a ciegas, buscando el claxon.

–Si hace sonar el claxon le mataré –susurró la voz. Richardson dejó caer las manos. El pulgar se retiró. –Debería limpiarse las orejas, hombre –agregó la voz–. La cera me ha pringado todo el pulgar. Qué asco.

Warren Richardson empezó a lloriquear débilmente. No podía controlarse. Las lágrimas le corrían por los mofletes.

–Por favor, no me haga más daño –suplicó–. Por favor, no. Por favor.

–Ya se lo he dicho –prosiguió Sonny–. Se trata de saber lo que usted quiere. Su deber no consiste en preocuparse por lo que puedan decir los demás acerca de estas... estas determinadas personas. Su deber consiste en cuidar lo que sale de su propia boca. La próxima vez que le visite el representante del Journal, piense antes de hablar. Piense por ejemplo que es muy fácil averiguar la identidad de «una fuente fidedigna». O piense en el disgusto que tendría si se incendiara su casa. O piense en lo que le costaría la cirugía plástica si alguien arrojara ácido de batería a la cara de su esposa.

Ahora el hombre que estaba detrás de Richardson jadeaba. Parecía una fiera en la jungla.

–O piense, ya sabe, en lo fácil que sería que alguien se acercara a su hijito y lo recogiera al volver del parvulario.

–¡No diga eso! –exclamó Richardson roncamente– No diga eso, inmundo hijo de puta!

–Lo único que digo es que le conviene preguntarse qué es lo que desea –continuó Sonny–. Una elección es un típico festival norteamericano, ¿sabe? Sobre todo en el año del Bicentenario. Todos tienen derecho a divertirse. Y nadie se divierte si unos cerdos asquerosos como usted se ponen a contar embustes. Cerdos asquerosos y celosos como usted.

La mano lo soltó totalmente. Se abrió la portezuela de atrás. Oh, gracias a Dios, gracias a Dios.

–Sólo le aconsejo que piense –insistió Sonny Elliman–. ¿Nos entendemos?

–Sí –susurró Richardson–. Pero si cree que Gr... que determinada persona puede ganar la elección utilizando estas tácticas, está muy equivocado.

–No –respondió Sonny–. El que se equivoca es usted. Porque todos estamos de juerga. Procure no quedar al margen.

Richardson no contestó. Se quedó rígido frente al volante, con el cuello palpitante, mirando el reloj del Ayuntamiento como si fuera el único elemento cuerdo que le quedaba er. la vida. Ahora eran casi las cinco menos cinco. Las chuletas de cerdo ya debían de estar listas.

El hombre del asiento posterior añadió algo más y después se fue, con paso rápido, sin mirar hacia atrás, mientras la larga melena se mecía contra el cuello de su camisa.

Giró en la esquina del edificio y se perdió de vista.

Lo último que le había dicho a Warren Richardson había sido:

–Límpiese las orejas.

Richardson se puso a temblar de pies a cabeza y pasó un largo rato antes de que se sintiera capaz de conducir. Su primer sentimiento concreto fue de cólera... de tremenda cólera. Junto con ésta lo acometió el impulso de ir directamente a la jefatura de policía de Capital City (instalada en el edificio que se hallaba al pie del reloj) y denunciar lo que había sucedido –las amenazas contra su esposa y su hijo, y los malos tratos– y quién había sido el instigador.

Piense en lo que le costaría la cirugía plástica... o en lo fácil que sería que alguien se acercara a su hijito y lo recogiera...

¿Pero por qué? ¿Por qué arriesgarse? Lo que él le había dicho a ese forajido era la pura verdad, sin afeites. Todos los agentes de propiedades del sur de New Hampshire sabían que Stillson estaba metido en chanchullos que le permitían conseguir grandes beneficios a corto plazo y que lo harían ir a chirona, no más tarde o más temprano, sino temprano o más temprano aún. Su campaña era un modelo de imbecilidad. ¡Y ahora recurría a la violencia! Nadie podía proceder así impunemente y por mucho tiempo en los Estados Unidos... y menos aún en New England.

Pero que otro asumiera la responsabilidad de dar la voz de alarma.

Alguien que tuviera menos que perder.

Warren Richardson puso el auto en marcha y fue a su casa a saborear sus chuletas de cerdo y no dijo nada. Seguramente algún otro asumiría la responsabilidad de acabar con eso.

Capítulo 19

l.

Un día, no mucho. después de la primera hazaña de Chuck, Johnny Smith estaba en el cuarto de baño del pabellón de huéspedes pasándose la afeitadora eléctrica por las mejillas. Últimamente, siempre que se miraba desde cerca en un espejo experimentaba una sensación extraña, como si estuviera contemplando la imagen de un hermano mayor y no la suya propia. Su frente estaba surcada por profundas arrugas horizontales. Otras dos colocaban su boca entre paréntesis. Lo más curioso de todo era que tenía un mechón de pelo blanco y que el resto de su cabello estaba virando al gris. Este fenómeno parecía

haber comenzado de la noche a la mañana.

Detuvo la afeitadora y pasó a la combinación de salón y cocina. Un toque de lujo, pensó, y sonrió un poco. Empezaba a sonreír nuevamente con naturalidad. Encendió el televisor, sacó una Pepsi de la nevera y se sentó a mirar el telediario. Roger Chatsworth volvería esa noche, más tarde, y al día siguiente Johnny tendría la franca satisfacción de comunicarle que su hijo empezaba a conseguir auténticos progresos.

Johnny iba a visitar a su padre más o menos cada dos semanas. Herb estaba conforme con el nuevo empleo de Johnny y le escuchaba con mucha atención cuando éste le hablaba de los Chatsworth, de la, casa situada en la agradable ciudad universitaria de Durham, y de los problemas de Chuck. Johnny, a su vez, escuchaba lo que le contaba su padre acerca de las reparaciones que ejecutaba gratuitamente en la casa de Charlene MacKenzie, en la ciudad vecina de New Gloucester.

–Su marido era un médico excelente pero cuando se trataba de los arreglos de la casa era un chapucero –comentó Herb. Charlene y Vera habían sido amigas antes de que ésta se comprometiera con las ramificaciones más excéntricas del fanatismo religioso. Entonces se habían distanciado. El marido de Charlene, médico clínico, había muerto de un ataque al corazón en 1973–. La casa se estaba derrumbando prácticamente sobre su cabeza –prosiguió Herb–. Es lo menos que puedo hacer por ella. Voy los sábados y me da de cenar antes de dejarme partir. Sinceramente, Johnny, cocina mejor que tú.

–También es más guapa que yo comentó Johnny discretamente.

–Sí, es una mujer atractiva, pero no se trata de eso, Johnny. Aún no hace un año que ha fallecido tu madre...

Sin embargo Johnny sospechaba que tal vez sí se trataba de eso, e íntimamente no podría haberse sentido más regocijado. No le gustaba la idea de que su padre envejeciera solo.

En la televisión, Walter Cronkite presentaba las noticias políticas de la noche. Ahora que habían terminado las elecciones primarias y que faltaban pocas semanas para que se reunieran los compromisarios, parecía que Jimmy Carter se había asegurado la candidatura demócrata. Era Ford quien le disputaba su supervivencia política a Ronald Reagan, el ex gobernador de California y ex animador del «GE Theater». La puja era tan reñida que los periodistas computaban los delegados uno por uno, y Sarah Hazlett había escrito en una de sus esporádicas cartas: «Walt ruega a Dios (¡y al diablo!) que gane Ford. En su condición de candidato al senado del Estado ya piensa en la posibilidad de conquistar su escaño colgado de los faldones del triunfador. Y dice que Reagan no tiene faldones, por lo menos en Maine.»

Mientras trabajaba como cocinero en Kittery, Johnny se había acostumbrado a viajar un par de veces por semana a Dover o a Portsmouth o alguna de las otras pequeñas ciudades circundantes de New Hampshire. Todos los candidatos a presidente iban y venían, y ésa era una oportunidad única para verlos de cerca, sin la pompa casi monárquica que podría rodearles más tarde. Eso se convirtió en una suerte de hobby, aunque necesariamente efímero. Cuando terminaran las primarias de New Hampshire, las primeras del país, los candidatos se trasladarían a Florida sin mirar atrás. Y por supuesto unos pocos de ellos sepultarían sus ambiciones políticas entre Portsmouth y Keene. Johnny, que nunca había prestado atención a la política –excepto durante el período de Vietnam– se convirtió en un observador ávido durante su convalecencia, después del episodio de Casde Rock, y su talento específico, o su maldición, o lo que fuera, también

desempeñó un papel en ello.

Estrechó las manos de Morris Udall y de Henry Jackson. Fred Harris le palmeó la espalda. Ronald Reagan le dio un rápido y experto apretón de manos político y le dijo: «Concurra a las urnas y ayúdenos si puede». Johnny asintió con un ademán complaciente, porque no vio la necesidad de desengañar al señor Reagan informándole que él no era utr auténtico ciudadano de New Hampshire.

Conversó con Sarge Shriver durante casi quince minutos en la entrada del monstruoso centro comercial de Newington. Shriver, con el cabello recién cortado, olía a loción para después de afeitar y quizás a desesperación; iba escoltado por un solo asistente con los bolsillos rebosantes de panfletos, y un agente del Servicio Secreto que no paraba de rascarse suavemente su acné. Shriver pareció inusitadamente complacido de que le reconocieran. Un minuto o dos antes de que Johnny se` despidiera, un aspirante a un cargo local se acercó a Shriver y le pidió que le firmara los papeles con los que legalizaría su candidatura. Shriver sonrió afablemente.

Johnny tuvo vislumbres de todos ellos, pero casi nunca de su naturaleza específica. Era como si hubieran convertido el contacto de manos en algo tan ritual que su verdadera personalidad había quedado sepultada bajo una dura capa de plástico transparente. Aunque vio a la mayoría de los candidatos, con excepción del presidente Ford, Johnny experimentó una sola vez esa sacudida eléctrica de percepción que asociaba con Eileen Magown y, en condiciones totalmente distintas, con Frank Dodd.

Eran las siete menos cuarto de la mañana. Johnny había ido a Manchester en su viejo Plymouth. Había trabajado desde las diez de la noche anterior hasta las seis de esa mañana. Estabá cansado, pero la apacible madrugada invernal había sido demasiado hermosa para desperdiciarla durmiendo. Y le gustaba Manchester, con sus calles angostas y sus edificios de ladrillo desgastados por el tiempo, y con las fábricas textiles de estilo gótico engarzadas a lo largo del río, como abalorios de mediados de la época victoriana. Esa mañana no andaba conscientemente a la pesca de políticos. Pensó que daría unas vueltas por las calles, hasta que éstas empezaran a llenarse de gente, hasta que se quebrara el frío hechizo de febrero, y sólo entonces volvería a Kittery y se tumbaría a dormir.

Giró en una esquina y vio tres autos inclasificables detenidos frente a una fábrica de zapatos, en una zona donde estaba prohibido estacionar. Jimmy Carter se hallaba junto a 'la puerta de la valla y estrechaba las manos de los hombres y mujeres que entraban a trabajar. Los unos y las otras llevaban sus almuerzos en cajas o bolsas de papel, exhalaban nubes blancas de vapor, estaban arrebujados en sus gruesos abrigos, y aún lucían una expresión somnolienta. Carter tenía algo que decirle a cada uno. Su sonrisa, que aún no estaba tan divulgada como habría de estarlo después, era incansable y fresca. Tenía la nariz enrojecida por el frío.

Johnny aparcó cincuenta metros calle abajo y se encaminó hacia la puerta de la fábrica, oyendo cómo sus zapatos crujían y chirriaban sobre la nieve apelmazada. El agente del Servicio Secreto que acompañaba a Carter le escrudriñó rápidamente y después se desentendió, o pareció desentenderse, de él.

–Votaré a cualquiera que prometa reducir los impuestos –decía un hombre enfundado en un viejo anorak. Éste tenía en una manga lo que parecía ser una constelación de quemaduras de ácido de batería–. Los condenados impuestos me están matando, no le miento.

–Bueno, nos ocuparemos de eso –afirmó Carter–. Cuando llegue a la Casa Blanca, uno de los primeros temas que estudiaremos será la reconsideración del problema fiscal.

Su voz reflejaba una serena confianza en sí mismo que impresionó a Johnny y le turbó un poco.

Los ojos de Carter, brillantes y casi asombrosamente azules, se desviaron hacia Johnny.

–Hola –saludó.

–Hola, señor Carter –respondió Johnny–. No trabajo aquí. Pasaba por este lugar y le vi.

–Bueno, me alegro de que se haya detenido. Soy candidato a presidente.

–Lo sé.

Carter tendió la mano. Johnny la estrechó.

–Espero que... –empezó a decir Carter. Y se interrumpió.

Se produjo el chispazo, una conmoción fuerte y súbita, como si hubiera metido el dedo en un enchufe eléctrico. La mirada de Carter se aguzó. Él y Johnny se escudriñaron durante lo que pareció ser un lapso excepcionalmente largo.

Eso no le gustó al agente del Servicio Secreto. Se acercó a Carter y súbitamente empezó a desabrocharse el abrigo. Detrás de ellos, a un millón de kilómetros, el silbato de la fábrica de zapatos emitió un toque largo en medio de la fría mañana azul. Eran las siete.

Johnny soltó la mano de Carter, pero los dos siguieron mirándose.

–¿Qué diablos fue eso? –preguntó Carter en voz baja.

–Probablemente usted tiene que irse a alguna otra parte, ¿no es cierto? –intervino repentinamente el agente del Servicio Secreto. Apoyó una mano sobre el hombro de Johnny. Era una mano enorme–. Claro que sí.

–No se preocupe –dijo Carter.

–Va a ser presidente –dictaminó Johnny.

La mano del agente seguía apoyada sobre el hombro de Johnny, ahora más ligera, pero siempre allí, y también le sintonizaba a él. Al agente del Servicio Secreto (ojos) no le gustaban sus ojos. Pensaba que eran (ojos de asesino, ojos de psicópata) fríos y extraños, y si ese tipo no hacía más que meter la mano en el bolsillo de su abrigo, si hacía aunque sólo fuera ademán de meterla, lo tumbaría sobre la acera. Detrás de la evaluación de los hechos que el agente del Servicio Secreto hacía segundo a segundo, se desarrollaba una simple y enloquecedora letanía mental: (laurel maryland laurel maryland laurel maryland laurel)

–Sí –respondió Carter.

–El margen será más reducido de lo que todos creen... más reducido de lo que usted cree, pero triunfará. El se derrotará a sí mismo. Polonia. Polonia le derrotará.

Carter se limitó a mirarle, sonriendo a medias.

–Usted tiene una hija. Concurre a una escuela pública de Washington. Concurre a... –Pero ésa era una zona muerta–. Creo... que concurre a una escuela bautizada en homenaje a un esclavo liberto.

–Amigo, quiero que siga su camino –espetó el agente.

Carter le miró y el agente se apaciguó.

–Ha sido un placer conocerle –dijo Carter–. Un poco desconcertante, pero un placer.

De pronto, Johnny se reencontró consigo mismo. Había pasado. Se dio cuenta de que

tenía las orejas frías y de que necesitaba ir al baño.

–Que tenga una buena mañana –murmuró tontamente.

–Sí. Usted también.

Volvió a su coche, consciente de que el agente del Servicio Secreto le seguía con la mirada. Partió, perplejo. Poco después, Carter concluyó la campaña en New Hampshire y se fue a Florida.

2.

Walter Cronkite terminó con los políticos y pasó a ocuparse de la guerra civil en el Líbano. Johnny se levantó y volvió a llenar su vaso de Pepsi. Alzó el vaso en dirección al televisor. A tu salud, Walt. Brindo por las tres D: defunción, destrucción y destino. ¿Dónde estaríamos sin ellas?

Golpearon ligeramente la puerta.

–Adelante –exclamó Johnny. Pensó que era Chuck, que probablemente venía a invitarle al autocine de Somersworth. Pero no era Chuck, sino el padre de Chuck.

–Hola –Johnny saludó. Usaba unos vaqueros desteñidos por los lavados y una vieja camisa deportiva de algodón, con los faldones fuera–.

–¿Puedo entrar?

–Claro que sí. Pensé que llegaría más tarde.

–Bueno, Shelley me telefoneó. –Shelley era su esposa. Roger entró y cerró la puerta–. Chuck fue a verla. Se echó a llorar, como un chiquillo. Le dijo que usted lo está logrando, Johnny. Dijo que creía que todo se arreglaría.

Johnny dejó su vaso.

–Aún falta mucho comentó.

–Chuck vino a buscarme al aeropuerto. Nunca le vi así desde que tenía... ¿cuánto? ¿Diez años? ¿Once? Cuando le regalé el rifle calibre 22 que esperaba desde hacía cinco años. Me leyó el artículo del diario. La mejoría es... casi escalofriante. He venido a agradecérselo.

–Agradézcaselo a Chuck –replicó Johnny–. Es un chico maleable. Muchos de sus adelantos son producto de su refuerzo positivo. Se ha convencido a sí mismo de que puede lograrlo, y ahora anda en ello. No puedo expresarlo mejor.

Roger se sentó.

–Dice que usted le está enseñando a manejar la palanca de cambios.

Johnny sonrió.

–Sí, supongo que sí.

–¿Podrá aprobar los Exámenes de Capacidad Académica?

–No lo sé. Y me horrorizaría que le deje librado al azar y fracase. Los ECA crean una situación muy crítica. Si se encuentra en la sala de conferencias con el cuestionario frente a él y un lápiz electrónico en la mano y lo paraliza el miedo, experimentará un gran retroceso. ¿Ha contemplado la posibilidad de enviarle durante un año a una buena escuela preparatoria? ¿A un lugar como la Pittsfield Academy?

–Le hemos dado muchas vueltas a la idea, pero sinceramente siempre pensé que eso no era más que postergar lo inevitable.

–He aquí una de las cosas que han alterado a Chuck. La sensación de que está entre la espada y la pared.

–Yo nunca le presioné.

–Intencionalmente no, lo sé. El también lo sabe. Por otro lado, usted es un hombre rico, un triunfador que se graduó en la universidad summa cum Linde. Creo que Chuck se siente un poco como si estuviera compitiendo con un ídolo imbatible.

–Eso no lo puedo evitar, Johnny.

–Creo que un año en una escuela preparatoria, lejos del hogar, después de haber completado sus estudios secundarios, le devolverá la perspectiva. Y él quiere trabajar el próximo verano en una de sus fábricas. Si fuera mi hijo y si las fábricas fueran mías, se lo permitiría.

–¿Eso es lo que desea hacer Chuck? ¿Por qué nunca me lo dijo?

–Porque no quería que usted le tomara por un lameculos –respondió Johnny.

–¿Chuck le dijo eso?

–Sí. Quiere hacerlo porque piensa que la experiencia práctica le resultará útil más adelante. El chico desea seguir sus huellas, señor Chatsworth. Algunas de las que usted ha dejado a su paso son desmesuradas. Esto explica buena parte del bloqueo para la lectura. Le abruma la responsabilidad.

Hasta cierto punto, había mentido. Chuck había insinuado esos sentimientos, e incluso había mencionado algunos indirectamente, pero nunca había sido tan franco como Johnny le había hecho creer a Roger Chatsworth. Por lo menos no verbalmente. Pero Johnny le había tocado de vez en cuando, y había recibido señales por esa vía. Había barajado las fotos que Chuck guardaba en su billetera y sabía lo que éste opinaba acerca de su padre. Había detalles que nunca podría revelarle a ese hombre simpático pero un poco distante que estaba sentado frente a él. Chuck idolatraba la tierra que pisaba su padre. Detrás de su fachada desenvuelta (muy parecida a la de Roger), le corroía la convicción secreta de que nunca podría estar a la altura de su padre. Éste había transformado una participación de un diez por ciento en una fallida tejeduría de lana en un imperio textil de New England. Chuck pensaba que su padre sólo le querría si él también era capaz de mover montañas. De triunfar en los deportes. De ingresar en una universidad prestigiosa. De leer.

–¿Está seguro de todo esto? –preguntó Roger.

–Estoy muy seguro. Pero le agradeceré que nunca le mencione a Chuck esta conversación. Le estoy revelando sus secretos. –Y lo que le digo es más cierto de lo que usted jamás podrá suponer.

–De acuerdo. Chuck, su madre y yo consideraremos la idea de la escuela preparatoria. Mientras tanto, esto es suyo.

–Extrajo del bolsillo posterior un sobre blanco sin membrete y se lo entregó a Johnny.

–¿De qué se trata?

–Abralo y lo verá.

Johnny abrió el sobre. En su interior había un cheque al portador por quinientos dólares.

–¡Eh! No puedo aceptar esto.

–Puede aceptarlo y lo aceptará. Le prometí una recompensa adicional si tenía éxito, y yo cumplo mis promesas. Recibirá otro cuando se vaya.

–Realmente, señor Chatsworth, yo sólo...

–Shh. Le diré algo, Johnny.

Roger Chatsworth se inclinó hacia adelante. Sonreía con una expresión peculiar, y Johnny sintió repentinamente que debajo de la plácida fachada podía ver al hombre que había materializado todo eso: la casa, el parque, la piscina, las fábricas. Y, por supuesto,

la fobia de su hijo a la lectura, que probablemente podía clasificarse como una neurosis histérica.

–Sé por experiencia, Johnny, que el noventa y cinco por ciento de las personas que andan por el mundo son sencillamente inertes. Un uno por ciento son santos y otro uno por ciento cretinos. El otro tres por ciento está compuesto por personas que hacen lo que prometen. Yo pertenezco a ese tres por ciento, y usted también. Usted ha ganado esta suma. En mis fábricas hay hombres que se llevan a casa once mil dólares anuales a pesar de que no hacen mucho más que rascarse las pelotas. Pero no me quejo. Soy un hombre de mundo, y lo único que quiero decir es que entiendo qué es lo que mueve a ese mundo. La mezcla de combustibles contiene una parte de alto octanaje y nueve partes de pura mierda. Usted no pertenece a la segunda categoría. Así que guarde el dinero en la billetera y la próxima vez cotícese mejor.

–Está bien –asintió Johnny–. Puedo darle un buen uso, no le mentiré.

–¿Para pagar las facturas de los médicos?

Johnny miró a Chatsworth, con los ojos entrecerrados.

–Conozco su historia –prosiguió Roger–. ¿Pensó que no verificaría los antecedentes del hombre que contrataba como preceptor de mi hijo?

–Sabe que...

–Se supone que usted tiene algunas dotes parapsicológicas. Ayudó a resolver unos asesinatos en Maine. Por lo menos eso es lo que dicen los diarios. Debería haber ocupado un cargo de profesor en el pasado mes de enero, pero cuando su nombre apareció en la prensa se desprendieron de usted como si fuera una brasa incandescente.

–¿Lo sabía? ¿Desde cuándo?

–Desde antes de que se mudara aquí.

–¿Y me empleó a pesar de eso?

–Necesitaba un preceptor, ¿no es cierto? Me pareció que usted podría solucionar mi problema. Y creo que procedí muy sensatamente cuando contraté sus servicios.

–Bueno, gracias –murmuró Johnny, roncamente.

–Le advertí que no tenía que darme las gracias.

Mientras ellos conversaban, Walter Cronkite había terminado de enunciar las noticias importantes del día y había abordado las historias estrafalarias que a veces sirven de relleno poco antes de que concluya el telediario. En ese momento decía:

...este año los electores del oeste de New Hampshire tendrán un candidato independiente en el tercer distrito...

–Bueno, el dinero me vendrá bien –comentó Johnny–. Eso...

–Shh. Quiero oír esto.

Chatsworth se había inclinado hacia adelante, con las manos oscilando entre las rodillas y con una amable sonrisa de expectación en el rostro. Johnny se volvió hacia el televisor.

...Stilison –dijo Cronkite–. Ciertamente este agente de seguros y de propiedades, de cuarenta y tres años, ha montado una de las campañas más excéntricas del 76, pero tanto el candidato republicano del tercer distrito, Harrison Fisher, como su adversario demócrata, David Bowes, están asustados, porque las encuestas indican que Greg Stilison les lleva una cómoda ventaja. George Herman se ocupará del tema.

–¿Quién es Stillson? –inquirió Johnny.

Chatsworth rió.

–Oh, debería ver a ese tipo, Johnny. Está más loco que una rata atrapada en un canalón. Pero sospecho que este mes de noviembre los electores moderados del tercer distrito le enviarán a Washington. A menos que se caiga redondo y empiece a echar espuma por la boca. Tampoco descartaría esta posibilidad.

En ese momento la pantalla mostró la imagen de un joven apuesto, con una camisa blanca de cuello abierto. Le hablaba a una pequeña multitud desde una plataforma decorada con gallardetes, en el aparcamiento de un supermercado. El joven exhortaba a sus oyentes, que parecían distar mucho de estar emocionados. George Herman explicó, en off:

.Éste es David Bowes, –el candidato demócrata (algunos dirían la víctima propiciatoria), que disputa el escaño del tercer distrito de New Hampshire. Se prevé que Bowes encontrará muchos obstáculos en su carrera, porque en el tercer distrito de New Hampshire jamás han triunfado los demócratas, ni siquiera cuando Johnson arrasó con todo en 1964. Pero él suponía que su competidor sería este otro hombre.

Entonces la pantalla mostró a un hombre de unos sesenta y cinco años. Estaba pronunciando un discurso en un opulento banquete de recaudación de fondos. El público tenía ese aspecto rollizo, severo y ligeramente constipado que parece ser patrimonio exclusivo de los hombres de negocios adictos al Partido Republicano. El orador se parecía mucho a Edward Gunney de Florida, aunque no tenía el porte esbelto y robusto de aquél.

He aquí a Harrison Fisher –anunció Herman–. Los electores del tercer distrito le han enviado cada dos años a Washington, desde 1960. Es un miembro influyente de la Cámara, que forma parte de cinco comisiones y preside la Comisión de Parques y Vías Fluviales. Se preveía que derrotaría fácilmente al joven David Bowes. Pero ni Fisher ni Bowes habían contado con la carta imprevisible del mazo. Esta carta imprevisible.

Cambió la imagen.

–¡Válgame Dios! –exclamó Johnny.

Junto a él, Chatsworth lanzó una carcajada y se palmeó los muslos.

–¿Puede imaginarse a ese tipo?

No era una multitud indiferente reunida en un aparcamiento. Ni era un plácido banquete de recaudación de fondos en el salón Granite State del Portsmouth Hilton. Greg Stillson estaba montado sobre una plataforma en las afueras de Ridgeway, su ciudad natal. Detrás de él se alzaba la estatua de un soldado de la Unión con el fusil en la mano y el quepis volcado sobre los ojos. La calle estaba clausurada al tráfico y atestada de gente, sobre todo gente joven, que le aclamaba frenéticamente. Stillson usaba unos vaqueros desteñidos y una camisa militar de dos bolsillos, con la leyenda ÉCHENLE UNA MANO A LA PAZ bordada en un bolsillo, y la leyenda EL PASTEL DE MANZANAS DE MAMÁ bordada en el otro. Tenía un sólido casco de obrero de la construcción sesgado sobre la cabeza en un ángulo arrogante,

garboso, y en la parte anterior del casco llevaba adherida una

bandera verde del movimiento ecológico norteamericano. Junto a él descansaba un misterioso carrito de acero inoxidable. De los altavoces gemelos brotaba la canción «Thank God I'm a Country Boy», interpretada por John Denver.

–¿Qué es ese carrito? –preguntó Johnny.

–Ya verá –contestó Roger, sin perder su ancha sonrisa.

La carta imprevisible –explicó Herman–, es Gregory Aminas Stillson, de cuarenta y

tres años, ex vendedor de la TruthWay Bible Company de los Estados Unidos, ex pintor de brocha gorda y, en Oklahoma, donde se crió, ex hacedor de lluvia.

–Hacedor de lluvia –repitió Johnny, atónito.

–Oh, ése es uno de los principios de su programa electoral –afirmó Roger–. Si lo eligen, lloverá siempre que haga falta.

El programa de Stillson –prosiguió Herman–, es... bueno, novedoso.

John Denver terminó de cantar con un grito que provocó una respuesta vociferante de la muchedumbre. Entonces Stillson empezó a hablar, con una voz que amplificada al máximo retumbaba estentóreamente. Por lo menos su sistema de altavoces era sofisticado: prácticamente no producía distorsiones. Johnny se sobresaltó ligeramente al oírlo. El tono de ese hombre era potente, duro y machacón como el de un predicador de una secta fanática. Se veía cómo sus labios despedían una fina pulverización de saliva a medida que hablaba.

¿Qué haremos en Washington? ¿Por qué queremos ir a Washington? –bramó Stillson– . ¿Cuáles nuestra plataforma? ¡Nuestra plataforma consta de cinco puntos, amigos y vedlos, cinco viejos puntos! ¿Y cuáles son? ¡Lo diré de entrada! Primer punto: ¡FUERA LOS SINVERGÜENZAS!

La multitud profirió un tremendo rugido de aprobación. Alguien arrojó al aire unos puñados dobles de confetti y alguien más aulló: .¡Iaaaaju!» Stillson se inclinó sobre su tribuna.

¿Quieren saber por qué uso este casco, amigos y vecinos? Les diré por qué. ¡Lo uso porque cuando me envíen a Washington, voy a embestir como lo que vosotros sabéis en medio de un cañaveral! ¡Los acometeré así!

Y ante los ojos incrédulos de Johnny, Stillson bajó cabeza y echó a correr de un lado a otro por el estrado como un toro, mientras lanzaba un agudo alarido reverberante. Roger Chatsworth se convulsionó en su silla, sin poder controlar la risa. La muchedumbre se puso frenética. Stillson arremetió de nuevo en dirección a la tribuna, se quitó el casco y lo arrojó hacia la multitud, girando por el aire. Inmediatamente se desencadenó un pequeño tumulto para atraparlo.

¡Segundo punto! –vociferó Stillson frente al micrófono¡ Vamos a echar a cualquier funcionario del Gobierno, desde el . más encumbrado hasta el más humilde, que se acueste con una mujer que no sea su esposa! ¡Si quieren brincar de cama en cama, que no lo hagan prendidos a la teta del presupuesto oficial!

–¿Qué ha dicho? –preguntó Johnny, parpadeando.

—Oh, está entrando en calor, eso es todo –contestó Roger. Se enjugó los ojos anegados y prorrumpió en otro acceso de risa. Johnny lamentó que a él no le pareciera igualmente gracioso.

¡Tercer punto! –rugió Stillson–. ¡Vamos a lanzar toda la contaminación al espacio! ¡La meteremos en bolsas de basura! ¡La dispararemos a Marte, a Júpiter, a los anillos de Saturno! ¡Tendremos aire puro y tendremos agua pura... y los tendremos en SEIS MESES!

La muchedumbre llegó al paroxismo del júbilo. Johnny vio entre el público a muchas personas que casi se morían de risa, como Roger Chatsworth.

¡Cuarto punto! ¡Dispondremos de toda la gasolina y el petróleo que nos haga falta! ¡Dejaremos de coquetear con estos árrrrabes y nos pondremos serios! ¡El próximo invierno no habrá ancianos congelados en New Hampshire como el invierno pasado!

Esto desencadenó un clamor unánime de aprobación. El invierno anterior habían encontrado a una anciana muerta de frío en su apartamento del tercer piso, aparentemente después de que la compañía de gas le había cortado el suministro por falta de pago.

¡Somos fuertes, amigos y vecinos, y podemos hacerlo! ¿Ahí hay alguien que opine lo contrario?

«¡NO!» –se desgañitó la muchedumbre.

Último punto –dijo Stillson, y se aproximó al carrito de metal. Levantó la tapa articulada y brotó una nube de vapor. ¡SALCHICHAS!»

Empezó a extraer del carrito puñados dobles de salchichas. Johnny se dio cuenta de que el carrito era una cocina portátil. Arrojó las salchichas a la multitud y cogió más. Las salchichas volaban en todas direcciones.

¡Salchichas para todo hombre, mujer y niño de los Estados Unidos! Y cuando sienten a Greg Stillson en la Cámara de Representantes, exclamarán, ¡SALCHICHAS ¡POR FIN ALGUIEN SE ACUERDA DE NOSOTROS!.

La imagen cambió. Una cuadrilla de jóvenes melenudos que parecían los acompañantes de una banda de rock estaba desmantelando el estrado. Tres de ellos recogían la basura que había esparcido la multitud. George Herman apareció en imagen y reanudó su relato:

«El candidato demócrata David Bowes describe a Stillson como un bromista de mal gusto que trata de sabotear los mecanismos del sistema democrático. Las críticas de Harrison Fisher son más implacables. Afirma que Stillson es un payaso de feria, un cínico que interpreta las elecciones libres como si fueran un chiste obsceno. En sus discursos, define al candidato independiente Stillson como el único afiliado al Partido Norteamericano de la Salchicha. Pero el hecho es éste: la última encuesta que ha llevado a cabo la CBS en el tercer distrito de New Hampshire le atribuyó a David Bowes el veinte por ciento de los votos, a Harrison Fisher el veintiséis... y al excéntrico Greg Stillson un escandaloso cuarenta y dos por ciento. Desde luego aún falta mucho para el día de las elecciones, y la situación puede cambiar. Pero por ahora Greg Stillson ha conquistado los corazones, ya que no las mentes,. de los ciudadanos del tercer distrito de New Hampshire».

La TV mostró la imagen de Herman de cintura para arriba. Ambas manos habían estado fuera de cámara. En ese momento levantó una de ellas, en la que empuñaba una salchicha. Le dio un gran mordisco.

«Este es George Herman, de CBS News, en Ridgeway, New Hampshire».

Walter Cronkite volvió a aparecer en la sala de noticias de la CBS riendo sardónicamente.

«Salchichas –comentó, y volvió a reír–. Así es la vida... »

Johnny se levantó y apagó el televisor.

–No puedo creerlo –exclamó–. ¿Ese tipo es realmente candidato? ¿No es un chiste?

–Que sea un chiste o no depende de la interpretación personal –replicó Roger, sonriendo–, pero es realmente candidato. Yo soy republicano desde la cuna, pero debo confesar que este Stillson me impresiona. ¿Sabe que contrató a media docena de ex forajidos motociclistas como guardaespaldas? Verdaderos jinetes de hierro. No son Ángeles del Infierno ni nada por el estilo, pero igualmente creo que se trata de personajes bastante temibles. Parece que él los ha reformado.

Motociclistas chalados como servicio de seguridad. A Johnny no le gustó mucho la

idea. Los motociclistas chalados también habían montado el servicio de seguridad cuando los Rolling Stones habían dado su concierto gratuito en Altamont Speedway, en California. El resultado no había sido muy bueno.

–¿La gente tolera a una... una pandilla de motociclistas?

–No, no es realmente así. Son tipos muy atildados. Y Stillson tiene una excelente reputación en Ridgeway por su capacidad para reformar delincuentes juveniles.

Johnny gruñó dubitativamente.

–Ya lo ha visto –prosiguió Roger, mientras señalaba el televisor–. Es un payaso. En todos los mítines arremete por el estrado como lo ha hecho hoy. Arroja su casco a la multitud (supongo que ya ha utilizado un centenar de ellos) y distribuye salchichas. Es un payaso, ¿y qué? Quizá la gente necesita una distensión cómica de cuando en cuando. Nos estamos quedando sin petróleo, la inflación se dispara en forma lenta pero segura, la carga fiscal nunca ha sido tan abrumadora para el ciudadano medio, y aparentemente nos disponemos a elegir presidente de los Estados Unidos a un atolondrado fanfarrón georgiano. Así que la gente quiere divertirse un poco. Más aún, quiere burlarse de un sistema político que no parece capaz de resolver nada. Stillson es inofensivo.

–Está en órbita –comentó Johnny, y ambos rieron.

–Hay una plétora de políticos chiflados –dijo Roger–. En New Hampshire tenemos a Stillson, que quiere llegar a la Cámara de Representantes distribuyendo salchichas. ¿Y qué?

En California tienen a Hayakawa. O fíjese en nuestro gobernador, Meldrim Thomson. El año pasado quiso equipar a la guardia nacional de New Hampshire con armas nucleares tácticas. A mi juicio ésa es una locura mayúscula.

–¿O sea que le parece correcto que la población del tercer distrito se haga representar en Washington por el tonto de la aldea?

–Usted no lo entiende –explicó Chatsworth pacientemente–. Enfóquelo desde el punto de vista de los electores. Casi todos los habitantes del tercer distrito son obreros y tenderos. Las zonas más rurales del distrito sólo ahora empiezan a explotar sus medios de esparcimiento. Esa gente mira a David Bowes y ve a un chico ambicioso que trata de hacerse elegir por su elocuencia y su ligero parecido con Dustin Hoffman. Teóricamente deberían pensar que es un hombre de pueblo porque usa vaqueros. Después fíjese en Fisher. Mi candidato, por lo menos nominalmente. He organizado colectas en favor de él y de otros candidatos republicanos en esta región de New Hampshire. Ha pasado tanto tiempo en Washington que probablemente piensa que la cúpula del Capitolio se partiría en dos si él no estuviera allí para suministrarle apoyo moral. Nunca ha concebido una idea original en su vida, y nunca en su vida ha discrepado con la línea del partido. Sobre su nombre no recae ningún estigma porque es demasiado estúpido para ser muy corrupto, aunque probablemente lo salpicará el escándalo de los sobornos coreanos. Sus discursos son tan entretenidos como un ejemplar del Catálogo Mayorista de la Asociación Nacional de Fontaneros. La gente no sabe todo esto, pero a veces lo intuye. La idea de que Harrison Fisher hace algo a favor de sus electores es sencillamente ridícula.

–¿De modo que la solución consiste en elegir, a un lunático?

Chatsworth sonrió indulgentemente.

–A veces estos lunáticos llegan a ser muy eficaces. Fíjese en Bella Abzug. Tiene una excelente cabeza bajo sus sombreros extravagantes. Pero aunque Stillson se comporte tan absurdamente en Washington como en Ridgeway, no hace más que arrendar un escaño

por dos años. En 1978 le derrotarán y lo sustituirán por alguien que haya aprendido la lección.

–¿La lección?

Roger se puso en pie.

–No hay que joder a la gente durante demasiado tiempo –sentenció– ésta es la lección. La lección que le dieron a Adam Clayton Powell. Y también a Nixon y Agnew. Sencillamente... no hay que joder a la gente durante demasiado tiempo. –Consultó el reloj–. Venga a la casona y tomaremos un trago juntos, Johnny. Shelley y yo saldremos más tarde, pero aún dispongo de un rato.

Johnny sonrió y también se levantó.

–Está bien –asintió–. Puesto que me obliga.

Capítulo 20

1.

A mediados de agosto, Johnny se quedó en la finca de Chatsworth sin más compañía que la de Ngo Phat, que vivía encima del garage. La familia Chatsworth había cerrado la mansión y había ido a pasar tres semanas de descanso y recuperación en Montreal antes de que empezaran el nuevo año escolar y el ajetreo de otoño en las fábricas.

Roger le había dejado a Johnny las llaves del Mercedes de su esposa, y cuando fue en el coche a la casa de su padre en Pownal se sintió un potentado. Las negociaciones de Herb con Charlene MacKenzie habían entrado en una etapa crítica, y ya no se molestaba en argüir que sólo pretendía evitar que la casa se le desplomara encima. En verdad, el bueno de Herb había desplegado todo su plumaje para el galanteo, y ponía un poco nervioso a Johnny. Después de soportarlo tres días, Johnny volvió a la casa de Chatsworth, se puso al día con sus lecturas y su correspondencia, y se embebió en la paz circundante.

Estaba sentado en un flotador de caucho en medio de la piscina, sorbiendo un Seven-Up y leyendo la New York Times Book Review, cuando Ngo se acercó al borde de la piscina, se quitó las sandalias y metió los pies en el agua.

–Ahhhh –exclamó–. Mucho mejor –sonrió a Johnny–. ¿Tranquilo, eh?

–Muy tranquilo –asintió Johnny–. ¿Cómo marchan esas clases de preparación ciudadana, Ngo?

Muy bien marchan –respondió Ngo–. Sábado saldremos a la campaña. Primera vez. Muy emocionante. Toda la clase se irá de viaje.

–De paseo –corrigió Johnny, y sonrió al imaginar a toda la clase de preparación ciudadana de Ngo haciendo un «viaje» con LSD o psilocibina.

–¿Cómo? –Ngo arqueó cortésmente las cejas.

–Toda la clase saldrá de paseo.

–Sí, gracias. Iremos a presenciar el discurso político y el mitin de Trimbuil. Todos pensamos que es afortunado que el curso de preparación ciudadana se desarrolle en año de elecciones. Muy instructivo.

–Sí, no lo dudo. ¿A quién irán a ver?

–A Greg Stirrs... –Se interrumpió y volvió a pronunciarlo, muy cuidadosamente–. Greg Stillson, candidato independiente a la Cámara de Representantes de los Estados

Unidos.

–Le he oído mencionar –asintió Johnny–. ¿Se han ocupado de él en clase, Ngo?

–Sí, hemos tenido algunas conversaciones sobre este hombre. Nació en 1933. Cambió muchas veces de profesión. Llegó a New Hampshire en 1964. Nuestro profesor nos ha dicho que reside aquí desde hace tanto tiempo que la gente ya no le considera un intruso.

–¿Stillson no le parece un poco raro?

–Quizás en Estados Unidos es raro –respondió Ngo–. En Vietnam había muchos como él. Personas que... –se quedó cavilando mientras chapoteaba con sus pies pequeños y delicados en el agua azul verdosa de la piscina. Después volvió a mirar a Johnny–. No sé suficiente inglés para explicarme. En mi país hay un juego llamado el Tigre que Ríe. Es un juego antiguo y muy querido, como su béisbol. Un niño se disfraza de tigre. Se cubre con una piel. Y los otros niños tratan de pillarle mientras él corre y baila. El niño de la piel se ríe, pero también gruñe y muerde, porque así es el juego. En mi país, antes de que llegaran los comunistas, muchos jefes de aldea jugaban al Tigre que Ríe. Creo que este Stillson también conoce el juego.

Johnny estudió a Ngo, turbado. Ngo no pareció compartir su turbación. Sonrió.

–Así que iremos todos a verle personalmente. Después habrá un picnic. Yo prepararé dos pasteles. Creo que lo pasaremos bien.

–Parece una idea estupenda.

–Muy estupenda –dijo Ngo, y se levantó–. Después, en clase, conversaremos sobre lo que vimos en Trimbull. Quizás escribiremos composiciones. Es mucho más fácil escribir composiciones, porque uno puede buscar la palabra exacta. *Le mot juste.*

–Sí, a veces escribir es más fácil. Pero nunca conocí un curso de redacción del colegio secundario que opinara así.

Ngo sonrió.

–¿Qué tal Chuck?

–Progresa.

–Sí, ahora es feliz. No finge. Es un buen chico. Descanse, Johnny. Yo me iré a dormir la siesta.

–De acuerdo.

Miró cómo se alejaba Ngo, menudo, esbelto y flexible, con sus vaqueros y una camisa de trabajo de cambray desteñido.

El niño de la piel se ríe, pero también gruñe y muerde, porque así es el juego... Creo que este Stillson también conoce el juego.

Nuevamente esa sensación de malestar.

El flotador se mecía suavemente. El sol le calentaba con sus rayos placenteros. Volvió a abrir la Book Review, pero el artículo que había empezado a leer ya no le cautivó. La dejó a un lado e impulsó el flotador hasta el borde de la piscina y salió de ésta. Trimbull estaba a menos de cuarenta y cinco kilómetros. El sábado montaría en el Mercedes de la señora Chatsworth e iría allí. Vería a Greg Stillson personalmente. Disfrutaría del espectáculo. Y... tal vez le estrecharía la mano.

»No. ¡No!

¿Pero por qué no? Al fin y al cabo, en ese año de elecciones casi había convertido a los políticos en su hobby. ¿Por qué le alteraba tanto la idea de ir a ver uno más?

Pero estaba alterado, de ello no había duda. Su corazón palpitaba con más fuerza y más rápidamente que de costumbre, y se le cayó la revista a la piscina. La pescó con una

maldición antes de que se empapara.

Quién sabe por qué, cuando pensaba en Greg Stillson no podía dejar de pensar también en Frank Dodd.

Qué ridículo. No podía tener ninguna sensación, buena o mala, respecto de Greg Stillson, después de haberle visto sólo en la TV.

»¡Apártate de él!

Bueno, tal vez iría y tal vez no. Quizás ese sábado optaría por ir a Boston. Al cine.

Pero cuando estuvo de vuelta en el pabellón de huéspedes y se hubo cambiado de ropa, ya se había apoderado de él una abrumadora sensación de miedo. En cierta manera esta sensación era como una vieja amiga... una de esas viejas amigas que odiabas en secreto. Sí, el sábado iría a Boston. Sería lo mejor.

Aunque en los meses siguientes revivió una y otra vez aquella jornada, Johnny nunca pudo recordar con exactitud cómo ni por qué fue finalmente a Trimbull. Había partido en otra dirección, con el propósito de ir a Boston y ver a los Red Sox en Fenway Park, y de seguir viaje después, quizás, hasta Cambridge, para husmear en las librerías. Si le quedaba suficiente dinero (cuatrocientos dólares de la gratificación de Chatsworth se los había enviado a su padre, quien a su vez los había remitido al Eastem Maine Medical... lo cual equivalía a arrojar una gota de agua al océano) se proponía ir al Orson Welles Cinema y ver la película The Harder They Come. Un buen programa para ese día, y un buen día para llevarlo a cabo. Aquel 19 de agosto había amanecido caluroso y despejado y apacible, la quintaesencia del perfecto día estival de New England.

Entró en la cocina de la mansión, preparó tres suculentos bocadillos de jamón y queso para el almuerzo, los metió en una anticuada cesta de mimbre para picnics que encontró en la alacena, y después de una breve introspección completó las provisiones con una caja de seis botes de cerveza Tuborg. En ese momento se sentía bien, de primera. Ni siquiera había aflorado en su mente el recuerdo de Greg Stillson o de los jinetes de hierro que formaban su dotación improvisada de guardaespaldas.

Depositó la cesta de picnic sobre el piso del Mercedes y enderezó hacia el sureste rumbo a la 1-95. Hasta ese instante todo estaba claro. Pero entonces empezaron a infiltrarse otros elementos. Primero la imagen de su madre en el lecho de muerte. El rostro de su madre, crispado en una mueca estereotipada, la mano agarrotada como una zarpa sobre la colcha, la voz que parecía brotar de una boca llena de algodón.

»¿Acaso no te lo advertí? ¿No te dije que era así?

Johnny elevó el volumen de la radio. De los altavoces del Mercedes surgió una buena pieza de rock and roll. Él había pasado cuatro años y medio durmiendo pero el rock and roll seguía sano y salvo, muchas gracias. Johnny acompañó la cancion.

»Él te reserva una misión. No huyas de Él, Johnny.

La radio no bastaba para eclipsar la voz de su madre muerta. Su madre muerta diría lo que tenía que decir. Incluso desde más allá de la tumba diría lo que tenía que decir, por muy alta que estuviese la radio.

»No te escondas en una cueva ni lo obligues a enviar un pez gigantesco para que te devore.

Pero le había devorado un pez gigantesco. No se llamaba Leviatán, sino coma. Había pasado cuatro años y medio en el negro vientre de ese pez y con eso le bastaba.

Apareció la rampa de entrada de la autopista... y después quedó atrás. Estaba tan ensimismado en sus pensamientos que había seguido de largo. Los viejos fantasmas se

resistían a dejarle en paz. Bueno, apenas encontrara un lugar apropiado daría media vuelta y cambiaría de sentido.

»No se trata del alfarero sino de la arcilla del alfarero.

–Oh, vamos –masculló. Debía quitarse esa bazofia de la cabeza, y nada más. Su madre había sido víctima de la locura religiosa. No era una forma muy benévola de plantearlo, pero desde luego era cierto. Un cielo en la constelación de Orión, ángeles que pilotaban platillos volantes, un reino bajo la tierra. A su manera, había estado por lo menos tan chiflada como Greg Stillson lo estaba a la suya.

»Oh, por el amor de Dios, no te enrolles con ese tipo.

»Y cuando sienten a Greg Stillson en la Cámara de Representantes, exclamarán, ¡SALCHICHAS! ¡POR FIN ALGUIEN SE ACUERDA DE NOSOTROS!

Llegó a la carretera 63 de New Hampshire. Un giro a la izquierda le llevaría a Concord, Berlin, Ridder's Mill, Trimbull. Johnny giró sin siquiera pensarlo. Pensaba en otras cosas.

Roger. Chatsworth, que no era ningún ingenuo, se había reído de Greg Stillson como si éste fuera la condensación de todos los mejores espectáculos cómicos del año. Es un payaso, Johnny.

Y si Stillson no era más que eso, no tenía por qué preocuparse, ¿verdad? Un excéntrico encantador, una hoja de papel en blanco sobre la cual los electores podían escribir este mensaje: Los demás están tan estragados que hemos decidido elegir en cambio a este idiota por dos años. Probablemente esto era todo lo que ambicionaba Stillson, al fin y al cabo. Sólo un chalado inofensivo, y no había por qué asociarlo con la locura sistemática, destructiva, de Frank Dodd. Y sin embargo... curiosamente... lo asociaba a ella.

La carretera se bifurcaba más adelante. El ramal de la izquierda llevaba a Berlin y Ridder's Mill, y el de la derecha a Trimbull y Concord. Johnny giró a la derecha.

»Pero no estaría de más estrecharle la mano, ¿verdad?

Quizá no. Otro político para su colección. Algunas personas coleccionaban sellos, otras monedas, pero Johnny Smith coleccionaba apretones de manos y...

»...y debes confesarlo. Durante todo el tiempo has estado buscando una carta imprevisible en el mazo.

La idea le conmocionó de tal forma que casi se detuvo a un costado de la carretera. Vislumbró su imagen en el espejo retrovisor y comprobó que ése no era el semblante satisfecho, complacido por todo, con el que se había levantado esa mañana. Ahora tenía el semblante de la rueda de prensa y el semblante del hombre que se había arrastrado a gatas sobre la nieve por el parque comunal de Castle Rock. Su tez estaba demasiado blanca, sus ojos estaban rodeados por círculos marrones que parecían magulladuras, las arrugas eran demasiado profundas.

»No. No es verdad.

Pero lo era. Ahora que había salido a relucir, no podía negarlo. En los primeros veintitrés años de su vida sólo había estrechado la mano de un político, ni más ni menos. Y eso había ocurrido cuando Ed Muskie había ido a disertar en el curso de administración pública de su escuela secundaria, en 1966. En los últimos siete meses había intercambiado apretones de manos con más de una docena de peces gordos. ¿Y acaso cuando cada uno de ellos le había tendido la mano, no había cruzado por su cabeza la pregunta: ¿Qué se propone este tipo? ¿Qué me va a decir?

¿No había buscado, durante ese lapso, el equivalente político de Frank Dodd?

Sí. Era verdad.

Pero en realidad ninguno de ellos, excepto Carter, le había revelado mucho, y las sensaciones que le había trasmitido Carter no eran muy alarmantes. Al estrechar la mano de Carter no había experimentado la sensación de desasosiego que le había producido el solo hecho de ver a Greg Stillson en la TV. Era como si intuyese que tal vez Stillson había perfeccionado el juego del Tigre que Ríe con un añadido: debajo de la piel de la fiera, un hombre, sí.

Pero debajo del piel del hombre, una fiera.

2.

No recordaba cuál había sido el itinerario, pero lo cierto fue que se encontró comiendo el contenido de su cesta de picnic en el parque de Trimbull. Había llegado poco después de mediodía y había visto un cartel en el tablero comunal con la información de que el mitin se celebraría a las tres de la tarde.

Se encaminó hacia el parque, pensando que tanto tiempo antes de que empezara el mitin estaría casi solo, pero ya había otras personas que desplegaban sus mantas, montaban sus sillas y mesas plegables o comían sus propios almuerzos.

Enfrente, varios hombres trabajaban en el pabellón de conciertos. Dos de ellos adornaban las barandas con gallardetes. Otro estaba subido a una escalera y colgaba banderolas multicolores de papel crep del alero circular del pabellón. Otros instalaban el equipo de sonido y, tal como Johnny había adivinado al ver el telediario de la CBS, aquél no consistía en un sistema de altavoces de cuatrocientos dólares. Los altavoces eran Altec-Lansing y los estaban colocando cuidadosamente para producir una sensación de sonido envolvente.

Lós miembros de esa vanguardia (aunque la imagen que perdúraba era la de las cuadrillas que montaban la escena para un concierto de la banda Eagles o Geils) trabajaban con precisión industrial. Tenían un aire experto, profesional, que no casaba con la imagen que pretendía irradiar Stillson al presentarse como el amable Salvaje de Borneo.

La mayor parte de la concurrencia abarcaba una franja generacional de veinte años, comprendida más o menos entre los quince y los treinta y cinco. La gente lo pasaba bien. Los bebés gateaban mientras comían golosinas semiderretidas. Las mujeres conversaban entre sí y se reían. Los hombres bebían el contenido de sus vasos de plástico. Unos cuantos perros correteaban por el césped, atrapando lo que podían, y el sol brillaba plácidamente sobre todos.

–Probando –dijo lacónicamente uno de los hombres que trabajaban en el pabellón de conciertos, en dirección a los dos micrófonos–. Probando, uno, probando, dos...

Uno de los altavoces del parque emitió un potente chillido electrónico, y el hombre hizo una seña para que lo instalaran más atrás.

No es así como se prepara un discurso o un mitin político, pensó Johnny. Aquí se están preparando para una orgía... o una experiencia sensorial de grupo.

Johnny vio que sujetaban los altavoces a los árboles con correas. No los clavaban sino que los sujetaban con correas. Stillson era un defensor de la ecología, y alguien les había advertido a sus hombres de vanguardia que no debían lesionar ni un árbol del parque comunal. Intuyó que esa operación había sido pulida hasta en sus mínimos detalles. No se

trataba de una arrebatiña improvisada.

Dos autocares escolares amarillos se detuvieron en la rotonda situada a la izquierda del pequeño (y ya repleto) aparcamiento. Las puertas plegables se abrieron y bajó un grupo de hombres y mujeres que conversaban animadamente entre sí. Esa gente contrastaba marcadamente con el resto de la concurrencia congregada en el parque, porque lucía sus mejores galas: los hombres llevaban traje o americana deportiva, y las mujeres blusas y faldas almidonadas o vestidos primorosos. Miraban en torno con una expresión de asombro. y expectación casi infantiles, y Johnny sonrió. Había llegado el curso de preparación ciudadana de Ngo.

Se acercó al grupo. Ngo estaba en compañía de un hombre vestido con un traje de pana y de dos mujeres, ambas orientales.

–Hola, Ngo –saludó Johnny.

Ngo exhibió una ancha sonrisa.

–Johnny! –exclamó–. ¡Me alegra verle, hombre! Éste es un gran día para el estado de New Hampshire, ¿nor es cierto?

–Supongo que sí –respondió Johnny.

Ngo le presentó a sus acompañantes. El hombre del traje de pana era polaco. Las dos mujeres eran hermanas y procedían de Taiwan. Una de las mujeres le dijo a Johnny que esperaba con ilusión poder darle la mano al candidato después del mitin, y a continuación le mostró, tímidamente, el cuaderno de autógrafos que llevaba en el bolso.

–Estoy muy contenta de hallarme aquí en los Estados Unidos –manifestó–, pero esto es extraño, ¿no le parece, señor Smith?

Johnny, a quien todo eso le parecía en verdad extraño, hizo un ademán de asentimiento.

Los dos profesores del curso de preparación ciudadana estaban convocando al grupo.

–Le veré más tarde, Johnny –dijo Ngo.

–Que lo pase bien, Ngo –respondió Johnny.

–Oh, sí, seguro que sí –y una secreta alegría pareció iluminar los ojos de Ngo–. Sin duda será muy entretenido.

El grupo, integrado en total por unas cuarenta personas, fue a celebrar su picnic en el extremo sur del parque. Johnny volvió a su lugar y se forzó a comer uno de los bocadillos. Sabía a una mezcla de papel y cola de encuadernador.

Una densa sensación de tensión había empezado a infiltrarse en su cuerpo.

3.

Hacia las dos y media el parque estaba totalmente lleno. La gente se apiñaba codo contra codo. La policía local, reforzada por un pequeño contingente de la policía estatal, había cerrado al tráfico las calles que conducían al parque de Trimbull. La semejanza con un concierto de rock era mayor que nunca. Los altavoces difundían música popular, alegre y rápida. Unas opulentas nubes blancas cruzaban por el inocente cielo azul.

Repentinamente, la gente empezó a ponerse en pie y a volver la cabeza. Fue como si en la multitud se produjera un fenómeno de resonancia. Johnny también se levantó, preguntándose si Stillson había adelantado su llegada. Entonces oyó el rugido de las motocicletas, que aumentaba de volumen hasta poblar la tarde estival a medida que se acercaban. Sus ojos se llenaron de rayos de sol reflejados sobre los cromados, y poco después unas diez motocicletas entraron en la rotonda donde estaban aparcados los

autocares del curso de preparación ciudadana. No las acompañaba ningún auto. Johnny conjeturó que ésa era una patrulla de avanzada.

Su sensación de desasosiego se intensificó. Los motociclistas iban bastante pulcros, vestidos casi todos ellos con vaqueros limpios y desteñidos y camisas blancas, pero las motocicletas, principalmente Harley y BSA, habían sido reacondicionadas hasta resultar casi irreconocibles: abundaban los manillares altos, los chismes de cromo estriado y. los extraños accesorios aerodinámicos.

Sus propietarios silenciaron los motores, desmontaron y se encaminaron hacia el pabellón de conciertos en fila india. Sólo uno de ellos volvió la cabeza. Sus ojos se deslizaron sin prisa sobre la numerosa concurrencia. Incluso desde bastante lejos, Johnny notó que los iris del hombre tenían un brillante color verde botella. Parecía estar contando los asistentes. Miró en dirección a cuatro o cinco policías locales que se hallaban apoyados contra la valla de cadenas que rodeaba el campo de juego del equipo infantil de béisbol. Saludó con un ademán. Uno de los policías se inclinó hacia adelante y escupió. La operación tenía un aire ceremonial y la inquietud de Johnny se hizo mayor aún. El hombre de los ojos verdes se acercó al pabellón de conciertos.

Por encima del desasosiego, que ahora formaba una suerte de plataforma emocional para sus otros sentimientos, Johnny experimentaba predominantemente una mezcla frenética de horror e hilaridad. Tenía la sensación onírica de haber entrado en uno de esos cuadros donde las locomotoras irrumpen desde el interior de las chimeneas de ladrillo o donde los relojes blandos descansan fláccidamente sobre las ramas de los árboles. Los motociclistas parecían extras de una película de American International que hubieran resuelto unánimemente proyectar una buena imagen para ayudar a su candidato predilecto. Sus flamantes vaqueros descoloridos estaban ceñidos sobre la caña de los botines de puntera cuadrada, y en más de un caso Johnny vio unas cadenas cromadas sujetas al empeine. Los eslabones centelleaban ferozmente bajo los rayos del sol. Sus expresiones eran casi idénticas: una suerte de buen humor apático dirigido hacia la multitud. Pero era posible que detrás de éste se ocultara el desdén por los jóvenes obreros textiles, por los alumnos de los cursos de verano que habían acudido desde el campus que la universidad de New Hampshire tenía en Durham y por los trabajadores de las fábricas que se habían puesto en pie para aplaudirles. Cada uno de ellos lucía un par de insignias políticas. Una mostraba el casco amarillo de los obreros de la construcción con un distintivo verde del movimiento ecológico en la parte delantera. El otro ostentaba el lema STILLSON LOS TIENE COGIDOS POR EL CUELLO.

Y de cada bolsillo posterior derecho asomaba un taco de billar recortado.

Johnny se volvió hacia el hombre que estaba junto a él, en compañía de su esposa y su hijito.

–¿Esas porras son legales? –le preguntó.

–¿A quién le importa? –replicó el hombre, riendo–. De todas maneras sólo las usan para alardear. –Siguió aplaudiendo–. ¡Duro con ellos, Greg! –gritaba.

La guardia de honor formada por los motociclistas se desplegó alrededor del pabellón de conciertos y se colocó en posición militar de descanso.

Los aplausos amainaron, pero aumentó el volumen de las conversaciones. La boca colectiva de la multitud había tomado un aperitivo y le había gustado el sabor.

Camisas pardas, pensó Johnny, mientras se sentaba. Camisas pardas, eso es lo que son.

Bueno, ¿y qué? Quizás era mejor así. Los norteamericanos eran poco aficionados a los

métodos fascistas... e incluso los derechistas empedernidos como Reagan no congeniaban con esas exhibiciones. Este era un hecho concreto, a pesar de las pataletas de la nueva izquierda y de las canciones de Joan Baez. Ocho años atrás, las tácticas fascistas de la policía de Chicago habían contribuido a hacerle perder las elecciones a Herbert Humphrey. A Johnny no le importaba que los tipos parecieran muy pulcros. Si trabajaban para un candidato a la Cámara de Representantes, eso significaba que Stillson estaba a punto de extralimitarse. Si no fuera tan macabro, sería realmente gracioso.

De cualquier forma habría preferido no estar allí.

4.

Inmediatamente antes de las tres, el estruendo de un bombo hizo vibrar el aire y se dejó sentir a través de las plantas de los pies antes de que lo captaran realmente los oídos. Otros instrumentos empezaron a acompañarlo gradualmente, y todos se amalgamaron en una banda en movimiento que interpretaba una marcha de Sousa. Una verbena electoral pueblerina, en un perfecto día de verano.

La muchedumbre se levantó nuevamente y las cabezas giraron hacia el lugar de donde procedía el sonido. La banda no tardó en aparecer: primero una chica de falda corta, que levantaba marcialmente las piernas calzadas en botas blancas de cabritilla adornadas con pompones, mientras hacía girar su bastón en el aire; después dos animadoras, y a continuación dos chicos granujientos, de semblante adusto, que sostenían una pancarta donde se proclamaba que ésa era la BANDA DE MÚSICA DEL COLEGIO SECUNDARIO DE TRIMBULL, y ay de quién lo olvidara. Por último la banda propiamente dicha, refulgente y traspirada, que encandilaba con sus uniformes blancos y sus botones de bronce.

La concurrencia le abrió paso, y después prorrumpió en aplausos cuando la : vio marchar hacia el lugar que tenía reservado. Detrás de la banda apareció una camioneta Ford blanca, sobre cuyo techo se alzaba el candidato en persona, con las piernas muy abiertas y con las facciones bronceadas por el sol y atravesadas longitudinalmente por una colosal sonrisa bajo el casco de obrero de la construcción. Levantó un megáfono accionado a pilas y gritó con ronco entusiasmo:

–¡HOLA, AMIGOS!

–¡Hola, Greg! –respondió la multitud.

Greg, pensó Johnny con una sensación casi histérica. Ya nos tratamos con familiaridad.

Stillson bajó de un salto del techo de la camioneta, y se las apañó para dar una apariencia de agilidad. Estaba vestido tal como Johnny le había visto en el telediario, con vaqueros y camisa caqui. Empezó a saludar a la multitud camino del pabellón de conciertos, estrechando unas manos, tocando otras que se estiraban sobre las cabezas de quienes se alineaban en las primeras filas. La concurrencia se zarandeaba y se mecía hacia él con un movimiento delirante, y Johnny sintió que sus propias vísceras se convulsionaban, como reacción.

No le voy a tocar. De ninguna manera.

Pero de pronto la muchedumbre se separó un poco delante de él y Johnny se introdujo en el hueco y se encontró en la primera fila. Estaba tan cerca del tocador de tuba de la Banda de Música del Colegio Secundario de Trimbull que podría haber estirado la mano y golpeado la bocina del instrumento con los nudillos, si hubiera querido.

Stillson cruzó rápidamente entre los músicos de la banda para repartir apretones de manos por el otro flanco y Johnny le perdió totalmente de vista, exceptuando el oscilante casco amarillo. Se sintió aliviado. Todo estaba en orden, pues. Sin daños ni perjuicios. Como el fariseo de aquella famosa historia, iba a pasar de largo. Estupendo. Maravilloso. Y cuando Stillson llegara al estrado, Johnny recogería sus bártulos y se perdería en medio de la tarde. Ya estaba harto.

Los motociclistas se habían apostado a ambos lados del camino abierto entre la multitud para evitar que ésta se precipitara sobre el candidato y le sofocase. Los tacos de billar recortados seguían dentro de los bolsillos, pero sus propietarios parecían tensos y alertas al peligro. Johnny no sabía con exactitud qué clase de peligro temían –un chocolate arrojado a la cara del candidato, tal vez– pero por primera vez los motociclistas parecían realmente interesados en lo que sucedía.

Entonces ocurrió algo, pero Johnny no supo exactamente de qué se trataba. Una mano femenina se estiró hacia el casco amarillo oscilante, quizá sólo para tocarlo, y uno de las guardaespaldas de Stillson se interpuso rápidamente. Pero todo eso sucedió del otro lado de la banda de música.

El bullicio de la multitud era tremendo y le volvió a recordar los conciertos de rock a los que había asistido. Eso era lo que habría pasado si Paul McCartney o Elvis Presley hubieran resuelto estrechar las manos del público.

Vociferaban su nombre, lo entonaban a coro:

«GREG... GREG... CREG...»

El hombre que había situado a su familia junto. a Johnny alzaba a su hijo sobre su cabeza para que el crío pudiera ver. Un hombre joven, al que la cicatriz de una quemadura, grande y arrugada, le abarcaba la mitad de la cara, blandía un cartel con la leyenda: ¡MUERTO ANTES QUE ROJO, GREG TE LA DA EN EL OJO!

Una chica torturantemente bella, de unos dieciocho años, agitaba una tajada de sandía, y el jugo rosado le corría por el brazo bronceado. Era un caos colectivo. La excitación zumbaba entre la multitud como si circulara por una serie de cables de alto voltaje.

Y de pronto allí apareció Greg Stillson, marchando deprisa entre las filas de la banda, en dirección hacia donde se hallaba Johnny. No se detuvo, pero encontró tiempo para palmearle la espalda enérgicamente al músico de la tuba.

Más tarde, Johnny rumió la escena e intentó convencerse de que realmente no había tenido oportunidad ni tiempo de volver a mezclarse con la concurrencia; intentó convencerse de que la multitud prácticamente lo había lanzado entre los brazos de Stillson. Intentó convencerse de que Stillson había tenido tiempo, porque una gorda enfundada en unos absurdos pantalones amarillos echó los brazos al cuello de Stillson y le estampó un beso apasionado que Stillson devolvió con una risa y un «Puedes estar segura de que no me olvidaré de ti, cariño». La gorda lanzó una carcajada estridente.

El ya conocido frío compacto se apoderó de. él. La sensación de trance. La sensación de que lo único que importaba era saber. Incluso sonrió un poco, pero ésa no fue su sonrisa. Estiró la mano y Stillson la cogió entre las suyas y empezó a bombearla de arriba abajo.

–Hombre, espero que nos apoye en...

Entonces Stillson se apartó. Como lo había hecho Eileen Magown. Como lo había hecho el doctor James (exactamente igual que el cantante soul) Brown. Como lo había hecho Roger Dussault. Sus ojos se dilataron y enseguida se llenaron de... ¿miedo? No, lo

que vio en los ojos de Stillson fue terror.

Fue un momento interminable. El tiempo objetivo fue sustituido por algo distinto, por una réplica perfecta del tiempo, mientras se miraban a los ojos. Johnny se sintió como si estuviera nuevamente en ese corredor de cromo opaco, pero esta vez Stillson se hallaba con él y compartían... compartían...

»(todo)

Johnny nunca lo había sentido con tanta intensidad. Jamás. Todo se le precipitó encima simultáneamente, apelotonado y aullando como un espantoso tren de mercancías negro lanzado por un túnel estrecho, como una locomotora vertiginosa con un solo faro refulgente montado arriba, y el faro era el saberlo todo, y su luz ensartó a Johnny Smith como a un insecto en un alfiler. No tenía a dónde huir y el conocimiento perfecto le arrolló, le aplastó como una hoja de papel mientras el veloz tren nocturno le pasaba por encima.

Quiso gritar, pero no tenía ánimo para ello, ni voz. La única imagen de la que no podía librarse (a medida que se insinuaba furtivamente el filtro azul) era la de Greg Stillson prestando el juramento de su cargo. Se lo tomaba un anciano con ojos humildes y asustados de ratón de campo atrapado por un (tigre) gato macho muy eficiente y cubierto de cicatrices. Una de las manos de Stillson descansaba sobre una Biblia, la otra estaba alzada. Era una imagen de un futuro lejano, porque Stillson había perdido casi todo el pelo. El anciano hablaba, Stillson repetía sus palabras. Stillson decía (el filtro azul se espesa, cubre las cosas, las borra poco a poco, el misericordioso filtro azul, el rostro de Stillson está detrás del azul... y del amarillo... amarillo como las rayas de un tigre) que cumpliría con su deber «Con la ayuda de Dios». Su expresión era solemne, adusta equilibrada, pero un inmenso júbilo ardiente retumbaba en su pecho y rugía en su cerebro. Porque el hombre de los ojos asustados de ratón de campo era el presidente del Tribunal Supremo de los Estados Unidos y (oh Dios mío el filtro el filtro azul las rayas amarillas) entonces todo empezó a desaparecer lentamente detrás del filtro azul... que no era un filtro, sino algo concreto. Era (era el futuro en la zona muerta) algo relacionado con el futuro. ¿El suyo? ¿El de Stillson? Johnny no lo sabía.

Tenía una sensación de volar, de volar por el azul, sobre cuadros de desolación total que no se veían. Y todo esto lo cortó la voz incorpórea de Greg Stillson, la voz de un Dios de liquidación o de una máquina letal de opereta: «¡ME VOY A FILTRAR ENTRE ELLOS COMO UNA AVALANCHA DE MIERDA POR UN CAÑAVERAL!» «¡COMO UNA RACIÓN DE SALVADO POR LA TRIPA DE UNA OCA!»

»El tigre –murmuró Johnny con voz espesa–. El tigre está detrás del azul. Detrás del amarillo.

Entonces todo –figuras, imágenes y palabras– se desintegró en el creciente y suave rugido del olvido. Tuvo la impresión de que aspiraba un olor dulce, cobrizo, como el de cables de alta tensión quemados. Por un momento el ojo interior pareció dilatarse, escudriñando. El azul y el amarillo que lo habían oscurecido todo parecieron cristalizarse en... en algo, y desde algún lugar situado dentro de él le llegó, lejano y aterrado, el alarido de una mujer: «¡Devuélvemelo, cerdo!»

Entonces terminó.

¿Cuánto tiempo permanecimos así unidos?, habría de preguntarse más tarde. Suponía que unos cinco segundos. Luego Stillson zafó su mano, la arrancó, mientras miraba a Johnny con la boca abierta, y mientras perdía el color bajo el fuerte bronceado que había

adquirido durante la campaña estival. Johnny vio los empastes de sus últimas muelas.

Tenía una expresión de espanto y repulsión.

¡Estupendo!, quiso gritar Johnny. ¡Estupendo! ¡Tiembla hasta descalabrarte! ¡Aniquílate! ¡Destrúyete! ¡Explosiona! ¡Desintégrate! ¡Hazle ese favor al mundo!

Dos de los motociclistas se acercaban corriendo y esta vez habían sacado los tacos de billar recortados y Johnny experimentó un pánico estúpido porque iban a golpearle, a golpearle en la cabeza con sus tacos, iban a hacer de cuenta que la cabeza de Johnny era la octava bola e iban a dispararla rectamente al agujero lateral, directamente a las tinieblas del coma y esta vez no volvería nunca en sí, nunca podría contarle a nadie lo que había visto ni podría cambiar nada.

Esa sensación de destrucción... ¡Santo cielo! ¡Había sido todo!

Trató de retroceder. La gente se apartó, empujó hacia atrás, gritó presa del miedo (o quizá de la excitación). Stillson se volvió hacia sus guardaespaldasf ya recuperada la compostura, meneando la cabeza, conteniéndolos.

Johnny nunca vio lo que sucedió a continuación. Se meció sobre los pies, parpadeando lentamente como un borracho al llegar al amargo final de una semana de juerga. Y después el suave, creciente rugido del olvido lo abrumó y Johnny no se resistió. Capituló gustosamente. Se desvaneció.

Capítulo 21

1.

–No –dijo el jefe de policía de Trimbull, en respuesta a la pregunta de Johnny–. No lo inculpamos de nada. No está detenido. Y no tiene la obligación de contestar las preguntas. Pero le quedaríamos agradecidos si las contestara.

–Muy agradecidos –acotó el hombre vestido con un traje formal. Se llamaba Edgar Lancte y estaba adscrito a la oficina de Boston del FBI. Johnny le parecía muy enfermo. Sobre la ceja izquierda tenía una magulladura hinchada que rápidamente iba adquiriendo un tono púrpura. Al desvanecerse, Johnny había caído violentamente... sobre el zapato de un músico de la banda o sobre la puntera cuadrada de la bota de un motociclista. Lancte optaba mentalmente por la segunda posibilidad. Y tal vez la bota del motociclista había estado en movimiento al producirse el contacto.

Smith estaba demasiado pálido y las manos con que sostenía el vaso de papel con agua que le había alcanzado el jefe Bass, y del que bebía en ese momento, temblaban mucho. Uno de sus párpados tenía un tic nervioso. Parecía el clásico asesino potencial, aunque lo más peligroso que le habían encontrado encima había sido un alicate para uñas. Igualmente, Lancte habría de conservar esa impresión en la mente, porque era lo que era.

–¿Qué puedo decirles? –inquirió Johnny.

Se había despertado en un camastro de una celda que no estaba cerrada con llave, presa de una jaqueca enceguecedora.

Ahora ésta se iba mitigando y le dejaba extrañamente vacío por dentro. Tenía tan pocas sensaciones como si le hubieran extirpado las entrañas y las hubieran reemplazado por gelatina. Un sonido agudo, persistente, le martirizaba los oídos... no precisamente un silbido sino algo más semejante a un bordoneo fino e interrumpido. Eran las nueve de la noche. Hacía mucho que la comitiva de Stillson se había ido de la ciudad. Todas las

salchichas habían sido consumidas.

–¿Puede explicarnos qué sucedió exactamente allí? –preguntó Bass.

–Hacía calor. Supongo que me excité demasiado y me desmayé.

–¿Es inválido o algo por el estilo? –intervino Lancte con naturalidad.

Johnny le miró fijamente.

–No trate de jugar conmigo, señor Lancte. 'Si sabe quién soy, dígalo.

–Lo sé –asintió Lancte–. Quizás es vidente.

–No hace falta serlo para adivinar que un agente del FBI puede estar tramando algo –comentó Johnny.

–Usted es hijo de Maine, Johnny. Nació y se crió allí. ¿Qué hace un hijo de Maine en New Hampshire?

–Trabajo como preceptor.

–¿Del chico de Chatsworth?

–¿Se lo repito: si lo sabe? ¿por qué pregunta? a menos que sospeche de mí.

Lancte encendió un Vantage Green.

–Es una familia rica.

–Sí. Lo es.

–¿Usted es admirador de Stillson, verdad, Johnny? –intervino Bass.

A Johnny no le gustaban las personas que le llamaban por su nombre de pila en el primer encuentro, y esto era lo que hacían sus dos interlocutores. Le ponían nervioso.

–¿Y usted? –replico.

Bass emitió un ruido obsceno.

–Hace alrededor de cinco años se celebró en Trimbull un concierto de rock que duró todo el día. En el campo de Hake Jamieson. El Ayuntamiento dudó antes de autorizarlo, pero al fin accedió porque los chicos necesitan distraerse. Pensamos que tal vez se congregarían doscientos chicos de la zona para escuchar música en la parte este de la dehesa de Hake. En cambio afluyeron mil seiscientos, todos los cuales fumaban marihuana y bebían licores fuertes en la botella. Hicieron un estropicio y el Ayuntamiento se enfureció y juró que nunca habría otro y los chicos vinieron compungidos y llorosos y exclamaron: «¿Qué pasa? No hubo lesionados, ¿verdad?» Aparentemente, era lícito armar un jaleo de los mil demonios con tal de que no hubiera víctimas. Este fulano Stilison me inspira el mismo sentimiento. Recuerdo que una vez...

–¿Usted no tiene ningún motivo para guardarle rencor a Stillson, verdad, Johnny? –preguntó Lancte–. ¿No hay ningún problema personal entre él y usted?

Sus labios esbozaron una sonrisa paternal, una sonrisa que le invitaba a desahogar sus sentimientos, si eso era lo que deseaba.

–Hasta hace seis semanas ni siquiera sabía quién era.

–Sí, claro, pero eso no contesta realmente mi pregunta, ¿no le parece?

Johnny permaneció un momento callado.

–Me preocupa –dijo finalmente.

–Eso tampoco contesta realmente mi pregunta.

–Pues yo creo que sí.

–No colabora con nosotros como querríamos –se lamentó Lancte.

Johnny miró a Bass.

–¿El FBI interroga a todos los que se desmayan en los actos públicos que se celebran en su ciudad, señor Bass?

Bass pareció incómodo.

–Bueno... no. Claro que no.

–Usted le estaba estrechando la mano a Stillson cuando cayó redondo –manifestó Lancte–. Parecía enfermo. El mismo Stillson parecía verde de miedo. Usted es un joven muy afortunado, Johnny. Por suerte los ángeles guardianes de Stillson no convirtieron su cabeza en una urna electoral. Creyeron que usted le había encañonado con un arma.

Johnny observó a Lancte con creciente sorpresa. Miró a Bass, y después nuevamente al agente del FBI.

–Usted estaba allí . –exclamó–. Bass no le llamó por teléfono. Usted estaba allí. En el mitin.

Lancte aplastó su cigarrillo.

–Sí, estaba.

–¿Por qué el FBI tiene interés en Stillson? –Johnny casi ladró la pregunta.

–Hablemos de usted, Johnny. ¿Cuál es su...?

–No, hablemos de Stillson. Hablemos de sus ángeles guardianes, como usted les llama. ¿Es legal que anden armados con tacos de billar recortados?

–Lo es –asintió Bass. Lancte le dirigió una mirada de advertencia, pero Bass no la vio o no le hizo caso–. Tacos de billar, bates de béisbol, palos de golf. No hay ninguna ley que los prohiba.

–Oí decir que esos tipos fueron jinetes de hierro. Miembros de pandillas de motociclistas.

–Algunos fueron miembros de un club de New Jersey, otros de un club de Nueva York, eso...

–Jefe Bass –le interrumpió Lancte–. No creo que éste sea el momento...

–No veo en qué nos perjudica decírselo –prosiguió Bass–. Son granujas, manzanas podridas, bazofia. Algunos de ellos se agruparon en los Hamptons, hace cuatro o cinco años, cuando se produjeron los grandes tumultos. Otros estaban asociados a un club de motociclistas llamado.Devil's Dozen, que se disgregó en 1972. El hombre de confianza de Stillson es un tipo llamado Sonny Elliman, que fue presidente de los Devil's Dozen. Estuvo entre rejas media docena de veces, pero nunca le condenaron por nada.

–Se equivoca, jefe –murmuró Lancte, mientras encendía otro cigarrillo–. En 1973 le citaron en Washington por haber girado ilegalmente a la izquierda, contra dirección. Firmó el boletín de multa y pagó veinticinco dólares.

Johnny se levantó y se encaminó lentamente hacia el refrigerador de agua situado en el otro extremo de la habitación. Volvió a llenar su vaso. Lancte le observó con interés.

–¿Así que se desmayó y eso fue todo, eh? –preguntó Lancte.

–No –respondió Johnny, sin volverse–. Iba a dispararle con un bazuka. Pero en el momento crítico se fundieron mis circuitos biónicos.

Lancte suspiró.

–Puede irse cuando quiera –dijo Bass.

–Gracias.

–Pero le advertiré lo mismo que le advertiría el señor Lancte aquí presente. En el futuro, si yo fuera usted no concurriría a los mítines de Stillson. Esto, si quiere conservar el pellejo sano, desde luego. La gente que no le cae simpática a Greg Stillson parece ser propensa a las desgracias imprevistas...

–¿De veras? –preguntó Johnny, mientras bebía el agua.

–Esas cuestiones no entran en su jurisdicción, jefe Bass –sentenció Lancte. Sus ojos eran de acero brumoso y miraba muy fijamente a Bass.

–Está bien –asintió Bass.

–No creo que esté de más informarle que ha habido otros incidentes en sus mítines –prosiguió Lancte–. En Ridgeway, una joven embarazada fue golpeada con tanta brutalidad que abortó. Eso sucedió inmediatamente después del mitin de Stillson que filmó la CBS. La joven dijo que no podía identificar a su agresor, pero nosotros sospechamos que fue uno de los motociclistas de Stillson. Hace un mes le fracturaron el cráneo a un chico de catorce años, que tenía una pequeña pistola de plástico para lanzar agua. Tampoco pudo identificar a su agresor. Pero la pistola de juguete nos hace pensar que fue una reacción exagerada del servicio de seguridad.

»Qué bello eufemismo –pensó Johnny.

–¿No encontraron a ningún testigo?

–Nadie quiso hablar. –Lancte sonrió amargamente y sacudió la ceniza del cigarrillo–. Stillson es el ungido del pueblo.

»Johnny pensó en el hombre que había alzado a su hijo para que éste pudiera ver a Stilison. ¿A quién diablos le importa? Sólo van por el espectáculo, al fin y al cabo.

–Así que tiene su propio agente favorito del FBI.

Lancte se encogió de hombros y le desarmó con una sonrisa.

–Bueno, ¿qué quiere que diga? Para que sepa, ésta no es una ganga, Johnny. A veces tengo miedo. Ese tipo tiene un magnetismo tremendo. Creo que si durante uno de sus mítines me señalara desde la tribuna y le informara a la concurrencia quién soy, me colgarían de la farola más próxima.

Johnny pensó en la multitud de esa tarde y en la hermosa chica que blandía la tajada de sandía.

–Tal vez tenga razón –murmuró.

–Así que si usted tiene alguna información que pueda resultarme útil... –Lancte se inclinó hacia adelante. La sonrisa con que lo había desarmado se había trocado en otra ligeramente rapaz–. Quizás incluso tuvo un pantallazo de clarividencia acerca de él. Quizás eso fue lo que le alteró.

–Quizás –respondió Johnny, sin sonreír.

–¿Y bien?

En un arranque de delirio Johnny contempló la posibilidad de contarles todo. Después desechó la idea.

–Lo vi por TV. Hoy no tenía nada importante que hacer, de modo que opté por ir a verle personalmente. Apuesto a que no fui el único forastero que se trasladó hasta allí para eso.

–Ya lo creo que no –exclamó Bass vehementemente.

–¿Y eso es todo? –preguntó Lancte.

–Eso es todo –asintió Johnny, y después vaciló–. Excepto que... creo que va a ganar la elección.

–Claro que sí –dijo Lancte–. A menos que exhumemos algo contra él. Por lo demás, estoy completamente de acuerdo con el jefe Bass. No se acerque a los mítines de Stillson.

–No se preocupen. –Johnny estrujó el vaso de papel y lo arrojó lejos–. Ha sido un placer conversar con ustedes dos, caballeros, pero aún me queda un largo viaje hasta llegar a Durham.

–¿Planea volver pronto a Maine, Johnny? –inquirió Lancte parsimoniosamente.

–No lo sé.

Apartó la mirada de Láncte que, esbelto e impecable, golpeaba un nuevo cigarrillo contra la esfera desprovista de números de su reloj digital, y la dirigió hacia Bass, un hombre corpulento y cansado, con cara de perro pachón.

–¿Alguno de ustedes piensa que presentará su candidatura a cargos más importantes? Si gana el escaño en la Cámara de Representantes, se entiende.

–Que Dios nos libre –murmuró Bass, y puso los ojos en blanco.

–Estos tipos se van como han venido –comentó Lancte. Sus ojos, tan marrones que parecían casi negros, no habían , dejado de escudriñar a Johnny en ningún momento–. Son como esos elementos radiactivos raros, tan inestables que no duran mucho. Los tipos como Stillson no tienen una base política permanente y dependen de una coalición pasajera que dura un tiempo y después se desintegra. ¿Ha visto a la multitud de hoy? ¿Jóvenes universitarios y obreros que aclamaban al mismo tipo? Eso no es política, sino una moda como la de los hula hoops o los gorros de mapache o las pelucas de los Beatles. Ganará el escaño en la Cámara y comerá gratuitamente hasta 1978 y eso será todo. Puede estar seguro.

Pero Johnny no estaba tan seguro.

2.

Al día siguiente, la mitad izquierda de la frente de Johnny estaba muy coloreada. El púrpura oscuro –casi negro– de encima de la ceja se tornaba rojo y después de un amarillo morbosamente vistoso a la altura de la sien y del borde del cabello. Su párpado se había hinchado ligeramente y le daba un aspecto grotesco, semejante al del partiquino de un espectáculo de revistas.

Dio veinte vueltas a la piscina y después se tendió en una de las tumbonas, resollando. Se sentía muy mal. La noche anterior había dormido menos de cuatro horas, cuatro horas pobladas de sueños.

–Hola, Johnny... ¿cómo se siente, hombre?

Se volvió. Era Ngo, que sonreía plácidamente. Iba vestido con sus ropas de trabajo y usaba guantes de jardinería. Detrás de él descansaba un carrito rojo, de niño, lleno de retoños de pino con las raíces envueltas en arpillera. Johnny recordó cómo llamaba Ngo a los pinos y comentó:

–Veo que está plantando más basura.

Ngo frunció la nariz.

–Sí, lo siento. Al señor Chatsworth le encantan. Yo le digo que son árboles inútiles. En New England uno los encuentra por todas partes. Pero él hace una mueca así... –las facciones de Ngo se arrugaron y su cara pareció la caricatura de un monstruo típico de un programa nocturno de TV–, y me contesta: «Limítate a plantarlos».

Johnny rió. Efectivamente, así era Roger Chatsworth. Le gustaba que le obedecieran.

–¿Qué le pareció el mitin?

Ngo sonrió mansamente.

–Muy instructivo –respondió. Sus ojos eran inescrutables. Se comportaba como si no viera la aurora boreal que abarcaba la mitad de la cara de Johnny–. Sí, muy instructivo. Todos nos divertimos mucho.

–Estupendo.

–¿Y usted?

–No tanto –contestó Johnny, y se tocó ligeramente el hematoma con la yema de los dedos. Estaba muy sensible.

–Sí, es una lástima. Debería ponerse un bistec encima –aconsejó Ngo, sin dejar de sonreír afablemente.

–¿Qué le pareció ese hombre, Ngo? ¿Qué impresión le produjo a su curso? ¿A su amigo polaco? ¿O a Ruth Chen y su hermana?

–Cuando volvimos no hablamos de eso, a petición de los profesores. Reflexionen sobre lo que han visto, nos dijeron. El martes próximo escribiremos en clase, creo. Sí, pienso que eso es lo que haremos. Una composición en clase.

–¿Qué dirá en su composición?

Ngo miró el cielo azul de verano. El y el cielo intercambiaron sonrisas. Era un hombre menudo con las primeras hebras grises en el cabello. Johnny no sabía casi nada acerca de él. No sabía si había estado casado, si había tenido hijos, si había huido del Vietcong, si había vivido en Saigón o en una de las provincias rurales. Ignoraba cuáles eran sus ideas políticas.

–Hemos hablado del juego del Tigre que Ríe –respondió Ngo–. ¿Lo recuerda?

–Sí.

–Le contaré la historia de un tigre de veras. Cuando yo era niño, cerca de mi aldea había un tigre que se volvió feroz. Era *le mangeur des hommes*, devorador de hombres, usted sabe, si bien no era eso, sino un devorador de niños y niñas y ancianas porque aquello sucedió durante la guerra y no había hombres para devorar. No la guerra que usted conoce, sino la Segunda Guerra Mundial. Este tigre se había engolosinado con el sabor de la carne humana. ¿Quién podría matar a semejante bestia feroz en una pobre aldea donde el hombre más joven tenía sesenta años y era manco, y donde el niño de más edad era yo, que sólo tenía siete años? Y un día el tigre apareció en el fondo de un pozo donde habían colocado como cebo el cadáver de una mujer. Es horrible cebar una trampa con un ser humano hecho a imagen y semejanza de Dios, diré en mi composición, pero es aún más horrible quedarse de brazos cruzados mientras un tigre feroz roba criaturas. Y diré en mi composición que cuando encontramos al tigre feroz éste aún seguía vivo. Tenía el cuerpo atravesado por una estaca pero aún seguía vivo. Lo matamos a golpes con azadas y palos. Los ancianos y las mujeres y los niños, algunos de los cuales estaban tan excitados y asustados que se orinaron encima. El tigre cayó en el foso y lo matamos a golpes con nuestras azadas, porque los hombres de la aldea habían ido a combatir contra los japoneses. Pienso que Stillson se parece al tigre feroz engolosinado con la carne humana. Pienso que habría que tenderle una trampa y que él caería en ella. Y si continuara vivo, habría que matarlo a golpes.

Le sonrió mansamente a Johnny bajo el luminoso sol de verano.

–¿Eso es lo que piensa realmente? –le preguntó Johnny.

–Oh, sí –contestó Ngo. Hablaba plácidamente, como si ése fuera un asunto desprovisto de importancia–. No sé qué opinará mi profesor cuando le entregue esa composición –se encogió de hombros–. Probablemente comentará: «Ngo, no estás preparado para el modo de vida norteamericano». Pero yo diré lo que siento. ¿Qué piensa usted, Johnny?

Sus ojos se deslizaron hacia el hematoma y después se apartaron.

–Creo que es peligroso –murmuró Johnny–. Yo... yo sé que es peligroso.

–¿De veras? –exclamó Ngo–. Sí, creo que lo sabe. Sus compatriotas de New

Hampshire le toman por un payaso encantador. Reaccionan ante él como mucha gente de este mundo reacciona ante ese negro, Idi Amin Dada. Pero usted no.

–No –afirmó Johnny–. Pero de ahí a sugerir que hay que matarle...

–Hay que matarle políticamente –aclaró Ngo, sin dejar de sonreír–. Sólo sugiero que hay que matarle políticamente.

–¿Y si eso no fuera posible?

Ngo le sonrió a Johnny. Estiró el dedo índice, amartilló el pulgar, y después lo bajó bruscamente.

–Bang –dijo suavemente–. Bang, bang, bang.

–No –protestó Johnny, sorprendido por la ronquera de su propia voz–. Eso nunca es una solución. Nunca.

–¿No? Yo pensé que era una solución que ustedes los norteamericanos empleaban con mucha frecuencia –Ngo empuñó el asa del carrito rojo–. Debo plantar estas basuras. Hasta pronto, hombre.

Johnny lo siguió con la mirada. Un hombrecillo vestido con ropa de trabajo y mocasines, que tiraba de un carrito cargado de retoños de pino. Contorneó la esquina de la casa y desapareció.

No. El que mata no hace más que sembrar la simiente de nuevas abominaciones. Eso es lo que creo. Lo que creo de todo corazón.

3.

El primer martes de noviembre, que resultó ser el segundo día del mes, Johnny Smith estaba repantigado en el sillón de su cocina y sala, estudiando los cómputos de las elecciones. Chancellor y Brinkley exhibían un gran mapa electrónico que reflejaba el desarrollo de la elección presidencial con un código de colores a medida que llegaban los resultados de cada estado. Ahora, cerca de medianoche, la carrera entre Ford y Carter parecía muy reñida. Pero Carter triunfaría. Johnny no tenía ninguna duda de ello.

Greg Stillson también había vencido.

Los programas locales de noticias habían consagrado mucho espacio a su victoria, y los de alcance nacional también le habían prestado alguna atención y habían comparado su triunfo con el que había obtenido dos años atrás James Longley, el gobernador independiente de Maine.

«Las últimas encuestas que indicaban que el candidato republicano, Harrison Fisher, estaba reduciendo la diferencia, fueron aparentemente erróneas –dijo Chancellor–. La NBC calcula que Stillson, que usó durante su campaña un casco de obrero de la construcción y que incluyó en su programa la promesa de lanzar al espacio toda la contaminación, consiguió el cuarenta y seis por ciento de los votos, contra el treinta y uno de Fisher. En un distrito donde los demócratas siempre han sido los parientes pobres, David Bowes sólo consiguió el veintitrés por ciento de los sufragios.»

«Y así –acotó Brinkley–, a New Hampshire le ha llegado la hora de las salchichas... por lo menos hasta dentro de dos años. »

El y Chancellor sonrieron. Hubo una pausa para la publicidad. Johnny no sonrió. Pensaba en los tigres.

Johnny había estado muy ocupado en el lapso comprendido entre el mitin de Trimbull y la noche de la elección. Había seguido trabajando con Chuck, y éste había continuado progresando, a un ritmo lento pero seguro. Había asistido a dos cursos de verano, los

había aprobado, y conservaba su derecho a practicar deportes. Ahora, cuando llegaba a su fin la temporada de fútbol, existían muchas probabilidades de que le incluyeran en el equipo All New England de la cadena de periódicos Gannett. Las entrevistas minuciosas, casi rituales, de los representantes de las universidades ya habían empezado, pero deberían esperar un año más. Chuck y su padre habían resuelto de común acuerdo que él pasaría un año en el Stovington Prep, un buen colegio privado de Vermont. Johnny pensó que probablemente en Stovington se pondrían a delirar cuando recibieran la noticia. El colegio de Vermont generalmente reclutaba excelentes equipos de fútbol jugado según la, normas internacionales, y malos equipos de fútbol jugado según las reglas norteamericanas. Tal vez le darían una beca completa y por añadidura la llave de oro de la residencia de chicas, para retenerle. Johnny opinaba que ésa había sido la decisión más sensata. Una vez tomada, y una vez reducida la presión para que Chuck realizara inmediatamente los Exámenes de Capacidad Académica, sus estudios habían dado un gran salto adelante.

A fines de setiembre, Johnny fue a pasar el fin de semana en Pownal, y ese mismo viernes por la noche notó que su padre estaba muy inquieto y que festejaba con grandes carcajadas unos chistes de la televisión que no eran particularmente graciosos. Entonces le preguntó a Herb cuál era su problema.

–No tengo ningún problema –respondió Herb con una sonrisa nerviosa, y se frotó las manos como lo habría hecho un contable al descubrir que la empresa en la que acababa de invertir sus ahorros de toda la vida estaba en quiebra–. No tengo absolutamente ningún problema. ¿Qué te hace pensar lo contrario, hijo?

–Bueno, ¿entonces qué te preocupa?

Herb dejó de sonreír, pero continuó frotándose las manos.

–Realmente no sé cómo explicártelo, Johnny. Quiero decir...

–¿Se trata de Charlene?

–Bueno, sí. Se trata de ella.

–Te has declarado.

Herb miré a Johnny humildemente.

–¿Cómo te sienta la noticia de que tendrás una madrastra a los veintinueve años, Johnny?

Johnny sonrió

–Me sienta muy bien. Te felicito, papá.

Herb volvió a sonreír, aliviado

–Bueno, gracias. Debo confesar que tenía un poco de miedo de contártelo. Recuerdo lo que dijiste cuando hablamos anteriormente de esto, pero a veces la gente reacciona de una manera frente a una posibilidad y de otra muy distinta frente a un hecho concreto. Yo estaba enamorado de tu madre, Johnny. Y creo que de alguna manera siempre lo estaré.

–Lo sé, papa.

–Pero yo estoy solo y Charlene está sola y... bueno, supongo que podemos hacer algo el uno por el otro.

Johnny se acercó a su padre y le besó.

–Te deseo lo mejor. Y sé que lo tendrás.

–Eres un buen hijo, Johnny –Herb sacó un pañuelo del bolsillo trasero y se enjugó los ojos–. Pensamos que te habíamos perdido. Al menos yo lo pensé. Vera nunca abandonó las esperanzas. Ella siempre creyó, Johnny. Yo...

–Basta, papá. Eso ya ha pasado.

–Necesito desahogarme –replicó Herb–. Ya hace un año y medio que me pesa en las entrañas como una piedra. Recé para que murieras, Johnny. Mi propio hijo, y le pedí a Dios que se te llevará –se enjugó nuevamente los ojos y volvió a guardar el pañuelo–. Resultó que Dios sabía una pizca más que yo. Johnny... ¿quieres ser mi padrino? ¿En la boda?

Johnny experimentó dentro de sí algo que se parecía a la pena sin serlo totalmente.

–Con mucho gusto –asintió.

–Gracias. Me alegro de... de haber desembuchado lo que llevaba dentro. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien como ahora.

–¿Habeis fijado la fecha?

–En verdad, sí. ¿Qué te parece el 2 de enero?

–Me parece bien –respondió Johnny–. Cuenta conmigo.

–Creo que vamos a vender las dos casas –prosiguió Herb–. Le hemos echado el ojo a una granja, en Biddeford. Es un hermoso lugar. Ocho hectáreas. La mitad ocupada por árboles. Una nueva vida.

–Sí. Eso está bien. Una nueva vida.

–¿Tienes algo que objetar a la venta del viejo hogar? –inquirió Herb ansiosamente.

–Me produce una pequeña conmoción –dijo Johnny–. Eso es todo.

–Sí, es lo que siento yo. Una pequeña conmoción –sonrió–. Cerca del corazón. ¿Y la tuya?

–Más o menos en el mismo lugar.

–¿Cómo te va tu trabajo?

–Bien.

–¿Tu alumno progresa?

–Fenomenalmente –contestó Johnny, utilizando una de las expresiones favoritas de su padre y sonriendo.

–¿Cuánto tiempo calculas que te quedarás allí?

–¿Trabajando con Chuck? Supongo que le ayudaré durante el año lectivo, si ellos quieren. La experiencia de dar clases a un solo alumno ha sido nueva para mí. Me gusta. Y ha sido un trabajo agradable. Atípicamente agradable, diría yo.

–¿Qué harás después?

Johnny meneó la cabeza.

–Aún no lo sé. Pero hay algo que sí sé.

–¿De qué se trata?

–Iré a buscar una botella de champán. Vamos a pillarnos una curda.

Esa tarde de setiembre su padre se puso en pie y le palmeó la espalda.

–Que sean dos –exclamó.

Aún recibía cartas esporádicas de Sarah Hazlett. Ella y Walt esperaban su segundo hijo para abril. Johnny le hizo llegar sus felicitaciones y sus buenos deseos para la campaña de Walt. Y a veces rememoraba la tarde que había pasado con ella, la tarde larga y perezosa. No era un recuerdo qué dejara aflorar demasiado a menudo. Temía que el contacto permanente con la luz de la evocación lo decolorara y difuminara, como sucedía con esas pruebas de tinte rojizo que acostumbraban a darte con los retratos de graduación.

Ese otoño había salido un par de veces, una de ellas con la hermana mayor y

recientemente divorciada de la amiguita de Chuck, pero los resultados habían sido nulos.

La mayor parte del otoño la había pasado en compañía de Gregory Ammas Stillson.

Se había convertido en un especialista en Stillson. En un cajón de su cómoda guardaba tres carpetas de hojas intercambiables, bajo los calcetines y los calzoncillos y las camisetas. Estaban llenas de anotaciones, hipótesis y fotocopias de noticias.

Esta actividad le inquietaba. Por la noche, mientras escribía con un rotulador de punta fina alrededor de los recortes periodísticos pegados, a veces se sentía como si fuera Arthur Bremmer, el joven que había atentado contra George Wallace, o la señora Moore, que había pretendido disparar contra Jerry Ford. Sabía que si Edgar Lancte, Intrépido Esbirro del Efe Be I, lo veía haciendo eso, su teléfono, su sala y su cuarto de baño se poblarían instantáneamente de dispositivos de escucha electrónica. Una furgoneta de la fábrica de muebles Acme se estacionaría frente a su casa, pero en lugar de estar llena de muebles estaría cargada de cámaras y micrófonos y Dios sabía qué más.

Se repetía constantemente que él no era Bremmer, que Stillson no era una obsesión, pero esto resultaba difícil de creer después de las largas tardes que pasaba en la biblioteca de la universidad de New Hampshire, revisando diarios y revistas viejos y echando monedas en la ranura de la fotocopiadora. Resultaba más difícil de creer en las noches en que se quedaba desvelado hasta tarde, volcando sus pensamientos sobre el papel y tratando de urdir asociaciones válidas. Resultaba casi imposible de creer cada vez que se despertaba a las tres de la madrugada, traspirando por efecto de una pesadilla reiterativa.

La pesadilla era casi siempre la misma, una reproducción descarnada de su apretón de manos con Stillson en el mitin de Trimbull. La oscuridad repentina. La sensación de estar en un túnel en el que se veía el resplandor del faro que se aproximaba velozmente, del faro remachado a una negra locomotora fatídica. El anciano de ojos humildes, asustados, que tomaba un inimaginable juramento oficial. Los matices de sentimiento, que iban y venían como compactas bocanadas de humo. Y una serie de imágenes fugaces, ensartadas en una hilera ondulante como gallardetes de plástico sobre un solar de venta de autos usados. Su mente le susurraba que todas esas imágenes estaban relacionadas entre sí, que narraban la historia visual de una inminente catástrofe titánica, quizás incluso del Armagedón en el que siempre había confiado tanto Vera Smith.

¿Pero qué representaban las imágenes? ¿Qué representaban realmente? Eran borrosas, y lo único que se podía discernir de ellas era un perfil ambiguo, porque siempre se interponía ese enigmático filtro azul, el filtro azul que a veces estaba cortado por trazos amarillos semejantes a las rayas de un tigre.

La única imagen clara de esas reiteraciones oníricas aparecía cerca del final: los alaridos de los moribundos, el olor de los muertos. Y un tigre solitario que deambulaba a lo largo de kilómetros de metales retorcidos, vidrios fundidos y tierra calcinada. Ese tigre siempre se reía y parecía llevar algo en las fauces... algo azul y amarillo que chorreaba sangre.

En el otoño hubo momentos en que pensó que ese sueño le enloquecería. Un sueño ridículo. Al fin y al cabo la alternativa que parecía presagiar era imposible. Lo mejor sería quitárselo totalmente de la cabeza.

Pero como esto también era imposible, siguió investigando a Gregory Stillson e intentó convencerse de que se trataba de un hobby inofensivo y no de una obsesión peligrosa.

Stillson había nacido en Tulsa. Su padre había sido un forzudo que trabajaba en los

yacimientos petrolíferos, que cambiaba constantemente de empresa, y que conseguía empleo más a menudo que alguno de sus colegas gracias a su descomunal corpulencia. Quizás alguna,vez su madre había sido hermosa, aunque sólo se percibía un atisbo de ello en las dos fotos que Johnny había conseguido exhumar. Si lo había sido, la época en que le había tocado vivir y el hombre con el que se había casado no habían tardado en empañar su belleza. Las fotos mostraban poco más que otro rostro como los muchos que se veían en la cuenca árida, una mujer ajada por la depresión del sureste de los Estados Unidos, que usaba un vestido estampado de colores desvaídos y que sostenía un bebé –Greg– en sus brazos huesudos, encandilada por el sol.

Su padre había sido un hombre dominante que no tenía muy buena opinión de Greg. Durante su infancia, éste había sido pálido y enfermizo. No había pruebas de que su padre le hubiera maltratado mental o físicamente, pero sí existía la sugerencia de que, cuando menos, Greg Stillson había pasado los primeros nueve años bajo la sombra de la desaprobación. Sin embargo, la única foto de la colección de Johnny en la que padre e hijo aparecían juntos inmortalizaba una imagen dichosa: les mostraba en los yacimientos de petróleo, y el padre rodeaba el cuello del hijo con un ademán informal de camaradería. Pero al mismo tiempo le producía a Johnny un escalofrío. Harry Stillson iba vestido con ropa de trabajo –pantalones de sarga y una camisa cruzada de color caqui– y tenía el casco echado hacia atrás con un aire petulante.

Greg había ido a la escuela en Tulsa, y al cumplir los diez años le habían trasferido a Oklahoma City. El verano anterior su padre había muerto en el incendio de un pozo petrolífero. Mary Lou Stillson se había mudado con su hijo a Oklahoma City porque allí vivía su madre y allí estaba la industria de guerra. Corría el año 1942, y había vuelto la época de las vacas gordas.

Greg había tenido buenas calificaciones hasta ingresar en la escuela secundaria, y a partir de entonces había empezado a seguir una mala trayectoria. Novillos, altercados, juegos de billar por dinero en los barrios bajos, tal vez transportes clandestinos de mercancías robadas en los barrios altos, aunque esto nunca se había probado. En 1949, siempre en el colegio secundario, le aplicaron una suspensión de dos días por haber colocado un petardo en el baño de los vestuarios.

En todos estos choques con la autoridad, Mary Lou Stillson había salido en defensa de su hijo. La prosperidad terminó junto con la industria de guerra en 1945 –por lo menos para la gente como los Stillson–, y la señora Stillson pareció pensar que ella y su hijo estaban enfrentados con el resto del mundo. La madre de ella había muerto y les legó una casita de madera y nada más. Ella trabajó como camarera durante un tiempo en una taberna poco recomendable, y después en una cantina que no cerraba sus puertas durante la noche. Y cuando su hijo se metía en aprietos corría a rescatarle, sin verificar nunca (aparentemente) si tenía las manos sucias o limpias.

Hacia 1949, el crío pálido y enfermizo que su padre había apodado «Enano» experimentó un cambio drástico. A medida que avanzaba la adolescencia de Greg Stillson, se iba manifestando la herencia física de su padre. Entre los trece y los diecisiete años, el chico creció quince centímetros y aumentó treinta y cinco kilos. No practicaba deportes organizados en el colegio pero de alguna manera se las apañó para conseguir un equipo de gimnasia de Charles Atlas y después un equipo de pesas. El «Enano» se convirtió en un sujeto con el que era peligroso enemistarse.

Johnny calculó que debió de faltar poco para que desertara del colegio en docenas de

ocasiones. Probablemente sólo la suerte le salvó de que le metieran entre rejas. Si por lo menos hubiera tenido un solo encontronazo serio con la justicia... pensaba Johnny a menudo. Eso habría puesto fin a todos esos estúpidos temores, porque un delincuente convicto no podía presentar su candidatura a un cargo público.

Stillson se había graduado de bachiller en junio de 1951... entre los últimos de su curso, por cierto. A pesar de sus malas calificaciones, no le faltaba inteligencia. Sabía aprovechar las oportunidades. Era locuaz y sus modales eran cautivadores. Ese verano trabajó durante una breve temporada en una gasolinera. Después, en agosto de aquel año, Greg Stillson oyó la llamada de Jesús en una asamblea religiosa celebrada en una tienda. Dejó su empleo en la gasolinera y se dedicó a hacer llover «con la ayuda de Nuestro Señor Jesucristo».

Por coincidencia o no, aquel fue uno de los veranos más secos de Oklahoma desde los tiempos de la cuenca árida. Las cosechas ya estaban perdidas y el ganado no tardaría en morir si se secaban los abrevaderos. Greg fue invitado a una asamblea de la asociación local de hacendados. Johnny encontró muchas versiones distintas acerca de lo que había ocurrido a continuación: éste era uno de los elementos sobresalientes de la carrera de Stillson. No había dos versiones idénticas, y Johnny no entendía el porqué. Eso tenía todos los atributos de un mito norteamericano, no muy distinto de algunas de las leyendas que circulaban acerca de Davy Crockett, Pecos Bill y Paul Bunyan. Resultaba innegable que algo había sucedido. Pero ya no era posible desentrañar la auténtica verdad.

Lo único que parecía seguro era que aquella asamblea de la asociación de hacendados había sido una de las más extrañas que se habían celebrado en toda la historia. Los hacendados habían invitado a más de dos docenas de hacedores de lluvia de diversas comarcas del Sudeste y el Sudoeste. Aproximadamente la mitad de ellos eran negros. Dos eran indios: un mestizo pawnee y un apache de pura sangre. Había un mexicano que mascaba peyote. Greg era uno de los aproximadamente nueve blancos, y el único hijo de la región.

Los hacendados escucharon las propuestas de los hacedores de lluvia y hechiceros, que hablaron por turno. Los unos y los otros se dividieron gradual y espontáneaménte en dos grupos: los que querían cobrar la mitad de sus honorarios por adelantado (sin lugar a devolución), y los que querían cobrar sus honorarios íntegros por adelantado (sin lugar a devolución).

Cuando le tocó el turno a Greg Stillson, éste se levantó, metió los pulgares en las presillas de sus vaqueros y dijo, al parecer: «Supongo que ustedes saben que desde que entregué mi corazón a Jesús adquirí el don de hacer llover. Antes, me revolcaba en el pecado y en las formas de vida pecaminosas. Ahora bien, una de las formas de vida pecaminosas es la que hemos presenciado esta noche, y esa versión del pecado se escribe sobre todo con el signo del dólar».

Los hacendados se interesaron. Incluso a los diecinueve años Stillson era una suerte de hipnotizador histriónico. Y les había formulado una oferta que no podían rechazar. Puesto que era un cristiano regenerado y puesto que sabía que el amor al dinero era la causa de todo el mal, él haría llover y después le pagarían lo que consideraran justo por su trabajo.

Lo eligieron por aclamación, y dos días más tarde estaba arrodillado en la parte posterior de una camioneta abierta, circulando lentamente por las carreteras principales y secundarias del centro de Oklahoma. Vestía un gabán negro y un sombrero de predicador de copa baja, e invocaba la lluvia mediante un par de altavoces conectados a la batería de

un tractor. La gente acudía por millares para verlo.

El desenlace fue previsible pero satisfactorio. Durante la tarde del segundo día que Greg consagró a su trabajo los cielos se encapotaron, y a la mañana siguiente llovió. La lluvia duró tres días y dos noches, las crecidas mataron a cuatro personas, el río Greenwood arrastró casas enteras con las gallinas posadas sobre los techos, los abrevaderos se llenaron, el ganado se salvó, y la asociación de hacendados y ganaderos de Oklahoma resolvió que probablemente eso habría sucedido de todos modos. En la asamblea siguiente hicieron una colecta para pagarle a Greg, y el joven hacedor de lluvia recibió la fabulosa suma de diecisiete dólares.

Greg no perdió la compostura. Utilizó los diecisiete dólares para publicar un anuncio en el Herald de Oklahoma City. El anuncio explicaba que más o menos lo mismo le había sucedido a un cierto cazador de ratas en la ciudad de Hamelin. En razón de su fe cristiana, proseguía el anuncio, Greg Stillson no era partidario de secuestrar niños, y ciertamente sabía que carecía de recursos legales contra un gremio tan numeroso y poderoso como el de los hacendados y ganaderos de Oklahoma. Pero lo justo era justo, Él debía mantener a su anciana madre, y ésta se hallaba enferma. El anuncio insinuaba que él se había desgañitado rezando por un hatajo de petulantes ricos y desagradecidos, hombres iguales a aquellos que en los años treinta habían desalojado a las pobres gentes de sus campos, embistiéndolas con los tractores. El anuncio sugería además que él había salvado la vida de animales que valían decenas de miles de dólares, y que por toda recompensa le habían dado diecisiete dólares. Como era un buen cristiano, ese tipo de ingratitud no le ofuscaba, pero tal vez lo acontecido debería hacer reflexionar a los ciudadanos honestos del condado. Las personas de bien podían enviar sus contribuciones al apartado 471 del Herald.

Johnny se preguntaba cuánto dinero había recolectado Greg Stillson realmente merced al anuncio. Las versiones diferían. Pero ese otoñó le vieron circular por la ciudad en un Mercury flamante. Se puso al día con los impuestos de la casita que les había legado la madre de Mary Lou y que no pagaba desde hacía tres años. La misma Mary Lou (que no estaba enferma y que no tenía más de cuarenta y cinco años) se engalanó con un nuevo abrigo de mapache. Stillson parecía haber descubierto uno de los grandes principios que mueven la Tierra como músculos ocultos: si quienes se lucran no pagan, a menudo pagan los demás, sin una razón concreta para ello. Quizá este principio es el mismo que garantiza a los políticos que siempre habrá suficientes jóvenes para alimentar la maquinaria bélica.

Los hacendados descubrieron que habían metido la mano, conjuntamente, en un avispero. Cuando los miembros de la asociación visitaban la ciudad, muchas veces se congregaban multitudes para abuchearles. Les increpaban desde los púlpitos de todo el condado. Repentinamente les resultó difícil vender las reses que la lluvia había salvado si no las enviaban a distancias considerables.

En noviembre de ese año memorable, dos jóvenes equipados con manoplas de bronce y con sendas pistolas niqueladas calibre 32 en sus bolsillos, se presentaron en el umbral de la casa de Greg Stillson, aparentemente contratados por la asociación de hacendados y ganaderos, para sugerirle, con toda la vehemencia necesaria, que en otra parte encontraría un clima más propicio. Los dos terminaron en el hospital. Uno de ellos tenía una conmoción cerebral. El otro había perdido cuatro dientes y tenía una hernia. Ambos habían aparecido en la esquina de la manzana donde vivía Greg Stillson, sin pantalones.

Sus manoplas de bronce habían sido insertadas en una región anatómica que generalmente se emplea para sentarse, y en el caso de uno de aquellos dos jóvenes hubo que recurrir a una intervención quirúrgica menor para extraer el objeto extraño.

La asociación puso el grito en el cielo. En una asamblea que se celebró a comienzos de diciembre, se adjudicó una partida de setecientos dólares de los fondos generales y se le envió a Greg Stillson un cheque por ese monto.

Stillson había conseguido lo que buscaba.

En 1953 él y su madre se mudaron a Nebraska. El negocio de la fabricación de lluvia había entrado en crisis, y algunos decían que otro tanto había ocurrido con las partidas de billar por dinero. Cualquiera que fuese la razón de la mudanza, terminaron en Omaha, donde Greg montó una empresa de pintura de casas que se fue a la bancarrota dos años después. Tuvo más suerte como vendedor de la TruthWay Bible Company of America. Cruzaba la franja de las plantaciones de maíz de un lado a otro, y almorzaba con centenares de familias campesinas, trabajadoras y temerosas de Dios, a las que les contaba la historia de su conversión y les vendía Biblias, placas, imágenes fluorescentes de Jesús confeccionadas con plástico, libros de himnos, discos, folletos, y un volumen rabiosamente derechista, encuadernado en rústica y titulado: America the Truth Way: The Communist-Jewish Conspiracy Against Our United States. En 1957 un flamante Ford familiar sustituyó al ya envejecido Mercury.

En 1958, Mary Lou Stillson murió de cáncer, y a fines de ese año Greg Stillson dejó el negocio de las Biblias y de la regeneración cristiana y se marchó hacia el Este. Pasó un año en Nueva York antes de seguir rumbo a Albany. Ese año en Nueva York lo consagró a correr tras un puesto de actor. Pero ésta fue una de las pocas profesiones (junto con la de pintor de brocha gorda) que no le rindió ni un dólar. Probablemente no por falta de talento, pensó Johnny cínicamente.

En Albany se enroló en la plantilla de Prudential, y permaneció en aquella capital hasta 1965. En su condición de vendedor de seguros fue un triunfador a la deriva. No recibió ofertas de incorporarse a la compañía como ejecutivo, ni tuvo eclosiones de fervor cristiano. Durante aquel período de cinco años, el impetuoso y fanfarrón Greg Stillson de antaño pareció haber entrado en hibernación. En toda su carrera llena de altibajos la única mujer había sido su madre. Nunca se había casado, y ni siquiera había salido regularmente con una misma chica, por lo menos hasta donde Johnny había podido averiguar.

En 1965, Prudential le ofreció un puesto en Ridgeway, New Hampshire, y Greg lo aceptó. Aproximadamente en la misma época pareció concluir su período de hibernación. Los desenfadados años sesenta tomaban impulso. Eran los tiempos de la falda corta y del vive como quieras. Greg empezó a participar plenamente en las actividades comunales de Ridgeway. Se asoció a la Cámara de Comercio y al Rotary Club. En 1967 se habló de él en todo el Estado, durante una controversia acerca de los contadores de estacionamiento de la parte baja de la ciudad. Durante seis años habían sido la piedra del escándalo en torno de la cual se querellaban varias facciones. Greg sugirió que quitaran todos los contadores y los sustituyeran por huchas. Que cada cual pagara lo que quisiese. Algunos dijeron que ésa era la idea más descabellada del mundo. Bueno, respondió Greg, es posible que se lleven una sorpresa. Sí señor. Fue persuasivo. Finalmente, la ciudad aceptó su propuesta en forma provisional, y la avalancha posterior de monedas de cinco y diez centavos dejó atónitos a todos menos a Greg. Este había descubierto el principio varios

años atrás.

En 1969 volvió a ser noticia en New Hampshire cuando envió al diario de Ridgeway una carta extensa y cuidadosamente redactada en la cual sugería que a las personas inculpadas por delitos relacionados con drogas se las pusiera a trabajar en obras públicas de la ciudad como parques y caminos para bicicletas, e incluso que se les hiciera escardar las islas peatonales de las carreteras. Ésta es la idea más demencial que he oído en mi vida, comentaron algunos. Bueno, respondió Greg, pónganla a prueba y si no resulta, deséchenla. La ciudad la puso a prueba.

Un adicto a la marihuana reorganizó la biblioteca local, sustituyendo el anacrónico sistema decimal Dewey por el más moderno que empleaba la Biblioteca del Congreso para catalogar sus materiales, sin que ello le costara un céntimo al Ayuntamiento. Varios hippies detenidos en una fiesta donde se consumían alucinógenos remodelaron el parque de la ciudad y lo transformaron en el orgullo de la región, con un estanque para los patos y una plaza de juegos infantiles científicamente diseñada en la cual se podía aprovechar el tiempo al máximo y reducir el peligro al mínimo. Como señaló Greg, la mayoría de esos drogadictos se aficionaban en la universidad a los productos químicos que consumían, pero no existía ninguna razón válida para no aprovechar todos los otros conocimientos que habían adquirido en esa institución.

Al mismo tiempo que Greg revolucionaba las normas de estacionamiento de su ciudad adoptiva y el sistema que ésta empleaba para tratar a los delincuentes inculpados por uso de drogas, escribía cartas al Union-Leader de Manchester, al Globe de Boston y al New York Times, cartas en las que tomaba partido por la posición de los halcones respecto de la guerra de Vietnam, solicitaba condenas irrevocables para los adictos a la heroína, y proponía la reimplantación de la pena de muerte, sobre todo para los traficantes de heroína. Durante su campaña política encaminada a conquistar un escaño en la Cámara de Representantes había afirmado varias veces que se había opuesto a la guerra desde 1970 en adelante, pero sus declaraciones publicadas en la prensa demostraban lo contrario.

En 1970, Greg Stillson fundó su propia compañía de seguros y propiedades. Tuvo mucho éxito. En 1973 él y otros tres hombres de negocios financiaron y construyeron un centro comercial en las afueras de Capital City, cabeza del distrito que ahora representaba. Aquel fue el año del boicot petrolero árabe, y también fue el año en que Greg empezó a conducir un Lincoln Continental. Fue asimismo el año en que presentó su candidatura a la alcaldía de Ridgeway.dos años antes,

El alcalde tenía un mandato de dos años, y en 1971, los republicanos y demócratas de esa ciudad relativamente populosa (8.500 habitantes) de New England le habían pedido que fuera candidato. El había rechazado ambas ofertas, agradecido y sonriente. En 1973 se presentó como independiente, enfrentando por un lado a un republicano bastante popular que ahora era vulnerable porque había apoyado fervientemente al presidente Nixon, y por otro a un figurón demócrata. Durante la mayor parte del tiempo lució su casco de obrero de la construcción. El lema de su campaña fue ¡Levantemos un Ridgeway mejor! Triunfó espectacularmente. Un año más tarde, en el estado de Maine, hermano del de New Hampshire, los ciudadanos volvieron las espaldas al candidato demócrata, George Mitchell, y al republicano, James Erwin, y eligieron gobernador a un agente de seguros de Lewiston llamado James Longley.

La lección no le pasó inadvertida a Gregory Aminas Stillson.

4.

Alrededor de los recortes fotocopiados se acumulaban las notas de Johnny y las preguntas que éste se formulaba. Ya había abordado tantas veces su esquema lógico, mientras Chancellor y Brinkley continuaban describiendo los resultados electorales, que podría haberlo recitado íntegro palabra por palabra.

En primer término, Greg Stillson no debería haber conseguido que le eligieran. Sus promesas durante la campaña habían sido, en general, ridículas. Sus antecedentes eran malos. Su educación era pésima. Había interrumpido sus estudios a la altura del duodécimo grado, y hasta 1965 había sido poco más que un nómada. En un país donde los electores habían resuelto que los abogados debían redactar las leyes, los únicos contactos que Stillson había tenido con éstas se habían producido cada vez que las había trasgredido. No estaba casado. Y su historia personal era francamente anómala.

En segundo término, la prensa le había dejado casi totalmente en paz, lo cual era muy desconcertante. En un año de elecciones en el cual Wilbur Milis había confesado tener una querida, en el cual Wayne Hays había sido desalojado de su fosilizado escaño de la Cámara en razón de la suya propia, en el cual ni siquiera los detentadores del poder habían sido inmunes a las bruscas y diligentes intromisiones de la prensa, los reporteros podrían haber hecho su agosto con Stillson. Pero su personalidad pintoresca y polémica sólo parecía despertar una divertida admiración en la prensa de circulación nacional, y no parecía inquietar a nadie, tal vez con la excepción de Johnny Smith. Sus guardaespaldas habían sido motociclistas agresivos pocos años atrás, y en los mítines de Stillson había muchos lesionados, pero ningún periodista se había detenido a estudiar a fondo estos hechos. En un mitin celebrado en Capital City –en el mismo centro comercial que Stillson había contribuido a patrocinar– una niña de ocho años había sufrido la fractura de un brazo y la dislocación del cuello, y su madre .juraba histéricamente que uno de esos «maníacos motociclistas» la había empujado fuera de la plataforma cuando la criatura había intentado trepar a la tribuna para que el Gran Hombre le firmara su cuaderno de autógrafos. Sin embargo en el diario sólo había aparecido un suelto –Niña herida en mitin de Stillson– rápidamente olvidado.

Stillson había presentado una declaración de bienes que a juicio de Johnny era demasiado perfecta para ser cierta. En 1975 Stillson había pagado 11.000 dólares en concepto de impuestos federales por unos ingresos de 36.000 dólares... de impuestos estatales, desde luego. Alegaba que todos sus ingresos provenían de su compañía de seguros y propiedades, más un pequeño añadido que correspondía a su sueldo de alcalde. No se mencionaba el lucrativo centro comercial de Capital City. Tampoco explicaba el hecho de que Stillson viviera en una casa valorada en 86.000 dólares, que era de su propiedad, libre de toda deuda. En una época en que al presidente de los Estados Unidos le importunaban por una suma que equivalía a la cuota pagada por el derecho a usar un campo de golf, la declaración patrimonial de Stillson, a pesar de las irregularidades, no le hacía arquear las cejas a nadie.

A esto se sumaba su historial como alcalde. Había desempeñado su cargo mucho mejor de lo que habría sido lícito suponer, dada su campaña preelectoral. Era un hombre astuto y perspicaz, con un conocimiento elemental pero preciso de la psicología humana, colectiva y política. Había concluido su mandato en 1975, y por primera vez en diez años había quedado un superávit fiscal, con gran regocijo de los contribuyentes. Destacó con justo orgullo su sistema de estacionamiento y lo que él denominaba su Programa de

Trabajo y Estudio para Hippies. Ridgeway también fue una de las primeras ciudades del país que organizaron una Comisión para el Bicentenario. Una fábrica de archivos se había instalado en Ridgeway, y en tiempos de recesión el promedio local de paro se había mantenido en un envidiable 3,2 por ciento. Todo maravilloso.

Eran otros hechos que se habían registrado durante el mandato de Stillson los que asustaban a Johnny.

El presupuesto de la biblioteca local había sido reducido de 11.500 a 8.000 dólares, y en el último año de mandato a 6.500 dólares. Al mismo tiempo, la asignación para la policía municipal había aumentado en un cuarenta por ciento. Tres nuevos autos patrulla se habían sumado a la dotación de la ciudad, junto con diversos equipos contra disturbios. También se habían contratado dos nuevos agentes y, a petición de Stillson, el Ayuntamiento había resuelto aportar el cincuenta por ciento del precio de las armas que los policías compraran para su uso personal. Como consecuencia de ello, varios agentes de esa amodorrada ciudad de New England habían adquirido Magnums 357, los revólveres que había popularizado Clint Eastwood en el papel de Dirty Harry Callahan. Además, durante el mandato de Stillson se había clausurado el centro recreativo para adolescentes; se había implantado el toque de queda a las diez de la noche para los menores de dieciséis años, presuntamente voluntario pero impuesto por la policía; y se había reducido en un treinta y cinco por ciento el presupuesto de asistencia social.

Sí, en el historial de Greg Stillson había muchos elementos que asustaban a Johnny.

El padre dominante y la madre débil y complaciente. Los mítines políticos cuyo clima se parecía más al de los conciertos de rock. La forma en que Stillson se comportaba ante las multitudes, sus guardaespaldas...

Desde los tiempos en que Sinclair Lewis había escrito su novela It Can 't Happen Here, la gente no cesaba de presagiar calamidades y de repetir que había que precaverse contra la instauración de un estado fascista en los Estados Unidos, pero las premoniciones no se habían cumplido. Bueno, en Louisiana había habido un gobernador llamado Huey Long, pero a Huey Long le habían...

Le habían asesinado.

Johnny cerró los ojos y vio a Ngo amartillando el dedo.

Bang, bang, bang. Un tigre, un tigre, refulgiendo en los bosques de la noche. Qué mano o qué ojo temeroso...

Pero no hay que sembrar la simiente de nuevas abominaciones. No, a menos que quieras rebajarte a la categoría de Frank Dodd, con su impermeable vinílico con capucha. De los Oswalds y los Sirhans y los Bremmers. Locos del mundo uníos. Mantened actualizadas vuestras carpetas de anotaciones y hojeadlas a medianoche y cuando las ideas empiecen a cristalizar dentro de vosotros, enviad el cupón para comprar un fusil contra reembolso. Johnny Smith, te presento a Squeaky Fromme. Mucho gusto en conocerte, Johnny, todo lo que has recogido en tu carpeta me parece muy sensato. Quiero presentarte a mi maestro espiritual. Johnny, te presento a Charlie Manson. Charlie, éste es Johnny. Cuando acabes con Stillson, nos reuniremos y nos cargaremos al resto de los cerdos para salvar los bosques de pinos.

La cabeza le daba vueltas. Allí estaba la inevitable jaqueca. Siempre desembocaba en eso. Greg Stillson siempre desembocaba en eso. Era hora de irse a dormir y te suplico, Dios mío, que no me hagas soñar.

Igualmente, el Interrogante seguía en pie.

El lo había escrito en una de las carpetas y siempre volvía a él. Lo había escrito con buena letra y después lo había rodeado con tres círculos, como si no quisiera dejarlo escapar. El Interrogante era éste: Si pudieras montar en una máquina del tiempo y retroceder a 1932, ¿matarías a Hitler?

Johnny consultó su reloj. La una menos cuarto. Ya era el 3 de noviembre, y la elección del Bicentenario formaba parte de la historia. Aún no habían terminado de escrutar Ohio, pero Carter llevaba la delantera. Sin discusión, la función ha terminado, hay ganadores y perdedores. Colgar el frac, por lo menos hasta 1980.

Johnny se acercó a la ventana y miró hacia afuera. La casona estaba a oscuras pero en una pequeña ventana brillaba una luz. Ngo, que pronto sería ciudadano americano, seguía mirando el gran ritual que los norteamericanos celebraban cada cuatro años: Los Viejos Pillos Salen por Allí, Los Nuevos Pillos Entran por Aquí. Quizá la respuesta que Gordon Strachan le había dado a la Comisión de Watergate no había sido tan incorrecta, al fin y al cabo.

Johnny se fue a la cama. Después de un largo rato se durmió.

Y soñó con el tigre que ríe.

Capítulo 22

1.

Tal como lo había planeado, Herb Smith se casó por segunda vez, con Charlene MacKenzie, en la tarde del 2 de enero de 1977. La ceremonia se celebró en la iglesia congregacional de Southwest Bend. El padre de la novia, un caballero casi ciego, de ochenta años, la cedió al novio. Johnny acompañó a su padre y le entregó la sortija impecablemente en el momento justo. Fue una escena maravillosa.

Sarah Hazlett asistió con su esposo y su hijo, que ya dejaba de ser un párvulo. Sarah estaba embarazada y radiante: la imagen de la dicha y el éxito. Al mirarla, Johnny experimentó inesperadamente una punzada de celos amargos, que lo tomó por sorpresa, como un acceso de flatulencia. Después de un momento se disipó, y Johnny se acercó a conversar con ellos durante la recepción que siguió a la boda.

Era la primer, vez que se encontraba con el marido de Sarah. Éste era un hombre alto, apuesto, con un bigote fino y cabello prematuraimente gris. Había conquistado el apetecido escaño en el senado estatal de Maine, y se explayó sobre el verdadero significado de las elecciones nacionales y sobre las dificultades implícitas en el hecho de trabajar con un gobernador independiente, mientras Denny le tiraba de la pernera del pantalón y pedía más gaseosa, papá, más gaseosa, ¡más gaseosa!

Sarah habló poco, pero Johnny sintió que sus ojos brillantes estaban fijos en él. Fue una sensación incómoda, pero no del todo desagradable. Un poco triste, quizá.

El licor fluyó generosamente durante la recepción, y Johnny bebió un par de vasos más que los dos en los que fijaba su límite habitual... A lo mejor ése fue el efecto de la conmoción que experimentó al ver nuevamente a Sarah, esta vez en compañía de su familia, o quizá sólo de la confirmación, reflejada en el rostro feliz de Charlene, de que Vera Smith había desaparecido realmente, y para siempre. De modo que cuando se aproximó a Hector Markstone, padre de la novia, unos quince minutos después de que se hubieron ido los Hazlett, estaba agradablemente achispado.

El viejo se hallaba sentado en el rincón, junto a los restos desmigajados del pastel de bodas, y apoyaba sobre el bastón sus manos agarrotadas por la artritis. Usaba gafas oscuras, una de cuyas patillas estaba remendada con cinta aislante negra. Junto a él descansaban dos botellas de cerveza vacías y otra semillena.

Miró atentamente a Johnny.

–Eres el hijo de Herb, verdad?

–Sí, señor.

Una inspección más detenida. Entonces Hector Markstone comentó

–No tienes buen aspecto, muchacho.

–Supongo que he trasnochado con demasiada frecuencia.

–Me parece que lo que necesitas es un tónico. Un reconstituyente.¿verdad?

–Usted combatió en la Primera Guerra Mundial –preguntó Johnny. El anciano tenía varias condecoraciones prendidas al traje de sarga azul, incluyendo la Croix de Guerre.

–Claro que sí –contestó Markstone, reanimándose–. A las órdenes de Black Jack Pershing en el Cuerpo Expedicionario Norteamericano, 1917-1918. Chapoteando en el fango. Soplaba el viento y volaba la mierda. Belleau Wood, hijo mío. Belleau Wood. Ahora no es más que un nombre en los libros de historia. Pero yo estuve allí. Vi morir gente en ese lugar. Soplaba el viento y volaba la mierda y todo el condenado destacamento salió de las trincheras.

–Y Charlene dijo que su hijo... el hermano de élla...

–Buddy. Sí. Habría sido tu tiastro, muchacho. ¡Cómo le queríamos! Vaya si le queríamos. Se llamaba Joe, pero todos lo apodaban Buddy, casi desde el día en que nació. La madre de Charlie empezó a morir el día en que llegó el telegrama.

–¿Murió en la guerra, verdad?

–Así es –asintió el anciano lentamente–. En St. Ló, en 1944. No tan lejos de Belleau Wood, por lo menos con nuestra perspectiva local. Truncaron de un tiro la vida de Buddy. Los nazis.

–Estoy escribiendo un ensayo –manifestó Johnny, y experimentó una cierta sensación alcohólica de astucia por el hecho de haber llevado finalmente la conversación al tema que le interesaba de veras–. Espero poder venderlo al Atlantec o quizás a Harper's...

–¿Así que eres escritor? –Las gafas oscuras refulgieron en dirección a Johnny con renovada atención.

–Bueno, intento serlo –respondió Johnny. Ya empezaba a lamentar su locuacidad. Sí, soy escritor. Escribo en mis carpetas de anotaciones, cuando ha caído la noche–. De todos modos, el ensayo versará sobre Hitler.

–¿Hitler? ¿Qué dirás de Hitler?

–Bueno.., suponga... suponga solamente que pudiera montar en una máquina del tiempo y volver al año 1932. En Alemania. Y suponga que se encontrara con Hitler. ¿Le mataría , o le dejaría vivir?

–¿Es un chiste, muchacho?

–No. No lo es.

Una de las manos de Hector Markstone se apartó de la empuñadura del bastón. Se introdujo en el bolsillo del pantalón y hurgó allí durante lo que pareció una eternidad. Por fin volvió a aparecer. Sostenía un cortaplumas con cachas de hueso que en el trascurso de los años habían sido pulidas por el frote hasta quedar lisas y añejas como el marfil antiguo. La otra mano entró en acción y abrió la única hoja del cortaplumas con la

increíble delicadeza de la artritis. La hoja brilló con apática perversidad bajo la luz del salón parroquial de la iglesia: un arma que había viajado a Francia en 1917 junto con un chico, un chico que había formado parte de un ejército de chicos resuelto a impedir que los sucios hunos siguieran ensartando bebés en sus bayonetas y violando monjas, y resueltos a dar por añadidura una o dos lecciones a los franchutes; y los chicos habían sido ametrallados, habían pillado la disentería y la gripe mortal, habían inhalado gas de mostaza y gas fosgeno, habían salido de Belleau Wood con el talante de esnifadores embrujados que hubieran visto la cara de Satanás en persona. Y todo eso había resultado inútil y había sido necesario repetirlo de nuevo.

De alguna parte llegaban los acordes de la música. La gente se reía. La gente bailaba. Una lámpara de magnesio descerrajó un fogonazo cálido. Muy lejos. Johnny miraba la hoja desnuda, fascinado, hipnotizado por el reflejo de la luz sobre su filo aguzado.

–¿Ves esto? –preguntó Markstone en, voz baja.

–Sí –susurró Johnny.

–Lo clavaría en su negro corazón de asesino embustero –sentenció Markstone–. Lo clavaría hasta donde entrara... y después lo retorcería –hizo girar lentamente el cortaplumas en su mano, primero en la dirección de las agujas del reloj, y después en sentido contrario. Sonrió, mostrando unas encías lisas como las de un bebé y un diente sesgado y amarillo–. Pero antes –añadió–, untaría la hoja con raticida.

2.

–¿Matar a Hitler? –preguntó Roger Chatsworth, con la respiración entrecortada. Los dos paleaban nieve en el bosque que se extendía detrás de la casa de Durham. Reinaba un gran silencio. Estaban a comienzos de marzo, pero el día era tan uniforme y fríamente silencioso como en pleno enero.

–Sí, eso mismo.

–Es una pregunta interesante –comentó Roger–. Desprovista de sentido práctico pero interesante. No. No le mataría. Creo que en cambio me afiliaría al partido. Intentaría modificar las cosas desde dentro. Quizás habría sido posible depurarlo o tenderle una trampa, siempre que se supiera por anticipado lo que iba a suceder.

Johnny pensó en los tacos de billar recortados. Pensó en los ojos verdes y brillantes de Sonny Elliman.

–También podría haberse hecho matar –respondió Johnny–. En 1933 esos tipos no se conformaban con cantar en las cervecerías.

–Sí, es verdad –arqueó una ceja en dirección a Johnny–. ¿Qué habría hecho usted?

–Sinceramente no lo sé.

Roger desechó el tema.

–¿Cómo pasaron la luna de miel su padre y su nueva esposa?

Johnny sonrió. Habían ido a Miami, a pesar de la huelga del personal de hoteles.

–Charlene dijo que se sintió como en su casa, al hacer su propia cama. Mi padre dice que se siente como si fuera un bicho raro, con la piel bronceada en marzo. Pero que los dos lo pasaron bien.

–¿Y han vendido sus casas?

–Sí, las dos el mismo día. Además, casi obtuvieron la suma que pedían. Si no fuera porque aún tengo pendientes las condenadas facturas del hospital, la vida sería muy fácil para todos nosotros.

–Johnny...

–¿Hmmm?

–No, nada. Volvamos a casa. Tengo una botella de Chivas Regal, si sabe apreciarlo.

–Creo que sí –respondió Johnny.

3.

Ahora leían Jude the Obscure, y a Johnny le había sorprendido descubrir con cuánta rapidez y naturalidad Chuck se había entusiasmado con el libro (después de gemir y gruñir un poco a lo largo de las primeras cuarenta páginas, más o menos). Confesó que se había adelantado en la lectura durante la noche, por su cuenta, y que cuando terminara el libro intentaría abordar otro de Hardy. Era la primera vez en la vida que leía por su gusto. Y como un chico al que una mujer mayor le hubiera iniciado en los goces del sexo, se refocilaba en el placer recién descubierto.

En ese momento el libro descansaba abierto pero boca abajo sobre sus rodillas. Se hallaban nuevamente junto a la piscina, aunque ésta continuaba vacía y tanto él como Johnny tenían puestas unas americanas ligeras. Arriba, unas mansas nubes blancas se deslizaban por el cielo, y se esforzaban indisciplinadamente por fusionarse en la medida suficiente para hacer llover. En el aire flotaba una sensación misteriosa y dulce. La primavera estaba próxima. Era el 16 de abril.

–¿Esta es una de tus preguntas capciosas? –inquirió Chuck.

–No.

–Bueno, ¿me, pillarían?

–¿Cómo?

Esta era una pregunta que ninguno de los otros le había formulado.

–Si le matara. ¿Me pillarían? ¿Me colgarían de una farola? ¿Me harían bailar como una gallina decapitada a quince centímetros del suelo?

–Bueno, no lo sé –respondió Johnny lentamente–. Sí, supongo que te pillarían.

–¿No podría escapar en mi máquina del tiempo a un mundo gloriosamente trasformado, eh? ¿De vuelta al buen y viejo año 1977?

–No, no lo creo.

–Bueno, no importa. Igualmente le mataría.

–¿Así, sencillamente?

–Claro que sí. –Chuck sonrió un poco–. Me equiparía con uno de esos dientes huecos y rellenos de un veneno de acción rápida, o con una hojita de afeitar en el cuello de la camisa, o con algo por el estilo. Así, si me pillaran no podrían hacerme nada demasiado grotesco. Pero lo haría. Si no lo hiciera, me aterraría la idea de que los millones de personas que mató me acosaran hasta la tumba.

–Hasta la tumba –repitió Johnny con tono morboso.

–¿Te sientes bien, Johnny?

Johnny hizo un esfuerzo para devolver la sonrisa de Chuck.

–Muy bien. Supongo que me falló un momento el corazón. Chuck siguió leyendo Jude bajo el cielo ligeramente encapotado.

4.

El aroma de la hierba segada volvía a hacerse presente, como de costumbre... junto con las otras fragancias favoritas: la de la madreselva, la del polvo y la de las rosas. En

New England la primavera realmente dura una sola semana impagable y después los disc jockeys reflotan los viejos éxitos de los Beach Boys, el rugido de las Hondas disparadas reverbera por todo el territorio, y el verano cae con un impacto abrasador.

En una de las últimas noches de esa preciosa semana de primavera, Johnny estaba sentado en el pabellón de huéspedes, contemplando la oscuridad. La oscuridad de primavera era serena y profunda. Chuck se había ido al baile de promoción con su amiguita de turno, más intelectual que las últimas seis. Lee, le había confiado Chuck a Johnny, en una conversación entre hombres de mundo.

Ngo se había ido. A fines de marzo había recibido sus papeles de ciudadanía; en abril había solicitado empleo como jefe de jardineros de un hotel de North Carolina, y hacía tres semanas había concurrido a una entrevista y le habían contratado en el acto. Antes de partir, había ido a hablar con Johnny.

–Creo que se preocupa demasiado por los tigres inexistentes –le dijo–. El tigre tiene rayas que se confunden con el entorno para no ser visto. Esto hace que el hombre preocupado vea tigres en todas partes.

–Hay un tigre –replicó Johnny.

–Sí –asintió Ngo–. En alguna parte. Mientras tanto, usted adelgaza.

Johnny se levantó, se acercó a la nevera y se sirvió un vaso de Pepsi. Salió con éste y fue a sentarse en la pequeña tumbona. Sorbió la bebida y pensó que, por suerte para todos, el viaje en el tiempo era totalmente impracticable. La luna asomó como un ojo anaranjado sobre los pinos, y trazó una trayectoria sangrienta a través de la piscina. Las primeras ranas croaron e hicieron palpitar el aire. Después de un rato Johnny entró en la casa y vertió una buena ración de Ron Rico en la Pepsi. Salió nuevamente y volvió a sentarse, bebiendo y mirando cómo la luna se remontaba por el cielo, virando poco a poco del anaranjado a un plateado místico y silencioso.

Capítulo 23

1.

El 23 de junio de 1977, Chuck recibió el título de bachiller. y, vestido con su mejor traje, ocupó un lugar en el caluroso auditorio, junto a Roger y Shelley Chatsworth, y le vio graduarse en el cuadragesimotercer puesto de su curso. Shelley lloró.

Después se celebró una fiesta en el parque de la casa de los Chatsworth. Era un día tórrido y húmedo. En el Oeste se habían formado nubes de tormenta con panzas purpúreas que se arrastraban lentamente de un extremo a otro del horizonte, aunque no parecían aproximarse. Chuck, congestionado por el efecto de tres cócteles, se acercó junto con su amiga, Patty Stracham, para mostrarle el regalo de graduación de sus padres: un nuevo reloj Pulsar.

–Les dije que quería un robot R2D2, pero no pudieron permitirse algo mejor que esto –comentó Chuck, y Johnny rió. Conversaron otro rato y entonces Chuck exclamó con brusquedad casi cortante–: Quiero darte las gracias, Johnny. Si no fuera por ti, hoy no estaría graduado.

–Eso no es cierto –respondió Johnny. Le alarmó un poco ver que Chuck estaba al borde de las lágrimas–. La calidad siempre se impone, hombre.

–Es lo que yo siempre le digo –intervino la amiga de Chuck. Detrás de sus gafas

empezaba a aflorar una belleza serena y elegante.

–Quizá –murmuró Chuck–. Quizá sí. Pero yo creo saber a quién le debo mi diploma. Muchísimas gracias. Rodeó a Johnny con los brazos y le estrechó contra su pecho.

Fue algo repentino: un ramalazo visual fuerte y deslumbrante que lo hizo ponerse rígido y llevarse la mano al costado de la cabeza como si Chuck le hubiera pegado en lugar de abrazarle. La imagen se implantó en su cerebro como un retrato galvanizado.

–No –espetó–. Imposible. No vayan allí.

Chuck retrocedió, sobresaltado. Había sentido algo. Algo frío, oscuro e incomprensible. De pronto ya no deseaba tocar a Johnny. En ese momento deseó no volver a tocarle nunca más. Fue como si hubiera descubierto lo que sentiría al estar postrado en su propio ataúd, viendo cómo clavaban la tapa.

–Johnny –dijo, y después vaciló–. Qué... qué...

Roger se acercaba con más bebidas y se detuvo, perplejo. Johnny escrutaba las nubes lejanas por encima del hombro de Chuck. Su mirada era vaga y brumosa.

–No se acerquen a ese lugar insistió–. Carece de pararrayos.

–Johnny... –Chuck miró a su padre, asustado–. Es como si tuviera una especie de... ataque, o algo.

–Un rayo –proclamó Johnny con tono vehemente. La gente se volvía para mirarle. Separó las manos–. Se propaga el fuego. El material aislante de las paredes. Las puertas... atascadas. La gente incinerada huele como cerdo asado.

–¿De qué habla? –gritó la amiga de Chuck, y las conversaciones fueron acallándose paulatinamente. Ahora todos miraban a Johnny, mientras sostenían los platos y vasos en precario equilibrio.

Roger se adelantó.

–¡John! ¡Johnny! ¿Qué ocurre? ¡Despierte! –hizo chasquear los dedos delante de los ojos extraviados de Johnny. El trueno rezongó en el Oeste, quizá como si unos gigantes estuvieran conversando mientras jugaban al rummy–. ¿Qué le sucede?

Johnny habló con una voz clara y moderadamente fuerte, que llegó a los oídos de las cincuenta personas allí reunidas: hombres de negocios con sus esposas, profesores con sus esposas, la alta clase media de Durham.

–Retenga esta noche a su hijo en casa o morirá achicharrado con los demás. Va a haber un incendio, un incendio atroz. No le permita ir a Cathy's. Caerá un rayo y arderá hasta los cimientos antes de que llegue el primer camión de bomberos. Se inflamará el material aislante. Encontrarán los cadáveres carbonizados frente a las puertas, en pilas de seis y siete, y sólo podrán identificarlos por sus dentaduras. Es... es...

En ese momento Patty Strachan lanzó un alarido, llevándose la mano a la boca. Su vaso de plástico cayó al suelo y los cubos de hielo se esparcieron por el césped y refulgieron allí como diamantes de improbable magnitud. Se meció un momento y después se desmayó, envuelta en las ondulaciones cromáticas de su vestido de fiesta, y su madre corrió hacia ella y al pasar le gritó a Johnny:

–¿Es que está loco? ¿Es que está loco, en nombre de Dios?

Chuck miró fijamente a Johnny. Sus facciones estaban blancas como el papel.

Los ojos de Johnny empezaron a despejarse. Paseó la vista sobre los corrillos de invitados que lo escudriñaban.

–Lo siento –murmuró.

La madre de Patty estaba hincada de rodillas. Sostenía en sus brazos la cabeza de su

hija y le palmeaba suavemente las nejillas. La chica empezó a moverse y a gemir.

–Johnny? –susurró Chuck, y luego, sin esperar respuesta, se acercó a su amiga.

En el parque de los Chatsworth reinaba el silencio. Todos le miraban. Le miraban porque había vuelto a suceder. Le miraban como le habían mirado las enfermeras. Y los reporteros. Eran cuervos posados sobre un hilo de teléfono. Sostenían sus vasos y sus platos de ensalada de patatas y le miraban como si fuera una sabandija, un monstruo. Le miraban como si de pronto se hubiera desabrochado los pantalones y les hubiera exhibido su miembro.

Quería echar a correr, quería esconderse. Quería vomitar.

–Johnny —dijo Roger, rodeándolr con el brazo–. Entre en la casa. Necesita acostarse un rato...

A lo lejos retumbó el trueno.

–¿Qué es Cathy's? –preguntó Johnny con voz destemplada, resistiendo la presión que el brazo de Roger ejercía sobre sus hombros–. No es una casa particular, porque había carteles que señalaban las salidas. ¿Qué es? ¿Dónde está?

–¿No pueden sacarle de aquí? –casi chilló la madre de Patty–. ¡La está alterando de nuevo!

–Venga, Johnny.

–Pero...

–Venga.

Se dejó guiar hacia el pabellón de huéspedes. Sus pisadas resonaban fuertemente en el sendero de grava. No parecía oírse ningún otro sonido. Llegaron a la piscina, y entonces se elevaron los susurros a sus espaldas.

–¿Dónde está Cathy's? –insistió Johnny.

–¿Cómo quiere que lo sepa? –preguntó Roger–. Usted parece saber todo lo demás. Por su culpa la pobre Patty Strachan se desmayó del susto.

–No lo veo. Está en la zona muerta. ¿Qué es?

–Antes le llevaré arriba.

–¡No estoy enfermo!

–Entonces digamos que tiene un acceso de tensión –replicó Roger. Su tono era suave y apaciguador, el mismo que se emplea para hablarles a los locos de remate. El timbre de su voz asustó a Johnny. Y le acometió la jaqueca. La rechazó con un feroz esfuerzo de voluntad. Subieron por la escalera que conducía al pabellón de huéspedes.

2.

–¿Se siente mejor? –preguntó Roger.

–¿Qué es Cathy's?

–Es un restaurante y bar de moda, situado en Somersworth. Es tradicional celebrar allí las fiestas de graduación. Dios sabe por qué. ¿Está seguro de que no quiere esta aspirina?

–No. No lo deje ir, Roger. Caerá un rayo. Cathy's arderá hasta los cimientos.

–Johnny –respondió Roger Chatsworth, despacio y con la voz cargada de afabilidad–, eso es algo que usted no puede saber.

Johnny bebió el agua helada, a sorbos, y después depositó el vaso sobre la mesa con mano un poco temblorosa.

–Usted dijo que investigó mis antecedentes. Pensé...

–Sí, lo hice. Pero ha llegado a una conclusión errónea. Sabía que presuntamente era un

vidente o algo parecido, pero yo no quería un vidente sino un preceptor. Y se ha desempeñado muy bien en su profesión. A mi juicio no existe ninguna diferencia entre los buenos y los malos videntes porque no creo en esas cosas. No podría ser más sencillo. No creo en ellas.

–Eso me convierte en un embustero.

–De ninguna manera –afirmó Roger con la misma voz baja, amable–. En la fábrica de Sussex tengo un capataz que jamás encendería tres cigarrillos con una cerilla, pero eso no lo convierte en un mal capataz. Tengo amigos que son devotamente religiosos, y aunque no concurro a la iglesia siguen siendo mis amigos. Su convicción de que puede escudriñar el futuro o ver objetos situados a gran distancia no influyó, ni positiva ni negativamente, sobre mi decisión de contratarle. No... no es exactamente así. No influyó sobre mi decisión desde el momento en que resolví que no tenía nada que ver con su aptitud para ayudar a Chuck. Y así fue. Pero estoy tan lejos de creer que Cathy's arderá esta noche como de creer que la luna es un queso que flota en el espacio.

–No soy un embustero, sino sólo un chalado –dijo Johnny. Era oscuramente interesante. Roger Dussault y muchas personas que le habían escrito lo habían acusado de ser un impostor, pero Chatsworth era el primero que le acusaba de tener un complejo de Juana de Arco.

–Tampoco es eso –replicó Roger–. Es un hombre joven que ha sido víctima de un accidente espantoso y que se ha repuesto luchando contra tremendas adversidades y que probablemente ha pagado por ello un precio atroz. Esto es algo que yo nunca tomaría a la ligera, Johnny, pero si algunas de las personas presentes en el jardín, incluida la madre de Patty, sacan un montón de conclusiones estúpidas, las invitaré a no hablar de lo que no entienden.

–Cathy's –exclamó Johnny repentinamente–. ¿De dónde saqué entonces ese nombre? ¿Y cómo supe que no se trataba de una casa particular?

–Chuck habló mucho acerca de la fiesta durante toda la semana.

–No conmigo.

Roger se encogió de hombros.

–Quizá me dijo algo a mí o se lo dijo a Shelley mientras usted estaba cerca. Su inconsciente lo captó y lo archivó...

–Está bien –le interrumpió Johnny amargamente–. Todo lo que no entendemos, todo lo que no encaja en nuestro esquema de la realidad, lo encasillamos bajo la «I» de inconsciente, ¿de acuerdo? El dios del siglo xx. ¿Cuántas veces ha hecho esto cuando algo chocaba con su visión pragmática del mundo, Roger?

Tal vez los ojos de Roger titilaron un poco... o a lo mejor eso sólo fue producto de su imaginación.

–Asoció el rayo con la tormenta que se aproxima –razonó Roger–. ¿No se da cuenta? Es muy sim...

–Escuche –volvió a interrumpirle Johnny–. Se lo digo en los términos más sencillos que se me ocurren. Sobre ese local va a caer un rayo. Arderá hasta los cimientos. Retenga a Chuck en casa.

Ah, Dios, la jaqueca venía a por él. Se acercaba sigilosamente, como un tigre. Se llevó la mano a la frente y la frotó con ademán nervioso.

–Johnny, usted está exhausto.

–Reténgale en casa –repitió Johnny.

–La decisión corre de cuenta de Chuck, y yo no cometería la imprudencia de tomarla por él. Es libre, blanco, y tiene dieciocho años.

Golpearon la puerta.

–Johnny?

–Adelante –contestó Johnny, y entró Chuck en persona. Parecía preocupado.

–¿Cómo te encuentras? –inquirió Chuck.

–Bien –respondió Johnny–. Me duele la cabeza, pero eso es todo. Chuck... por favor, no vayas esta noche a ese lugar. Té lo pido como amigo. Independientemente de que pienses o no como tu padre. Por favor.

–Tranquilo, hombre —exclamó Chuck jovialmente, y se dejó caer sobre el sofá. Acercó un escabel con el pie–. No podría arrastrar a Patty a un radio de un kilómetro de Cathy's, ni con una cadena de remolque de siete metros de largo. La has aterrorizado.

–Lo siento –murmuró Johnny. El alivio le produjo náuseas y escalofríos–. Lo siento pero me alegro.

–Tuviste una suerte de corazonada, ¿no es cierto? –Chuck miró a Johnny, después a su padre, y después de nuevo a Johnny, girando lentamente la cabeza–. Me la trasmitiste. Fue algo muy feo.

–A veces ocurre. Tengo entendido que no es agradable.

–Bueno, no me gustaría repetir la experiencia –comentó Chuck–. Pero... eh, ¿Cathy's no se incendiará realmente, verdad?

–Sí –afirmó Johnny–. No te acerques allí.

–Pero... –Chuck miró a su padre, inquieto–. El curso superior arrendó todo el local. Con la aprobación de la escuela, sabes. Es más seguro que organizar veinte o treinta reuniones en lugares distintos, dejando que la gente se detenga a beber en los caminos solitarios. Es posible... –Chuck se calló un momento y empezó a mostrarse asustado–. Es posible que haya hasta doscientas parejas. Papá...

–Sospecho que tu padre no cree nada de esto –manifestó Johnny.

Roger se puso en pie y sonrió.

–Bueno, iremos a Somersworth y conversaremos con el propietario del local –dijo–. De todos modos la fiesta se ha puesto aburrida. Y si a la hora de volver ustedes dos siguen pensando lo mismo, esta noche podremos reúnir a toda la gente aquí.

Le echó una mirada a Johnny.

–La única condición será que usted se mantenga. sobrio, amigo, y ayude a controlarles.

–Con mucho gusto –asintió Johnny–. ¿Pero por qué, si no lo cree?

–Lo hago por su tranquilidad espiritual –explicó Roger–, y por la de Chuck. Y así, cuando esta noche no ocurra nada, yo podré decir que se lo había advertido y después me mearé de risa.

–Bueno, sea como fuere, gracias. –Ahora que se había distendido temblaba aún más, pero la jaqueca se `cabía reducido a una palpitación sorda.

–Quiero hacer una salvedad, empero –agregó Roger–. No creo que exista la más remota posibilidad de que el propietario cancele la reunión sólo porque usted se lo pide, Johnny, sin ningún argumento concreto. Probablemente ésta es una de las noches más lucrativas del año, para su local.

–Bueno –murmuró Chuck–, podríamos idear algo...

–¿Qué, por ejemplo?

–Bueno, podríamos contarle alguna historia... urdir algún pretexto...

–¿Un embuste, quieres decir? No, eso no. No me lo pidas. Chuck.

Chuck hizo un ademán de asentimiento.

–Está bien.

–Será mejor que salgamos ya –dijo Roger vivamente–. Son las cinco menos cuarto. Iremos a Somersworth en el Mercedes.

3.

Cuando los tres entraron a las cinco y cuarenta, Bruce Carrick, el propietario y gerente, estaba atendiendo la barra. A Johnny le dio un vuelco el corazón cuando leyó el cartel montado junto a las puertas del salón: FIESTA PRIVADA SOLAMENTE ESTA NOCHE. DESDE LAS 19.00 HASTA LA HORA DE CIERRE. LES ESPERAMOS MAÑANA.

Carrick no estaba echando los bofes, precisamente. Atendía a unos pocos trabajadores que bebían cerveza y miraban la primera edición del telediario, y a tres parejas que tomaban cócteles. Escuchó la historia de Johnny con expresión cada vez más incrédula. Cuando hubo concluido, Carrick le preguntó:

–¿Dice que se llama Smith?

–Sí, efectivamente.

–Señor Smith, acompáñeme hasta la ventana.

Guió a Johnny hasta la ventana del vestíbulo, contigua a la puerta del guardarropas.

–Mire afuera, señor Smith, y dígame qué ve.

Johnny miró, aunque ya sabía qué era lo que iba a ver. La carretera 9 se perdía en dirección al Oeste, y empezaba a secarse después de la ligera llovizna de la tarde. Arriba, el cielo estaba totalmente despejado. Las nubes de tormenta habían pasado de largo.

–No mucho. Por lo menos no ahora. Pero...

–Pero nada –lo interrumpió Bruce Carrick–. ¿Sabe qué es lo que pienso? ¿Quiere que se lo diga francamente? Pienso que está loco. No sé ni me interesa saber por qué me eligió a mí para esta colosal burrada. Pero si dispone de un segundo, hijo, le explicaré cómo son las cosas. El curso de último año me pagó seiscientos cincuenta dólares por esta velada. Contrataron a una banda de rock and roll bastante pasable, Oak, que vendrá de Maine. Los víveres están en la nevera, listos para entrar en el horno de microondas. Las ensaladas están almacenadas en hielo. Las bebidas se pagan aparte, y la mayoría de estos chicos son mayores de dieciocho años y pueden beber cuanto se les antoje... cosa que seguramente harán esta noche. ¿Y quién los culparía por ello? Al fin y al cabo sólo te gradúas de bachiller una vez en la vida. Esta noche recaudaré dos mil dólares en el bar, sin ningún esfuerzo. He contratado dos camareros para que me ayuden. Y seis camareras y una azafata. Si cancelara la fiesta ahora perdería todas los beneficios de la noche, y además debería devolver los seiscientos cincuenta dólares que ya cobré. Ni siquiera vendrían mis parroquianos habituales porque hace una semana que coloqué ese cartel. ¿Me entiende?

–¿El local tiene pararrayos? –inquirió Johnny.

Carrick hizo un ademán de desesperación.

–¡Le explico a este fulano cómo son las cosas, y él se obstina en hablar del pararrayos! ¡Sí, tengo pararrayos! Me visitó un tipo, debe de hacer unos cinco años, antes de que esto empezara a prosperar. Me soltó un camelo acerca de la forma de reducir la prima de mis

seguros. ¡Así que le compré los condenados pararrayos! ¿Está contento? ¡Válgame Dios! –Miró a Roger y Chuck–. ¿Y ustedes dos qué hacen? ¿Por qué permiten que este chalado ande suelto? ¿Quieren hacer el favor de irse? Tengo que atender mi negocio.

–Johnny... –empezó a argumentar Chuck.

–No importa –dijo Roger–. Salgamos de aquí. Le agradecemos el tiempo que nos ha dedicado, señor Carrick, así como su amabilidad y comprensión.

–De nada –respondió Carrick–. ¡Qué hatajo de locos! –se encaminó de nuevo hacia el bar.

Los tres salieron. Chuck miró dubitativamente el cielo impecable. Johnny enderezó hacia el auto, mirando sólo sus pies. Se sentía estúpido y derrotado. La jaqueca le palpitaba cruelmente contra las sienes. Roger se quedó inmóvil, con las manos metidas en los bolsillos posteriores del pantalón y escudriñó el techo largo y bajo del edificio.

–¿Qué miras, papá? –inquirió Chuck.

–Ahí arriba no hay pararrayos –comentó Roger Chatsworth pensativamente–. Ni un pararrayos.

4.

Los tres estaban sentados en la sala de la casona. Chuck se hallaba junto al teléfono. Miró a su padre con talante preocupado.

–La mayoría de ellos no querrán cambiar de planes a última hora –informó.

–El plan que tienen es el de salir a divertirse, nada más –respondió Roger–. Les dará lo mismo venir aquí.

Chuck se encogió de hombros y empezó a marcar.

Al final congregaron a la mitad de las parejas que habían planeado celebrar su graduación en Cathy's, y Johnny nunca supo realmente cómo lograron convencerlas. Probablemente, algunas acudieron sólo porque les pareció que ésa sería una velada más entretenida y porque las bebidas no les costarían nada. Pero el rumor había circulado rápidamente, y los padres de muchos de los chicos que estaban allí habían concurrido esa tarde a la fiesta de la casa. En razón de ello, Johnny se sintió durante buena parte de la velada como un bicho raro exhibido en una vitrina. Roger se quedó sentado en un taburete, en un rincón, bebiendo un Martini con vodka. Su rostro era una máscara impenetrable.

Aproximadamente a las ocho menos cuarto bajó al bar y salón de juegos que ocupaba las tres cuartas partes del subsuelo, se inclinó sobre Johnny y gritó por encima del rugido de Elton John:

–¿Quiere subir a jugar al cribbage?

Johnny hizo un ademán de asentimiento, agradecido. Shelley estaba en la cocina, escribiendo cartas. Cuando entraron levantó la vista y sonrió.

–Pensé que los dos pasarían toda la noche abajo, como masoquistas. No hace ninguna falta, como bien saben.

–Siento mucho lo que pasa –murmuró Johnny–. Sé que debe de parecer demencial.

–Desde luego, lo parece –asintió Shelley–. No tengo por qué mentir. Pero sinceramente me gusta que estén aquí. No me molesta.

Fuera retumbó un trueno. Johnny miró en torno. Shelley lo notó y sonrió ligeramente. Roger había ido a buscar el marcador de tantos, que estaba en la cajonera del comedor.

–Pasará de largo, sabe –comentó Shelley–. Unos truenos y un poco de lluvia.

–Sí –contestó Johnny.

Shelley rubricó parsimoniosamente una carta, la dobló, la metió en el sobre, escribió la dirección y le colocó un sello.

–En verdad, usted experimentó algo, ¿no es cierto, Johnny?

–Sí.

–Un desfallecimiento pasajero –prosiguió Shelley–. Posiblemente lo provocó una carencia en la dieta. Está demasiado flaco, Johnny. Pudo ser una alucinación, ¿no le parece?

–No, no lo creo.

Fuera volvió a retumbar el trueno, pero a lo lejos.

–Me alegra igualmente que se haya quedado en casa. No creo en la astrología ni en la quiromancia ni en la clarividencia ni en nada de eso, pero... de todas maneras me alegra que se haya quedado en casa. Es nuestro único polluelo... un polluelo condenadamente crecido, pensará usted, pero aún lo recuerdo montado en el tiovivo, en el parque, con sus pantaloncitos cortos. Tal vez me resulta demasiado fácil recordarlo así. Y es bueno poder compartir con él... el último rito de su adolescencia.

–Me reconforta que piense eso –dijo Johnny. De pronto le asustó descubrir que estaba al borde del llanto. Le parecía que durants los últimos seis u ocho meses se había relajado mucho su control emocional.

–Usted ha ejercido una buena influencia sobre Chuck. No sólo porque le enseñó a leer. En muchos otros sentidos también.

–Yo estimo a su hijo.

–Sí –contestó ella en voz baja–. Lo sé.

Roger volvió con el marcador de tantos y con un transistor sintonizado en WMTQ, una emisora que transmitía música clásica desde lo alto del monte Washington.

–Un pequeño antídoto para Elton John, Aerosmith, Foghat y otros –manifestó–. ¿Qué le parece una partida por un dólar, Johnny?

–Me parece bien.

Roger se sentó, frotándose las manos.

–Empecemos. Volverá a casa con los bolsillos vacíos –exclamó..

5.

Jugaron al cribbage y pasaron las horas. Entre una partida y otra bajaban al subsuelo y se aseguraban de que nadie había resuelto bailar sobre la mesa de billar ni arrinconarse para celebrar una fiestecita íntima.

–Si puedo evitarlo nadie preñará a nadie en esta reunión –afirmó Roger.

Shelley se había ido a la sala con un libro. Una vez por hora se interrumpía el programa musical y leían noticias, y la atención de Johnny vacilaba un poco. Pero no dijeron nada sobre Cathy's, el restaurante de Somersworth... ni a las ocho, ni a las nueve, ni a las diez.

Después de las noticias de las diez, Roger preguntó:

–¿Está dispuesto a mitigar un poco su predicción, Johnny?

–No.

El boletín meteorológico pronosticaba chubascos aislados con tormentas acompañadas de aparato eléctrico, aclarando después de la medianoche.

La rúbrica sistemática del bajo de K. C. y la Sunshine Band ;legó a través del suelo.

–La fiesta se está poniendo bulliciosa –comentó Johnny.

–No se trata de eso –replicó Roger, sonriendo–. Es el alcohol. Spider Parmeleau se quedó dormido en el rincón y alguien le arrastra como si fuera un carrito para transportar cerveza. Oh, por la mañana tendrán la cabeza como un bombo,

–No lo dude. Recuerdo mi propia fiesta de graduación,..

«Aquí tenemos un boletín de la sala de noticias de VMTO» anunció la radio.

Johnny, que estaba barajando, esparció los naipes por el suelo.

–Cálmese. Probablemente se trata de un secuestro, en Florida.

–No lo creo –contestó Johnny. El locutor prosiguió:

«Según las últimas informaciones, el peor incendio de la historia de New Hampshire se ha cobrado la vida de más de setenta y cinco jóvenes en la ciudad fronteriza de Somersworth. El incendio se declaró en un restaurante y bar llamado Cathy's. Cuando comenzó el fuego, se estaba celebrando una fiesta de graduación. El jefe de bomberos de Somersworth, Milton Hovey, les dijo a los periodistas que no existen sospechas de que se trate de un incendio intencional. Parece casi seguro que la tragedia fue causada por un rayo».

Las facciones de Roger Chatsworth estaban perdiendo el color. Se quedó muy erguido en la silla de la cocina, con los ojos fijos en un punto situado por encima de la cabeza de Johnny. Sus manos descansaban fláccidamente sobre la mesa. Desde abajo llegaba el bullicio de las conversaciones y las risas, que ahora se mezclaba con el ritmo trepidante de Bruce Springsteen.

Shelley entró en la habitación. Miró a su marido, a Johnny, y nuevamente a su marido.

–¿Qué pasa? ¿Sucede algo malo?

–Cállate –espetó Roger.

«... Sigue ardiendo, y Hovey dijo que probablemente no se conocerá la cifra definitiva de muertos hasta las primeras horas de la mañana. Se sabe que más de treinta personas, casi todas pertenecientes al último curso de la escuela superior de Durham, han sido transportadas a los hospitales de las zonas circundantes, con quemaduras. Cuarenta personas, también en su mayoría alumnos graduados, huyeron por las pequeñas ventanas de los lavabos situados en el fondo del bar, pero otras quedaron atrapadas en atascos fatales... »

–Fue en Cathy's? –gritó Shelley Chatsworth–. ¿Fue allí?

–Sí –respondió Roger. Parecía tétricamente sereno–. Sí, fue allí.

En el subsuelo se había producido un silencio momentáneo. Lo siguió el estrépito de pisadas que corrían escaleras arriba. Se abrió violentamente la puerta de la cocina y entró Chuck, que buscaba a su madre.

–Mamá... ¿qué pasa? ¿Ocurre algo malo?

–Parece que le debemos la vida de nuestro hijo –sentencié Roger con el mismo tono, tétricamente sereno. Johnny nunca había visto un rostro tan pálido. Roger parecía un espantoso muñeco de cera viviente.

–¿Se incendió? –el tono de Chuck era incrédulo. Detrás de él, los otros se agolpaban en la escalera, susurrando en voz baja, despavoridos–. ¿Dicen que lo arrasó el fuego?

Nadie le contestó. Y entonces, repentinamente, desde algún lugar situado a sus espaldas, Patty Strachan empezó a hablar con voz atiplada, histérica.

–¡Él tiene la culpa! ¡Él lo hizo! Él lo incendió con la mente, como en ese libro Carrie. ¡Asesino! ¡Asesino! Usted... Roger se volvió hacia ella.

–¡CÁLLATE! –rugió.

Patty se echó a llorar frenéticamente.

–¿Se incendió? –repitió Chuck. Ahora parecía estar hablando consigo mismo, preguntándose si ésa podía ser la palabra correcta.

–¿Roger? –susurró Shelley–. ¿Rog? ¿Cariño?

Se oyó un murmullo creciente en la escalera, y en la sala de juego de abajo, como si hubiera un revuelo de hojas. Se apagó el tocadiscos. La gente bisbiseaba.

¿Mark estaba allí? Shannon fue, ¿no es cierto? ¿Estás seguro? Sí, yo me disponía a partir cuando me telefoneó Chuck. Mi madre estaba presente cuando ese tipo entró en trance y me dijo que tuvo la impresión de que le corría un viento frío por la médula de los huesos y me pidió que viniera aquí. ¿ Casey fue? ¿ Y Ray? ¿Maureen Ontello estaba allí? Oh, Dios mío, ¿estaba? ¿ Estaba...

Roger se levantó lentamente y se volvió.

–Sugiero –dijo–, que les pidamos a los más sobrios que conduzcan y que vayamos todos al hospital. Necesitarán donantes de sangre.

Johnny estaba rígido como una piedra. En determinado momento se preguntó si alguna vez volvería a moverse. Fuera retumbó un trueno. E inmediatamente a continuación oyó, como si fuera otro trueno interior, la voz de su madre moribunda:

»Cumple con tu deber, Johnny.

Capítulo 24

12 de agosto de 1977

Estimado Johnny:

No fue tan difícil encontrarle... A veces pienso que si tienes suficiente dinero, en este país puedes encontrar a cualquiera, y dinero es lo que tengo. Quizá me arriesgo a provocar su resentimiento al hablar con tanta franqueza, pero Chuck, Shelley y yo le debemos tanto que no puedo conformarme con decirle algo menos que la verdad. El dinero compra muchas cosas, pero no puede parar el rayo. Encontraron a doce chicos que aún estaban frente a la ventana del lavabo de hombres del restaurante, esa ventana que había sido tapiada. El fuego no llegó hasta allí, pero el humo sí, y los doce murieron asfixiados. No he podido borrarme esta imagen de la cabeza, porque Chuck podría haber sido uno de esos chicos. De modo que lo hice «rastrear», como dice usted en su carta. Y por la misma razón no puedo dejarle en paz, como me lo pide. Por lo menos no hasta que el cheque adjunto vuelva cancelado, con su endoso en el reverso.

Notará que el importe de este cheque es considerablemente inferior al del que me devolvió hace aproximadamente un mes. Me comuniqué con el Departamento de Contabilidad del Eastern Maine Medical Center, y con la diferencia pagué las facturas pendientes del hospital. Así queda libre de deudas, Johnny. Es algo que pude hacer, e hice... con gran satisfacción, debo agregar.

Usted alega que no puede aceptar el dinero. Le contesto que puede aceptarlo y que lo aceptará. Lo aceptará, Johnny. Le rastreé hasta Fort Lauderdale, y si se va de allí le rastrearé hasta el próximo lugar adonde vaya, aunque acabe por marcharse al Nepal. Dígame que soy una liendre que no se deja arrancar, pero yo prefiero verme como «el Sabueso del Cielo». No deseo acosarle, Johnny. Recuerdo que aquel día me dijo que no sacrificara a mi hijo. Faltó poco para que lo hiciera. ¿ Y qué me cuenta de los otros?

Ochenta y un muertos, otros treinta espantosamente mutilados y quemados. Pienso que Chuck me dijo que tal vez podríamos inventar una historia, urdir un embuste o algo parecido, y que yo le contesté con toda la petulancia de los grandísimos estúpidos: «No haré eso, Chuck. No me lo pidas». Bueno, yo podría haber hecho algo. Esto es lo que me atormenta. Podría haberle dado 3.000 dólares a ese desalmado Carrick para hacerle cerrar el local por esa noche. Habría sido un promedio de aproximadamente 37 dólares por cada vida. De modo que créame, cuando le prometo que no le acosaré. En realidad estoy tan ocupado acosándome a mí mismo que no puedo dedicarle ese tiempo. Creo que esto me sucederá durante muchos de los años venideros. Pago el precio de negarme a creer en todo aquello que no pudiera captar con uno de mis cinco sentidos. Y por favor no piense que el hecho de cancelar sus cuentas y extenderle este cheque es sólo un medio para apaciguar mi conciencia. El dinero no sirve para parar el rayo ni para terminar con las pesadillas. El dinero es para Chuck, aunque él no lo sabe.

Acepte el cheque y le dejaré en paz. Éste es el trato. Envíeselo a UNICEF, si quiere, o regáleselo a un hogar para mastines huérfanos, o derróchelo todo jugando a las carreras. No me importa. Sólo le pido que lo acepte.

Lamento que haya sentido la necesidad departir tan deprisa, pero creo entenderlo. Todos esperamos volver a verle pronto. Chuck partirá el 4 de septiembre rumbo a la escuela preparatoria de Stovington.

Johnny, acepte el cheque. Se lo ruego.

Afectuosamente, Roger Chatsworth

10 de setiembre de 1977

Estimado Johnny:

¿Cree que voy a capitular? Por favor. Acepte el cheque.

Saludos, Roger

10 de setiembre de 1977

Querido Johnny:

Charlie y yo nos alegramos mucho de saber dónde estás, y nos tranquilizó recibir una carta tuya escrita con tanta naturalidad y con ese lenguaje tan tuyo. Pero había en ella algo que me preocupó mucho, hijo. Telefoneé a Sam Weizak y le leí el párrafo en el que te referías a la creciente frecuencia con que te atacan las jaquecas. Weizak aconseja que consultes a un médico, Johnny, sin tardanza. Teme que se haya formado un coágulo alrededor del viejo tejido cicatrizado. De modo que esto me alarma, y también le alarma a Sam. Nunca has tenido un aspecto muy saludable desde que saliste del coma, Johnny, y cuando te vi por última vez a comienzos de junio te noté muy cansado. Sam no lo dijo, pero sé que lo que realmente le gustaría sería que cojas un avión en Phoenix y vengas a casa y dejes que sea él quien te examine. ¡Ciertamente ahora no puedes alegar pobreza!

Roger Chatsworth me ha telefoneado dos veces y le he dicho lo que he podido. Creo que es sincero cuando afirma que no quiere comprar conciencias ni recompensarte por haber salvado la vida de su hijo. Creo que tu madre habría dicho que ese hombre ha elegido el único medio de expiación que conoce. De todas maneras has aceptado el dinero y espero que no hables en serio cuando dices que sólo lo hiciste para «sacártelo de encima». Creo que tienés suficientes pelotas como para no hacer algo por semejante razón.

Me resulta muy difícil decir esto, pero me las apañaré lo mejor que pueda. Por favor, Johnny, vuelve a casa. La bulla ha declinado nuevamente. Te oigo exclamar: «Oh, mierda, nunca volverá a declinar, no después de esto» y supongo que hasta cierto punto tienes razón, pero también te equivocas. El señor Chatsworth me dijo por teléfono: «Si habla con él, procure hacerle entender que ningún vidente, excepto Nostradamus, ha acaparado el interés del público durante mucho más de nueve días». Me preocupo mucho por ti, hijo. Me preocupo cuando pienso que te culpas por los muertos en lugar de felicitarte por los vivos, por los que salvaste, por los que estaban aquella noche en casa de los Chatsworth. Me preocupo y también te echo de menos. «Te extraño con toda el alma», como acostumbraba a decir tu abuela. Así que vuelve a casa lo antes posible.

Papá

P.D. Te envío los recortes sobre el incendio y sobre el papel que tú desempeñaste. Charlie los coleccionó. Como verás, acertaste al pronosticar que todos los que estuvieron en la fiesta de aquella tarde se despacharían a gusto con los periodistas. Supongo que es posible que estos recortes te alteren aún más, y en ese caso arrójalos a la basura. Pero a Charlie se le ocurrió pensar que tal vez puedas mirarlos y comentar: No fue tan tremendo como pensé, y puedo afrontarlo. Ojalá sea así.

Papá

29 de setiembre de 1977

Querido Johnny:

Mi padre me dio tu dirección. Qué tal el gran desierto norteamericano. ¿Has visto pieles rojas (ja ja)? Bueno, aquí estoy en la Stovington Prep. No lo paso tan mal como temía. Tengo dieciséis horas de clase. Mi predilecta es la química avanzada, aunque ésta es un portento cuando se la compara con el curso que seguí en el colegio de Durham. Siempre sospeché que el profesor que teníamos allí, el viejo Agallas Farnham, se habría sentido más feliz fabricando armas apocalípticas y volando el mundo. En el curso de inglés hemos leído en estas primeras cuatro semanas tres obras de J. D. Salinger: Catcher in the Rye, Franny and Zooey, y Raise High the Roof Beams, Carpenters. Me gustan muchísimo. Nuestro profesor nos contó que Salinger aún vive en New Hampshire pero que ha dejado de escribir. Esto me deja pasmado. ¿Por qué alguien habría de capitular justo cuando todo le sale a las mil maravillas? Paciencia. El equipo local de fútbol norteamericano es una .mierda, pero empieza a gustarme el otro fútbol, el que se juega según las reglas internacionales. El entrenador dice que éste es el fútbol para la gente espabilada, y que el otro es para los idiotas. Aún no sé si tiene razón o es que está celoso.

Me pregunto si te parece bien que les dé tu dirección a algunas personas que asistieron a nuestra fiesta la noche de la graduación. Quieren escribirte para manifestarte su agradecimiento. Una de ellas es la madre de Patty Strachan, que como recordarás hizo un tremendo papelón cuando su «preciosa hija» se desmayó aquella tarde en el jardín. Ahora opina que eres un tipo fenomenal. Entre paréntesis, ya no estoy liado con Patty. No soy partidario de los romances prolongados a mi «tierna edad» (ja ja), y Patty seguirá sus estudios en Vassar, como ya habrás imaginado. Aquí conocí a una chica deliciosa.

Bueno, hombre, escríbeme cuando puedas. Mi padre da a entender que quedaste «deprimido» aunque no entiendo por qué, pues hiciste todo lo que estuvo a tu alcance para evitar el desastre. Mi padre se equivoca, ¿verdad, Johnny? No estás realmente deprimido, ¿no es cierto? Por favor escríbeme y dime que te encuentras bien. Me

preocupo por ti. Es gracioso, ¿no te parece? El rey de los subnormales se preocupa por ti, pero así es.

Cuando me escribas, explícame por qué Holden Caulfield siempre dice en The Catcher in the Rye que está muy melancólico.

Chuck

P.D. La chica deliciosa se llama Stephanie Wyman, y ya le he hecho leer Something Wicked This Way Comes, de Bradbury. También le gusta un grupo punk llamado The Ramones. Deberías escucharlos. Son graciosísimos.

C.

17 de octubre de 1977

Querido Johnny:

Estupendo, así me gusta, me parece que te encuentras bien. Me moría de risa cuando leí que trabajas en el Departamento de Obras Públicas de Phoenix. Después de jugar cuatro partidos en el equipo de los Stovington Tigers no siento ninguna compasión por tus quemaduras de sol. El entrenador tiene razón, supongo. El fútbol norteamericano es un fútbol para idiotas al menos aquí. Llevamos un partido ganado y tres perdidos, y en el que ganamos yo corrí como un loco, tuve un acceso de hiperventilación y me desmayé. Steff se pegó el susto de su vida (ja ja)..

Dejé pasar un tiempo antes de escribirte para poder contestar tu pregunta acerca de lo que piensan en casa sobre Greg Stillson ahora que éste ha ocupado su escaño. Estuve el fin de semana pasado, y esto es lo que averigüé. Primero se lo pregunté a mi padre, quien comentó: «Johnny sigue interesado en ese tipo?» Le dije: «Demuestra su elemental mal gusto al pedir tu opinión». Y entonces él se dirigió a mi madre: «Ya ves, la escuela preparatoria le está convirtiendo en un insolente. Es lo que había imaginado».

Bueno, para abreviar, a la mayoría de la gente les sorprende que se desempeñe tan bien. Mi padre dijo lo siguiente: «Si los ciudadanos del distrito de donde ha salido un legislador debieran calificarle por su desempeño al cabo de 10 meses, Stillson obtendría en general buenas notas, más un sobresaliente por su actuación respecto del proyecto de ley de energía de Carter y el proyecto de ley de ahorro de combustibles para calefacción en su propio estado. Y un sobresaliente por el afán que puso en el desempeño de su cargo». Papá me pidió que te diga que quizá Stillson no es el bobo del pueblo, como él pensó en otro momento.

Otros comentarios que hizo la gente de la comarca con la que hablé mientras estaba en casa: aquí les gusta que no use un traje formal. La señora Jarvis que administra el Quik-Pik (perdón por la ortografía, hombre, pero así es como lo escriben aquí) dice que a su juicio Stillson no se deja intimidar por «los grandes intereses». Henry Burke, que regenta The Bucket –esa taberna mugrientá de las afueras de la ciudad– opina que Stillson «ha hecho un trabajo de primera». La mayoría de los comentarios son de este talante. La gente compara lo que ha hecho Stillson con lo que no ha hecho Carter. La mayoría está desencantada de este último y se tira de los pelos por haberle votado. Les pregunté a algunos si no les preocupa que esos motociclistas sigan rondando por allí y que ese fulano Sonny Elliman sea uno de los colaboradores de Stillson. A nadie parecía inquietarle mucho. El tipo que administra el Red Rock me lo planteó en los siguientes términos: «Si Tom Hayden puede enmendarse y si Eldridge Cleaver puede aceptar el

mensaje de Jesús, ¿por qué unos cuantos motociclistas no pueden incorporarse al Sistema? Perdona y olvida».

Esto es todo lo que sé. Debería escribirte más, pero se acerca la hora del entrenamiento. Este fin de semana nos darán una paliza los Barre Wildcats. Me conformaré con sobrevivir a la temporada. Cuídate, amigo.

Chuck

Del New York Times, 4 de marzo de 1978:

AGENTE DEL FBI ASESINADO EN OKLAHOMA

Especial para el Times – Edgar Lancte, de 37 años, un veterano con diez años de servicios en el FBI, fue aparentemente asesinado anoche en un garaje y aparcamiento de Oklahoma City. La policía informa que cuando el señor Lancte hizo arrancar el motor, estalló una bomba de dinamita conectada al encendido. El atentado, con todas las características de una ejecución del hampa, fue muy parecido al que le costó la vida hace dos años al periodista e investigador Don Bolles, pero el jefe del FBI, William Webster, se negó a tejer conjeturas acerca de un posible nexo entre ambos crímenes. El señor Webster también se negó a confirmar o desmentir el rumor de que últimamente el señor Lancte estaba investigando ciertas malversaciones inmobiliarias en las que podrían hallarse complicados políticos locales.

La naturaleza exacta de la misión que tenía asignada el señor Lancte parece envuelta en el misterio y, según el Departamento de justicia, el señor Lancte no investigaba presuntos fraudes inmobiliarios sino un asunto relacionado con la seguridad nacional.

El señor Lancte se incorporó al FBI en 1968 y...

Capítulo 25

1.

Las cuatro carpetas de anotaciones que Johnny guardaba en el cajón de su escritorio se trocaron en cinco, y en el otoño de 1978 ya eran siete. En el otoño de 1978, entre la muerte de un papa y la de otro, que se sucedieron rápidamente, Greg Stillson se había convertido en noticia nacional.

Lo reeligieron miembro de la Cámara de Representantes por mayoría abrumadora, y en unos momentos en que el país se, inclinaba al conservadurismo, fundó el partido América Ahora. Lo más asombroso fue que varios miembros de la Cámara renegaron de su primitiva filiación política y se «enrolaron», como se complacía en repetir Greg. La mayoría de ellos sustentaban ideas muy parecidas, que Johnny había definido como superficialmente liberales en el orden interno y entre moderada y vehementemente conservadoras en cuestiones de política exterior. Ninguno de ellos había votado a favor de la ratificación de los tratados del Canal de Panamá, en el bando de Carter. Y cuando se raspaba el barniz liberal en su postura ante los aspectos de orden interno, éstas también resultaban ser bastante conservadoras. El partido América Ahora quería castigar severamente a los consumidores de drogas duras, quería dejar que las ciudades se hundieran o salieran a flote por sus propios medios. («No es justo que un granjero sacrificado subsidie con sus impuestos los programas de tratamiento con metadona de la ciudad de Nueva York», proclamaba Greg), quería privar de los beneficios de la

asistencia social a las prostitutas, los rufianes, los vagabundos y las personas con antecedentes policiales, y quería introducir drásticas reformas fiscales que se pagaran con reducciones no menos drásticas de los servicios sociales. Era una vieja cantilena, pero el partido América Ahora de Greg la acompañaba con una nueva y agradable melodía.

Siete representantes y dos senadores se pasaron al partido de Greg antes de las elecciones del 78. Y seis de esos representantes y los dos senadores fueron reelegidos. Del total de nueve, ocho eran republicanos, cuya situación no podía ser más precaria. Uno de ellos comentó que su cambio de partido y su posterior reelección había sido un truco mejor que el que había acompañado al «¡Lázaro, levántate y anda!».

Algunos ya decían que Greg Stillson era quizás una fuerza con la que habría que contar, y que no faltaban muchos años para que esto se verificara. No había podido enviar toda la contaminación terrestre a Júpiter y a los anillos de Saturno, pero por lo menos había logrado poner de patitas en la calle a dos granujas: uno de ellos era un miembro de la Cámara de Representantes que había hecho su agosto como socio comanditario de una organización que extorsionaba a los aparcamientos, y el otro era un asesor presidencial aficionado a concurrir a los bares de homosexuales. Su proyecto de ley sobre ahorro energético había sido un modelo de clarividencia y audacia, y lo había dirigido prudentemente desde la comisión legislativa hasta la votación final con un despliegue de sagacidad campesina. El año 1980 habría sido prematuro para Greg, y el 1984 podría ser irresistible por lo tentador, pero si lograba conservar la sangre fría hasta 1988, y si continuaba consolidando su base y los vientos del cambio no viraban tan drásticamente como para descalabrar su flamante partido, vaya, podría ocurrir cualquier cosa. Los republicanos se habían dividido en fracciones antagónicas y, suponiendo que Mondale o Jerry Brown o incluso Howard Baker sustituyera a Carter en la presidencia, ¿quién vendría después? Quizás incluso podría esperar hasta 1992 sin que se hiciera demasiado tarde. Era un hombre relativamente joven. Sí, 1992 parecía el año justo...

En las carpetas de Johnny había varias caricaturas políticas. Todas reproducían la contagiosa sonrisa oblicua de Stillson, y en una de ellas lucía su casco de obrero de la construcción. Una de Oliphant le mostraba con el casco echado hacia atrás, empujando por el pasillo central de la Cámara un barril de petróleo con la inscripción PRECIOS MÁXIMOS. Delante estaba Jimmy Carter, que se rascaba la cabeza con expresión preocupada. No miraba en dirección a Greg, y el dibujo parecía sugerir que iba a ser arrollado. El epígrafe decía: ¡FUERA DE MI CAMINO, JIMMY!

El casco. Quién sabe por qué, el casco era lo que más inquietaba a Johnny. El símbolo de los republicanos era el elefante y el de los demócratas era el asno, y Greg Stillson tenía su casco de obrero de la construcción. En algunos de los sueños de Johnny, Stillson parecía usar a veces un casco de motociclista. Y otras voces lo que usaba era un casco de minero.

2.

En una carpeta independiente conservaba los recortes que le había enviado su padre acerca del incendio de Cathy's. Los había repasado una y otra vez, aunque por razones que ni Sam, ni Roger, ni aun su padre, podrían haber sospechado.

VIDENTE PRONOSTICA INCENDIO. «MI HIJA TAMBIÉN HABRÍA MUERTO, AFIRMA MADRE LLOROSA Y AGRADECIDA (la madre llorosa y agradecida en cuestión había sido la de Patty Strachan). El vidente que resolvió los asesinatos de Castle

Rock predice incendio provocado por un rayo. NOVENTA MUERTOS EN EL RESTAURANTE. EL PADRE DICE QUE JOHNNY SMITH PARTIÓ DE NEW ENGLAND. SE NIEGA A INFORMAR DÓNDE ESTÁ. Fotos suyas. Fotos de su padre. Fotos del remoto accidente de la carretera 6, en aquellos tiempos en que Sarah Bracknell era su chica. Ahora Sarah era una mujer, madre de dos hijos, y en su última carta Herb le había contado que Sarah tenía algunos cabellos grises. Parecía imposible creer que él mismo tenía treinta y un años. Imposible, pero cierto.

Alrededor de estos recortes aparecían sus propias anotaciones, los penosos esfuerzos por poner en orden sus ideas de una vez por todas. Ninguno de ellos entendía la auténtica trascendencia del incendio, su relación con un problema mucho más importante: lo que había que hacer con Greg Stillson.

Había escrito: «Debo hacer algo respecto a Stillson. Debo de hacerlo. Acerté con Cathy's y acertaré con esto. No me queda absolutamente ninguna duda de ello. Le elegirán Presidente y desencadenará una guerra... o la provocará mediante el mal jercicio de su cargo, que viene a ser lo mismo.

»El interrogante es: ¿Hasta qué punto deben ser radícales las medidas que es necesario tomar?

»Tomemos como modelo el caso de Cathy's. Es casi como si me lo hubieran enviado a modo de señal. Dios... empiezo a parecerme a mi madre, pero ahí está. Muy bien, yo sabía que se produciría un incendio y que iba a morir gente. ¿Bastaba esto para salvarla? Respuesta: no bastaba para salvarles a todos, porque la gente sólo cree realmente a posteriori. Quienes fueron a la casa de Chatsworth en lugar de ir a Cathy's se salvaron, pero es importante recordar que R. C. no organizó la fiesta porque creyera en mi predicción. Su actitud era muy escéptica. Organizó la fiesta porque así tranquilizaría mi conciencia. Quiso... seguirme la corriente. Lo creyó después. La madre de Patty Strachan lo creyó después. Después-después-después. Cuando ya era demasiado tarde para los muertos y los quemados.

»O sea, Interrogante número 2: ¿Yo podría haber cambiado el desenlace?

»Sí. Podría haber embestido con un coche la fachada del edificio. O podría haberlo incendiado yo mismo esa tarde.

»Interrogante número 3: ¿Qué consecuencias habría tenido para mí cualquiera de estos dos actos?

»Probablemente me habrían metido en chirona. Si hubiera optado por la variante del auto y esa misma noche hubiera caído el rayo, supongo que podría haber alegado... no, no cuaja. La experiencia común puede reconocerle a la mente humana algún tipo de poder parapsicológico, pero ciertamente la ley no lo admite. Ahora pienso que si me encontrara nuevamente en esa situación, haría una de esas dos cosas sin preocuparme por las consecuencias que ello tendría para mí. ¿Es posible que yo no creyera totalmente en mis propias predicciones?

»El caso Stillson es tremendamente parecido desde todos los puntos de vista, con la salvedad de que, gracias a Dios, dispongo de más tiempo.

»Así que volvamos al punto de partida. No quiero que Greg Stillson sea Presidente. ¿Cómo podría modificar ese desenlace?

»1. Podría volver, a New Hampshire y «enrolarme», como dice él. Trataría de sabotear la maquinaria del partido América Ahora. Trataría de sabotearle a él. Hay suficiente ropa sucia en el armario. Podría sacar algunos trapos a relucir.

»2. Podría contratar a alguien para que sacara los trapos a relucir. Me queda suficiente dinero del que me dio Roger como para emplear a un buen profesional. Por otro lado, tengo la impresión de que Lancte era un buen profesional. Y Lancte está muerto.

»3. Podría herirle o dejarle tullido. Como Arthur Bremmer dejó tullido a Wallace, como quienquiera que fuese dejó tullido a Larry Flynt.

»4. Podría matarle. Asesinarle.

»Ahora, algunos de los inconvenientes. La primera alternativa no es suficientemente segura. Tal vez al final no lograría nada más constructivo que hacerme romper la crisma, como le ocurrió a Hunter Thompson cuando reunía la documentación para escribir su primer libro, el que se ocupaba de los Hell's Angels. Aún peor, es posible que este fulano Ellison recuerde mi cara, después de lo que ocurrió en el mitin de Trimbull. ¿No es más o menos rutinario compilar un historial sobre los tipos que pueden ser peligrosos para tus adictos? No me sorprendería descubrir que Stillson paga a un hombre para que se dedique exclusivamente a actualizar los archivos de gente rara y excéntricos. Entre los cuales ciertamente me cuento.

»Entonces tenemos la segunda alternativa. ¿Y si todos los trapos sucios ya han salido a relucir? Si Stillson ya sabe cuáles son sus mayores ambiciones políticas –y todos sus actos parecen apuntar en esa dirección– es posible que también haya refinado sus métodos. Y esto no es todo: los trapos sucios lo son tanto como la prensa, quiere que lo sean, y Stillson cae simpático a la prensa. El trata de congraciarse con los periodistas. Si esto fuera una novela, supongo que yo mismo me convertiría en detective privado y «exhumaría todos sus chanchullos», pero la verdad es que no sabría por dónde empezar. Alguien podría argüir que mi capacidad para «leer» a la gente, para encontrar objetos perdidos (como dice Sam) me daría una ventaja inicial. Si pudiera averiguar lo que le sucedió a Lancte, no necesitaría nada más. ¿Pero no es probable que Stillson le encomiende esos trabajos a Sonny Elliman? Y ni siquiera puedo tener la certeza, no obstante mis sospechas, de que Edgar Lancte seguía rastreando el pasado de Stillson cuando le asesinaron. Es posible que incrimine a Sonny Elliman y que ni siquiera así termine con Stillson.

»Sobre todo, la segunda alternativa no es suficientemente segura. Lo que está en juego es descomunal, tanto que ni siquiera me atrevo a dejarme reflexionar muy a menudo sobre «el escenario global». Cada vez que lo hago me ataca un atroz dolor de cabeza.

»En mis momentos de mayor delirio, he contemplado incluso la posibilidad de convertirle en drogadicto empleando el mismo método que utilizaron con el personaje que interpretaba Gene Hackman en The French Connection II, o de hacerle perder la chaveta con una dosis de LSD disuelta en su Coca Cola o en su bebida habitual. Pero todo esto son fantasías de novelas policíacas. Bazofias, como las que se le ocurrían a Gordon Liddy, el «cerebro» de Watergate. Los problemas son de tal envergadura que ni siquiera vale la pena hablar de esta «alternativa». Quizá podría secuestrarle. Al fin y al cabo, el tipo no es más que un miembro de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos. No sabría dónde conseguir heroína o morfina, pero podría comprarle todo el LSD que quisiera a Larry McNaughton, que trabajaba aquí mismo, en el querido Departamento de Obras Públicas de Phoenix. McNaughton tiene píldoras para lo que se te antoje. ¿Pero y si disfrutara su(s) viajes(s) psicodélico(s), en el supuesto caso de que empleara el método precedente?

»¿Dispararle y dejarle tullido? Quizá podría hacerlo y quizá no. Pienso qué en las

condiciones apropiadas sí podría... como en el mitin de Trimbull. Supongamos que lo hiciera. Después de lo que sucedió en Laurel, George Wallace nunca volvió a ser realmente una fuerza política digna de consideración. Sin embargo, Roosevelt hizo su campaña desde una silla de ruedas e incluso se valió de esta última con fines de propaganda.

»Sólo queda el asesinato, la Gran Incógnita. Esta es una alternativa irrebatible. Un cadáver no puede ser presidente.

»Si yo me atreviera a apretar el disparador.

»Y si me atreviera, ¿qué sería de mí?

»Como dice Bob Dylan: «¿Cariño, acaso hace falta que me lo preguntes?»

Había otros muchos apuntes y anotaciones, pero el único realmente importante estaba escrito con grandes caracteres y pulcramente recuadrado:

»¿Y si la única alternativa fuera el asesinato? ¿Y si resultara que soy capaz de apretar el gatillo? El asesinato sigue siendo una iniquidad. El asesinato es una iniquidad. El asesinato es una iniquidad. Tal vez aún haya otra solución. Gracias a Dios queda mucho tiempo.»

3.

Pero a Johnny no le quedaba tanto tiempo.

A comienzos de diciembre de 1978, poco después de que otro miembro de la Cámara de Representantes, Leo Ryan de California, fuera asesinado a tiros en un aeródromo situado en plena jungla, en Guyana, Sudamérica, Johnny Smith descubrió que el tiempo casi se le había agotado.

Capítulo 26

1.

El 26 de diciembre de 1978, a las 14.30 horas, Bud Prescott atendió a un joven alto y de aspecto bastante demacrado, de cabello gris y con los ojos marcadamente inyectados en sangre. Bud era uno de los tres dependientes que trabajaban el día después de Navidad en el Phoenix Sporting Goods Store de Fourth Street, y la mayoría de las transacciones consistían en cambios de mercancías... pero éste era un cliente en serio.

Explicó que quería comprar un buen fusil, liviano, de cerrojo. Bud le mostró varios. El día después de Navidad había poco movimiento en el departamento de armería. Cuando a un hombre le regalaban un arma en Navidad, casi nunca quería cambiarla por otro artículo.

Ese individuo examinó los fusiles atentamente y por fin eligió un Remington 700, calibre 243. Un arma excelente con un ligero retroceso y una trayectoria plana. Firmó el registro de compras como John Smith, y Bud pensó: Si alguna vez en mi vida he visto un nombre falso, es éste. «John Smith» pagó en efectivo: sacó los billetes de veinte de una cartera repleta. Cogió el fusil de encima del mostrador. Bud, que tenía ganas de azuzarle un poco, le informó que podía hacer grabar a fuego sus iniciales sobre la culata, sin un recargo en el precio. «John Smith» se limitó a negar con la cabeza.

Cuando «Smith» salió de la tienda, Bud observó que cojeaba mucho. No le resultaría difícil volver a identificarle, pensó, con esa cojera y esas cicatrices que le recorrían el

cuello.

2.

El 27 de diciembre a las 10.30 horas, un hombre delgado que cojeaba al caminar entró en la Phoenix Office Supply, Inc., y se acercó a Dean Clay, que trabajaba allí como vendedor. Clay dijo más tarde que había visto en uno de los ojos del hombre lo que su madre siempre llamaba una «mancha de fuego». El cliente explicó que deseaba comprar un maletín de grandes dimensiones, y finalmente escogió uno muy hermoso, de cuero de vaca de la mejor calidad, que costaba 149,95 dólares. Y el cojo se hizo acreedor a un descuento por pagar al contado, con billetes nuevos de veinte. Toda la operación, desde la elección hasta el pago, no duró más de diez minutos. El individuo salió de la tienda y giró hacia la derecha rumbo a la zona baja de la ciudad, y Dean Clay nunca volvió a verle hasta que vio su foto en el Sun de Phoenix.

3.

A una hora más avanzada de esa misma tarde, un hombre alto, de pelo gris, se aproximó a la taquilla de Bonita Alvarez, en la terminal de Amtrak de Phoenix, y pidió información acerca de la forma de viajar de Phoenix a Nueva York en tren. Bonita le mostró los enlaces. Él siguió la lista con el dedo y después anotó cuidadosamente todos los datos. Preguntó a Bonnie Alvarez si había billete para el 3 de enero. Bonnie consultó la computadora y luego respondió afirmativamente.

–Entonces por qué no mpezó a decir el hombre alto, y después vaciló. Se llevó la mano a la cabeza.

–¿Se siente bien, señor?

–Fuegos de artificio –murmuró el hombre alto. Más tarde ella habría de informar a la policía que estaba totalmente segura de que eso era lo que había dicho. Fuegos de artificio.

–¿Señor? ¿Se siente bien?

–Me duele la cabeza –respondió él–. Discúlpeme. –Intentó sonreír, pero el esfuerzo no mejoró mucho el aspecto de su rostro ojeroso, de joven viejo.

–¿Quiere una aspirina? Tengo algunas.

–No, gracias. Ya pasará.

Bonnie le extendió los billetes y le informó que llegaría a la Grand Central Station de Nueva York el 6 de enero, al mediar la tarde.

–¿Cuánto le debo?

Ella se lo dijo y agregó:

–¿Pagará en efectivo o con tarjeta de crédito, señor Smith?

–En efectivo –contestó él, y sacó el dinero de su cartera: un puñado de billetes de veinte y diez.

Bonnie contó el dinero y le dio la vuelta, el recibo y los billetes.

–Su tren parte – a las 10.30 horas, señor Smith –le informó–. Por favor esté aquí para embarcarse a las 10.10.

–Está bien. Gracias.

Bonnie le despidió con una ancha sonrisa profesional, pero el señor Smith ya se volvía. Estaba muy pálido y a juicio de Bonnie tenía el aspecto de un hombre muy dolorido. Estaba segura de que había dicho fuegos de artificio.

4.

Elton Curry trabajaba como revisor en la línea Phoenix-Salt Lake de Amtrack. El hombre alto apareció el 3 de enero a las 10.00 en punto y Elton le ayudó a subir por el estribo y a entrar en el vagón, porque cojeaba mucho. En una mano llevaba un bolso de viaje a cuadros bastante viejo, con marcas de desgaste y bordes raídos. En la otra llevaba un maletín que parecía bastante pesado.

–¿Puedo llevárselo señor? –preguntó Elton, refiriéndose al maletín, pero lo que le entregó el pasajero fue el bolso de viaje, junto con el billete.

–No, esto lo recogeré cuando estemos en viaje, señor.

–Está bien. Gracias.

Un hombre muy amable, les informó Elton Curry a los agentes del FBI cuando éstos le interrogaron más tarde. Y que daba buenas propinas.

5.

El 6 de enero de 1979 fue, en Nueva York, un día gris, nublado. Amenazaba con nevar, pero no nevó. El taxi de George Clemens estaba aparcado frente al Biltmore Hotel, del otro lado de la Grand Central.

Se abrió la portezuela y subió un hombre de pelo gris, que se movía cuidadosamente, como si estuviera un poco dolorido. Depositó junto a él, en el asiento, un bolso de viaje y un maletín, cerró la portezuela, y después apoyó la cabeza contra el respaldo y cerró un momento los ojos, como si se sintiera cansado, muy cansado.

–¿A dónde vamos, amigo? –preguntó George.

Su pasajero consultó una hojita de papel.

–A la terminal de la Autoridad de Puertos –respondió. George puso el vehículo en marcha.

–Lo noto un poco pálido, amigo. Mi cuñado tenía el mismo aspecto durante sus ataques de vesícula. ¿Tiene cálculos biliares?

–No.

–Mi cuñado decía que no hay nada más doloroso que los cálculos biliares. Excepto, quizá, los cálculos renales. ¿Sabe qué le contesté? Le contesté que no sabía una mierda. Andy, le dije, eres un gran tipo, yo te quiero mucho, pero no sabes una mierda. ¿Alguna vez has tenido cáncer, Andy?, le pregunté. Le pregunté eso, sabe, si alguna vez había tenido cáncer. Quiero` decir que todo el mundo sabe que no hay nada peor que el cáncer. –George le miró durante largo rato por el espejo retrovisor–. Se lo pregunto sinceramente, amigo... ¿ se siente bien? Porque, de veras, parece un cadáver recalentado.

–Me siento bien –respondió el pasajero–. Estaba... pensando en otro viaje en taxi. Fue hace muchos. años.

–Oh, claro –asintió George sabiamente, como si supiera muy bien de qué le hablaban. Bueno, Nueva York estaba llena de chalados, eso no se podía negar. Y después de esta breve pausa para la reflexión, siguió hablando de su cuñado.

6.

–¿Mamá, ese hombre está enfermo?

–Shhh.

–Sí, ¿pero está enfermo?

–Danny, cállate.

Le sonrió al hombre que estaba sentado al otro lado del pasillo del Greyhound. Fue una sonrisa con aire de disculpa, como si quisiera dar a entender que los-niños-hablan-sin-pensar-en-lo-que-dicen-no-es-cierto, pero el hombre no dio señales de haber oído. El pobre tipo sí que parecía enfermo. Danny tenía apenas cuatro años, pero no se había equivocado en eso. El hombre miraba apáticamente la nieve que había empezado a caer poco después de que hubieron cruzado el límite del estado de Connecticut. Estaba demasiado pálido, era demasiado flaco, y tenía una fea cicatriz estilo Frankenstein que partía del cuello del abrigo y le llegaba justo hasta abajo de la mandíbula. Era como si alguien hubiera intentado decapitarle limpiamente no hacía mucho tiempo... como si lo hubiera intentado y casi lo hubiese logrado.

El Greyhound iba rumbo a Portsmouth, New Hampshire, y llegarían esa noche a las 21.30 si la nieve no los retrasaba demasiado. Julie Brown y su hijo iban a visitar a la suegra de Julie, y como siempre la vieja bruja mimaría espantosamente a Danny... como si no estuviera ya bastante malcriado.

–Quiero ir a verle.

–No, Danny.

–Quiero ir a ver si está enfermo.

–¡No!

–¿Y si se está «moriendo», mamá? –La fascinante posibilidad hizo refulgir de veras los ojos de Danny–. ¡Podría estar «moriéndose» ahora mismo!

–Danny, cállate.

–¡Eh, señor! –gritó Danny–. ¿Se está «moriendo», diga?

–¡Danny, cállate la boca! –siseó Julie, con las mejillas congestionadas por el bochorno.

Entonces Danny se echó a llorar, no con un llanto auténtico, sino con ese berrido cargado de mocos, caprichoso, que siempre le producía deseos de agarrarle y pellizcarle los brazos hasta que tuviera un verdadero motivo para llorar. En circunstancias como ésa –cuando viajaba en autocar, mientras anochecía, en medio de otra cruda tormenta de nieve, con su hijo chillando junto a ella– lamentaba que su propia madre no la hubiera esterilizado muchos años antes de que llegara a la mayoría de edad.

Fue entonces cuando el hombre sentado del otro lado del pasillo volvió la cabeza y le sonrió... con una expresión cansada, dolorida, pero casi dulce. Vio que tenía los ojos espantosamente inyectados en sangre, como si hubiera estado llorando,. Intentó devolverle la sonrisa, pero sólo consiguió esbozar una mueca falsa y nerviosa. El ojo derecho rojo, y la cicatriz que le trepaba por el cuello, le daban un aspecto siniestro y desagradable a esa mitad de la cara.

Rogó que el hombre sentado del otro lado del pasillo no fuera hasta Portsmouth, pero resultó que sí iba allí. Le vio en la terminal mientras la abuela de Danny alzaba en brazos al crío, que reía complacido. Le vio cojear en dirección hacia la salida, con un raído bolso de viaje en una mano y un maletín nuevo en la otra. Y sintió, sólo por un momento, que un tremendo escalofrío le corría por la espalda. En realidad se trataba de algo peor que una cojera... era casi una arremetida frontal. Pero además tenía un aire implacable, como le explicó más tarde a la policía de New Hampshire. Era como si supiera exactamente hacia dónde se dirigía y como si nada pudiese impedirle llegar allí.

Después entró en la zona de oscuridad y lo perdió de vista.

7.

Timmesdale, en New Hampshire, es una pequeña ciudad situada al oeste de Durham, justo sobre el límite del tercer distrito electoral. Le da vida la menor de las fábricas textiles de Chatsworth, que se levanta como un monstruo de ladrillo manchado de hollín sobre la orilla del Timmesdale. Su único y modesto título para aspirar a la fama (según la Cámara de Comercio local) consiste en que fue la primera ciudad de New Hampshire que tuvo alumbrado eléctrico en las calles.

Una tarde de comienzos de enero, un joven de cabello prematuramente gris, y cojo, entró en el Timmesdale Pub, la única cervecería de la ciudad. Dick O'Donnell, el propietario, atendía la barra. El local estaba casi vacío porque ése era un día de entre semana y porque se aproximaba otra tormenta desde el Norte. Ya se habían acumulado cinco o seis centímetros de nieve en la calle, y pronto serían más.

El hombre cojo se sacudió la nieve de los zapatos, se acercó a la barra y pidió una Pabst. O'Donnell se la sirvió. Después bebió otras dos, que hizo durar, y miró la TV montada sobre la barra. El color era defectuoso, por un problema que se remontaba a un par de meses atrás, y el actor que estaba en la pantalla se parecía a un envejecido vampiro rumano. O'Donnell no recordaba haber visto antes a ese hombre.

–¿Le sirvo otra? –le preguntó O'Donnell, que había vuelto a la barra después de atender a dos arpías sentadas en un nncon.

–Una más no me hará mal –respondió el hombre. Señaló un punto situado por encima del televisor–. Supongo que le conoce personalmente.

Se trataba de una ampliación enmarcada de una caricatura política. Mostraba a Greg Stillson que, con su casco de obrero de la construcción echado hacia atrás, arrojaba por la escalinata del capitolio a un individuo vestido con un traje formal. El individuo del traje formal era Louis Quinn, el diputado al que habían pillado unos catorce meses atrás mientras cobraba sobornos en el chanchullo de los aparcamientos. La caricatura se titulaba EL QUE LA HACE LA PAGA, y uno de sus ángulos estaba atravesado por una dedicatoria manuscrita: Para Dick O'Donnell, ¡cuya taberna es la mejor del tercer distrito! Sigue escanciando cerveza, Dick. Greg Stillson.

–¡Vaya si le conozco! –exclamó O'Donnell–. La última vez que hizo campaña antes de las elecciones pronunció un discurso aquí. La ciudad estaba tapizada de carteles: Venga al Pub el sábado a las dos de la tarde. Invita Greg. Nunca tuve tanto público. Se suponía que convidaría a cada uno con un trago, pero al fin pagó toda la cuenta. No se puede decir nada mejor, ¿verdad?

–Aparentemente le admira mucho.

=Claro que sí –contestó O'Donnell–. Sentiría la tentación de machacarle los huesos a cualquiera que no opinase como yo.

–Bueno,. no lo pondré a prueba.

–El hombre depositó tres monedas de veinticinco sobre la barra–. Le convido a una.

–No le diré que no. Gracias, señor...

–Me llamo Johnny Smith.

–Mucho gusto en conocerlo, Johnny. Yo me llamo Dicky O'Donnell –se sirvió una cerveza de barril–. Sí, Greg le ha hecho mucho bien a está región de New Hampshire. Y hay muchos que temen dar la cara y decirlo, pero yo no. Lo proclamo a voz en grito. Algún día Greg Stillson será Presidente.

–¿De veras lo cree?

–Claro que sí –afirmó O'Donnell, volviendo a la barra–. New Hampshire no tiene suficiente envergadura para Greg. Es un político fenomenal, y le aseguro que no soy pródigo en semejantes elogios. Yo pensaba que eran todos un hatajo de sinvergüenzas y charlatanes. Sigo pensándolo, pero Greg es la excepción a la regla. Es un tipo honrado. Si usted me hubiera pronosticado hace cinco años que yo hablaría así, me habría reído, en sus narices. Le habría dicho que existían más probabilidades de que me pusiera a leer poesía que de que me agradara un político. Sin embargo, Greg, sí que es un hombre.

–La mayoría de estos tipos son muy campechanos mientras hacen proselitismo –comentó Johnny–, pero apenas ganan su escaño te dicen me cago en ti, Jack, hasta las próximas elecciones tengo asegurado el sustento. Yo vengo de Maine, y la única vez que le escribí a Ed Muskie, ¿sabe qué recibí? ¡Una carta ciclostilada!

–Ah, así son los polacos –exclamó O'Donnell–. ¿Qué se puede esperar de un polaco? Escuche, ¡Greg viene al distrito todos los condenados fines de semana! ¿Le parece que eso es decir me cago en ti, Jack, hasta las próximas elecciones tengo asegurado el sustento?

–¿Todas las semanas, eh? –Johnny sorbió su cerveza–. ¿A dónde? ¿A Trimbuil? ¿A Ridgeway? ¿A las grandes ciudades?

–Tiene un sistema –respondió O'Donnell con el tono reverente del hombre que jamás ha sabido organizar el suyo propio–. Quince ciudades, desde las de primera magnitud como Capital City hasta las aldeas como Timmesdale y Coorter's Notch. Visita una por semana hasta completar la lista, y después empieza nuevamente por el principio. ¿Sabe cuántos habitantes tiene Coorter's Notch? Ochocientos. ¿Qué opina pues de un tipo que sale un fin de semana de Washington y baja a Coorter's Notch para congelarse las pelotas en un frío auditorio? ¿Le parece que eso es decir me cago en ti, Jack, hasta las próximas elecciones tengo asegurado el sustento?

–No, no me lo parece –respondió Johnny sinceramente–. ¿Y qué hace? ¿Intercambia apretones de manos?

–No, tienen un auditorio en cada ciudad.. Lo reserva para todo el sábado. Llega allí alrededor de las diez de la mañana, y recibe a quienes desean conversar con él. Los vecinos le dicen lo que piensan, usted sabe. Si quiéren saber algo se lo preguntan, y él les contesta. Si no sabe qué contestarles, vuelve a Washington, ¡y lo averigua! –miró triunfalmente a Johnny.

–¿Cuándo estuvo por última vez aquí, en Timmesdale?

–Hace un par de meses –respondió O'Donnell. Se acercó a la caja registradora y hurgó entre.una pila de papeles apilados al lado de ella. Encontró un recorte manoseado y lo depositó sobre la barra junto a Johnny–. Aquí tiene la lista. Échele un vistazo y dígame lo que piensa.

El recorte procedía del diario de Ridgeway. Ya era bastante antiguo. Se trataba de un artículo titulado STILLSON INAUGURA LOS «CENTROS DE REENCUENTRO CÍVICO». El primer párrafo parecía literalmente copiado del servicio de prensa de Stillson. A continuación figuraba la lista de las ciudades donde Greg pasaría sus fines de semana, con las fechas previstas. No volvería a Timmesdale hasta mediados de marzo.

–Me parece estupendo –comentó Johnny.

–Sí, eso es lo que opino yo. Y lo que opinan muchos.

–Según este recorte, debió de estar en Coorter's Notch el fin de semana pasado.

–Correcto –asintió O'Donnell, y se rió–. Pobre Coorter's Notch. ¿Quiere otra cerveza, Johnny?

–Sólo si usted –me acompaña –dijo Johnny, y colocó un par de dólares sobre la barra.

–Bueno, no diré que no.

Una de las dos arpías había echado unas monedas en el tocadiscos automático y Tammy Wynette empezó a cantar «Stand By Your Man», con voz avejentada y cansada. No parecía sentirse feliz de estar allí.

–¡Eh, Dick! –graznó la otra–. ¿En este bar acostumbran a servir a los clientes?

–¡Cierra el pico! –gritó a su vez O'Donnell.

–Vete a tomar por el CULO –vociferó la vieja, y se rió.

–Condenada seas, Clarice, te advertí que no dijeras obscenidades en mi bar. Te advertí...

–Oh, déjate de sermones y sirve un poco de cerveza.

–Odio a esas dos viejas brujas –masculló O'Donnell en dirección a Johnny–. Son un par de marimachos borrachas, eso es lo que son. Hace un millón de años que están aquí, y no me sorprendería que sobrevivan para escupir sobre mi tumba. A veces éste es un mundo de mierda.

–Ya lo creo.

–Discúlpeme, volveré enseguida. Tengo una camarera, pero en invierno sólo viene los viernes y sábados.

O'Donnell llenó dos jarras de cerveza y las llevó a la mesa. Les dijo algo a las mujeres y Clarice respondió «Vete a tomar por el CULO» y soltó otro graznido. La cervecería estaba poblada por los espectros de las hamburguesas muertas. La voz de Tammy Wynette se desprendía de un viejo disco que crepitaba como las palomitas de maíz. Los radiadores proyectaban dentro del recinto oleadas de calor embotado y fuera del salón la nieve se estrellaba secamente contra el cristal. Johnny se frotó las sienes. Había estado antes en esa taberna, en un centenar de pequeñas ciudades. Le dolía la cabeza. Al estrechar la mano de O'Donnell se había enterado de que éste tenía un viejo perrazo mestizo y de que lo había entrenado para que atacara cuando se lo ordenase. Su única gran ilusión consistía en que una noche un ratero se colara de rondón en su casa para poder lanzarle legalmente el viejo perrazo encima, y entonces el mundo se libraría de un maldito hippie drogadicto y pervertido.

Oh, cómo le dolía la cabeza.

O'Donnell volvió a la barra, frotándose las manos con el delantal. Tammy Wynette completó su canción y en su lugar apareció Red Sovine, que llamaba a Teddy Bear por la Banda Ciudadana.

–Nuevamente le agradezco la cerveza –dijo O'Donnell, mientras llenaba dos vasos.

–El gusto es mío –contestó Johnny, sin dejar de mirar, el recorte del Coorter's Notch de la semana pasada–. Jackson el próximo fin de semana. Nunca oí ese nombre. Debe de ser una ciudad pequeña, ¿verdad?

–Apenas un villorrio –asintió O'Donnell–. Antes había una estación de esquí, pero quebró. Hay un gran índice de paro allí. Fabrican pulpa de madera en pequeña escala y hay algunas granjas de mala muerte. Pero él va allí, por Cristo. Les habla, escucha a sus yeguas. ¿De qué lugar de Maine viene, Johnny?

–De Lewiston –mintió Johnny. El recorte informaba que Greg Stillson recibiría en el Ayuntamiento a las personas que tuvieran interés en conversar con él.

–Supongo que habrá venido a esquiar, ¿eh?

–No. Hace un tiempo me lesioné la pierna y ya no esquío. Pasaba por aquí, eso es todo. Le agradezco que me haya mostrado esto –Johnny le devolvió el recorte–. Es muy interesante.

O'Donnell volvió a colocarlo cuidadosamente junto con los otros papeles. Tenía una taberna vacía, tenía un perro en casa que atacaba cuando él se lo ordenaba, y tenía a Greg Stillson. Greg había estado en su taberna.

De pronto Johnny deseó estar muerto. Si su talento era un don divino, Dios era un lunático peligroso al que había que pararle el carro. Si Dios quería ver muerto a Greg Stillson, ¿por qué no le había expulsado del vientre materno con el cordón umbilical enroscado alrededor del cuello? ¿Por qué no había hecho que se asfixiara con un trozo de carne? ¿Por qué no le había electrocutado mientras manipulaba los mandos de la radio? ¿Por qué no le había ahogado en el viejo estanque adonde iba a nadar? ¿Por qué Dios tenía que valerse de Johnny Smith para ejecutar su trabajo sucio? La responsabilidad de salvar al mundo no recaía sobre sus espaldas, sino sobre las de los psicópatas, y sólo éstos se sentían con derecho a intentarlo. De pronto resolvió que dejaría vivir a Greg Stillson y que le haría un corte de manga a Dios.

–¿Se siente bien, Johnny? –inquirió O'Donnell.

–¿Cómo? Oh, sí.

–Por un momento me pareció que tenía un talante raro.

Chuck Chatsworth había dicho: Si no lo hiciera, me aterraría la idea de que los millones de personas que finalmente mató me acosaran hasta la tumba.

–Estaba distraído –comentó Johnny–. Quiero que sepa que ha sido un placer beber con usted.

–Bueno, lo mismo digo –asintió O'Donnell, con expresión satisfecha–. Ojalá más personas de las muchas que pasan por aquí opinaran como usted. Siguen de largo rumbo a las estaciones de esquí, usted sabe. Hacia los lugares de postín. Es allí adonde llevan su dinero. Si tuviera alguna esperanza de que se detuviesen aquí, decoraría este local como les gusta. Usted sabe, con posters de Suiza y Colorado. Una chimenea. Equiparía el tocadiscos con música de rock and roll en lugar de esa basura. Y... usted me entiende, eso me gustaría –se encogió de hombros–. Diablos, no soy un mal tipo.

–Claro que no –respondió Johnny, al tiempo que se bajaba del taburete y pensaba en el perro adiestrado para atacar, y en el anhelado ladrón hippie y drogadicto.

–Bueno, infórmeles a sus amigos que estoy aquí –añadió O'Donnell.

–Eso es lo que haré.

–¡Eh, Dick! –gritó una de las arpías–. ¿Alguna vez oyeron hablar en esta pocilga de lo que es una buena atención al público?

–¿Por qué no revientas? –le gritó a su vez O'Donnell, con la cara congestionada.

–¡Vete a tomar por el CULO! –chilló Clarice.

Johnny salió silenciosamente al encuentro de la borrasca que se estaba gestando.

8.

Se alojaba en el Holiday Inn de Portsmouth. Cuando llegó de regreso esa noche, pidió al conserje que le preparara la cuenta, pues se iría por la mañana.

Una vez en su habitación, se sentó frente al escritorio impersonal de los Holiday Inns, sacó todo el papel con membrete, y empuñó un bolígrafo, que también ostentaba el sello

del Holiday Inn. Le palpitaba la cabeza, pero tenía que escribir las cartas. Su rebelión fugaz –si esto era lo que había sido– ya había pasado. El asunto inconcluso con Greg Stillson seguía pendiente.

»Me he vuelto loco, pensó. Se trata realmente de eso. He perdido totalmente la chaveta. Ya veía los titulares. UN PSICÓPATA ACRIBILLA A UN DIPUTADO POR NEW HAMPSHIRE. UN LOCO ASESINA A STILLSON. UNA LLUVIA DE BALAS SIEGA LA VIDA DE UN DIPUTADO EN NEW HAMPSHIRE. El Inside View, por supuesto, se desquitaría: AUTOTITULADO «VIDENTE» MATA A STILLSON, 12 FAMOSOS PSIQUIATRAS NOS EXPLICAN POR QUÉ LO HIZO SMITH. Con un suelto de ese fulano Dees, probablemente, en el que relataría cómo Johnny había amenazado con coger su escopeta y «meterle una perdigonada a un intruso».

»Loco.

La cuenta del hospital había sido cancelada, pero lo que iba a hacer abriría un huevo capítulo de deudas y su padre debería pagarlas. Él y su flamante esposa pasarían muchos días bajo las candilejas de su notoriedad reflejada. Recibirían cartas amenazantes. Todos sus conocidos serían interrogados: los Chatsworth, Sam, el sheriff George Bannerman. ¿Sarah? Bueno, quizá no llegarían hasta Sarah. Al fin y al cabo, no planeaba matar al presidente. Por lo menos todavía no. Mucha gente teme dar la cara y decirlo, pero yo no. Lo proclamo a voz en grito. Algún día Greg Stillson será Presidente.

Johnny se frotó las sienes. La jaqueca palpitó en oleadas bajas, lerdas, y así nunca terminaría de escribir las cartas. Atrajo hacia sí la primera hoja de papel con membrete, levantó el bolígrafo y escribió *Querido papá*. En el exterior, la nieve azotaba la ventana con ese ruido seco, arenoso, que significa que la cosa va en serio. Finalmente el bolígrafo empezó a deslizarse sobre el papel, lentamente al principio, y después cobrando velocidad.

Capítulo 27

1.

Johnny subió por la escalera de madera, de donde habían quitado la nieve con palas y que luego había sido espolvoreada con sal. Traspuso una puerta de dos hojas y entró en un vestíbulo recubierto con modelos de papeletas electorales y con informaciones sobre una asamblea especial del Ayuntamiento que se celebraría allí, en Jackson, el 3 de febrero. También había un anuncio de la visita inminente de Greg Stillson y una foto de El Hombre en persona, con el casco echado hacia atrás sobre la cabeza y su dura sonrisa sesgada que parecía decir Conocemos sus mañas, ¿no es cierto, compañero? Un poco a la derecha de la puerta verde que conducía al auditorio municipal había un cartel que Johnny no esperaba encontrar, y lo estudió en silencio durante varios segundos, mientras el aliento le brotaba de los labios en blancas vaharadas. HOY: EXÁMENES DE CONDUCCIÓN, proclamaba el cartel. Estaba montado sobre un atril de madera. TENGA LOS PAPELES LISTOS.

Abrió la puerta, fue al encuentro del calor soporífero que irradiaba una enorme estufa de leña, y se encontró con un policía sentado detrás del escritorio. El policía tenía puesto un anorak de esquiador, con la cremallera baja. Sobre el escritorio había muchos papeles esparcidos y también un dispositivo para examinar la agudeza visual.

El policía miró a Johtiny y éste experimentó una sensación de vacío en las entrañas.

–¿En qué puedo servirle, señor?

Johnny acarició la cámara que le colgaba del cuello.

–Bueno, me pregunto si puedo echar un vistazo –respondió–. Soy corresponsal de la revista Yankee. Estamos preparando una sección especial sobre la arquitectura de los ayuntamientos de Maine, New Hampshire y Vermont. Sacamos muchas fotos, usted sabe.

–Adelante –asintió el policía. Mi esposa no para de leer Yankee. A mí me hace dormir.

Johnny sonrió.

–La arquitectura de New England tiende a ser... ascética.

–Ascética –respondió el policía dubitativamente, y después se desentendió del asunto–. Que pase el siguiente, por favor.

Un joven se acercó al escritorio detrás del cual estaba sentado el policía. Le tendió una hoja de examen al policía, que la recogió y dijo:

–Tenga la amabilidad de mirar por el visor y de identificar los signos y señales de tráfico que le mostraré.

El joven espió por los oculares del dispositivo. El policía colocó un cartabón sobre la hoja de examen del joven. Johnny avanzó por el pasillo central del Ayuntamiento de Jackson y sacó una foto del estrado que tenía delante.

–Señal de «stop» –dijo el joven a sus espaldas–. La siguiente es una señal de ceda el paso... y la siguiente es una señal preceptiva... prohibido girar a la derecha, prohibido girar a la izquierda... eso mismo...

No había esperado encontrar al policía en el Ayuntamiento. Ni siquiera se había molestado en comprar un carrete de película para la cámara que utilizaba como pretexto. Pero de todos modos ya era demasiado tarde para echarse atrás. Era viernes, y si se cumplía el programa Stillson estaría allí al día siguiente. Para contestar las preguntas y escuchar las sugerencias de la buena gente de Jackson. Le acompañaría un séquito numeroso. Un par de ayudantes, un par de asesores... y varios otros jóvenes vestidos con trajes formales y americanas deportivas, que no mucho tiempo antes vestían con vaqueros y conducían motocicletas. Greg Stillson seguía creyendo tenazmente en las virtudes de la vigilancia personal. En el mitin de Trimbull habían estado pertrechados con tacos de billar recortados.

¿Ahora llevaban pistolas? ¿A un diputado de los Estados Unidos le resultaría muy difícil obtener una licencia de tenencia de armas? Johnny no lo creía. Sólo podría contar con una buena oportunidad y debería aprovecharla. Así que era importante inspeccionar el local y tratar de resolver si podría eliminar a Stillson allí o si sería más conveniente que le esperara en el aparcamiento con el cristal de la ventanilla bajo y el fusil sobre las rodillas.

Por eso había hecho ese viaje y ahí estaba, explorando el terreno mientras un policía del Estado examinaba a los aspirantes a conductores a menos de diez metros de distancia.

A su izquierda había un tablero de informaciones y Johnny lo enfocó con la cámara descargada... ¿por qué, en nombre de Dios, no había invertido un par de minutos en comprar un carrete de película? El tablero estaba tapizado de chismes pueblerinos sobre cenas filantrópicas, una representación teatral que se celebraría en la escuela superior, datos sobre la matriculación de los perros y, por supuesto, más noticias acerca de Greg. Una tarjeta comunicaba que el primer teniente de alcalde de Jackson buscaba una

taquígrafa, y Johnny estudió el anuncio como si le interesara mucho mientras los engranajes de su mente se disparaban a toda velocidad.

Claro que si la operación era impracticable –o incluso si era incierta– en Jackson, podría diferirla para la semana siguiente, cuando Stillson repitiera la mascarada en Upson. O para la semana subsiguiente, cuando la repitiera en Trimbull. O para la semana que seguiría a la subsiguiente. O podría diferirla definitivamente.

Debería llevarla a cabo esa semana. Dentro de veinticuatro horas.

Fotografió la estufa de leña situada en el rincón, y después alzó la mirada. Allí arriba había un balcón. No, no precisamente un balcón, sino algo más parecido a una galería, con una balaustrada que llegaba hasta la cintura y anchas tablillas pintadas de blanco, con pequeñas cenefas y rombos decorativos tallados en la madera. Sería muy fácil agazaparse detrás de esa balaustrada y espiar por uno de los huecos. En el momento justo podría levantarse y...

–¿Qué clase de cámara es ésa?

Johnny se volvió, seguro de que se trataba del policía. Éste le pediría que le mostrara su cámara vacía, y después querría ver su credencial, y allí terminaría todo.

Pero no era el policía. Era el joven que acababa de realizar el examen de conductor. Tenía unos veintidós años, una larga melena y una mirada simpática, desenvuelta. Usaba una chaqueta de ante y vaqueros desteñidos.

–Una Nikon –respondió Johnny.

–Qué cámara tan estupenda, hombre. Yo soy un fanático de la fotografía. ¿Cuánto hace que trabaja para Yankee?

–Bueno, soy fotógrafo independiente–explicó Johnny—. A veces trabajo para ellos, a veces para Country Journal, a veces para Downeast, ya sabe.

–¿Para ninguna revista de circulación nacional, como People o Life?

–No. Aún no.

–¿Qué diafragma usa aquí?

»¿Qué demonios es el diafragma?

Johnny se encogió de hombros.

–Generalmente toco de oído.

–Querrá decir a ojo –comentó el joven, sonriendo.

–Eso, a ojo.

»Lárgate, chico, por favor lárgate.

–A mí también me gustaría trabajar como fotógrafo independiente –afirmó el joven, y volvió a sonreír–. La gran ilusión de mi vida es tomar un día una foto como la de la bandera enarbolada en Iwo Jima.

–Se rumorea– que ésa fue una escena montada –dijo Johnny.

–Bueno, quizá. Quizá. Pero es una foto clásica. ¿Y qué le parece la primera foto del aterrizaje de un OVNI? Esa sí que me gustaría. De todas maneras, tengo una carpeta de instantáneas que he tomado en esta comarca. ¿Quién es su contacto en Yankee?

Ahora Johnny estaba sudando.

–En realidad fueron ellos quienes. me llamaron para encomendarme este trabajo. Fue un...

–Señor Clawson, ya puede venir –exclamó el policía, con tono impaciente–. Me gustaría repasar estas respuestas con usted.

–Oh, la voz del amo –murmuró Clawson–. Le veré más tarde.

Se alejó rápidamente y Johnny dejó escapar un suspiro sibilante. Era hora de salir de allí, y a toda prisa.

Fingió tomar otras dos o tres «fotos» para que eso no pareciera una fuga precipitada, pero apenas tuvo conciencia de lo que enfocaba por el visor. Después partió.

El joven de la chaqueta de ante –Clawson– se había olvidado por completo de él. Aparentemente había fallado en el examen escrito. Discutía vehementemente con el policía, que se limitaba a menear la cabeza.

Johnny se detuvo un momento en la entrada del Ayuntamiento. A su izquierda estaba el guardarropa. A su derecha había una puerta cerrada. La probó y descubrió que no estaba cerrada con llave. Una angosta escalera subía hacia la penumbra. Por supuesto allí arriba estarían las oficinas propiamente dichas. Y la galería.

2.

Se alojaba en el Jackson House, un agradable hotelito situado en la Calle Mayor. Había sido completamente renovado y las modificaciones debían haber costado mucho dinero, pero los propietarios habrían calculado que la inversión se amortizaría gracias a la nueva estación de esquí de Jackson Mountain. Sólo que la estación de esquí había quebrado y ahora el agradable hotelito apenas subsistía. Cuando Johnny salió el sábado a las cuatro de la mañana, con el maletín en la mano izquierda, el portero de noche dormitaba sobre una taza de café.

Johnny había dormido poco esa noche, y poco después de las doce se había sumido en un breve y ligero sopor. Había soñado. Corría nuevamente el año 1970. En temporada de feria. El y Sarah se hallaban frente a la Rueda de la Fortuna, y él volvía a experimentar aquella sensación de poderío alucinante, inmenso. Hasta sus fosas nasales llegaba el olor de caucho quemado.

»Ven –dijo una voz suavemente, a sus espaldas–. Me encanta ver cómo este tipo muerde el polvo.

Se volvió y era Frank Dodd, vestido con su impermeable negro de vinilo, con la garganta rebanada de oreja a oreja, una ancha sonrisa roja, con los ojos chispeantes de muerta vivacidad. Giró de nuevo hacia la barraca, pero ahora el crupier era Greg Stillson, que le sonreía astutamente, con el casco amarillo echado garbosamente hacia atrás.

»Je, je, je –canturreó Stillson, con una voz profunda resonante y ominosa–. Apueste al número que más le guste, amigo. ¿Qué dice? ¿Quiere ganar la luna?

Sí, quería ganar la luna. Pero cuando Stillson puso la Rueda en marcha vio que todo el círculo exterior se había vuelto de color verde. Todos los números eran dobles ceros. Todos los números daban el triunfo a la banca.

Se despertó sobresaltado y pasó el resto de la noche mirando la oscuridad por la ventana ribeteada de escarcha. La jaqueca que le había martirizado desde que había llegado a Jackson el día anterior se había mitigado, dejándole débil pero compuesto. Estaba sentado con las manos sobre los muslos. No pensaba en Greg Stillson, sino en el pasado. Recordó cómo su madre le había colocado un apósito sobre la rodilla lastimada; recordó el día en que el perro había desgarrado la espalda del absurdo vestido playero de la abuela Nellie y cómo él se había reído y cómo Vera le había asestado un revés y le había cortado la frente con la piedra de su sortija de boda; recordó cómo su padre le había enseñado a colocar el cebo en el anzuelo y le había dicho: Las lombrices no lo sienten, Johnny... o por lo menos eso creo. Recordó que su padre le había dicho muy seriamente:

Confío en ti, Johnny. Todos esos recuerdos afluyeron en avalancha.

Entonces salió al encuentro del frío intenso de la mañana, y sus zapatos chirriaron en el sendero que la pala había abierto entre la nieve. El aliento formaba blancos penachos delante de él. La luna se había ocultado pero las estrellas estaban desperdigadas por el cielo negro como si las hubiera esparcido un idiota. El alhajero de Dios, siempre decía Vera. Estás viendo el alhajero de Dios, Johnny.

Avanzó por la Calle Mayor y se detuvo frente a la'pequeña estafeta de Jackson y sacó torpemente las cartas del bolsillo de su chaqueta. Cartas dirigidas a su padre, a Sarah, a Sam Weizak, a Bannerman. Depositó el maletín entre sus pies, alzó la tapa del buzón que se levantaba frente al pulcro edificio de ladrillo y después de una breve vacilación las deslizó dentro. Oyó el ruido que hicieron al caer: seguramente eran las primeras cartas que despachaban en Jackson ese nuevo día, y aquel ruido le produjo la extraña sensación de que había dado un paso irrevocable. Las cartas habían sido despachadas. Ya no podía detenerse.

Volvió a coger el maletín y siguió caminando. El único ruido era el chirrido de sus zapatos sobre la nieve. El gran termómetro montado sobre la puerta del Granite State Savings Bank marcaba quince grados bajo cero y el aire producía esa impresión de inercia totalmente silenciosa que es patrimonio exclusivo de las frías mañanas de New Hampshire. No se movía nada. La calle estaba vacía. Los parabrisas de los autos aparcados estaban cubiertos por cataratas de escarcha. Ventanas oscuras, visillos corridos. A Johnny todo eso le pareció, quién sabe por qué, pavoroso y al mismo tiempo sacrosanto. Combatió esta sensación. Su empresa no tenía nada de sacrosanta.

Cruzó Jasper Street y se encontró con el Ayuntamiento, que se erguía con una elegancia blanca y austera detrás de sus bancos cubiertos de nieve titilante.

¿Qué harás si la puerta del frente está cerrada con llave, pillo?

Bueno, ya encontraría la forma de salvar ese escollo si hacía falta. Johnny miró en torno pero no había nadie que pudiera verle. Si hubiese sido el presidente quien venía para celebrar una de sus famosas reuniones con el pueblo, la situación habría sido distinta, desde luego. El local habría estado bloqueado desde la noche anterior y ya habría habido guardias apostados dentro. Pero Stillson no era más que un miembro de la Cámara de Representantes, uno entre más de cuatrocientos, nadie importante. Nadie importante aún.

Johnny subió por la escalinata y tanteó la puerta. El pomo giró fácilmente y él entró en el frío vestíbulo y cerró la puerta a sus espaldas. Ya volvía a atacarle la jaqueca, que palpitaba al compás del sistemático latir de su corazón. Depositó el maletín en el suelo y se masajeó las sienes con los dedos enguantados.

Se oyó un chirrido apagado, repentino. Se estaba abriendo la puerta del guardarropas, muy lentamente, y algo blanco cayó de las tinieblas en dirección a él.

Johnny apenas atinó a contener un alarido. Al principio pensó que era un cadáver, que se desplomaba fuera de un armario, como en una película de terror. Pero sólo se trataba de un pesado letrero de cartón en el que se leía: POR FAVOR PONGA SUS PAPELES EN ORDEN ANTES DE PRESENTARSE A EXAMEN.

Volvió a colocarlo en su lugar y después giró hacia la puerta .que comunicaba con la escalera.

Ahora la puerta estaba cerrada con llave.

Se agachó para estudiarla mejor bajo el tenue resplandor blanco de la farola, que se

filtraba por la única ventana. Era una cerradura de muelle, y pensó que tal vez podría abrirla con una percha. Encontró una en el guardarropa y metió el gancho en la rendija que separaba la puerta del marco. Lo deslizó hacia abajo hasta llegar al pestillo y empezó a hurgar.

La cabeza ya le palpitaba ferozmente. Por fin oyó el chasquido del pestillo que se replegaba accionado por la percha. Abrió la puerta. Recogió el maletín y pasó al otro lado, sin soltar la percha. Cerró la puerta a sus espaldas y oyó el chasquido del pestillo que encajaba nuevamente en su hueco. Subió por la angosta escalera, que crujió y chirrió bajo su peso.

En el rellano encontró un corto pasillo con varias puertas a ambos lados. Avanzó por el corredor, y pasó frente a las puertas del ALCALDE y los EDILES y el ASESOR FISCAL y los CABALLEROS y el ASISTENTE DE POBRES y las DAMAS.

Al final del pasillo había una puerta sin identificar. No estaba cerrada con llave y Johnny desembocó en la galería situada en lo alto del auditorio municipal, que se desplegaba a sus pies como una demencial combinación de parches oscuros. Cerró la puerta detrás de él y se estremeció un poco al oír la suave reverberación de ecos en la sala vacía. Sus pisadas también le devolvieron ecos cuando avanzó hacia la derecha a lo largo de la galería del fondo, para luego girar hacia la izquierda. En ese momento caminaba por el lado derecho de la sala, a unos ocho metros del suelo. Se detuvo en un punto situado encima de la estufa de leña y directamente enfrente del estrado donde se hallaría Stillson dentro de unas cinco horas y media, dialogando con sus electores.

Se sentó con las piernas cruzadas y descansó un poco. Intentó controlar la jaqueca con inspiraciones profundas. La estufa de leña estaba apagada y sintió que el frío le envolvía... y luego le taladraba. Presagios de la mortaja que habría de enroscarse alrededor de él.

Cuando empezó a sentirse mejor, accionó los cierres del maletín. El doble chasquido metálico reverberó como antes lo habían hecho sus pisadas, y esta vez imitó el ruido de revólveres amartillados.

La justicia del Oeste, pensó sin ningún motivo. Esto era lo que había dicho el fiscal cuando el jurado había dictaminado que Claudine Longet era culpable de haber asesinado a su amante. Ahora sabe lo que significa la justicia del Oeste.

Johnny miró el interior del maletín y se frotó los ojos. Su visión se duplicó fugazmente y después los objetos volvieron a consolidarse. La misma madera sobre la que estaba sentado le trasmitía una impresión. Una impresión muy antigua. Si hubiera sido una fotografía, su tono habría sido sepia. Hombres que estaban reunidos allí y que fumaban puros, que conversaban y reían y esperaban que comenzara la sesión del Ayuntamiento. ¿Había ocurrido en 1920? ¿En 1902? La impresión tenía un aire espectral que le inquietaba. Uno de ellos había estado hablando del precio del whisky y se había hurgado la nariz con un mondadientes de plata y ...dos años antes había envenenado a su esposa.

Johnny tiritó. Cualquiera que fuese la impresión, ésta no importaba. Era la impresión de un hombre que había muerto hacía mucho tiempo.

El fusil le envió un destello.

Cuando los hombres lo hacen en tiempo de guerra, les condecoran, pensó.

Empezó a montar el fusil. Cada ¡clic! le devolvía un eco, sólo uno, solemnemente: el ruido de un revólver amartillado. Cargó el Remington con cinco proyectiles. Lo depositó sobre sus rodillas. Y esperó.

3.

Amaneció lentamente. Johnny dormitó un poco, pero ahora hacía tanto frío que sólo se podía dormitar. Unos sueños frágiles, esbozados, poblaron su duermevela.

Se despertó por completo poco después de las siete. La puerta de abajo se abrió estrepitosamente y hubo de morderse la lengua para no gritar: ¿Quién anda por ahí?

Era el guardia. Johnny espió por uno de los rombos tallados en la balaustrada y vio a un hombre corpulento enfundado en un grueso gabán marinero. Avanzaba por el pasillo central con un haz de leña. Tarareaba «Red River Valley». Dejó caer ruidosamente el haz en la leñera y después desapareció debajo de Johnny. Un segundo después Johnny oyó el agudo chirrido que producía la puerta de la estufa al abrirse.

De pronto Johnny recordó el penacho de vapor que exhalaba cada vez que respiraba. ¿Y si el guardia miraba hacia arriba? ¿Lo vería?

Procuró reducir su ritmo respiratorio, pero esto le intensificó la jaqueca y su visión se duplicó peligrosamente.

Entonces oyó el crujido del papel estrujado y el frote de una cerilla. Una ligera vaharada de azufre en el aire frío. El guardia continuó tarareando «Red River Valley» y después se puso a cantar con voz potente, desafinada: «Dicen que te irás de este valle... echaremos de menos tus ojos brillantes y tu dulce sonriiiiisa... ».

Luego un crujido distinto. Fuego.

–Ya te tengo, animal –dijo el guardia directamente debajo de Johnny y enseguida se oyó el ruido de la puerta de la estufa que volvía a cerrarse violentamente.

Johnny se cubrió la boca con las dos manos, como si éstas fueran una mordaza, súbitamente atacado por una hilaridad suicida. Se vio a sí mismo remontándose de la galería, tan escuálido y blanco como cualquier fantasma que se respete. Se vio desplegando los brazos como alas y crispando los dedos como garras y proclamando con voz hueca: «Yo te tengo a ti, animal».

Sofocó la risa detrás de las manos. La cabeza le palpitaba como un tomate lleno de sangre caliente, dilatada. Las imágenes danzaban y se velaban demencialmente en su campo visual. De pronto, experimentó la urgente necesidad de alejarse de la impresión del hombre que se había estado hurgando la nariz con el mondadientes de plata, pero no se atrevió a hacer ruido. Santo Cristo, ¿Y si tuviera que estornudar?

Súbitamente, sin ninguna advertencia previa, un atroz aullido ondulante pobló la sala, perforó los oídos de Johnny como aguzados clavos de plata, y aumentó de volumen, haciéndole vibrar la cabeza. Abrió la boca para gritar...

Se controló.

–La gran puta –comentó el guardia con naturalidad.

Johnny espió por el rombo y vio que el guardia manipulaba un micrófono en el fondo del estrado. El cable del micrófono reptaba hasta un pequeño amplificador portátil. El guardia bajó los escasos escalones que llevaban del estrado al nivel del suelo, alejó el amplificador del micrófono, y luego manipuló los mandos situados sobre la cara superior del aparato. Volvió al micrófono y lo activó nuevamente. Se oyó otra vez el aullido del feedback, pero más bajo, hasta que se extinguió por completo. Johnny se apretó la frente con las manos, fuertemente, y la frotó de adelante atrás.

El guardia le dio unos papirotazos al micrófono, y el sonido ocupó la inmensa sala vacía. Como si alguien martilleara con el puño la tapa de un ataúd. Después se oyó su

voz, siempre desafinada, pero amplificada ahora hasta el extremo de la monstruosidad, la voz de un gigante que partía a golpes la cabeza de Johnny: «DICEN QUE TE IRÁS DE ESTE VAAAALLEEEE... »

Basta, deseaba vociferar Johnny. Basta, por favor, me estoy volviendo loco, ¿es que no puede parar?

La canción concluyó con un fuerte ¡snap! amplificado, y el guardia dijo con su voz de costumbre:

–Te tengo, la gran puta.

Volvió a salir del campo visual de Johnny. Se oyó el ruido de papeles desgarrados y los chasquidos sordos que producían, al cortarse, unos cordeles tensados. Entonces el guardia reapareció, silbando y sosteniendo una alta pila de folletos que empezó a repartir sobre los bancos, a cortos intervalos.

Cuando completó esta faena; el guardia se abrochó el gabán y salió del recinto. La puerta se cerró detrás de él con un ruido hueco. Johnny consultó el reloj. Eran las 7.45. La sala se estaba calentando un poco. Se sentó y esperó. La jaqueca seguía siendo muy fuerte, pero, curiosamente, era más tolerable que en cualquier otra circunstancia anterior. Le bastaba decirse que no tendría que seguir soportándola durante mucho tiempo.

4.

Las puertas volvieron a abrirse estrepitosamente a las nueve en punto, arrancándole de la modorra con un sobresalto. Sus manos se crisparon sobre el fusil y después se relajaron. Acercó un ojo a la mirilla romboidal. Esta vez eran cuatro . hombres. Uno de ellos era el guardia, con el cuello del gabán levantado. Los otros tres usaban abrigos sobre sus trajes. Johnny sintió que se aceleraban los latidos de su corazón. Uno de los hombres era Sonny Elliman. Ahora llevaba el cabello corto y pulcramente peinado, pero sus ojos verdes refulgentes no habían cambiado.

–¿Todo en orden? –preguntó.

–Verifíquelo usted mismo –respondió el guardia.

–No se ofenda, abuelo –dijo uno de los otros. Se encaminaron hacia el proscenio del auditorio. Uno de los hombres activó el amplificador y luego volvió a desactivarlo.

–Aquí la gente se comporta como si fuera el mismísimo emperador –refunfuñó el guardia.

–Lo es, lo es –comentó el tercer hombre. Johnny creía haberlo visto también a él en el mitin de Trimbull–. ¿Aún no se ha dado cuenta de eso, abuelo?

–¿Ha estado arriba? –le preguntó Elliman al guardia, y Johnny se quedó helado.

–La puerta de la escalera está cerrada con llave –replicó el guardia–. Como siempre. La probé.

Johnny elevó una plegaria silenciosa agradeciendo que la puerta tuviera una cerradura de muelle.

–Debería haberlo verificado –insistió Elliman.

El guardia soltó una risa exasperada.

–No les entiendo –exclamó–. ¿A quién esperan encontrar? ¿Al Fantasma de la ópera?

–Vamos, Sonny–dijo el individuo que Johnny creía haber reconocido–. No hay nadie allí arriba. Si nos damos prisa tendremos el tiempo justo para tomar un café en el restaurante de la esquina.

–Eso no es café –masculló Sonny–. Es un jodido jugo de paraguas, y nada más. Antes

echa un vistazo arriba para comprobar que no hay nadie, Moochie. Sigamos las reglas.

Johnny se humedeció los labios y aferró el fusil. Miró hacia uno y otro extremo de la angosta galería. Por su derecha terminaba en una pared. Por su izquierda volvía a la hilera de despachos, y él no podía ir ni en una ni en otra dirección. Si se movía, le oirían. Así vacía, la sala actuaba como un amplificador natural. Estaba varado.

Oyó pisadas abajo. Después el ruido que hizo al abrirse y cerrarse la puerta que separaba el auditorio del vestíbulo. Johnny esperaba, petrificado e impotente. Justo debajo de él; el guardia conversaba con los otros dos, pero no oía nada de lo que decían. Su cabeza había girado sobre el cuello como una máquina de acción retardada y miraba a lo largo de la galería, esperando que el sujeto que Sonny Elliman había llamado Moochie apareciera en el extremo. Su expresión aburrida se trocaría súbitamente en otra de sorpresa e incredulidad, y abriría la boca: ¡Eh, Sonny, aquí arriba hay un tipo!

Entonces oyó el ruido apagado que producía Moochie al subir la escalera. Trató de urdir un plan, cualquier plan. No se le ocurrió nada. Iban a descubrirlo, faltaba menos de un minuto para ello, y no sabía cómo impedirlo. Hiciera lo que hiciere,, su única probabilidad de éxito estaba a punto de frustrarse.

Las puertas empezaron a abrirse y cerrarse, y el ruido sonaba cada vez más próximo y menos amortiguado. Una gota de sudor se desprendió de la frente de Johnny y le oscureció la pernera de los vaqueros. Recordaba cada una de las puertas frente a las que había pasado al encaminarse hacia allí. Moochie había abierto las del ALCALDE y Ios EDILES y el ASESOR FISCAL. Ahora estaba abriendo la de CABALLEROS, ahora estaba escrutando el despacho que correspondía al ASISTENTE DE POBRES, ahora el lavabo de DAMAS. La puerta siguiente era la que comunicaba con la galería.

Se abrió.

Se oyeron dos pisadas cuando Moochie se aproximó a la balaustrada de la corta galería que bordeaba el fondo de la sala. –¿Ya está bien, Sonny? ¿Conforme? –¿Todo en orden?

–Parece un jodido basurero –respondió Moochie, y desde abajo llegó una carcajada.

–Bueno, vamos a tomar ese café –dijo el tercer hombre.

E increíblemente eso fue todo. La puerta se cerró violentamente. Las pisadas se alejaron por el corredor y después bajaron por la escalera que conducía al vestíbulo.

Johnny se relajó y por un momento todo se diluyó en distintas gamas de gris. El estruendo que produjo la puerta principal cuando salieron para tomar café lo sacó parcialmente de su trance.

Abajo, el guardia formuló su juicio:

–Putos.

Después él también se fue, y durante más o menos veinte minutos Johnny se quedó solo.

5.

Alrededor de las 9.30, la población de Jackson empezó a afluir al Ayuntamiento. Primero aparecieron tres ancianas vestidas formalmente de negro, que parloteaban como urracas. Johnny observó que se instalaban cerca de la estufa –casi totalmente fuera de su campo visual– y que recogían los folletos depositados sobre los asientos. Aparentemente estaban llenos de fotos satinadas de Greg Stillson.

–Adoro a este hombre –comentó una de las tres–. Tengo tres autógrafos suyos y hoy le

pediré otro, lo juro.

Esto fue todo lo que dijeron acerca de Greg Stillson. Después se pusieron a conversar acerca de la fiesta que se celebraría el domingo en la iglesia metodista, a beneficio del Hogar de Ancianos.

Johnny, que estaba casi directamente sobre la chimenea, pasó del exceso de frío al exceso de calor. Había aprovechado la pausa que se había producido entre la partida de los agentes de seguridad de Stillson y la llegada de los primeros vecinos para quitarse la chaqueta y el pulóver. No cesaba de enjuagarse el sudor de la cara con el pañuelo, cuya tela de hilo estaba veteada de sangre, además de traspiración. El ojo enfermo volvía a fastidiarle, y tenía la visión nublada y enrojecida..

Se abrió la puerta de abajo y se oyó el vigoroso tromp-tromp-tromp de los hombres que golpeaban el suelo con las botas para desprender la nieve, cuatro individuos enfundados en chaquetas de lana a cuadros avanzaron por el corredor y se sentaron en la primera fila. Uno de ellos empezó a contar inmediatamente un chiste verde.

Una mujer joven, de unos veintitrés años, llegó con su hijo, que parecía tener aproximadamente cuatro. El crío usaba un anorak azul con franjas amarillas brillantes y preguntó si podía hablar por el micrófono.

–No, cariño –respondió la madre, y se sentaron detrás de los hombres.

El niño empezó a patear el banco de adelante, y uno de los individuos miró por encima del hombro.

–Basta, Tommy –ordenó la mujer.

Ya eran las diez menos cuarto. La puerta se abría y cerraba con regularidad. Hombres y mujeres de todas las categorías, ocupaciones y edades llenaban la sala. Flotaba un murmullo de conversación, condimentado con una indefinible sensación de expectativa. No estaban allí para interrogar a su representante legítimamente electo. Esperaban que un auténtico astro se presentara en su pequeña comunidad. Johnny sabía que a la mayoría de las reuniones organizadas con el lema «entreviste-a-su-candidato» y «entreviste-a-su-representante» sólo asistía un puñado de adictos en los auditorios casi vacíos. En las elecciones de 1976, un debate entre Bill Cohen, de Maine, y su adversario, Leighton Cooney, había atraído a un total de veintiséis personas, sin contar a los periodistas. Esas tertulias eran simbólicas, y sólo servían como recordatorio en la siguiente campaña electoral. La mayoría de ellas podrían haberse celebrado en un cuartucho de medianas dimensiones. Pero a las diez de la mañana todos los asientos del auditorio municipal estaban ocupados, y en el fondo había veinte o treinta personas de pie. Cada vez que se abría la puerta, las manos de Johnny se tensaban sobre el fusil. Y todavía no estaba seguro de que pudiera hacerlo, fuera lo que fuere lo que se hallaba en juego.

Las diez y cinco, y diez. Johnny empezó a pensar que Stillson se había retrasado, o que quizá no vendría. Y la sensación que le invadió furtivamente fue de alivio.

Entonces la puerta se abrió de nuevo y un vozarrón gritó:

–¡Hola! ¿Cómo están, gentes de Jackson, New Hampshire?

Un murmullo complacido, de sorpresa. Alguien exclamó extáticamente:

–¡Greg! ¿Cómo estás?

–Pues yo muy bien –replicó Stillson–. ¿Y tú?

Unos aplausos aislados se transformaron rápidamente en un clamor de bienvenida.

–¡Eh, ya está bien! –gritó Greg por encima del bullicio. Avanzó deprisa por el corredor, hacia el estrado, intercambiando apretones de manos.

Johnny le espió por su mirilla. Stillson llevaba una gruesa zamarra con cuello de lana de oveja, y ese día había sustituido el casco por un gorro de esquiar, de lana, con una borla de intenso color rojo. Se detuvo al final del corredor y saludó con un ademán a tres o cuatro periodistas. Hubo varios fogonazos de flashes y los aplausos recrudecieron, hasta hacer temblar las vigas.

Y Johnny comprendió de pronto que si no aprovechaba esa oportunidad no lo haría nunca.

Las premoniciones que había tenido acerca de Greg Stillson durante el mitin de Trimbuil volvieron a acometerlo con segura y pavorosa nitidez. Dentro de su cabeza dolorida, torturada, le pareció oír un ruido sordo de madera, el ruido de dos elementos que chocaban con fuerza tremenda en un mismo instante. Era, quizá, la llamada del destino. Sería demasiado fácil posponerlo, dejar que Stillson hablara y hablara. Sería demasiado fácil dejarle partir, y quedarse allí arriba con la cabeza entre las manos, esperando que el público se dispersara, esperando que el guardia volviera a desconectar el sistema de altavoces y a barrer la basura acumulada, mientras él se engañaba con el pretexto de que podría hacerlo la semana siguiente en otra ciudad.

El momento era ése, sin ninguna duda era ése, y súbitamente toda la humanidad dependía de lo que sucediera en este auditorio remoto.

El ruido sordo de su cráneo, como si los polos opuestos del destino se entrechocaran.

Stillson subía la escalera que conducía al estrado. Detrás de él no había nadie. Los tres hombres de los abrigos desabrochados estaban recostados contra la pared del fondo.

Johnny se puso en pie.

6.

Todo pareció suceder a cámara lenta.

Tenía agujetas en las piernas después de permanecer tanto tiempo sentado. Sus rodillas restallaron como cohetes fallidos. El tiempo pareció congelarse, los aplausos siguieron resonando y resonando a pesar de que las cabezas se volvían, los cuellos giraban; alguien gritó en medio de los aplausos que sin embargo no se acallaron; alguien había gritado porque había un hombre en la galería y el hombre empuñaba un fusil y esto era algo que todos habían visto en la TV; era una situación con elementos clásicos que todos reconocían. A su modo, era algo tan norteamericano como El Mundo Maravilloso de Disney. El político y el hombre apostado arriba con un fusil.

Greg se volvió hacia él, torciendo el cuello fornido, que se cubrió de arrugas. La borla roja de su gorro de esquiar bailoteó.

Johnny se llevó el fusil al hombro. Pareció flotar allí arriba y sintió el golpe sordo que produjo al encajarse contra la articulación. Recordó cómo había cazado perdices con su padre cuando era niño. Habían salido a cazar ciervos, pero la única vez que Johnny había visto uno no había podido apretar el gatillo: se había apoderado de él el nerviosismo del cazador novato. Era un secreto, tan vergonzoso como la masturbación, y nunca se lo había confesado a nadie.

Oyó otro grito. Una de las ancianas se cubría la boca y Johnny vio que el ala ancha de su sombrero negro estaba tachonado de frutas artificiales. Los rostros se volvían hacia él, como grandes ceros blancos. Las bocas abiertas eran pequeños ceros negros. El crío del anorak lo señalaba con el dedo. Su madre intentaba cubrirle con el cuerpo. Stillson apareció repentinamente en la mira y Johnny se acordó de quitar el seguro del arma. Del

otro lado del salón, los hombres enfundados en los abrigos metían la mano debajo de sus americanas y Sonny Elliman vociferaba, con los ojos verdes inflamados:

;Al suelo! ¡Greg, arrójate AL SUELO!

Pero Stillson miraba hacia la galería y por segunda vez sus ojos se enfrentaron con una comprensión perfecta, y Stillson sólo se agachó en el mismo momento en que Johnny disparó. El rugido atronador del fusil pobló el recinto, y el proyectil arrancó un ángulo casi íntegro de la tribuna, dejando al descubierto la madera desnuda y brillante. Voló una lluvia de astillas. Una de éstas se estrelló contra el micrófono y produjo otro monstruoso aullido electrónico que terminó bruscamente en un zumbido gutural, amortiguado.

Johnny metió otro proyectil en la recámara y volvió a disparar. Esta vez la bala perforó la polvorienta alfombra del estrado.

La concurrencia había empezado a desplazarse, como si se hubiera producido una espantada de reses. Todos convergieron hacia el pasillo central. Los espectadores congregados en el fondo habían escapado fácilmente, pero después se había formado en la puerta de dos hojas un embotellamiento de hombres y mujeres que blasfemaban y chillaban

Del otro extremo de la sala partieron unos estampidos sordos, y súbitamente un tramo de la balaustrada de la galería se astilló delante de los ojos de Johnny. Un segundo después algo silbó junto a su oído. Luego un dedo invisible le dio un tirón al cuello de su camisa. Los tres hombres apostados en el fondo del auditorio empuñaban armas cortas y, como él se hallaba en la galería de arriba, tenían el campo visual totalmente despejado... aunque Johnny dudaba que la presencia de espectadores inocentes en la línea de fuego los hubiera disuadido de disparar.

Una de las tres ancianas cogió el brazo de Moochie. La mujer sollozaba e intentaba preguntar algo. Él la apartó violentamente y estabilizó su pistola con las dos manos. Ahora la atmósfera del auditorio estaba impregnada de olor a pólvora. Habían trascurrido unos veinte segundos desde que Johnny se había levantado.

¡Al suelo! ¡Al suelo, Greg!

Stillson seguía plantado sobre el borde de la plataforma ligeramente encorvado, mirando hacia arriba. Johnny bajó el fusil, y por un instante tuvo a Stillson en el centro de la mira. Entonces la bala de una pistola le abrió un surco en el cuello y lo despidió hacia atrás, y su propio disparo se perdió en el aire. La ventana de enfrente se disolvió en medio de una lluvia tintineante de vidrio. Desde abajo se elevaron unos chillidos agudos. La sangre le chorreó sobre el hombro y el pecho.

Oh, estás ejecutando a las mil maravillas tu trabajo de asesino, pensó histéricamente, y volvió a tomar impulso para acercarse a la balaustrada. Metió otro proyectil en la recámara y se echó nuevamente el fusil al hombro. Stillson ya estaba en movimiento. Había corrido escaleras abajo hasta el nivel de la sala y volvió a levantar la vista en dirección a Johnny.

Otra bala zumbó junto a su sien. Estoy desangrándome como un cerdo degollado, pensó. Vamos. Vamos, termina ya.

El atasco de la puerta se deshizo y la gente empezó a fluir hacia afuera. Del cañón de una de las pistolas de enfrente se desprendió un penacho de humo, se oyó una detonación, y el dedo invisible que le había tironeado hacía pocos segundos el cuello de la camisa le trazó ahora una raya de fuego sobre el costado de la cabeza. No importaba. Nada importaba, excepto matar a Stillson. Bajó nuevamente el fusil.

Cuida que esta vez no falles...

Stillson se movió a gran velocidad, a pesar de su corpulencia. La joven de cabello oscuro, en la que Johnny se había fijado antes, había llegado más o menos a la mitad del pasillo. Llevaba a su hijo lloroso en brazos y seguía tratando de protegerle con su cuerpo. Y Johnny quedó tan perplejo al ver lo que Stillson hacía entonces, que casi dejó caer del todo el fusil. Stillson arrebató al crío de los brazos de su madre y giró hacia la galería, sosteniendo el cuerpo del niño delante del suyo. Ya no era Greg Stillson quien estaba en la mira, sino una diminuta figura convulsionada y vestida con (el filtro el filtro azul rayas amarillas rayas de tigre) un anorak azul oscuro con rayas amarillas brillantes.

Johnny se quedó boquiabierto. Sí, era Stillson. El tigre.

Pero ahora estaba detrás del filtro.

¿Qué significa esto, gritó Johnny, pero de sus labios no brotó ningún sonido.

Entonces la madre lanzó un alarido estridente, pero Johnny ya había oído todo eso antes en otra parte. ¡HIJO DE PUTA! ¡Devuélvemelo! ¡TOMMY! ¡DEVUELVEMELO!

La cabeza de Johnny se hinchaba de tinieblas, se dilataba como una vejiga. Todo empezaba a disolverse. El único fulgor que perduraba estaba centrado en torno de la muesca de la mira, de la mira que en ese momento apuntaba directamente al pecho del anorak azul.

Hazlo, oh por amor a Dios debes hacerlo o se escapará...

Y entonces –quizá sólo fue una ilusión óptica generada por su visión cada vez más borrosa– el anorak azul empezó a expandirse, su color tiñó el color claro de su campo visual que era el color de un huevecillo de petirrojo, el amarillo oscuro se estiró, se fragmentó, hasta que todo empezó a perderse en él.

»(detrás del filtro, sí, está detrás del filtro, ¿pero qué significa eso? ¿significa que no hay peligro o sólo que está fuera de mi alcance? ¿qué si...?)

Un fogonazo cálido estalló abajo en alguna parte y se extinguió. Una zona brumosa del cerebro de Johnny lo identificó como el flash de una cámara fotográfica.

Stillson apartó a la mujer y retrocedió hacia la puerta, con los ojos entrecerrados: dos taimadas ranuras de filibustero. Sujetaba firmemente al niño por el cuello y la entrepierna.

No puedo. Perdóname, Dios mío, pero no puedo.

En ese momento le alcanzaron otras dos balas: una, que le acertó en la parte superior del pecho, le arrojó contra la pared y le hizo rebotar, y otra, que le acertó en la zona izquierda del abdomen, le hizo girar sobre sí mismo y le despidió contra la balaustrada de la galería. Notó vagamente que había perdido el fusil. Éste golpeó contra el suelo de la galería y se descargó a bocajarro contra la pared. Después, con la parte superior de sus muslos embistió la balaustrada y se sintió caer. El auditorio dio dos vueltas delante de sus ojos y luego un impacto desquiciarte cuando se estrelló contra dos de los bancos, fracturándose la espalda y ambas piernas.

Abrió la boca para gritar, pero lo que brotó fue un torrente de sangre. Quedó postrado entre los fragmentos astillados de los bancos sobre los que había caído y pensó: Punto final. Fracasé. Lo he malogrado.

Unas manos se posaron sobre él, sin ningún miramiento. Le estaban volteando. Elliman, Moochie y el otro tipo se encontraban allí. Elliman era el que lo había volteado.

Stillson se acercó y apartó bruscamente a Moochie.

–No se preocupen por este tipo –exclamó con voz destemplada–. Busquen al hijo de

puta que tomó la foto. Destruyan la cámara.

Moochie y el otro tipo se fueron. Cerca de allí, la mujer de cabello oscuro gritaba:

–...detrás de un niño, se escondió detrás de un niño y se lo contaré a todo el mundo...

–Hazla callar, Sonny –ordenó Stillson.

–Por supuesto –asintió Sonny, y se alejó de Stillson.

Stillson se arrodilló junto a Johnny.

–Nos conocemos, amigo? Será inútil que mienta. Está desahuciado.

Johnny susurró:

–Nos conocemos.

–¿Fue en el mitin de Trimbull, verdad?

Johnny hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Stillson se levantó bruscamente, y Johnny estiró la mano con su último vestigio de energía y le aferró el tobillo. Eso duró apenas un segundo: Stillson se zafó fácilmente. Pero a Johnny le bastó.

Todo había cambiado.

Ahora la gente se acercaba a él, pero sólo veía pies y piernas, y ninguna cara. No importaba. Todo había cambiado.

Empezó a llorar un poco. Tocar esta vez a Stillson había sido como tocar un objeto inerte. Una batería descargada. Un árbol caído. Una casa vacía. Unos anaqueles desnudos. Unas botellas de vino listas para servir de soportes a sendas velas.

Las cosas se diluían. Se alejaban. Los pies y las piernas que le rodeaban asumían un. aspecto borroso e indistinto. Oía las voces, el bullicio excitado de las conjeturas, pero no discernía las palabras. Sólo los sonidos, e incluso éstos se debilitaban, se disolvían, en un dulce y agudo zumbido.

Miró por encima del hombro y vio aquel corredor del que había emergido hacía tanto tiempo. Había salido del corredor y había ingresado en ese luminoso recinto placentario. Sólo que entonces su madre había estado viva y su padre había estado junto a él, llamándolo por su nombre, hasta que él había conseguido comunicarse con ambos. Ahora ya había llegado el momento de volver atrás. Ahora era correcto volver atrás.

Lo conseguí. De alguna manera lo conseguí. No entiendo cómo, pero lo conseguí.

Se dejó flotar a la deriva hacia aquel corredor con oscuras paredes cromadas, sin saber si había o no algo en el otro extremo, resignado a que el tiempo se lo demostrara. El dulce bordoneo de las voces se extinguió. La luminosidad brumosa se extinguió. Pero él seguía siendo él –Johnny Smith– intacto.

Entra en el corredor –pensó–. De acuerdo.

Se dijo que si lograba entrar en aquel corredor, podría caminar.

III Notas de la zona muerta

1.

Portsmouth, New Hampshire
23 de enero de 1979
Querido papá:

Es tremendo tener que escribir esta carta, y procuraré que sea breve. Sospecho que cuando la recibas probablemente estaré muerto. Me ha ocurrido algo espantoso, y ahora

pienso que tal vez empezó mucho antes del accidente de auto y del coma. Conoces la historia de mi clarividencia, por supuesto, y quizá recuerdas que mamá juró en su lecho de muerte que Dios así lo había querido y que Dios me tenía reservada una misión. Me pidió que no la rehuyera y yo le prometí no hacerlo... aunque no lo dije en serio sino con el único fin de tranquilizarla. Ahora parece que, curiosamente, ella tenía razón. Todavía no creo realmente en Dios, no en un Ser concreto que planifica nuestra existencia y nos encomienda labores menores, como si fuéramos boy scouts empeñados en ganar medallas al mérito en La Gran Marcha de la Vida. Pero tampoco creo que todo lo que me ha sucedido sea producto del azar ciego.

En el verano de 1976, papá, asistí a un mitin de Greg Stillson en Trimbull, una ciudad del tercer distrito de New Hampshire. Como quizá recuerdes, aquella fue su primera campaña electoral. Mientras se dirigía a la tribuna estrechó muchas manos, entre ellas la mía. Esto es lo que tal vez te resulte difícil creer, a pesar de que has visto mi facultad en acción. Tuve una de mis «corazonadas», pero en esta oportunidad no se trató de una corazonada, papá. Fue una visión, ya sea en el sentido bíblico o en otro muy semejante. Cosa extraña, no fue tan clara como lo habían sido algunas otras «premoniciones» mías –todo estaba velado por un enigmático resplandor azul que nunca había aparecido antes– pero sí fue increíblemente viva. Vi a Greg Stillson convertido en Presidente de los Estados Unidos. No sé en que época del futuro, si bien ya estaba casi calvo. Diría que dentro de catorce años, o dentro de dieciocho, a lo sumo. Ahora bien, yo tengo la facultad de ver y no la de interpretar, y en este caso el curioso filtro azul estorbaba también la capacidad de ver, pero lo que vi fue suficiente. Si Stillson llega a Presidente, agravará una situación internacional que ya de por sí será muy crítica. Si Stillson llega a Presidente terminará por desencadenar una guerra nuclear en gran escala. Creo que el detonante de esta conflagración estará en Sudáfrica. Y también creo que en el curso de esta guerra corta y cruenta no serán sólo dos o tres las naciones que dispararán ojivas nucleares sino quizá no menos de veinte... sin contar los grupos terroristas.

Papá, sé que esto debe parecer demencial. Es lo que me parece a mí. Pero no tengo dudas, ni siento la necesidad de mirar por encima del hombro y de reinterpretar esto para convertirlo en algo menos real y urgente de lo que en verdad es. Tú nunca supiste –ni nadie supo– que no huí de la casa de los Chatsworth en razón del incendio de aquel restaurante. Supongo que huía de Greg Stillson y de lo que debo hacer. Como Elías, que se escondió en la cueva, o como Jonás, que terminó en la barriga del pez. Pensé que podría conformarme con esperar y ver, ¿sabes? Esperar y ver si empezaban a materializarse las premisas indispensables para ese horrible futuro. Probablemente aún estaría esperando si no fuera porque en el otoño del año pasado empezaron a intensificarse las jaquecas y porque además se produjo un incidente en la cuadrilla de carreteras con la que estaba trabajando. Supongo que Keith Strang, el capataz, lo recordará...

2.

Extracto del testimonio prestado ante la llamada «Comisión Stillson», presidida por el senador William Cohen de Maine. El interrogatorio está a cargo del señor Norman D. Verizer, jefe del equipo jurídico de la Comisión. El testigo es el señor Keith Strang, de 1421 Desert Boulevard, Phoenix, Arizona. Fecha del testimonio: 17 de agosto de 1979.

Verizer: Y en ese trabajo, John Smith trabajaba para el Departamento de Obras

Públicas de Phoenix, ¿no es así?

Strang: Sí, señor, así es.

V.: Eso era a comienzos de diciembre de 1978.

S.: Sí, señor.

V.: ¿Y el 7 de diciembre ocurrió algo que usted recuerda especialmente? ¿Algo relacionado con John Smith?

S.: Sí, señor, claro que sí.

V.: Descríbale aquel episodio a la Comisión, si lo cree oportuno.

S.: Bueno, yo tuve que volver al parque automotor central para buscar dos tambores de pintura anaranjada, de ciento veinte litros cada uno. Estábamos señalizando las carreteras, usted entiende. En la fecha que usted ha mencionado, Johnny –o sea Johnny Smith–, estaba en Rosemont Avenue, pintando las nuevas señales de la calzada. Bueno, volví allí aproximadamente a las cuatro y cuarto –más o menos cuarenta y cinco minutos antes de que terminara la jornada– y este fulano, Herman Joellyn, con el que usted ya ha hablado, se acerca a. mí y me dice: «Será mejor que veas a Johnny, Keith. Le pasa algo raro. Traté de hablar con él y reaccionó como si no me oyera. Casi me arrolló. Será mejor que le llames al orden». Eso fue lo que dijo. Entonces dije yo: «¿Qué le pasa, Hermie?» Y Hermie dice: «Verifícalo personalmente. A ese tipo le falta un tornillo». Así que seguí por la carretera y al principio todo estaba bien, y de pronto... ¡zas!

V.: ¿Qué fue lo que vio?

S.: ¿Antes de ver a Johnny, quiere decir?

V.: Sí, eso es.

S.: La raya que estaba trazando empezaba a torcerse. Al principio sólo un poco –un desvío por aquí y otro por allá, una pequeña burbuja–, no era perfectamente recta, usted sabe. Y Johnny siempre había sido el mejor delineador de la cuadrilla. Después las cosas empeoraban mucho más. La raya iba de un lado a otro de la calzada, formando círculos y espirales. En algunos trechos parecía haber girado varias veces en redondo. A lo largo de casi cien metros había trazado la raya justo sobre la cuneta.

V.: ¿Y usted qué hizo?

S.: Le detuve. Mejor dicho, finalmente le detuve. Me coloqué a la par de la máquina señalizadora y empecé a gritarle. Debí de gritarle media docena de veces. Parecía no oírme. Hasta que desvió la máquina en dirección a mí y le produjo una tremenda abolladura al coche que yo conducía. Un coche del Departamento de Carreteras, para colmo. De modo que me apoyé con todas mis fuerzas sobre el claxon y volví a gritarle, y esto pareció hacerle volver a la realidad. Puso la máquina en punto muerto y me miró. Le pregunté qué estaba haciendo, en nombre de Dios.

V.: ¿Y él qué le contestó?

S.: Contestó «hola». Eso fue todo. «Hola, Keith». Como si no pasara nada.

V.: ¿Y usted cómo reaccionó... ?

S.: Reaccioné muy mal. Estaba furioso. Y Johnny se quedó inmóvil, mirando en torno y aferrándose al costado de la máquina señalizadora como si supiera que en caso de soltarse caería redondo. Fue entonces cuando me di cuenta de que parecía muy enfermo. Siempre había sido flaco, usted sabe, pero en ese momento estaba blanco como el papel, y tenía la comisura de la boca algo así como... usted sabe... estirada hacia abajo. Al principio no pareció entender lo que le decía. Después miró en tomo y vio cómo había trazado la raya... de un lado a otro de la calzada.

V.: ¿Y él qué dijo... ?

S.: Se disculpó. Estaba un poco... usted sabe... desconcertado, y se llevó una mano a la cara. Le pregunté qué le pasaba y él respondió... oh, fue un galimatías. Sin ningún sentido.

Cohen: Señor Strang, la Comisión tiene especial interés en oír cualquier cosa que haya dicho el señor Smith y que pueda arrojar luz sobre este caso. ¿Recuerda lo que dijo?

S.: Bueno, al principio dijo que no pasaba nada, excepto que olía a neumáticos. A neumáticos quemados. Después agregó: «La batería explotará si tratas de cargarla». Y algo parecido a: «Tengo patatas en el pecho y las dos radios están al sol. De modo que los árboles están acabados». No puedo recordarlo mejor. Como digo, era muy confuso y absurdo.

V.: ¿Qué sucedió después?

S.: Empezó a caerse. Así que le cogí por el hombro y él apartó la mano, la que usaba para cubrirse la mitad del rostro. Y vi que tenía el ojo derecho inyectado en sangre. Después se desmayó.

V.: Pero dijo algo más antes de desmayarse, ¿no es cierto?

S.: Sí, señor.

V.: ¿Y qué fue lo que dijo?

S.: Dijo: «Nos preocuparemos de Stillson más adelante, papá, ahora está en la zona muerta».

V.: ¿Está seguro de que fue eso lo que dijo?

S.: Sí, señor, estoy seguro. Nunca lo olvidaré.

3.

...y cuando recuperé el conocimiento estaba en el pequeño cobertizo de herramientas, al pie de Rosemont Drive. Keith dijo que lo mejor sería que fuera a ver un médico inmediatamente, y que no debería volver a mi puesto hasta entonces. Yo estaba asustado, papá, pero supongo que no por las razones que imaginaba Keith. Sea como fuere, concerté una cita con un neurólogo que Sam Weizak había mencionado en una carta que me había escrito a comienzos de noviembre. Verás, yo le había informado a Sam, también por carta, que temía conducir un coche porque experimentaba algunos accesos de doble visión. Sam me contestó inmediatamente y me pidió que fuera a ver a este doctor Vann... añadió que los síntomas le parecían, muy alarmantes, pero que no podía darse el lujo de diagnosticar a larga distancia.

No fui enseguida. Supongo que la mente se las apaña para joderte, y yo seguí pensando –hasta que se produjo el incidente con la máquina señalizadora de carreteras– que ésa no era más que una etapa por la que estaba pasando y que me mejoraría. Supongo que sencillamente me resistía a considerar la alternativa. Pero el incidente con la máquina señalizadora colmó la medida. Hice lo que me había ordenado Sam porque empezaba a asustarme... no sólo por mí, sino por lo que sabía.

Así que fui a consultar a este doctor Vann, y él me sometió a los exámenes y después me habló con mucha franqueza. Resultó que no disponía de tanto tiempo como había pensado, porque...

4.

Extracto del testimonio prestado ante la llamada «Comisión Stillson», presidida por el

senador William Cohen, de Maine. El interrogatorio está a cargo del señor Norman D. Verizer,. jefe del equipo jurídico de la Comisión. El testigo es el doctor Quentin M. Vann, de 17 Parkland Drive, Phoenix, Arizona.

Fecha del testimonio: 22 de agosto de 1979.

Verizer: Después de completar los exámenes y el diagnóstico, recibió a John Smith en su consulta, ¿verdad?

Vann: Sí. Fue una entrevista difícil. Estas entrevistas siempre lo son.

Ve.: ¿Puede informarnos cuál fue el tema de la conversación?

Va.: Sí. Creo que en estas circunstancias inusitadas es posible renunciar a la naturaleza confidencial de la relación médico-paciente. Empecé por señalarle a Smith que había vivido una experiencia tremenda. El se manifestó de acuerdo. Aún tenía el ojo derecho muy inyectado en sangre, pero estaba mejor. Se le había reventado un pequeño capilar. Si me permiten recurrir a la historia clínica...

(Material suprimido y condensado.)

Ve.: ¿Y después de que le hubo dado esta explicación a Smith?

Va.: Me pidió la conclusión final. Ésas fueron sus palabras: «la conclusión final». Me impresionó, discretamente, por su serenidad y su coraje.

Ve.: ¿Y cuál era la conclusión final, doctor Vann?

Va.: ¿Cómo? Pensé que eso ya estaría claro. John Smith tenía un tumor cerebral muy desarrollado en el lóbulo parietal.

(Alboroto entre los espectadores. Breve receso.)

Ve.: Lamento esta interrupción, doctor. Deseo recordar a los espectadores que la Comisión está reunida, y que éste es un organismo investigador y no un espectáculo de fenómenos. Si no hay orden, le pediré al alguacil que desaloje la sala.

Va.: Lo entiendo, señor Verizer.

Ve.: Gracias, doctor. ¿Puede explicarle a la Comisión cómo tomó Smith la noticia?

Va.: Conservó la calma. Una calma extraordinaria. Pienso que íntimamente había hecho su propio diagnóstico, y resultó que el suyo y el mío coincidían. Sin embargo, dijo que estaba muy asustado. Y me preguntó cuánto tiempo le quedaba de vida.

Ve.: ¿Qué le contestó?

Va.: Le respondí que por el momento su pregunta carecía de sentido, porque todas nuestras opciones seguían en pie. Le informé que debería operarse. Debo señalar que a esa altura ignoraba la historia de su coma y de su extraordinaria –casi milagrosa– recuperación.

Ve.: ¿Y qué dijo él?

Va.: Dijo que no se operaría. Su actitud era serena pero muy, muy inflexible. Nada de operaciones. Le dije que esperaba que cambiase de idea, porque rechazar la operación equivalía a firmar su propia sentencia de muerte.

Ve.: ¿Cómo reaccionó Smith?

Va.: Me preguntó cuánto podría vivir, a mi juicio, si no se operaba.

Ve.: ¿Le dio su opinión?

Va.: Sí, hice una estimación aproximada. Le expliqué que los tumores se desarrollan a un ritmo muy desigual y que había conocido pacientes cuyos tumores habían quedado latentes durante un máximo de dos años, aunque esos casos eran muy raros. Agregué que si no se operaba era razonable suponer que sobreviviría entre ocho y veinte meses.

Ve.: Pero, él igualmente se resistió a operarse, ¿verdad?

Va.: Así es.

Ve.: ¿Sucedió algo raro cuando Smith se disponía a irse?

Va.: Yo diría que fue algo excepcionalmente raro.

Ve.: Cuénteselo a la Comisión, si lo desea.

Va.: Le toqué el hombro, supongo que con la intención de retenerle. No quería que se fuera en esas circunstancias, usted entiende. Y cuando le toqué sentí que algo emanaba de él... fue una sensación parecida a la de un choque eléctrico, pero también extrañamente succionante, debilitante. Como si me estuviera extrayendo algo. Le confieso que ésta es una descripción muy subjetiva, pero procede de un hombre adiestrado en el arte y el oficio de la observación profesional. No fue agradable, se lo aseguro. Me aparté de él... y me sugirió que telefoneara a mi esposa porque Strawberry estaba malherido.

Ve.: ¿Strawberry?

Va.: Sí, eso fue lo que dijo. El hermano de mi esposa... se llama Stanbury Richards. Mi hijo menor siempre lo llamaba tío Strawberry cuando era muy pequeño. Entre paréntesis, esta coincidencia sólo la advertimos después. Esa noche le sugerí a mi esposa que le telefoneara a su hermano, que vive en la ciudad de Coose Lake, en New York.

Ve.: ¿Le telefoneó?

Va.: Sí. Tuvieron una conversación muy agradable.

Ve.: ¿Y el señor Richards, su cuñado, se encontraba bien? Va.: Sí, se encontraba bien. Pero a la semana siguiente se cayó de una escalera mientras pintaba su casa y se fracturó la columna.

Ve.: Doctor Vann, ¿usted cree que John Smith vio cómo ocurría eso? ¿Cree que tuvo una visión premonitoria?

Va.: No lo sé. Pero pienso... que pudo haber sido así.

Ve.: Gracias, doctor...

Va.: ¿Puedo agregar algo más?

Ve.: Claro que sí.

Va.: Si padecía realmente esa maldición, sí, yo la llamaría una maldición, espero que Dios se apiade de su alma atormentada.

5.

...y sé, papá, que dirán que fue el tumor el que me indujo a hacer lo que estoy planeando, pero no les creas, papá. No es cierto. El tumor es sólo el accidente que por fin se cobra la cuenta que tenía pendiente conmigo, el accidente que ahora pienso que nunca cesó. El tumor se aloja en la misma zona que se lesionó en el choque, en la misma zona que ahora sospecho que probablemente se golpeó cuando era un crío y me caí un día mientras patinaba en el estanque Runaround. Fue entonces cuando tuve la primera de mis «corazonadas» aunque ahora no recuerdo con exactitud cuál fue. Y tuve otra inmediatamente antes del accidente, en la feria de Esty. Pregúntale a Sarah lo que sucedió entonces: estoy seguro de que lo recuerda. El tumor se aloja en el área que siempre denominé «la zona muerta». Y la definición resultó ser correcta, ¿no te parece? Trágicamente correcta. Dios... el destino... la providencia... el sino... como quieras llamarlo, parece haber estirado su mano firme e inapelable para volver a nivelar los platillos de la balanza. Quizá debería beber muerto en aquel accidente de auto, o incluso antes, aquel día en el Runaround. Y pienso que cuando haga lo que debo hacer, los platillos volverán a equilibrarse por completo. Te amo, papá. Lo peor, después de la

convicción de que el fusil es la única vía para librarme de este terrible abrazo mortal que me aprisiona, es el hecho de saber que la pena y el odio de quienes no tienen motivos para suponer que Stillson es algo distinto de un hombre bueno y justo, recaerán sobre ti...

6.

Extracto del testimonio prestado ante la llamada «Comisión Stillson», presidida por el senador William Cohen, de Maine.

El interrogatorio está a cargo del señor Albert Renfrew, subjefe del equipo jurídico de la Comisión. El testigo es el doctor Samuel Weizak, de 26 Harlow Court, Bangor, Maine. Fecha del testimonio: 23 de agosto de 1979.

Renfrew: Se aproxima el momento de levantar la sesión, doctor Weizak, y en nombre de la Comisión deseo agradecerle las últimas cuatro largas horas de su testimonio. Usted ha arrojado mucha luz sobre la situación.

Weizak: No tiene por qué agradecérmelo.

R.: Deseo formularle una última pregunta, doctor Weizak, que a mi juicio tiene una importancia casi decisiva. Se trata de algo que el mismo John Smith mencionó en la carta a su padre que ha sido incorporada como prueba. La pregunta es...

W. No.

R.: ¿Cómo dice?

W.: Usted se dispone a preguntarme si fue el tumor de Johnny el que apretó el gatillo aquel día, en New Hampshire, ¿verdad?

R.: Supongo que por así decir...

W.: La respuesta es negativa. Johnny Smith fue un ser humano pensante, racional, hasta el final de su vida. La carta a su padre lo demuestra; la carta a Sarah Hazlett también lo demuestra. Era un hombre dotado de un poder tremendo, divino –que quizás era una maldición, como ha dicho mi colega el doctor Vann– pero no estaba desquiciado ni le impulsaban fantasías generadas por la presión intracraneal... suponiendo que este fenómeno sea viable.

R.: ¿Pero no es cierto que Charles Witman, el llamado «Francotirador de la Torre de Texas» tenía...?

W.: Sí, sí, tenía un tumor. Lo mismo que el piloto del avión de la Eastern Airlines que se estrelló en Florida hace algunos años. Y nunca se ha sugerido que el tumor fuera el factor detonante en ninguno de los dos casos. Podría recordarle que no fue necesaria la intervención de tumores cerebrales para que otros seres infames –Richard Speck, el llamado «Hijo de Sam», y Adolfo Hitler– tuvieran un comportamiento homicida. Lo mismo vale para Frank Dodd, el asesino que el mismo Johnny desenmascaró en la ciudad de Castle Rock. Aunque esta Comisión dictamine que Johnny incurrió en un grave extravío, el suyo fue el acto de un hombre cuerdo. Afligido por un espantoso tormento mental, quizá, pero cuerdo.

7.

...y sobre todo, no creas que hice esto sin antes someterlo a la más exhaustiva y angustiosa de las reflexiones. Si estuviera seguro de que por el solo hecho de que yo le mate la raza humana ganará otros cuatro años, otros dos, aunque sólo sean otros ocho meses para pensarlo mejor, me daría por satisfecho. No es correcto, pero puede terminar por serlo. No lo sé. No seguiré interpretando el papel de Hamlet. Sé cuán peligroso es

Stillson. Papá, te quiero mucho. Créeme.

Tu hijo, Johnny

8.

Extracto del testimonio prestado ante la llamada «Comisión Stillson», presidida por el senador William Cohen, de Maine. El interrogatorio está a cargo del señor Albert Renfrew, subjefe del equipo jurídico de la Comisión. El testigo es el señor Stuart Clawson, de Blackstrap Road, Jackson, New Hampshire.

Renfrew: ¿Y dice que cogió la cámara por casualidad, señor Clawson?

Clawson: ¡Sí! Precisamente cuando me disponía a salir. Casi ni siquiera fue aquel día, a pesar de que Greg Stillson me gusta... bueno, por lo menos me gustaba antes de que pasara todo esto. El Ayuntamiento me parecía un lugar de mal agüero, ¿sabe?

R.: Por su examen.

C.: Ha acertado. El fracaso en el examen para obtener el carnet de conducir fue una metida de pata colosal. Pero al fin dije, qué diablós. Y saqué la foto. ¡Qué fabuloso! La saqué. Esa foto me hará rico, supongo. Como la del izamiento de la bandera en Iwo Jima.

R.: Espero que no se le ocurra la idea de que toda esa operación fue montada en su beneficio, joven.

C.: ¡Oh, no! ¡De ninguna manera! Sólo quise decir que... bueno, no sé qué quise decir. Pero sucedió justo delante de mí, y... no sé. Caray, sencillamente me alegré de tener la Nikon conmigo, eso es todo.

R.: ¿Sacó la foto justo cuando Stillson alzó al niño?

C.: Sí, señor.

R.: ¿Y ésta es una ampliación de aquella foto?

C.: Es mi foto, sí, señor.

R.: ¿Y qué pasó después de que la hubo tomado?

C.: Dos de esos forajidos corrieron detrás de mí. Vociferaban: «¡Danos la cámara, chico! Suéltala». Mier... esto... cosas por el estilo.

R.: Y usted corrió.

C.: ¿Que si corrí? Santo cielo, vaya si corrí. Me persiguieron casi hasta el garaje del Ayuntamiento. Uno de ellos casi me alcanzó, pero resbaló sobre el hielo y se cayó.

Cohen: Joven, me gustaría sugerir que cuando dejó atrás a esos dos gandules ganó la carrera más importante de su vida.

C.: Gracias, señor. Lo que Stillson hizo aquel día... quizás había que estar allí para entenderlo, pero... escudarse detrás de un niño, es una infamia. Apuesto a que la gente de New Hampshire no le elegiría ni encargado de la perrera municipal. Ni...

R.: Gracias, señor Clawson. El testigo puede retirarse.

Nuevamente octubre.

Sarah había eludido ese viaje durante mucho tiempo, pero ahora había llegado el momento y no podía seguir difiriéndolo. Lo sentía. Había dejado a los dos niños con la señora Ablanap –ahora tenían servidumbre, y dos autos en lugar del pequeño Pinto rojo; y los ingresos de Walt rondaban los treinta mil dólares anuales– y había viajado sola a Pownal bajo el sol ardiente de fines de otoño.

Estacionó en la cuneta de una bonita carretera comarcal, se apeó y se encaminó hacia

el pequeño cementerio de enfrente. Una placa deslucida, montada sobre uno de los pilares, anunciaba que el cementerio se llamaba LOS ABEDULES. El solar se hallaba circundado por un sinuoso muro de piedra y todo parecía muy pulcro. Aún quedaban algunas banderas descoloridas, del día de homenaje a los muertos en la guerra, que se había celebrado hacía cinco meses. Pronto las sepultaría la nieve.

Sarah avanzó lenta, parsimoniosamente, y la brisa atrapó el ruedo de su falda verde oscura y lo hizo flamear. Aquí había generaciones de BOWDENS; allí había una familia íntegra de MARSTENS; más allá, agrupados alrededor de un gran monumento de mármol, estaban Ios PILLSBURYS que se remontaban a 1750.

Y cerca del muro del fondo, encontró una lápida relativamente nueva, en la que se leía simplemente JOHN SMITH. Sarah se arrodilló junto a ella, vaciló, y la tocó. Dejó que las yemas de sus dedos se deslizaran reflexivamente sobre la superficie pulida.

10.

23 de enero de 1979

Querida Sarah:

Acabo de escribirle a mi padre una carta muy importante, y tardé casi una hora y media en completarla dificultosamente. En verdad no me quedan energías para repetir el esfuerzo, así que te sugeriré que le telefonees apenas recibas ésta. Vete a hacerlo ahora, Sarah, antes de leer el resto.

Así que ahora, muy probablemente, ya lo sabes. Sólo quería decirte que últimamente he pensado mucho en nuestra incursión por la feria de Esty. Si tuviera que adivinar cuáles son las dos cosas que recuerdas mejor respecto de aquella velada, mencionaría la racha de suerte que tuve en la Rueda de la Fortuna (¿te acuerdas del chico que dijo: «Me encantó que hiciera polvo a ese tipo»?), y la máscara que me puse para tomarte el pelo. Teóricamente, aquel debería haber sido un chasco fenomenal, pero tú te enfadaste y faltó poco para que nuestro paseo se fuera al diablo. Quizá si hubiera sucedido eso yo no estaría ahora aquí y aquel taxista seguiría vivo. Por otro lado, quizás en el futuro no se produzcan cambios importantes, y yo habría tenido que pasar por ese mismo trance Una semana o un mes o un año más tarde.

Bueno, tuvimos nuestra oportunidad y salió uno de los números de la banca, supongo que el doble cero. Pero quiero que sepas que pienso en ti, Sarah. Para mí no ha habido realmente ninguna otra, y aquella noche fue la mejor para nosotros...

11.

–Hola, Johnny –murmuró Sarah, y el viento se deslizó suavemente entre los árboles que ardían y flameaban. Una hoja roja revoloteó por el cielo azul refulgente y se posó, inadvertida, sobre su pelo. Aquí estoy. Por fin he venido.

También debería haberle parecido incorrecto hablar en voz alta. Hablar con los muertos en un cementerio era propio de locos, habría dicho en otra época. Pero entonces la emoción la tomó por sorpresa, una emoción tan vehemente e intensa que le hizo doler la garganta y la obligó a cerrar los puños. Era correcto hablar con él, tal vez; al fin y al cabo habían pasado nueve años, y ahí terminaba aquello. Después, sólo le quedarían Walt y los niños y un montón de sonrisas desde una de las sillas situadas detrás de la tribuna de su marido; las interminables sonrisas desde el segundo plano y, de vez en cuando, un artículo de interés humano en el suplemento dominical, si la carrera política de Walt se

disparaba, como él parecía prever tan serenamente. El futuro consistía en un poco más de gris en el cabello cada año, en la perspectiva de no andar nunca sin sostén porque no se lo permitía la flaccidez de los pechos, en la obligación de poner más cuidado en el maquillaje; el futuro consistía en hacer gimnasia en la Asociación Cristiana de Mujeres de Bangor y en hacer compras y en llevar a Denny a la escuela primaria y a Janis al parvulario; el futuro consistía en asistir a fiestas de vísperas de Año Nuevo y en encasquetarse sombreros ridículos a medida que su vida se internaba en esa década de ciencia-ficción que eran los años 80 y también, irreparablemente, en esa condición extraña y casi insospechada: la tercera edad.

No vería ferias del condado en su futuro.

Empezaron a brotarle las lágrimas quemantes.

–Oh, Johnny –dijo–. Todo tenía que haber sido distinto, ¿verdad? No tenía que haber terminado así.

Bajó la cabeza, y su garganta se convulsionó dolorosa... e infructuosamente. Los sollozos irrumpieron igualmente, y el sol refulgente se fragmentó en prismas de luz. El viento, que había parecido tan cálido, como correspondía al veranillo de San Martín, pareció de pronto tan gélido como el de febrero sobre sus mejillas húmedas.

–¡No es justo! –gritó en medio del silencio de los BOWDENS y los MARSTENS y los PILLSBURYS, esa difunta congregación de escuchas que sólo podían atestiguar que la vida es fugaz y que los muertos están muertos, ni más ni menos–. ¡Oh, Dios, no es justo!.

Y fue entonces cuando la mano le tocó el cuello.

12.

...y aquella noche fue la mejor para nosotros, aunque aún hay momentos en que me resulta difícil creer que existió un año como 1970 y que hubo tumultos en las universidades y un presidente llamado Nixon, y que entonces no existían las calculadoras de bolsillo ni las filmadoras domésticas de videotape ni Bruce Springsteen ni tampoco las bandas de rock punk. Y en otros momentos me parece que aquella época está a sólo un palmo de distancia, casi al alcance de la mano, y que si pudiera rodearte con los brazos o tocar tu mejilla o tu nuca, podría transportarte conmigo a un futuro diferente donde no existirían el dolor ni la oscuridad ni las opciones amargas.

Bueno, todos hacemos lo que podemos, y eso debe bastarnos... y si no nos basta, debemos resignarnos. Sólo espero que tengas el mejor recuerdo posible de mí, querida Sarah. Con mis mejores deseos, y todo mi cariño,Johnny

13.

Inhaló una bocanada de aire, entrecortadamente, enderezando la espalda, con los ojos muy redondos y dilatados.

–¿Johnny... ?

Ya no estaba allí.

Fuera lo que fuere lo que había estado allí, ya no estaba más. Se levantó y dio media vuelta y por supuesto no había nada. Pero lo vio allí, con las manos profundamente metidas en los bolsillos, con esa sonrisa desenvuelta, sesgada, en su rostro más simpático que bello, recostado, con su porte larguirucho e informal, contra un monumento o contra uno de los pilares de piedra o quizá sólo contra un árbol enrojecido por el fuego agonizante del otoño. Nada importante, Sarah... ¿sigues aspirando esa abyecta cocaína?

Allí no había nada, excepto Johnny. Cerca, en alguna parte, quizás en todas partes.

Todos hacemos lo que podemos, y eso debe bastarnos... y si no nos basta, debemos resignamos. Nunca se pierde nada, Sarah. Nada que no se pueda hallar.

–El mismo viejo Johnny –susurró ella, y salió del cementerio y cruzó la carretera. Se detuvo un momento y miró hacia atrás. El tibio viento de octubre soplaba con fuerza y confusas amalgamas de luz y sombra parecían cruzar por el mundo. Los árboles murmuraban sigilosamente.

Sarah montó en su coche y partió.